

DEIGHTON

XPRD



Lectulandia

En la mañana del 11 de junio de 1940, Winston Churchill, Primer Ministro de Gran Bretaña, despegó en un avión particular de una pequeña ciudad del centro de Francia. Su destino: un aeródromo desierto situado en la frontera belga. Su misión: una misteriosa reunión con el presunto conquistador de Europa, Adolf Hitler.

Durante los posteriores cuarenta años a la celebración de esta reunión, ha sido el secreto británico más celosamente guardado. Un secreto tan peligroso aún para la seguridad del reino, que, cualquiera que se entere del mismo, debe morir. Y en su expediente se hallan estampadas las siglas «XPD», que equivalen a «Expediente de defunción».

Tras situar la acción en el verano de 1979, la brillante obra maestra de intriga y suspense de Len Deighton conduce al lector desde las mansiones de Beverly Hills a las calles más escondidas de King's Cross; desde el lago de Ginebra, al mar Báltico, hasta que la narración alcanza un inesperado clímax en el despacho del Führer, bajo la sombra del águila nazi.

Len Deighton es un maestro de la intriga. Nadie ha logrado explorar con mayor profundidad el mundo de la conspiración, de la traición y el engaño. Con su hábil mezcla de realidad y ficción, muy a lo Forsyth, en una complicada trama de misterio y sorpresas, «XPD» constituye un ejemplo supremo de su arte.

Lectulandia

Len Deighton

XPD

ePub r1.0

Titivillus 29.08.2019

Título original: *XPD*
Len Deighton, 1981
Traducción: Lorenzo Cortina
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*La Segunda Guerra Mundial produjo, al finalizar, un vencedor,
los Estados Unidos; un héroe, Gran Bretaña, y un villano,
Alemania...*

Hitler, por N. STONE

1

En mayo de 1979, sólo dos días después de que el nuevo Gobierno británico conservador llegase al poder, la caja amarilla que contiene el informe diario del M16 a la Primer Ministro, le fue entregado a la misma por un delegado del gabinete. Éste era el miembro del Parlamento que actuaba de enlace con los Servicios de espionaje.

Aunque el contenido de esa caja amarilla no se clasificaba nunca como secretos, altamente secretos y medianamente secretos —dado que todos los documentos del MI6 pertenecían siempre a la categoría de ultrasecretos—, eran acompañados de un rápido informe escrito a mano. La Primer Ministro observó con cierta sorpresa que aquélla era la letra de Sir Sydney Ryden, el director general del MI6, y seleccionó aquel documento para dedicarle su atención inmediata. Unido a una esquina se veía un anuncio, tomado de una revista de cine, publicada en California la semana anterior.

Un productor de películas, que no figuraba en ninguno de los libros de referencias del departamento, declaraba que estaba preparando lo que el anuncio describía como «una película muy importante, con un presupuesto de más de quince millones...». Era un relato basado en la Segunda Guerra Mundial acerca de robos de oro en Alemania en los días postreros de la contienda. El recorte llevaba el sello de caucho de «Despacho 32 de Investigación», y estaba firmado por el funcionario que lo había encontrado.

«¿Cuál es el auténtico secreto de la mina Kaiseroda?», preguntaba el anuncio. Kaiseroda aparecía subrayado con lápiz rojo para indicar que la palabra había llamado la atención del funcionario del Servicio Secreto de Inteligencia, respecto de la posible importancia del anuncio.

Normalmente, la marca estampada en azul del sello de caucho facilitada como referencia, hubiera sido llenada con el número de expediente, mas para su gran sorpresa, el empleado del archivo comprobó que no existía ningún expediente con la referencia «Kaiseroda». En vez de ello, la cartulina «Kaiseroda» mostraba la indicación de: «Sólo para el director general. INMEDIATAMENTE».

La Primer Ministro leyó con atención la nota de Sir Sydney Ryden, desconcertada más de una vez por aquella escritura a mano. Luego descolgó un teléfono y cambió sus citas del día, para hacer un hueco y recibirle a él.

El policía, ya de cierta edad, que se encontraba de servicio aquella tarde dentro de la entrada del vestíbulo del núm. 10 de Downing Street, reconoció que el hombre que acompañaba a Sir Sydney era el archivero principal del centro de documentación del Foreign Office. Le intrigó que pudiese encontrarse allí a una hora en que la Primer Ministro se hallaba tan ocupada, pero pronto olvidó el asunto. Durante la instalación de un nuevo Gobierno recién elegido se producían muchas sorpresas así.

El archivero del Foreign Office no asistió a la reunión entre la Primer Ministro y Sir Sydney, sino que se quedó en la sala de espera del piso de abajo, para el caso de que fuese requerida su presencia. Pero al final no fue así.

Aquella fue la primera reunión oficial de la nueva Primer Ministro con el jefe del servicio de espionaje. La Primer Ministro se encontró con dificultades fuera de lo común para hablar con él: sus modales eran muy distantes y su apariencia resultaba abrumadora, un hombre alto con cabello más bien largo y cejas muy pobladas. Al acabar la información, ella se levantó para indicar que la entrevista había concluido, pero Sir Sydney no mostró ninguna prisa por marcharse.

—Estoy completamente seguro de que no existe nada de verdad en esas terribles alegaciones, señora Primer Ministro —dijo.

Se preguntó si debía dirigirse a ella como *madam* o bien la mejor forma de hacerlo fuese el término *ma'am*, como algunos llamaban a la reina. Ella le miró con dureza y él se sintió incómodo. Sir Sydney no era un gran fumador, de la forma en que lo había sido su predecesor, pero ahora encontraba que las restricciones de la Primer Ministro respecto a fumar, constituían una gran incomodidad y suspiró por un cigarrillo. En los viejos tiempos, con Callaghan, y antes de él con Wilson, resultaba raro que aquellas habitaciones no estuviesen llenas de nubes de humo de tabaco.

—Lo averiguaremos —declaró en tono cortante la Primer Ministro.

—Mandaré a alguno de los míos a California en las próximas veinticuatro horas.

—¿Y no informará a los norteamericanos?

—No sería prudente, señora Primer Ministro.

Se tocó la oreja con una mano y se echó hacia atrás un mechón de su largo cabello.

—Estoy completamente de acuerdo —convino ella.

Dio de nuevo unos golpecitos en el recorte.

—De momento, lo único que necesitamos es una directa y simple respuesta por parte de ese productor de cine.

—Eso puede ser una tarea más bien difícil, de acuerdo con la experiencia que tengo de los productores de cine de Hollywood.

La Primer Ministro levantó la vista del recorte para comprobar si Sir Sydney estaba haciendo un chiste al que debiera responder. Decidió no sonreír. Sir Sydney no parecía un hombre muy propenso a bromear.

2

Resultaba mucho más difícil reunir los detalles exactos de la forma con que el Servicio de Información de la Unión Soviética había quedado alertado acerca de las actividades que tanto preocuparon a la Primer Ministro británica. La implicación de los soviéticos había comenzado muchas semanas antes y, ciertamente, era la razón que se encontraba detrás de un largo mensaje por radio, en dos partes, transmitido a primeras horas de la noche del domingo de Resurrección, 15 de abril de 1979, al edificio principal de la Embajada de la URSS en la Calle 16 del East Side, Washington, D. C. La inesperada transmisión por radio requirió los servicios del primer funcionario ruso descifrador, que estaba disfrutando de una cena de Pascua con sus amigos rusos en una sala privada del restaurante «Pier 7», en la avenida Maine, contigua al río, cerca del «Capital Yacht Club». Fueron a recogerle allí en un coche de la Embajada.

Interceptado por la Agencia Nacional de Seguridad, y descodificado por la computadora «ATLAS», en Fort George Meade, Maryland, aquella emisión por radio de la noche del domingo proporcionó el primer dato registrado del nombre en clave que Moscú había dado a la operación: «Misión Pogoni». Las instrucciones por escrito dictadas, en 1962, por el GRU, y más tarde transferidas a la KGB y a las Fuerzas Armadas, ordenaba que la elección de los nombres de los códigos debían ser de tal tipo que no revelasen ni la misión, ni la actitud o intención del Gobierno, y añadía una advertencia suplementaria de que los nombres del código no debían ser triviales o de tanta grandeza que atrajeran el ridículo si la operación salía mal. Y, sin embargo, los traductores de la NSA señalaron, en una hoja suplementaria, que la elección de Moscú de la palabra en clave resultaba reveladora.

Literalmente, *pegoni* significa «charretera», mas, para un ciudadano de la URSS, conllevaba implicaciones más profundas. No sólo podía emplearse para designar a un personaje importante o «jefazo»; era un símbolo de los odiados reaccionarios.

—*Smert zolotopogonnikam!* —gritaban los revolucionarios.

Es decir:

—¡Muerte a los hombres que llevan charreteras doradas!

Sin embargo, las posibles insinuaciones de la elección de este nombre cifrado por parte de la KGB aún podían llegar más lejos, puesto que, en la actualidad, los militares rusos de alta graduación que controlaban una de las organizaciones rivales de información soviéticas, la GRU, llevaban de nuevo charreteras doradas.

No quedó registrado cómo Yuri Greshko interpretó el nombre en código asignado a esta nueva operación. Greshko, un alto funcionario de la KGB, era en aquel tiempo «residente legal» de la URSS. Empleando la cobertura diplomática, su tarea radicaba en mantenerse informado, e informar a Moscú, de todas las actividades de espionaje soviético en los Estados Unidos. En rango, Greshko ocupaba la segunda posición, inmediatamente detrás del embajador, y era el único que vigilaba todas las operaciones de cobertura y los «trucos sucios», por completo separados de los asuntos oficiales de los diplomáticos. Aquello hacía que al embajador le resultara más fácil negar cualquier conocimiento de tales actividades, cuando éstas eran descubiertas por las autoridades estadounidenses.

Greshko aparecía en los anuarios diplomáticos como capitán de Marina de tercera categoría, y como ayudante del agregado naval. Era un hombre bajo, de pelo rizado, brillantes ojos azules y una boca muy grande. Su único rasgo característico lo constituía un diente incisivo de oro, el cual nunca mostraba ni siquiera cuando sonreía. Pero Greshko no sonreía con tanta frecuencia como para comprometer sus operaciones clandestinas. Greshko era un hombre que constituía un ejemplo viviente de la infinita capacidad de los rusos para la melancolía.

Resultaba difícil conciliar la jerarquía diplomática de Greshko con su apariencia y estilo de vida. Sus caros trajes a la medida, su reloj de oro, su alfiler de corbatas con perlas, los rollos de billetes de Banco que llevaba en el bolsillo de la cadera, la disponibilidad que tenía respecto de coches deportivos y sus erráticos días de trabajo, todo ello sugería a los hombres de Washington, que se dedicaban a estudiar dichos detalles, que Greshko era un hombre de la KGB, pero hasta la fecha aún no se habían percatado de que era el «legal», es decir, el administrador principal de la Embajada.

Dado que los movimientos de Greshko estaban restringidos, hizo acudir a Washington al jefe de sus agentes secretos. Resultaba algo contrario a los procedimientos normales, pero las instrucciones radiadas habían hecho hincapié en la urgencia de su tarea. Por ello, Greshko dio aquella mañana un

paseo hasta el Jardín Botánico, en la otra orilla del río Anacostia. Se tomó el tiempo necesario y estaba seguro de no haber sido seguido cuando regresó al centro de la ciudad para acudir a aquella cita en el prestigioso «Hay-Adams Hotel», que poseía vistas a la plaza Lafayette y a la Casa Blanca.

Mr. y Mrs. Edward Parker se encontraron con Greshko en la entrada de la Calle 16 del hotel, en el que Greshko había encargado una mesa a nombre de Green. Edward Parker era un hombre grueso y rudo, con rasgos eslavos: mandíbula cuadrada, pelo ondulado gris que rápidamente se estaba volviendo blanco y gruesas cejas. Era mucho más alto que su esposa japonesa y que Greshko, al que había dado la mano sonriendo con decisión. Parker, que iba preparado para el tiempo que hacía en Chicago, llevaba un grueso abrigo de mezclilla, aunque en Washington aquel día la temperatura era más bien alta y lucía el sol.

Greshko dio a Fusako Parker un beso superficial en la mejilla y sonrió un poco. La mujer tenía algo más de treinta años, y era hermosa, con un cutis perfecto y unos rasgos de muñeca oriental. Llevaba un vestido abotonado de lana color beige, con un ancho broche de oro, en forma de crisantemo, pinzado en el cuello del abrigo. Para un observador casual, los tres compañeros de mesa parecían unos típicos y conservadores miembros de Embajada, muy bien vestidos, que solían atestar los mejores restaurantes de Washington.

Parker era importador de componentes de transistores de radio baratos. La mayor parte de dichos transistores se manufacturaban y, en parte, montaban en Taiwán, Corea y Singapur, donde eran lo suficientemente hábiles para este trabajo, pero no lo bastante sagaces para solicitar los elevados sueldos de Estados Unidos y Europa. Con esta pantalla, Parker viajaba libremente, tanto por Estados Unidos como por el extranjero. Constituía una perfecta cobertura para un «residente ilegal» de la URSS. Parker era el jefe de los espías secretos para las operaciones rusas en Estados Unidos, con la excepción de ciertas tareas especiales que se manejaban desde la Embajada de Washington y por la extensa red «Interbloc», centrada en las Naciones Unidas, en la central de Nueva York.

Eran las 2,20 cuando Greshko acabó su tarta de queso. Cuando pidió café y licores, Mrs. Parker les preguntó si podía marcharse a hacer unas compras antes de regresar a Chicago. Greshko y Parker se mostraron de acuerdo. A continuación, los dos hombres pudieron hablar tranquilamente de sus asuntos.

Parker hacía ya casi doce años que había sido «plantado» en Norteamérica. Su inglés era más o menos impecable y había asumido con

facilidad los amigables modales de los hombres de negocios norteamericanos que alcanzaban el éxito. No obstante, Parker había nacido como ciudadano de la URSS y sirvió tres años en la KGB, en su Directorio Científico y Sección Técnica, antes de ser encargado de aquella misión en Estados Unidos. Ahora escuchaba con cuidado y atención, mientras Greshko hablaba con rapidez en un suave ruso, contándole la prioridad que habían dado a la «Misión Pogoni». Parker tenía poderes para designar a cualquiera de sus agentes durmientes un servicio activo. Tal libertad de decisión sólo se había concedido antes cinco veces al residente americano durante el turno de servicio de Parker. Ahora habían concedido facultades semejantes a los residentes en Bonn, París y Londres.

Además, le confió Greshko, el Directorio Principal les había asignado el control de la «Sección 12». Los dos hombres sabían lo que esto significaba. Aunque desde 1969 se le había asignado el nuevo nombre de Departamento de Acción Ejecutiva, los veteranos aún seguían denominándola Sección 13 del Directorio Principal de la KGB, y era la que manejaba los «asuntos húmedos» (*mokrie dela*), que iban desde el chantaje hasta la tortura y el asesinato. La sección era mandada en aquella época por el legendario Stanislav Shumuk, un hombre muy bien considerado por el Departamento de Órganos Administrativos del partido comunista, desde el cual se domina, en la actualidad, a la KGB. Shumuk gozaba de la reputación de recurrir a cualquier medio con tal de conseguir resultados.

Parker no replicó. Greshko se tomó unos sorbos de su café muy cargado. Resultaba innecesario señalar que cualquier fallo traería aparejadas unas consecuencias muy poco placenteras para ambos hombres. Después de aquello, volvieron a hablar en inglés. La conversación versó sobre los problemas de mecánica que Parker había experimentado respecto del coche de su esposa, que estaba aún bajo garantía. Parker se dio cuenta, aunque no por primera vez, de que Greshko era un hombre más bien desgraciado. Aquello contradecía las historias que había oído sobre él, y Parker se preguntó por qué Greshko se había convertido en una persona tan pesimista sólo cuando estaba con él.

Mr. y Mrs. Parker regresaron en avión a Chicago en un vuelo nocturno. Yuri Greshko tenía una cita con su novia, una ciudadana rusa empleada en la Delegación Comercial. A primera hora de la mañana siguiente, se encontraba discutiendo en voz alta con ella en el motel en el que habían pasado la noche, y que se encontraba en Virginia, más allá de la frontera del Estado. Greshko había bebido demasiado.

3

A pesar de las tranquilizadoras seguridades dadas a la Primer Ministro, el director general del MI6 no envió inmediatamente un agente a California. La razón de este retraso surgió en una conversación que el director general mantuvo con su hija Jennifer. Ella tenía un candidato para esta tarea en el otro extremo del mundo: su marido.

—Boyd se está portando de una manera muy repugnante —le dijo a su padre—. No todos nuestros amigos saben que estamos separados y me produce un auténtico horror encontrármelo sentado enfrente de mí a la mesa. Quiero que le envíes a realizar alguna misión en el otro extremo del mundo. —Le dio un abrazo a su padre—. Por lo menos, hasta que haya terminado el asunto del divorcio.

El director general asintió. Nunca se había mostrado de acuerdo en que ella se casara con un hombre de su mismo departamento, especialmente con un joven tan desarraigado y tan poco respetuoso. Hubiera sido mejor dejar que aquel asunto amoroso siguiera su curso; en vez de ello, Sir Sydney los había presionado para que se casaran con todas aquellas lamentables consecuencias.

—Está en la lista de nuevos destinos, papá —le engatusó su hija.

Boyd Stuart, un agente de operaciones de treinta y ocho años, acababa de completar su año obligatorio de «servicio administrativo», lo cual le concedía un aumento de sueldo antes de regresar a Ultramar. Tales agentes de operaciones, una vez colocados detrás de una mesa de despacho en Londres durante doce meses, raramente se hacían querer por el personal que se hallaba allí de modo permanente. Con frecuencia, eran apresurados, simplistas y descuidados con los detalles y el papeleo. A esta lista de deficiencias, Boyd Stuart había añadido el pecado de la arrogancia. Doce años como agente de operaciones habían hecho que se mostrase impaciente con las prioridades desplegadas por el personal de Londres.

—Tengo algo que podría hacer para nosotros en California —afirmó el director general.

—Oh, papá. No sabes qué maravilloso sería... No sólo para mí —añadió apresuradamente—, sino también para Boyd. Ya sabes lo que odia permanecer en una oficina.

El director general sabía exactamente hasta qué punto Boyd Stuart odiaba los trabajos de oficina. Con frecuencia, su yerno había empleado las invitaciones a cenar para comunicarle sus preferencias respecto de un nuevo destino en Ultramar. El director general no había hecho nada al respecto, decidiendo que parecería muy mal que intercediese por un pariente próximo.

—Y también es una cosa muy urgente —prosiguió el director general—. Le despacharemos, todo lo más, durante el fin de semana...

Jennifer besó a su padre.

—Eres un encanto —le dijo—. Boyd conoce California. Ya hizo allí un año de intercambio en la UCLA.

Boyd Stuart era un hombre bien parecido y de tez oscura, y su apariencia —al igual que su excelente alemán y polaco, lo mismo que su fluido húngaro — le permitían pasar por habitante de cualquier lugar de aquella región a la que se suele denominar, vagamente, como Europa Central. Stuart había nacido de padre escocés y madre polaca, durante la guerra, en un campo de internamiento para civiles, en la zona del Rin. Después de la guerra, Stuart había frecuentado ya colegios de Alemania, Escocia y Suiza cuando siguió sus estudios en Cambridge. Fue allí donde sus buenas notas y sus asombrosas facultades en atletismo y lingüística, hicieron que captase la atención de los reclutadores de la Información británica.

—¿Dice que no existe ningún expediente, Sir Sydney?

Stuart no se había visto personalmente con su suegro desde aquella inolvidable noche en que tuvo una espantosa disputa con Jennifer. Sir Sydney Ryden llegó a las cuatro de la madrugada y se llevó a su hija, para que viviera a partir de entonces de nuevo con sus padres.

Stuart vestía unos más bien holgados pantalones de franela gris y una chaqueta deportiva, en la que faltaba uno de los botones metálicos. No era, exactamente, lo que hubiera elegido ponerse para aquel encuentro, pero ahora ya no podía hacer nada al respecto. Se percató de que el director general mostraba una similar falta de entusiasmo acerca de aquellas prendas descuidadas, y se encontró jugueteando con los trozos de hilo que colgaban en el lugar del perdido botón.

—Se trata de un asunto de una alta política —le informó el director general—. No creo que necesite poner demasiado énfasis en lo delicado que resulta este asunto.

El director general le brindó una de sus tristes sonrisas. Aquel amaneramiento —una simple exhibición de los dientes— constituía una especie de prevención atávica de que no debía adentrarse más en aquel sagrado territorio. El director general se quedó mirando su whisky, y de repente lo terminó de un trago. Era propicio a aquellos bruscos movimientos después de largos períodos de inmovilidad. Ryden medía más de un metro ochenta y cinco de estatura y le gustaba llevar trajes oscuros, los cuales, junto con su alargado y pálido rostro, así como su lujurante y flotante pelo, le daban el aspecto de un poeta salido de alguna novela victoriana. No hubiera necesitado más que una larga capa negra para aparecer en un escenario representando el papel del Conde Drácula, pensó Stuart, y se preguntó si el director general se había inventado, de forma deliberada, aquella vedada apariencia.

Sin preámbulos, el director general le contó de nuevo a Stuart la historia, abreviándola aquella vez a sus elementos más esenciales.

—El 8 de abril de 1945, elementos de la 90 División del Tercer Ejército de los Estados Unidos, al mando del general Patton, penetraron profundamente en Alemania. Cuando llegaron a la pequeña ciudad de Merkers, en la Turingia occidental, enviaron un destacamento de infantería a la mina de sal de Kaiseroda. Aquellos soldados buscaron por los cincuenta kilómetros de galerías de la mina. Encontraron una puerta de acero recién instalada. Cuando consiguieron penetrar por ella, descubrieron oro: las cuatro quintas partes de las reservas del oro nazi se encontraban allí. También se hallaban en aquel lugar dos millones o más de los libros más raros de las bibliotecas de Berlín, la colección completa de Goethe de Weimar, y pinturas e impresos de toda Europa. Nos llevaría más de media hora el leer toda la lista de materiales. Ya te proporcionaré un ejemplar.

Stuart asintió en silencio. Eran ya las últimas horas de la tarde, y la luz del sol dibujaba arabescos en la alfombra, moviéndose a través de la estancia hasta que las brillantes barras se adelgazaron y no fueron más que finas varillas, y una a una desaparecieron. El director general se acercó a las estanterías para encender las enormes lámparas de la mesa. En las paredes con paneles se veían cuadros de caballos que habían vencido en famosas carreras hacía ya mucho tiempo, pero ahora las pinturas se habían oscurecido tanto por el envejecimiento del barniz, que aquellos antaño pavoneantes caballos

parecían encaminarse cansinamente hacia sus casas a través de un velo de niebla.

—¿Y cuánto oro representaba eso de las cuatro quintas partes de las reservas de oro de los alemanes? —preguntó Stuart.

El director general aspiró por la nariz y se pasó un dedo por las orejas echando hacia atrás un errátil mechón de cabello.

—El valor del oro era de unos trescientos millones de dólares, según nuestras estimaciones. Había unas ocho mil barritas de oro. —El director general hizo una pausa—. Pero ése era sólo el oro en lingotes. Además, había unas tres mil cuatrocientas treinta y seis bolsas con monedas de oro, muchas de las cuales constituían auténticas rarezas, monedas cuyo valor es muchas veces superior a su peso en oro a causa del aprecio que tienen por ellas los coleccionistas.

Stuart alzó la vista y, dándose cuenta de que se esperaba algún tipo de respuesta, declaró:

—Sí, es asombroso, señor.

Luego sorbió un poco más de whisky. En el despacho del director general había siempre el mejor whisky de malta, aquí en la parte alta del «Ziggurat», aquel curioso y truncado edificio piramidal que tenía vistas al otro lado del río Támesis, hasta el palacio de Westminster. La estancia con paneles en la pared, cuadros y muebles antiguos, todo ello formando parte del intento de volver a conseguir la elegancia que el Servicio de Información había disfrutado en las hermosas casas antiguas de St. James. Pero este edificio era de acero y hormigón, barato y práctico, con manchas de humedad en la fachada y resquebrajamientos en los sótanos. El mismo Servicio podría describirse de forma similar.

—Los oficiales norteamericanos informaron de su hallazgo a través de los canales habituales —continuó explicando el director general, resumiendo de repente su relato—. Patton y Eisenhower fueron a verlo el 12 de abril. Todo el Ejército se desplazó hasta Frankfurt. Llevaron jeeps y camiones a la mina y lo cargaron todo. Los americanos son gente muy ingeniosa, Stuart.

El director general sonrió y mantuvo la sonrisa a la par que miraba fijamente a los ojos de Stuart.

—Sí, señor.

—Les costó unas cuarenta y ocho horas de trabajo continuado cargar con todas las cosas valiosas. Unas treinta cajas de archivos de la oficina alemana de patentes, que valían su peso en oro, y dos mil cajas de impresos, dibujos y

grabados, así como ciento cuarenta rollos de alfombras orientales. ¿Comprende cuántas dificultades, Stuart?

—Claro que sí, señor.

Hizo oscilar lo que le quedaba de bebida en el vaso antes de engullirlo. El director general no dio muestras de percatarse de que su vaso estaba vacío.

—Luego, dieron la orden de marcha a los camiones exactamente dos días después de la visita de Eisenhower. La única forma de hacerlo consistía, simplemente, en repasar las listas de los inventarios originales alemanes. Y eso era un sistema que presentaba graves defectos.

—En primer lugar, si habían robado algo no habría ningún medio de estar seguros de que el inventario alemán era correcto...

El director general asintió.

—¿Puedes imaginar el caos que era Alemania en aquel estadio de la guerra?

—No, señor.

—Exacto, Stuart. No puedes imaginarlo. Dios sabe qué dificultades tendrían los alemanes para desplazar todas aquellas cosas valiosas en sus días de colapso. Pero te aseguro que la tentación de algunos alemanes, en particular, de arriesgarse para meterse algunos de aquellos artículos en los bolsillos, nunca pudo ser mayor. Tal vez sólo los alemanes fuesen capaces de desplazar aquel material incólume en semejantes circunstancias. Como nación poseían una autodisciplina que no puede uno dejar de admirar.

—Sí, señor.

—Tan pronto como los norteamericanos capturaron la mina, su contenido fue enviado por carretera a Frankfurt y guardado en el edificio del Reichsbank. Un equipo especial del Departamento de Estado fue militarizado durante la noche, les pusieron de uniforme y les enviaron desde Washington a Frankfurt en avión. Curiosearon aquel material con el fin de encontrar ciertos documentos importantes, o intercambios diplomáticos secretos, que pudieran ser valiosos para el Gobierno norteamericano, o embarazoso para ellos mismos si hubieran sido hechos públicos. Tras esto, todo lo demás fue entregado a la Agencia de Reparaciones Interaliada.

—¿Y había material secreto de ese tipo?

—Permíteme que te sirva otra copa, Stuart. ¿A ti te gusta mucho el whisky de malta, no? ¿Esta vez lo quieres con agua?

—Solo, por favor, señor.

El director general le brindó otra de sus feroces sonrisas.

—*Naturalmente* que se trataba de material secreto. Eran las notas intercambiadas entre el embajador alemán en Londres y sus dueños de Berlín, durante los años treinta, que hubieran hecho enrojecer muchas caras, aquí en Whitehall, por no decir nada del rubor que originaría en el palacio de Westminster. Alguna indiscreción al respecto, hubiera puesto entre rejas a nuestros políticos de mil novecientos cuarenta... Como, por ejemplo, algunos miembros del Parlamento comentando en la Embajada alemana lo buen muchacho que era Adolf Hitler.

El director general sirvió bebida para ambos. Empleó unos vasos limpios.

—¿Te pasa algo con esa puerta, Stuart?

—No, es muy hermosa —contestó Stuart que admiraba la labor antigua de marquetaría—. Y la mesa octogonal de roble debe de ser de principios del siglo XVII.

El director general gruñó en voz baja. No era la clase de observación que esperaba de un tipo así. Ryden había sido educado en la convicción de que un caballero no debía hacer ninguna referencia específica a las pertenencias de otro hombre. Siempre había sospechado que Boyd Stuart debía ser «artístico», una palabra que el director general empleaba para describir a una gran variedad de individuos a los que ponía bolas negras en su club y que rehuía socialmente.

—¿No quieres hielo? ¿No quieres soda? ¿No quieres nada? —preguntó de nuevo el director general, pero echó a perder su solicitud puesto que al decirlo se arrellanó en su sillón.

Stuart meneó la cabeza y se llevó a los labios el alto vaso.

—No —convino el director general—. Con un nombre tan escocés como el de Boyd Stuart, un hombre no debe aguar una buena malta de las Tierras Altas.

—No con un «Sassenach» —explicó Stuart.

—¿El qué? Oh, sí, comprendo —dijo el director general llevándose una mano a su cabellera.

Stuart se percató de que su suegro llevaba tan largo el pelo para ocultar un audífono. Resultaba una sorprendente vanidad en una figura tan elegante; Stuart lo anotó con interés.

—¿Oxford, Stuart?

Stuart se lo quedó mirando un momento antes de responder. Un hombre que podía retener en su memoria todos los detalles de los descubrimientos de la mina de Kaiseroda, no resultaba factible que olvidase en qué Universidad había estudiado su yerno.

—Cambridge, señor. Trinity. Me licencié en Matemáticas.

El director general cerró los ojos. Resultaba por completo alarmante la clase de gente que el Departamento había reclutado. A partir de ahora deberían dedicarse a los sociólogos. Recordó en aquel momento un chiste que había oído en su club a la hora de la comida. Un candidato a funcionario formuló una queja oficial: Había perdido puestos en el escalafón porque, en la selección del funcionariado del Estado, había declarado que era socialista. El comisionado se disculpó mucho —o, por lo menos, la historia lo contaba así—, puesto que había entendido que el candidato manifestara ser sociólogo.

Boyd Stuart sorbió su whisky. No le disgustaba demasiado su suegro; a su modo, no era otra cosa más que un carca bastante decente. Ryden idolatraba lo suficiente a su hija como para no ver sus defectos y aquello no era otra cosa que una debilidad muy humana.

—¿Cuál ha sido la idea de Jennifer? —le preguntó Stuart—. ¿Lo de mandarme a California ha sido idea suya?

—Necesitamos a alguien que conozca un poco del mundo del cine —le dijo Sir Sydney—. Inmediatamente me acordé de ti...

—Supongo que quiere decir que si fuese algo referente a la Banca, al chaquete o a la Brigada de la Guardia —explicó Stuart—, también habría pensado en mí...

El director general sonrió en reconocimiento de aquella broma.

—Recordé que has hecho un curso en la UCLA...

—¿Pero fue idea de Jennifer?

El director general titubeó antes de decir algo deliberadamente inexacto.

—Jennifer opina que será mejor así..., dadas las circunstancias.

Stuart sonrió. Podía reconocer siempre las maquinaciones de su esposa.

—¿Verdad que no pensabas que te encontrarías en un asunto así cuando estudiabas en Trinity, eh, Stuart? —dijo el director general decidido a cambiar de tema.

—Para decirle la absoluta verdad, señor, confiaba en ser un profesional del tenis.

El director general casi farfulló. Tuvo la terrible sensación de que aquella operación sería su Waterloo. Aborrecía retirarse con un fracaso notable en las manos. A su mujer se le había metido en la cabeza que podría llegar a Par. Incluso había estado explorando algunos títulos; Lord y Lady Rockhampton eran sus favoritos. Se trataba de la ciudad de Australia en la que había nacido su padre. Sydney le prometió averiguar si aquel título lo llevaba ya alguien. Más bien confiaba en que fuese así.

—Sí, es un juego fascinante ése del tenis —respondió el director general.

¡Dios mío! Y aquél era el hombre al que debían contar las «Actas de Hitler», el secreto más peligroso de la guerra. Aquél iba a ser el sujeto que se convertiría en guardián de la reputación de Winston Churchill.

—El convoy de camiones salió de Merkers en dirección a Frankfurt el 15 de abril de 1945 —dijo el director general, continuando su relato—. Creemos que tres, o incluso cuatro, camiones desaparecieron en ruta hacia Frankfurt. Ninguno de los objetos de valor y de los documentos secretos que llevaban fueron recuperados nunca. El Ejército de Estados Unidos no reconoció la pérdida de los camiones, pero, de modo no oficial, declararon que se trataba de tres.

—¿Y cree que esa compañía cinematográfica de California está ahora en posesión de los documentos?

El director general se acercó a la ventana, y miró las macetas de cactus que estaban allí alineadas para conseguir el máximo beneficio de la luz. Levantó una de las macetas para examinarla más de cerca.

—Puedo asegurarte de forma categórica, Stuart, que estamos hablando de falsificaciones. Hablamos de cosas mitológicas.

Se sentó, sosteniendo con cuidado la maceta y tocando la tierra con cuidado.

—¿Es algo que podría dejar en una situación embarazosa al Gobierno?

El director general respiró con fuerza por las narices. Se preguntó cuánto tiempo le llevaría comunicar su mensaje.

—Sí, Stuart, así es.

Colocó el cacto en la mesa del café y levantó su vaso.

—¿Trataríamos de impedir que esa compañía haga una película a causa de la mina Kaiseroda y sus tesoros? —preguntó Stuart.

—Me importa un bledo esa película —repuso el director general. Empezó a pasarse la mano nerviosamente por el cabello—. Pero quiero saber a qué documentación han tenido acceso.

Se bebió parte de su whisky y echó un vistazo al reloj que estaba en la repisa de la chimenea. Tenía otra reunión después de ésta y cada vez iba más escaso de tiempo.

—No estoy seguro de saber exactamente qué debo hacer —le confesó Stuart.

El director general se levantó. Aquello era una especie de señal para que Stuart se marchase. En aquella media luz, su alargada cara iluminada por

debajo por la lámpara de la mesa, y con su enorme figura vestida de negro y silueteada contra el sol poniente, Ryden tenía un aspecto satánico.

—Lo sabrás cuando des con ello. Nos mantendremos en contacto contigo a través de nuestros residentes en California. Buena suerte, hijo mío.

—Gracias, señor.

Stuart se levantó también.

—¿Ya has estado en Operaciones? ¿Están todos los trámites cumplidos? En lo que se refiere al dinero..., te lo giraremos al «First Los Angeles Bank», en Century City. —El director general sonrió—. Jennifer me ha contado que almorzarás mañana con ella.

—Hay algunas cosas que Jennifer desea del piso —explicó Stuart.

—Vete a California lo antes posible, Stuart.

—Tengo unas cuantas cosas personales que arreglar —repuso Stuart—. Cancelar mis compromisos para las vacaciones y avisar al lechero.

El director general miró de nuevo al reloj.

—Tenemos gente en el Departamento que cuidarán de esos detalles, Stuart. No podemos retrasar las Operaciones a causa de unas cuantas botellas de leche.

4

—Tenemos gente en el Departamento que cuidarán de esos detalles, Stuart —dijo Boyd Stuart en un remedo cómico de la voz del director general.

Kitty King, la amiguita habitual de Boyd Stuart, se rió por lo bajo y se acercó más a él.

—¿Y qué le contestaste, querido?

—Le dije que no podían cuidarse de ciertos y magníficos detalles. Algunas cosas deben continuar siendo sagradas.

Le dio unos golpecitos en el trasero.

—¡Qué loco...! ¿Qué le dijiste de verdad?

—Abrí la boca y me bebí mi whisky. Para cuando hube acabado, él ya había desaparecido a través del suelo, al igual que el rey de los demonios en una pantomima.

La besó de nuevo.

—Me marchó a Los Ángeles.

Ella se movió para librarse de su abrazo.

—Ya sé todo eso —le contestó—. ¿Quién crees que ha mecanografiado esta tarde sus órdenes?

La chica era la secretaria del segundo jefe de Operaciones (Región Tres).

—¿Me serás fiel mientras esté fuera? —preguntó Stuart, medio en broma.

—Me lavaré el pelo cada noche, y me iré temprano a la cama con «Keats» y cacao caliente.

Aquello constituía una promesa muy improbable. Kitty era una joven de senos generosos, que atraía a los hombres, tanto a los jóvenes como a los viejos, lo mismo que las meriendas atraen a las avispas.

La chica alzó la vista, vio la expresión del rostro de Stuart y le dio un beso en la punta de la nariz.

—Soy hija de la revolución sexual, querido Boyd. ¿No lo has leído en el *Playboy*?

—Nunca leo el *Playboy*; sólo las fotos. Vámonos a la cama.

—Te he hecho esas berenjenas al homo que tanto te gustan.

Kitty King era una inflexible vegetariana; y, aún peor, una propagandista. Resultaba sorprendente, había observado alguien de la oficina tras verla en biquini, pensar que todo aquello no era más que frutas y nueces...

—Te gustan mucho, ¿verdad?

—Vamos a la cama —repitió Stuart.

—Primero debo apagar el fuego de la cocina, o mi cazuela con garbanzos se reseca por completo.

Ella se apartó despacio de él. A pesar de la diferencia de edad entre ellos, Kitty le encontraba desconcertantemente atractivo. Hasta ahora, sus experiencias con los hombres habían quedado siempre por completo bajo su control, pero Boyd Stuart, a pesar de sus ansiosas observaciones, la mantenía siempre en guardia. La sorprendía y enojaba descubrir que le gustaban mucho aquel nuevo tipo de relaciones.

La chica le miró y él sonrió. Stuart era un hombre muy bien parecido: Su ancha y alargada cara y la boca, que retorció hacia un lado, podía de repente ser transformada por una devastadora sonrisa, y su alegría resultaba contagiosa.

—¡Tu cazuela de los garbanzos! —se mofó Boyd Stuart—. No deseamos que se queme, querida.

Se echó a reír estrepitosamente y ella no pudo resistir el regresar a su lado. Stuart le puso una mano encima. La chica se percató de que el dorso de la mano estaba cubierto con pequeñas cicatrices y que la articulación del dedo pulgar aparecía torcida. Kitty le había preguntado alguna vez al respecto, pero él sólo había respondido con una sonrisa. Siempre existía una barrera. Aquellos hombres que trabajaban en Operaciones eran todos igual. No había manera de llegar a conocerlos por completo. Siempre había una señal de «prohibido el paso». En todo momento, cierta parte de su cerebro estaba en guardia y alerta. Y Kitty King era lo suficientemente mujer para desear que su hombre fuese suyo por completo.

Boyd Stuart abrió la puerta del dormitorio. Era la mejor habitación del apartamento en varios aspectos: En amplitud y luminosidad, al igual que muchas de las laberínticas casas victorianas cercanas al río, en el lado pasado de moda de la estación Victoria. Aquella era la razón de que tuviese un escritorio al lado de los ventanales de su dormitorio. Un rincón al cual Kitty King le gustaba referirse grandiosamente como «el estudio».

—¡Kitty! —la llamó él.

Ella entró en el dormitorio, se apoyó con la espalda contra la puerta y sonrió mientras la cerraba.

—Kitty. La cerradura de mi escritorio está rota.

Abrió la puerta delantera incrustada de nogal del antiguo escritorio. La cerradura había sido arrancada de la madera y se veían unos profundos arañazos en la pulida superficie.

—Tú no lo has roto. ¿Verdad que no, Kitty?

—Claro que no, Boyd. No me interesan tus viejas cartas de amor.

—Esto no es gracioso, Kitty. Guardaba aquí material secreto.

Mientras decía esto, trasteaba en los cajones y casillas. Encontró el billete de avión, su pasaporte, la carta para el Banco, un par de direcciones de los contactos y una antigua foto de un hombre llamado Bernard Lustig sacada de una revista de cine. También había un recorte de periódico que le había facilitado el Departamento:

VIAJE CON TODOS LOS GASTOS PAGADOS A LA CAPITAL MUNDIAL DEL CINE, Y ALÓJESE EN UN LUJOSO Y EXPLOSIVO HOTEL DE BEVERLY HILL.

La «B. Lustig Productions Inc.» busca con urgencia a los veteranos del Tercer Ejército de Estados Unidos y Unidades agregadas, que estuvieron relacionadas con el traslado del material de la mina de sal de Kaiseroda, Merkers, Turingia, Alemania, los últimos días de la Segunda Guerra Mundial. La compañía prepara una película muy importante acerca de este histórico episodio. Los veteranos pueden remitir cuantos detalles obren en su poder al Apartado de Correos 2188. Las fotos y los documentos serán tratados con el mayor cuidado y devueltos al remitente por correo certificado.

Kitty King le observó mientras investigaba todas aquellas pertenencias.

—Parece que no han quitado nada —dijo Stuart—. ¿Te has dejado la puerta abierta cuando has bajado el cubo de la basura?

—No había nadie en la escalera —contestó la chica.

—Esperarían arriba —explicó Stuart—. Apostaría que es el mismo chico que robó en los otros pisos.

—¿Telefonarás al Departamento?

—No ha desaparecido nada. Y no hay señales de que haya sido forzada la puerta principal.

—Los documentos de tu viaje estaban ahí, ¿no es así?

Él asintió.

—Entonces sabías todo esto el domingo pasado, cuando pusiste los billetes y lo demás ahí.

En su voz había un tono de resentimiento.

—No he estado seguro del todo hasta que he visto al director general a última hora de esta tarde.

—Me hubiera gustado que lo discutieses conmigo, Boyd.

Él levantó la vista bruscamente. Aquél era un nuevo aspecto de Kitty King. Ella siempre había descrito sus relaciones como, simplemente, un «rejuntemiento» temporal. Ella era una mujer de carrera, había afirmado siempre, con una licenciatura en Ciencias Políticas por la «London School of Economics», y tenía el propósito de convertirse en secretaria permanente, el grado más alto del escalafón administrativo.

Stuart comentó:

—Si telefono al funcionario de guardia, caerán sobre nosotros. Ya verás el follón que arman. Nos pasaríamos toda la noche escribiendo informes.

—Tú sabrás lo que es mejor, cariñito.

—Probablemente, ha sido algún chico que buscaba dinero. Cuando sólo encontró este tipo de cosas se marchó de prisa y corriendo, antes de que tú volviesses a subir por la escalera.

—¿Tiene tu mujer la llave de este piso? —preguntó Kitty.

—Ella nunca rompería mi escritorio.

—No es eso lo que te he preguntado.

—Sólo ha sido algún muchacho que buscaba dinero. No ha desaparecido nada. No debemos preocuparnos más.

—A ella siempre le gusta estar detrás de ti, Boyd. ¿No te has percatado de ello?

Boyd la estrechó con fuerza entre sus brazos y la besó largamente.

5

Los Stein —padre e hijo— vivían en una casa muy grande en Hollywood. Cresta Ridge Drive proporciona un súbito y bienvenido alivio tras los asfixiantes humos y ruidos de la Avenida Franklin. Es una de las laberínticas, tortuosas y empinadas calles que llevan a las colinas de Hollywood y terminan en Griffith Park y Lago Hollywood. Su elevación proporciona a la casa una vista de toda la ciudad y, en los días de niebla, cuando la pálida oleada de contaminación engulle la ciudad, el cielo sigue aquí aún azul.

Según el estándar californiano, estas casas son viejas, discretamente situadas detrás de maduros castaños de Indias que ahora están ya más altos que los tejados. En los años treinta, algunas de estas casas, con sus jardines relumbrantes de hibiscos y buganvillas cuando era la estación, habían pertenecido a estrellas de cine. Incluso hoy, algunos rostros difuminados, pero que aún resultaban extrañamente familiares, podían entreverse pagando la compra en «Safeway» o en el autoservicio de gasolina en «Wilburs». La mayoría de los vecinos de Stein eran abogados en empresas, dentistas ambiciosos y refugiados procedentes de las cercanas comunidades aerospaciales.

Aquella tarde, una gran tormenta caía sobre la ciudad. Era como si la Naturaleza hiciera su último esfuerzo antes del verano.

Enfrente de la casa de los Stein, se veía un «Imperial Le Baron» blanco descapotable con dos puertas, uno de los coches más caros fabricados por la «Chrysler». Su pintura brillaba a causa de la dura y antinatural luz que se presenta con la tormenta, y la espesa lluvia había abrigado también la pintura y las ventanillas de cristales ahumados. Sentado, con la cabeza muy erguida, en el asiento trasero se encontraba un hombre. Parecía dormir, pero ni siquiera dormitaba. El dueño del coche, Miles MacIver, estaba dentro del hogar de los Stein. Stein padre no estaba en casa, y ahora su hijo Billy lamentaba la cortesía que había mostrado al invitar a MacIver a entrar en su casa.

MacIver era un hombre bien conservado, que estaba a punto de cumplir los sesenta años. Su blanco cabello ponía énfasis a unos ojos azules que tenía fijos en Billy mientras hablaba.

Sonreía perezosamente y empleaba sus grandes manos para subrayar sus palabras mientras se paseaba incansable por el salón.

Algunas veces, se tocaba el blanco bigote o se pasaba un dedo por las cejas. Eran ademanes propios de un hombre para quien la apariencia resulta muy importante: un actor, un mujeriego o un vendedor. MacIver poseía atributos de las tres cosas.

Aquella era una habitación espaciosa, confortablemente amueblada, con mobiliario de gran calidad y lujosas alfombras. Los paseos incansables de MacIver reflejaban sentimientos de propiedad. Se dirigió al gran piano «Bechstein», con su parte superior atestada de fotografías enmarcadas. De las fotos de los amigos y parientes, MacIver seleccionó una foto de Charles Stein, el hombre que había venido a visitar, tomada en el batallón de entrenamiento de Camps Edwards, Massachusetts, en algún momento de principios de los años cuarenta. Stein iba vestido con el incómodo y poco favorecedor mono, el cual, como el improvisado vehículo que estaba detrás de él, formaban parte de los apresurados preparativos norteamericanos para la guerra. Stein se inclinó mucho hacia uno de los lados del marco, con el brazo alzado como si pretendiese abrazarlo.

—Tu papá cortó a tío Aram de esta foto, ¿no es así?

—Supongo que sí —respondió Billy Stein.

MacIver colocó la foto otra vez en el piano y se dirigió a la ventana para mirar al exterior. Billy no había alzado la vista desde el sofá donde estaba leyendo el *Air Progress*. MacIver estudió el panorama desde la ventana, con el mismo desapasionado interés con que había examinado la foto. Fue la entrevisión de su propio reflejo lo que le hizo enderezar su corbata de seda con flores y abotonarse de nuevo su chaqueta de tartán.

—Esto es algo muy malo para ti y para Natalie —dijo sin volverse de la ventana.

Su voz era baja y cuidadosamente modulada, la voz de un hombre muy consciente de la impresión que produce.

El cálido aire del océano Pacífico era pesado, saturado de vapor de agua. Había alzado altas nubes tormentosas, arrastrándolas hacia las montañas, donde se condensaban, arrojando sólidas ráfagas de lluvia tropical a través de la cuenca de Los Angeles. Cerca de la casa, una palmera se inclinaba bajo una cruel ráfaga de viento que amenazaba con partirla en dos. Repentinamente

liberada, la palmera se enderezó con tal fuerza que sus ramas danzaron y originaron una corriente de aire tan potente que fue suficiente para que MacIver diera un salto y se retirara de la ventana.

—Ha durado tres meses —dijo Billy.

Imaginó que su padre habría discutido el fracaso de su matrimonio y que estaría enfadado.

—Tres meses es normal para lo que ocurre en la actualidad, Billy —dijo MacIver.

Se dio la vuelta en redondo, fijó en él unos ojos muy abiertos y sonrió. A pesar de sí mismo, Billy sonrió también. Tenía veinticuatro años, era delgado, con abundante pelo ondulado y un moreno muy intenso que continuaba hasta donde bailoteaba un medallón de oro en el interior de su desabrochada camisa. Billy llevaba unas gafas amarillas, delgadas, con aros metálicos que había comprado durante sus vacaciones de esquí en Aspeh y que, a partir de entonces, se había puesto en todo momento. En aquel instante se las quitó.

—¿Te lo dijo papá?

Tiró las gafas antideslumbrantes encima de la mesita del café.

—Vamos, Billy. Yo estaba aquí hace dos años cuando construías la nueva escalera para preparar un apartamento separado para vosotros dos.

—Lo recuerdo —dijo Billy, apaciguado por su explicación—. Natalie no estaba preparada para el matrimonio. Se hallaba muy comprometida con el movimiento feminista.

—En realidad, tu padre es un hombre muy hombre, Billy. Ambos lo sabemos.

MacIver sacó unos cigarrillos y encendió uno.

—No tenía nada que ver con papá —repuso Billy—. Ella había encontrado a ese condenado poeta en una emisión de televisión a la que había asistido. Se fueron a vivir a la Columbia Británica... A ella le gustaba papá.

MacIver sonrió del mismo modo perezoso que antes y asintió. No se lo creía.

—Ambos conocemos a tu padre, Billy. Es un tipo maravilloso. Rompieron el molde al fabricar a Charlie Stein. Cuando estuvimos en el Ejército, era él el que dirigía aquel maldito batallón. No permitas que nadie te lo cuente de forma diferente. El cabo Stein era el que mandaba el batallón. Y te diré una cosa... —Hizo un ademán con sus fuertes manos para que brillase el anillo de su fraternidad en aquella luz mortecina—. Oí al coronel decir lo mismo en una de las reuniones del batallón. Charlie Stein era el que lo mandaba. Todo

el mundo lo sabía, pero no resultaba siempre sencillo estar a su lado. ¿No es verdad, Billy?

—Usted era oficial, ¿verdad?

—Capitán. Las dos últimas semanas de mi servicio. Finalmente, conseguí ser capitán. El capitán MacIver; lo grabé en la puerta de mi despacho. El condenado sargento de la tienda de pinturas acudió y deseó discutir el asunto. Pero yo le dije que había aguardado durante un condenadamente largo tiempo mi ascenso como para permitirme el derecho de colocar esa inscripción en la puerta de mi oficina. Hice venir al rotulista, sólo para el último mes de mi servicio militar.

Hizo de nuevo unos ademanes, empleando para ello el cigarrillo que describió unos dibujos de humo en el inmóvil aire.

Billy Stein asintió y dejó a un lado la revista para prestar toda su atención al visitante.

—¿Es verdad que se peleó por Babe Ruth?

—¿También te lo ha contado tu padre? —MacIver sonrió.

—Eso fue cuando estaban en Harvard, ¿no es así, Mr. MacIver?

Hubo algo en la voz de Billy Stein que impidió al visitante responder. Titubeó. El único sonido que se escuchó fue el de la lluvia; martillaba contra las ventanas y corría por los desagües y canalones. Billy se lo quedó mirando, pero MacIver dedicaba toda su atención a su cigarrillo.

Billy aguardó un largo rato y luego dijo:

—Usted nunca ha estado en Harvard, Mr. MacIver; lo he comprobado. Y también he comprobado su crédito. No tiene ninguna casa en Palm Springs, ni tampoco aquel apartamento de que hablaba. Es usted un farsante, Mr. MacIver.

La voz de Billy Stein era muy tranquila y parecía que estuviese discutiendo acerca de alguna persona ausente.

—Ni siquiera el coche que está ahí fuera es suyo; los pagos han sido hechos a nombre de su exesposa.

—El dinero es mío —explotó MacIver, aliviado al encontrar, al fin, una acusación que pudiese refutar.

Luego recuperó el dominio de sí mismo y adoptó, una vez más, aquella fácil y relajada sonrisa.

—Parece como si hubieses adivinado mis intenciones, Billy.

Se dominó sin esfuerzo y trató de extraer algunas ventajas del enfrentamiento. El único signo de su incomodidad fue la forma en que ahora se retorció los extremos de su bigote en lugar de darse golpecitos.

—Supuse que era usted un farsante —continuó Billy Stein. En su voz no se reflejaba la menor satisfacción—. No he comprobado en absoluto el crédito que usted tiene; simplemente, sospeché que era usted un farsante.

Empezó a encolerizarse consigo mismo por no mencionar el dinero que MacIver había recibido de su padre. Tuvo oportunidad de verificar el talonario de cheques de su padre en el escritorio y encontró la lista de seis remesas en las páginas de recordatorio que había detrás. Habían sido abonados más de seis mil dólares a MacIver desde el 10 de diciembre de 1978 hasta el 4 de abril de 1979, y cada cheque fue hecho efectivo en caja. Esto despertó las sospechas de Billy.

—He pasado por un mal momento el pasado otoño; los proveedores necesitaban cobrar rápidamente y no pude respetar los plazos fijados.

¿Los diamantes que compró usted aquí en la ciudad y envió a su contacto en Seúl? —comentó Billy desdeñosamente—. ¿Eran el cinco mil por ciento de cada dólar?

Tienes muy buena memoria, Billy. —Volvió a alisarse la corbata—. Eres un chico muy duro para hacer negocios contigo. Desearía haber tenido un socio como tú. Ya he escuchado esas desgraciadas historias de tipos a los que debía dinero y conseguí ablandarlos.

—Podría jurarlo —respondió Billy.

Fuertes ráfagas de aire se estrellaron contra las ventanas e hicieron que la lluvia repiqueteara contra los cristales. Se produjeron unos crujidos de estática igual que papeles frágiles aplastados, y un débil resplandor iluminó la estancia. Aquel sonido enmudeció a los dos hombres.

Billy Stein se quedó mirando a MacIver. No existía ninguna malevolencia en sus ojos, ni violencia, ni deseos de discutir. Pero tampoco había en ellos la menor compasión. Sus ingresos privados y su opulento estilo de vida habían hecho a Billy Stein intolerante hacia los compromisos a los que se veían forzados hombres menos afortunados. Las exageraciones de los viejos, las verdades a medias de los pobres y las infracciones de los desesperados no encontraban ninguna clase de atenuantes en el juicio de Billy Stein. Y por eso, Miles MacIver supo ahora que no tenía ninguna forma de contraatacar la serena apreciación judicial de aquel joven.

—Sé en lo que estás pensando, Billy... En el dinero que le debo a tu padre. Le devolveré hasta el último centavo. Me propongo hacerlo dentro de las seis próximas semanas. Ésa ha sido la razón de que deseara verle.

—¿Y qué sucederá en esas seis semanas?

Miles MacIver había sido siempre un hombre cuidadoso, que llevaba a cabo una precisa separación entre los vagos y confiados anuncios de una prosperidad presente o futura, lo cual invariablemente formaba parte de su conducta, y las más apuradas realidades financieras y comerciales. Pero, frente a la calma de Billy Stein, y su protectora inquisición, MacIver se persuadió de que debía contarle la verdad. Fue una decisión que cambiaría las vidas de muchas personas, y que acabaría también con las vidas de algunas otras.

—Te diré lo que sucederá en estas seis semanas, Billy —repuso MacIver, alisándose los pantalones en las rodillas al tomar asiento en un sillón enfrente del joven—. Conseguiré dinero de los derechos de una película con mis memorias de guerra. Eso es lo que ocurrirá dentro de seis semanas.

Sonrió y alargó la mano para coger el grueso cenicero de porcelana que llevaba aún la marca de «Café de la Paix», y que el padre de Billy se había traído cuando regresó de París en 1945. Arrastró el cenicero hasta cerca de su mano y dejó caer en él una larga columna de ceniza.

—¿Derechos de una película? —preguntó Billy Stein.

MacIver se sintió complacido al ver que había provocado en él al menos una reacción.

—¿Sus memorias de guerra?

—Veinticinco mil dólares —repuso MacIver. Volvió a sacudir de nuevo su cigarrillo, aunque ahora no tenía ya ceniza—. Tienen ahora a un escritor profesional trabajando con mi relato.

—¿Qué hizo usted en la guerra? —preguntó Billy—. ¿Qué es lo que hizo para que deseen convertirlo en una película?

—Yo era policía militar —explicó orgulloso MacIver—. Estaba con Georgie Patton en el Tercer Ejército cuando abrieron aquella mina de sal de los «boches» y descubrieron allí las reservas de oro de los nazis. Miles de millones en oro, así como archivos, Diarios, registros municipales y cuadros... No te puedes imaginar todo lo que había allí.

—¿Y qué hizo usted?

—Yo estaba asignado al MFA&A, Sección 5, la rama de Monumentos, Bellas Artes y Archivos del Grupo de Asuntos gubernamentales. Lo vigilamos mientras lo clasificaban en la categoría A respecto de los lingotes y monedas raras, y la categoría B para el oro, bandejas de plata, joyas, adornos y todo lo demás. Me hubiera gustado que lo hubieras visto, Billy.

—¿Sólo lo vigilaban?

MacIver se echó a reír.

—Había cinco pelotones de Infantería que vigilaban los camiones que lo trasladaron a Frankfurt. Iban dos pelotones de ametralladoras en retaguardia y unos aviones «Piper Cub» en contacto con la columna de escolta. No, no sólo estaba yo, Billy. —MacIver se frotó el mentón—. ¿Tu padre no te habló nunca de todo eso? ¿Y de que los camiones nunca llegaron a su destino?

—¿Qué pretende decir con ello, Mr. MacIver?

MacIver alzó una mano muy cuidada.

—No, no me interpretes mal, Billy. Nadie está diciendo que tu padre tuviera que ver con el saqueo.

—Uno de los parientes de papá en Europa murió durante la guerra. Le dejó a mi padre algunas tierras y propiedades. Ésa es la forma en que mi padre hizo su dinero.

—Claro que sí, Billy. Nadie dice lo contrario.

—No sé nada de todo eso de la guerra —explicó Billy.

—Bueno, ese tipo, Bernie Lustig, que tiene el despacho en Melrose... es el que se cuida de todo.

—¿Una película?

MacIver hurgó en su chaqueta de lana de cuadros escoceses y sacó un sobre. Extrajo de él un trozo rectangular de un impreso barato. Era la prueba del cliente para un anuncio de cuarto de página en una revista de cine. «¿Cuál es el secreto último de la mina Kaiseroda?», decían los titulares.

Tendió el papel a Billy Stein.

—Esto aparecerá en las revistas de cine el mes que viene. Mientras tanto, Bernie está provocando una auténtica tormenta. Conoce a todo el mundo: A las estrellas importantes de cine, a los directores, a los agentes, a los escritores, a todo el mundo.

—Los negocios de cine me interesan bastante —admitió Billy. MacIver quedó complacido.

—¿Quieres conocer a Bernie?

—¿Haría usted eso por mí?

—No existe ningún problema —respondió MacIver, volviendo a guardarse el anuncio en el bolsillo—. Y también obtendré una parte en el negocio. El dos por ciento de los beneficios del productor; puede ser un buen pellizco, Billy.

—No tengo aptitudes para lo técnico —dijo Billy—. No soy muy bueno con una cámara, y me es imposible escribir nada que valga un pimiento, pero sí podría ser de utilidad en otras cosas de la producción.

Volvió a coger sus gafas antideslumbrantes y jugueteó con ellas.

—Si él me ofrece el trabajo, naturalmente.

MacIver sonrió.

—Claro que sí... El hijo de mi mejor amigo... ¡Jesús...! Te pondrá una oficina en esa producción, Billy. O tendré que vender mi relato a otra persona.

—Muchas gracias, Mr. MacIver.

—Yo te llamo Billy; tú me tienes que llamar Miles. ¿De acuerdo?

Se introdujo las manos profundamente en los bolsillos de sus pantalones y le concedió una sonrisa tan lenta que resultó contagiosa.

—Estupendo, Miles...

Billy se puso otra vez las gafas.

—Ha dejado de llover —dijo MacIver—. Tengo que hacer unas cuantas llamadas.

MacIver no había perdido su sentido del tiempo.

—Tengo que marcharme. Ha sido estupendo hablar contigo, Billy. Presenta mis respetos a tu padre. Dile que pronto oirá hablar de mí. Mientras tanto, hablaré con Bernie y él llamará para que acordéis un día para almorzar juntos. ¿O. K.?

—Gracias, Mr. MacIver.

—Miles.

Tiró el cigarrillo en el cenicero.

—Gracias, Miles.

—Olvidalo, hijo.

Cuando Miles MacIver se sentó en el asiento del conductor en el «Chrysler Imperial» aparcado enfrente de la casa de Stein, suspiró aliviado.

El hombre del asiento trasero no se movió.

—¿Lo has arreglado?

—Stein no estaba. He hablado con su hijo. Lo sabe todo.

—Confío en que no hayas mencionado a su hijo el asunto de la mina Kaiseroda.

MacIver se echó a reír y puso el motor en marcha.

—No soy esa clase de loco, Mr. Kleiber. Ya me advirtió que no se lo mencionase a nadie excepto al viejo. Sé mantener la boca cerrada.

El hombre del asiento trasero gruñó como si no estuviera muy convencido.

Billy Stein estaba contento. Una vez se marchó MacIver, hizo una llamada telefónica y anuló una cita para asistir a una fiesta en Malibú con una chica

que había conocido recientemente en la Cueva del Pirata, la sección de baño nudista de la playa estatal de Point Dume. La chica tenía un moreno dorado en todo el cuerpo, una nueva moto «Honda» y un padre que había hecho una fortuna especulando en cosechas de cacao. Aquello resultaba una medida de la excitación de Billy Stein ante la perspectiva de un trabajo en la industria del cine, puesto que había elegido sentarse solo y pensar al respecto, en vez de estar con aquella chica.

Al principio, Billy Stein pasó algún tiempo buscando en viejas revistas de cine por si hallaba una referencia a Bernie Lustig o, mejor aún, una foto suya. Su investigación resultó infructuosa. A las 7,30, el ama de llaves que cuidaba de los dos hombres desde que muriera la madre de Billy Stein cinco años antes, le trajo una bandeja con la cena. Era una mujer alta y delgada, que había perdido su licencia de enfermera en algún hospital estatal del Este por vender whisky a los pacientes. Tal vez este final de su carrera de enfermera había cambiado su personalidad, puesto que era taciturna, propendía a la curiosidad y era también muy aficionada a aquellos modales cálidos y maternales tan a menudo asociados con los trabajos de cuidar personas. Trabajaba muy duro para los Stein, pero nunca intentaba remplazar a aquella otra mujer que, en un tiempo, había cerrado aquellas cortinas, alisado los cojines y apagado las lámparas de la mesa. Se apresuró a recoger los pétalos que se habían caído de las rosas, aplastándolos con fuerza entre su mano, para tirarlos al fin en un gran cenicero al lado de la colilla del cigarrillo de MacIver. Olfateó despectivamente, puesto que odiaba los cigarrillos. Cogió el cenicero, manteniéndolo a cierta distancia, como las enfermeras sostienen un orinal clínico.

—¿No quiere nada más, Mr. Billy?

Su pelo casi incoloro aparecía peinado muy tirante hacia atrás y sujetado con un pasador metálico de color.

Billy miró la bandeja de la cena que la mujer había puesto delante de él sobre la mesita del café.

—Puede irse, Mrs. Svenson. Se ha perdido ya el principio del programa de la tele «Premio de Celebridades».

La mujer miró el reloj situado a espaldas de Billy Stein, sin estar muy segura de si aquella preocupación era genuina o sólo sarcástica. Nunca llegaba a admitir su obsesión por aquellos concursos de la televisión, pero había planeado ya estar a aquella hora en su pequeño apartamento del piso de arriba.

—Si Mr. Stein quiere algo de comer cuando llegue a casa, hay un poco de pollo frío envuelto en papel de aluminio en el estante del frigorífico.

—Muy bien. Buenas noches, Mrs. Svenson.

La mujer sorbió de nuevo por las narices y movió ligeramente la foto enmarcada de Charles Stein, que MacIver había dejado más atrás de su posición habitual y mezclado con las otras fotos que atestaban la parte superior del piano.

—Buenas noches, Mr. Billy.

Billy hurgó en su plato con buey al chile y judías, y se bebió la cerveza. Luego se dirigió a la librería y pasó un dedo por los videocassettes a fin de encontrar aquellas viejas películas que había grabado. Seleccionó *Psicosis* y se retrepó a observar cómo Hitchcock había rodado sus planos y los había montado luego formando un todo. Había hecho esto mismo con una de las primeras películas de Hitchcock en un curso del instituto, que versaba sobre la apreciación de las películas.

El tiempo pasó rápidamente y, cuando acabó la película grabada, Billy aún estaba más excitado ante la perspectiva de formar parte del mundo del espectáculo. Le pareció que ese mundo era elegante y duro; y, precisamente, tanto elegante como duro eran unos cumplidos que, en aquella época, estaban ya muy gastados por los amigos de Billy Stein y sus coetáneos. Rebobinó la cinta y se acomodó de nuevo para volver a ver *Psicosis*.

Charles Stein, el padre de Billy, por lo general se pasaba las tardes de los miércoles en el club, en el valle Este. Aún lo llamaban «Roscoe Sports and Bridge Club», aunque algunos hombres espabilados y propietarios de fincas habían dado a «Roscoe» el nuevo nombre de «Sun Valley», y ya pocos de sus miembros jugaban al bridge sino al póquer.

Los tres amigos más habituales de Stein estaban allí, incluyendo a Jim Sampson, un abogado ya mayor que había servido con Stein en el Ejército. La noche del miércoles tomaban una cena especial, a base de carne de vaca aderezada con cebolla en rodajas, compartían algunas botellas de vino «Gewürztraminer» de California, y luego se retiraban a la barra para mirar el telediario de las once, seguido de un informativo deportivo. Siempre sucedía lo mismo; Charles Stein era un hombre de costumbres muy regulares. Un poco después de medianoche, Jim Sampson lo dejaba en la puerta de su casa —a Stein le desagradaba conducir— y él le invitaba a tomar el último trago.

Era un ritual que ambos hombres conocían, una forma de agradecerle el viaje. Pero Jim Sampson nunca entraba en su casa.

—¿Has tenido alguna cita con chicas esta noche, Billy?

Charles Stein pesaba cerca de ciento cuarenta kilos. Su cinturón de auténtica piel de cocodrilo, que se clavaba en su abultado vientre y que realizaba su caro traje de lana inglesa y su camisa de puro algodón, se lo suministraba «Sunny Jim», especializado en ropa para hombres obesos. El escaso pelo blanco de Stein aparecía muy despeinado, por lo que la luz que le llegaba por detrás le formó un desordenado halo alrededor de su sonrosado rostro, al mismo tiempo que se dejaba caer en su sillón favorito.

Billy, que nunca discutía de novias con su padre, le contestó:

—Me he quedado en casa. Tu amigo MacIver se dejó caer por aquí. Cree que puede conseguirme un trabajo en el mundo del cine.

—¿Que vas a tener un empleo en el cine? —respondió su padre—. ¿Que te va a proporcionar un empleo en el cine? ¿Miles MacIver?

Metió la mano en un bolsillo en busca de sus cigarros y se colocó uno en la boca.

—Van a hacer una película acerca de sus memorias de guerra. ¡Vaya historia! La búsqueda del oro nazi. Puede ser una buena película, papá.

—Para el carro —exclamó cansinamente su padre.

Estaba sentado en el filo del sillón, inclinado más bien hacia delante, con la cabeza muy baja preparándose para encender su cigarro.

—¿MacIver ha estado *aquí*?

Aquello lo dijo mirando a la alfombra.

—¿Qué ocurre? —le repuso Billy Stein.

—¿*Cuándo* ha estado aquí MacIver?

—Me dijiste que nunca te interrumpiera tu partida de póquer.

—¿*Cuándo*?

Rascó una cerilla y encendió su cigarro.

—A las cinco, o tal vez a las seis.

—¿Has estado viendo la tele esta noche?

—No daban más que *shows* y auténticas birrias. He puesto el video.

—MacIver ha muerto.

Charles Stein chupó el puro y lanzó el humo hacia la alfombra.

—¿Muerto?

—Lo han dado en las noticias del «Canal Dos». Algún tipo le voló la tapa de los sesos con una escopeta de cañones recortados. Dejaron el arma allí. Ocurrió en uno de esos pequeños bares de la Avenida Western, cerca de

Beverly Boulevard. El noticiario de la televisión llevó a toda prisa a un equipo a aquel lugar... coches, luces destellantes, un inspector de Policía cogió el arma del asesinato y la colocó cerca de la cámara...

—¿Una banda callejera?

—¿Quién tira una escopeta de cañones recortados, de doscientos dólares, y que es tan fácil de llevar debajo de la chaqueta?

—¿Entonces quién ha sido?

Charles Stein exhaló más humo.

—¡Quién sabe...! —respondió enfadado, aunque su ira no iba dirigida a nadie en particular—. Le llamaban MacIver *el Bocazas*... Debía dinero a media ciudad. Tal vez se lo cargó algún acreedor. —De nuevo chupó de su puro. El humo era acre.

—En realidad, vendió sus memorias de guerra. Me enseñó el anuncio. Conocía a un productor de películas. Le vendió un relato acerca del oro nazi, en Alemania, durante la guerra.

Charles Stein gruñó.

—¿Fue así, eh? Me pregunto qué habrá ido diciendo por ahí ese bastardo acerca de la unidad. Le vi muchas veces en el Ejército, pero nunca estaba con el batallón. Iba con los piojosos de la Policía Militar...

—¿Sacaría la historia de ti?

—De mí no consiguió nada. Estábamos a las órdenes directas del general Patton, en el Cuartel General del Tercer Ejército para aquel trabajo, y aún no nos habían relevado del secreto militar.

Se pasó los dedos hacia atrás entre su fino cabello, y mantuvo la mano durante un momento en la coronilla, perdido en sus pensamientos.

—¿Así que MacIver escribió toda esa porquería, según dices, y se la pasó a algún tipo del cine?

—Bernie Lustig. MacIver estaba a punto de presentármelo —repuso Billy—. ¡Pobre tío! ¿Se tratará de un atraco?

—No puede ya hacer mucho con este tipo de presentaciones, Billy. Ahora ya se encuentra en el depósito de cadáveres con una etiqueta en el dedo gordo del pie. Ese Lustig... ¿Dónde tiene su oficina?

—Melrose... No habló de Beverly Hills o ni siquiera de Sunset. Eso es lo que me hizo creer que era verdad... Si MacIver hubiera estado inventando a ese tipo, hubiera escogido algo que fuese más elegante que Melrose.

—Eres un chico muy despabilado, Billy.

Se quitó los zapatos blancos de piel y les dio una patada descuidadamente arrojándolos debajo de la mesa.

—¿Cómo era ese MacIver?

MacIver había ganado un interés póstumo, por no llamarle encanto.

—¿Cómo era, realmente, papá?

—Era un mentiroso y un tramposo. Sableaba a sus amigos para invitar a unas copas a sus enemigos... MacIver estaba desesperadamente preocupado por gustar a la gente. Hacía todo lo posible por conseguirlo...

Stein estuvo a punto de añadir que la promesa de MacIver de conseguir un trabajo para Billy en la industria del cine, constituía un buen ejemplo de esa desesperada necesidad, pero decidió no decepcionar a su hijo hasta que no tuviera a su disposición más datos. Chupó de su cigarro y luego estudió la ceniza.

—¿Le conociste en Nueva York antes de alistarte en el Ejército?

—Él era de Chicago. Estaba allí en la Policía, trabajando en el South Side, en un barrio muy duro. Pretendía hacer las veces de «poli» de buen corazón. Se alistó en el Ejército después de Pearl Harbor, y les tomó el pelo haciéndoles creer que procedía de Harvard. Supongo que no hubo tiempo para comprobaciones...

—Era un camelo... Él mismo lo admitió.

—No quisieron que MacIver siguiese arrastrando el culo por Harvard. Claro que era un camelo, pero consiguió de ellos un cargo en la Policía Militar. Y lo aprovechó para realizar toda clase de trapacerías. Siempre estaba pidiendo que le dejara usar alguno de nuestros camiones. Un cajón entregado aquí; un paquetito recogido allí... Era el amo de la sección de transportes, e incluso corrían rumores de que llegó a vender a un civil belga uno de nuestros camiones de dos toneladas y media, y se fue de permiso a París para gastarse las ganancias.

De repente, Stein se sintió triste y muy cansado. Se pasó una mano por la cara, como un nadador después de emerger del agua.

—¿Qué vas a hacer ahora, papá?

—He perdido esta noche quinientos treinta «pavos», Billy, y he trasegado más vino blanco de lo que es bueno para mi digestión...

Tosió y buscó el cenicero sin encontrarlo. A pesar de todas sus reservas respecto de MacIver, le había afectado la noticia de su asesinato. MacIver era un estafador, siempre con fáciles promesas a punto y las excusas poco convincentes que seguían a continuación. Y, sin embargo, también le quedaban buenos recuerdos, puesto que MacIver era capaz de una asombrosa generosidad y una sutil amabilidad y, de todos modos, seguía pensando Charles Stein, habían compartido casi toda la existencia. Y aquello era

suficiente para ponerle triste, sin tener en cuenta la clase de bastardo que había llegado a ser MacIver.

—¿Buscarás a ese tipo, a Bernie Lustig? —dijo Billy.

—¿Ése es el nombre del productor de cine?

—Ya te lo he dicho, papá. En Melrose.

—Supongo que sí.

—¿Crees que ese Lustig tendrá algo que ver con el asesinato?

—Me voy a la cama, Billy.

De nuevo buscó el cenicero. Siempre solía encontrarse en la mesa cerca del florero.

—Si debía a MacIver veinticinco mil dólares...

—Ya hablaremos de todo esto mañana por la mañana, Billy. ¿Dónde está mi cenicero?

—Pondré el noticiario de la tele —respondió Billy—. ¿Crees que repetirán esa filmación?

—Ésta es una ciudad muy violenta, Billy. Un asesinato no es una noticia que dure demasiado.

Alargó la mano a través de la mesa y dejó caer su puro entre los restos de las judías de Billy.

6

El hombre de detrás del escritorio podría haber sido confundido con un oriental, sobre todo cuando sonreía muy educadamente. Su rostro aparecía pálido e incluso el fuerte resplandor del sol de California no había conseguido que su piel se oscureciese más que del tono del marfil antiguo. Su cabello era negro como el azabache y peinado estiradamente hacia atrás, contra su prominente cráneo.

—Max Breslow —dijo, al mismo tiempo que ofrecía una mano que Charles Stein estrechó enérgicamente.

—Esperaba entrevistarme con Mr. Bernie Lustig —respondió Stein.

Había seleccionado uno de sus más caros trajes de lino de color cremoso, pero se encontraba ya arrugado, y el nudo de su corbata de seda blanca aparecía torcido bajo el cuello. Dejó caer su macizo cuerpo sobre el sillón de cuero negro de «Charles Eames», que crujió bajo su peso.

—Mr. Lustig está en Europa —explicó Max Breslow—. Tenemos mucho trabajo allí para poner en marcha nuestra próxima producción.

—¿El secreto final de la mina de Kaiseroda? —preguntó Stein, haciendo oscilar en el aire su manaza, para exhibir de ese modo un pesado «Rolex» de oro y unos anillos de diamantes, en unas manos que se notaba que eran cuidadas por la manicura con regularidad.

Al comprobar que Breslow no reaccionaba a su pregunta, Stein añadió:

—Mr. Miles MacIver es un viejo amigo mío. Me prometió encontrarle un trabajo a mi hijo en su película.

Breslow asintió.

Stein se corrigió:

—MacIver *era* un íntimo amigo mío...

—¿Estuvo en el Ejército con él?

En su voz se percibió un leve acento alemán.

—Yo no he dicho eso —respondió Stein.

Se dio unos golpecitos en las patillas. Eran muy largas y pobladas, y se le rizaban sobre las orejas.

Breslow cogió un abrecartas de acero inoxidable, jugueteó con él durante un momento y luego miró hacia Stein.

—Fue un asunto triste lo de Mr. MacIver —repuso Breslow.

Pronunció esto con la misma clase de indiferencia clínica con la que un funcionario de una línea aérea consuela a un pasajero que ha perdido su equipaje.

Stein recordó a MacIver con un súbito y desconcertante pinchazo de dolor. Recordó una noche del año 1945, cuando MacIver se había metido en los restos de una taberna alemana. Se encontraban en una pequeña ciudad, al otro lado de Maguncia. La artillería hacía tiempo que la había aplanado, los carros de combate sortearon sus difíciles obstáculos, la infantería había olvidado ya su existencia, los ingenieros pasado sus cintas por todas las calles y dejado letreros de «PELIGRO. TRAMPAS EXPLOSIVAS» entre los escombros.

Stein recordó cómo MacIver había descendido de su camión-grúa de dos toneladas y media, explicando que aquellos condenados ingenieros siempre colocaban aquellos letreros en las tabernas, para poder regresar y saquearlas en su tiempo libre. Stein contuvo la respiración cuando MacIver comenzó a trepar por los escombros y atravesó la derruida entrada del vestíbulo del bar. Durante un momento, se perdió de vista, pero reapareció en seguida, con la cara roja y sonriendo triunfalmente, con los dedos cortados debido a los cristales rotos y las mangas oscurecidas y húmedas de salpicaduras de vino tinto, que brillaban como sangre fresca. Se tambaleaba bajo el peso de una caja entera de champaña alemán.

MacIver aflojó un tapón y alcanzó el techo de la cabina del camión con un ruido que pareció un cañonazo. Vertieron la bebida en las latas de la comida y bebieron aquel en extremo espumeante champaña de color dorado, sin intercambiar ni una sola palabra. Cuando lo hubieron acabado, MacIver arrojó la botella vacía hacia la oscuridad de la noche.

—Pasa mucho tiempo entre trago y trago, amigo mío...

—Para un oficial, y un pies planos, es usted un buen goleador —respondió Stein.

Un oficial tenía muchísimas cosas que hacer. Mucho tiempo entre un trago y otro: nunca había dejado de oír aquello sin pensar en MacIver.

—¿Decía usted...? —preguntó educadamente Max Breslow.

Tenía la cabeza ladeada como si estuviese escuchando algún leve sonido. Stein se percató de que había hablado en voz alta.

Pasa mucho tiempo entre trago y trago —explicó Stein—. Es un dicho norteamericano. O, por lo menos, se usaba cuando yo era joven.

—Comprendo —respondió Breslow, anotando este interesante hecho—. ¿Le gustaría tomar un trago?

—Estupendo —exclamó Stein—. Ron y «Coca-Cola», si lo tiene a mano. Breslow desplazó hacia atrás su silla giratoria, en dirección de la pared, para poder abrir un pequeño frigorífico oculto en un escritorio de nogal.

—Hace un calor tremendo aquí —dijo Stein—. ¿Funciona el aire acondicionado?

Su peso le hacía sufrir mucho con la humedad, y ahora su traje tejido a mano empezaba a mostrar pequeños cercos oscuros de sudor.

Breslow colocó encima del escritorio servilletas de papel y vasos, y puso hielo en uno de ellos antes de añadir el ron y la «Coca-Cola». Realizó esta operación melindrosamente, empleando unas pinzas metálicas, y poniendo un cubito cada vez.

Para él, se sirvió un poco de coñac, sin hielo.

Stein había estado sujetando su flexible sombrero de paja. Mientras se levantaba del bajo sillón para coger la bebida del escritorio, arrojó el sombrero en una mesita lateral, donde habían dispuesto, en forma de abanico, algunas revistas profesionales de cine.

No se bebió inmediatamente su bebida; se dirigió primero hacia la ventana y miró al exterior. Melrose llegaba aquí hasta cerca de la autopista sin peaje, en uno de los distritos más antiguos de la ciudad. Esta oficina era un apartamento en una manzana de dos pisos, que habían repintado de color rosa brillante. Al otro lado de la calle, aparecían edificios de ladrillo de apartamentos, y las estropeadas pequeñas oficinas estaban desfiguradas con inscripciones obscenas en español y atravesadas por inclinadas antenas de televisión, mientras todo el conjunto se veía enjaulado por arriba con cables aéreos. El tráfico de la autopista sin peaje avanzaba ahora muy despacio, por lo que las colinas de Hollywood de detrás estaban envueltas en un velo gris de los humos del combustible quemado. Stein se quitó las gafas de sol y se las colocó en el bolsillo superior de la chaqueta. Parpadeó a causa de la brillante luz y se enjugó el rostro con un pañuelo de seda.

—¡Maldito calor...! —masculló.

El sol se veía de color rojo sangre, su luz atravesaba las tablillas de la persiana veneciana y formaba unos dibujos en el arrugado rostro de Stein. Siempre ocurría así el día siguiente a una fuerte tormenta.

—He hablado con el portero —explicó Breslow—. Los reparadores están trabajando en el acondicionador de aire. La fuerte lluvia de ayer estropeó los mecanismos.

—MacIver me debía dinero —repuso Stein—, mucho dinero. Como garantía, me cedió una parte de sus intereses en su película...

—Confío en que tomase la precaución de ponerle eso por escrito —dijo Breslow.

—Así es... —respondió Stein.

No amplió más el asunto; siempre era mejor decir las mentiras de la forma más escueta posible.

—En la actualidad, no nos encontramos ni siquiera en un estadio de preproducción —comentó Breslow.

Se llevó el vaso de coñac a la boca, pero no mucho más que para humedecerse los labios.

—Incluso es posible que lleguemos a decidir no hacer la película. Y a menos que la hagamos, no habrá dinero.

—Trata de las experiencias de guerra de MacIver, ¿no es así?

—Junio con algunas anécdotas que pudo reunir gracias a sus camaradas, algunas conjeturas acerca de cómo sucedieron las cosas en los sitios más importantes y otros hechos puramente de creación, acerca de la intrépida contribución de MacIver a la victoria de los aliados.

Stein cogió su bebida del escritorio y la probó, antes de añadir un poco más de «Coca-Cola». Luego observó a Breslow, que aún disfrutaba de su propia descripción del guión de MacIver.

—La gente que va al cine siempre está muy interesada por relatos así... —explicó Breslow—. Una banda de soldados de ínfima graduación robando todo aquello en lo que pudieron meter mano...

Sus ojos permanecían aún fijos en Stein y volvió a sonreír.

—Ladrones de uniforme. Eso es siempre una fórmula divertida...

Las manos de Stein se movieron con una rapidez que resultó sorprendente en un corpachón con tal exceso de peso. Sus gruesos dedos agarraron a Breslow por el cuello de la camisa con tanta fuerza que le arrancó el botón suelto.

Sacudió a Breslow con cuidado, para marcar bien sus palabras:

—Nunca se porte con falta de respeto en relación conmigo, o con MacIver o con cualquiera de nuestros amigos, Breslow. No permitimos que los extraños discutan lo que hicimos allá por 1945. Dejamos a muy buenos tipos en la arena, en la mierda y en la basura. Yo mismo enterré a mi hermano menor en el campo de batalla. Tropezamos con un poco de buena suerte..., así es como fueron las cosas. Despojos de guerra... Teníamos derecho a ellos... Debe recordarlo desde ahora...

Aflojó su presión y permitió que Breslow se enderezara y ajustase el cuello y la corbata.

—Siento haberlo ofendido —respondió Breslow, aunque sin la menor muestra de lamentarlo—. Me parece haber comprendido que usted *no era* uno de los camaradas de MacIver.

Stein se percató de que le había provocado, de forma deliberada, para que revelara más de lo que pretendía.

—Despojos de guerra —siguió Stein—. Se trataba sólo de eso.

—No he intentado ofender —continuó Breslow, con una sonrisa carente por completo de humor—. Puede llamarlo como desee; a mí me parecerá bien de todos modos...

Descompuesto tras aquellos ejercicios, Stein se arregló los pantalones y se remitió la camisa con un ademán que demostraba mucha práctica.

—¿Dónde estuvo en la guerra, Mr. Breslow?

—Era demasiado joven —contestó Breslow como si lo lamentara—. Pasé los años de la guerra en el Canadá trabajando para mi padre.

—Breslow... —entonó Stein—. Ese apellido proviene de Breslau, la ciudad alemana, ¿no es así? ¿Era alemana su familia?

—¡No sé nada de ciudades alemanas! —respondió Breslow, con un repentino estallido de irritación—. Soy ciudadano norteamericano. Vivo en California. Pago mis impuestos y me pongo firmes cuando tocan el himno nacional... ¿Qué es lo que debo hacer? ¿Cambiar mi apellido por el de Washington D. C.?

—Eso es un buen chiste —respondió Stein, como si admirase un lujoso reloj.

Cogió la lata de «Coca-Cola» y se vertió las últimas gotas en su vaso antes de terminarlo.

—Tendrá su dinero, Mr. Stein —declaró Breslow—. Siempre y cuando, como es natural, nos facilite el correspondiente acuerdo firmado por Mr. MacIver. No lo tacharemos, si es eso lo que le preocupa...

Breslow sorbió un poco más de coñac.

—Hay un montón de dinero disponible para comprar los documentos de los que hablaba Mr. MacIver.

—¿Qué documentos?

—Documentos secretos... acerca de Hitler. Seguramente habrá oído hablar de ellos...

—Tal vez haya escuchado rumores —admitió Stein.

—Un asunto de mucho dinero —comentó Breslow.

—¿Y el empleo de mi hijo?

Breslow contempló de nuevo el resumen biográfico que Stein le había dejado encima del escritorio.

—En realidad, no tiene experiencia en hacer películas y, como es natural, no pertenece a ningún sindicato...

Frunció los labios.

—De todas maneras, será posible hacerle un hueco... Especialmente, si ha heredado la energía de su padre.

Breslow guardó el *curriculum vitae* debajo de una esquina de piel de su enorme bloc de notas. Luego cogió la lata de «Coca-Cola» y los vasos, secó unas gotas que se habían vertido y tiró las servilletas de papel a la papelera. Todo aquello constituyó un ademán muy remilgado y Stein le observó con desprecio.

—Le diré a mi secretaria que me arregle una cita con su hijo para que pueda conocerle —siguió Breslow.

Sonrió y avanzó hacia la puerta.

Stein no se movió.

—A menos que tenga otros asuntos... —le dijo Breslow, para estimularle a que se fuera.

—Tengo que hacerle una pregunta Mr. Breslow —dijo Stein—. ¿Por qué lleva una pistola?

—¿Yo...?

—No juegue conmigo, Breslow. Lleva una pistolera en el cinturón. Acabo de verla...

—Ah, se refiere a la pistolita...

—Sí, la pistolita... ¿Qué hace un productor respetable de películas como usted con un «especial para la noche del sábado» en la cintura?

—A veces —respondió Breslow— tengo que llevar bastante dinero en efectivo...

—Ya sabía que debía de haber una razón —repuso Stein.

Alargó el brazo en dirección de su flexible sombrero de ala ancha y se lo encasquetó en la cabeza.

Max Breslow observó la calle a través de las tablillas de la persiana. Vio a Charles Stein dirigirse a su «Buick Riviera», con el techo de vinilo, que había dejado en el aparcamiento vacío y lleno de polvo, al lado de la tienda de licores, y aguardó hasta comprobar cómo el coche saltaba por encima del

bordillo y se unía al tráfico hacia el Este. Sólo entonces, Breslow cerró y, a través de una puerta, penetró en la habitación contigua.

Era tan inhóspita e impersonal como su vecina: plástico tejido con apariencia de alfombra, plástico coloreado para que pareciese metal y plástico chapeado con obleas de maderas ricamente coloreadas.

Sentado a una mesa lateral, delante de un sofisticado grabador de cassettes, con un par de auriculares de desecho, aguardaba pacientemente un hombre de amplios hombros. Willi Kleiber tenía el pelo cortado casi al rape y un grueso bigote, de la clase que solían dejarse los oficiales del Ejército británico, aunque nadie hubiese confundido a Willi Kleiber con una de esas personas. Tenía la cabeza ancha y los pómulos prominentes que, a menudo, resultan tan característicos en los alemanes que viven al otro lado del río Vístula. Su nariz era ancha, como el borde cortante de un hacha mellada, y su cuerpo era fornido y musculoso. Se había quitado la chaqueta caqui de golfista y aflojado la corbata. Sus piernas eran tan largas que sus brillantes botas negras altas podían verse debajo de los pantalones.

—¿Qué opinas, Willi? —le preguntó Max Breslow.

Willi Kleiber hizo una mueca.

—Lo has hecho muy bien, Max —le respondió en un gruñido.

—¿Qué ocurrirá ahora?

Kleiber juntó los auriculares y pasó con cuidado los cables por encima de ellos, mientras consideraba su respuesta:

—Nos libramos de Lustig. Le comunicará a Stein que podemos pagar un montón de dinero por los documentos, y pronto descubrirá que ha perdido una gran suma de dinero. Entonces volverá con nosotros.

—¿Cómo conseguirás el dinero de Stein?

—Yo no, el Trust. Cuando tienes la ayuda activa de algunos de los más eminentes banqueros de Alemania, esas estafas son fáciles de preparar...

—Lo que dices significa que... ¿Nos hemos desembarazado de Lustig? Dijiste que le habías dado dinero para pasar unas vacaciones en Europa...

Kleiber sonrió.

—Tienes que dejarme a mí ese aspecto de las cosas Max. No pienses más en Bernard Lustig; cuanto menos sepas acerca de él, mejor será.

Se subió la cremallera delantera de su chaqueta para hacer un súbito ruido.

—Desearía no haberme metido nunca en esto —declaró Breslow.

No podía reunir el entusiasmo y energía que Kleiber desplegaba en aquel tipo de locas aventuras, y deseó haber podido quedarse a un lado de aquella locura. El escuchar a Kleiber hablar de tales bufonadas después del café y el

coñac resultaba divertido; pero ahora estaba mezclado en ellas y se sentía atemorizado.

—El Trust te necesita —le explicó Kleiber.

Breslow le miró y asintió. Kleiber era simplista, por no decir simple. Las órdenes eran órdenes y el obedecerlas constituía un papel honorable. Breslow había sido el mismo cuando era joven. Todo aquel maravilloso idealismo, y el sentido de unos propósitos que sólo conocen los jóvenes, todo ello malgastado en los caprichos de Hitler y su pandilla de asesinos. ¡Qué trágico despilfarro...!

—Tú eras nazi, Max. No lo olvides. Y no cuentes con que nadie lo olvide tampoco.

—Eso sucedió hace muchísimo tiempo —respondió con voz débil Breslow.

Kleiber cerró la tapa del magnetófono con un ruido que fue intencionadamente fuerte.

—¿Recuerdas el año pasado, cuando aquella anciana te reconoció en una cafetería de Boston? Te gritó: «SS asesino», ¿no es verdad? Ella no olvidó, Max. Tú necesitas al Trust. Ellos no son tampoco nazis, Max, pero te ayudarán.

—Aquella vieja del café estaba loca —respondió Breslow.

—Dejaste el desayuno y te precipitaste a la calle, Max. Me lo contaste tú mismo...

Billy Stein aguardaba en el reluciente y nuevo «Buick Riviera» estacionado junto a la tienda de licores. Se inclinó hacia el asiento del pasajero para abrirle la puerta a su padre, y ya tenía el motor en marcha cuando su padre subió al coche.

—¿No puedes hacer nada con ese zumbador? Odio esos malditos cinturones de seguridad.

Finalmente, Stein Júnior sacó el cinturón de seguridad de su enorme estructura.

—Vamos —dijo.

Y colocó un neceser en el asiento trasero.

El coche salió del aparcamiento y se unió al tráfico general.

—No es una cosa parecida a la «Metro», ¿verdad? Supongo que está tan alejado para evadir el impuesto municipal sobre las industrias.

Pasaron ante la tienda de bebidas con sus oxidados barrotes en la ventana y una nueva jaula de alambre en las puertas.

—Melrose tiene el aspecto de constituir una dirección bastante buena para una compañía de películas —comentó Billy—, hasta que veas con qué finalidad la han arrendado.

—Está bien —repuso el padre.

Charles Stein abrió la guantera y encontró algunos cigarros. Quitó el capuchón metálico de uno de ellos y empleó el encendedor del cuadro de instrumentos para encenderlo. Chupó enérgicamente antes de volver a hablar.

—Parece que nuestro Mr. Bernie Lustig ya no está visible.

Movió los labios para sacarse de la boca una brizna de tabaco.

—Al parecer, se ha ido a Europa para una estancia indefinida.

—¿Así, con quién has hablado?

—Con un tipo que se llamó a sí mismo Max Breslow.

—¿Alemán?

—Canadiense —respondió sarcásticamente Stein—. Debe de tratarse de un apellido pielroja.

—¿No te ha gustado? —le preguntó Billy.

—Es un nazi, Billy. Siempre los reconozco...

Billy asintió. En toda ocasión empleaba aquel calificativo con cualquiera de apellido alemán y que no resultase, inmediatamente, identificable como judío.

—Me contó que es demasiado joven para haber participado en la guerra...

—Pero no le creíste...

—Tiene un pelo muy negro —respondió Stein—. Y cuando el cabello de un tipo se vuelve negro de la noche a la mañana, eso indica que es bastante viejo.

Billy Stein se echó a reír y su padre le imitó también.

—Y tenía una pistola —añadió Charles Stein, percatándose de que su veredicto acerca de Max Breslow no estaba haciendo demasiada mella en su hijo.

—La mitad de la gente que conozco de esta ciudad tiene un arma —respondió Billy. Se encogió de hombros—. Incluso en casa tenemos aquella pistola de recuerdo que te trajiste de la guerra...

—Pero no voy por ahí con ella en el cinturón —respondió Stein.

Billy sonrió. Resultaría difícil imaginarse aquella gran pistola de reglamento en otro sitio que no fuese el despacho de Charles Stein.

—¿Quieres ir directamente al aeropuerto?

—Tienes que parar antes en la oficina de Jim Sampson, el abogado. En La Ciénaga, en el gran edificio de «Savings and Loan»; me está esperando. Luego me llevarás al aeropuerto. Iremos al Sur, hacia La Tijera. Es la forma más rápida. ¿Estás de acuerdo?

Si Billy había confiado que aquella reunión, con su antiguo amigo del Ejército Jim Sampson, haría que su padre se encontrase en mejor estado de animo, sus esperanzas quedaron barridas ante el aspecto de Charles Stein, cuando éste salió del edificio de «Savings and Loan», en La Ciénaga.

Su padre se derrumbó en el asiento del pasajero.

—Al aeropuerto.

Buscó en la guantera y encontró un horario de aviones.

—Sabía que tal vez iría a Suiza, Billy. Tendré que hacerlo ahora mismo.

—No me agrada verte preocupado, papá. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Hay un vuelo directo... No me gusta cómo van las cosas, Billy. El coronel Pitman tendrá que enterarse de esto, y a mí no me gusta nunca poner cosas así por escrito.

Se tocó la nariz.

—Y en estos días, representa un gran riesgo hablar por teléfono...

—Será algo bueno para ti —respondió Billy—. Un cambio de ambiente. Mientras Billy se abría camino a través de la pesada circulación del aeropuerto, su padre se aseguró de que tenía suficiente dinero en efectivo y tarjetas de crédito para el viaje. Al fin, su hijo situó el coche en un lado del aparcamiento, con una arrogante habilidad que había desarrollado como ayudante en un aparcamiento de coches durante sus años universitarios.

—¿Te imaginas que volverás a ver al coronel? Ya sé que le agradas. Quédate todo el fin de semana, papá. Que lo pases bien.

—Me revienta auténticamente el verle —respondió Stein—. Es un anciano. Ya ha pasado su tiempo, compréndelo... Pero es un gran hombre, Billy. No te confundas en esto —terminó mientras chupaba el cigarro.

Billy paró el motor y miró el reloj para ver cuánto tiempo faltaba hasta que despegase el avión de su padre.

—Dime, papá, si ese coronel tuyo era un héroe tan entusiasta, ¿cómo fue que, al salir de West Point, no le enviaron con los comandos, con las tropas aerotransportadas, o con los boinas verdes o algo parecido?

Se echó hacia atrás cuando se percató de la repentina furia que apareció en el rostro de su padre. Pero su intento por modificar aquella crítica implícita no hizo más que empeorar las cosas.

—Lo que quiero decir es, papá, ¿por qué diablos permitieron que el coronel acabase en algún pequeño batallón de Intendencia motorizado?

Charles Stein agarró con fuerza el brazo de su hijo y le hizo daño.

—No te permito que digas más esas cosas... Nunca... ¿Lo comprendes?

Stein habló con voz suave y cuidadosamente medida.

—¿Crees que habrías conseguido tu fantástica educación de Princeton, y tu «Cessna», y tu yate, si no fuera porque el coronel y yo arriesgamos el cuello allá por 1945?

—¡Dios mío, papá...! Lo siento... No quería decir nada parecido...

En un momento, le pasó la cólera.

—Ya ha llegado el momento de que te lo diga todo al respecto, Billy. Ya no soy joven y, últimamente, el coronel no se aparta de mi pensamiento. Ayer soñé con la noche en que robamos aquellos camiones...

Y Stein le contó a su hijo la fatídica noche en que acudió al coronel sugiriéndole la forma en que podría hacerse el papeleo para que los camiones transportaran el oro en lingotes y los tesoros, todo ello documentado como si se tratase de raciones para una compañía de Artillería destacada cerca de la frontera suiza.

Billy le escuchó asombrado.

—Nunca te había contado nada de todo esto, Billy. Tal vez debí habértelo contado hace ya mucho tiempo. Sí, el coronel Pitman estaba en la ciudad cuando llegaron nuestras órdenes secretas, procedentes del Tercer Ejército. Entonces Pitman era comandante y yo un cabo de las oficinas de la compañía. Un mensajero motorista trajo un sobre que llevaba estampado el sello de goma del Cuartel General del Ejército, y lacrado con el signo de secreto. El tipo de la moto deseaba que Pitman le firmara el recibí. Yo no podía decirle que Pitman se encontraba en la ciudad con una botella de escocés que había conseguido para él, mientras planeaba cómo acostarse con una joven *fraulein* que habíamos encontrado aquella mañana, en el despacho del alcalde. Estábamos en guerra. El batallón se hallaba bajo la orden de alerta y dispuesto para desplazarse. El hecho de encontrarse fuera de la base y confraternizando con una persona civil alemana hubiera podido ser causa de un consejo de guerra.

—¿Falsificaste su firma?

—Para eso están los cabos oficinistas...

—Así pues, le salvaste la carrera, papá.

—Pero él también me había salvado el pellejo unas cuantas veces, Billy. Formábamos un buen equipo...

—¿Y cuáles eran aquellas órdenes secretas?

Stein se echó a reír.

—Órdenes secretas del Cuartel General del Ejército. La guerra en Europa se encontraba ya en sus últimas boqueadas. Yo estaba convencido de que serían los órdenes para embarcarnos hacia casa y deseaba ser el primero en enterarme. —Se inclinó más cerca de su hijo—. Me imaginaba que ganaría un par de apuestas antes de que se realizase el anuncio oficial. —Se echó a reír de nuevo—. Por tanto, quedé hondamente decepcionado cuando leí que debíamos suministrar transportes a un destacamento de escolta. Recuerdo que pensé, en aquel tiempo, que se trataba, simplemente, de un pacífico viaje desde Merkers a Frankfurt. Qué lejos estaba de darme cuenta de que tenía en la mano un trozo de papel que podría proporcionarme varios millones de dólares...

Los dos hombres siguieron sentados en silencio en el coche durante varios minutos.

Luego, Stein dijo:

—Ha llegado la hora... Será mejor que nos vayamos o perderé el avión de Ginebra y me encontraré, cambiando de aviones, en París o Londres, o en algún sitio parecido.

—Cuídate mucho, papá.

—Apuesta lo que quieras a que así lo haré —respondió Charles Stein.

Era viernes.

El 25 de mayo de 1979.

El mismo viernes, en Londres, Boyd Stuart y Jennifer almorzaban en «Les Arcades», una pequeña *brasserie* en Belgravia. Se celebraba una subasta en «Sotheby's», al otro lado de la calle, por lo que todas las mesas se encontraban ocupadas. Jennifer Ryden —como ahora prefería que la llamasen—, llevaba un abrigo de piel de color pálido. Sus ojos brillaban, sus labios aparecían perfectamente pintados y su piel relucía de salud. Era la misma muchacha hermosa y brillante de la que Boy Stuart se había enamorado tan locamente, pero ahora podía mirarla de una forma mucho más imparcial.

—¡Papaíto ha sido maravilloso!

—¿Te refieres a que me ha enviado a California?

—¿No se supone que eso es algo secreto? —replicó la mujer.

No había ningún error en el reproche. Ella recogió una pequeña porción de lechuga seca y se la llevó a su diminuta boca. Nunca ingería comida que le pudiera rezumar por la barbilla o que le gotease en la ropa. Ésa era la razón de que siempre consiguiera aparecer tan acicalada y limpia.

—No tengo secretos para ti, Jennifer —respondió Boyd Stuart.

La mujer alzó la vista de su plato y sonrió en señal de reconocimiento de que su exmarido hubiese ganado aquel ingenioso intercambio.

—Imagino que ya habrás encontrado aquella cajita taraceada de rapé.

—Estoy seguro de que no está en el piso, Jenny.

—¿Ni tampoco el reloj de oro?

—No —repuso Stuart.

—Llevaba la inscripción «A Elliot»... Era un reloj antiguo... Una saboneta de oro...

—Ya me lo has dicho una docena de veces, Jenny. He buscado por todas partes...

En respuesta a una señal de Stuart, el camarero les sirvió el café.

—He traído una lista... —explicó ella.

Buscó en su bolso «Hermès» una pequeña agenda de piel y un lápiz de oro.

Stuart había temido siempre aquellas pequeñas listas que ella le presentaba. Había listas de compras y listas de lecturas, listas de citas y, lo más frecuentemente, listas de tareas que los otros debían realizar para ella.

—Encontré la foto de mamá con marco de plata —explicó la mujer, borrando esto con cuidado de su lista de posesiones, antes de pasársela.

En la parte superior de la hoja del papel de filigrana, aparecía grabado el nombre «Jennifer Ryden», y todo cuanto estaba escrito a mano aparecía nítidamente ordenado y sin ninguna clase de errores.

—El reloj de oro es lo más importante —añadió ella—. Aquel libro policíaco pertenece a la «Biblioteca de Londres»; si no podemos encontrarlo, tendré que pagarlo... ¿Has mirado en el cajoncito del vestidor, aquel que se atasca?

—Ya te lo he dicho, Jennifer, si no crees que sea capaz de encontrar todas esas cosillas, búscalas tú misma. Aún tienes tu llave...

La mujer se estremeció teatralmente.

—El ver aquellos muebles y cosas me haría recordar todos los horrores...

—Te has llevado la mayor parte de los muebles —respondió Boyd Stuart— y el dormitorio y el vestíbulo han sido decorados de nuevo...

—Era el reloj de papá. Le tenía mucho cariño. Me gustaría que buscases lo mejor posible.

Ladeó la cara y le brindó su más encantadora sonrisa.

—¿Estás esperando a alguien?

La mujer se había vuelto para mirar a través de la ventana. Afuera aguardaba un tipo joven y larguirucho. Tenía el aspecto de aquella clase de jóvenes que Jennifer había tenido siempre a mano para que le llevaran paquetes, le detuviesen taxis y le sostuvieran paraguas. La gorra a cuadros del joven aparecía bajada hacia las cejas y llevaba una corbata del regimiento y un traje bien cortado. Vio que Jennifer se ponía en pie y le hizo un ademán de saludo.

La mujer no se lo devolvió.

—No te limites a *decir* que lo buscarás —le dijo, al mismo tiempo que tocaba la hoja de papel—, y, por favor, que alguien se cuide de mandarme el correo...

—Querida Jennifer —respondió Boyd Stuart—, el divorciarme de ti me hará el hombre más feliz del mundo.

—Eso es propio de un palurdo —contestó Jennifer Ryden, empleando una de sus expresiones favoritas de desaprobación.

—Soy un palurdo —repuso Boyd Stuart—. Siempre he sido un palurdo...

—Pues no seas un palurdo respecto del reloj de oro de papá —comentó ella.

—Lo buscaré —convino Boyd Stuart.

Ella le miró mientras se ponía el abrigo de piel por encima de los hombros, sintiéndose dispuesta a ofrecer una explicación.

—Tiene un valor sentimental. Mamá y papá se pondrán furiosos conmigo por perderlo.

—Jennifer, ¿no te habrás introducido en el piso y forzado aquel antiguo escritorio mío, verdad?

—¡Boyd! ¿Cómo puedes sugerir una cosa así?

La joven se miró en el espejo y se retocó el cabello, en un ademán que le recordó a Stuart al padre de Jennifer. Le dio un beso de despedida, pero, cuidadosa de su lápiz de labios, no permitió que sus labios se tocasen.

Boyd Stuart la observó mientras salía, vio el efecto que produjo en el ansioso joven que la aguardaba y reconoció en todo aquello algo de sí mismo...

Aún seguía pensando en ella cuando el camarero le trajo la nota del almuerzo.

8

Ginebra estaba cubierta de nubes y hacía frío cuando el reactor «Jumbo» llevó a Stein allí la tarde del sábado, 26 de mayo de 1979. Erich Loden, el chófer del coronel Pitman, había recibido permiso para pasar la aduana y el túnel subterráneo, a fin de aguardar a Stein en la puerta.

—Su hijo telefoneó que estaba de camino, Mr. Stein. El coronel estaba descansando, pero estuve seguro de que deseaba que yo viniera a recibirle como, por lo general, suelo hacer. ¿Dos piezas de equipaje, Mr. Stein?

—De aluminio brillante. —Stein le tendió los talones del equipaje—. Iré a cambiar algo de dinero en el mostrador del Banco, Erich. Le veré en la aduana, en la puerta verde. ¿Dónde está el coche?

—Nada más salir, a nivel de la puerta de llegadas...

Stein asintió. Dejó diez billetes de cien dólares en el mostrador y recibió a cambio un decepcionantemente pequeño número de francos suizos. A Stein le gustaban los billetes grandes, lo cual simplificaba sus cálculos y permitía que su suave cartera de piel de cocodrilo no abultase demasiado.

Siguió al conductor al pupitre de inmigración y luego, a través de la muchedumbre que aguardaba, al vestíbulo exterior de la aduana. Allí se encontraba el «Rolls-Royce» blanco, con matrícula suiza, aparcado exactamente al otro lado de las puertas de cristal. El chófer le mantuvo abierta la portezuela.

—¿Uno nuevo, Erich?

—Nos lo acaban de entregar, señor. El coronel se compra un nuevo «Rolls» cada cinco años. Siempre blanco, siempre el mismo tapizado oscuro, cristales teñidos y un estéreo de alta fidelidad, radio con FM y teléfono. Naturalmente, aún posee el «Jaguar». Lo prefiere cuando conduce personalmente.

Stein dio unos golpecitos en el techo antes de entrar.

—¿Cuándo se va a cambiar al «Mercedes», Erich?

—El coronel nunca compraría un coche alemán. Ya lo sabe, Mr. Stein. Devolvió el televisor de color a la tienda, cuando se enteró de que algunas

partes del mismo estaban fabricadas en Alemania.

Stein se echó a reír.

Le gustaba Erich Loden, que había sido chófer del coronel, criado y persona de confianza del general durante veinte años y seguía siéndole muy devoto.

Stein trepó al asiento trasero del «Rolls» y trasteó con los mandos de la radio, pero la recepción estaba bloqueada por los edificios de estructura de acero del aeropuerto. Cogió una cassette de la caja y la colocó en el aparato. La música de Django Reinhard llenó el coche. Bajó el volumen.

El conductor se deslizó detrás del volante y puso en marcha el motor.

—¿Tiene algunas llamadas que hacer a la ciudad, Mr. Stein? ¿Quiere que pase por la pastelería?

—Está bien —respondió Stein, como si considerase aquella sugerencia por primera vez—, no estaría mal que me detuviese a tomar una taza de café con Madame Muring...

—Sí, señor —replicó el chófer.

Se trataba de una broma que ambos hombres comprendían. Stein raramente realizaba el viaje desde el aeropuerto hasta la casa del coronel Pitman, sin detenerse en la tan conocida «Muring's Tea Room & Confiserie», junto a la catedral.

Una vez tomada la decisión, Stein se retrepó hacia atrás y observó el mundo que pasaba ante él. Las modernas fábricas cedieron el paso a manzanas de lujosos apartamentos con pequeños campos de césped, luego llegaron las calles comerciales, con exhibiciones cuidadosamente dispuestas de quesos y salchichas, y el escamoso reflejo de los relojes de pulsera, dando vueltas en los escaparates en montones sin fin.

Madame Muring era una mujer anciana, con un apretado y permanentemente ondulado cabello gris y un cutis rubicundo. Ella misma confeccionaba la mayor parte de los pastelillos de crema, así como algunas rebanadas de mazapán, que gustaban extraordinariamente a Stein.

—Le he traído un regalo —le dijo Stein, al mismo tiempo que sacaba de su bolsa de avión un perfume que había comprado en el aparato—. Para mi novia favorita: «Infini».

—Es usted un hombre muy agradable, Mr. Stein —le dijo la mujer, al tiempo que le daba un beso muy decoroso en la mejilla.

Stein sonrió de placer.

—Y ahora le traeré el nuevo pastel de almendras. Aún está caliente, pero no se preocupe, que se lo cortaré.

Aquello constituía una considerable concesión, puesto que Madame Mauring no aprobaba que ninguna de sus creaciones fuese cortada en rebanadas antes de que se encontrase fría por completo.

Stein se sentó en la pequeña sala de té y echó un vistazo a su alrededor, al brillante papel de las paredes y a las anticuadas mesas de hierro colado, con una especie de orgullo personal. Charles Stein había financiado los pequeños negocios de Madame Mauring después de probar los pasteles que ella suministraba a un gran restaurante de la Rue du Rhône. Aquello ocurrió hacía ya dieciocho años, y el año anterior había permitido a Madame Mauring que comprase su parte.

—El año próximo, o dentro de dos años, cederé el salón de té a mi hija. Su marido trabaja en un buen restaurante de Zurich. Entonces los dos vendrán aquí a vivir.

—Eso será magnífico para usted, Madame Mauring. Pero no puedo imaginarme este lugar sin usted. ¿Y qué me dice de sus clientes de siempre?

—Conservaré mi apartamento en el piso de arriba —respondió ella—. Y también su habitación... Eso no cambiará en absoluto...

—Gracias, Madame Mauring. Ya sabe, así fue como empezamos...

—Sí —respondió la mujer.

Ya había escuchado muchas veces la historia de cómo los norteamericanos habían comenzado su Banco comercial en aquellas habitaciones, encima de una joyería en la callejuela que ascendía la colina hacia la catedral. El próspero comercio, en el período inmediatamente posterior al final de la contienda, les había permitido trasladar el Banco a unos locales más adecuados, enfrente del lago, en el Quai des Bergues. Cada rincón y grieta de aquel lugar le recordaba cosas a Stein. Había cruzado en uno y otro sentido el Atlántico, con mucha frecuencia, durante aquellos años, aprendiendo muy de prisa cómo se realizaban los negocios en Suiza, proporcionando al coronel el valor suficiente para luchar contra la competencia, y calmando a los encolerizados clientes cuando las cosas andaban mal. Madame Mauring había insistido siempre en que la habitación del piso de arriba le pertenecía a él, pero Stein casi había olvidado la última vez que la utilizara.

—Llévese el resto del pastel de almendras —le dijo la mujer—. Siempre tengo una caja preparada.

Stein no se resistió a la idea. Encontraba muy tranquilizador el tener siempre consigo algo de comida, incluso en una casa tan bien organizada como la del coronel Pitman.

—Es una buena mujer —le comentó al chófer cuando se acomodó de nuevo en el asiento de cuero del «Rolls» y se limpió los labios de los últimos fragmentos del pastel.

—El coronel ya no acude ahora nunca allí —respondió el chófer—. Afirma que los pasteles y el café no son buenos para su digestión. La suele llamar «el manicomio», ¿sabía usted eso?

Stein gruñó. La verdad era que al coronel no le interesaba la comida. Una sola mirada hacia él explicaba el porqué: delgado, remilgado y abstemio. La mayoría de los oficiales de West Point parecían ser igual. El coronel estaba siempre jactándose de cómo podía aún ponerse a la perfección su uniforme de la época de guerra. Aquello no era un logro que se aplicase a Stein.

—Hay mucho embotellamiento en el centro de la ciudad. Es la hora punta y, con el tapón que representan los puentes, no existe forma de evitarlo.

El coche se vio detenido por el tráfico cuando el conductor hablo de nuevo.

—No me gustaría salirme de mi carril, Mr. Stein... —comenzó vacilante.

—¿De qué se trata?

—Pensé que sabría que el coronel se toma un descanso cada tarde. Ésa es la razón de que no haya acudido al aeropuerto. No podrá verle. No debe verle hasta que baje a tomarse una copa.

—¿Y desde cuándo hace eso?

—Desde hace unas tres semanas —respondió el chófer—. El doctor trajo a un especialista del corazón de Lausana y el mes pasado le practicó una revisión. Le ha dicho que se debe tomar las cosas con calma...

—Comprendo...

—Eso no se aviene mucho con el carácter del coronel, y probablemente imagina lo que él dijo, pero, de todas maneras, hizo caso del consejo.

—El coronel es todo un hombre —repuso Stein.

—Hace mucho tiempo que le conoce, Mr. Stein. Resulta maravilloso la forma con que todos los hombres del batallón han conservado su amistad, y han unido el suficiente dinero para financiar unos negocios conjuntos. ¡Vaya idea, Mr. Stein! Un pequeño Banco privado, aquí en Ginebra. ¿Cómo pensaron en ello?

—No lo sé —respondió Stein—. Uno de los muchachos lo dijo en broma y los demás nos lo tomamos en serio.

Stein recordó aquella noche en que se percataron de la gran cantidad de oro que habían robado. Tuvieron toda clase de ideas disparatadas acerca de lo que debían hacer con él. Pudo recordar que la sugerencia más popular

consistió en enterrarlo. Sólo Stein aportó una cosa más sofisticada: iniciar un Banco privado. Era la única clase de negocio en que no resultaría sospechoso tener un exceso de capital. Stein tuvo pocas complicaciones para que el coronel se mostrase de acuerdo. Incluso desde el día en que el teniente Pitman llegó al Cuartel General del batallón, siempre había pedido el consejo de Stein. Pero fue el coronel John Elroy Pitman, Tercero, quien se convirtió en lo suficientemente encantador para conseguir que un general retirado del Ejército norteamericano, y un empobrecido caballero inglés, se sentasen en el consejo de administración del Banco. Al poder utilizar esos nombres en el membrete, el resto resultó relativamente sencillo. Las autoridades suizas se mostraban muy cooperadoras en aquellos días con los súbditos británicos y norteamericanos; incluso abrieron los Bancos suizos a equipos angloamericanos que buscaban los pillajes de los nazis.

¿Cuánto tiempo hace que conoce al coronel, Mr. Stein? Si me permite la pregunta...

Conocí al coronel en 1943 —respondió Stein—. En aquella época sólo era teniente, pero pronto se convirtió en el más duro hijo de perra del regimiento, puedo asegurártelo. Ganó el campeonato de boxeo regimental de los pesos medios tres veces seguidas. No obstante, era algo pesado para un peso medio. Pesaba sesenta y ocho kilos y tenía problemas para permanecer por debajo de los setenta y dos prescritos, sobre todo después de todos los tragos que se tomaba en el club de oficiales. Sí, es todo un hombre...

—Nunca vemos por aquí a nadie de su familia —comentó el chófer.

Se movió en el asiento para ver a Charles Stein por medio del espejo retrovisor.

Luego titubeó antes de seguir:

—Es una lástima que el coronel no se haya casado nunca. Adora a los niños, ya lo sabe. Debería de haber tenido una familia propia.

—El batallón fue su familia —respondió Stein—. Amaba a aquellos hombres, Erich. Para algunos de aquellos soldados de Infantería constituyó el único padre que había conocido. Pero no crea que en eso hubiera algo innatural; el coronel ha sido el hombre de corazón más grande que nunca haya conocido...

La música de guitarra finalizó y Stein rebobinó la cinta para repetirla.

—¿Cuánto tiempo hace que el coronel estuvo por última vez en Estados Unidos? —preguntó Stein.

—No ha vuelto allí desde que dejó el Ejército.

—Eso debió de ocurrir hacia 1948 —respondió Stein—. Es demasiado tiempo...

Observó el escenario que le rodeaba. Los Alpes se elevaban ahora por encima de ellos y, perdidos entre la niebla y las nubes, se encontraban los Juras, en el extremo más alejado del lago. Hacía frío cerca del agua donde no tocaba el sol. Un lugar así no se acomodaba con Stein; le parecía que las montañas que les rodeaban resultaban opresivas, y los habitantes eran fríos y formalistas. Aquí se hallaban cerca de la frontera francesa, pero no había ninguna confusión con la forma ordenada de ser de los suizos cuando atravesaron pueblos en los que los perros se encontraban muy bien encadenados, y los troncos eran ordenados por tamaños antes de clavarlos en el exterior de las viviendas.

El «Rolls» giró en cuanto se abrieron las puertas. La gravilla crujió bajo los neumáticos y el «Rolls» avanzó lentamente a lo largo de unos céspedes muy bien cuidados y la casa veraniega, donde, en ocasiones, el coronel Pitman tomaba el té de la tarde. La gravilla del camino de coches terminó en un círculo en torno de una fuente muy adornada. Aquello proporcionaba el emplazamiento adecuado para la gran mansión, rodeada por el césped y arbustos hasta llegar a los árboles alineados en las orillas del lago. «Se trataba de un siniestro lugar antiguo», pensó Stein. La clase de enorme propiedad que los poco escrupulosos vendedores de bienes raíces de Ginebra, solían decir que pertenecieron en un tiempo, a Charlie Chaplin, Noel Coward o al exsha del Irán. En los escalones se encontraba un sirviente con un mandil de bayeta, dispuesto a ayudar al chófer a hacerse cargo del equipaje del huésped.

La casa era una melancólica mezcolanza de torreones y torres, que parecían una versión a escala de algún palacio municipal neogótico. Ya en el interior, los pasos de Stein resonaron contra las piedras decorativas. Incluso ahora, en el mes de mayo, hacía fresco. Los muebles eran macizos: brillantes aparadores de caoba roja y altas, y con la parte frontal de cristal, alacenas repletas de olvidada vajilla. Cuatro armaduras adornaban el vestíbulo, y sólo el brillo de su metal resultaba distinguible entre la penumbra. En la mesa del vestíbulo, bajo un gran florero con flores frescas, se encontraban los periódicos del día y algunas revistas y cartas, todas ellas cerradas.

Un criado acompañó a Stein hasta el dormitorio del primer piso. Al lado de una gran cama de caoba con dosel de seda de color crema, se encontraba una antigua mesita con frutas frescas en un frutero y un libro sobre coches antiguos. En la cabecera del lecho colgaba un cuadro de algún artista holandés del siglo XVIII: gabarras de color sepia navegando, un agua sepia, un cielo

sepia... El criado abrió las ventanas, que mostraron un balcón de hierro forjado, lo suficientemente amplio para permitir que las persianas se replegasen del todo y dejaran ver una vista del jardín y del lago, incoloro entre la grisácea luz vespertina.

—¿Quiere que le ayude ahora con el equipaje, señor?

—No, me tomaré un baño caliente, para quitarme de encima el polvo del viaje...

—Muy bien, señor. Me parece que encontrará cuanto necesite.

El sirviente abrió el arcón situado a lo largo de la ventana. Allí se encontraban vasos altos y copas de vino, con algunas botellas de clarete en un estante y una botella sin abrir de bourbon «Jack Daniel».

—Y en la nevera está el agua de soda —dijo con deleite Stein—. El coronel nunca se olvida de nada...

—Así es, señor —respondió el sirviente.

Hizo una pausa respetuosa y luego añadió:

—La cena se servirá a las siete y media, señor. El coronel se tomará una copa en el estudio a eso de las siete. Le agradecería mucho que usted se reuniera con él allí.

—Así lo haré —repuso Stein.

—En la puerta hay un timbre por si necesita té o café o alguna cosa de comer.

Siempre decía las mismas cosas, pero Stein no le interrumpió, sabiendo que él prefería que las cosas discurriesen de aquella manera; no en vano era suizo.

—No, estoy muy bien. Veré al coronel a las siete en el estudio.

Con una leve inclinación, el sirviente abandonó la habitación. Stein abrió la botella de «Jack Daniel» y vertió parte de su contenido en el lavabo. Hacía mucho tiempo que había perdido el gusto por el bourbon, pero no resultaba necesario herir los sentimientos de nadie. Tras nivelarlo con una botellita de agua, Stein se llevó el whisky a la nariz. El dulce aroma le trajo a la memoria un alud de recuerdos. Quedó maravillado por el silencio y permaneció de pie e inmóvil por unos momentos en la luz de atardecer, sosteniendo la bebida y mirando hacia la ondulada superficie de color malva del lago. Desde el vestíbulo de abajo le llegó el leve tictac del reloj de pared favorito del coronel.

Recordó a su madre al citar el viejo proverbio polaco: «En una casa de oro, las horas son de plomo».

La llegada de Stein, con poco tiempo de anticipación, motivó que hubiese otros invitados a la cena. Se trataba, por lo general, de conocimientos casuales, de gente a la que Pitman había encontrado a causa de sus negocios. Un agente comercial de París, de vacaciones con su esposa y una hija adolescente, y un matrimonio francés que poseía una agencia de alquiler de coches en Zurich. La conversación quedó confinada a trivialidades educadas. Aunque Stein pudo trazar las líneas generales del episodio MacIver antes de que llegasen los invitados, no pudo concluirlo hasta que la cena hubo finalizado y Stein y Pitman se quedaron a solas.

—Tiene muy buen aspecto, Stein.

—Y usted también, coronel.

—¿Qué me dice de tomar una copa antes de irnos a la cama? ¿Miramos lo que tenemos en la bodega?

Siempre se llevaba a cabo idéntico ritual. Bajaron al piso inferior y al sótano, muy bien arreglado, pasaron ante la carbonera y entre las relucientes hileras de leños, para entrar luego en el largo corredor donde se almacenaba el vino.

—¿Clarete o borgoña? —preguntó el coronel.

—El vino que tomamos en la cena estaba delicioso.

—Cabe beber algo mejor que eso —prometió el coronel, buscando cuidadosamente entre las hileras de polvorientas botellas—. Para un viejo camarada del Ejército, sólo servimos lo mejor.

Detrás del vino se encontraba una zona de almacenamiento donde se hallaban apiladas maletas viejas. También había algunas cabezas de venado y otros trofeos de caza, colmillos y cornamentas, mugrientos y llenos de telarañas. Stein recordó la época en que constituían el orgullo y la alegría del coronel, pero algunos de los muchachos del batallón hicieron bromas acerca de ellos, en una fiesta celebrada en los últimos años sesenta, y el coronel mudó de pensamiento al respecto. El coronel Pitman los estimaba sobremanera. Tal vez, en ocasiones exageraba demasiado esta tendencia.

—¡«Hermitage»! —exclamó el coronel—. Estoy seguro de que disfrutará mucho con ésta. Tiene el auténtico aroma del Ródano del Norte y constituirá una interesante comparación respecto del «Châteauneuf-du-Pape» que hemos bebido en la cena...

Una vez tomada la decisión, Pitman abrió el camino escalera arriba hacia su despacho, abordando los escalones de la bodega con una precaución que hizo que Stein quedara preocupado por él.

—A veces siento pequeños vértigos —explicó.

—Déjeme llevar la botella, coronel.

El coronel se agarró con fuerza a la barandilla y siguió subiendo los empinados escalones.

—Nunca me he caído —contestó—, pero aquí la luz es bastante mala...

—Todas estas bodegas de vino son igual —respondió Stein—. Los escalones se bambolean cuando uno bebe. Tendrá que volver de nuevo al agua de Evian, coronel...

El coronel se rió por lo bajo, apreciando el esfuerzo de Stein por aliviarle aquel mal rato.

Se dirigieron al despacho de Pitman. Era una habitación pequeña, decorada igual que el despacho de un hombre de negocios. Se veía allí un escritorio de roble, situado entre dos ventanas, dos cómodos sillones de cuero con un baqueteado apoyo para los pies y unos ceniceros de latón al lado. Las paredes aparecían llenas de fotos, certificados y recuerdos de los días en el Ejército del coronel y de sus expediciones de caza. En un estante, cerca de la puerta, se encontraban algunos trofeos de carreras de coches.

La luz era aquí mejor, y Stein quedó asombrado al comprobar cuánto había cambiado el coronel Pitman desde su última visita, hacía pocas semanas. La edad parecía haberle encogido.

Pitman se sentó y comenzó a descorchar la botella.

—Nos estamos haciendo viejos, cabo; no podemos negarlo. El otro día recibí espantosas noticias, y será mejor que se prepare para lo peor. Uno de los nuestros se ha ido...

—Eso sí son malas noticias, coronel.

—El sargento mayor Vanelli. ¿Puede creerlo en un hombre tan fuerte como él?

—Sí, señor, me habló acerca de Vanelli —respondió Stein.

En realidad, el coronel ya se lo había relatado durante sus dos últimas visitas a la casa.

—Alcánceme dos de esas copas con pie, en el cajón que tiene detrás... Sí, Vanelli dejó esposa y dos hijas. Diría que se trataba del mejor suboficial del batallón. ¿No piensa igual?

Sacó una servilletita y enjugó cuidadosamente cualquier resto de sedimentos en el interior del gollete de la botella. Luego sirvió el vino en las dos copas que Stein había colocado encima del escritorio.

—Naturalmente, recibieron la acostumbrada cantidad en metálico. Se lo enriamos dentro del plazo de catorce días, como siempre hacemos. Solía ser una buena suma de dinero, pero los dólares norteamericanos ya no son lo que

eran en los viejos tiempos... No hace mucho aún conseguíamos cuatro francos suizos por dólar; ahora tengo suerte cuando me dan uno con setenta. Quedaría asombrado si le dijese lo que me cuesta mantener esta casa. Y, teniendo en cuenta que hay una gran cantidad de dinero retenida en inversiones norteamericanas a largo plazo y a intereses fijos, los últimos años lo hemos pasado bastante mal. Me parece que ya le enseñé esos números, ¿no es así?

—Sí, coronel, en efecto. Se trata de algo que ninguno pudo prever...

Stein se acercó a la ventana. El firmamento se había aclarado. Hacía una bonita noche primaveral, lo suficientemente clara para que algunos pájaros aún jugaran en el cielo purpúreo antes de recogerse. Pitman se aproximó asimismo a la ventana, como si quisiera descubrir lo que Stein miraba.

—Nadie pudo prever lo que sucedería en el mercado del dinero —convino Stein.

Los grupos de hayas jóvenes y algunos sauces formaban como dibujos sobre la tersa superficie del lago. Resultaba posible ver los movimientos de los faros de los coches, que avanzaban por la carretera que se desplegaba por la otra orilla. Era sábado por la noche y la ruta se hallaba muy animada.

El coronel Pitman alzó las dos copas de vino.

—Pruebe esto, cabo —le dijo, al mismo tiempo que le tendía una copa.

—Gracias, coronel —respondió Stein, con la cortesía apropiada entre jefe y subordinado. En deferencia tanto al coronel como a la situación en sí, Stein se había cambiado y puesto un sobrio y oscuro traje de lana.

Los dos hombres bebieron, y luego Stein continuó:

—¿Ha dicho que se llamaba MacIver?

—El pelotón de la Policía Militar. Era el teniente del grupo...

Así, pues, el coronel había estado pensando durante toda la cena acerca de las noticias de Stein.

—No acabo de localizarle —respondió Pitman—. ¿Y acudió a la compañía cinematográfica y hablaron?

—Tal y como le conté, coronel. Dijeron que Lustig —el hombre al que se había referido MacIver— se encontraba en Europa. Hablé con un tipo que se llamó a sí mismo Max Breslow. Afirmó que, probablemente, haría esa película.

—¿Qué clase de hombre es?

—No es la clase de individuo con el que querría compartir un asiento en un planeador. Me dio la sensación de que sabía algo. Estoy seguro de que nos va a proporcionar muchísimos problemas...

—Ya tenemos auténticos montones de problemas —respondió con gravedad Pitman—. Le conté por teléfono que he estado comprobando personalmente las cosas del Banco. Pues bien, las he mirado y debemos enfrentarnos con un auténtico desastre.

—¿Desastre?

—El Banco tiene problemas. Estamos en conflicto con el «Creditanstalt». A menos que consigamos hacerles cambiar de opinión, corremos el riesgo de perder cien millones de dólares.

—Cien millones de dólares... —sonrió Stein—. Vamos, coronel, está usted bromeando...

—Desearía estar sólo bromeando —respondió Pitman—. Pero me temo que hemos sido víctimas de una estafa monumental...

—Cien millones de dólares —repitió Stein, esta vez jadeante.

Así que, a fin de cuentas, era el coronel el que tenía las noticias más sorprendentes. Stein había depositado la copa y movió dolorido los brazos, mientras se sumía en un océano de aprensión.

—Tenemos a nuestro servicio a un capacitado y bien pagado equipo bancario suizo y alemán. ¿Cómo diablos nos hemos podido coger los dedos en cien millones de dólares?

—El «Creditanstalt» es el Banco más importante de Austria, y pertenece al Estado. Concedieron cartas de crédito a un hombre llamado Peter Friedman —probablemente se tratará de un nombre falso—, por valor de cien millones de dólares, en garantía de diez grandes consignaciones de productos farmacéuticos, que se encontraban en la zona franca del aeropuerto de Zurich. La documentación afirma que este Friedman exportaba los mencionados medicamentos de Holanda a Yugoslavia, donde el acuerdo debía ser cerrado con «Interimpex», que es una empresa yugoslava de comercio internacional. Friedman no podía transferir las cartas de crédito del Banco austríaco, porque son intransferibles, pero no podían impedir que consiguiese dinero para traspasar los beneficios a otra persona.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en todo esto?

—Nuestro Banco le dio a Friedman el dinero, a cambio de que nos transmitiera los beneficios de la venta de los productos farmacéuticos. Hasta aquí, un acto comercial del todo corriente, que podría ser muy provechoso, como ya ha ocurrido muchas veces en el pasado.

—Estupendo, coronel, nunca hay que omitir los asuntos comerciales. ¿Y qué sucedió a continuación?

—Friedman se evaporó. Comprobamos las cajas en la zona franca del aeropuerto de Zurich...

—¿Aspirinas?

—No exactamente, pero nada concordaba con las descripciones de los documentos de embarque... Como mucho, posee un valor de dos millones de dólares...

—¿Podemos aún convertir en dinero efectivo las cartas de crédito del «Creditanstalt»?

—Desearía que fuese así, pero las cartas de crédito no son negociables, por lo que no podemos hacerlo, y se convierte en un acto nulo si cualquier parte de una transacción de importación/exportación es ilegal, o no concuerda con lo descrito. En este caso, estaba mal relacionado, puesto que las cajas contenían otro tipo de drogas. Y hoy nos hemos enterado, desde Yugoslavia, que esa clase de productos farmacéuticos no estaban ni siquiera destinados a Yugoslavia. «Interimpex» actúa sólo en calidad de agentes de una operación con alguien más.

—¡Mierda!

—Hemos sido víctimas de una estafa cuidadosamente planeada — prosiguió Pitman—. Yo no soy banquero, ni nunca lo he sido y nunca lo seré, pero he aprendido algunas cosas en estos treinta años que llevo observando a esos expertos que empleamos para que hagan funcionar el Banco. Y estoy seguro de una cosa: el viejo Mr. Krug está aún más trastornado que nosotros. Y los cajeros más jóvenes se encuentran muy preocupados de que se corra la noticia y eso afecte a sus carreras en la Banca. No es un asunto en que estén implicados los de dentro.

—¿Y lo comprobaron con usted, coronel? ¿Antes de pagar el dinero, consultaron con usted? Usted acude al Banco casi cada día; por lo menos eso es lo que me ha contado Erich.

—Me lo consultan todo —respondió Pitman—. Siempre están entrando y saliendo de mi despacho cacareando como gallinas viejas. Nunca he visto a Krug levantar los billetes de Banco a la luz, para comprobar los grabados al agua antes de cambiarle cincuenta dólares a un turista. Pero ésta parecía una inversión magnífica..., sin ninguna clase de riesgos...

—¿Y qué me dice de las referencias?

—Friedman nos facilitó estupendas referencias. Mi gerente sospechaba que las drogas no iban destinadas a Yugoslavia, porque un centenar de millones de dólares parecía demasiado para que un país pobre se los gastase en un solo tipo de producto farmacéutico. Pero eso hizo parecer las cosas

mejor, en vez de peor. Cosas así ya habían ocurrido antes, y el Banco hizo un montón de dinero con negocios de este tipo...

—¿Y por qué esos condenados y locos bastardos no verificaron las referencias?

—Calma, cabo. No vamos a ganar nada excitándonos. Mi gerente hizo eso exactamente. Conseguimos una deslumbrante referencia de uno de los mejores Bancos de Alemania Occidental. Afirmaba que Friedman había mantenido regularmente negocios con ellos durante los pasados ocho años, y que lo calificaban como un cliente de primera clase.

—Entonces no lo capto —repuso Stein.

—Hablé personalmente con el director de aquel Banco, un tal doctor Böttger. Me contestó que no tenía registrado que se hubiese enviado semejante carta. Además, alegó que no formaba parte de su política emitir tales recomendaciones.

—Y la carta... No, no me lo diga...

—Ha desaparecido de nuestros archivos.

—¡Dios santo!

La cara de Stein reflejaba una inmensa cólera.

—Un centenar de millones de dólares... ¿Podemos soportar tamaña pérdida? ¿Qué sucederá ahora?

—Soy contrario a que se filtre semejante noticia, pero he tenido que dirigirme a otros Bancos para que nos ayuden. Probamos ayer con uno de los más importantes, y se negaron de forma terminante. Pero esto no es definitivo. Capearemos la tormenta, cabo, estoy convencido de ello.

—¿Y por qué nuestro Banco? ¿Somos los más estúpidos?

—Eso no viene al caso. Pero somos los más apropiados para esa clase de estafa. No hay duda de que esas personas estudiaron cuidadosamente nuestros métodos, y tal vez consiguieron que alguien de dentro robara la referencia de los archivos. Por lo general, las referencias no se guardan demasiado bien. Una mujer de la limpieza pudo llevársela. No se trata de algo que pudiera apetecer un ladrón corriente. Además, saben lo suficiente acerca de nuestros métodos bancarios para suponer que nos mostraríamos de acuerdo con el negocio de Peter Friedman. Se parecía mucho a otros asuntos que con anterioridad nos habían hecho ganar mucho dinero. Y tal vez supusieran que lo financiaríamos solos, en vez de recurrir al sindicato de banqueros.

—¿Y quién es ese doctor Böttger? ¿Qué sabemos acerca de él?

—Es el presidente del Banco alemán de mayor éxito —explicó Pitman.

—¡Mierda! —repitió una vez más Stein, golpeando con la mano el sillón, en un despliegue de energía que no llevaba a ninguna parte.

—No podemos hacer nada ahora —prosiguió Pitman—. Será mejor que hablemos acerca de los documentos. ¿Vio al teniente Sampson?

—Sí —respondió Stein.

—Un buen joven oficial —afirmó el coronel—. Un excelente oficial de transportes, que siempre mantenía en buen orden el papeleo. Me acuerdo de eso...

—Ya no es oficial y, ciertamente, tampoco es ya joven —replicó Stein—. Juego al póquer con él todas las semanas. Ha adquirido una gran práctica legal y tiene abiertos bufetes en Los Ángeles, San Francisco y Santa Bárbara. Claro que, de todos modos, dos socios le hacen casi todo el trabajo. Jim Sampson está semijubilado.

—El tiempo vuela —comentó el coronel.

—Sí —respondió Stein—. Bueno, fui a verle y le conté que había gente que hablaba de convertir en una película el asunto de la mina de Kaiseroda.

—¿Y le dio su opinión legal?

—Se dio a todos los diablos —explicó Stein—. Se derrumbó en un sillón y se quedó más blanco que el papel. Pero, al cabo de un rato, se fue acostumbrando a la idea. Le indiqué que el rodar una película acerca de la mina de Kaiseroda no significaba que fuésemos a salir nosotros robando camiones. Tal vez sólo deseen desarrollar una historia en torno del tesoro.

—¿Y si no se limitan a una historia acerca del tesoro?

—Sampson dice que los de la MFA&A y la Agencia de Reparaciones Aliada hicieron declaraciones, en 1945, señalando que no se había perdido nada. Jim Sampson afirma que, para procesamos, el Gobierno de los Estados Unidos tendría que admitir que han estado mintiendo. Le parece muy poco probable.

—Ahora comprendo por qué sus socios han dejado casi jubilado a Jim —observó el coronel con mal humor—. No me ha contado que esté casi senil. ¿Es que no lee los periódicos? ¿Es que no sabe que todos los Gobiernos del mundo no nos dicen más que mentiras a diario, y que no muestran ningún signo de contrición, aunque les sorprendan con las manos en la masa diciendo mentiras?

El coronel Pitman alcanzó la botella de vino y sirvió un poco más para los dos.

—¡Condenado idiota de Sampson! Sabía que nunca llegaría a capitán. Stein trató de aplacarle.

—Jim afirma que es improbable que el Gobierno de Estados Unidos actúe de esa forma. Se limitarán a manifestar que no saben nada al respecto.

—¿Así que estaba frío, tranquilo y con gran dominio de sí mismo? —prosiguió el coronel Pitman con sarcasmo—. ¿Se acuerda de Jim Sampson el día que le ofrecí que interviniera en nuestra travesura?

—El teniente Sampson estaba al mando del pelotón de mantenimiento —replicó Stein—. Debíamos tenerlo a nuestro lado para que atestigüase ante la Policía Militar que habíamos tenido un fallo mecánico, que nos obligó a detenemos en la carretera, mientras continuaba su camino el resto del convoy.

—Nunca se olvida de los detalles —contestó Pitman—. ¿Se acuerda de todas las tonterías que Jimmy Sampson nos contó acerca de que su madre estaba enferma y que se agravaría si él acababa en Leavenworth?

El coronel soltó una breve y cruel carcajada mientras recordaba la escena. Dejó la copa y recorrió la habitación hasta el humidificador que se encontraba al lado del carrito de las bebidas. Abrió el bote del tabaco con llave, y se percibió cómo la presión se escapaba por la tapa.

—¿Quiere uno?

No aguardó respuesta, ni tampoco Stein replicó. No había ocurrido nunca que rechazara un buen cigarro, y mucho menos uno de los puros que el coronel Pitman hubiese comprado en «Davidoff», el mejor comerciante en cigarros de Ginebra.

El coronel seleccionó un puro de buen tamaño con sumo cuidado.

—Ya no me permiten los puros —explicó—. Pero disfrutaré viendo cómo se lo fuma.

Le cortó la punta, se lo dio a Stein y luego se lo encendió.

—¿Qué vamos a hacer, cabo? —le preguntó al fin.

—El perder cien millones nos va a dejar limpios —respondió Stein.

—Ya ha empezado a correrse por ahí la voz de algo parecido —repuso el coronel Pitman—. Tal vez el Banco pueda hacer frente a este quebranto, pero el perder la confianza nos hará muy difícil seguir en este negocio, a menos que nos lo compren. Existen las garantías del Gobierno y cosas parecidas... De todos modos, aún no me he asesorado respecto de las implicaciones legales, porque no quiero ir contando esta historia por toda la ciudad.

—Pongamos los dos millones de dólares de los embalajes con productos farmacéuticos que están en la zona franca del aeropuerto de Zurich —comenzó Stein—. ¿Qué más cosas tenemos a interés fijo, oro, etc., que pudiéramos vender?

—Tal vez unos tres cuartos de millón en dólares estadounidenses —respondió con tristeza el coronel—. He comprobado nuestras partidas una y otra vez. Hemos recibido una terrible paliza con la caída de la cotización del dólar norteamericano. Debiéramos habernos diversificado mucho más. Si vendo esta casa, tal vez podría poner un millón más en el platillo.

—¡Ni hablar de eso, coronel! —contestó Stein—. Ninguno de los muchachos consentiría en dejarle en la calle, y ni siquiera en un ruidoso apartamentito en un bloque de edificios del centro de la ciudad. Cuando tuviéramos que venir aquí ni siquiera cabríamos. Todos nosotros hemos compartido los beneficios y también tendremos que participar en las pérdidas. —Se rascó la nariz—. Me imagino que esto será el final del Banco.

—La culpa es mía —respondió el coronel Pitman—. He ganado un bonito salario por vigilar el dinero de los demás. No puedo seguir viviendo entre lujos después de haberles arruinado a todos...

—Entonces, tal vez deberíamos vender los documentos a Breslow, o al que ofrezca más —fue la respuesta de Stein.

—Esto sería como saltar del fuego a las brasas —repuso el coronel Pitman—. En el momento actual, nos encontramos sólo faltos de dinero, y debemos enfrentarnos a eso. Ninguno de los muchachos son pobres. Si ponemos esos documentos en el mercado, podemos enfrentarnos a quince años en Leavenworth. Deseo tener un montón de asesoramientos legales antes de permitir que se conozca lo que hemos conseguido.

—Tal vez tenga usted razón —convino Stein.

—Usted leyó todo eso hace ya muchos años —continuó diciendo el coronel Pitman—. Aún le recuerdo sentado en el piso de arriba, enterrado bajo tantos documentos. ¿De qué tratan?

—De toda clase de sandeces —respondió Stein de forma evasiva—. Mi padre hablaba muy bien alemán. Siempre quiso que yo lo aprendiera, pero ya sabe cómo son los chicos... Lo leo con dificultades, y toda esa basura que tenemos está escrita en la clase de jerga burocrática de doble sentido, que hace que nuestros propios escritos oficiales parezcan tan desconcertantes.

—Recuerdo que me mostró un montón de papeles —siguió el coronel—. Se trataba de las actas de una reunión. Usted se mostró muy excitado en aquella ocasión, y casi se perdió nuestro almuerzo...

El coronel sonrió.

—Aquellas páginas estaban anotadas y firmadas «Paul Schmidt», a lápiz. Usted me contó que se trataba del intérprete de Hitler.

—Schmidt era el jefe de la secretaría y el intérprete jefe del Ministerio de Asuntos Exteriores de Hitler, en Berlín...

Saboreó el cigarro, permitiendo que el humo brotara con suavidad a través de los orificios de la nariz. El último resplandor de la luz se fijó en el humo, y lo hizo brillar de un intenso azul, como si se tratase de algún tipo de manifestación sobrenatural.

—Lo recuerdo —repuso Pitman.

Hablaba como si el esfuerzo de aquella conversación fuese demasiado para él.

—En cada una de las hojas aparecía estampada con un sello de goma la inscripción *Führerkopie*. Usted afirmó que se trataba de las actas de alguna reunión muy secreta.

—Eso es —contestó en voz baja Stein.

Afuera, en el vestíbulo, el viejo reloj de pared de alargada caja tocó las campanadas de medianoche. El carillón prosiguió interminablemente y resonó con mucha más fuerza que cuando era de día.

—¿Qué hizo con esos documentos? —preguntó el coronel Pitman.

—Es mejor que usted no lo sepa —repuso Stein, con la voz afilada propia del cabo Stein, el ordenado funcionario al que nadie encontraba nunca ninguna falta.

—Quizá sí —convino Pitman.

Cruzó la sala para encender algunas luces suplementarias, como si confiase en que de aquella manera se iluminase mejor la conversación. Miró el tapiz persa que estaba colgado en la pared. Era de Shiraz, todo lo que quedaba de los tesoros de la mina de Kaiseroda. La alfombra había sido arrancada del camión cuando comenzaron a descargarlo, una mancha sucia en la lona, en la que había sido cosida. El coronel aún recordaba las inscripciones: *Islamischer Abeteilung*, parte de los tesoros del museo estatal prusiano, llevados a la mina de sal para protegerlos de los bombardeos aliados y de la artillería del Ejército Rojo. En la histérica atmósfera de aquella noche, Jerry Delaney, que conducía el primer camión detrás del jeep del coronel, había gritado: «Un regalo para el coronel», y los soldados se habían regocijado. Todos eran buenos chicos. El coronel Pitman sintió que una lágrima se asomaba a sus ojos al recordarles. Ahora, tocó la superficie de la alfombra para sentir sus finos nudos y las borlas. Eran muy buenos hombres; había sido para él un orgullo mandarles.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó el coronel Pitman.

—Tenemos que saber más cosas de esa gente del cine, coronel. Pueden ser muy peligrosos, pero... —Hizo ondear la mano—, tal vez podamos manejarlos. Debemos saber detrás de qué van...

Pitman se volvió para mirarlo y asintió.

—Me llevaré conmigo algunos documentos más cuando regrese a California —explicó Stein—. Les entregaré algunos de ellos para ver cómo reaccionan. Mientras tanto, tendrá que enfrentarse con este problema que tenemos en el Banco. Hable con los otros Bancos y compruebe si pueden ayudarnos. Tal vez se trate de algún tipo conectado con ese Breslow.

—Usted sabe hacer mejor las cosas, y siempre ha sido así —concluyó Pitman.

9

Todos los «polis» que iban de forma regular en los coches, tenían «un sitio para comer». Los establecimientos de rosquillas eran sus favoritos. En tales lugares, siempre hacen muy buen café y lo tienen ya preparado para beberlo; si se produce una llamada por la radio durante el descanso, se puede coger con rapidez una rosquilla y llevársela. Asimismo, los mencionados lugares suelen estar situados, por lo general, cerca de las intersecciones más concurridas y disponen de amplias zonas de aparcamiento para sus clientes. Y, por encima de todo, uno de estos lugares es un buen sitio para que un «poli» comience a echar un vistazo.

Los coches que se hallaban afuera del «Big O Do-nut Shop», donde la autopista de Santa Mónica cruza por encima de La Brea, estaban aparcados con el motor contra la pared, excepto el «negro y blanco». Éste se hallaba estacionado con el morro hacia afuera, de la forma en que dejan todos sus coches los conductores de la Policía, cuando se detienen a tomarse un refresco. Los dos agentes de Policía uniformados podían ser vistos adentro, al otro lado de las ventanas brillantemente iluminadas. Eran las 11,34 de la noche del sábado 2 de junio, cuando un residente local, un mecánico de coches de dieciocho años, llamado William Dawson, se aproximó a la mesa ocupada por los dos agentes de Policía y les dijo que quería informar acerca de un crimen. Esta acción de buen ciudadano habíase visto apremiada por algunas dificultades que Dawson tenía en aquel tiempo, con el Departamento de Libertad Vigilada del Condado.

Dawson, cuyo interés hacia los coches se extendía desde repararlos, hasta robarlos y conducirlos bajo el efecto de las drogas, había comenzado a sentir curiosidad por la presencia en La Brea de un abollado «Cadillac» verde. Eran un «Fleetwood Eldorado», de 1970, con un motor de 8,2 litros, el mayor tipo de motor de coche fabricado en el mundo. En su declaración por escrito, Dawson afirmó que estaba mirando de cerca el coche, con objeto de encontrar a su propietario y comprárselo. Añadió que deseaba colocar el motor en un coche de carreras que estaba construyendo, aunque más de un agente de los

que se hallaban en la sala de detectives, expresó la opinión de que Dawson se hallaba a punto de robar aquel coche.

Tras acompañar a Dawson hasta el «Cadillac» aparcado, los dos agentes vieron señales de sangre en la superficie de la carretera, debajo del coche. Tras forzar el espacioso maletero, descubrieron el cadáver atado de un hombre. Resultaba difícil determinar su edad, puesto que habían separado la cabeza del tronco y ésta no aparecía por los alrededores.

El olor —que fue lo primero que hizo que Dawson acudiera a la Policía— era lo suficiente intenso como para indicar que la víctima había sido asesinada hacía algún tiempo. Uno de los agentes de Policía vomitó. Por su cooperación con la justicia, entregaron a Dawson una carta, en la que se manifestaban los hechos, para el Tribunal superior del Condado de Los Ángeles, que era el responsable de su libertad condicional.

Al cabo de unas horas, quedó claro para el oficial investigador que el asesino, o los asesinos, se habían visto interrumpidos o inquietados durante la comisión del crimen. También parecía verosímil que el criminal, o los criminales, habían intentado eliminar tanto el «Cadillac» como el cadáver, precipitándolos en el océano Pacífico. La computadora de la Policía reveló que el coche estaba matriculado a nombre de Bernard Lustig, que vivía en una gran casa en Portuguese Bend, en la península de Palos Verdes, un lujoso suburbio conocido localmente como «The Hill».

La puerta de la casa de Lustig, de estilo ranchero, fue abierta por una criada que hablaba español, cuando los detectives llamaron a ella al día siguiente, domingo, 3 de junio. Mr. Bernard Lustig no estaba en casa. Había abandonado su vivienda a eso de las nueve de la noche del miércoles, junto con dos invitados, con los que había estado bebiendo y hablando durante una hora. La criada, cuya comprensión del idioma inglés resultaba muy limitado, creía que aquellos tres hombres habían estado charlando de películas. La mujer explicó que aquélla era la principal actividad de su amo. En realidad, añadió, desde la separación de su esposa, catorce meses antes, el hacer películas se había convertido en la única actividad de Mr. Lustig.

El detective, teniente Harry Ramírez, no se cansó de mirar una y otra vez a la muchacha. Era muy joven y atractiva.

—¿Me puedes enseñar la documentación? —preguntó Ramírez—. ¿Tienes tarjeta de residente extranjero?

—Todo lo tengo en casa de mi tía, en San Diego —respondió la chica.

—¿Permiso de conducir de California?

La muchacha meneó la cabeza. Ramírez siguió hablando en español:

—La mitad de los habitantes del Condado de Los Ángeles han dejado sus documentos en casa de sus tías en San Diego —le dijo con amargura a la muchacha.

—Puedo conseguirlos —respondió la muchacha sin trastornarse demasiado.

Ambos sabían que aquello era un juego. La muchacha había atravesado la frontera sin permiso de trabajo. Pero Ramírez sabía que, incluso en los viejos tiempos, los inmigrantes ilegales deportados, estaban de vuelta en sus ocupaciones al cabo de siete días. Ahora, desde que en México se había descubierto petróleo, los agentes del servicio de inmigración norteamericano raras veces podían ser persuadidos para que iniciaran ni siquiera el papeleo. Ramírez se impacientó e insultó a la chica. Cuando recordaba la forma en que su padre se había lanzado tan diligentemente al proceso de conseguir su documentación, para que Harry y sus hermanos y hermanas crecieran como ciudadanos, le ponía furioso el que las autoridades cerrasen los ojos ante aquella generación de «espaldas mojadas».

—Compartes su cama —le dijo Ramírez—. No me digas que no. Te digo que compartes su cama... ¡Putá...!

La muchacha comenzó a llorar. Nadie, ni siquiera la muchacha, podía estar segura de si lloraba de vergüenza al verse llamada prostituta o ante la perspectiva de ser deportada.

—Está muerto —gritó Ramírez—. Le han cortado la cabeza y aún no la hemos encontrado. Tal vez esté aquí...

Los ojos de la muchacha se abrieron del todo aterrorizados.

—Dime cosas acerca de esos hombres —le preguntó ahora Ramírez.

La chica asintió y se sentó pesadamente.

—Es verdad —respondió con tristeza—. Una vez me acosté con él. Sólo una vez. Fue después de que muriera su padre. Estaba llorando. Se encontraba tan triste...

A pesar de la plena cooperación de la chica, la descripción de aquellos dos hombres resultó bastante pobre.

La primera oportunidad afortunada que los agentes de Homicidios consiguieron, respecto del asesinato de Lustig, fue algo relacionado directamente con la prisa de los asesinos. A fin de impedir la identificación, habían arrancado al muerto la cabeza y habían comenzado a hacer lo mismo con las manos. Los técnicos del laboratorio forense arrancaron el forro del maletero y descubrieron, debajo del depósito de gasolina, un delgado reloj de muñeca-calendario de oro. Un corte reciente en la correa de cuero, confirmó

que había sido llevado por la víctima (y el reloj fue identificado por la criada como propiedad de Lustig). Dando por supuesto que el desmembramiento del cadáver había tenido lugar poco después del asesinato, el reloj proporcionaba una indicación de la hora probable y de la fecha del asesinato. El reloj se había parado a las 2,30 de la madrugada del día 24 de mayo, después de la visita que los dos hombres habían efectuado a la casa.

El segundo descubrimiento afortunado se consiguió algunos días después. Marilyn Meyer era una de las agentes femeninas de la Policía que patrullaba las calles del centro de Los Ángeles, en unos coches especialmente contruidos, de un solo asiento, desde el cual saltaban para pegar las papeletas de multa en los coches estacionados contraviniendo los reglamentos locales. Al igual que muchas chicas bonitas de Los Ángeles, había llegado a la ciudad para hacer carrera en la industria cinematográfica y se quedó allí para disfrutar del clima.

Fue aquella agente femenina la que recordó el «Porsche» negro deportivo, estacionado delante de la oficina de Bernard Lustig, la tarde del miércoles, 23 de mayo, y de nuevo a la mañana siguiente. Recordó que la papeleta fijada al coche el día anterior aún estaba colocada, y entonces puso otra. No era una zona en que se emplease la grúa, y no emprendió ninguna acción ulterior, pero aún seguía teniendo grabado en la mente aquel «Porsche» aparcado negligentemente en la acera. Anotó la matrícula de Illinois y lamentó que los «burladores de leyes» de fuera del Estado pudiesen dar de lado los reglamentos del tráfico. Incluso comentó con una amiga que la ciudad debería encontrar algún sistema para cobrar las multas fuera de la jurisdicción del Estado.

El detective Ramírez cursó un requerimiento formal de identificación a las autoridades de tráfico de la capital del Estado de Illinois, Springfield, donde la computadora reveló que el propietario registrado de un «Porsche 928» negro, con aquella matrícula, era un tal Edward Parker. Posteriores indagaciones descubrieron que Edward Parker y su esposa de origen japonés habían vivido en Chicago durante nueve años; con anterioridad, habían residido otros tres años en Toronto, Canadá, y antes aún, en el extranjero. Todas estas investigaciones también extrajeron de la computadora un código de tres dígitos, que indicaba que todas las investigaciones policiales referentes a Edward Parker debían ser primero aclaradas con el FBI (Departamento de Identificación), en Washington, DC.

El chapucero asesinato de Bernard Lustig, en vez de ser el resultado de una desaparición simple, había dado inicio a una investigación por homicidio. A principios de junio, los detalles de la misma empezaron a ser conocidos en el Centro de la KGB, en Moscú. Quedó sin revelar hasta qué extremos y de forma imprudente, Parker se había arriesgado a quedar enredado en una investigación que también era conocida por el Centro. De todos modos, para entonces había tenido lugar ya más de una reunión entre funcionarios de la Primera Sección de Ilegales del Directorio, que controlaba directamente a Edward Parker, y de los especialistas de la División de Comunicaciones, los cuales, si se presentaba lo peor, podrían disponer una ruta de huida y, temporalmente, cerrar sus redes más vitales.

A continuación de aquellas reuniones en Moscú, uno de los oficiales de más antigüedad y experiencia de la KGB, voló a la ciudad de México, donde el lunes, 11 de junio, mantuvo una reunión en la Embajada soviética. Este curioso edificio con torreones tenía el aspecto de aquella clase de locura gótica en la que los acaudalados industriales del siglo XIX instalaban a sus queridas, agazapada además la edificación detrás de algunos árboles altos y de un elevado muro. Era un día muy cálido y el incesante tránsito de la Calzada de Tacubaya se oía a través de los dobles cristales del despacho particular del embajador, a pesar del rumor del acondicionador de aire. Su Excelencia no estaba presente; le habían pedido que abandonase la estancia, dado que era una de las habitaciones que había sido comprobada más recientemente en busca de artilugios electrónicos.

La breve noticia de que Moscú había dispuesto esta reunión en la ciudad de México, se demostraba a través de los documentos del Directorio de Operaciones Técnicas —que provee de documentación a la KGB, tanto legal como falsificada—, la cual había hecho llegar al representante del Centro de Moscú. Aunque era descrito en su pasaporte diplomático como funcionario consular de tercera clase, se trataba de un general de la KGB.

Era un hombre alto, de cara gris, tan demacrado que los huesos y ligamentos de su rostro y de las manos resultaban claramente discernibles, como si se tratase de los de un modelo anatómico. El general Stanislav Shumuk, ucraniano nacido en Kiev, fue reconocido por los agentes norteamericanos, quienes le fotografiaron al entrar en la Embajada aquel día del mes de junio.

Shumuk se había ganado su reputación en los últimos años de la década de los sesenta cuando por medio de una computadora, había compilado detalles de miles de residentes canadienses que tenían parientes que viviesen

en Polonia, en la República Democrática Alemana o en la URSS. Una gran proporción de estas personas eran ucranianos. De forma sistemática, Shumuk enroló a muchos de dichos canadienses al servicio de la KGB, bajo la amenaza de tomar represalias con sus parientes. Descrita como una operación maestra en el informe secreto del Secretariado de la KGB, en 1969, al Comité Central, fue empleada para justificar el coste de la enorme computadora de que se había provisto a la KGB, en abril de 1972. Se trataba de la mayor computadora, en cuanto a almacenamiento de datos, empleada en la URSS.

Stanislav Shumuk consultó el reloj de acero que guardaba en el bolsillo de su chaleco. Iba vestido con un traje gris de franela, de estilo moscovita, muy holgado en comparación con el que llevaba Edward Parker, hecho a medida. Parker había llegado treinta minutos antes de que comenzase la reunión, procedente de una convención que se celebraba en Kingston, Jamaica.

—¿Para cuándo se espera a Greshko? —preguntó Shumuk.

—Arriba han dicho que le sacaron billete para el vuelo sin escalas desde Braniff, que llega a las dos.

—Para asistir a una reunión concertada a las dos y media —respondió Shumuk—. Esto me parece una gran falta de consideración.

Parker asintió. Sabía que era inútil sugerir que podían empezar a hablar sin estar presente Greshko. Shumuk se atenía en todo momento a los reglamentos.

Era la primera vez que Edward Parker veía al renombrado general, cuya boca siempre aparecía retorcida en un gesto de desprecio, y cuyo rostro revelaba desdén hacia todo, desde el fino grabado antiguo de Karl Marx hasta la jungla de macetas de plantas que llenaban las ventanas bañadas de sol. La única cosa que consiguió la aprobación de Shumuk fue las tacitas de fuerte y negro café, que la cocinera mexicana les traía cada quince minutos aproximadamente.

Eran ya más de las tres cuando Yuri Greshko llegó. Anticipándose al humor de su superior, se encontraba agitado y nervioso. El subir las escaleras de dos en dos resultaba muy duro: la altitud de la ciudad de México prohíbe tales esfuerzos, por lo que Greshko entró en la estancia jadeando y con el rostro enrojecido. Cuando Parker le estrechó la mano, notó la palma húmeda que le ofreció Greshko, y no quedó ninguna duda de que Shumuk lo observó también.

Stanislav Shumuk abrió su cartera y comenzó a elegir entre sus documentos. Los otros dos hombres se limitaron a observarlo. Existían pocos años de diferencia entre Edward Parker y Shumuk, pero parecían pertenecer a

dos generaciones diferentes. *Stash* Shumuk había sido un soldado que combatió en las filas del Ejército soviético, o Ejército Rojo, como aún se le llamaba entonces. Fue uno de los jóvenes oficiales que habían hecho avanzar a los destacamentos de la NKVD durante el primer gran ataque alemán en el verano de 1941. Tenían la misión de fortalecer la resistencia del Ejército Rojo, y lo habían hecho empleando los métodos de los pelotones de ejecución. Coroneles, generales, e incluso comisarios políticos, habían caído ante sus balas durante aquellos lúgubres días en que los alemanes avanzaban hacia los suburbios de Moscú.

La reputación que sus pelotones de ejecución le habían ganado entonces, no perjudicó lo más mínimo su carrera. Después de la guerra, había empleado la misma decidida determinación en sus estudios en la Universidad de Moscú, antes de que le hicieran subjefe de la Sección de Entrenamiento, y, más tarde, todo ello lo llevó, durante un año, a la presidencia del Comité Principal de Compras del Directorio. Shumuk había cambiado muy poco respecto de aquel alto y joven teniente de la NKVD, con uniforme sin distintivos, con los hombros amoratados del retroceso del fusil y de cara impasible. Tenía la misma voz sin entonaciones con la que había leído las sentencias de muerte, los mismos vagos ojos de un gris pálido, el mismo cráneo afeitado y la misma delgada cintura, que era fruto de diarios y esforzados ejercicios.

Shumuk alzó la vista y estudió a sus dos colegas, sin ninguna clase de admiración en la mirada. Decidió que eran inferiores a él mental, moral y físicamente. Yuri Greshko, con sus caros trajes occidentales, su pelo rizado y su suave boca, resultaba decadente, si no depravado. Había sido corrompido por la forma de vida occidental y por la protegida intimidad del servicio diplomático, y nunca debió haber sido nombrado para el puesto vital de residente legal en Estados Unidos. Era demasiado joven, con escasa experiencia y carente de la suficiente energía. Shumuk decidió hacerlo constar así en su informe. Edward Parker era poco mejor: no había pasado los años entre 1941 y 1945 resistiendo a las hordas fascistas, sino guardando algún remoto depósito de suministros del Ejército Rojo, de una invasión japonesa que nunca se produjo. Ahora, mientras su mujer y su hija ya crecida trabajaban como administrativas en la «Aeroflot», y se esforzaban por subsistir en uno de los menos saludables suburbios de Sverdlovsk, Parker compartía su cama con cierta mujer japonesa y vivía en una cómoda casa de Chicago. Naturalmente, la mujer era antiguo miembro del partido, y todo este arreglo había sido aprobado, e incluso instigado, por el Centro de Moscú, pero

Shumuk pertenecía tan profundamente a la vieja escuela como para encontrar aquello desagradable.

Encendió un cigarrillo. También era muy anticuado en lo referente a los cigarrillos: prefería el tosco tabaco «Majora». Alejando impacientemente el humo con sus pequeños y huesudos dedos, se percató de cómo Edward Parker torcía la nariz. Debía de haber detectado el aroma del tabaco; ¿no le recordaba su juventud, como le sucedía a Shumuk?

Sin preocuparse lo más mínimo de que aquella reunión se había hecho amarga y recriminatoria, Shumuk comenzó por anunciar que ya había decidido apartar del servicio a Parker, y propuso concederle hasta finales de junio para que dejase a su red preparada para un reagrupamiento. Parker presentaría en persona su informe en el Centro de Moscú, el lunes, 2 de julio.

Se produjo un momento de profundo silencio antes de que Yuri Greshko comenzase a atacar este plan. Resultaba obvio a todos los presentes, que había escasas posibilidades de que Greshko sobreviviese a semejante drástica desconexión, que seguiría ciertamente al cambio de residente ilegal. La discusión continuó durante dos horas. Greshko y Shumuk ya habían chocado antes, en el edificio de la plaza Dzerzhinski, y esta vez la discusión degeneró en lo que era poco más de una competición de gritos. Fue Edward Parker quien decidió la cuestión. Explicó que se había dirigido a Los Angeles, simplemente, porque su agente le necesitaba allí. Como residente, semejante decisión correspondía adoptarla a él. Además, les dijo, estaba empleando a un agente que se negaría a trabajar con cualquier nuevo residente que Moscú nombrase para este cargo. Le había costado muchos años conseguir relacionarse con algunos de sus hombres más importantes. Carecía de objeto discutir la conveniencia de hacerle regresar a Moscú, a menos que la KGB estuviese preparada para comenzar a reconstruir aquellas redes tan dañadas.

Naturalmente, se trataba de emplear la ofensiva en lugar de la defensiva. Y Shumuk lo sabía, al igual que Greshko. Éste estaba sudando; el grisáceo rostro de Shumuk aparecía retorcido como le ocurría cuando hacía correr a sus agentes a través de las líneas alemanas, durante los últimos meses de la guerra, intentando entrar en contacto con los restos del Partido Comunista en Hungría y en Checoslovaquia. No sobrevivieron demasiados de dichos agentes, pero se había realizado el trabajo. Hungría y Checoslovaquia eran ahora democracias de trabajadores, y su estabilidad constituía un tributo a la Policía política secreta que Shumuk había ayudado a instalar allí. Estaba orgulloso de esto, lo mismo que de la Orden de Alexandr Nevski, que le habían concedido por sus actividades en la guerra.

Las palabras duras y los gritos cesaron de repente; como si se tratase de un consenso, la discusión finalizó. Greshko se retorció las manos y Parker se sentó en un pesado sillón de roble que estaba situado delante de la ventana, entre las lujuriantes plantas.

«La cosa estaba bien para los otros dos», pensó Parker. Shumuk se preocupaba sólo del papeleo de su despacho de Moscú y, en lo que se refería a Greshko, aunque todo fuese mal, Greshko no necesitaba mucho más que ser declarado PNG, persona *non grata*. Sólo Parker se enfrentaba con la perspectiva de pasar veinte años en una penitenciaría federal, la clase de sentencia que aseguraría que moriría en prisión.

—En Ucrania —dijo de forma forzada Shumuk—, tenemos un dicho: existen ciertas pesadillas de las que la única huida es despertarse...

Los otros dos hombres le miraron, pero no contestaron. Su inutilidad resultaba inconfundible.

Shumuk continuó:

—Le concederé otro mes...

Se ocupó de nuevo de sus documentos. No había hecho la menor alusión a los documentos de su cartera, observó Parker, ni los leyó ni citó siquiera. Los empleaba, simplemente, para jugar; la Unión Soviética estaba llena de hombres a los que les chiflaba revolver documentos oficiales.

—Esto lo hago contra mi propio buen juicio —prosiguió Shumuk—. Le concederemos un mes más, pero va contra mis principios...

Volvió a guardar los papeles en su portafolios y lo cerró empleando la cerradura de combinación. Luego miró desdeñosamente a los otros dos hombres y salió pavoneándose de la habitación como una duquesa viuda.

—*Apparatshik!* —pronunció con amargura Greshko, aunque no fuese un hombre dado a criticar las tendencias burocráticas de sus superiores.

Parker, que había empleado doce años en absorber las costumbres y modales de los norteamericanos, comentó:

—No es más que un presumido, Greshko, y usted lo sabe.

Greshko sonrió nervioso.

—Cuénteme cosas de ese hombre, Kleiber, de Los Ángeles —dijo a toda prisa—. ¿Es de confianza? ¿Conoce algo acerca de él? ¿Continuará trabajando para nosotros?

Parker se encogió de hombros, se bebió los restos de su café ya frío y de nuevo se encogió de hombros.

Greshko aguardó alguna otra reacción, pero no se produjo ninguna. Aquel encogimiento tanto podía significar que Kleiber era de fiar como que no lo

era. También podía significar que Parker no lo sabía, o que no tenía la menor intención de discutir acerca de aquel asunto.

10

El empleo en California no demostró ser la sinecura de tomar el sol al lado de una piscina que Kitty, la amiguita de Boyd Stuart, había previsto. Un par de semanas después —aún carentes de todo bronceado—, Boyd se encontraba sentado en una mugrienta oficina del Venice Boulevard, de Los Ángeles, hablando con un aplicado joven inglés.

Cercano a la autopista, el bulevar tenía seis carriles de circulación, estaba atestado de cables, sembrado de palmeras y generosamente provisto de gasolineras y de salas de reuniones religiosas. El edificio era bajo y terminado a toda prisa. En junio hacía mucho calor y resultaba incesante el rumor de la pesada circulación.

El Servicio Secreto de Información de Londres había entrado en contacto con el nuevo hombre de «Lustig Productions», Max Breslow. Habían encontrado a un joven agregado de la Embajada británica en Washington, que en un tiempo había tenido contactos con Breslow sobre la producción de una película. Ahora, le habían enviado con toda urgencia a Los Ángeles a fin de que se dejase caer «accidentalmente» ante su viejo conocido, en el Polo Lounge, del «Beverly Hills Hotel».

El visitante Stuart llevaba un *blazer* de franela de color azul oscuro, con botones militares y una insignia de un club automovilista en el bolsillo. Tenía el pelo largo y recto, y lo mismo podía decirse de su nariz. Incluso sin el acento y el traje, no podía confundírsele con otra cosa que no fuera lo que Jennifer denominaba «Eton y Harrods».

—De hecho, existirían considerables ventajas si ese fulano hiciese la película en Inglaterra —declaró el visitante.

Echó un vistazo circular a la sórdida y pequeña oficina que el departamento había facilitado para aquella reunión. Se trataba de su primera experiencia para el Servicio Secreto de Su Majestad.

—Puede dispensarme de toda esa charla tipo vendedor —respondió Boyd con tono seco—. Hábleme, simplemente, de Max Breslow.

Con nitidez, de la parte trasera del edificio les llegó el sonido de alguien que practicaba escalas en un piano desafinado.

—No se trata sólo de las concesiones que todas las películas pueden conseguir del Gobierno, sino especialmente de acuerdos fiscales, que se otorgan si se emplea personal británico y estudios británicos.

Aquél era el hombre más adecuado que podían enviar, observó aprobadoramente Stuart. Nadie dudaría de que aquel vigoroso chaval era, ante todo, sincero. Se preguntó cuánto habrían confiado en él antes de enviarle.

—¿Qué edad tiene Breslow? ¿Qué conoce acerca de la industria del cine?

—Es lo suficientemente mayor para encargarse de una película — respondió el jovenzuelo con una sonrisa.

Se sirvió un poco más de té de la tetera que había en el escritorio.

—Es un hombre de negocios. Ha puesto en marcha un par de pequeñas producciones, en Nueva York, empleando dinero procedente de Alemania, y luego las ha vendido a la Televisión, antes del montaje final. Tiene buenos contactos en Alemania.

—¿Televisión?

—Televisión aquí, en Estado Unidos, pero ha hecho largometrajes para Europa y Asia. De todos modos, aún no ha realizado muchos...

—¿Sólo dos películas?

—Aquí sólo dos, pero ha producido una docena o más de películas baratas en Europa, en su mayor parte en estudios alemanes. Trabaja con un productor ejecutivo, que se dedica a la película mientras Breslow va detrás de la gente con dinero.

Bebió un poco más de té y prosiguió:

—Breslow no es un gran magnate del cine, como en los viejos tiempos. No es un Goldwyn o un Cohn. No encontrará estrellas de cine sorbiendo champaña alrededor de su piscina. No vive en Beverly Hills o en Bel Air. Tiene una modesta propiedad en algún lugar cerca de Thousand Oaks, camino de Ventura, y comparte su piscina con los vecinos. No, Breslow no es un hombre de cine. Al cabo de hablar con él sólo cinco minutos, ya has descubierto esto. No puede distinguir unas lentes de *zoom* de una botella de «Coca-Cola», y está dispuesto a admitirlo en seguida.

El joven estiró los pies y apoyó su tacita de té y el platillo contra el pecho. «Sin duda, se trataba de un viejo ademán copiado de alguno de sus tutores, un tío rico o un embajador», pensó Stuart.

—Puede comprobar todo esto, si está de acuerdo. He concertado una invitación para que usted cene mañana en casa de Breslow. Él cree que usted

representa a una empresa que tiene algún dinero para invertir en el cine.

Los ejercicios pianísticos se detuvieron durante un misericordiosamente prolongado espacio de tiempo, y luego empezaron desde el inicio una vez más.

—Breslow tiene algo más de cincuenta años..., tal vez se trate de un sesentón bien conservado. No tengo mucha experiencia en estas cosas del Servicio Secreto...

El visitante sonrió, pero al ver que su sonrisa no recibía la menor respuesta, continuó:

—Bastante alto, mucho cabello, sin que se vean canas. Estrecha las manos con bastante firmeza, si es que esto tiene importancia, y de forma muy amistosa.

—¿Lo han metido ya en la computadora?

El visitante se bebió su té y se quedó mirando a Stuart. En Washington, le habían insinuado que se entrevistaría con uno de los mejores agentes del SIS, pero al joven le pareció que Stuart Boyd era más viejo, más seco y menos delicado de lo que había esperado.

—Ah, sí —continuó—, hay algo más de lo que no se suponía que debiera saberlo, pero es más bien inverosímil.

—¿Y por qué inverosímil?

—Mi informador fue más bien un tanto circunspecto, es un viejo amigo, pero deduje que no tiene la importancia suficiente para que se lo comuniquemos a nuestros amigos norteamericanos. Y ambos sabemos que cualquier cosa que aparezca en la computadora de Bonn, se conoce en Washington al cabo de veinticuatro horas.

Stuart asintió y llegó a la conclusión de que su visitante era menos idiota de lo que mostraban sus modales.

—Tome un poco más de té —le dijo— y explíqueme todo lo que consiguió de él.

—Supongo que se lo trajo consigo —continuó el visitante, observando cómo servía el té—. Es una cosa muy divertida, pero yo compro la misma mezcla de té inglés, en mi supermercado de Washington, y nunca sabe igual...

—¿Cree que va a hacer la película?

—No parece darse demasiada prisa.

—He oído que tiene un guión...

—Dice que aún no está bien...

—¿Y de dónde procede el dinero?

—Afirma que es todo suyo.

El visitante se frotó el mentón.

—Yo creo que lo consigue de alguien. No sé qué va a hacer con ese tipo, pero yo recomendaría precaución.

—¿A qué se refiere?

—¿Es suyo ese «Porsche» que está afuera?

Se trataba de una pregunta trivial. Demasiado trivial.

Stuart se echó a reír.

—¡Vaya cosa! Allá, en Londres, me paso la mayor parte de mi tiempo libre debajo de un «Aston Martín» de 1963.

El joven pareció volver a la vida.

—¡Un «DB4»! ¡Qué suerte...! En Washington, he conseguido un «Sunbeam Tiger», al que han acoplado un motor V8 americano, aunque uno de los cojinetes me está causando problemas... En este momento se encuentra desmontado por completo... Ésa fue una de las razones de que maldijera que me trasladasen aquí, a la costa. Tendría que ver mi garaje..., con piezas del motor por todas partes. Si mi mujer entra allí y pasa por encima de uno de esos baldes en que estoy limpiando las válvulas...

Puso una cara apropiada para indicar la aflicción que ello le causaría.

—¿Así que no es suyo ese «Porsche»?

—¿A qué maldito «Porsche» se refiere?

—Lo vi en el aeropuerto cuando llegué. Estaba estacionado en el aparcamiento del hotel. Y ayer lo vi avanzar despacio por Sunset Boulevard cuando hablaba con nuestro amigote Breslow...

Boyd Stuart se levantó y se aproximó a la ventana.

—¿Dónde está ahora?

—En un aparcamiento al otro lado de la calle, junto a Pioneer Chicken. Stuart miró a través de los cristales oscurecidos, que le habían dicho que constituía una forma de disminuir el consumo del aire acondicionado. También guardaba la intimidad de la oficina respecto de los viandantes. Al otro lado de la calle, vio la parte trasera de un «Porsche» negro, colocado detrás de una camioneta «Chevrolet». Sentado en el interior del «Porsche», se encontraba Willi Kleiber, y al volante Rocky Paz, un guardaespaldas local que se había convertido en vendedor de coches. Pero, aunque Stuart les hubiera visto las caras, eso no significaría nada para él, puesto que no conocía a ninguno de aquellos dos hombres.

—Un «Porsche» —dijo en tono dubitativo—. No es algo que pueda pasar inadvertido, ¿verdad?

—En esta ciudad, sí. Mire usted mismo; las calles están llenas de ellos, especialmente de «Porsches» negros...

—En ese caso, tal vez se ha preocupado por nada —respondió Stuart—. ¿Cómo puede estar seguro de que es el mismo que vio? ¿Le ha comprobado la matrícula?

—Es una placa de Illinois. Y tiene un foco que se maneja a mano, montado detrás del parabrisas... Es un «Porsche 928», de 1978. Se trata del mismo coche.

—¿En el aeropuerto dijo usted?

—Cuando bajé del avión de Washington. Había un millón de probabilidades contra una de que me fijara en él, pero siempre me atraen los coches de este tipo.

—¿Y siempre lo conducía el mismo hombre?

—Me temo que no pude ver quién estaba dentro. Pensé que era uno de los suyos, si he de decirle la verdad...

—¿Ha traído usted ese «Datsun» verde que está en el bordillo?

—Es de «Hertz», alquilado en el aeropuerto.

—Concédame tres o cuatro minutos para que prepare el coche. Luego súbase al «Datsun» y dé la vuelta por Palos Verdes Drive. ¿Sabe qué quiero decir? Échele un vistazo. ¿Hará esto por mí?

—Claro que sí... ¿Lo dice en serio?

—Y continúe hasta que encontremos un buen trecho de carretera solitario, sin estaciones de servicio o «McDonald's». Conseguiremos que nos den una explicación.

—Confíe en mí —respondió el joven, galvanizado por un recién descubierto entusiasmo.

—Y cierre la puerta al salir...

Boyd Stuart abrió la puerta de un ajado aparador, que contenía dos escobas y algunas guías telefónicas, y trasteó en los colgadores para sacar su chaqueta. Se la puso y dijo:

—Espere un momento, por favor. Lo haremos de otra manera. ¿Por qué no toma mi coche? Es un «BMW» blanco, con cristales teñidos de oscuro.

—¿No tiene grabado un arco iris o un faro destellante encima? —inquirió sarcásticamente el joven.

—Yo me llevaré su «Datsun». ¿De acuerdo?

El visitante sacó las llaves del coche del bolsillo y se las tendió.

—Recuerde que es un coche de alquiler. No me lo abolle...

—Está bien —replicó Stuart, al mismo tiempo que le entregaba las llaves de su «BMW».

En aquel momento, Stuart había comenzado a tener unas segundas intenciones respecto de aquella caza, pero ya no era socialmente posible explicarle tales pensamientos.

—Si me pierde, telefonéeme esta noche al apartamento...

Miró el reloj.

—A eso de las diez y media...

—No le perderé —replicó el visitante—. He hecho los *rally* suficientes como para no perder de vista a un «Datsun» llevando un «BMW». Pero no puedo garantizarle no perder de vista al «Porsche» si va a la velocidad que puede alcanzar...

Aquel día en Los Angeles hacía unos 38° C de temperatura. El cálido viento de Santa Ana traía el acre olor del desierto y resultaba insoportable permanecer en la ciudad. Por encima, el firmamento era blanco y tétrico. Stuart se apresuró a introducir la llave del contacto en el «Datsun» y lo puso en marcha. Observó cómo su «BMW» aparecía en el campo de visión; lanzó una mirada al retrovisor a tiempo de observar al conductor del «Porsche» negro que arrojó los restos de su pollo a la papelera, junto con una cascada de patatas fritas y una masa de ensalada de col. La teñida ventanilla se cerró con un ronroneo y el coche tembló entre una neblina azulada, al ponerse en marcha el motor con un profundo rugido. Para cuando Stuart consiguió empezar a mover el «Datsun», el «Porsche» se abría ya paso en el aparcamiento del «Pioneer Chicken». Siguió a ambos coches a través del Venice Boulevard.

El tráfico de la autopista de San Diego era escaso y rápido en la dirección sur de la carretera elevada. Emparejó su velocidad a la de los otros coches y camiones, y comprobó que el «Porsche» negro y su «BMW» circulaban por el primer carril. Siguió delante de ellos y se colocó de forma que pudiera observarle por el retrovisor. Luego, el «Porsche» aceleró de repente y el jovencito de la Embajada comenzó a darle caza. Aquello constituía una auténtica locura.

En algún lugar del complejo de salidas de la autopista Marina, Stuart perdió desvista a los otros dos coches. En un momento, fueron claramente visibles detrás de un gran camión de reparto. Luego el gran vehículo articulado cambió carril para encontrar la salida hacia el sur, que lo llevaría a Marina del Rey. Cerró toda la visión posterior como si se tratase de un telón en un teatro al final de la representación. Una vez el camión hubo pasado por

el retrovisor, volvió a reaparecer la autopista, pero esta vez vacía. ¡Maldita sea! Habían salido de la autopista. Pasó más de un kilómetro antes de que apareciese de nuevo el cartel de otra salida. Le pareció un centenar de kilómetros. Stuart metió el coche por el carril de marcha lenta y descendió por la rampa de Centinela Boulevard. La carretera no tenía salida por un lado. Stuart dio la vuelta por la calle y por la acera, una vez pasó ante una furiosa dama con un «Buick», y dio una ilegal vuelta en U, casi rozando la señal que prohibía girar en aquel lugar. Regresó a la autopista con el motor rugiendo y casi en el límite de revoluciones. Sólo entonces se dio cuenta de que no había en aquel sitio entrada en la autopista, por lo que cambió de carril para efectuar un giro a la izquierda. Pasó el semáforo en ámbar, hizo que un camión con toldo le encendiese las luces de destello, al mismo tiempo que le faltó muy poco en alcanzar a un motorista. Stuart maldijo de nuevo. Para conseguir tomar la dirección norte de la autopista, tuvo que conducir durante una manzana hasta encontrar la rampa siguiente.

Aquel lado de la autopista estaba atestado con los automovilistas habituales que habían salido temprano para regresar con sus familias en el valle. Stuart se esforzó entre el pesado tráfico, y de vez en cuando redujo la velocidad al mínimo. No se veía la menor señal de los otros dos coches, por lo que, por último, abandonó la autopista y regresó a Marina del Rey. Su Departamento le había preparado como residencia el *Hare Krishna II*, un crucero con camarotes de doce metros, amarrado cerca del edificio del «California Club», que contaba con luz eléctrica, teléfono y antena de televisión.

Colocó el aire acondicionado en el punto de mayor frío, se quitó la ropa, se sirvió un whisky de malta y bebió un trago antes de ponerse debajo de la ducha. Había sido un día frustrante y se encontraba obstaculizado en cada instante por tener que trabajar en una ciudad con la que sólo se hallaba superficialmente familiarizado, y donde carecía casi por completo de los contactos que precisaba. Se enfundó en un holgado albornoz y miró la hora. En aquel momento sería medianoche en Inglaterra; abandonó la idea de telefonar a Kitty. Enchufó el televisor y se entretuvo contemplando unos concursos, después dibujos animados de «Bugs Bunny» y una película en blanco y negro sobre la Revolución francesa. Se preparó unas tostadas con jamón, abrió una lata de frutos secos variados y siguió viendo la tele. La embarcación se movió con fuerza cuando un gran queche abandonó su amarradero.

Eran las nueve y media cuando sonó el teléfono. Una voz muy educada preguntó si hablaban con Mr. Boyd Stuart.

—Rampart División, Departamento de Policía de Los Angeles, sargento Hernández. Investigación de accidentes de tráfico.

—¿Qué ocurre?

—¿Ha alquilado usted un «BMW», en «Citisenta Rentcar»?

—Eso es... ¿Dónde está?

—Ahora mismo lo han subido a la trasera de un volquete, Mr. Stuart. ¿Cuándo lo perdió?

Pensó a toda velocidad, tratando de decidir si debía confirmar que su coche le había sido robado.

—¿Está aún ahí, Mr. Stuart? —inquirió el sargento de la Policía.

—¿Ha resultado herido el ladrón?

—Naturalmente que sí, señor. El depósito de gasolina estalló produciendo una bola de fuego que chamuscó tres carriles de la autopista de Harbor. Lo siento, pero no ha quedado nada que permita identificarle.

—¿Ha estado implicado otro coche en este accidente?

—No, señor. Hemos supuesto que el coche era robado. La compañía de alquiler de coches tiene ya noticia del accidente —de este modo es como hemos conseguido su número de teléfono—, pero tendrá que pasarse mañana por la comisaría para cumplir ciertos formulismos. Pregunte por AI, investigaciones complementarias. ¿Le irá bien a mediodía?

—Le veré a mediodía, sargento Hernández.

Stuart buscó la agenda que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. En la página de direcciones había un número de teléfono garrapateado al margen. Le habían dicho que lo usara sólo en caso de emergencia. Marcó el número y oyó a un contestador automático que le dijo que el doctor Cutiss estaba ausente en aquel momento, pero que, si el que llamaba deseaba dejar su nombre y dirección y número de teléfono, ya le telefonarían. Si el que llamaba tenía dolores, la voz registrada añadió que enviarían rápidamente un osteópata de urgencia.

—Tengo dolores —respondió Stuart, y dio la dirección del sur de Pasadena, que Londres le había aconsejado que facilitase en una situación parecida.

Se sentó con la luz encendida y la cortina descorrida. Veía las luces del puerto reflejadas en el agua y los ensombrecidos contornos de innumerables

embarcaciones. «Un traumatólogo resultaba una buena cobertura para un oficial encargado», pensó. No resultaba demasiado difícil conseguir una licencia, y le sería fácil dirigirse a todas partes en cualquier momento del día o de la noche.

El osteópata llegó a medianoche. Stuart le oyó pisar la plancha. Se trataba del hombre al que Londres había confiado la misión de controlarle. Algunos agentes operacionales ejercían sus funciones durante años y nunca llegaban a conocer al que los supervisaba. Stuart le estudió con interés. El hombre representaba sus buenos cuarenta años, con pelo corto y ojos cansados, que, de vez en cuando, se frotaba con la palma de la mano. Llevaba unos pantalones ligeros de algodón azules, una camisa de cuello abierto y una chaqueta azul oscuro de cachemira. Traía consigo una cartera de piel de color negro, que dejó dentro de la puerta principal.

—Cerraremos las cortinas si no le importa —dijo el hombre.

Atravesó el camarote y las cerró sin esperar una respuesta.

—El dolor... —dijo Stuart.

—No se preocupe más por todas esas mierdas que le han contado en Londres que dijera —repuso el hombre—. Sírvame un escocés con agua y cuénteme por qué me han dejado a mitad de mi partida de ajedrez...

Stuart le sirvió el whisky y le observó mientras se ponía bastante agua. Luego, el hombre encendió el televisor y lo conectó en el canal japonés.

—Siéntese cerca y hable bajo —le aconsejó el hombre.

—¿No registra el barco en busca de mecanismos electrónicos? —le preguntó Stuart.

—Claro que lo hemos hecho; ¿para qué íbamos a arriesgarnos?

Bebió un poco de su bebida.

—¿Es usted jugador de ajedrez?

—No demasiado —respondió Stuart.

—Nosotros jugamos por dinero y tenía una buena noche... —Torció el gesto—. No importa, cuénteme la historia.

Stuart se dedicó con cuidado a todo el asunto. Y, al final, el hombre no reaccionó durante bastante tiempo. Se quedó mirando la pequeña pantalla del televisor, como si disfrutase con el concurso de cantantes japoneses que actuaban allí.

—La salida de la autopista por Centinela Boulevard —comentó al fin—. Es la única en que puedo pensar de toda la ciudad que no tiene rampa de entrada por el otro lado.

—Allí fue donde los perdí —explicó Stuart.

—Tal vez la eligiesen por este motivo. Sería una buena forma de hacerlo. Colocarse en el carril de marcha rápida durante todo el tiempo..., cruzar de repente los carriles hacia la salida, y dejarle a usted adelante sin otra alternativa que tomar la rampa de Centinela y encontrarse en pleno atasco del tráfico callejero... ¡Qué lastima que no pudiera echar un vistazo al hombre del «Porsche»...!

—¿Se refiere a que fue un asesinato premeditado?

El oficial encargado no le respondió.

Se limitó a decir:

—Los «polis» de investigación de accidentes tienen un procedimiento de rutina denominado Implicaciones AI. No deseo que se vea implicado en todo esto. Cuando hable con el sargento Hernández, deje bien sentado que no tiene nada que ver con el asunto.

—Está bien...

—Deme las llaves del «Datsun» de aquel chico. Yo me ocuparé de él. Le proporcionaré otro coche y le dejaré las llaves en el buzón antes de mediodía. Olvídese de que ha visto a ese muchacho de la Embajada de Washington. Dígale a la «poli» que había dejado el coche en el aparcamiento del embarcadero, con las llaves de contacto puestas. Mucha gente hace una cosa así y los «polis» no discutirán al respecto. ¿Había otras llaves en el llavero? —le preguntó preocupado de pronto.

Los cantantes japoneses se estaban haciendo cada vez más ruidosos.

—Pondré otra emisora.

—Déjelo —respondió el oficial encargado—. ¿Había otras llaves?

—Sólo las llaves de la agencia de alquiler de coches.

—¿Está seguro?

—Sí, lo estoy —respondió Stuart rotundamente.

—Está bien; por lo menos, ha hecho algo bien —repuso el oficial con un suspiro.

Stuart se lo permitió. Un hombre al que arrancaban de un juego en el que estaba ganando se merecía cierta indulgencia.

—Vaya a cenar mañana con Breslow. No mencione la pérdida de su coche, a menos que él lo plantee. Hágase el inocente. Diga que el chico de la Embajada le telefoneó para ponerle al corriente.

—Tal vez Breslow haya echado una mano en ese asesinato —comentó Stuart, irritado por los modales indiferentes de aquel hombre.

—Así que no es usted sólo un hombre agraciado —dijo el oficial con burlona admiración.

Alcanzó su cartera profesional de cuero y la abrió, tras lo cual mostró un montón de documentos y una caja de cartón. Abrió la caja antes de dársela a Stuart.

—He traído esto para usted —le explicó.

Se trataba de un revólver nuevo del 38, pavonado y que aún se encontraba envuelto en papel encerado.

—Supongo que sabrá cómo se usa...

—¿Apuntar y apretar el gatillo?

Meneó la cabeza y buscó municiones en su bolsillo.

—No. Tendrá que cargarlo primero.

Cogió el arma, la abrió e hizo funcionar el tambor.

—Ya le cogerá el truco. Regreso a mi partida.

Se puso en pie y se tomó lo que le quedaba de su bebida.

—Buena suerte —le deseó Stuart.

El oficial encargado sonrió por primera vez.

—Lo mismo le digo, compañero —comentó—. ¿Se da cuenta de que los tipos que se ocuparon del «BMW» blanco se creían que iba usted dentro?

—No soy sólo un joven con cara bien parecida —respondió Stuart.

—No compre una funda para el revólver. Llévelo en la cintura. Resulta muy difícil manejar una pistolera en caso de apuro, y no creo que pueda estar cerca de usted para echarle una mano...

—¿Apago ya el concurso de cantantes japoneses? —preguntó Stuart.

—¿Puede hacerlo usted solo? —replicó el oficial mientras se dirigía a la plancha del barco.

Stuart recordó a aquel joven amable y a su desmontado coche deportivo, que nunca podría volver a montar de nuevo, y sólo con cierta dificultad resistió la tentación de emborracharse hasta perder el sentido. El mezclar a un inexperto en el papel operacional era considerado un poco imperdonable, y aquel joven había sido muy «diplomático».

Stuart sabía que aquello quedaría registrado en su expediente personal con letras de fuego.

11

En el lado de Ventura en la frontera del Condado, encajado entre las montañas y la autopista, Westlake es una «comunidad planificada», amoldada con gusto al paisaje, alrededor de un lago hecho por la mano del hombre. Está repleto de innumerables piscinas y *jacuzzis*, pistas de tenis y establos, y hay allí un club de campo donde, desde los amplios ventanales del restaurante, los socios, refrescados por el baño en la piscina, pueden mirar por encima de sus cócteles y anticipar con satisfacción la consecución de la segunda partida de golf de dieciocho agujeros.

Max Breslow abandonó la autopista de Ventura en la intersección de Westlake. Giró por el amplio aparcamiento del centro comercial, pasó ante la oficina del corredor de fincas, la heladería de Swensen, la casa de material fotográfico de Joe y ante las peluquerías. Observó la presencia del «Chevette» amarillo de su esposa, con una pegatina en el parachoques que decía «Lo bonito es lo pequeño», y aparcado frente al supermercado, y dejó su «Mercedes 450 SEL» delante de «Wally's Delicatessen».

—Buenas tardes, Mr. Breslow —le saludó el gerente.

—Buenas tardes, Wally —respondió, aceptando la ficción generalizada de que el gerente era el propietario.

—Su pedido ya está listo. ¿Puedo servirle una bebida mientras terminan de empaquetarlo?

—Lo acostumbrado, Wally.

—Un «Bloody Mary», con las correspondientes guarniciones, señor.

Max Breslow observó con aprobación que el gerente había preparado ya una lata fría de jugo de tomate para él, puesto que la bebida fue servida casi tan de prisa como la había pedido. Sorbió un poco mientras el gerente aguardaba su reacción.

—Excelente —afirmó Breslow.

El gerente sonrió y se alejó para hacerse cargo del arenque y del jamón westfaliano que le habían pedido por teléfono. Breslow se percató que había sido manipulado al aceptar la bebida. Probablemente, los alimentos aún no

estaban preparados, pero aquello no le preocupó lo más mínimo. Le hacía siempre feliz que los hombres —y también las mujeres— encontrasen fácil el manipularle, puesto que de este modo podía leer sus motivaciones con mayor facilidad y conseguir para él mismo el dominio final sobre toda la situación. Aquélla era la relación que había mantenido con Charles Stein. Si aquel tipo se había creído que estaba explotando a Max Breslow, pues santo y bueno... Max no había tenido intenciones de privar a Stein de semejante satisfacción. Incluso años después, mucho después de que se conviniese aquel delicado asunto, Max Breslow permitiría a Stein jactarse y fanfarronear acerca de las Actas de Hitler, si es que quería hacerlo así. Max sería feliz yéndose a la tumba con su participación de los secretos. Pero Kleiber era diferente. Breslow tenía la incómoda sensación de que, en esta ocasión, era Kleiber quien había conseguido el control.

—Hola, querido...

Max alzó la mirada y sonrió. Su esposa se había cambiado el estilo de peinado y él sabía que era importante que hiciese un comentario al respecto.

—Tienes un aspecto maravilloso, querida —le alabó.

La chaqueta italiana de seda y la falda haciendo juego constituían un modelo exportado sólo a Estados Unidos. Las tardes que pasaba en el salón de belleza, el leve teñido de su pelo, el rojo de labios y la sombra de ojos aplicado de forma profesional, el brillante pañuelo al cuello, todo ello la proporcionaban aquella apariencia saludable que hacía tan atractivas a las mujeres de California y que le conferían a ella una apariencia mucho más joven que su auténtica edad.

Y Marie-Louise se había adaptado a aquella parte del mundo con tanto celo que aún sorprendía a su marido; asistía a clases de arreglo japonés de flores y de cocina mexicana baja en calorías y ponía siempre música de guitarra en el alta fidelidad cuorafónico. Y, sin embargo, a pesar del tiempo que llevaba en Estados Unidos, Marie-Louise no había sido capaz de eliminar de su dicción las huellas de su acento berlinés. Max Breslow alejó todo esto de su mente y dio a su esposa un beso decoroso que no estropease su maquillaje. Pensó, resignadamente, que diría «querrido» durante el resto de la vida de él y, probablemente, también durante el resto de la vida de ella.

—¿Te has olvidado que tenemos invitados a cenar? —le recordó a su marido.

—No lo he olvidado —respondió.

Había estado pensando en aquel hombre llamado Boyd Stuart mientras conducía de vuelta a su casa a través del cañón. Willi Kleiber, que conocía

mucho acerca de tales cosas, suponía que Stuart debía ser agente del Servicio Secreto británico. «Podría ser una noche interesante», pensó Breslow. La organización de Stuart era algo a lo que Max Breslow tenía en gran estima.

Marie se sentó al lado de su marido, pero no tomó nada. Aún estaba tratando de perder otros tres kilos. Resultaba absurdo que tuviera que esperar por él, dado que debían llegar a su casa en coches diferentes, pero prefería hacerlo así. El gerente trajo el jamón y los arenques envueltos en un pesado papel a prueba de humedad, y que llevaban el nombre de «Wally's Deli» y una tarjeta que decía: *Sentimos que no pueda reunirse con nosotros, pero llame pronto, por favor. WALLY.*

Max jugueteó con los paquetes. Le complacía que su mujer le hubiese pedido que consiguiera aquellos artículos. Le hubiese preocupado menos si una vez comenzada la comida hubieran aparecido *vichyssoise* seguido de *quenelles*, puré de verduras y una crema bávara. Y su mujer no era la única obsesionada con aquellas nuevas máquinas de tratar los alimentos. En la actualidad, cualquier cena de fiesta a la que asistiesen servía una especie de comida para niños pasada por las máquinas. Max lo detestaba.

—¿Escribirás el nombre en las tarjetas, Max querido? Siempre deletreo mal los apellidos...

—¿Y a qué clase de negocios se dedica, Mr. Stuart?

Boyd Stuart se hallaba sentado cerca de su anfitrión, pero Max Breslow interrumpió una conversación acerca de escasez de gasolina para responder desde el otro extremo de la mesa.

—Mr. Stuart está considerando el emplear parte del dinero de su compañía en una película que estoy haciendo.

Se produjo un silencio, y luego Marie Breslow ofreció una segunda ronda de su *mousse* de limón a todo alrededor de la mesa. La respuesta de Max Breslow fue una fija sonrisa de desaprobación. A veces, se preguntaba si su mujer disfrutaba provocándole.

—Mr. Stein estuvo hace poco allí —anunció Max Breslow de repente, entre el silencio.

Hizo un ademán hacia donde Charles Stein se hallaba ladeando un gran tazón de cristal tallado, y rebañando lo último que le quedaba.

—¿Dónde estuvo? —preguntó el hombre barbudo sentado enfrente de Stuart.

Era un psiquiatra que vivía —junto con su mujer, que enseñaba el arte de relajarse a los delincuentes del este de Los Ángeles— en una casa en la ciudad, con pisos contruidos en desnivel, casi puerta con puerta de los Breslow.

—Merkers, Turingia..., un lugar de Alemania. Estoy haciendo una película al respecto.

—¡Oh, ese sitio! —dijo el hombre barbudo—. ¿Me consideraría descortés si me sirvo un poco más de ese vino alemán? Debe de ser usted la última persona de Westlake que luche contra los claretos californianos.

Max Breslow sonrió, pero no hizo ninguna clase de comentario.

En aquel momento intervino Stuart:

—Me interesa oír que ha estado usted en Merkers, Mr. Stein. ¿Fue también a la mina?

—El lugar donde fue encontrado el tesoro —explicó Mrs. Breslow a la mujer del psiquiatra.

—No puedo decir que lo hiciera —repuso Stein—. Fue una lástima. Me hubiera gustado meter mano en todo aquello que encontraron allí.

Charles Stein era demasiado fornido para aquellas delicadas sillitas del comedor, incluso demasiado grande para aquella estancia, con su frágil aparador antiguo y las diminutas mesas auxiliares. Estaba sentado con el estómago descansando contra el filo de la mesa, habiendo terminado una segunda ración de *mousse* de limón, tras haber vaciado los últimos restos de salsa de su plato. Ahora había dirigido la atención a la cesta de panecillos morenos y biscuits que acompañaba la bandeja de los quesos. Seleccionó una rebanada de pan integral y lo untó de mantequilla antes de empezar a mordisquearlo por una punta.

—Mr. Stein era amigo del hombre que escribió originariamente esta historia —explicó Max Breslow—. Constituiría una ayuda valiosísima para el guionista.

—*Chuck* —dijo Stein—. Todos me llaman *Chuck*.

Se balanceó sobre las patas traseras de la silla de comedor antigua. Mrs. Breslow le observó con la boca abierta por el terror.

—¿Estuvo allí? —insistió Stuart.

—Estaba con el oficial de Intendencia de un batallón motorizado —respondió Stein.

Inclinándose hacia delante con su cuchillo preparado, se cortó un trozo de queso Camembert y se lo llevó hasta la boca.

—Nuestros muchachos sacaron parte de esos materiales de la mina...

Sus palabras quedaron distorsionadas por el queso que tenía en la boca.

—¿Ha sido usted capaz de entrar en contacto con mucha gente de la que estuvo allí? —preguntó Stuart a Max Breslow.

—No quedaron demasiados —respondió Breslow—. Ha pasado ya mucho tiempo y los hombres han muerto, están enfermos y se han olvidado o desean olvidar.

—¿Hace mucho tiempo? —preguntó Stuart.

—La mayoría de los soldados implicados se encontraban en los últimos lugares del escalafón —explicó Stein, forcejeando por cortar la costra del «Stilton»—. Las tropas combatientes eran muy jóvenes y en óptimas condiciones físicas, pero el promedio de edad de los hombres de las unidades de apoyo era muy superior, y también teníamos con nosotros a los rechazados físicamente.

—Según lo que he oído —continuó Stuart—, no había tan sólo oro en la mina. Se encontraban también allí cuadros, libros raros y asimismo documentos secretos.

Stein se llevó a la boca los restos del queso y del pan integral, para así poder empujar con ambas manos el florero con flores cuidadosamente dispuestas. Ahora, Stuart tenía una visión mejor del hombre gordo. Poseía la clase de constitución física con la que no puede hacer nada un sastre. Su traje de lino blanco aparecía ya muy arrugado y tenía algunas manchas de salsa en las solapas.

—Libros raros —prosiguió Stein, asintiendo—. Material raro del Ejército alemán, archivos de los secretos gubernamentales... Cosas nazis y documentos personales referentes al propio Hitler.

—¿Cómo lo sabe?

—Manejé algunos de ellos y vi las hojas de inventario. Era el ordenanza de la compañía. Emplearon la multicopista de nuestra compañía para sacar duplicados de los archivos. Uno de los sargentos, un hombre llamado Vanelli, se hizo una copia extra y se la guardó como recuerdo.

—Eso suena interesante —intervino Stuart—. ¿Ha seguido en contacto con Vanelli?

—Sé dónde está —replicó Stein, mirándole directamente a los ojos.

—Me gustaría conocerle —declaró Stuart.

—No tengo la menor duda que eso podrá arreglarse...

—Basta ya de hablar de películas —se interpuso Mrs. Breslow, trayendo una gran cafetera—. Podríamos sentarnos en los sillones, son más cómodos, ¿no les parece?

Una vez más, observó que Stein se echaba hacia atrás en una de aquellas frágiles sillas.

—Les diré una cosa —siguió Stein, sin quitar la vista de los ojos de Stuart —; había en aquella mina material suficiente para destruir, de la noche a la mañana, la reputación de Winston Churchill.

Su voz resultó estridente y resonó de una manera muy poco natural en aquella pequeña estancia.

El psiquiatra barbudo se volvió para que su oído bueno, en vez del ligeramente defectuoso, se dirigiese hacia Stein, e incluso hizo pantalla con la mano para escuchar mejor.

—¿Qué es eso acerca de Winston Churchill? —preguntó con gran interés.

—Rumores, Charles, rumores —contestó Max Breslow a Stein con estudiada calma.

Alargó a Stein una panzuda copa y luego quitó el tapón de una garrafitita de coñac. Stein le miró mientras le servía la bebida.

—Tal vez sean rumores —convino Stein, con lentitud y gruñendo como si fuese un chiquillo terco.

—Vamos a sentarnos al salón —le invitó Max Breslow con una cálida voz, que expresaba su placer ante la réplica de Stein.

Todos los de la mesa se pusieron de pie. La mujer del psiquiatra fue la primera en entrar en el amplio salón que tenía vistas sobre el lago artificial. En el muelle de cada casa, estaba atado un pequeño barquito, que zumbaba silenciosamente mientras cargaba sus baterías en la línea de tendido eléctrico. Para que no se contaminase el agua, no se permitían motores de combustión interna. En el extremo más alejado del lago, los residentes e invitados de otras casas hacían ademanes y gestos dentro de aquellas cajas planas y de cristal, iluminadas de amarillo, como si se tratase de una docena de dramas de mansiones de muñecas reflejados en el agua oscura.

La mujer del psiquiatra abrió mucho los brazos y dio una rápida vuelta sobre sí misma, lo suficientemente de prisa para que flotara su vestido largo de seda de «Pucci».

—Ha sido una cena divina, Marie-Louise...

Era una de las pocas personas, aparte de Max, que la llamaban Marie-Louise.

—¿Ha probado alguna vez un *poulet au champagne* tan delicioso, Mr. Stein?

—No —respondió Stein—. Nunca lo he hecho.

—Es usted muy amable —replicó Mrs. Breslow.

No podía decir en qué medida su vecina estaba tratando de demostrar sus habilidades psicológicas, pero le quedó agradecida por su ayuda, al suavizar lo que se había convertido en una embarazosa escena entre Mr. Stein y el joven inglés. Mrs. Breslow comenzó a servir el café en unas diminutas tazas de Limoges.

—Pruebe también algunos de estos bombones —le apremió a Stein con el tono en que conspiran los rompedores de dietas—. Están rellenos de cerezas al coñac, y proceden de una pequeña tienda de Munich. Max solía comprármelas antes de que nos casáramos.

Stein se llevó uno a la boca, lo aplastó entre los dientes, probó el dulzón licor del relleno, y ya alargaba la mano en busca de otro, antes de tragarse el primero.

—¿Dónde los compra?

—El socio de Max se los trae directamente de Munich —explicó Mrs. Breslow.

—Nunca me ha contado nada de su socio de Munich —comentó Stein. Le sonrió—. Pero esas cerezas recubiertas de chocolate son algo estupendo, Mrs. Breslow. Realmente estupendas...

Alzó la tapa de la caja por encima de la cabeza, para no tener que torcer el cuello al leer la etiqueta.

—Sí, señor...

Se sirvió otro, antes de volver a poner la caja encima de la mesa.

—¿Ha oído esa historia de que están buscando a Hitler en Sao Paulo? —preguntó Stein de repente, con la boca aún llena de chocolate y guindas.

Todo el mundo se volvió para mirarle.

—Le piden que vuelva y que gobierne de nuevo en Alemania. Pero no, él dice que no quiere ir. Por tanto, tratan de persuadirle. Recurren a gente de relaciones públicas y a hombres de esa clase de agencias. Le ofrecen dinero y todo lo que desee.

Stein echó una mirada circular para comprobar si todo el mundo le estaba escuchando. Así era.

—Hitler dice que se encuentra muy a gusto en Sao Paulo. Que tiene la hipoteca casi pagada, un hijo ya grande y una hija casada, que tuvo con su segunda esposa. Que no quiere, de ninguna manera, volver a Alemania. Pero, al fin, accede. Pero antes de ser de nuevo el dictador de Alemania insiste en tina cosa...

Stein levantó un dedo en el aire, a imitación de Hitler, y luego vociferó:

—¡No quiero ser más señor Buena Persona!

Stein se echó a reír para mostrar que allí radicaba la gracia del chiste.

Stuart ya había escuchado antes el chascarrillo, pero de todos modos se rió. De algún modo, Stein había conseguido imbuir a aquella pequeña historia de todo el *pathos* de su alma judía. Cuando contaba aquel chiste, resultaba una cosa ultrajante y divertida. Se rió muy fuerte y Stuart se unió a él. Pero nadie más rió.

—Tengo un millón de cosas de este tipo —explicó Stein.

La fiesta se terminó a eso de las once de la noche: el psiquiatra tenía citado muy temprano a un paciente, y su esposa había alquilado la pista de tenis para las siete y media.

—Todo el mundo desea lo mismo —explicó la mujer.

Boyd Stuart estaba dispuesto a irse cuando sintió la pesada mano de Charles Stein en el hombro.

—Quédese a tomar otra taza de café y una copa de alguna cosa más —le dijo Breslow—. Querida, tenemos algunos negocios de qué tratar —le explicó a su mujer.

—Sólo bostezaría o diría algo tonto —le contó la mujer a Stuart—. Si me excusa, me iré directamente a la cama.

—Naturalmente, Mrs. Breslow. Gracias por su maravillosa cena y una velada agradable de verdad...

—Pon en marcha el lavavajillas antes de irte a la cama, querido —le indicó a su marido.

Max Breslow le dio a su esposa un beso superficial, antes de abrir una puerta del aparador antiguo para sacar su mejor coñac.

—Charles tiene algo que desea mostrarnos —dijo por encima de su hombro.

Stein se dirigió al ropero que se encontraba en la puerta principal y regresó esforzándose bajo el peso de un cartón rectangular. Desanudó la cuerda con elaborada precisión y sacó de la envoltura de cartón un recipiente metálico muy antiguo. Tales cajas resistentes al fuego habían sido empleadas por el Ejército alemán para guardar la documentación transportada por el personal del regimiento, o a nivel de grupos de combate. Ésta se encontraba algo mellada en las esquinas, pero en la antigua pintura de color verde aún podía distinguirse una combinación de seis números y letras, así como instrucciones acerca de cómo cerrar la tapa a prueba del fuego. En la parte exterior, aún se veían los rasgos de unas grandes letras, que debían de haber sido BBO, y aún se veía un trozo de metal que brillaba como si alguien hubiese tratado de forma deliberada de borrarlas.

—¿Lee usted el alemán, Mr. Stuart?

—Bastante bien —replicó Stuart.

Breslow asintió e intercambió una significativa mirada con Stein. Los británicos no habrían sido tan locos como para mandar a un hombre que no pudiera leer el alemán con fluidez.

—¿Has oído hablar del doctor Morell? —preguntó Stein—. ¿El doctor Theodor Morell?

—¿El médico personal de Hitler?

—Eso es —replicó Stein, como un maestro aprobaría la desacostumbradamente brillante respuesta de un alumno atrasado.

Comenzó a quitar de la capa metálica las carpetas de cartulina que contenían diversas clases de documentos.

—No sólo era el médico personal de Hitler, sino un hombre del que Hitler dependía por completo, que iba a todas partes con él y que tenía mayor influencia sobre él que Martín Bormann. Hitler le contaba a todo el mundo que el doctor Morell le había salvado la vida una y otra vez.

Stein tamborileó sobre el montón de papeles.

—¡Aquí están los archivos médicos del doctor Morell de su paciente Adolf Hitler!

Boyd Stuart cogió el pliego que estaba encima. Los papeles olían a humedad y a rancio. No se encontraban en orden cronológico. Aquel expediente, en particular, estaba fechado en enero de 1943. En la esquina superior alguien, tal vez el mismo Morell, había garrapateado a lápiz: «El gran desastre de Stalingrado». Se podían leer una serie de prescripciones médicas e inyecciones, comenzando con antidepresivos y sedantes. Existía otra nota acerca del primer empleo de prostacrino —elaborado a base de vesículas seminales y glándulas prostáticas—, y una página extra, añadida algunos días después, explicando que, a partir de aquella fecha, deberían suministrar al paciente aquel fármaco a días alternos, hasta el final de sus días. Había una copia al papel carbón de una larga carta del doctor Morell al sastre de Hitler, explicándole que el Führer ya no podía soportar la luz viva. Notas y un dibujo, sujetos a la página por medio de un clip que se había oxidado y mordido profundamente en la hoja, mostraba cómo las viseras de las gorras de Hitler debían ser, desde entonces en adelante, confeccionadas más grandes.

Stein observó el rostro de Boyd Stuart mientras hojeaba el expediente médico.

—Lo encuentra interesante, ¿eh?

Nerviosamente, Stein alargó la mano para tomar otra cereza al coñac con cobertura de chocolate, y se la llevó a la boca.

—¿Dónde comienza? —preguntó Stuart, dando la vuelta a los pesados expedientes colocados encima de la baja mesita de café ante la que se sentaban los tres hombres.

—Aquí —explicó Max Breslow.

Quitó las tazas de café y una bandeja para hacer más sitio.

—Pero Hitler sólo aparece al final.

El expediente que había seleccionado era el más delgado, y muy diferente a las cubiertas de los expedientes de la Cancillería. En un tiempo de color rojo, se había ido descoloriendo paulatinamente hasta acabar en un color rosado. Mostraba el nombre del doctor Morell y el de una elegante dirección de Berlín en la cubierta, en una elegante letra de imprenta. El contenido era muy variado: papel de escribir muy fuerte con encabezamientos impresos. Incluso las cartulinas de archivo estaban marcadas con el nombre de Morell y la dirección de la Kurfürstendamm, aunque algunos de los pacientes sólo figuraban indicados por sus iniciales. Aquello era una precaución particularmente importante en la práctica médica especializada en el tratamiento de enfermedades venéreas, y que atendía a algunas de las más importantes y acaudaladas personalidades. Aquí se encontraban nobles berlineses e industriales y estrellas, tanto de los escenarios como de los platós de Berlín.

—Hoffmann —dijo Stein, señalando una hoja—. Fotógrafo personal de Hitler y su amigo íntimo.

Cogió un viejo sobre de papel manila y sacó de él un diario de caja. Le habían empleado como libro de citas de un médico. Estaba fechado en 1936.

—Es cuando el doctor Morell conoció a Hitler —explicó Stein—. Hoffmann estaba enfermo... H. H. son las iniciales de Hoffmann. Mire esto: M. F. es Mein Führer...

Morell había escrito: «Conozco a M. F. en casa de Hoffmann, en Munich». Y una palabra o dos después: «M F. me ha proporcionado su avión personal para visitar a H. H. en su casa de Munich».

Una vez más, Stein pasó una página del Diario.

—Ahora conoceremos la primera opinión profesional de Morell acerca de Hitler —dijo.

Dio la vuelta al Diario para que Stuart pudiese leerlo con mayor facilidad.

—«He visto a M. F. La primera impresión acerca de él ha sido chocante. Se queja de dolores de cabeza y gástricos. También de zumbidos en los oídos.

Neurótico».

Max Breslow se dirigió a la cocina para hacer más café. Boyd Stuart pasó varias hojas para encontrar el primer examen médico de Hitler hecho por el doctor Morell. El informe estaba fechado el 3 de enero de 1937, y el examen médico tuvo lugar en Berghof, el refugio de Hitler en las montañas, cerca de Berchtesgaden. El doctor anotó que, según el paciente, no se había sometido a un examen médico desde que dejó el Ejército, en 1917. El expediente mostraba que Hitler —ahora se refería a él como «paciente A»—, pesaba 67,04 kilos y tenía una estatura de 175,26 cm. Grupo sanguíneo A. El examen no mostró anormalidades: los reflejos pupilares eran normales, buena coordinación, sensibilidad normal al calor y al frío y a los roces y pinchazos. Su cabello era oscuro y algo débil, y le habían extirpado las amígdalas de niño. Tenía una cicatriz como resultado de la metralla recibida durante la Primera Guerra Mundial. Una fractura mal reducida del omóplato del hombro izquierdo, consecuencia de una caída cuando la Policía disparó contra los nazis durante el *putsch* de 1923, había dejado como secuela a su paciente un hombro anquilosado, por lo que no podía efectuar la rotación ni aducción de la parte superior del brazo.

«Es curioso —pensó Stuart—, que si el afectado hubiera sido el hombro derecho, no hubiera podido saludar al estilo nazi». Volvió la página.

El paciente se quejaba de fuertes retortijones en el estómago y Morell descubrió una inflamación en la unión gastroduodenal, así como en el lóbulo izquierdo del hígado. Cuando le palpó la región renal, el paciente se quejó de un leve dolor. El Paciente A sufría también de un grave eccema en la pierna izquierda y tenía dificultad para llevar botas altas. «Necesarias para los desfiles y concentraciones», había anotado Morell con pluma estilográfica, cuya tinta se había ido diluyendo y ahora aparecía de un azul apagado.

El Diario se refería ahora a las dietas de Hitler. Sus otros médicos —el profesor Bergann, del «Charité Hospital», de Berlín, y Ernst Grawitz, el oficial médico jefe de la SS de Himmler—, habían limitado los alimentos de Hitler a pan integral y té de hierbas, mientras le trataban con lociones y ungüentos. Morell cambió este tratamiento a un régimen vegetariano más variado.

La siguiente carta mostraba el membrete del Instituto de Investigaciones Bacteriológicas, de Friburgo, y estaba firmada por el profesor A. Nissle, su director. Informaba sobre la flora disbacteriológica en la muestra de excretas enviada por Morell, aunque no se hacía referencia al paciente investigado. Nissle aconsejaba que al paciente deberían administrarle «Mutaflor» para

remplazar los bacilos *coli*. Morell añadió una nota acerca de un preparado de vitaminas, corazón e hígado para el paciente. Debería colocarse en frascos sin etiquetas. «Paciente vegetariano —escribió Morell en sus instrucciones al farmacéutico—. No debe hacerse mención de los orígenes animales de esta prescripción». Todas las notas de Morell en aquella época estaban escritas en el papel de cartas del Berghof. Resultaba evidente que Morell residía allí de forma habitual.

—No puede dejar de interesarse por todo esto, ¿verdad? —preguntó Stein. Cloqueó de satisfacción.

—Me gustaría conocer el final de la historia —explicó Stuart—. ¿Pudo el agraciado y joven doctor curar a su famoso paciente? Soy un aficionado de los romances de enfermeras...

—El doctor Morell era gordo y feo —explicó Max Breslow—. Hitler afirmó que si Morell podía curarle su eccema y dejarle bien en el plazo de un año, le regalaría una bonita casa.

—¿Y qué sucedió?

Breslow replicó:

—Morell suministró a Hitler una gran cantidad de una medicina de su propia invención. La llamaba «Vitamultin»: se trataba de toda clase de vitaminas con calcio, ácido ascórbico y cafeína, y cosas parecidas... Podrá encontrar la fórmula en los documentos que hay aquí... Comercializó más tarde parte de sus componentes, e hizo, según dicen, una auténtica fortuna...

—¿Y Hitler se puso mejor?

—Dextrosa, hormonas y montones de medicamentos a base de sulfamidas hicieron sentirse a Hitler muy bien. Durante muchos años no padeció ninguna clase de infección vírica. En cualquier lugar donde debiera pronunciar un discurso, Morell le proporcionaba una dosis extra de glucosa y sustancias semejantes, para mantenerlo estimulado. Hitler quedó muy complacido. Podrá encontrar una copia en papel carbón de una carta que Morell le envió para darle las gracias por la casa en la isla de Schwanenwerder. Hitler mantuvo su promesa.

—¿Y esa documentación continúa a través de toda la guerra? —preguntó Stuart—. Es un material inapreciable...

—Hitler raramente permitió que Morell se alejase de su lado. Y Hitler confiaba en ese hombre. De vez en cuando, le volvían los retortijones en el estómago. Morell escribió en una nota el hecho de que, según Hitler, tales molestias databan del verano de 1934. Con anotaciones críticas a lápiz, en letra de Morell, se registra que ésta fue la época en que Hitler mandó ejecutar

a Röhm, su mejor amigo. Morell suministró a Hitler medicamentos más potentes cada vez, como inyecciones intramusculares a través de la pared gástrica, combinadas con medicaciones que le harían más fácilmente digerible la comida vegetariana que ingería.

—¿Pero por qué se encuentra toda esta clase de material en el expediente médico? —inquirió Stuart—. ¿Por qué guardar una copia en papel carbón acerca de la casa que le había proporcionado Hitler?

La máquina de café en la cocina empezó a lanzar un chorro de vapor y a continuación se desconectó. Breslow trajo el café recién hecho antes de contestar.

—Tal vez Morell tenía ambiciones literarias...

—¿Una biografía de Hitler escrita por su médico particular? —preguntó Stuart.

—El médico de Churchill editó un libro así —repuso Breslow—. Según puedo recordar, fue uno de los libros más vendidos.

—¿Y todo este material no lo ha visto ningún historiador? —quiso saber Stuart.

—Nadie conoce su existencia —replicó Stein^[1].

—¿Y todo eso fue sacado de la mina de Kaiseroda? —preguntó Stuart.

—Eso es lo que lo hace tan interesante —explicó Max Breslow—. Me refiero a nuestra película —añadió a toda prisa.

—Sí, claro, la película —repuso Stuart—. ¿Quiere decir que tiene acceso a otro material parecido a éste?

Stein asintió y trasteó entre las envolturas de la casi vacía caja de bombones rellenos de cerezas hasta que encontró uno. Lo masticó y sonrió al ver la mirada de consternación de Boyd Stuart.

—Me temo que él tenga razón, Mr. Stuart —dijo Max Breslow—. Para bien o para mal, las reputaciones pueden cambiar de arriba abajo.

—¿Se refiere a Hitler y a Churchill? —inquirió Stuart.

—Bébase el café y tome uno de estos deliciosos bombones —le dijo Max Breslow a Stuart—. Ya hemos hecho suficiente por una noche...

Stuart tuvo la sensación de que ya no quedaban bombones y que Max Breslow lo sabía.

12

Marina del Rey proporciona un lujoso y conveniente atracadero para los propietarios de yates que tienen negocios en Los Ángeles, decía uno de los folletos. Estaba atestado de magníficos navíos y rodeado por modernos edificios de apartamentos, así como restaurantes y discotecas, y tenía como pieza central de todo ello el ostentoso club náutico. Una dirección en Marina era todo lo que se necesitaba para atraer a una serie de salidas ocurrentes en la intrincada vida de un soltero. Ciertamente, Marina del Rey es un lugar donde el número de personas vestidas con atuendo marinero excede, con mucho, la capacidad de todos los yates. Pero Boyd Stuart disfrutaba mucho viviendo en el barco. Se encontraba cerca de Culver City, Century City y Beverly Hills, y convenientemente cerca de la Autopista 1, que podía llevarle a Malibú, Santa Bárbara y más allá.

Salió de la autopista de San Diego, tras la señal de Marina del Rey, y trató de dejar de pensar en los documentos que había visto aquella noche. Pero no podía olvidar su olor y la forma en que el frágil papel había crujido en sus manos.

«Fuera de esta habitación —se había dicho Stein a sí mismo—, es posible que no exista persona aún viva que haya visto esos documentos».

La corta recta de la autopista Marina terminó y Stuart comenzó a contar las manzanas de apartamentos. Aún consideraba muy posible perderse en aquella enorme ciudad.

Dejó su recientemente alquilado coche en el aparcamiento al aire libre. Se habían producido asaltos en el garaje subterráneo, y las dos de la madrugada no era la mejor hora para andar por allí, preocupándose, además, de si el ascensor funcionaría. Apagó el contacto y permaneció sentado durante un momento. Había Juna llena y hubiera podido contar millares de estrellas de haber tenido tiempo y ganas.

De repente, se percató de que brillaba la luz de un cigarrillo en el interior de un coche, en una de las plazas de aparcamiento cerca del muelle de los yates. Boyd sintió un momento de pánico y maldijo su imprudencia al no

llevar el arma que le habían dado. Dos hombres descendieron entonces del coche y, a una señal del conductor, el segundo hombre se metió de nuevo adentro. Él hombre había recorrido la mitad de trayecto a través del aparcamiento antes de que Boyd Stuart estuviese del todo seguro de que se trataba de su oficial encargado.

—¿Pasa usted una buena noche, Stuart? —le preguntó cuando Boyd abrió la ventanilla para saludarle.

—¿Me ha estado esperando aquí durante toda la noche?

—No —respondió el oficial.

Anduvo alrededor del coche y se colocó al lado de Stuart.

—Nos hemos tomado la libertad de colocar un pequeño artilugio en su aparato de cassettes. Nos sirve para saber dónde se encuentra, con una aproximación de un kilómetro, más o menos.

—¿Debe suponerse que he de darle las gracias? —preguntó irritado Stuart.

—Algún día le será de gran utilidad —respondió el oficial encargado—. Dígame de qué hablaron. Ese excabo Stein estaba allí, ¿no es cierto?

—Está usted muy bien informado —replicó Stuart.

—Pero no lo suficientemente bien informado —observó el oficial.

Boyd Stuart le explicó lo que había ocurrido, con muchos detalles. El controlador le escuchó durante todo el rato sin hacer ninguna interrupción o comentario.

—No me gusta el aspecto de todo esto —explicó al final.

—Debería haber visto todo aquello. Da miedo pensar lo que esos dos hayan podido llevarse.

—¿Buscan dinero?

—Una película ha enfocado su atención en esas dos personas. Stein y Breslow pueden hacer durar ese material durante años. Las posibilidades son infinitas: libros de éxito que seguirán a la película, apariciones en radio y televisión, videocassettes... Dios sabe lo que tendrán pensado hacer... Y no se trata sólo de las posibilidades comerciales... Hay que pensar en que Stein y Breslow se convertirán en unas personas famosas a nivel mundial. ¿Puede imaginarles en Londres, en la «BBCTV», mientras el Foreign Office envía un portavoz para discutir las posibles implicaciones?

—Me doy por vencido hasta que se presente algo mejor. ¿Se refiere a socios?

—Ese Stein es el que parece llevar la voz cantante.

—Me gustaría muchísimo que Londres nos permitiese correr el riesgo de meter a esos dos tipos en la computadora de Washington. Sabemos muy poco, o nada, acerca de ellos. Un vistazo a sus declaraciones de impuestos nos contaría toda la historia.

Buscó algo en los bolsillos de su chaqueta y luego continuó:

—¿Me da un cigarrillo, por favor? ¡Cómo odio esta piojosa ciudad!

—Estoy tratando de dejar de fumar —respondió Stuart.

El hombre maldijo por lo bajo.

—No importa —replicó.

Ahora que no funcionaba el acondicionador de aire, el interior del coche se estaba poniendo cargado. Tanteó la manivela de la ventanilla, pero lo pensó mejor.

—Estoy seguro de que Londres me sustituirá muy pronto. Sería estupendo regresar de nuevo a Europa.

—Creí que era usted mexicano —confesó Stuart.

—Es usted un gran agente secreto —respondió en son de burla el oficial encargado—. Soy húngaro. ¿Ha oído hablar de Gyor? No, ¿cómo diablos iba a conocer la existencia de un poblacho así? Claro que cuando vivía allí, tampoco había oído hablar nunca de Los Angeles...

—¿Salió usted en 1956? ¿Cuando la revolución?

—¿Eso es lo que fue? Mi Diario lo registra sólo como un fracaso...

—En el barco hay cigarrillos...

—A hacer puñetas los cigarrillos. Soy ya un hombre de cuarenta años. Debe saber, Stuart, que hay días en que deseo no haber salido nunca de mi país.

Lo dijo medio en broma, pero la otra mitad pareció quedar suspendida en el aire entre ambos. Algunos empleados del Departamento hubieran pensado que era necesario informar de una confesión así, y ambos lo sabían. Durante un momento, siguieron sentados en silencio. Luego Stuart preguntó:

—¿Está alguno de los suyos en su coche?

El controlador pareció no haberle oído.

—Mi padre me dijo que llevase a mi madre y a mi hermana más allá de la frontera y que no me preocupase por él. Se quedó allí; mi madre murió seis meses después, en un campamento de tránsito, en Viena; mi hermana se sentía tan miserable que regresó para cuidar de mi padre.

Jugueteó con la hebilla del cinturón de seguridad, lo soltó, lo recogió de nuevo y lo soltó una vez más.

—Mil novecientos cincuenta y seis... —prosiguió—, ¿quién puede olvidarlo? *My Fair Lady* consiguió el Premio de los Críticos de Teatro de Nueva York, y Elvis cantaba *Hound dog*. En Estados Unidos, todos leían *Peyton Place*, y Yul Brynner se afeitó la cabeza y consiguió el Oscar con su interpretación del rey de Siam en una película musical...

—¿Londres va a reemplazarle?

—Londres está empezando a excitarse mucho con este asunto —respondió el oficial en un tono que sugería que él no compartía aquella excitación—. El tipo de mi coche es jefe de sección de toda la región occidental. Se ha convertido en un condenado chupatintas, ha leído todos los manuales, y está sentado allí para no verle la cara. Vino en persona a comunicarme una información altamente improbable que ha localizado el Centro de Operaciones de Londres. Desea que vuele usted a Londres mañana y vaya a East Anglia, a hablar con un anciano alemán que afirma que ayudó a cargar esos trastos a bordo de un tren, cuando iban a llevarlos a la mina de Kaiseroda.

—¿Es eso lo que ha venido a decirme en mitad de la noche?

El oficial al mando buscó en su bolsillo un billete de avión y se lo dio.

—Me temo que sí —explicó—. Ese pequeño bastardo no vino a consultármelo, sino que lo hizo como una orden. Lo que no acabo de comprender es por qué no se limitó a mandarlo por télex...

—California meridional suele ser muy agradable en esta época del año —repuso Stuart.

—Se trata de la importancia de todo esto —prosiguió—. Un paseo para los jefazos y mantienen a nuestros talones a los hombres operacionales...

Se dio una palmada en la pierna y alargó la mano a la manivela de la puerta. Luego dejó en el aire el movimiento.

—Los «polis» encontraron a Mr. Lustig —dijo.

Hizo una pausa.

—¿Y...?

—Alguien le había descabezado. Unos minutos más y también le habrían cortado las manos y no habiéramos conseguido las huellas digitales de su registro de residencia de extranjeros.

—¿Cuándo?

—No estamos seguros. Los «polis» han mantenido en silencio todo esto. Según mis fuentes, murió el 24 de mayo. El cadáver fue encontrado una semana después.

—¿Y a qué se refiere al decir que lo mantienen en silencio?

—Estamos intentando averiguarlo, pero no es tan sencillo. Ha habido un montón de idas y venidas, entre el FBI, los abogados del Departamento de Justicia y varios cuarteles generales de la Policía... También gente de la CIA; por lo menos, eso nos parece. Puede estar relacionado con el asesinato de Lustig.

—¿Se refiere a una interrupción en un oficial de información?

—Creo que ha llegado el momento de que vaya a Londres —prosiguió el oficial encargado—. Las cosas pueden estar al rojo vivo allí. Dejemos que pasen unos días y a ver qué ocurre.

—Lo dudo —replicó Stuart.

—Yo también —confesó el otro—, pero ésa es la forma en que esos idiotas de Londres prefieren verlo. De todos modos, que lo pase bien. El nombre del contacto está en su billete de avión y también le he incluido un poco de dinero inglés. No mucho, lo siento, pero le dará la oportunidad de ponerse los auriculares en el avión. Sé que le gusta la música. No se ha planeado ninguna operación de cobertura; emplee su propio pasaporte y tarjetas de crédito, y cosas parecidas. Yo mantendré aquí los ojos abiertos. Informe a Londres de la forma acostumbrada...

Entregó a Stuart un sobre pardo.

—Y deje de preocuparse acerca de ese tipo de Washington. No fue culpa suya.

Stuart no respondió. Conocía muy bien que sí había sido culpa suya y todos los informes y revisiones al respecto lo dirían también así.

El hombre salió del coche. Stuart le miró mientras atravesaba el aparcamiento hasta su propio coche. La noche era calurosa y el oficial encargado se tomó su tiempo. Pasó un largo momento hasta que se encendieron los faros y otro rato antes de que el coche se pusiera en marcha. Stuart supuso que el jefe de sección de Londres los había aprovechado para quitarse la barba postiza.

13

East Anglia es el continente perdido de Gran Bretaña. Ventoso y lluvioso, no forma parte del Norte industrializado o del aún más próspero Sur. Es una región de pantanos, alguno de ellos más bajo que el nivel del mar, drenado a través de unos diques muy elaborados y presas construidas por los holandeses, cuyos nombres aún pueden hoy encontrarse en los listines telefónicos locales. Esta parte de Inglaterra no dispone de una buena red de carreteras y la hierba crece entre los raíles de la vía férrea. Aquí se encuentran extensos campos de patatas y de guisantes, patos y pavos —toda la riqueza de la zona—, con casas-remolque a prueba de lluvia amontonadas juntas como si se protegiesen así de los elementos. Sus horizontes han cambiado muy poco desde los tiempos medievales, y los macizos campanarios de sus iglesias de piedra perforan las turbulentas nubes. Un corto paseo desde la carretera, en cualquier dirección, muestra en seguida los restos de las torres de observación, derruidas casas de operaciones y derrumbados puntos fuertes. Durante mucho tiempo, y muchos años atrás, esto fue algo parecido a «Little America». Desde aquí, las grandes escuadrillas de bombarderos despegaron para atacar a la Alemania de Hitler, y hombres jóvenes de Tacoma y Tallahassee hallaron su hogar en estas aldeas de East Anglia.

Boyd Stuart vio la aguja antes de encontrar la señal de tráfico para Little Ashfield. Dejó la carretera de Thetford y atravesó los pueblos de Elmstone y Great Wickmondgate. Se sentía más feliz en su propio coche: mejor un anticuado y abollado «Aston», razonó, que un «Datsun» recién estrenado. El pueblo que buscaba no era más que una docena de casitas en forma de cajón, con una esbelta iglesia berroqueña. Por encima, el cielo tenía un color grisáceo y había presagios de lluvia en el aire.

—Estoy buscando la casa de Franz Wever —preguntó Boyd a una anciana con un delantal floreado. La mujer se hallaba asomada a la puerta de su jardín observando cómo su cachorro de perro mestizo roía un hueso.

—Está en la iglesia —respondió—. ¿Qué desea de él?

—¿En la iglesia?

La anciana se echó a reír. Fue una risa cristalina.

—La iglesia... Limpiando, no rezando —explicó—. Cada semana, con tanta exactitud como un reloj, el viejo Mr. Wever se presenta en la iglesia y limpia los bancos y barre el suelo. Es una persona de posibilidades insospechadas...

—Gracias —respondió Stuart.

Llevó entonces el coche hasta el extremo de la calle del pueblo y aparcó a la puerta del cementerio. La iglesia era antigua y muy bonita, con un gran tejado hecho de un amasijo de pendolones y vigas en forma de martillo. Wever estaba allí: un hombrecillo con gafas, con una huesuda nariz afilada y claro cabello rubio, que aún no había encanecido por completo. Sus brillantes ojos azules y su piel sin curtir, pero correosa, mostraban el rostro de un hombre que ha pasado su vida al aire libre.

—¿Mr. Wever?

—¿Se trata de los huevos del «Rendezvous des Gourmets»?

—¿Qué dice?

Wever siguió barriendo el suelo.

—Pensé que venía del restaurante nuevo de la Calle Mayor. He tenido problemas esta mañana para poner en marcha mi camioneta...

—Vengo de Londres, Mr. Wever. Me dijeron que me ayudaría en una investigación que estamos realizando acerca de un traslado, en tiempo de guerra, de archivos alemanes.

Wever alzó rápidamente los ojos y se quedó inmóvil.

—Así que le han enviado... —respondió con tono hosco—. ¿No acabarán nunca tantas preguntas?

—No tengo idea de lo que me está hablando —repuso Stuart.

—Otra vez 1945. Es eso, ¿no es verdad?

—Sí.

—Ya les he contado todo lo que sabía...

Wever tomó el recogedor y su chaqueta.

—¿Tardaremos mucho?

—No se lo puedo decir en este momento.

Wever suspiró. Stuart le siguió a través de la puerta de la sacristía y a lo largo de un corredor hasta un armario donde se guardaban los útiles de barrer. Observó cómo guardaba allí los trapos de limpieza y el plumero.

—Llegué como prisionero de guerra, en 1945 —explicó Wever—. Y he permanecido aquí desde entonces. Según cómo se mire, he sido siempre un prisionero.

—Ahora lo lamenta, ¿verdad? —le preguntó Stuart—. ¿Prefiere su antiguo país?

Wever le miró despreciativamente.

—Nunca he vuelto allí, Mr...

El acento alemán era distinguible ahora que se había enfadado.

—Stuart. Boyd Stuart.

—Mr. Stuart...

Wever se lavó las manos en un pequeño lavabo, se las secó cuidadosamente y se puso una desgastada chaqueta de *tweed* verde y una gorra.

—Tiene usted coche, ¿verdad, Mr. Stuart? Mi esposa tiene nuestro vehículo. Los viernes son días muy atareados para ella. Los restaurantes, los hoteles y las casas de huéspedes, todos quieren nuestros pollos y huevos antes del jaleo del fin de semana.

Wever siguió a Stuart afuera, hacia el viejo coche deportivo.

No hizo ningún comentario hasta que el motor se puso en marcha.

—Tiene un rugido parecido a un tanque. ¿Es eso lo que le gusta?

—Sí —repuso Stuart—. ¿Por dónde debemos ir?

—Tenemos un trozo de tierra junto a la carretera de Elmstone. Siga y gire a la derecha después de «Red Fox».

—¿Gallinas?

—Rhode Islands. Obtenemos de ellas unos hermosos huevos morenos. La gente los prefiere a los blancos, pero, realmente, no existe la menor diferencia.

Wever parecía pensativo, como si dejara a un lado lo de 1945, para discutir sólo cosas del presente.

—Casi las perdimos todas cuando empezamos. —Wever permaneció sentado silencioso durante un momento—. Se picoteaban unas a otras hasta matarse... Tuvimos que limarles los picos...

—A la derecha de «Red Fox», ¿es eso lo que ha dicho?

Wever no le respondió.

—Ahora las tenemos en jaulas apropiadas. Lo llaman granjas industriales; más de dos mil gallinas, que producen cerca de cinco mil huevos a la semana. Conseguimos un poco de cebada. Apenas vale el dinero que conseguimos, pero es más seguro. Te puedes quedar arruinado de la noche a la mañana por una de esas enfermedades de las aves de corral.

Stuart giró en «Red Fox», que era una taberna antigua muy estropeada, con un cartel roto en el que se veían unas chicas en bañador tomándose unos

«Martinis». El paisaje era ahora más ondulado: una promesa de la clase de paisaje que Constable y Cotman encontraron en estos andurriales.

—Una vida dura —comentó Stuart, tras otro rato prolongado de silencio. Deseó que siguiese hablando.

—Conseguimos leche de una vaca y verduras del huerto, mientras un cerdo nos proporciona la única carne que consumimos.

El inglés de Wever, aunque imperfecto, era preciso y a veces hasta pedante.

—¿Lo lleva al matarife?

Wever explotó.

—¿Por qué he de compartir mi carne con un matarife? Los mato yo mismo. Sacrifico a todos los cerdos del contorno. Con cuatro hijos y tan poca tierra con la que ganamos la vida, no se pueden tener escrúpulos en eso de matar cerdos, señor mío...

Los Wever vivían en una casa aislada, de estructura de madera, separada de la carretera por casi medio kilómetro de una enfangada senda de carros. La mitad del edificio estaba construido de afilados ripios; la parte de arriba aparecía recubierta de tablonos manchados y rotos. En la parte trasera, una zona nueva de ladrillos indicaba que se habían añadido dos habitaciones más, pero el baño estaba afuera y no era más que una choza; no había alcantarillado.

Boyd Stuart aparcó el coche en un trozo de terreno con gravilla, al lado del sendero, y anduvieron por la senda embarrada entre algunos atrofiados manzanos y una hilera recientemente plantada de judías verdes. En el muro delantero habían colocado una tela metálica para que los guisantes de olor trepasen por allí; sus llores rosadas y rojas constituían el único colorido del monótono paisaje. Justo enfrente de la puerta principal, se veía una colección de botas de goma y un gran tractor de juguete, que había perdido sus ruedas delanteras. Ladró un perro al oír sus pisadas. Wever le chilló, pero los ladridos continuaron.

Mrs. Wever estaba ya en casa. Era una mujer musculosa. De carrillos rubicundos y bucólicos, tenía unos diez años menos que su marido. Llevaba el oscuro pelo echado fuertemente hacia atrás formando un moño, y sus ojos eran agudos y claros. Estaba haciendo pasteles en la mesa de la cocina, midiendo harina y cortando mantequilla con la velocidad que procede del aburrimiento y la impaciencia.

—Éste es Mr. Stuart —le presentó Wever—. Ha venido de Londres para hablar conmigo.

El gris y ominoso cielo y las pequeñas ventanas conseguían que el interior de la cocina estuviese muy oscuro. Wever acercó una silla a Stuart y arañó con ella el suelo. La mujer buscó el hervidor. Hizo un sordo rugido mientras lo llenaba en el grifo de latón. Lo colocó encima de la cocina, alzando la tapa del horno, con lo que los carbones encendidos alzaron hasta el techo un rojo resplandor. Colocó tres tazones en el periódico que recubría la gran mesa y volcó una casi vacía bolsa de azúcar al lado.

—Quítese la chaqueta y siéntese, Mr. Stuart —le rogó Wever.

Su voz era suave, como si le incomodase la silenciosa hostilidad que parecía llenar la estancia. El único otro sonido era el tictac de un viejo reloj de pared.

—¿Dónde están ahora sus hijos? —preguntó Stuart.

Se trataba de un intento por mostrarse amistoso. Se quitó su anorak azul y lo colocó en el respaldo de la silla.

—El mayor es ayudante de ingeniero en un superpetrolero —explicó Wever—. Dos hijas están casadas y viven en el pueblo. Sólo el más joven está aún con nosotros.

—Debe de haber visto el tractor del pequeño Johnny —comentó la mujer como si el visitante no estuviese presente.

Su voz era dura y con un fuerte acento local.

—Mi nieto —explicó Wever—. Pasa el día con nosotros de vez en cuando.

Y luego, en otro tono, añadió:

—Has entregado los huevos al «Rendezvous des Gourmets», ¿verdad?

—Quieren pagar por meses. Les he dicho que tienen que hablar contigo para eso. —Sonrió—. Nunca conseguirán que ese sitio funcione. Ya son los terceros propietarios en tres años. Tratan de hacerlo chic —prosiguió con voz compasiva—. Buscan nombres franceses y sirven vino. Nos dejarán una gran deuda y sin un penique, si no somos cuidadosos, Franz.

—¿Te han pagado?

Wever se inclinó hacia delante, se aflojó los lazos de sus pesadas botas y retorció los pies para dejar más espacio a sus dedos.

—Les he dicho que me llevaba otra vez los huevos si no me pagaban. —La mujer sonrió de nuevo—. Saben que soy capaz. Y también los pollos.

Abrió el bolso que tenía en la mesa delante de ella y seleccionó algunos billetes de una libra. Los dobló en un rígido montón y los guardó en el armario.

—Servirá para pagar el último recibo de la cocina nueva —concluyó.

El hervidor comenzó a silbar. Vertió agua en la oscura tetera, la acunó para sentir su calidez y luego arrojó el agua al fregadero. El té fue medido en la tetera: tres personas, tres cucharadas niveladas de té. El agua caliente chisporroteó mientras pasaba por el recalentado metal del pico del hervidor. Colocó un tapete tejido encima de la tetera y buscó una jarra de leche de la despensa.

—¿Quiere usted una tostada, Mr. Stuart? —le preguntó.

El ansia anticipada de tomarse el té parecía haberla puesto de mejor humor.

—En esta casa no hacemos pastelillos de fantasía...

—Sólo té —respondió Stuart.

La mujer vertió un poco de agua en el cuenco de harina y grasa y lo amasó con fuerza. Luego desparramó un poco de harina encima del periódico limpio y volcó la suave pasta con un golpe seco. Buscó un rodillo y comenzó a amasar la masa. Sus movimientos eran enérgicos y determinados, algo parecido a los ejercicios físicos que no practicaba. Se mordió los labios y fijó la vista hacia abajo, en la cada vez más delgada capa de pasta.

—Nunca disparé un tiro —declaró Franz Wever de repente—. Llevaba uniforme y saludaba a mis superiores y me comí mis raciones, pero la mayor parte del trabajo que hice en el Ejército lo podía haber hecho un paisano.

—¿Y cómo fue eso?

—Soy berlinés —replicó Wever—. Dejé la escuela cuando tenía quince años. Aprendí taquigrafía y mecanografía y trabajé en una oficina en Berlín, de la compañía naviera «Hamburg-Amerika», hasta que me llamaron a filas. Tras la instrucción básica, asistí a la escuela de transmisiones del Ejército, en Halle, y me convertí en operador de teletipos, en el Cuartel General del VI Grupo de Ejército, en Hannover. Trabajé en aquella sala de comunicaciones durante un año. Era el único operador profesional de aquel lugar, puesto que la mayoría de aquellos muchachos nunca habían visto un teleimpresor hasta que fueron a la escuela de transmisiones; tenían que emplearme para todo lo importante. Naturalmente, deseaba estar cerca de mis padres y, al fin, conseguí un puesto en la compañía de señales del Wehrkreis III (Berlín-Brandeburgo). Luego fui a Zossen...

Alzó los ojos con curiosidad, para ver si Stuart había oído hablar de Zossen.

—El Cuartel General del Estado Mayor General. Su sala de comunicaciones manejaba todas las órdenes recibidas por el Ejército alemán.

Wever asintió.

—Era un trabajo aburrido. Todo estaba cifrado..., una sucesión, sin significado, de letras y números. Incluso trabajar para la «Hamburg-Amerika» era mucho más interesante que eso.

Wever se sirvió tres cucharillas llenas de azúcar en su taza vacía.

—Sirve el té, Lucy. Ya está mezclado.

La mujer dejó de amasar. Con brío, se frotó la harina que tenía pesada en las manos de nudillos enrojecidos. Luego depositó la masa en un plato de ruibarbo cocinado, cortando los rebordes que sobresalían con hábiles movimientos del cuchillo.

—¿Por qué los hombres no podrán servirse su propio té? —musitó la mujer, pero lo hizo sin más.

Stuart se percató de que lo que, en un principio, había creído que era hostilidad hacia él, era en realidad la respuesta de la mujer hacia su conversación sobre la guerra. Era una parte de su marido que nunca compartiría, al igual que los momentos felices de un matrimonio anterior.

—Iré a ordeñar —anunció la mujer en tono acusatorio.

Dejó otra vez la tetera en la caliente cocina.

—Alguien tiene que hacerlo antes de que anochezca; mientras vosotros podéis hablar de la guerra.

Wever no replicó. La mujer se puso un estropeado abrigo de piel de oveja, con movimientos rápidos y violentos, como queriendo demostrar su enfado. Se subió el cuello antes de enfrentarse con el mal tiempo y cerró la puerta con fuerza.

—¿Azúcar? —preguntó Wever.

—Estoy tratando de perder peso —replicó Stuart.

La bolsa estaba casi vacía. Wever la abrió por completo con objeto de que saliesen de sus pliegues los últimos granos de azúcar. Se los volcó con cuidado en su taza.

—Mi mujer adora ese reloj —comentó.

—Es una bonita pieza —observó Stuart.

Probablemente, fuese el único objeto de valor de toda la cocina; en realidad, todo lo demás parecía improvisado, era de plástico o estaba desportillado.

—Está obsesionada con él —explicó Wever—. Nunca quiso hablar de venderlo, ni siquiera hace dos años, cuando necesitamos dinero para comprar semillas. Perteneció a su padre. Ella lo cuidó durante sus dos últimos meses.

Se produjo un momento de silencio, en el cual se oyó más alto que nunca el tictac del reloj.

—Nada es lo suficientemente bueno para este reloj —prosiguió Wever, con una corta y amarga risa—. El aceite del tractor no sirve para su maquinaria, sino un aceite especial de una tienda de Norwich. Incluso ayer hizo venir a alguien para que remplazase uno de los carillones. Lo había perdido hace ya dos meses.

Bebió un poco de té, pero sin apartar los ojos del reloj.

—No puedo soportar el ruido de ese tictac —le confió—. Y esa maldita cosa atrasa siempre...

Sacó un gran pañuelo de lino y se sonó las narices con estudiado cuidado.

Luego bebió un poco más de té y continuó su historia:

—Fui seleccionado en Zossen para servir en el destacamento de transmisiones en el Wolfsschanze. Sólo los mejores operadores eran enviados allí —declaró Wever.

Aunque hubiese pasado tanto tiempo, su orgullo seguía siendo evidente.

—Era el Cuartel General del Führer en el bosque de Görlitz. Se trataba de un gran honor...

Wever se secó de nuevo la nariz.

—Pero en aquel tiempo no quedé muy complacido, puesto que ya no podría efectuar mis visitas semanales a mis padres, ni podría disfrutar del cine, del baile y de todos los demás placeres de Berlín. El Wolfsschanze estaba muy lejos de cualquier parte. El bosque de Görlitz es una zona pantanosa, muy calurosa en verano y plagada de mosquitos; en invierno, se halla enterrado en profundas capas de nieve, y en las otras estaciones, todo es lluvia y niebla. Mis padres quedaron muy contentos. Poco después de esto me hicieron oficial, al mando de la Fernschreiberkompanien. Pero todos estábamos también satisfechos porque sabíamos que el personal permanente nunca sería mandado al frente ruso.

—¿Por qué?

—Yo estaba a las órdenes especiales del Führer. A él le aterrorizaba la idea de que los rusos pudiesen capturar a uno de nosotros y obtuviesen información acerca de él y de las costumbres en su Cuartel General.

—¿Estaba usted muy cerca de Hitler?

—A veces, lo veía cada día. Fue en febrero cuando el oficial de transmisiones del tren privado de Hitler —el Führersonderzug— tuvo que ingresar en el hospital y yo fui designado para sustituirle. Naturalmente, ese empleo tenía sus inconvenientes. Todos los uniformes debían estar muy bien planchados y sin manchas. No se podían decir palabrotas ni fumar, y mi personal de transmisiones se encontraba sobrecargado de trabajo.

—¿Y esa tarea permitía hurgar en los archivos?

—Un hombre solo resultaba imposible que pudiese manejar todo aquel papeleo —respondió Wever en tono cortante—. Es muy difícil de explicar.

Dobló el pañuelo y se lo volvió a guardar en el bolsillo.

—El Führersonderzug era algo parecido a un circo ambulante. El tren siempre llevaba una docena de ayudantes y adjuntos, dos o tres secretarías y dos médicos, así como un cirujano. También había personal de la Prensa, como Hoffmann, el fotógrafo de Hitler, dos o tres hombres del Ministerio de Asuntos Exteriores y el personal privado de Hitler —tres mayordomos y dos conductores—, una docena o más de empleados de ferrocarril y otras personas del servicio de suministros, cinco policías de ferrocarriles y tres oficiales de Correos. También dos muchachas que no hacían otra cosa que limpiar la plata, fregar y contar las cosas... Y todo esto sin contar a sus guardaespaldas militares o su guardia SS, o los aviones y docenas de coches que se unían al tren, para estar preparados en caso que Der Chef quisiese utilizar sus servicios. Luego había todo el papeleo diario del personal del Ejército, los miembros de la defensa antiaérea, cocina de campaña, Policía Militar... ¿Se imagina cuánta documentación se archivaba cada día?

—Lo que quiero saber es algo sobre los documentos personales de Hitler —repuso Stuart—. Estoy tratando de descubrir dónde fueron a parar en los últimos días de la guerra. Mi gente afirma que usted lo sabe...

Wever no dio muestras de haberle oído. Unas ráfagas de lluvia alcanzaron la ventana. Cada vez se iba haciendo más oscuro en la cocina, pero la electricidad —al igual que los restos de los pasteles y los últimos vestigios del azúcar— eran cuidadosamente escatimados en aquella casa. La cabeza de Franz Wever se fue hundiendo cada vez más en sus encorvados hombros y casi desapareció en la oscuridad.

—Estuve con Hitler casi hasta el final. —Wever bebió un poco más de té—. El 10 de diciembre de 1944, a las diecisiete horas, sacamos el tren especial del Führer de Berlín y lo llevamos a un lugar cerca de Giessen, donde un convoy de coches se lo llevó al Adlerhorst, su Cuartel General. Me ordenaron que ocupase el puesto del oficial de transmisiones del FBB, el batallón de escolta del Ejército. Estaba de permiso en Berlín la noche del 9 de diciembre y murió en una incursión aérea.

Wever estaba inmóvil, con los ojos cerrados. En la ruinoso y pequeña cocina, mientras iba disminuyendo la luz del día, parecía dormido. Cuando habló de nuevo, lo que dijo fue lo suficiente para dejar a Stuart sorprendido.

—El tren regresó a Berlín el 16 de enero de 1945. El Führer estaba encorvado y parecía encontrarse mal. Llegamos a eso de las diez de la mañana. La flota de coches «Mercedes» negros, de tres ejes, nos aguardaba en el patio de la estación de ferrocarril. Se había reunido una pequeña multitud, pero la Policía la hizo circular. Cada vez crecía más el temor de un nuevo atentado contra su vida. Ahora que el Tercer Reich estaba casi acabado, se escuchaban conversaciones antinazis en los bares, y los berlineses se habían inventado algunos chistes amargos acerca de los dirigentes nazis que se llevaban el oro a Sudamérica. En Berlín siempre se habían contado chascarrillos antinazis —eran muy famosos por ellos—, pero ahora las bromas resultaban muy diferentes...

»Una vez de vuelta en Berlín, Der Chef pasaba cada vez más tiempo en su búnker subterráneo, donde murió al fin. Los bombarderos norteamericanos llegaban poco antes de la comida y la RAF antes de medianoche.

»Durante algunos días, el Führer empleó su apartamento en la antigua Cancillería y continuó celebrando sus conferencias militares, en la grande y nueva Cancillería que había diseñado Speer. Había sufrido algunos impactos directos, pero el despacho del Führer y el comedor estaban aún intactos. El miércoles, 21 de marzo, cuando llegaron las noticias de que la infantería de Patton había entrado en Ludwigshafen, Der Chef me mandó llamar. En aquel tiempo, las tapicerías y las pinturas valiosas habían sido ya sacadas para preservarlas y teníamos que hacer algunos recorridos laterales para sortear las partes dañadas. Casi todas las ventanas estaban rotas y habían sido rudamente cubiertas con cartones, que golpeaban ruidosamente en cuanto se levantaba viento en el jardín. Resultaba una cosa deprimente para cualquier persona que recordase lo que aquello había sido en mejores tiempos.

»Llegué a la entrada junto con el capitán general Guderian y su ayudante. Tuvieron que someterse a las mismas comprobaciones de seguridad a las que me vi sometido yo, y había centinelas armados a cada diez pasos. Toda la Zitadelle —la parte de Berlín donde se encontraban los edificios gubernamentales— estaba atestada de tropas. Una compañía del Führer Begleit Bataillon fue desplazada en seguida de sus cuarteles del Lichterfelde e instalada en la Cancillería, junto con el SS Begleit Kommando. Se produjo el caos porque el *Leibstandarte* Adolf Hitler Wache Reichskanzlei se encontraba aún allí, y no había ningún cuarto desocupado.

»En el extremo de cada pasillo fueron comprobados mis documentos en un libro de entradas. Cuando llegué a la antesala, saqué la pistola de la pistolera y se la entregué a los guardias de la Waffen SS. Había una mesa

repleta de ellas y cada pistola llevaba una tarjeta con el nombre de su propietario. Incluso Guderian y su ayudante tuvieron que entregar sus carteras para que los guardias las examinasen por dentro y por fuera. No había registros corporales, pero no creo que nadie con un uniforme falso hubiera podido llegar a la antesala —sonrió Wever.

»Una vez dentro de la antesala, vi a los jefazos esperando a la conferencia diaria. Estaba Keitel, Dönitz, Jodl, algunas personas del RSHA de Himmler y, despatarrado en su sofá, y con aspecto miserable, vi al propio Göring. Me senté en una de las tapizadas sillas doradas, sintiéndome completamente fuera de lugar; luego se abrieron las puertas del despacho y entró Günsche en la antecámara.

—Günsche era el ayudante de Hitler —le interrumpió Stuart, para mostrar sus recientemente adquiridos conocimientos—. Su ayudante SS.

—Hitler tenía docenas de ayudantes SS —explicó Wever, sin mostrar admiración por aquella intervención—. Cuatro SS *persönliche Adjutanten*, la burocracia estaba disparada...

Wever barrió a un lado aquella interrupción con un movimiento de la mano y sorbió un poco más de té.

—Pero el SS *Sturmbannführer* Günsche era uno de ellos y también comandante de combate. Al final, fue Günsche quien roció el cadáver de Hitler con petróleo para incinerarlo. Se dirigió a mí y les dijo a los otros —Göring incluido— que el Führer les recibiría dentro de cinco minutos. Se me quedaron mirando cuando entré en el despacho, como para ver qué me había hecho tan importante. Yo también trataba de conjeturarlo. Como siempre, en esta clase de situaciones, lo que predominan son los sentimientos de culpabilidad. Me pregunté si irían a ejecutarme por haber contado alguna broma antihitleriana o por haberme quejado de las berzas deshidratadas. Todo el mundo me había oído quejarme de las coles.

»Günsche me llevó a través del enorme despacho, con el cuadro de Bismarck y el gigantesco escritorio de Hitler, hasta una salita adjunta, donde guardaban documentos del tipo de los que Hitler podía recabar durante sus conferencias diarias. Era una estancia pequeña, y Hitler se encontraba de pie en medio de la misma. En cuanto me acerqué a él, pude oler los medicamentos dulzones que empleaba cuando se le irritaba la garganta. Tenía un miedo patológico a contraer una enfermedad de la garganta.

»Su aspecto era desolador. Debe usted recordar que le había visto a menudo. En el tren, a veces llevaba docenas de mensajes del teletipo. Cuando las cosas iban bien, el Führer intercambiaba unas cuantas palabras conmigo.

Recordaba los nombres de mis padres y el lugar de nacimiento de mi madre: Linz, en Austria. Ahora apenas pude reconocerle. Su rostro parecía haber envejecido cuarenta años, tenía los ojos profundamente hundidos y la piel de sus mejillas estaba oscurecida, como magullada. Permanecía inmóvil y parecía haber perdido el uso de su brazo izquierdo, que temblaba constantemente. Su voz era muy baja y ronca, y casi irreconocible para cualquiera que hubiese escuchado sus discursos de los años precedentes, y quiénes de nosotros no los habíamos oído... Cuando habló, se inclinó hacia delante y empleó la mano derecha para agarrarse la garganta, como si así ayudase a sus cuerdas vocales.

»Der Chef llevaba su chaqueta lisa de color gris, de corte militar. Pero aquel día me percaté de que tenía manchas en la solapa. No puede imaginarse lo sorprendente que resultaba verle con algo que no fuesen unas ropas cuidadosamente planchadas, inmaculadas... Le miré sus pantalones negros y sus zapatos de paisano, pero tampoco se encontraban en la forma acostumbrada.

»El Führer se hallaba de pie junto a una mesita y me di cuenta de que apoyaba todo su peso contra ella, como para sostenerse. Esto confirmó los rumores que corrían de que había perdido el equilibrio y de que no articulaba bien. Bajo su dirección, Günsche fue repartiendo los papeles y documentos en montones separados. Contra la pared, se encontraba media docena de cajas metálicas archivadoras, pintadas de verde oscuro. En cada una de estas cajas aparecía grabada la palabra FHQu, junto con la inscripción *persönlich* y una combinación de seis letras y números.

Stuart casi gritó de excitación. Lo que había parecido ser BBO en la caja de los documentos del doctor Morell era, en realidad, FHQu —*Führerhauptquartier*— y la huella brillante que se encontraba al lado era los restos de haber borrado la palabra «personal».

—El Führer sonrió. Me temo que mi rostro reflejó mi horror ante su aspecto. Quedé de pie transfigurado, profiriendo el *Heil Hitler*, con el brazo en alto. Pero él no respondió a mi saludo.

»—Capitán Wever —me dijo.

»Incluso en aquellos últimos días no había perdido su habilidad para recordar los nombres. Pero bajó los ojos, y esto me sorprendió, porque, por lo general, observaba fijamente a sus visitantes con una mirada casi hipnótica. Bajé el brazo. Hizo un movimiento nervioso con la cabeza, para indicarme que no debía permanecer en posición de firmes.

»—Tengo una tarea importante para usted, capitán Wever. —Alzó la vista y entonces me miró de nuevo directamente a los ojos—. Una tarea muy importante.

»Le conocía lo suficiente para comprender que no se esperaba que yo replicase, hasta que se me hiciera una pregunta directa. No dije nada.

»El enemigo está empleando ahora sus armas más pesadas contra mí, en Berlín.

»Me percaté, en particular, que empleaba la expresión “contra mí”, como si se tratase de una *vendetta* personal.

»—Aquí hay ciertos documentos personales que he decidido que no deben correr el menor peligro. Y, en interés de la Historia, no deben ser destruidos. Por lo tanto, he creído que esos documentos, que he seleccionado personalmente con este propósito... —Hitler indicó algunos de los montones de papeles, que habían sido separados de los demás—, deben quedar a salvo para las generaciones futuras. Deposito en usted toda mi confianza, capitán Wever.

»—Sí, mi Führer.

»—Günsche le proporcionará toda la documentación necesaria para asegurar la cooperación del Reichspost, el Reichsbahn, las Fuerzas Armadas y mi SS. Abandonará esta noche Berlín, empleando mi tren.

»—¿El *Führersonderzug*, mi Führer?

»Hitler asintió.

»—Hasta Frankfurt del Main. Allí encontrará coches y una escolta armada que se hará cargo de usted. Sus órdenes estrictas y el subsiguiente destino le serán comunicados después; deberá abrirlas en el tren. Empleará las comunicaciones del tren para mantenerme informado del progreso —los códigos y claves estarán incluidos en sus órdenes—, y si el tren se detiene o es retrasado por la acción enemiga, puede solicitar toda clase de recursos que precise de la autoridad apropiada. ¿Está claro, capitán Wever?

»—Sí, mi Führer.

»Y eso fue todo —explicó Wever con una sonrisa casi de desaprobación—. Así transcurrió mi gran reunión con el Napoleón del siglo xx, y todo a lo que contribuí: “Sí, mi Führer”, repetido una y otra vez. Y del mismo modo sucedió con todas las personas que le conocieron: generales, almirantes, inventores, comandantes de submarinos, reyes y presidentes. Te tenía en la palma de la mano y salías de aquel despacho pensando que te había persuadido un hombre muy inteligente a hacer algo que habías estado

planeando durante toda la vida. Y así ocurrió con aquellos malditos documentos...

—¿Así que regresó al tren como el único pasajero? —preguntó Stuart.

—No comprende la sinuosa forma de actuar del Alto Mando —prosiguió Wever—. Hitler había dado instrucciones a Günsche para que preparara mis órdenes de ruta y la correspondiente documentación. El *Sturmbannführer* SS hizo esto tras consultar con Kaltenbrunner, el jefe del RSHA, que dirigía la Gestapo, el Kripo y el Sicherheitsdienst, una de las personas más poderosas del Tercer Reich. No era la clase de hombre que permitiría que un capitán se hiciese cargo, personalmente, de unos documentos altamente secretos, sólo porque el Führer hubiese decidido que la misión requería un experto en asuntos de comunicaciones.

—¿Contravino las órdenes de Hitler?

—No del todo. Me proporcionó un oficial de la SS para que me acompañase. Las órdenes daban instrucciones a los funcionarios del Reichsbahn y del Reichspost —«en nombre del Führer» en vez del acostumbrado «en nombre del Reich»—, para que proveyeran al oficial de la SS de las facilidades requeridas, para que el capitán Wever y su «equipaje especial» pudiesen ser transportados. La fraseología de esas órdenes dejaba claro que mi papel era muy poco superior al de un porteador de equipajes. Era la SS la que cuidaría de todo.

—¿Quién fue el oficial de la SS que le acompañó?

—¡Oh, no me interprete mal! —replicó Wever—. Ese oficial *Leibstandarte* era un viejo amigo mío. No era el rango y preeminencia lo que hacía perder valioso tiempo en esos ridículos juegos de poder tan sinuosos; sabíamos que el fin estaba cerca... Tenía escasa graduación —*Obersturmführer*, como un teniente—, pero esto era corriente en los viejos tiempos. Había pasado la época de paz en la SS Junkerschule, en Bad Tölz, y no era ninguna clase de excursión al aire libre. Conocía a Breslow desde la infancia y era un hombre muy decente. —Wever sonrió ante otros recuerdos—. Puede usted imaginar que deseaba ver a mis padres antes de emprender el viaje hacia el Sur. Tal como iban las cosas, con los aliados y los rusos tan cerca, tenía la sensación de que nunca volvería a ver a mis viejos. Mi casa estaba cerca de los grandes almacenes «Tietz»; llegaría allí en cinco minutos. Podía emplear mi pase de día, pero caí en manos del comandante de la guardia cuando regresé. Era un cerdo. Me hizo entrar en el cuerpo de guardia y telefoneó a la Policía Militar. Afortunadamente, Max Breslow acudió en mi ayuda. Había traído consigo a uno de los ayudantes de la SS..., pero me libré

por los pelos, y debo dar las gracias a Breslow. Pude haber sido fusilado. — Wever tamborileó en la mesa con los dedos—. ¿Ha tratado alguna vez de dejar de fumar, Mr. Stuart?

—Muchas veces.

Wever introdujo sus manos profundamente en los bolsillos, como para castigarlas por haber estado tamborileando en la mesa.

—Breslow era práctico. Cuando partimos, trajo dos pistolas —sabía que yo no tenía armas— y llevaba un «MP 40» colgado del hombro. Como es natural, tenía razón, puesto que, ¿cómo podíamos llevar a cabo una tarea de tanta responsabilidad sin armas? También se había puesto un brazal en la manga del *Führerhauptquartier*. Quedé sorprendido, puesto que casi todo el mundo había dejado de ponérselos, pero Breslow dijo que eso impresionaría a los patanes del campo. Ha de comprender —añadió Wever— que Breslow era berlinés.

Su tono de voz sugería que este espaldarazo lo explicaba todo. Stuart había conocido a muchos berlineses y le gustaba su distintiva clase de picardía —*Schalkheit*— que la ciudad parecía albergar. Pero los berlineses eran también famosos por su modestia o sencillez. ¿Qué parte del relato de Wever era mera presunción para ocultar algo más?

—Su familia vivía en una gran casa en Pankow, y su padre era Georg Breslow, el actor, un hombre muy famoso en Alemania. Era el único que sajonizó su nombre familiar. La madre de Breslow había sido soprano de la Ópera Estatal de Berlín.

Wever buscó en el bolsillo una cajita, dio unos golpecitos con ella en la mesa y luego se la volvió a guardar en el bolsillo.

—Sí —prosiguió Wever—, Breslow llevaba el brazal del *Führerhauptquartier*. Yo, una chaqueta invernal reversible de camuflaje. Era una prenda de combate. Nunca había estado cerca de la línea del frente, y esto me preocupaba, por lo que deseaba llevar aquella cazadora y parecerme a un combatiente. Incluso así, Breslow, con su raído chaquetón de cuero, y una vieja gorra montañera con visera aplastada en la cabeza, parecía mucho más un combatiente que yo.

—¿Breslow era un combatiente del frente?

—Fue herido en Jarkov, en el invierno de 1943. El *Leibstandarte* formaba parte del SS Panzer Corps. Breslow resultó malherido de un disparo y perdió algunos dedos del pie a causa de la congelación. Cuando salió del hospital, quedó destinado de modo permanente a la Guardia de la Cancillería. Breslow tenía toda una serie de recompensas: Cruz de Hierro de primera clase,

distintivo de Asalto, medalla de herido de Acción de Guerra y muchas otras cosas así. Nada grande, pero era un hombre que se podía quitar el abrigo, como decimos en el Ejército acerca de hombres que llevan medallas en la guerrera. —Wever sonrió—. ¿Así que está interesado por Breslow?

—¿Aquella noche no hubo otros pasajeros especiales en el tren?

—Sólo yo y Breslow. Él subió al tren antes de que comenzase la carga. Envió a buscar al comandante del tren y a todos los oficiales. Los recibió en el Führerwagen; en la actualidad, en el salón del Führer; se sentó en el mejor sillón, con la gorra tirada encima del escritorio, como si aquel lugar le perteneciese. Llevaba abierto por completo el chaquetón para que pudiesen ver que era un soldado combatiente. Hasta entonces, la salita del Führer había sido un sanctasantórum, en el que entrábamos muy pocos de nosotros; ahora estaba atestado de caras curiosas. Se veían en la alfombra manchas de botas enfangadas y, por primera vez, en el aire flotaba el humo del tabaco. ¡Humo de tabaco! Todos nosotros sabíamos que el Führer no volvería a subir a aquel tren...

»Aquella noche, en Berlín, estaba muy oscuro. Las incursiones aéreas eran lo suficientemente intensas como para hacer muy estrictas las normas de oscurecimiento. Incluso los ferroviarios tenía que trabajar con el simple resplandor de las luces de emergencia. Me quedé con Breslow y comprobamos la guía de transporte para estar seguro de que todo el cargamento había sido subido a bordo. Los documentos personales del Führer no eran el único flete en el tren aquella noche. El edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores había sido alcanzado gravemente algunas noches antes, y engancharon al tren el vagón con los documentos del Ministerio.

»Breslow dijo que debíamos enviar una señal cuando el tren pasara por Halle. Era entonces cuando teníamos que abrir las órdenes selladas. Dado que nuestro mensaje debería ser cursado en clave, tendríamos que detenernos. No se podían transmitir mensajes altamente secretos —*Chefsache*— por radio, debido al temor de que fuesen interceptados por los servicios de escucha del enemigo. Fui a prevenir al oficial de comunicaciones de que un mecánico de señales debería estar dispuesto para conectar los teleimpresores a las líneas terrestres del Reichspost, cuando detuviéramos el tren en Halle. Luego conté al oficial de ferrocarriles al mando nuestra intención de detenemos, y le dije al comandante de la Policía Militar del tren que sus hombres deberían estar dispuestos para proporcionar la habitual protección de seguridad mientras el convoy estuviese parado.

—¿Envió el mensaje desde Halle?

—No. Sólo había una vía única en funcionamiento a quince kilómetros al norte de Halle —se trataba de un gran empalme y los bombarderos aliados lo habían alcanzado una y otra vez—, y el tren fue desviado a través de Leipzig. Abrimos allí las órdenes selladas.

—¿Y...?

—Nuestras órdenes indicaban que nos hiciésemos cargo de la documentación personal de Hitler y la llevásemos a una mina de sal en Merkers, en el Thüringer Wald. Un regimiento de Infantería apostado en Hersfeld, no muy lejos de la mina, nos proporcionaría ayuda y asistencia. Las órdenes selladas especificaban que los documentos deberían ser llamados «canciones»; la escolta militar, «pianoforte», y el desplazamiento del material a la mina sería un *Lied mit Klavierbegleitung*, canción con acompañamiento de piano.

—Curiosos nombres para estar en clave —comentó Stuart.

—No se las podía llamar palabras en clave —explicó Wever pedantemente—. Concedían escasa seguridad al mensaje. Estas palabras sólo fueron elegidas por conveniencia y brevedad. La palabra alemana *Begleit* significa escolta, al mismo tiempo que acompañamiento, y las siglas FBB eran las iniciales de Führer Begleit Bataillon. No se requería un equipo de criptógrafos para adivinar lo que estábamos haciendo, siempre y cuando tuviesen un descodificador «Enigma».

Wever hurgó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una máquina de cigarrillos. Colocó un bote de tabaco negro encima de la mesa y luego un librito de papel de fumar.

—Incluso así, Breslow fue muy cuidadoso con la seguridad de los mensajes a Berlín y al Ejército, en Hersfeld.

Wever tomó un poco de tabaco y lo colocó en la máquina antes de ponerle el papel, lamer el filo engomado, enrollando a continuación el mecanismo.

—Se necesitan dos operadores para hacer funcionar uno de esos viejos «Enigma», tres, realmente, para ir de prisa. Se parece a un teletipo, pero las letras hacen parpadear luces en vez de materializarse en el papel. Breslow me ayudó con el aparato. Iba cantando las letras a medida que aparecían.

Wever continuó haciendo funcionar la maquinilla, como si se hubiese olvidado de lo que estaba haciendo. Luego, de repente, la detuvo y la abrió para que saliera el cigarrillo que acababa de liar. Lo alzó y le dio unos golpecitos para que entraran unas hebras de tabaco sueltas por los dos extremos aún abiertos. Luego estudió el cigarrillo, como si le complaciese el resultado de la labor manual realizada. Lo encendió e inhaló el humo

agradecido, con profundas inspiraciones, que constituyen la señal del adicto al tabaco. Luego expulsó el humo y sonrió satisfecho.

—¿Hasta dónde llegaron con el tren? —inquirió Stuart.

—No pudimos pasar de Erfurt —explicó Wever.

Fumaba el cigarrillo de manera furtiva, lo cual sugería que su esposa no aprobaba aquella debilidad suya.

—Un puente ferroviario había recibido grandes desperfectos. Los ingenieros declararon que no podría soportar el peso del tren del Führer, que había sido construido especialmente con varias toneladas de peso en los buguis, para que su rodadura fuese lo más suave posible. Y, además, estaba el peso de todo nuestro equipo especial, y el Flakwagen delante y detrás. Todo aquello hubiera sido demasiado para las combadas vigas. El hacer pasar el convoy por unidades hubiera representado varias horas de retraso. Y, además, había trenes-hospital que circulaban constantemente. Erfurt estaba cerca de la autopista, por lo que llamamos a Hersfeld —que también se encuentra en la autopista— y les pedimos que viniesen a por nosotros. ¡Vaya fracaso!

Wever se levantó para tirar la ceniza en la cocina.

—No pudimos comunicarnos con los teletipos, puesto que no tenían operadores de servicio. Los norteamericanos se dirigían en línea recta a Hersfeld y el regimiento se había ido. A continuación, intentamos telefonar. Al fin, tras una larga y dura conversación con un comandante algo ingenioso, que se negaba a creer que estuviéramos comprometidos en una misión especial para el Führer, nos enviaron dos camiones y un pelotón de Infantería.

Inhaló y miró de nuevo el cigarrillo.

—Cuando llegaron parecían más heridos ambulantes que infantes: ancianos, críos, tullidos e incapacitados físicos. Incluso los camiones que nos envió el comandante estaban tan estropeados, que los conductores tenían que atenderlos continuamente para que funcionasen.

»Cuando llegamos a la mina, en Merkers, no había allí nadie preparado para hacerse cargo de aquellos documentos. Se trataba de un desolado y polvoriento lugar, el patio estaba lleno de barro y sembrado de cajas rotas y escombros. Había gran confusión por los otros envíos de tesoros que estaban introduciendo en la mina. Se veía otro camión cuando llegamos. En él viajaban el Reichsbank Director, doctor Frank, y el procurador del Reichsbank, el oficial que estaba al mando del último papel moneda que se había emitido. Fue el doctor Frank el que firmó el recibo de nuestro cargamento y después me dejó marchar.

»Deseaba regresar con mis padres a Berlín. El ferrocarril aún funcionaba; sólo trenes pesados que transportaban cañones pesados y tanques, que no podían pasar a través de Erfurt. Breslow comentó que deseaba encontrar la unidad más próxima Waffen SS y volver a la lucha. Es posible que fuera verdad, pero en aquel momento sospeché que, simplemente, estaba buscando alguna forma de cambiar su documentación de la SS, y el uniforme, por unos ordinarios de oficial del Ejército antes de rendirse a los americanos, que a cada hora que pasaba se encontraban más cerca. Hubo un oficial de transportes por ferrocarril, en Merkers, que se mostró de acuerdo en darme unas órdenes de alta prioridad para volver a encontrar a mi unidad en Berlín. No habría otra cosa que me expusiera más, que una orden de traslado de alta prioridad, a correr el riesgo de que me entregasen un fusil y me enviasen a la lucha, por parte de cualquier patrulla de Policía Militar que me detuviese y me pidiera la documentación. Se produjo un retraso mientras conseguía una foto para la orden de traslado.

—Pero si usted ya tenía documentación de alta prioridad por parte de Hitler... —le interrumpió Stuart—. ¿Qué podría ser mejor que eso?

—Aquellos tiempos eran muy peligrosos, Mr. Stuart —respondió Wever—. Las tropas norteamericanas estaban ya muy cerca, y el Ejército Rojo nos presionaba con mayor fuerza a cada día que pasaba. Hubiera sido un loco al llevar aquellos documentos que me asociaban con el cortejo inmediato del Führer. Deseaba mi documentación militar ordinaria, que mostrase que me dirigía a la oficina de transmisiones de Berlín —sin mencionar para nada mi destino en la cancillería del Reich—, sólo un especialista en teletipos que regresaba a su servicio especial. Conseguí localizar al fotógrafo del Ejército, pero, para cuando la documentación estuvo ya preparada, se presentaron los soldados norteamericanos... Era el 4 de abril... fui interrogado por un oficial de la Policía Militar americana, que pensó que yo formaba parte de una escolta militar para vigilar el oro del Reichsbank. Se trató de un interrogatorio muy superficial, y después me mandaron a una celda para prisioneros de guerra y, más tarde, me enviaron a Inglaterra.

—¿Hubo más interrogatorios?

—Todo el mundo quería saber cosas acerca del oro. No hicieron más que interrogarme sobre el origen del oro: ¿era del Reichsbank, había aún oro en Berlín, hubo embarques de oro extranjero? Francia, Holanda y Noruega estaban ya pidiendo la devolución del oro que les habían arrebatado. Yo no sabía nada acerca de todo esto y, al fin, los interrogadores perdieron toda clase de interés por mi persona.

—¿Y qué pasó con los documentos de Hitler?

—Los llevaron a la mina. Sólo eran seis cajas. Entré en el pozo con Frank, el director del Reichsbank. Tenía las llaves de una bóveda que habían construido para proteger el oro y la moneda extranjera. Había mucha luz; el bajo techo de la mina de sal había sido provisto de centenares de bombillas eléctricas. Frank nos previno de que la atmósfera de la mina de sal era demasiado seca para favorecer un largo almacenamiento de los archivos. También previno de forma similar a los funcionarios del museo que habían enriado allí documentación valiosa. Afirmó que más de seis meses de permanencia en la mina acarrearía daños irreversibles. Breslow replicó que no creía que permaneciesen allí tanto tiempo.

—Ya he visto las declaraciones, interrogatorios e informes acerca de la mina, Mr. Wever —le dijo Stuart—. Pero no recuerdo a nadie llamado Frank. En realidad, no existe constancia de que ningún director del Reichsbank llevase ese nombre.

Wever miró a la lejanía y asintió.

—Siempre sospeché que Frank no era su nombre auténtico.

—¿Por qué?

—Breslow no era la clase de oficial que entregaría con tanta rapidez aquellos documentos secretos a un civil a cambio de un recibo garrapateado. Creo que Breslow tenía órdenes secretas de ponerse en contacto con este hombre, que se llamaba a sí mismo Reichsbank Director Frank. Creo que Frank era un oficial del Sicherheitsdienst que trabajaba para Kaltenbrunner, para poder estar seguros de dónde estaban los documentos.

Wever asintió como si se confirmase esa idea a sí mismo.

—Y Breslow pasó mucho tiempo con Frank, en unas reuniones de las que fui excluido.

—¿Y ese hombre que se hacía llamar Frank tenía también acceso al oro?

—Y asimismo a la moneda extranjera que se encontraba allí, billetes de Banco suizos, papel moneda sueco, dólares estadounidenses y libras británicas. Todo dinero extranjero, incluyendo el adquirido por la SS, el Ejército o cualquier otra persona, debía ser enviado al Departamento de Billetes extranjeros, nuevo edificio del Reichsbank, en Berlín. Le estaba prohibido a un alemán tener divisas extranjeras. El procurador se hallaba también encargado de todo el papel moneda extranjero, otro director del Reichsbank —Herr Thoms—, estaba a cargo del oro. Entonces, en 1945, virtualmente todo el oro y monedas extranjeras se encontraba en la mina de sal, y Herr Frank tenía la llave.

—¿Está tratando de decirme que ese oro y divisas extranjeras habían sido ocultados allí para financiar la huida de los dirigentes nazis?

—Todo lo que sé es que, cuando llegaron los soldados norteamericanos a Merkers, el Reichsbank Director Frank no fue localizado por ninguna parte, y tampoco mi antiguo amigo Breslow.

—¿Cree usted que se habían llevado el oro de la mina?

—No tengo suposiciones que ofrecer —respondió Wever—. Estoy, simplemente, diciendo lo que sucedió.

—¿Echó usted un vistazo a los documentos?

—Breslow sacó uno —repuso Wever—. Fue un largo viaje en tren. Una de las cajas estaba abierta y no pudimos resistir la tentación de echar un vistazo. Cada archivador metálico estaba dividido en compartimientos, en los que había unos resistentes sobres de papel manila encajados en cada uno. Abrimos uno de ellos. Dentro se encontraban dos agendas escritas a mano, con las páginas cruzadas en diagonal una vez que las notas fueron mecanografiadas. Lo escrito a mano lo había sido a toda prisa, pero aún resultaba legible. Detrás del archivador hallamos unas hojas escritas a máquina que habían sido completadas. Eran los *Lagebesprechungen*, las conferencias militares del Führer, normalmente, dos al día.

—¿Y Breslow cogió uno?

—Como recuerdo, supongo... Era una locura hacer una cosa así, pero en aquellos tiempos finales de la guerra la gente hacía cosas inverosímiles.

—Usted no, Wever —comentó Stuart—. Usted no ha cometido una locura en toda su vida.

Wever se lo quedó mirando.

—Yo no arriesgo mi vida por unos ridículos trozos de papeles viejos, si es eso a lo que se quiere referir. El hecho de que pusiera *Fiihrerkopie* al principio de la páginas representaba muy poco para mí. Nunca he comprendido a esos locos, luchando en Rusia como si se tratase de una maravillosa cruzada. ¿Y qué sacaron de todo eso?

—Ya sabemos lo que sacaron de ello —respondió Stuart—. Los más afortunados, doce años en un campo ruso de trabajos forzados.

Sonó el teléfono. Era un sonido inapropiado en aquella pequeña estancia que olía a moho y a estiércol. Wever se levantó de la silla con un crujir de huesos.

—¿Dígame? —preguntó, buscando en la penumbra el teléfono.

Se produjo un murmullo de conversación al otro extremo de la línea. Wever respondió «Ja», pero cambió al «Sí» cuando había necesidad de una

segunda afirmación.

—Sí, sí —respondió de nuevo.

De repente, estalló la paciencia de Wever. Empezó a hablar en un rápido alemán, con consonantes duras y resonantes, como hablan únicamente los berlineses.

—¡Maldito seas y maldito sean todos los demás! Durante años, nadie se ha preocupado y ahora, de repente... Diles que se lo envié hace casi una semana... Negativo. —Asintió para sí mismo—. La única cosa negativa. Diles que acaben con sus estúpidos juegucitos.

La parrafada de Wever cesó y luego inclinó la cabeza como tratando de oír mejor. Estaba de pie, enmarcado contra las lúgubres nubes de lluvia que oprimían de forma pesada contra el paisaje a través de la ventana. Se desplazó un poco el aparato telefónico en el oído y musitó algo durante un momento antes de colgar.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Wever.

—Por el momento, no —respondió Stuart—. Gracias por ayudarme...

—No me quedaba otra alternativa —dijo Wever—. Cuando su gente arregló todos mis permisos y autorizaciones hace treinta años, dejaron claro que me los retirarían con la misma rapidez...

—No me preocuparía mucho acerca de eso, Mr. Wever —prosiguió Stuart—. Ahora, ya es usted uno de los nuestros...

Wever gruñó mientras se inclinaba para abrocharse los cordones de las botas.

—¿Puedo llevarle en el coche a alguna parte? —le preguntó Stuart.

—No —respondió Wever—. Siga recto. Y acuérdesse del trozo embarrado que hay cerca del cobertizo. Anoche quedó allí encallada la camioneta del panadero. Le costó más de media hora salir de allí...

—Gracias, así lo haré —repuso Stuart.

Y agachando la cabeza, corrió en medio de la lluvia en dirección de su coche. El motor se puso en marcha al primer intento; en seguida encendió todas las luces para poder ir esquivando el barro del sendero y que no le ocurriera lo que al panadero.

Stuart se encontraba ya casi en «Red Fox» cuando se produjo la explosión. La deflagración iluminó el gris paisaje como si se tratase de un relámpago, y la fuerza del aire desplazado le comprimió los oídos antes de escuchar el ruido. Volvió la cabeza a tiempo de ver la columna de humo. No se trataba del humo negro aceitoso que los especialistas emplean para las

escenas de películas de guerra. Era una cosa real. Un humo fantasmal que se disipó casi de inmediato.

Stuart forcejeó con el freno cuando una tormenta de trozos de madera y fragmentos metálicos chocó contra los charcos que le rodeaban y dejaron muescas en la pintura del coche. Abrió la portezuela y se puso de pie en medio de la lluvia que caía. Aquella parte del país estaba desprovista de setos que habían quitado los granjeros, muy conscientes de lo que valían. El campo abierto dio a Stuart una buena visión de la casa de Wever. Había quedado muy poco de ella; los escasos restos del humo colgaban por encima de las esparcidas piedras y un gran trozo del tejado estaba levantado cerca del cobertizo de las gallinas.

Stuart regresó a su «Aston Martín». No tenía el menor sentido volver allí. Ahora mismo ya estarían en camino los coches policiales y las ambulancias. Además, las instrucciones vigentes prevenían con dureza contra los operadores de campo que se encontrasen involucrados en investigaciones policiales de cualquier clase. El Servicio Secreto de Información no sufría ninguna hemorragia de placer al tener que enviar oficiales de alto rango del Departamento al Home Office, con la gorra en la mano. A pesar de todo ello, dio la vuelta al «Aston» en el aparcamiento de «Red Fox» y regresó.

«El reloj», pensó Stuart. Tal vez el hombre que había llegado para arreglar los carillones no había instalado otros nuevos. Tal vez había colocado sus explosivos en la caja alargada del reloj. Aquélla era la parte de la casa que había sufrido más. ¿Pero había sido un aviso la llamada telefónica a Wever?

La cocina era el escenario de los mayores destrozos. Sólo un detenido examen, por parte de los expertos en explosivos, revelaría si la bomba había sido colocada en el reloj, pero deberían investigar mucho antes de unir todas las piezas. El olor era casi sofocante. Se limpió el hollín de la boca.

Wever debía de haberse encontrado cerca de la cocina. Había escasa evidencia de lesiones en su cara o en sus ropas, pero se encontraba enrollado como un muñeco en su caja, y no cabía la menor duda de que estaba muerto. Stuart hurgó en sus bolsillos, pero no había nada que uno no esperase encontrar en un granjero, que trabajaba duro para criar gallinas y que era ya demasiado viejo para hacer frente al trabajo que se esperaba de él, y tenía problemas económicos que le obligaban a aplazar los pagos de un tractor de segunda mano.

Sin embargo, era un hombre que había estado muy cerca de Hitler. De todos modos, había destinos peores que acabar sus días en una granja avícola en East Anglia. No se veía el menor rastro de la mujer de Wever. Anduvo con

cuidado entre los restos derruidos de vigas de madera y cristales rotos hasta llegar a lo que, en tiempo, había sido dormitorio. Se veía una cuna en un rincón. Apartó las mantas de lana. No había la menor señal de un bebé.

La lluvia seguía cayendo con fuerza, empapando los destrozados muebles, humeando en la caliente cocina y quitando el polvo del destrozado pastel. Decidió volver a su coche, pisando cristales bajo los pies. Fue al pasar sobre la rota pared del dormitorio cuando la vio. La lluvia había hecho que la caja metálica brillase y se inclinó para investigar el objeto más de cerca.

Era una costosa caja de seguridad, empotrada en la mampostería del dormitorio, en una pared añadida a la casa por aquel emprendedor e ingenioso hombre, Franz Wever. La parte delantera de la caja de caudales aparecía intacta y la puerta firmemente cerrada. Era la parte trasera la que se había abierto al derrumbarse la pared. Oprimió la parte metálica como si se tratase de la tapa hundida de una lata de sardinas medio abierta. Su mano penetró por la abertura y dio con algunos rollos de papeles.

Se trataba de una póliza de seguros, algunas cartas de la oficina local de planificación, concediéndole permiso para levantar los nuevos gallineros. También estaban los permisos de Wever y un pasaporte de Alemania Occidental, sellado sólo dos veces en una visita a Berlín. Había mentido respecto de que nunca había regresado allí... ¿Y qué otras mentiras le habría contado?

Junto a estos documentos, apareció otro montón de papeles, envueltos en el mismo plástico negro con que se confeccionan las bolsas para fertilizantes, mantenido todo bien sujeto con dos apretadas bandas de goma. Stuart rompió las gomas y desenvolvió el paquete. Contenía la vieja cartilla militar de Wever del Ejército alemán, algunos recuerdos en papel moneda extranjero, cuyas fechas de emisión coincidían con las de la guerra y un certificado médico, fechado el 18 de setiembre de 1944, en el que constaba que era útil para prestar servicio en Infantería. «Nada de importancia», pensó Stuart, y miró el reloj. La Policía llegaría de un momento a otro. Había casas y granjas muy cerca de «Red Fox», e incluso allí el ruido habría llegado como un potente trueno.

Estaba a punto de hojear la cartilla militar, cuando vio el sobre encajado entre los antiguos billetes de Banco. Abrió la solapa. Allí estaba: *Führerkopie*, una de las hojas del *Lagebesprechungen*, las conferencias militares diarias de Hitler, con los nombres de Jodl, Göring y Hitler en el lado izquierdo. Un guión de una función demente que se había representado ante unos atestados escenarios durante seis largos años de pesadilla. Así que no

había sido Breslow quien estuviera obsesionado por el contenido de aquellas cajas y que las hubiese robado como recuerdo, sino el propio Wever, el cínico malicioso para quien Hitler nada significaba.

Había también otras cosas: un resguardo de correos de una carta certificada dirigida a «Entrega general, Anexo Terminal, Oficina de Correos, Los Ángeles, California. 90054», fechado una semana antes, un manoseado pase de la Cancillería del Reich, sellado cada mes y firmado a finales de 1944. Era un buen recuerdo. También figuraba una foto de tamaño postal y color sepia, tomada en algún estudio de provincias, por las apariencias, con el nombre del fotógrafo y una dirección austríaca en letras chillonas en el anverso. Un niño posaba rígidamente enfrente de un decorado pintado con montañas nevadas. Casi se podía oír al ansioso padre gritándole al niño que se estuviera quieto.

La otra fotografía inconfundiblemente de aficionado: una burda instantánea tomada con una cámara barata, con la superficie ya agrietada y roída. Se veían en ella tres hombres muy serios y de pie en lo que parecía el patio de una industria. Detrás de ellos aparecían unos postes, tal vez chimeneas fabriles y, más allá, unas colinas bajas. La reproducción tenía el grano demasiado grueso para permitir observar más detalles, pero un hombre joven, con botas, abrigo de cuero y gorra montañesa, tenía toda la apariencia de ser Max Breslow. A su lado, Wever aparecía en una difícil pose de jockey, con el codo descansando en el hombro de Breslow y la otra mano en la pistolera que aparecía bajo una chaqueta de camuflaje. El tercer hombre vestía ropas de paisano: un largo abrigo negro y, en la mano, un sombrero de fieltro de ala ancha. En el reverso de la foto ponía: «Max», «Franz» y «Rb. Dir. Dr. Frank», escrito a lápiz.

Stuart se guardó en el bolsillo los pases, la *Führerkopie* de la hoja de actas de las reuniones y las fotografías, antes de colocar las demás cosas en el interior de los restos de la caja de seguridad. Luego, saltó por encima de los cascotes y corrió otra vez hacia su coche. Antes incluso de que encendiese el motor, pudo oír el ulular de las sirenas de la Policía y de una ambulancia. Para cuando su coche llegó otra vez a la carretera principal, divisó el destello de las luces azules entre las ráfagas de lluvia, en el momento en que los coches de la Policía saltaban por encima de la pista que marcaba el final de la hectárea escasa de las tierras de Wever.

—¿Y todo eso sucedió anoche? —preguntó Sir Sydney Ryden.

Estaban en el edificio Ziggurat del SIS. La visita de la Primer Ministro a Tokyo le había proporcionado un respiro a sus continuas preguntas. El DG apenas se había movido de su posición junto a su escritorio, mientras Boyd Stuart le había estado contando todo lo referente a su visita a Franz Wever. Resultaba desconcertante hablar con un hombre que mantiene la vista bajada sobre su bebida y los pies plantados firmemente, sin casi moverse, excepción hecha de cuando, ocasionalmente, alzaba una mano para peinarse hacia atrás su larga cabellera o para tocarse el audífono.

—Así es, Sir Sydney...

Echó un vistazo a los periódicos desparramados encima de un sillón. Había sido demasiado tarde para que los periódicos de la mañana —excepto alguna de las últimas ediciones londinenses— publicasen la noticia, pero en todos los periódicos de la tarde aparecía en primera página: «Una bomba del IRA destruye una granja; un hombre muerto». «Grupo de terroristas detenido en Londres tras una explosión en una granja».

—No se ha producido detención alguna de terroristas —explicó Sir Sydney.

—Supongo que ésa es la forma de relacionar la explosión con los terroristas. Me imagino que así se venderán más periódicos...

—No sea tan duro con Fleet Street, Stuart. Tenemos algunos buenos amigos allí...

Stuart alzó rápidamente la vista. Así que se trataba de eso. Aquello era lo que estaba haciendo el DG: aquel astuto viejo diablo había fabricado la historia de los terroristas para que todo el mundo perdiese la pista...

—Es mejor de este modo —prosiguió el DG—. Y, con Wever como un alemán más bien taciturno, sus vecinos de allí, en Suffolk, estarán dispuestos a inventar toda clase de hechos diabólicos...

—En Norfolk, señor —replicó Stuart—. Afirmó que trabajaba para nosotros...

El DG frunció disgustado los labios.

—Para *uno* de los departamentos de Whitehall —explicó fríamente.

La corrección le dejó a Stuart pocas dudas de que Wever era una especie de empleado del MI5, una organización respecto de la cual Sir Sydney demostraba escasa admiración.

—¿Y encontró una foto de ese tal Max Breslow en las ruinas de la granja?

—Estaba dentro de los archivos, Sir Sydney —repuso Stuart, buscando en su cartera para enseñarle la foto—. Queda todavía un alemán sin identificar.

El DG le hizo un vago ademán.

—Eso no tiene importancia, según mi forma de ver las cosas, Stuart. No es probable que se encuentre en mi comité del club de golf o en cualquier otro sitio parecido.

Aquello era lo más cercano a un chiste por parte del DG. El DG cogió una maceta con un cacto y la mantuvo en la palma de su mano como si tratase de calcular su peso.

—¿Qué ha sacado en claro de todo eso, Stuart?

—Al principio, creí que Wever mentía acerca de que Breslow hubiera robado el documento. Más tarde, cuando tuve tiempo para pensar al respecto, estuve menos seguro. Opino que Breslow envió esa hoja de la conferencia diaria de Hitler por correo a Wever, junto con la foto de Wever y él mismo. Creo que fue un medio de recordarle a Wever quién era Breslow...

—¿Se refiere a evocar un antiguo conocimiento? —preguntó el DG con una huella de divertida condescendencia.

—O para presionarle...

—¿Y presionarle en qué dirección?

El DG seguía mirando el cacto, pero sus pensamientos se encontraban por completo en el tema discutido.

—Para que no nos contara todo lo que nos dijo —sugirió Stuart.

—O incluso para contarnos la historia que él nos relató, en vez de decirnos la verdad —remachó el DG.

—Sí, señor.

—¿Pero usted le creyó?

—Wever alegaba que nuestra gente le estaba acosando, señor. Que les había explicado la misma historia miles de veces.

—Eso no tiene sentido —replicó el DG—. Nadie ha hablado con él acerca de este asunto.

—¿Quiere que le haga personalmente un informe? —le preguntó Stuart.

El DG arrugó la nariz y bebió un poco de su whisky como si fuese una dolorosa medicina.

—Nada de informes por escrito durante algún tiempo, Stuart. Lo mantendremos como algo estrictamente personal entre usted y yo.

—Sí, señor.

—Sé que es algo desacostumbrado, pero este es un asunto un tanto delicado. La Primer Ministro se está tomando en él un interés personal y me gustaría reducir el papeleo al mínimo.

—Comprendo, señor —repuso Stuart.

Iba a ser una de aquellas operaciones para la que se escribirían todos los informes con la ventaja de una visión retrospectiva. Stuart sabía lo que les ocurría a los hombres operacionales que se equivocaban de algún modo en aquella clase de situaciones: el hombre-despacho los enterraba.

—Simplemente, por cuestiones de seguridad —añadió el DG.

Luego miró su reloj.

—Naturalmente, señor.

—Permítame ofrecerle otra copa.

Cogió el vaso alto de cristal tallado de Stuart y le vertió una cuidadosa ración de whisky de malta, como un profesor de química haciendo una demostración de cómo debía manejarse un peligroso compuesto. Eran casi las 5,40 de la tarde. La hora del primer boletín de la BBC1.

El DG se dirigió al pequeño televisor empotrado en una librería antigua. Lo conectó a tiempo de escuchar un anuncio acerca de un cambio de programas. Luego llegó el noticiario. Los dos hombres observaron una breve filmación que mostraba los restos de la casa de campo de Wever.

Mrs. Wever se encontraba ordeñando cuando se produjo la explosión y había salido indemne. Le contó al entrevistador que su marido no estaba interesado por la política, añadiendo que la granja avícola se afirmaba que estaba situada junto a un antiguo depósito de bombas de la US Army Air Force. Un portavoz de la autoridad local no lo negó, afirmando que había comenzado una investigación. La siguiente noticia del telediario se refería a los preparativos para la próxima visita de la reina a África.

El DG desconectó el aparato.

—Me parece que todo irá bien —comentó—. Afortunadamente, tenemos a uno de nuestros colegas en Thetford. Pronto intercambiaré unas cuantas palabras con Mrs. Wever.

—¿De verdad había cerca de allí un aeródromo durante la guerra? —preguntó Stuart.

—Los depósitos de bombas no deben estar necesariamente en las cercanías de los aeródromos —explicó el DG—. De todas maneras fue la mejor historia que Operaciones pudo preparar para un noticiario. Si podemos mantener esas dudas durante veinticuatro horas más, el interés por este asunto se evaporará.

Sonrió y alzó una mano para oprimir con el dedo el rosado audífono que llevaba escondido debajo de su largo cabello.

—Lo que no sé aún es por qué llegó allí tan pronto, Stuart.

Así que era aquello.

—No me dieron una hora en particular para acudir allí, señor. La nota por escrito de mi controlador de Los Ángeles, sólo decía que Franz Wever estaría en su casa a partir de las dos de la tarde durante aquel día. Pero, en realidad, no fue correcto. Wever era muy amigo de acudir a la iglesia. Una vez a la semana, se presentaba voluntario para limpiar el templo.

—¿De veras? —preguntó el DG, archivando en su memoria aquel error de su Departamento.

Sonrió.

—Está bien, debo afirmar que está realizando un buen trabajo, Stuart. Siga así y trate de darme algo para la Primer Ministro cuando regrese de la reunión de los Jefes de Gobierno. Esos políticos son una raza incansable e impaciente.

El DG se tragó el resto de su whisky con agua y le brindó una lúgubre sonrisa. Aquello era un inequívoco signo de despedida. Boyd Stuart se tomó asimismo el resto de su bebida y se levantó para marcharse.

—¿Ya se va? —le dijo el DG como si le sorprendiera—. Oh, está bien, supongo que tiene montones de cosas que hacer. ¿Está pensando en regresar inmediatamente a Los Angeles?

Stuart abrió la puerta.

—Probablemente, la semana próxima, señor...

El DG comentó:

—Usted lo sabrá mejor que yo...

Con lo que Stuart quedó preguntándose si el DG pensaba que su estancia en Londres había sido demasiado larga o demasiado breve...

15

—El DG me pone la carne de gallina.

—Vuelve a la cama, Boyd —le dijo Kitty—. Son las dos de la madrugada.

—Sé que es un hombre de buena familia, que ayuda a las ancianitas a cruzar la calle y se lleva a casa a los perros vagabundos; aunque mi mujer le adora, no por eso me deja de poner la carne de gallina. Wever me dijo que los nuestros habían hablado con él una y otra vez. Pero el DG no lo ha admitido.

—¿Te quedarás sentado mirando al lado de esa ventana durante toda la noche? ¿Qué miras?

—Hay dos hombres en un coche enfrente del carnicero de la esquina. Han estado sentados dentro de aquel coche verde desde que regresamos del restaurante.

Kitty se echó a reír.

—¿Te estás volviendo paranoico? ¿Empiezas a imaginar que te siguen irnos hombrecitos?

Boyd no respondió.

—Boyd, lo digo en serio —continuó la mujer—. Éste no es tu carácter. Ven a la cama y olvídate de todo. Por la mañana, los hombres se habrán ido, lo mismo que el coche, y se te habrán pasado los efectos de ese vino tinto español.

—El DG me preguntó por qué había acudido tan pronto a visitar a ese Wever —siguió Stuart—. No le dije a qué hora me fui de allí. No se lo dije a Operaciones. Ni tampoco a mi controlador. No te lo dije a ti. No se lo conté a nadie. ¿Cómo diablos lo sabía el DG, a menos que alguien me fuera siguiendo desde el aeropuerto?

—Si sólo es orgullo herido, yo lo olvidaría —le contestó Kitty—. Seguridad Interna hace comprobaciones regulares de todas las personas. Eso no significa que te hayan seguido desde el aeropuerto. No es algo para ponerse histérico, cariño.

—Entonces permíteme que te diga algo de lo que sí merece la pena ponerse histérico —respondió Stuart en voz baja—. Suponte que no hubiera

tenido la suerte de encontrar a una anciana que sabía que Weber se encontraba en la iglesia... Supongamos que hubiese seguido al pie de la letra las instrucciones: llegar un poco después, ir directamente a la casa de Wever, tomarme una taza de té con su mujer y esperar a que él regresara. ¿Y entonces qué?

—¿Qué tratas de decir, Boyd?

—Que entonces hubiera sido yo el que volase con esa maldita bomba... Eso es lo que trato de decirte, Kitty...

—No te enfades conmigo, Boyd.

—Estoy dispuesto a enfadarme con cualquiera. Me he salvado por los pelos de ser asesinado en un coche en Los Ángeles. Y fue un asesinato; estoy seguro de ello. —Se quedó mirando a Kitty—. El ayudante del agregado comercial resultó asesinado. Era uno fuera del juego, Kitty. Ya sabes lo mucho que odian esto en el Departamento...

—Sí, me lo dijiste.

—Alguien telefoneó a Wever. Alguien telefoneó y comprobó que yo me encontraba allí antes de hacer estallar la bomba.

—No sabes lo que le dijo el que llamaba, me contaste que no pudiste oírlo.

—Era una llamada telefónica —respondió Stuart despacio, con cuidado y con creciente ira—. Hubo un montón de síes, y unos minutos después de esto la casa voló en pedazos a causa de que alguien, lo suficientemente cerca, empleó un detonador de radio.

—¿Y cómo sabes que hicieron activar el detonador por radio sin ver la casa?

—Porque conozco al Departamento, Kitty. Sé que esas cosas ocurren. Y cuando le dije que Wever trabajaba para nosotros, el DG ni siquiera parpadeó.

—Dijiste que el MI5.

—El DG admite que los del «Cinco» dirigían a Wever. Todos sabemos que el DG puede hacerlos saltar por un aro en llamas si eso le agrada; y la Primer Ministro está detrás de él en todo este asunto.

Kitty King le pasó una mano por el pelo. Ahora la mujer estaba despierta por completo.

—Pero ¿por qué, Boyd...? ¿Dime por qué?

—A no ser por un pequeño fallo de los técnicos artificieros, Wever habría desaparecido, yo habría desaparecido y todas las pruebas que has recibido esta noche y que has puesto a buen recaudo habrían desaparecido también.

—¡Boyd!

—Y por chiripa, ocurrió que el Departamento tenía esta tarde a alguien en Thetford. Alguien con quien podrían ponerse en contacto en cualquier momento. Alguien en quien el DG pudiera confiar la delicada tarea de poner un fajo de billetes de libra en la boca de Mrs. Wever.

—Eso son conjeturas —replicó Kitty—. Sólo conjeturas.

Se sentó en la cama.

—No enciendas la luz —le previno Stuart, hablando en voz baja y manteniendo la cortina corrida, para ver abajo la calle.

Kitty forzó una sonrisa nerviosa.

—¿Estás tratando de decirme que tu suegro arregló el que te asesinaran? XPD, un expediente de defunción... ¿Es eso lo que tratas de decir?

—No tergiverses los hechos, Kitty.

Ella se inclinó hacia él, pero Boyd no se volvió a mirarla.

—El DG no tiene contacto con órdenes XPD, Boyd. Ya conoces el sistema: las órdenes XPD proceden únicamente de la autoridad personal de cada unidad Regional de Operaciones, y la orden del Jefe debe ir firmada también por el sustituto del DG. Siempre se ha hecho de esa manera. El DG no tiene nada que ver al respecto.

Stuart dejó que la cortina volviese con lentitud a quedar en su sitio y luego se dio la vuelta para mirarla.

—Sí, siempre se ha hecho de esa forma, Kitty, para que cada DG pueda acudir ante los comités parlamentarios del Servicio Secreto y jurar de buena fe que no tenía conocimiento de un expediente de defunción, o de ninguna otra clase de asesinato autorizado. Sé cómo se hacen esas cosas, Kitty. Créeme que lo sé.

—Nadie conoce nada al respecto —replicó Kitty—. Ni siquiera mi jefe sabe cómo designan los XPD o ni tan siquiera cómo los llevan a cabo nuestros agentes. Pero te diré una cosa, Boyd. No existe modo alguno de que Sir Sydney pudiera disponerlo sin conocimiento de los otros, y he trabajado allí lo suficiente como para saber que no podría conseguirlo.

—¿Me estás diciendo en serio que, durante el tiempo en que trabajaste en Operaciones, nunca llegaste a ver una orden de expediente de defunción?

—Para desertores, Boyd. Para traidores. Para personas cuyas cabezas estaban llenas de secretos, como los agentes operacionales. Sólo cuando el Departamento tiene la seguridad de que están a punto de traicionarlo todo a Moscú. Nunca harían un XPD a una persona como tú, que estás llevando a cabo una tarea operacional de la mejor manera que te es posible...

—Supongo que no te importará si tomo notas —repuso Stuart sarcásticamente—. Me estás hablando como un manual de operaciones.

—Muchas gracias... Y ahora que ya me he cansado de tu mal carácter, me marcho a casa...

—Deja eso, Kitty. Ya sabes que no quería decir eso.

—¿Crees que es agradable para mí estar contigo en este maldito piso?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que mire donde mire siempre hay cosas aquí que pertenecen a otras mujeres...

—A *una* mujer, no a mujeres —repuso Boyd Stuart—. ¿Te refieres a cosas de Jennifer?

Kitty apretó los labios. Incluso oír el nombre de la mujer con la que Boyd Stuart había compartido su vida, era suficiente para hacerle sentir accesos de celos, y un sentimiento así la encolerizaba.

—Sí, tu maldita Jennifer. Eso es. ¿Cómo habla ella? Como un manual de operaciones, no... ¿Cómo entonces? ¿Como un manual sexual...?

La chica buscó un pañuelo.

—¡Dios mío, Kitty, no empieces a llorar! No puedo resistirlo...

—Eso es... —gritó ella—. ¡Claro que sí! No «No llores, Kitty, porque odio verte desgraciada»... No «No llores, Kitty, ¿qué puedo hacer por ti?». Sólo es «No llores, pequeña Kitty, porque tu hombre no puede resistirlo».

Ahora estaba realmente enfadada. Echó a un lado la ropa de cama y saltó del lecho. Aún gimoteaba cuando se puso las medias de malla y comenzó a buscar los zapatos debajo de la cama.

—Tu coche está a varios kilómetros —le recordó Stuart.

—No te preocupes por mí —le respondió ella agriamente—. A mí no me asustan los hombrecillos verdes de los platillos volantes.

—¡Oh, vete al infierno! —le respondió ya enfadado de veras Stuart.

Una vez escuchó que se había cerrado la puerta delantera, se dirigió hacia allí preguntándose si le estaría aguardando, pero la mujer se había ido a su casa. Se desvistió y se metió en la cama, pero no le resultó fácil dormirse. Despierto en la oscuridad, escuchó el ruido del tráfico que circulaba por Millbank. La calle a lo largo del río no estaba nunca tranquila; era uno de los inconvenientes de vivir aquí. ¿Informaría Kitty King de la conversación que habían mantenido?, se preguntó. ¿Cómo afectaría todo esto las perspectivas de su carrera? Se rió de sí mismo: ¿qué clase de perspectivas de carrera tenía un hombre cuando sospecha que su principal está tratando de asesinarle? ¿Y

si su jefe es al mismo tiempo su suegro? Fue un problema que quedó sin resolver para cuando se sumergió en un profundo sueño.

Cuando se despertó muy tarde, a la mañana siguiente, el sol brillaba con fuerza y el coche verde que se encontraba apartado ante la carnicería, y los hombres que se hallaban en su interior, habían desaparecido, como si jamás hubiesen existido.

Así que, el lunes por la mañana, cuando comenzó a trabajar, la idea de que alguien de su propio Departamento estaba conspirando para asesinarle, se le había borrado por completo de la cabeza.

16

En aquel mismo momento —10,30 de la mañana, del lunes 2 de julio de 1979—, Sir Sydney Ryden asistía a la habitual reunión semanal de Información. Tenía lugar en una pequeña sala de conferencias del primer piso del núm. 12 de Downing Street. La estancia contenía una larga y brillante mesa, con ocho sillas, cuatro teléfonos de color, algunos sillones de cuero rojo, una chimenea con unos atizadores muy brillantes y un pequeño óleo de Winston Churchill colocado encima del hogar. El único artículo incongruentemente moderno era una máquina con dos «cajas de letras» encima: una desfibradora de papeles.

Los que se hallaban presentes en la parte final de la reunión eran: un subsecretario de la Oficina del Gabinete, en representación de la Primer Ministro, el coordinador de Información, Sir Sydney Ryden, y su oponente, el DG del MI5.

La única persona importante que faltaba era el jefe del GCHQ, el director del Departamento que practicaba el espionaje por medio de satélites en órbita y con observaciones de radio. La razón de su ausencia era que casi todo su mejor material había sido financiado por el Gobierno norteamericano, una inversión asegurada por la presencia de empleados de la Agencia Norteamericana de Seguridad Nacional en los lugares más sensibles de su Departamento. El jefe del GCHQ se había marchado pronto. Siempre lo hacía cuando la agenda incluía como último punto el de «sistemas no electrónicos». Era una forma educada de pedirle que abandonara la estancia. Era mejor que no conociera lo que se discutía, en vez de tener que fingir ignorancia ante sus colegas norteamericanos.

—En ausencia de cualquier prueba evidente y, rápida, tenemos que dar por sentadas ciertas cosas —declaró Sir Sydney Ryden, en cuanto hubo salido el jefe del GCHQ—. Debemos presumir que una gran partida de pruebas documentales ha caído en manos privadas. Debemos imaginar que este material no ha sido anotado, clasificado, inventariado, fotocopiado o visto por el Departamento de Estado norteamericano...

—¿Cómo podemos estar seguros de que es así? —preguntó el hombre del MI5.

Sir Sydney se volvió y, alzando una mano para sujetar bien su audífono, frunció el ceño. El hombre del MI5 pareció dispuesto a encogerse bajo la amenaza de aquella mano levantada.

—Tengo gente allí —explicó Sir Sydney Ryden—. Hemos registrado los archivos del Departamento de Estado.

—¿Incluso los clasificados?

—¿Y cuáles otros podrían ser útiles?

Su voz fue baja, pero resonante.

—Exactamente —respondió el jefe del MI5, y fue capaz de concentrar en aquella sola palabra todas sus dudas respecto de que Sir Sydney Ryden hubiera podido penetrar en el archivo secreto del Departamento de Estado norteamericano.

—Debemos presumir que el Gobierno americano no tiene conocimiento de ello —prosiguió Sir Sydney, mirando furiosamente a su oponente—. El material en cuestión incluye mensajes, telegramas, cables y conversaciones entre varios representantes del Gobierno de Su Majestad y los dirigentes alemanes durante el año 1940.

El subsecretario de la Oficina del Gabinete miró su reloj. Tenía una cosa importante que hacer antes de la hora de comer, y eso incluía dar un informe a la Primer Ministro de esta reunión.

—Creo que podemos dejarnos de eufemismos, Sir Sydney —dijo—. Estamos hablando de las Actas de Hitler, ¿no es así? Hablamos de unos documentos sin fechar y con la cabecera «Bosquejo de un acuerdo negociado», que fue pasado al Ministerio de Asuntos Exteriores alemán... —hizo una pausa y alzó una ceja— vía Estocolmo, si la memoria no me falla, a finales de mayo de 1940.

Ya era tiempo, pensó Sir Sydney Ryden, de que sus colegas comenzaran a compartir algunas de las pesadillas que le habían asaltado durante las últimas semanas. Era el momento de que escuchasen sus preocupaciones.

—Deseo enormemente que eso fuera todo de lo que tuviéramos que hablar, caballeros —declaró al cabo de un largo silencio—. Pero puedo asegurarles que la disertación de esa bienintencionada jerga burocrática no me hará perder un segundo el sueño esta noche. No habría mayor dificultad en hacer pasar todo eso como una forma inteligente de ganar tiempo para la evacuación de Dunkerque.

—¿Y entonces qué?

—Estamos hablando acerca de intercambios a alto nivel, en los cuales se discutieron concesiones específicas. El mapa de África iba a volver a las divisiones del siglo pasado: África Oriental alemana, África Sudoriental alemana, Togo y los Camerunes, todo eso reaparecería. Y el Gobierno británico prestaría su ayuda a las demandas alemanas para la devolución de las islas Carolinas, Marianas y Marshall... —Apretó los dientes—. Naturalmente, también se les transfería Samoa y la Nueva Guinea alemana.

—¡Dios mío! —exclamó el subsecretario.

Sir Sydney echó un vistazo circular por la habitación, y no quedó desencantado al ver las horrorizadas caras de los demás. No había la menor necesidad de aclarar el cataclismo que provocarían aquellas revelaciones.

Implacablemente, Sir Sydney continuó su lúgubre relato:

—Toda Irlanda debía ser situada bajo lo que se conocería como Administración anglo-alemana —naturalmente, ya conocen los sentimientos de Winston hacia Irlanda—, y Cork y Belfast se convertirían en bases navales alemanas permanentes, para la recién creada Flota alemana del Atlántico. Los barcos para esto, como es natural, serían los nuestros...

Se apresuró ante los jadeos de desánimo y los gritos de «no»...

—Facilidades de la Royal Navy, a nivel mundial, desde Hong Kong hasta Gibraltar, en los que se proveería de combustible y vituallas, inmediatamente que lo requiriesen a los barcos de guerra, así como a todos los mercantes que ondeasen pabellón alemán...

El coordinador tenía ahora la cara enrojecida. Cerró el puño encima de la mesa.

—¿Esto es alguna clase de broma, Sir Sydney?

—No es una broma —respondió el DG—. Cuánto desearía que lo fuese...

—¿Y se lo han contado a la Primer Ministro?

—Se encuentra particularmente preocupada por la dimensión irlandesa del asunto —respondió Sir Sydney—. Ya comprenderán cómo puede manipularse esto por parte del Gobierno de Dublín o por el IRA.

—Difícilmente se requería ninguna clase de manipulación —respondió el subsecretario con una amargura que no le era característica.

Era el hombre más joven allí presente y sentía que aquello era un legado que sus mayores hubiera sido mejor que no les dejaran a ellos.

—Y garantías crediticias —continuó Sir Sydney—. Varios cientos de millones de libras esterlinas, que deberían adelantarse para las compras alemanas en Canadá y Estados Unidos. Esto estaría respaldado por las reservas británicas en oro ya existentes. Y Churchill discutió

imprudentemente el empleo que los alemanes harían de los navíos de la flota francesa.

—¡Dios mío! —dijo el hombre del MI5—. Hasta el último condenado amigo que Gran Bretaña tenga en el mundo se encolerizará de la noche a la mañana cuando toda esta clase de porquerías se hagan públicas.

Se quitó las gafas y se las limpió con exagerada energía. A pesar de su preocupación, no pudo dejar de sentirse condecorado al ver que aquello había aterrizado encima del escritorio de Sir Sydney Ryden, en vez de en el suyo propio.

—Cualquier tipo de rumor de que estuviéramos preparados para entregar parte de África para salvar a Gran Bretaña, aún aglutinará más las actitudes antiblancas respecto de Rhodesia —explicó el subsecretario.

Sir Sydney asintió.

—Es un problema *político* de primera magnitud. Podría contenerse si sólo emergieran rumores —tales rumores ya han salido varias veces a la superficie en algunas ocasiones durante los pasados quince o veinte años, pero si existen pruebas por escrito...

Sir Sydney dejó sin terminar su frase.

—Mucho peor que Suez —añadió el subsecretario, que tenía edad suficiente para recordar aquel desastre político. Había ido dibujando un elaborado laberinto en su bloc de hojas. En aquel momento, bloqueó la entrada y la salida, por lo que no había medio de escapar de él.

—¿Se percata lo que esto afectará a nuestra delicadamente equilibrada economía? —intervino el coordinador—. Los inversores extranjeros abandonarán la esterlina y la Bolsa de Valores caerá en picado... Las consecuencias sociales de todo ello serían terribles de imaginar. El Kremlin está bien provisto de amigos en nuestros sindicatos y en los talleres, que darían por bien venida cualquier oportunidad para crear el caos.

—¡Nuestra mejor hora! —comentó el coordinador—. ¡Pobre Winston si se levantara de su tumba!

—No estoy seguro de que me comprendan —le atajó Sir Sydney Ryden—. Me estoy refiriendo a decisiones en las que Sir Winston Churchill desempeñó un papel muy importante. Me estoy refiriendo a los intercambios entre Sir Winston y el propio jefe alemán...

—¿Hitler? —le interrumpió el coordinador, cuyo rostro reflejó su incredulidad—. ¿Adolf Hitler y Churchill?

Sir Sydney Ryden se levantó y accionó los cierres de su portafolios con un resonante clic.

—No nos preocupemos antes de tiempo, caballeros. Recemos para que los míos pongan las manos en esos desdichados archivos antes de que la Prensa los vea.

El director del MI5 se puso también de pie.

—Creo que debemos señalar que tales documentos no están autenticados...

Se quedó mirando pensativamente a Sir Sydney.

—Me parece que capto su idea —dijo Sir Sydney.

—Creo que deberíamos hablar de la preparación de un par de ellos...

—¿Falsificarlos, y luego demostrar a la Prensa que son falsos, con lo que desacreditaríamos el resto del material?

El hombre del MI5 asintió. Tenía un departamento que empleaba a algunos de los más meticulosos grabadores, técnicos papeleros y peritos calígrafos del mundo.

—¿Almorzamos juntos mañana? ¿Le va bien «The Travellers»?

Sir Sydney Ryden titubeó. Aquello significaría que debería redistribuir la mañana, pero la cosa resultaba urgente. Era un inveterado hombre de club y hubiera preferido un pequeño comedor privado en su propio edificio, pero asintió mostrándose de acuerdo. Por lo menos, podrían conseguir un clarete decente en el «Travellers' Club».

—A la una entonces. Me atrevo a suponer que encontraremos a alguien que nos tenga apartados mientras comemos...

El hombre del MI5 anotó la cita en su pequeña agenda y se la volvió a guardar en el bolsillo de su chaleco.

—Estamos condenadamente mal de tiempo —comentó el coordinador mirando el calendario—. Supongo que todo ello deberá realizarse mientras la reina y Mrs. Thatcher están en África. ¿Puede tratarse de una conjura?

—No lo creo así —replicó Sir Sydney.

El subsecretario arrancó las hojas de la agenda y las introdujo en la desfibradora, con una mano que temblaba visiblemente. Al igual que todas las desfibradoras de papel para los desperdicios de cosas secretas, reducía los papeles a pequeños fragmentos y luego los cortaba una y otra vez, antes de dejar caer el confeti así producido en una gran bolsa transparente de plástico.

—Churchill desacreditado. Eso significaría el fin del Partido Conservador —declaró con acento desdichado—. No me atrevo ni siquiera a pensarlo...

Charles Stein era un hombre feliz. Hijo de un funcionario de sindicatos de origen polaco en la industria de la confección, en el West Side de la ciudad de Nueva York, Stein había crecido en una casa en la que una huelga significaba una mesa de comedor vacía. En tales tiempos, el joven Stein era alimentado con las sobras de la mesa de sus igualmente miserables vecinos de al lado.

Charles nunca había compartido el interés por los libros que su padre había estimulado en su hermano Aram, pero eso no significaba que creciese siendo un analfabeto. Charles —o Chuck, como le llamaban, por lo general, en la fábrica de prendas de vestir donde, al fin, fue empleado como ayudante de uno de los principales vendedores— podía entendérselas con un libro de pedidos o de contabilidad, con la natural facilidad con que algunos hombres sin instrucción se adentran en los intrínquilis de las carreras de caballos. Y era un muchacho generoso que nunca hacía trampas en el dinero que, todas las semanas, aportaba a los gastos familiares, los cuales, a su vez, permitieron a su madre enviar a Aram cinamomo *jvorost* y un poco de dinero, para completar su escasa escolaridad en la Universidad Johns Hopkins. Pero Chuck no era bondadoso por completo. De su padre, Chuck Stein había heredado un sempiterno odio a Hitler, y el día de Pearl Harbor se unió a la larga hilera de hombres, en Times Square, que aguardaban pacientemente a enrolarse en el Ejército norteamericano. Lo mismo hizo su hermano menor.

Las convicciones políticas de Charles Stein se habían ido apaciguando, pero su natural habilidad para leer un libro de contabilidad persistió. Fue esta facilidad, junto con el inconfundible poder de su personalidad y de su energía, que ni siquiera su tremendo corpachón podía disfrazar, lo que hicieron de Stein el jefe de los hombres que se denominaban a sí mismos «Saqueadores de Kaiseroda». A pesar de su etiqueta militar, la nostalgia y el respeto que todos ellos mostraban hacia el coronel John Elroy Pitman, Tercero, hasta el último hombre del grupo sabía que las decisiones importantes eran tomadas por Charles Stein. Y lo preferían así.

—Te gusta el *bau* —le dijo Charles Stein a su hijo—. Tienen dentro camarones. Los de pollo no son tan sabrosos.

Se limpió la boca con la servilleta. Aquello era lo peor de comer «pequeño *chow*», puesto que uno tiene siempre los dedos y la cara recubiertos de soja, salsa y fragmentos de comida. Por lo menos, esto le ocurría siempre a Charles Stein.

—Ya tengo bastante, gracias, papá. ¿Por qué no te lo acabas tú?

—Te lo envolverán si quieres llevártelo a casa...

—Hazlo tú, papá.

—Aborrezco que se desperdicie comida —explicó Stein.

Luchó contra la tentación.

—Realmente, tengo suficiente para comer, pero es un verdadero crimen ver que se desperdicia la comida.

Sorbió un poco de su té al jazmín y luego volvió a llenar la pequeña tacita.

—¿Quieres más camarones?

—No, gracias, papá. No puedo comer nada más.

—Estos pequeños figones de Chinatown son los únicos lugares donde puedes encontrar cosas auténticas. Los Breslow me llevaron a comer a un restaurante chino de lujo en La Ciénaga, el pasado lunes. Camareros con chaquetillas blancas, cuencos para limpiarse los dedos con rajitas de limón, una especie de babero para protegerte la pechera, y todo por el estilo. Pero, después de todo esto, ¿qué habías conseguido?

El hijo de Stein sacudió la cabeza para demostrar que no lo sabía.

—*Chop suey*. Eso es lo que conseguías —pronunció Charles Stein con mucha seriedad—. Ninguna de esas delicadezas especiales que los cocineros de North Broadway saben colocar unas al lado de las otras.

—¿Va a hacer Breslow la película? —preguntó Billy.

—Está gastando mucho dinero en la reproducción —afirmó su padre.

—Me gustaría que uno de los grandes se lanzasen a esto. Si la «Paramount» o la «Universal» pusieran sus mecanismos en acción...

Charles Stein alargó la mano para coger dos camarones fritos envueltos en papel y se los llevó a la boca en rápida sucesión. Los masticó y se limpió las manos con la servilleta.

—¿Cómo te encuentras cuando no escribes tu columna en *Variety*? —le preguntó Stein con la boca llena.

—Pero si no he escrito nada...

—Es una broma, hijo —le respondió su padre seriamente.

Dios mío, había oído hablar de la brecha entre generaciones, pero esto era culpa de «San Andreas»...

—Si Breslow coloca juntas inedia docena de peliculitas, las hará circular por el mundo y, a cambio, recibirá tal vez multiplicado su dinero cuatro o cinco veces, y aún seguirá conservando la equidad. No puede confiar en nada parecido si llega a un acuerdo con los grandes.

—Eh, papá —le respondió Billy—. No tenía idea de que supieras tantas cosas sobre la financiación de películas.

—La financiación de películas no se diferencia en nada de cualquier otra clase de financiación —repuso Stein—. Cualquiera que conozca la diferencia que existe entre la tinta roja y la negra puede comprender perfectamente la industria del cine.

—Últimamente has visto muchísimo a los Breslow.

En aquel momento entró una muchacha en el restaurante. El comedor era amplio y estaba lleno de los clientes chinos locales. La camarera la hizo sentarse en un departamento del extremo más alejado de la estancia. Billy Stein admiró su bien cortado vestido de seda de color crema, con el hilo torcido para formar una textura. En la solapa llevaba un pequeño broche de oro. Un pañuelo de seda de vivo color completaba el efecto. La muchacha deslizó sus grandes gafas de sol por encima de la frente, con objeto de echar un vistazo al menú, y entonces miró el pequeño reloj de oro de su morena muñeca.

Durante un momento, se produjo una pausa en la actividad general. El personal y los clientes observaron, a un tiempo, a la hermosa joven mientras sacaba un paquete de cigarrillos del bolso. Un anciano camarero chino se apresuró a encenderle una cerilla. La muchacha estaba fuera de lugar en aquel ruinoso restaurante, en el lado malo de la autopista. Perteneecía más bien al «triángulo dorado», o al club de campo de Bel Air. Pero esto era Los Ángeles, e incluso la visión de una radiantemente hermosa mujer no detenía la actividad más que un momento fugaz. Los tres chinos vestidos con traje oscuro del contiguo cubículo continuaron discutiendo de seguros, los dos hombres de seguridad con camisas azules de la mesa del rincón, volvieron a hablar de nuevo de las entradas del «Dodge Stadium», el barman acabó de mezclar cuatro «Martinis» con vodka y los Stein prosiguieron con el tema de Max Breslow.

—He estado viendo un montón de veces a los Breslow —afirmó Charles Stein— porque deseo no quitar ojo a lo que está haciendo ese pequeño hijo de perra...

Billy Stein sacó unas gafas de sol del bolsillo y se las puso. Las lentes estaban corregidas para su vista y, a pesar de los cristales coloreados, dieron una mejor visión de la joven del otro extremo de la estancia. Decidió que era asombrosa. Se sacudió irnos fragmentos de pastel de la pechera de la chaqueta de algodón de un azul apagado, y se miró hacia abajo, para asegurarse que su gran medallón de oro resultaba visible en la parte desabotonada de su camisa. Calzaba sus botas favoritas, de color castaño claro y de cabritilla italiana, con lazos de abajo arriba hasta las rodillas. La joven debió darse cuenta de aquel movimiento, puesto que alzó la mirada del menú. Él captó sus ojos, pero la mujer apartó la vista con rapidez.

—Pensé que te gustaba...

—Yo dije que era un buen hombre de negocios —respondió Charles Stein, mientras seguía masticando.

Hizo oscilar un trocito de cerdo relleno en un movimiento horizontal para mostrar que su hijo lo había hecho mal.

—Eso no significa que me *guste*.

Mojó el segundo relleno en el platito de soja y se lo llevó a la boca.

—Significa que estoy atento a lo que maquine...

—¿Por ejemplo? —preguntó Billy.

—¿Te sorprendería, Billy, que si Breslow metiese mano en los documentos que sacamos de la mina, ya no me necesitaría?

—No nos necesitaría a ninguno de nosotros —respondió Billy, prestando aún parte de su atención a la mujer, que ahora encargaba su comida.

Tal vez, después de todo, no estuviese esperando a nadie, pensó Billy. Era poco corriente que una mujer tan bien vestida comiese en Chinatown; resultaba impensable que hubiese venido a almorzar aquí sola. De todos modos...

—Está bien —prosiguió Stein—. No necesitaría al coronel Pitman, ni me necesitaría a mí. No precisaría para nada a ninguno de los «Saqueadores». Y esto le vendría muy bien, puesto que no disfruta teniéndome mirando por encima del hombro, e interfiriendo en cualquier cosa que esté haciendo o planeando.

—Si te roba los documentos —siguió Billy—, si los roba y luego no te paga el dinero que necesitas...

Manoseó la cadena de oro que le rodeaba el cuello y apretó con ira el puño.

—Cogería esa vieja pistola «Mauser» que te trajiste de Alemania y lo quitaría de en medio...

—Para, para, Billy...

—Crees que no podría hacerlo, papá. Pero te equivocas. Me llevé esa vieja pistola al desierto el año pasado, y pasé algún tiempo aprendiendo su manejo. Esa «Mauser» es una pistola maravillosa. Me gustaría que hubieran visto lo que le hice a una hilera de botes...

—Breslow no se quedaría quieto como esa hilera de botes, Billy. Olvida cualquier idea de algo violento. No me gusta oírte hablar de esa manera. ¿Qué diría mamá si viviera y te oyese hablar como un rufián del tres al cuarto?

—Muy bien, papá, ¿pero qué harás para asegurarte de que no nos los quita?

—He estado pensando en eso, Billy. En primer lugar, has de comprender los muchos problemas que tendremos para impedir que Breslow averigüe dónde están escondidos los archivos, los documentos y todo lo demás. Es esencial que los conservemos en un lugar secreto tanto para él, como para cualquier persona que sea su socio. Y eso también reza para ese británico...

—Había olvidado que has conocido a ese inglés. ¿Qué tal es?

—Has olvidado algo, Billy —prosiguió Stein.

Vertió el resto del té en su tacita y luego hizo ondear la tetera hacia la camarera, a fin de que trajese más.

—Se hace llamar Boyd Stuart. ¿Qué clase de nombre de marica será ése? Pero no es ningún marica en lo que se refiere a peso; por lo menos, noventa kilos y me parece que sabe cómo arreglárselas y nunca se olvida de su fantasioso acento. Tiene unos cuarenta años..., la clase de cara que hace difícil adivinar su edad... ¡Muy astuto! Tendrías que ver sus ojos...

—Por lo que dices, parece que te gusta aún menos que Breslow —repuso Billy Stein, que hacía ya mucho tiempo que se había acostumbrado a las extremadas e impredecibles pasiones de su padre respecto de las personas que conocía.

—Demasiado ario para mí —explicó Charles Stein—. He visto muchos tipos como él en torno de las celdas de prisioneros de guerra, con los distintivos de la SS en el cuello.

—Deberías dejar de pensar en eso, papá, tal vez...

—Soy racista —Charles Stein completó la frase.

Tomó una de las toallitas calientes que la camarera había traído junto con una nueva tetera de té al jazmín y, bajando la cabeza, hundió el rostro durante lo que pareció un rato muy prolongado. Billy Stein lo aprovechó para mirar si la chica estupenda observaba las abluciones de su padre, y quedó aliviado al

comprobar que la muchacha prestaba toda su atención a su plato de pato rustido.

—Sí, soy racista —siguió Stein, emergiendo felizmente de la toalla como una morsa que sale tras capturar un arenque—. Y ya es muy tarde para que cambie ahora, Billy, puesto que ambos hemos crecido con esto...

Billy asintió y se apretó el lazo de sus botas altas.

—Idealmente —continuó Charles Stein—, hemos de conseguir fotocopias, microfilmes, microfichas o como demonios se llamen. Luego mostraremos lo que tenemos a cualquiera de esas personas, y mantendremos los originales escondidos y guardados bajo siete llaves.

—¿Y por qué no? —le preguntó Billy.

—A veces, me preocupo por ti, Billy. En ocasiones, me pregunto qué les sucederá a todas las acciones e inversiones de negocios, y con el buen trato que conseguimos de aquel corredor de seguros en St. Louis... A veces, me pregunto qué sucederá con todo eso cuando al fin aproveche mi opción de aquel pequeño trozo de césped que compramos en Forest Lawn.

—¡Dios mío, papá, no hables de eso...!

Stein se ablandó al observar el horror de su hijo ante la perspectiva de perderle.

—No podemos sacar microfilmes de todo ese material —explicó—, porque llamaría mucho la atención. Pregúntate cómo podríamos hacerlo. No podemos buscar algún equipo de microfilmadores en las páginas amarillas, sin correr el peligro de que toquen el silbato en cuanto vean en realidad de qué se trata...

—Compra una máquina de microfilmarse —respondió Billy—. ¿Cuánto podría costar? ¿Uno de los grandes? ¿Cinco de los grandes? No creo que llegue a diez billetes; e incluso en ese caso, valdrá la pena si debemos tratar con esa clase de números tipo teléfono de los que siempre estás hablando. ¿Qué es lo que dijo Breslow: cien millones de dólares?

—No, fui yo quien hablé de un centenar de millones de dólares. Breslow tuvo una gran participación en ello.

Se sirvió más té. Billy puso la mano encima de su taza para indicar que ya no quería más.

—¿Y quién manejaría la máquina? ¿Podrías hacerlo tú? ¿O yo? No, se necesita ser experto para hacer funcionar algo así.

Charles Stein sucumbió a la tentación del resto de los tallarines con pollo. Quedaba un poco de huevos revueltos —una especie de brillante cojín debajo de una lonja de carne de pollo— y una pata de camarón con salsa, todo ello

envuelto en el ovillo de los tallarines. Chuck Stein colocó debajo su cucharilla china y dejó un reguero de soja antes de llegar a saborear aquella combinación.

Cerró los ojos con placer. Sólo una vez hubo tragado aquello, volvió a la conversación.

—Ya sabes que soy la única persona que ha examinado esos documentos. El coronel Pitman no sabe leer alemán —su francés es muy bueno, pero su alemán no—, y los otros muchachos del batallón no le concedieron a todo eso la menor importancia.

—Tampoco es una cosa que me interesara mucho —respondió Billy en tono de disculpa—. He leído esos libros de guerra que solías traer a casa, y que me decías que debía leer, pero no me seduce gran cosa. —Billy asestó otra mirada a la muchacha—. Si he de decirte honestamente la verdad, papá, no he comprendido quién ganó la guerra, o ni tan siquiera quiénes combatieron en ella.

Se quedó mirando a su padre, confiando en que se le ofreciese alguna explicación.

—Sí, eso es muy fácil —comenzó Stein—: Hitler empezó a matar judíos, por lo cual los judíos se marcharon a Estados Unidos y fabricaron una bomba atómica para que el presidente Roosevelt les ayudara, pero éste la dejó caer sobre los japoneses.

—Nunca sé cuándo estás bromeando, papá...

—Nunca bromeo —respondió Stein.

Se inclinó a través de la mesa. Metió el codo en la salsa de soja, pero no se percató de ello.

—Esos documentos son pura dinamita; será mejor que entiendas eso. Si ese inglés supiese que te he estado hablando de lo que contienen tales documentos —todas esas cosas acerca de las conversaciones de Churchill con Hitler, en las que le ofrecía un excelente acuerdo para acelerar una rápida paz—, recibiría órdenes...

—¿Qué quieres decir?

Stein echó un vistazo en tomo de la estancia, y luego musitó, aunque no había nadie lo suficientemente cerca como para escucharle:

—Lo que estoy tratando de decirte, Billy, es que los ingleses ya han decidido destruir esos documentos y quitar de en medio a cualquier persona que los conozca...

—Papá, no...

Y estarían locos si no llegasen a tales extremos y dejaran vivo a un muchacho cuyo padre le ha contado todo lo que dicen esos papeles. Lo que quiero decir es que esos británicos no van a comprender que se trata de algo que te entra por un oído y te sale por el otro, Billy. Lo que creerán es que eres un tipo listo que escucha muy bien todo lo que le cuenta su padre. ¿Entendido?

—Oh, vamos, papá... —Billy sonrió y aguardó a que su padre sonriese también, pero Charles Stein no sonrió lo más mínimo. Estaba muy serio.

—Pregúntate qué harías tú en su lugar —replicó Charles Stein con gran calma—. ¿Si tú fueras la Primer Ministro y desearas conservar lo más limpia posible la memoria de Winston Churchill, qué harías?

—No lo sé —respondió Billy.

Ahora su atención ya no se hallaba distraída por lo que le rodeaba.

—Supon que se tratara de Abe Lincoln —insistió Charles Stein—. Supón que un par de piojosos ingleses estuvieran sentados en Liverpool, con un montón de porquerías que demostrasen que Abe Lincoln era un afeminado que mandó un mensaje de felicitación a Jackson después de la batalla de Bull Run. ¿Crees que la CIA aguardaría dos minutos antes de emprenderla con esos dos británicos con cualquier tipo de medios? ¿Crees que dejarían con vida a un par de chantajistas —ésa es la forma en que ellos lo verían, Billy, como chantajistas—, si la memoria de Abe Lincoln estuviese siendo mancillada y Estados Unidos se convirtiesen en el hazmerreír mundial?

—Política...

—Con pe mayúscula, Billy —respondió Stein—. Quiero que te convengas de que te convertirías en un contrato. De ahora en adelante, vigila bien tus pasos; vigila bien las copas y apártate de este asunto. Mantente alejado de los callejones oscuros y avísame inmediatamente si observas algo anormal.

—Te aseguro que lo haré, papá. ¿Crees que debo llevar un arma?

—No sería una mala idea, Billy. Por lo menos, hasta que este asunto se acabe.

—¿Decías que era un tipo grandote, de unos cuarenta años?

—No han enviado a ese petimetre a quitar a nadie de en medio. Tendrán especialistas, de los que llegan a la ciudad, hacen su faena y luego desaparecen.

—¡Dios mío, papá! Nunca sé cuándo estás bromeando... Realmente crees que esos ingleses...

—¿Por qué correr ningún riesgo, Billy? Eso es lo que intento decirte. No te expongas a ningún peligro.

Billy sacó un peine blanco y comenzó a pasárselo por su largo cabello oscuro. Era algo que se mostraba inclinado a hacer en los momentos de inquietud, y su padre se dio cuenta inmediatamente.

—Tal vez me vaya a México —explicó Billy—. ¿Por qué no vienes también? Ese tipo de Ensenada ha convertido el espacio de la cámara frigorífica en un camarote más, todo hecho de roble; realmente, es un buen artesano...

—También habrá hecho muy bien la factura. ¿Has averiguado lo que nos costará que funcione esa maldita barca?

—Pedro es un viejo maravilloso —dijo Billy—. Con su larga barba y su fuerte acento mexicano. ¿Has visto el trozo de película que le hice mientras reconstruía el barco? Podría ser una estrella de cine, o algo parecido.

—Podría ser una estrella de cine —respondió con amargura Stein— excepto que no soportaría una rebaja en su salario.

—Vamos, papá... Ha sido una buena inversión. Con el camarote extra y la ducha, cambiará de la noche a la mañana en comodidades. Lanzaremos el ancla donde abunden los peces y nos quedaremos allí el tiempo que gustemos. Ya no habrá más facturas de hotel, ¿no te parece? Ven conmigo este fin de semana...

—En lo futuro, Billy, será mejor que haga unas cuantas cosas aquí en la ciudad.

—¿Por qué no dejas de mirar el reloj?

—Se supone que Breslow estaría aquí con nosotros para almorzar. Nos dijo que comenzaríamos si llegábamos antes que él.

—¿Aquí en este grasiento tugurio? No es exactamente de su estilo, ¿no te parece?

—Digamos que está loco por los pastelillos calientes chinos. Le conté que éste era el mejor lugar de la ciudad para comerlos. Desea hablarnos de derechos de autor, según dijo.

—Me estaba preguntando por qué te habrías sentado donde pudieses ver la puerta...

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando su padre comenzó a ponerse de pie. Fue algo que no pudo llevarse a cabo sin causar un gran trastorno en las fuentecitas y platos que había encima de la mesa y sin derramar un poco de salsa. Billy arregló aquel desorden con un puñado de servilletas de papel mientras su padre estrechaba la mano y escuchaba las disculpas de Breslow por haber llegado tan tarde.

—Y aquélla es mi hija, Mary —anunció Breslow.

E indicó a la joven que tanto había perturbado a Billy Stein. Su nombre era, en realidad, Marie-Louise, como su madre, pero aquí, en California meridional, prefería la versión sajona de su nombre de pila.

—Mary Breslow —se presentó.

Billy Stein pensó que era el nombre más maravilloso que nunca hubiera oído. Le tomó la mano y bajó la cabeza, en uno de esos ademanes de besamanos que había copiado de una vieja película.

Con tanto jaleo de disculpas y explicaciones, Mary Breslow encontró una nueva oportunidad de estudiar a Billy Stein, y le gustó lo que vio. Aquel alto y bien parecido norteamericano era todo cuanto prometía California. Su largo y oscuro cabello, ondulado y extremadamente limpio, sus dientes blancos y perfectos y aquel moreno, que era de aquella clase de castaño-dorado oscuro que nunca se consigue con lámparas de infrarrojos. Sus levemente desgastadas ropas vaqueras, de trabajo artísticamente raídas en algunos lugares, habían sido cortadas para hacer resaltar sus estrechas caderas y hombros musculosos. Para el caso de que alguien le confundiese con un trabajador manual, llevaba una camisa de seda con monograma, un reloj de oro de pulsera del grosor de un papel y botas altas de cabritilla. Ella ya había oído a sus padres hablar del avión particular de los Stein y de la gran barca de vela con la que visitaba la costa mexicana.

—Debías de haber supuesto que éste era Mr. Stein y su hijo Billy. Deberías de haber echado un vistazo por aquí para encontrarlos y presentarte tú misma a ellos...

La chica sonrió y Billy lo hizo también. Todos se alejaron del caos de la mesa de los Stein y se instalaron en otra.

—Yo no quiero comer nada —declaró Breslow a toda prisa—. Pero me gustaría beber una copa.

Se volvió a la camarera:

—Un *Bloody Mary*, con mucha salsa Worcester.

Breslow se arregló la corbata y se aseguró de que llevaba bien abotonada la chaqueta.

—¿Puedo hablar contigo un momento, Charles? —preguntó con gran formalidad.

—Claro que sí...

Stein se percató de que los desasosegados movimientos de Breslow y su urgente necesidad de tomar un trago, significaban unas circunstancias fuera de lo corriente.

Aquello fue una conclusión confirmada por la velocidad con que Breslow terminó su *Bloody Mary*.

—Quiero enseñarte una cosa que hay en mi coche —le dijo Breslow.

—Está bien, supongo que a los muchachos no les importará aguardar.

Sonrió a Breslow y, en lo que se refería a Billy Stein y Mary Breslow, se encontraban ya enzarzados en una discusión acerca de las discotecas de Acapulco.

Charles Stein siguió a Breslow a la calle. La acera estaba caliente bajo sus pies y, una vez salieron de aquel restaurante dotado de aire acondicionado, la contaminación afectó los ojos de Stein, por lo que tuvo que enjugárselos con su pañuelo de seda. Breslow le condujo hacia la rampa que llevaba al garaje subterráneo del otro lado de la calle, y no dijo nada hasta que llegó hasta donde estaba aparcado su «Mercedes Benz 450 SEL» de color azul pálido.

Stein miró estupefacto el coche: todo el lado derecho estaba aplastado. Las puertas habían quedado empotradas con fuerza en la estructura de la carrocería, y los cristales aparecían también rotos. En la parte delantera del coche, habían desaparecido por completo el guardabarros y se veían las ruedas. Dentro del automóvil, los asientos estaban llenos de cristales rotos y un torcido fleje de cromo había sido hundido en el reposacabezas, por lo que la tapicería estaba desventrada hasta su interior.

—Han intentado matarme, Charles —explicó Breslow.

Stein se lo quedó mirando antes de contestar. Breslow se llevó la mano a la frente, como si estuviera reviviendo aquella experiencia. La mano comenzó a temblarle.

—Será mejor que regreses al restaurante y te sientes —le contestó Stein—. Luego conseguiré un médico y le pediré que te haga un reconocimiento. —Stein contempló de nuevo el coche—. ¿Cuándo sucedió esto?

Breslow se miró el reloj.

—No hace ni veinte minutos. Tomé la autopista de Ventura hasta el Golden State; en la autopista de Hollywood había hoy un gran atasco, según lo que escuché por la radio.

—Es trece, viernes^[2] —respondió Stein.

Dio un puntapié al neumático para comprobar si conservaba la presión.

—¿No eres supersticioso? —preguntó Breslow.

—Esas cosas no me afectan —comentó Stein.

Breslow miró el reloj para comprobar si, efectivamente, era día 13.

—Estuvieron a punto de matarme —repitió.

—Bueno, eso le puede ocurrir a cualquiera, Max. Volvamos y tomémonos otro *Bloody Mary* y piensa que has sido afortunado al no resultar muerto. Ha debido de ser un camión, ¿no?

Breslow tomó el brazo de Stein.

—No lo comprendes, Charles. Cuando he dicho que han tratado de asesinarme, quiero decir exactamente eso. No ha sido un accidente corriente de tráfico. Ese tipo actuaba con otros dos conductores: uno me fue encajonando y el otro me empujó hacia el carril de emergencia y luego intentó aplastarme contra el muro de separación. Detrás de mí, tenía una camioneta golpeándome el guardabarros trasero en cuanto trataba de disminuir la marcha.

—Max... ¿No estarás imaginando todo eso? Algunos de esos tipos son unos locos en la autopista. Es fácil confundir a algún vendedor borracho o a un muchacho drogado con otra cosa.

Stein le cogió por el brazo, pero el jadeo de dolor de Breslow le obligó a soltárselo en seguida.

—Me lastimé un brazo mientras forcejeaba con el volante —explicó Breslow.

Stein pasó la mano por el destrozado coche.

—Mira esto...

—No eran chicos ni vendedores, Charles —Breslow tembló de nuevo—. Observa el tamaño del camión por la forma en que está abollada la parte superior.

Pasó los dedos por la retorcida chapa del techo del «Mercedes».

—Atrás aún se ve pintura roja.

—¡Eres un hijo de perra muy duro, Max! —le dijo Stein en un esfuerzo por animarle—. Te mantuviste fuerte al volante, ¿verdad? No comprendo cómo pudiste llegar con este montón de chatarra desde el cruce de Ventura sin necesidad de una grúa remolque.

Stein se echó a reír y expuso en voz alta sus pensamientos secretos:

—Sólo un alemán puede acudir pidiendo disculpas por haber llegado tarde al almuerzo después de semejante follón...

Max Breslow sujetó con fuerza el brazo de Stein.

—Mary no debe saber nada, Charles, amigo mío. Seguramente se lo contaría a su madre. Debes prometerme que te la llevarás del restaurante. Si viene aquí a buscar el coche de su madre —e hizo un ademán para señalar el «Chevette» amarillo—, es muy probable que reconozca mi «Mercedes».

—Vámonos a tomar un trago, Max.

Stein estornudó cuando el *smog* se le metió por las narices.

—Fue el inglés el que hizo esto, Charles. Estoy completamente seguro.

—¿Por qué?

—Están desesperados por conseguir los documentos. No titubearán en eliminar a quien se interponga en su camino. Debemos ser inteligentes, Charles, o nos matarán a los dos, y entonces no habrá dinero para nadie.

—Les diré a los chicos que ha sucedido algo importante —explicó Stein—. Cuéntale a Mary que me has prestado el «Chevette». De ese modo, no tendrá motivos para venir aquí.

—¿Y cómo volverá a casa?

—Billy la acompañará. Le gusta mucho presumir de su cacharro.

—¿Y no está aparcado aquí?

—Sólo los viejos tontos como nosotros pagamos algo por nada en la actualidad —explicó con amargura Stein—. Billy ha dejado el coche en la acera, como siempre...

Max Breslow miró con interés en torno de la casa de Stein. De acuerdo con las teorías de Stein acerca de inversiones, su hogar estaba amueblado con muebles antiguos muy valiosos. La mayor parte de ellos habían sido seleccionados por él con un tratante que se había beneficiado de los préstamos a corto plazo garantizados por Stein contra el valor de los objetos almacenados por el comerciante. Charles Stein tenía una escasa idea o nula de los antecedentes históricos de sus muebles y alfombras; el descubrimiento de esto perturbó a Max Breslow cuando trató de iniciar una conversación al respecto.

Los dos hombres se hallaban aposentados en dos cómodos sillones del gran salón con una hermosa vista de la ciudad. Breslow observó el piano de cola situado en un rincón de la sala de estar.

—¿Tocas el piano? —le preguntó educadamente.

—Mi mujer insistió en comprarlo para Billy, pero el chico no tiene en absoluto oído...

Breslow asintió con simpatía y observó el piano de cola, encima del cual se encontraban una docena o más de fotos con bonitos marcos que rivalizaban con «Lebensraum». La difunta mujer de Stein aparecía orgullosamente situada allí; enmarcada en fina plata, vigilaba la estancia con su tranquila sonrisa. En las raras ocasiones en que Charles Stein y su mujer habían intercambiado algunas frases ásperas, ella le había dicho que se encontraría mejor y más feliz con un ama de llaves, en vez de con una mujer que era esclava de sus hijos, se pasaba todo el día en la cocina y nunca era apreciada. Mientras vivió su esposa, Charles Stein siempre negó semejante posibilidad, pero los hechos habían demostrado que ella tenía razón. Era más feliz ahora con el ama de llaves, que se marchaba a su apartamentito, y que no se quejaba cuando él se quedaba hasta muy tarde revisando listas de precios o clasificando su colección de sellos de Correos. Y el ama de llaves no exigía muestras de afecto por parte de él, ni se emperifollaba y asistía a funciones de caridad, ni preguntaba por qué Billy no había hecho la *bar mitzvá*, ni le

explicaba a Charles Stein que se encontraría mucho más a gusto si perdiese veinticinco kilos de peso.

El ama de llaves trajo una bandeja con el té y su clase favorita de pastelillos.

—¿Se ha dado cuenta de las flores, Mr. Stein? Ha sido algo muy especial; he comprado más de dos veces las acostumbradas por sólo dos dólares más de lo que solemos gastar...

Stein gruñó. No le gustaban mucho las flores, pero se había acostumbrado a considerar la compra de las mismas dentro del contexto de todos los otros dispendios de la casa.

—¿Quieres una bebida auténtica? —le preguntó a Max Breslow.

El ama de llaves permaneció de pie, con la tetera en la mano, aguardando la respuesta, pero Breslow sacudió la cabeza y la mujer sirvió el té a los dos hombres.

—Te diré una cosa, Charles —comenzó Max Breslow en cuanto la mujer les hubo dejado solos—, debemos movemos de prisa o no sacaremos nada de todo esto, excepción hecha de una muerte prematura.

—Tienes ahora mucho mejor aspecto, Max —replicó Stein—. Empiezas a recuperar el color de la cara.

Se trataba de una observación caritativa teniendo en cuenta el pálido rostro de su huésped.

Breslow sonrió.

—¿Te importa que fume, Charles?

Al ver que Stein se encogía de hombros para indicar que no tenía el menor inconveniente, Breslow sacó de su *blazer* azul una caja de piel. Stein rechazó el ofrecimiento de uno de aquellos cigarros pequeños, oscuros y que olían a demonios, que Breslow encendió con cuidado.

—Debemos dar a la publicidad todo ese material —explicó Breslow—. Creo que haremos un buen negocio, y he consultado con un especialista en derechos de autor...

Alzó la mano que sostenía el cirujano, con la palma en dirección a Stein.

—No te preocupes, Charles. La discusión ha sido mantenida en un nivel hipotético: sin nombres, sin tema, sin nada que pueda asociarse con la película. Pero...

Hizo una pausa mientras chupaba a fondo el cigarro y exhalaba a continuación el humo.

Stein continuó impasible.

—Pero —siguió Breslow— el hecho es que necesitamos establecer una clara alegación de nuestros derechos sobre ese material.

—No tenemos derechos de autor —explicó Stein—. Esto procede de muchas personas que hace mucho tiempo que están muertas: el doctor Morell, los ayudantes de Hitler, secretarias, traductores...

—Has dicho que hace mucho tiempo que están muertos... —respondió Breslow con una sonrisa—. Ésas son las palabras clave. Jurídicamente, tal como lo entiendo yo, el derecho de autor puede ser transferido a un documento de alguna forma privilegiada.

—Nunca te olvides que la ley tiene siempre dos caras —advirtió Stein—. Ya pasé por esa especie de negocio de monos, allá por 1950. Dime lo que has pensado.

—Debes conseguir que todo ese material quede disponible —comentó Breslow—. Es así de sencillo. Hasta ahora hemos actuado de buena fe, pero has de sacar a la luz el material más interesante. Por lo menos, comunícaselo a los traductores, para que podamos enseñárselo a los editores, gentes del cine, etc.

—No hay nada que hacer —respondió Stein de forma categórica.

Breslow se dejó caer hasta que casi se tumbó en el sofá y, con las puntas de los dedos, agarró un cenicero. Con dificultades, se incorporó y dejó caer un poco de ceniza, antes de colocar el codo de una mesita auxiliar.

—Tenemos un buen guión. Me encanta el joven director al que conocí la semana anterior y que está dispuesto a empezar inmediatamente. El productor ejecutivo que empleé en las dos últimas películas está buscando estudios aquí en la ciudad, y nos hemos propuesto rodar algunas secuencias de exteriores en un rancho cinematográfico situado en el desierto. Pronto empezará la película, Charles. Ahora ha llegado el momento de realizar nuestro próximo movimiento.

—Veamos primero qué pasa en una semana o dos. Nunca he prometido nada. Sólo dije que pensaría en el asunto...

—Primero fue: veamos si podemos financiar la película. Luego, esperemos a contar con un guión satisfactorio. Siempre ha sido veamos, esperemos, aguardemos, todo de ese tipo, Charles. Pero ahora, realmente, tenemos que actuar...

—Aún quedan unos cuantos cabos sueltos —repuso Stein—. Quiero conocer al director, echar otro vistazo al guión y examinar todos los contratos que se refieren a la financiación.

—¿Puedo decirte algo, Charles? Sospecho que la verdad es que no *deseas* editar esos documentos. Los has conservado durante tanto tiempo, que se han convertido en una parte de tu vida. Hablas de ellos de la misma manera que de tu colección de sellos. Nunca venderás tus sellos —por lo menos, así me lo dijiste el lunes pasado—, y estoy comenzando a sospechar que eres igualmente reacio a perder la posesión de esos documentos.

—Tal vez haya algo de verdad en eso —concedió Stein.

—En una situación normal, tal vez eso no importara mucho —repuso Breslow—. Pero ahora estamos jugando muy fuerte, amigo mío. ¿Sabemos cuánto dinero se puede conseguir con una cuidadosa y hábil utilización de esa buena baza? Y no debemos cometer ningún error respecto del precio que acarrearía el fracaso. —Breslow se frotó el brazo—. ¿No es suficiente para ti que el británico tratara hoy de matarme? ¿Cuánto tiempo crees que pasará hasta que cometa otro atentado así, pero esta vez contra tu vida? ¿Y cuánto tiempo hasta que se decidan a matar a tu Billy? ¿O a mi hija Mary? Pregúntate a ti mismo todo esto mientras pides más tiempo, para pensar en el guión, en el director y en la financiación de la película...

—Conseguiré alguna protección para Billy —respondió Stein.

Se secó la boca con el dorso de la mano.

—Me pondré en comunicación con esas compañías de seguridad, para que le vigilen las veinticuatro horas del día.

—No trates de engañarte a ti mismo —dijo Max Breslow—. Si algo le sucediera a Billy, no me perdonaría el no haberte prevenido de que esa gente son asesinos profesionales. No son unos simples asaltantes que sólo buscan dinero para perros; son asesinos... Eso que dices de un par de tipos de una compañía de seguridad... Esa clase de hombres, fenomenalmente entrenados, que los Gobiernos emplean, los matarían sin un momento de duda o vacilación. No, tienes que hacer algo mejor que eso, si quieres dormir todas las noches sin pensar continuamente en Billy...

Charles Stein no se movió, ni siquiera parpadeó. No era la primera vez que Max le comparaba con los grandes reptiles que, en ocasiones, había visto en los desiertos californianos. ¿Pero pertenecía a una variedad de reptil inofensivo, se preguntó Breslow, o era peligroso? Cada vez que trataba de pensar en esto, encontraba algo en Stein que le hacía detenerse. Stein removió su té y luego sorbió la cucharilla, antes de beberse la taza.

—¿Qué vas a hacer con respecto a Mary? —le preguntó Stein.

—¿Yo? —respondió Breslow.

Como si de repente recordase el accidente de tráfico, se pasó los dedos por el brazo hasta hallar un lugar que le hizo encogerse.

—No vale lo suficiente como para hacerse matar por ello, Charles. Y no permitiré que mi familia sufra. Me pondré en contacto con nuestro amigo, Mr. Boyd Stuart, y me aseguraré de que comprende que no he tenido accesos a los restantes documentos, que no los he visto nunca. Esto será suficiente para apartarme de la línea de fuego.

Breslow se inclinó hacia delante y dio unos golpecitos en el brazo de Stein.

—Eres tú quien tienes que preocuparse, amigo mío...

—Eso es lo que debe unirnos —respondió Stein.

Seleccionó uno de los pastelillos de coco que le gustaban mucho. Masticó un pedazo y luego estudió el relleno.

—Soy demasiado viejo para morir de manera violenta —dijo Stein—. Me lo he representado muchas veces. Eso de estar en el piso de arriba, en la mejor habitación, con Billy y sus nietos, escuchando lo que tenga que decirles acerca de inversiones.

—No es un asunto para reírse —se quejó Breslow, que sintió que su propia vía de escape no había sido amenazada suficientemente en serio.

—No estoy bromeando —repuso Stein, mientras se comía el resto del pastelillo—. Deberías probar uno de éstos —le aconsejó—. Los compro en una pequeña panadería en Glendale. Tal vez parezca un sitio muy lejos para ir a buscar pastelillos, pero no hay ningún otro que emplee auténtico coco y haga la masa con mantequilla.

—Permíteme plantearte una pregunta hipotética —le dijo Breslow—. Eres un hombre de negocios, ¿verdad? Y ninguno de los dos es ya joven, amigo mío...

El rostro de Stein continuó siendo inexpresivo. Breslow hizo ondear su puro para señalar aquella estancia tan lujosamente amueblada, los candelabros de cristal tallado y el iluminado aparador que contenía una valiosa colección de figuras de porcelana, que Stein raramente miraba.

—Has hecho en la vida todo cuanto has querido. ¿Puede el mundo de los negocios ofrecerte realmente algo?

—Escúpelo —le apremió Stein.

—Pues bien, supongamos que soy capaz de prepararte la venta de tus documentos... Supongamos que incluimos una cláusula en que se te otorgue un porcentaje de los beneficios conseguidos por la película, al mismo tiempo que te embolsas una cantidad de dinero considerable... ¿Qué te parece acabar

de una forma sencilla y rápida con todo esto y poder dedicar tu atención a algo más?

Cuando Stein replicó, su voz fue ronca y un tanto tartajosa.

—Ya te he dicho antes, Max, que sólo soy el representante de un sindicato. No poseo esos documentos. Sólo tengo una pequeña participación en los mismos. La gente para la que trabajo confía en mí y en mi buen juicio. Tengo que seguir de cerca este acuerdo y asegurarme de que mi grupo recibe un trato justo.

—¿Y por qué no? —rebató Breslow—. No estamos tratando de vender algo a bajo precio. Lo que te digo es que alguien con un gran respaldo financiero se puede hacer cargo de este proyecto, y sacar más dinero de él de lo que nunca lograríamos conseguir nosotros. Conozco una compañía que se ha diversificado en películas, televisión, libros en tela y bolsilibros. Conseguiríamos dinero en efectivo, Charles. Y una compañía como ésta no sufriría la clase de amenazas físicas que los ingleses nos están infligiendo. —Se volvió a frotar de nuevo el brazo—. ¿Tienes los documentos aquí, en la casa?

—No me apremies, Max.

—Muy bien —respondió Breslow.

Situó el puro en el cenicero, de una forma en que quedase claro que había acabado con él. Luego se levantó para marcharse.

—¿Quieres volverme loco?

—¿Cómo podría ser eso posible, amigo mío? Somos, virtualmente, socios, ¿no es así? Estoy muy preocupado por ti. Confiaba en que me dijeras algo para que nos ayudáramos mutuamente en el apuro actual...

—Te telefonaré esta noche, Max.

Stein hizo tintinear reflexivamente la cucharilla contra su taza.

—O, si falla algo, será la primera cosa que haré mañana por la mañana.

—Muy bien, Charles, pero asegura las puertas con doble vuelta esta noche. Esa gente sabe lo que hace...

—Aún tengo algún truco debajo de la manga —respondió Stein.

Max Breslow sonrió de manera condescendiente.

Claro que lo tienes, Charles. Pero confiemos en que no tengan que demostrarte cómo actúan...

Billy había llegado y aparcado su «Thunderbird» en el momento en que ya se marchaba Breslow. Ambos Stein se quedaron un momento, mientras Breslow se situaba en el asiento del conductor y tocaba nerviosamente los mandos del «Chevette» amarillo de su mujer. No era un coche que le gustara

conducir a Max Breslow: sólo en su gran «Mercedes» se sentía realmente a gusto.

—Benedict Canyon estará mejor a esta hora del día —le dijo Billy, que acababa de regresar de dejar a Mary Breslow en su casa—. Le llevará hasta la salida de Van Nuys. La autopista Ventura ya estaba atestada cuando volvía hacia aquí. O también puede tomar Mulholland Drive...

Breslow sacudió la cabeza. La ruta que atravesaba las colinas proporcionaba unas dramáticas vistas del valle y de Los Ángeles, pero era una carretera muy empinada y ventosa, con escalones laterales que requerían bastante precaución.

—No, iré por la autopista —respondió Breslow—. Un conductor decidido puede encontrar sencillo precipitar fuera de la carretera a este cochecito, y hay lugares en que un coche desaparecería en los declives y no sería visto durante semanas...

—Haz lo que quieras —le respondió Stein—. Pero me parece que exageras...

—Nos telefonearemos cuando tengas un momento para pensar en todo lo que te he dicho.

—Claro que sí —repuso Stein.

El «Chevette» retrocedió por la rampa con un rugido del motor y gran humareda; luego, como si Breslow sintiera la necesidad de ello, se lanzó por Cresta Ridge Drive, conduciendo por las pronunciadas curvas con exagerado cuidado.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Billy.

Los dos hombres entraron, y Charles Stein le contó a su hijo todo lo que Max Breslow le había dicho. Billy dio unos pasos por la amplia sala de estar, pulsando distraído algunas notas en el piano de cola, sirviéndose asimismo uno de los pastelillos de coco preferidos de su padre. Al final del largo relato, Charles Stein aguardó la reacción de su hijo.

—Estoy seguro de que no le ocurrirá nada a Mary —fue todo su comentario.

Su padre suspiró ruidosamente.

—Se trata ahora de Mary, ¿verdad? Pero si la acabas de conocer en el almuerzo... ¿Qué te sucede? ¿Amor a primera vista? —le preguntó—. ¿O estás escribiendo un nuevo musical para la Streisand? ¿Vas a seguir dando vueltas a la alfombra como si fueses un toro en celo?

Billy sonrió con ansiedad.

—Sabía que te ibas a poner tonto —le contestó—. Ya le conté a Mary que tienes manías hacia los alemanes y que te pondrías en seguida por las nubes...

Billy se percató de que su padre parpadeaba con rapidez. A pesar de la inmovilidad de la gran mole de su padre y de su rostro inescrutable, Billy reconocía esto como una señal de peligro.

—Has estado discutiendo acerca de mí, ¿verdad? Has dado un paseo con tu cacharro, mientras atronaba Mantovani en el estéreo y has hablado de los defectos de tu padre. Dime, Billy. ¿Ha *intercambiado* ella confianzas de alguna clase? Me refiero a si te ha contado algo de su querido papaíto, de las pasiones y preocupaciones de Max...

Billy sonrió con divertida exasperación, moviendo las manos en un esfuerzo por calmar la furia de su padre.

—Todo cuanto dije fue... Si me estuvieras escuchando, papá... Te habrías enterado de que todo cuanto dije fue que no me gustaría que le sucediese nada a esa chica. ¿Entendido? No tienes que sacar a relucir todas tus teorías racistas...

—Ahora mi hijo me da lecciones de intolerancia. Oye, Billy, ¿no te he contado que pasé algunos años de mi vida luchando contra los nazis?

—¿Me has contado alguna vez algo más?

Aquella discusión había degenerado por sus cauces habituales, y ninguno de los dos se la tomó en serio. Charles Stein murmuró algo inaudible y se comió el último de los pastelillos de coco.

—No me has hablado de lo afortunado que he sido por tener una buena educación, el «Cessna», el deportivo, la barca y todo lo demás...

—No fuerces tu suerte, Billy —repuso Stein.

Y su hijo fue lo suficientemente prudente como para aceptar esta advertencia.

Charles Stein se dirigió al interconector rojo y apretó el botón para conectarlo con el teléfono del apartamento del ama de llaves.

—Voy a salir —le dijo—. Tal vez regrese muy tarde esta noche. No abra la puerta a nadie. Cierre las puertas con doble llave y compruebe el cierre de las ventanas. He oído que la semana pasada ha habido algunos robos por las colinas. Y es viernes y trece, Mrs. Svenson.

Colgó sin esperar la respuesta de su ama de llaves.

—¿Dónde vas? —le preguntó Billy.

—A visitar a un compañero —respondió Stein.

Y Billy supo que no le sacaría a su padre nada más.

19

Charles Stein no era la clase de hombre al que se viese con frecuencia en el vestíbulo del «Gnu Club». Su descuidado aspecto y sus bruscos modales indujeron al personal a creer que se trataba de un turista, o de un borracho en busca de una cerveza y de bailarinas go-go. El recepcionista era un joven delgado con gafas sin montura, que conservaba bien en la memoria los rostros de los clientes más generosos y que era capaz de recordar también sus nombres. Intercambió una mirada con un hombre fornido, sentado discretamente detrás de la ventanilla del guardarropa. En silencio, el hombre se puso su gorra de visera, salió hasta la gruesa alfombra y se quedó de pie, donde el foco colocado debajo de unas rosas de tallo largo iluminaba su brazalete de «guardia de seguridad», al mismo tiempo que sus grandes músculos.

—Buenas noches, señor.

El guardián empleó aquel tipo de exagerada educación que constituye, inconfundiblemente, una señal de intimidación.

Stein parpadeó hacia él, pero no respondió.

—Le he dicho buenas noches, compañero.

—Yo no soy su compañero —le dijo Stein—, y si se hace a un lado iré al piso de arriba.

—Oh, de eso se trata —repuso el guardián secamente—. ¿Ha venido a utilizar el retrete?

Por encima del hombro de Stein, hizo una mueca al joven recepcionista.

—No —respondió Stein.

—Inténtelo en el «Alcove Club», que está a corta distancia de esta manzana —le aconsejó el guardián—. Esto es sólo para tipos ricos.

—Soy el padre de un chico rico —contestó Stein.

—Eh, es un bromista —le dijo el guardia al recepcionista—. Muy bien, gordinflón, vete de aquí con tus bromas. Sal a la calle y echa a andar. Para estar aquí se necesita esmoquin. Y una camisa limpia.

Sonrió al recepcionista. El guardián se había acercado ahora más a la luz. Ésta brilló sobre su pulido cinturón de cuero y cruzó hasta la insignia de cromo que llevaba en su camisa azul.

—¿Cuándo querrá hacerse a un lado? —le dijo de nuevo Stein.

El guardián entrelazó sus manazas y comenzó a hacer crujir una a una las articulaciones de los dedos, como si estuviese contando.

—¿Y no te gustaría aprender a volar, gordinflón? —le dijo.

Empujó la cintura de Stein con la suficiente fuerza como para detenerle.

El recepcionista irguió la cabeza para asegurarse de que no entrase ningún cliente importante por la puerta principal y fuesen testigos de cómo un presunto cliente era maltratado. Por esta razón no vio lo que ocurrió a continuación. Por ello, manifestó su pesadumbre durante las semanas siguientes. Escuchó un gruñido de dolor, un grito sofocado y el resonante estruendo de un pesado cuerpo que se desplomaba contra el suelo. El jarrón de rosas se cayó también y se rompió en mil pedazos.

—Eso de volar es sólo para los pájaros —le estaba diciendo en voz baja Stein al postrado guardián, mientras se quitaba del puño unos nudillos metálicos.

Delicadamente, con la puntera de su zapato de dos tonos, dio la vuelta al gimiente guardián de seguridad hasta que pudo verle la cara. Las rosas de largo tallo se habían enredado alrededor del corpachón del guardián y su uniforme estaba mojado del agua del jarrón.

El petrificado recepcionista oprimió los botones apropiados en el teléfono y dijo:

—Recepción. Aquí hay un tipo que está destrozando el local. —Una pausa—. No, Mr. Delaney, no puedo recurrir al guardián de seguridad, puesto que ya lo ha derribado.

Colgó el teléfono.

—Ahora vendrá Mr. Delaney —explicó el recepcionista, más para sí mismo que para Stein o el guardián.

Stein se metió los nudillos metálicos en el bolsillo y aguardó a que sucediera algo. Detrás de una puerta con el letrero de «Privado» se escuchó el sonido de unos pasos que se apresuraban por las escaleras. Dos hombres atravesaron la puerta casi a la vez. Uno de ellos llevaba una porra corta, mientras detrás de él, un hombre mucho mayor empuñaba una pistola, apuntada hacia el suelo. Se trataba de un arma muy vieja, cuyo pavonado azul era ahora casi brillante.

—Muy bien —dijo el hombre de la porra.

Era un hombre joven, con un caro traje de seda y una camisa de noche de volantes. Su rostro estaba cansado y comenzaba a quedarse prematuramente calvo, pero tenía los anchos hombros y bíceps, que sólo son resultado de una vida enteramente dedicada a levantar pesas.

—¿Dónde está?

El guardián de seguridad se encontraba aún postrado en el suelo, con ambas manos agarrándose la cintura. Gruñó. Tenía una rosa entre las piernas.

—¿Quién te hizo eso, Murray? —le preguntó el joven.

El guardián gruñó de nuevo.

—Fui yo —respondió, simplemente, Stein.

—¿Usted le *golpeó*?

El joven pareció ultrajado.

Luego dijo:

—Murray y yo vamos al mismo gimnasio.

—Lo siento; no lo sabía —respondió Stein en tono de disculpa.

—Váyase de aquí, señor —dijo el joven Delaney, teniendo cuidado en no manejar la porra de forma que pudiese interpretarse como una amenaza.

—¿Quieres que te dejen para el arrastre, chico? Es Chuck Stein. No aguanta insolencias más que de mi parte.

El Delaney mayor era un hombre grueso, más alto que Stein, con los suaves movimientos parecidos a un gato que proceden de un buen estado físico. Estaba moreno y poseía esa clase de pelo naturalmente ondulado que responde muy bien a una permanente semanal.

Ahora todos miraban hacia el guardián que, dándose cuenta de que constituía el centro de la atención, trataba de incorporarse.

—Deberá buscarme un nuevo vigilante, hijo de perra —le dijo Delaney a Stein.

Colocó el pie en el hombro del guardián y oprimió con fuerza hacia el suelo.

—¡Estás despedido, estúpido! —exclamó.

Recogió la gorra del uniforme del vigilante y la colocó con cuidado en una mesita auxiliar.

—De todos modos, este tipo no era muy bueno —comentó Stein—. Te he hecho un favor...

—Todo está en orden —le dijo el Delaney mayor al recepcionista—. Eche a esta basura de mi vestíbulo. Y telefonee a la agencia para que nos manden otro. Quiero que esté aquí antes de las nueve, en el caso de que esos tipos de

la convención de microlentillas estén aún en la ciudad. Permaneceré en mi despacho con Chuck. Llámame si me necesitas...

Su hijo asintió. Sabía lo que aquello significaba: Llámame sólo en el caso de que te encuentres desesperado.

—Por lo que veo, aún conservas tu «Colt» del Ejército —le dijo Stein—. Se lo diste a Parke Bernet para una subasta y pujaste tú mismo por el revólver.

Delaney se echó a reír, colocó un brazo alrededor de los hombros de Stein y le condujo escalera arriba.

—Deberías haber telefoneado, Chuck. ¿O estás aquí para venderme protección?

Los dos hombres rieron ahora a la vez.

El negocio de Jerry Delaney era un club de chicas desnudas que contravenía las reglamentaciones de la mayor parte de las ciudades del Condado de Los Ángeles, así como infringía también las reglas específicas del Departamento de Control de Bebidas Alcohólicas, que era el que concedía licencias a los bares. Pero esto era Lennox, una zona aún no incorporada en el camino al Aeropuerto Internacional de Los Angeles, donde nada funcionaba. En el «Gnu Club», de Jerry Delaney, podías hacer una apuesta o acostarte con una chica; beber, fumar porros o drogarte con todo lo que Jerry traía de México o de más allá todavía.

La parte de Jerry Delaney del dinero de Kaiseroda la invirtió en este edificio de dos pisos, señalado por una marquesina amarilla y una estropeada palmera. Un gran escritorio de roble dominaba el amplio despacho del piso de arriba, y a su alrededor aparecían colocados cómodos sillones de cuero, de esa clase que siempre se asocia con los clubs sólo para hombres. En el escritorio aparecían tres teléfonos de colores diferentes, un gran juego de escritorio con una pluma de oro y plata y un par de zapatitos de bebé colocados en un gran bloque de plástico transparente. Llegaba una música suave de algún oculto altavoz. Jerry Delaney oprimió una tecla y la música cesó.

—¿Quieres remojarte los nudillos en un poco de alcohol?

Se dirigió a un aparador de bebidas con un gran espejo y sacó dos copas.

—Vino para mí, Jerry, por favor...

Jerry Delaney sirvió para cada uno un vaso de vino blanco de California. La noche era aún joven y el propietario de un club nocturno necesitaba tener la cabeza despejada en aquella zona de la ciudad.

—Me alegro mucho de verte, Chuck. Tengo lo que pedías.

Situó la mano en un costado de la botella para comprobar su temperatura, y luego, tras decidir que no estaba lo suficientemente fría, echó un par de cubitos de hielo en cada copa.

Se dio la vuelta y vio que Stein contemplaba las fotografías enmarcadas. Cubrían la pared de detrás del escritorio, hasta el punto de que casi tapaban el rico empapelado. Allí había docenas de fotografías, la mayor parte de ellas del tipo favorito de los propietarios de restaurantes y clubs. Los focos del *flash* habían congelado a Delaney y a algunos de sus más famosos clientes en difíciles poses. Inclinandose precariamente encima de mesas de comedor, sosteniendo la inevitable copa de champaña y mirando a la cámara con una sonrisa fija y desesperada.

Pero Stein no estaba estudiando ninguna de las fotos tomadas en el «Gnu Club». Contemplaba una foto brillante 8×10 del cuerpo de transmisiones, en las que se veía un «M-3» lleno de barro; un autocañón, que llevaba montado una pieza de artillería de 75 mm. Alineados delante de él, se encontraba un grupo de hombres con camisas de lana y pantalones con polainas, todo aquello que era conveniente para el lluvioso invierno tunecino. Detrás del «destructor de carros» se veían algunas casas y un grupo de palmeras, inclinadas en dirección a los vientos dominantes. Stein, que ya era un joven gordinflón, estaba sentado en el techo de la cabina; Delaney, en el asiento del conductor. De pie en el techo de la cabina, con los brazos abiertos como si quisiera abrazar el mundo, se encontraba Aram, el bien parecido hermano menor de Stein. Parecía muy joven, como un chiquillo vestido con ropas de mayor.

—A la salud de Aram —comentó Jerry Delaney antes de beberse el vino.

Stein alzó su copa, pero no habló. No podía apartar los ojos de la foto. En ningún lugar de su casa aparecía un retrato de su hermano; el dolor era aún demasiado fuerte para poder soportarlo. Pero ahora, enfrentado con el rostro de su hermano, no pudo apartar la mirada de él.

—¿Aún le echas de menos, Charlie?

Stein asintió y se bebió de un trago su bebida, de tal modo que casi se atragantó.

—Nunca debí permitirle conducir aquel maldito jeep —comentó Stein.

—¡Dios mío, Charlie! Aún te estás culpando de eso, ¿no es verdad? Ocurrió hace treinta años, y no fue culpa tuya, gordinflón...

—Nunca debí dejarle conducir aquel jeep. Era sólo un niño... Tú o yo hubiésemos visto aquellas minas...

—No las vimos al atravesar el sendero —respondió Delaney—. Debimos pasar condenadamente cerca de ellas...

Delaney tocó brevemente el hombro de Stein.

—Deja de preocuparte, Charlie. A Aram le gustaba mucho estar contigo. ¿Crees que hubiera querido dejar de ir a la guerra en tu compañía? Hubiera aborrecido quedarse en casa...

Stein asintió y dio la vuelta. El tema estaba cerrado. Ambos se bebieron el vino y se estudiaron el uno al otro, con aquella imparcialidad que todos los hombres emplean para observar una pelea entre sus amigos y irnos mayores.

—Así que el Banco necesita cien millones de dólares —le dijo Jerry Delaney.

—Los necesitamos nosotros —le corrigió Stein—. Es nuestro Banco...

—Yo lo he hecho todo bien —replicó Jerry.

—El coronel está abrumado.

—Él debe conseguirlo —prosiguió Delaney—. Él es el que se cuidaba de hacer funcionar el Banco, ¿no te parece?

—Lo está intentando. Pero...

Stein alzó la mano.

—Me ha gustado tener una participación en un Banco suizo —le explicó Delaney—. Me ha concedido un toque de distinción.

—Aún no ha terminado por completo —repuso Stein—. Saldrá de esto...

—Esto no es exactamente Disneylandia —prosiguió Delaney—. Anoche tuve aquí a seis sabelotodo que metieron a una de mis camareras con los pechos al aire en el exhibidor de helados... Tuve que llamar a la «poli», y en mi clase de negocio no es buena idea empezar pidiendo ayuda a la «poli». Seis honorables mirones petimetres de la convención de microlentillas... ¿Qué demonios va a pasar, Chuck?

Stein meneó la cabeza. Delaney no comprendió lo que le estaba diciendo.

—Es algo realmente malo —siguió Stein—. Estoy tratando de llegar a un acuerdo con el que enjugar nuestras pérdidas, gracias a lo que saquemos de todos los chismes de los que nos apropiamos.

—¿Aquellos documentos y carpetas?

—Pero son unos tipos duros de pelar, Jerry. Llevé aquel «Mauser» de recuerdo al club en Roscoe. También han conseguido un fusil...

Jerry Delaney meneó la cabeza. Aquellos viejos tipos como Stein deberían dejar a un lado las armas, especialmente aquellas antiguas pistolas recuerdo de la guerra. Pero no lo dijo, sino que trató de animar a su amigo.

—Yo diría que aún sabes apañártelas tú solo, Chuck, a juzgar por cómo has quitado de en medio a mi guardaespaldas del piso de abajo.

—No estoy preocupado por mí —respondió Stein—. Pero mi hijo Billy no sabe lo bastante para meterse en estos quebraderos de cabeza...

—Esos chicos —repuso Delaney— no saben distinguir una cosa de otra. Suspiró. Se apoyó en el borde del despacho.

—¿Has visto ahora mismo a mi Joey? ¿Qué hará cuando yo desaparezca? ¿Te lo imaginas dirigiendo este antro? No podría ni siquiera manejar a una chica escultista que hubiese perdido sus pendientes. ¿Qué haría si las pandillas empezasen a actuar aquí como ya lo intentaron en los años sesenta?

—¿Y tú qué hiciste, Jerry?

—Ya sabes lo que hice, Chuck. Cogí a unos de mis mejores hombres y les planté cara.

—¿Y eso qué quiere decir?

Delaney miró ansioso a su alrededor y luego se inclinó hacia delante, antes de responder en voz baja:

—Conseguí un tipo en Nueva York, un especialista en explosivos. Se fue a Las Vegas y montó un par de explosiones en mi nombre. Uno de esos rufianes salió volando por el techo de su limusina. Pero siguieron aún detrás de mí. Luego hice venir a un fulano de Nueva Jersey. Me fue recomendado por un tipo con el que hago negocios. Se cargó a un pez gordo aquí, en la ciudad, y después de eso captaron al fin la idea de que no me iba a asociar con ellos...

Stein asintió tristemente. No veía ninguna clase de paralelismo con él.

—Pues éste no se va a quedar tranquilo, Jerry. Me parece que he metido los dedos en un avispero. Y no sé cómo salir de él...

—¿A qué te refieres?

—Significa que tengo que largarme, Jerry. Y muy de prisa. Ésa es la razón de que haya venido a pedirte los documentos.

Una vez dicho esto, se bebió un poco más de su vino. Su amigo se dirigió a la caja de seguridad que tenía en un rincón, abrió la puerta y sacó un abultado sobre de papel manila. Se lo dio a Stein y observó cómo poma su contenido, uno al lado de otro, encima del escritorio. Se veía un pasaporte brasileño (completo y con la foto de Stein), a nombre de Stefan Wrzoseki.

—Es un nombre polaco —le explicó Delaney—, aunque nadie esperará de ti que hables en portugués.

También había allí un certificado de nacimiento, fechado el 19 de octubre de 1926, copia facilitada por el ministro del Interior polaco, en Varsovia, en

1938. También apareció un permiso de conducir expedido en Francia. Asimismo había una tarjeta de «American Express».

—Se trata de una falsificación. ¡Por el amor de Dios, no compres nada con ella! Sacaron el número de unas cuantas sin usar, por lo que no pueden manejarla en sus computadoras. Pero puedes emplearla como documento de identidad...

—Ese tipo sabe trabajar —comentó admirado Stein.

—Es el mejor —respondió Delaney—. Ahora ya lo tienes todo preparado.

—No, Jerry. Todo esto es para ayudar a un hombre que huye. Pero en el momento en que deje de huir, necesitará algo más que todo eso...

—¿Por ejemplo?

—Necesita un historial, Jerry. Referencias, cuentas bancarias respaldadas por gerentes de Banco con los que juegue a la pelota..., tarjeta de la Seguridad Social y todas esas porquerías. Necesita algo que se pueda meter en la computadora...

Delaney arrugó el ceño.

—Puedo pagar —le explicó Stein.

Se produjo un momento de silencio. Luego Stein prosiguió:

—Hace un momento te he dicho una mentira. Te he contado que no estaba asustado. Y sí estoy asustado, Jerry.

Jerry Delaney miró sorprendido a su amigo.

—Te prestaré la clase de ayuda que necesitas, Chuck. Pero, Dios mío...

Delaney se dirigió a la ventana y se quedó mirando la atestada calle que estaba abajo.

—Se cargaron a ese MacIver.

—Eso te ha ahorrado algunos dólares —respondió Delaney.

—Lo siento por el tipo —repuso Stein—. Y aquel tiroteo en el bar de la Western Avenue no fue ninguna niñería. MacIver hacía negocios con un tipo llamado Lustig, y lo último que he sabido es que Lustig murió repentinamente. La pequeña compañía cinematográfica de Lustig ha caído en manos de un teutón llamado Breslow, y éste ha sido embestido por un camión en la autopista. ¿Y cuál es el nexo de unión, Jerry? El nexo de unión es todo aquel material que nos llevamos del pozo número dos de la mina de sal de Kaiseroda, Jerry...

Había luces de neón por todas partes. En la calle, algunos hombres miraban sin propósito fijo las fotos de chicas que había afuera de los espectáculos psicalípticos y echaban una ojeada en los bares de camareras *topless*. Los coches cruzaban por allí continuamente, con su único ocupante

avizorando por las calles y umbrales. Delaney no vio nada de esto, ni tampoco observó el gran «Caprice Classic», aparcado cerca de la marquesina del cine porno del otro lado de la calle, o al oficial encargado de Boyd Stuart, o al jefe de sección de la Costa Occidental, que estaba sentado muy atrás, en las sombras, observando el club. Los agentes británicos llevaban esperando aquí desde que Stein entrara en el «Gnu Club».

En el despacho de Delaney ningún hombre habló o se movió. Delaney nunca había visto antes asustado a su amigo, y mucho menos lo había admitido.

Finalmente, Stein dijo:

—Y mi hijo Billy... También he de tener documentos para él. —Stein bebió más vino—. Aunque no sé si vendrá conmigo. Dice que soy un ignorante, que no tengo modales... No le gusta ni mi forma de comer ni mi forma de hablar...

—Esos chicos presumidos son todos iguales —le respondió Delaney, de aquella forma automática con que la gente habla cuando tiene la cabeza concentrada en otra cosa—. Pagué para que mi Joey fuese a la Universidad, y volvió con toda clase de grandes ideas acerca de que debería vender el club y dedicarme a negocios de la propiedad inmobiliaria... Condenados chicos...

Volvió a la ventana, cerró las persianas y corrió las pesadas cortinas.

—Hemos hablado de los pandilleros, Chuck. No existen otras personas lo suficientemente organizadas como para facilitarte una nueva identidad.

Delaney jugueteó con la cuerda de las cortinas.

—Me hicieron jurar silencio. Prometí que nunca se lo contaría a ningún bicho viviente. —Se quedó mirando a Stein—. Petrucci —dijo de repente, como un hombre que se zambulle en el agua fría. Se dio la vuelta y jugueteó con la foto de su mujer y familia, sentados al lado de la piscina en su casa de verano en Lake Tahoe.

—Bud Petrucci. ¿Lo recuerdas? Es el que consiguió esas cosas para ti. Te recuerda muy bien. Te envía sus mejores deseos y le gustas mucho...

Delaney hizo un ademán hacia el pasaporte falso.

—¿Petrucci?

—Sargento Petrucci. Un tipo pequeño y nervioso, un superviviente de los camiones que cruzaron el valle delante de nosotros. ¿Recuerdas que observamos el humo y nos preguntamos de qué se trataba? Luego vimos tres cadáveres —uno de ellos negro—, todos en pelotas, y tú dijiste que debían de ser soldados americanos a causa de lo limpios que estaban sus cuerpos...

Stein sintió de repente frío, tanto frío como si estuviese de nuevo en aquel gélido invierno tunecino.

«Tan frío como el corazón de un corredor de apuestas», comentó su hermano Aram, y ambos habían reído. Fue una larga y lenta ascensión de las columnas por aquellas empinadas cuestas de las colinas salpicadas de piedras. En la cresta de aquella baja elevación se encontraban expuestos al viento. Debajo de ellos se veía vegetación y, al fondo del barranco, donde la tierra era roja, se veía un hilillo de agua. Deberían cubrirse allí, protegerse de los ataques aéreos y de los ojos de las unidades de reconocimiento enemigas, y también contra los elementos. Pero allí habría también barro.

Stein se limpió el polvo de la cara, como hacía muy a menudo, y resolvió conseguir unos anteojos a cualquier precio. Todos los tenían, incluso los árabes del desierto, todos los llevaban excepto los soldados del Ejército, que tenían que pagar por ellos. Detrás de él oyó el movimiento de una ametralladora que se montaba, mientras su hermano Aram avizoraba el cielo en busca de aviones. Por lo menos, Stein había sido capaz de conseguir unos anteojos para su hermano menor; y daba las gracias por ello.

Allá arriba, una columna de humo señalaba la colina a la que la columna de suministros había llegado, poco antes de radiar sus llamadas de auxilio. Delaney conducía, Stein iba a su lado. Iban «en punta», y eso significaba que se trataba del primer vehículo que encontraría cualquier cosa que se presentase. Fue Stein quien divisó el camión, con los ejes profundamente hundidos en la blanda arena, después de haber derivado entre la maleza. Pero fue Delaney el que vio los cadáveres.

Eran tres, esparcidos junto al pequeño sendero. Uno era negro, y los otros dos con piel más pálida que la de cualquier nativo.

—Soldados americanos —comentó Stein—. Desvalijados por los árabes en los pocos minutos que hemos tardado en atravesar el valle. Incluso les han quitado sus placas de identificación.

—¿Soldados americanos? —respondió Delaney—. ¿Y cómo lo sabes?

El motor se atascó. Estaba sobrecalentado. Apretó el arranque, pero el motor no respondió. De repente, se quedó silencioso.

—Porque están muy limpios —respondió Stein.

Los tres cadáveres eran todos muy jóvenes, realmente poco más que chiquillos. Eran los primeros hombres muertos que habían visto en toda su vida.

—Tal vez deberíamos enterrarlos —comentó Delaney.

En cuanto había dicho esto, llegó el teniente Pitman que se había adelantado para comprobar qué originaba aquel retraso. Ahora se quedó mirando los cadáveres y escuchó lo que Stein había dicho.

—Adelante —le dijo a Stein—. Ya veréis muchos muertos más antes de que el día acabe. Dejádselos al pelotón de enterradores.

—¡Malditos árabes! —exclamó Delaney—. Haber dejado a esos infelices completamente desnudos...

Se escuchó un fuerte ruido de explosiones distantes, amortiguadas como si se tratara de tambores funerarios, por lo que el ruido llegaba más como un continuo retumbar que como estallidos separados. A lo largo de la cresta de la elevación que se encontraba por delante de ellos, aparecieron manchas de humo gris, moviéndose a lo largo del horizonte como una familia de elefantes que anduviesen cola contra trompa. Luego, una gran bola de fuego y humo negro y el tableteo de las explosiones de las municiones de armas ligeras.

—Los «boches» han alcanzado una columna de abastecimientos —dijo Delaney, alarmado.

Pulsó de nuevo al arranque y esta vez el motor hizo unas explosiones y se puso en marcha.

—Preparados para avanzar —gritó Pitman.

Y detrás de ellos Stein escuchó gritos, discusiones y el rugido de los motores mientras los hombres intentaban maniobrar los *halfs-tracks* por la pequeña senda. Pitman, con la corbata metida en su nítidamente planchada y almidonada camisa, se llevó los prismáticos a los ojos.

—Hay un soldado que sube por el camino... tal vez uno de los tipos de la columna, un sargento... Está herido... Alguien debe echarle una mano...

Delaney se dirigió allí.

Charles Stein se frotó la cara. El recuerdo terminó cuando lo intentó. Tal vez alguno de los detalles estuviese equivocado, pero eso no importaba.

Delaney dijo:

—Petrucci era el sargento, el de la ametralladora, que venía hacia nosotros por la colina, en el mismo momento en que resultó muerto el comandante Carson. Petrucci —que era un tipo bajo, con bigote negro y anillos de oro en los dedos— se quedó con nosotros durante la retirada.

—Retirada —comentó Stein—. ¿Es así como lo llamamos en la actualidad?

—Su hermano es abogado, un abogado pandillero, en Nueva Jersey. Petrucci está jubilado y vive en Phoenix. Conoce a la gente con la que has de hablar.

Delaney abrió un cajón de su despacho y encontró una agenda de direcciones. La abrió por el nombre Petrucci y mantuvo el libro abierto mientras Stein tomaba los datos. Stein se percató de que Delaney no le dejaba mirar en otras páginas, o ni siquiera manejar la agenda.

—Eres un buen compañero —agradeció Stein.

—Entonces hazme un favor —replicó Delaney—. No digas que te he dado yo su dirección, ¿conforme?

—¿Tiene buenos operarios siguiéndole los pasos al hijo de Stein? — preguntó el jefe de la sección de la Costa Occidental.

Deseaba demostrar que sabía lo que el otro debía hacer. El oficial encargado bostezó.

—Un buen tipo. Ex «poli» de Los Ángeles. No hay probabilidades de que Billy Stein le dé esquinazo.

Se desanudó los dedos y tendió los brazos ante sí hasta que le crujieron las articulaciones. Era un ademán fruto tanto del aburrimiento como del desdén, y fue convenientemente observado por el jefe de sección. No era un hombre muy popular.

—¿Sólo una persona?

—No empecé ayer en este negocio —respondió el oficial encargado—. He dispuesto cinco buenos hombres para Stein y otros cinco para Max Breslow. Trabajan por turnos, dos tipos en cada turno, con otros cinco de reserva y para emergencias. Nos está costando mucho más de lo que nos podemos permitir. No podremos seguir así indefinidamente...

—¿Gente local?

—No todos, pero son también bastante conocidos en la ciudad.

—Estoy seguro de que Stein y Breslow tienen esos malditos documentos aquí en la ciudad. Stein pudo tomar el expediente del doctor Morell para enseñárselo al poco tiempo a Stuart. Por eso creo que lo debe de tener todo muy cerca.

—También puede hallarse en cualquier parte —respondió el oficial encargado—. Stein fue a Ginebra el mes pasado. No sabemos dónde va cuando viaja a Suiza. Tal vez al lugar en que esconde los documentos. Su hijo Billy posee un avión y pasa mucho tiempo en México, dando vueltas con su embarcación de doce metros. Los documentos pueden encontrarse en cualquier parte al sur de la frontera, incluso pueden hallarse también en el yate.

El oficial encargado se removi6 en su asiento. Llevaban all6 ya mucho tiempo y empezaba a sentirse inc6modo. Observ6 un radiopatrulla que avanzaba con lentitud por la calle; los «polis» echaron un vistazo con atenci6n y concentradas sospechas a los grupos que se encontraban por all6.

—En la embarcaci6n, no —respondi6 el jefe de secci6n, despu6s de que el coche policial los hubiera sobrepasado—. A menos que haya distribuido los documentos en m6s de un lote. La barca no podr6a contenerlos. El informe que he visto los describe como el cargamento de dos cajas llenas.

—Tal vez no todo sean documentos —respondi6 el controlador—. Stein se hizo rico de repente al acabarse la guerra. Me imagino que tambi6n habr6a oro en aquellos camiones que Stein ayud6 a robar. En aquella 6poca, los documentos no constituir6an para ellos m6s que una decepci6n.

—S6, supongo que puede calificarse de decepci6n...

—Esa clase de decepciones son las que necesitar6a yo de vez en cuando —respondi6 con envidia el controlador.

—¿Y qui6n le ha dicho que puede estar hablando de estas cosas en ese club?

—El propietario es Jerry Delaney, un timador con mucha labia que lo toca todo, desde pel6culas pornogr6ficas a m6quinas tragaperras robadas. Se sospecha que tiene conexiones con la Mafia.

—¿As6 que ha dicho que estuvo en el Ej6rcito con Stein?

—No estamos seguros de eso. Ya sabe que Londres no nos ha permitido ponerle en la computadora de Washington, por lo menos de forma extraoficial. Pero son de una edad muy parecida y resulta probable.

—No creo que vayamos a sacar nada de todo esto —a6adi6 el jefe de secci6n—. Les diremos a los del otro coche que se vayan. Estoy seguro de que Stein se quedar6 en ese club durante toda la noche y luego se ir6 a su casa a meterse en la cama. Promet6 telefonear a Londres esta noche, con un informe de la situaci6n.

—Me inclino a mostrarme de acuerdo —respondi6 el oficial al mando—. Les llamaremos.

Pero antes de que hicieran nada al respecto, desde un «Pontiac» gris aparcado en doble fila al lado de ellos, salt6 un hombre joven al asiento trasero de su coche.

—Hola, Santos —le salud6 el oficial.

El hombre sonri6. Era un joven de piel oscura, con peinado afro y un gran bigote que casi le tapaba la boca. Llevaba una camisola tipo rock-and-roll y una cazadora de rugby.

—Santos ha estado interfiriendo los teléfonos de Stein y Breslow — explicó el controlador al jefe de sección.

—Una llamada a Stein —explicó el joven—. Exactamente a las 8,30. Un hombre llamado Bock le llamó desde Londres.

—¿Quién respondió? ¿Billy Stein?

—Billy Stein ha salido hacia Ensenada. Llamó a la hija de Breslow, pero no consiguió nada con semejante proposición, por lo que agarró su deportivo y se dirigió hacia el Sur. Le estamos siguiendo.

—¿Así quién respondió?

—Nadie. El mensaje quedó grabado en el contestador automático. — Sostenía un trozo de papel—. Pero, probablemente, muy pronto podrán escuchar lo esencial de la llamada.

—Sí...

—Ese tal Bock trabaja en un Banco alemán en Londres. Dijo que tenía información vital acerca de los documentos, papeles según dijo por teléfono. Pero deben de ser esos documentos, ¿no es así?

El controlador asintió.

—Bock desea hablar con Stein, pero actúa muy nervioso con su número de contacto. Tenemos un número de servicio de secretarias. Bock dice que dejará un mensaje allí.

—Ésa puede ser nuestra oportunidad —replicó el controlador.

Se quedó mirando perplejo al jefe de sección. Éste asintió.

El controlador prosiguió:

—En el contestador automático, ¿verdad? ¿Puedes borrar esa grabación, Santos?

—No, a menos que entre en casa de los Stein, y su casa está bastante bien equipada de cerrojos y cerraduras. Stein tiene allí alfombras muy valiosas y muchas otras cosas. Pueden apostar a que los de la compañía de seguros han aprobado todas esas medidas de seguridad contra ladrones.

—Huelo que esto puede ser para nosotros una fisura por la que introducimos —respondió el controlador.

—Creo que debemos intentar entrar en casa de Stein y limpiarla —explicó el jefe de sección—. He dispuesto una llamada telefónica de alta seguridad con Stuart el domingo por la noche.

—¿Quieren que lo intentemos *todo* en casa de los Stein? —preguntó el joven.

—Pensemos en esto durante un momento. Stein es posible que no tome el mensaje del contestador automático cuando regrese esta noche a su casa.

El joven se inclinó hacia delante entre los asientos delanteros.

—Sí, pero también puede tomar ahora mismo el mensaje grabado en cinta. Posee uno de esos códigos musicales que le permite leer sus propios mensajes desde cualquier teléfono. ¿Por qué no dejar a Stein fuera de circulación y tratamos de borrar la cinta?

—¿Cómo?

—No hace falta un método violento —explicó el joven—. Puedo arreglar el que la patrulla de autopistas le detenga por conducir bebido y le haga pasar toda la noche en la cárcel.

—¿La patrulla de la autopista? ¿Y qué te hace pensar que regresará a la ciudad?

—Esa patrulla tiene jurisdicción sobre todas las autopistas que cruzan Los Ángeles —explicó, pacientemente, el controlador a su visitante—. Sería improbable, por no decir imposible, que Stein volviese a casa sin utilizar alguna de las autopistas.

El jefe de sección asintió para mostrar que se hallaba de acuerdo.

—Adelante con ello —le dijo el controlador.

El joven regresó al «Pontiac» y desapareció en dirección a Inglewood.

—Si alguien puede hacerse cargo de una cosa así, ése es Santos —comentó el controlador—. Dé por sentado que Charlie Stein desaparecerá de la circulación durante el resto de la noche. Mañana por la mañana, temprano, trataré de que acuda a casa de Stein un empleado de la compañía de teléfonos.

21

La conexión telefónica que Boyd Stuart empleaba en Londres para hablar con Los Angeles era el «criptocifrado B» de alta prioridad. La red de criptocifrado (A para Estados Unidos y B para Gran Bretaña) es un teléfono perturbador de emisiones telefónicas. Las máquinas tipo cifrado toman las diferentes frecuencias de las cuerdas vocales humanas y las convierten, en primer lugar, en una corriente eléctrica fluctuante, empleando computadoras para volver a distribuir cada fracción de sonido, un microsegundo cada vez, en unas nuevas pautas. En el otro extremo, una maquinaria similar reconstruye los impulsos y recrea un facsímil de los sonidos originarios. Aunque la red era manejada por la Agencia Americana de Seguridad Nacional, no llegaban tan lejos como para descifrar las conversaciones interceptadas sin el conocimiento del código cambiado a diario. Por ello, Londres aconsejó a Boyd Stuart que emplease el «criptocifrado B» para hablar con su contacto.

—Lamento que sea un poco tarde. La máquina ha estado en funcionamiento hasta hace unos minutos —dijo la voz desde Los Ángeles.

—Eso no importa. Sólo estaba durmiendo.

—Bien, ya he dicho que lo siento. De todos modos, será mejor que se asegure de estar despierto por completo. Al parecer, hemos hecho progresos en los documentos Stein.

—Adelante...

—Una llamada a Stein desde Londres. Un hombre llamado Paul Bock desea hablar con Stein acerca de esos documentos. Afirma trabajar para un Banco alemán en Londres. Dice que es asunto de vida o muerte.

—¿Ah, sí?

—No ha querido dar su dirección, pero dejará el número de teléfono en una agencia de secretarías que tomará el mensaje para él.

—¿Y dónde han captado esa llamada?

—Telefonaron a Stein.

—¿Desde Londres?

—Eso es. Ha quedado registrada en el contestador automático de Stein. Nuestra gente de aquí está tratando de borrar el mensaje de la cinta para que no lo reciba Stein.

—¿Y qué número dejó?

Boyd Stuart lo escribió en su bloc de notas. Era bastante malo tener acceso a aquellas máquinas sólo a aquellas horas absurdas, cuando los funcionarios públicos importantes y los políticos estaban en la cama durmiendo, pero tampoco le gustaba tener que aguardar casi dos horas en la sala de comunicaciones del Foreign Office, escondido bajo el tráfico de Whitehall. Dio las gracias al operador de la máquina que le había facilitado la conexión y luego siguió el olor del café.

Llegó directamente a los sótanos del 10 de Downing Street. Aquello no era una colmena de actividad a aquella hora tan temprana. El apartamento del piso superior, que proporciona una residencia a la Primer Ministro, no se encontraba ocupado. Oyó a los policías charlar entre sí en el vestíbulo de entrada; sus voces tenían aquella ronquera especial que adquieren los trabajadores nocturnos. Una mujer ya mayor estaba haciendo café en una cocinita en la parte trasera del edificio. Le sirvió una taza casi antes de que se la pidiera, puesto que la mujer le confundió con uno de los detectives con traje de paisano del piso bajo, o por uno de los funcionarios de cifrado del sótano.

Boyd Stuart miró el reloj. Eran las 6,40 de la mañana, lunes, 16 de julio. El único ruido que escuchó fue el del servicio de Prensa, cuyos teletipos, de vez en cuando, sacaban un ocasional chorro de noticias.

Boyd Stuart se dirigió a uno de los teléfonos y marcó el número de la agencia de secretarías. Le respondieron. Por lo menos, trabajaban a todas horas.

—Estoy tratando de ponerme en contacto con Paul Bock —manifestó, una vez le contestó una muchacha.

—¿Su nombre, por favor?

—Stein. Charles Stein —respondió Boyd Stuart.

—Sí, tengo un mensaje para usted. Vaya a «Jimmy's Militaría». Está en York Way, cerca de la estación de King's Cross. Aquí dice que no tiene pérdida.

—Muy bien, muchas gracias.

Colgó. Anduvo desde el núm. 10 de Downing Street hasta las puertas de conexión que daban acceso a toda la calle de casas, hasta salir por la puerta principal del número 12. Incluso a aquellas horas de la mañana, había tres

mirones de pie en el otro lado de la calle, confiando en entrever a alguna persona importante. Boyd había dejado el coche al pie de los escalones que llevan al Parque de St. James. Se preguntó a qué hora abriría «Jimmy's Militaría». Decidió que era demasiado tarde para regresar a casa y dormir aún un poco. Condujo por la plaza Trafalgar y se encaminó hacia el norte a través de Charing Cross Road.

No tiene pérdida el «Jimmy's Militaría». Su parte delantera constituye una parte de una hilera de casas victorianas y está situada entre una tienda de animales domésticos y una lavandería. No está tan llena como la lavandería ni huele tanto como la tienda de animales domésticos, pero está pintada con franjas negras, rojas y blancas, y el letrero estaba confeccionado con unas grecas de Cruces de Hierro. En un escaparate se veían maniquíes vestidos con uniformes militares y equipo; en el otro lado de la puerta, el pequeño escaparate aparecía atestado de cascos de acero, espadas y dagas, botones e insignias, brazaletes con esvásticas y bandejas llenas de modelos de soldaditos rotos.

En el timbre aparecía la inscripción «Piso de arriba» con letras escritas con tinta roja en un desgastado trozo de papel. Stuart pulsó el botón. No sucedió nada, por lo que lo oprimió de nuevo, y siguió haciéndolo hasta que una figura miserable con una desgastada bata se abrió camino con lentitud a través de los inanimados soldados de tamaño natural y banderolas, hasta descorrer los cerrojos de la puerta principal.

—No hemos abierto —dijo.

Tenía unos veinticinco años, gafas, cabello largo y una barba a medio crecer que adornaba su rostro blanco y sonrosado.

—Busco a Mr. Paul Bock —respondió Stuart.

El hombre se quitó el cigarrillo de la boca.

—No pertenecerá a la «poli», ¿verdad?

Tosió y escupió luego a la calle. Tenía un fuerte acento del sur de Londres.

—Estoy aquí porque quiere verme.

—¿A esta hora del día? —respondió el hombre disgustado, pero se hizo atrás y abrió la puerta—. Usted no es Stein, ¿verdad?

—Charles Stein —respondió Boyd—. Sí, soy yo...

—No tiene usted acento norteamericano.

—Me eduqué en Inglaterra —repuso Stuart.

El hombre miró a Stuart de arriba abajo antes de responder:

—Está bien, entre. Paul se sorprenderá de verle. Está arriba friendo unos huevos.

—El mensaje fue recibido por mi contestador automático —le explicó Stuart—. Telefoneé por si había algún mensaje, puesto que tengo un mecanismo que me permite recibir por teléfono lo que esté grabado.

—¿No es maravillosa la ciencia? —dijo el hombre—. A propósito, me llamo Jimmy.

Abrió camino por una escalera que crujía mucho, hasta un descansillo de estropeado linóleo. Unos platitos de plástico de antiguas bolsas de comida se encontraban en un rincón, y un gato negro se estiró y acudió a mirar al visitante. Tuvo que subir aún otro tramo de escaleras antes de entrar en la cocina. Un siglo de hundimiento del suelo había dado a las puertas y ventanas una curiosa forma romboidal y el manchado papel de las paredes formaba bultos por la acumulación del yeso desprendido. Una mesa con la parte superior de plástico estaba atestada con una mezcla de loza de varias clases, y una gran bolsa, tamaño económico, de copos de maíz, ocupaba la parte central. En la pared detrás del cuadrado fregadero de loza aparecía un viejo cartel de los «Rolling Stones». En la antigua cocina de hierro de gas, un segundo hombre se encontraba friendo seis huevos en una retorcida sartén. Parecía muy ocupado en su tarea, moviendo la sartén en una y otra dirección, y empleaba una cuchara para echar grasa caliente encima de las yemas.

—Aquí está tu Mr. Stein —le dijo el hombre con barba.

El hombre de la cocina dejó la cucharilla y, sosteniendo todavía la desportillada sartén, le ofreció la mano. Stuart se la estrechó.

—Charles Stein —dijo Stuart—. Me encontraba en Londres.

—Telefoneé a su casa y recibieron el mensaje por medio de uno de esos chismes que emiten silbidos —explicó Jimmy.

—Eso es —intervino Stuart.

—Jimmy es ingeniero de comunicaciones —explicó Paul Bock, el hombre que estaba en la cocina—. Yo soy un aficionado, pero he estado empleando mi pequeña microcomputadora durante años en las estructuras telefónicas. Tenía un ligero acento alemán.

—¿Son activistas políticos? —preguntó Stuart.

—COMPIR —explicó Jimmy—. Piratas de computadoras. Carecemos de ideales políticos. Nos gusta divertirnos teniendo acceso a los archivos de contraseñas. Somos una especie de club...

—El Banco en que trabajo sí que tiene una computadora importante —dijo Bock—. Nos llevó meses forzar los «micrófonos fijos» y abrirnos camino

en su interior.

—¿Qué es eso de los «micrófonos fijos»?

—Modificaciones que los fabricantes añaden para parar a gente como nosotros —explicó Bock—. ¿Quiere un huevo? ¿Frito o revuelto?

—Frito...

—Jimmy los come revueltos. Saben como si fueran de plástico.

Encima de la mesa se veía un paquete abierto de cigarrillos. Jimmy se inclinó, pellizcó uno y trató de sacarlo del paquete. Como no lo consiguiera, lo sacudió con más fuerza como si se tratase de un terrier con una rata. Al fin, lo liberó.

—Sírvase usted mismo —y empujó el paquete hacia Stuart.

—No, gracias —dijo Stuart—. Es demasiado pronto para mí.

Observó cómo Jimmy encendía el nuevo cigarrillo con el viejo manchado y deformado.

—Dígame todo lo que sepa acerca de la «Operación Sigfrido» —le preguntó Bock.

Se dio la vuelta con la sartén y colocó los huevos, dos en cada plato. Era un muchacho musculoso, con el pelo corto y el rostro cuidadosamente afeitado. Bajo una andrajosa bata de seda llevaba una limpia camisa azul y unos pantalones de un terno gris. Observó la expresión de desconcierto en el rostro de Stuart.

—Tengo que irme a trabajar —explicó—. Jimmy es afortunado al no tener que disfrazarse con estos absurdos uniformes.

Stuart se hizo dolorosamente consciente de que el «uniforme» era el mismo que él llevaba.

—Sí —respondió.

—Ahora hablemos de la «Operación Sigfrido».

—No sé de qué me está hablando.

—Nos pondremos serios, Mr. Stein —respondió Paul Bock—. Podrá encontrarlo difícil de creer, pero podemos ser bastante rudos...

—Me creo eso de que sean rudos —respondió Stuart—. En ese caso, ¿por qué no me creen cuando afirmo que nunca he oído hablar de la «Operación Sigfrido»?

Jimmy tomó un gran cuchillo y, toscamente, cortó una rebanada de pan. Arrojó un trozo a cada uno de los otros hombres. Stuart mojó un pedazo en la yema sin cuajar de su huevo y comió en silencio.

—Si tiene algo que decirme, éste es el momento —prosiguió Stuart.

Paul Bock cortó su huevo en rectángulos y se los comió, trozo a trozo, con los dedos.

—Trabajo en un Banco —en un gran Banco alemán—, cuyo nombre no importa de momento. Obtuvimos esta información a través de la computadora del Banco.

—¿Y cuál es la dificultad? —preguntó Stuart.

—Esa computadora es una maravilla —repuso Jimmy, al mismo tiempo que se pasaba una mano por su crecida barba—. Tal vez sea una de las más complejas empleadas en cualquier lugar de Europa.

—Pero la interferimos —declaró Paul Bock—. Jimmy lo hizo.

—Paul consiguió las llaves del armazón —explicó Jimmy—. Hasta que no podemos, físicamente, abrir la maquinaria, no me es posible empezar. Y completo los primeros códigos del teclado terminal. Luego la cosa fue fácil. El Banco tiene consultores medidores de resultados y que sintonizan la computadora; comprueban el acceso programa por programa y no queríamos que sospecharan lo más mínimo. Tuvimos que hacer un trucaje *bit por bit*, lo cual nos llevó algunas semanas.

Tosió y se dio irnos golpes en el pecho, sin soltar para ello el cigarrillo.

—Es material ultrasecreto —prosiguió Bock—. Hay muchas llaves del *software*, cada una de las cuales abre más y más material secreto.

—Es como una serie de puertas —explicó Jimmy—. Hay que abrirlas una a una antes de llegar al sanctasantórum. Y cada puerta tiene una especie de alarma antirrobo, que se cierra en la terminal y almacena un mensaje, en el que explica que alguien ha intentado un acceso no autorizado.

—¿Y consiguieron manipular todo eso? —inquirió Stuart, sin ninguna huella de genuina admiración.

—Jimmy es un hacha —alabó Paul Bock.

—¿Así, qué es eso de la «Operación Sigfrido»? —preguntó a su vez Stuart.

—No estamos aún del todo seguros —admitió Jimmy.

Dejó el cigarrillo en el cenicero y comenzó a comer.

—Existe un fondo secreto —un Trust, según lo llaman— formado por las más poderosas organizaciones de la Bundesrepublik —siguió Paul—. Empresas de acero, de armamentos, fabricantes de accesorios de automóviles, compañías de seguros, editores y Bancos muy importantes. Sabemos que el administrador principal es un hombre llamado Böttger, que es presidente de un Banco con sede en Hamburgo. Al igual que los otros hombres implicados,

nunca ha estado asociado con ningún partido político de posguerra. Eso es algo que resulta significativo.

—¿Y por qué es significativo? —inquirió Stuart.

—Si alguien quisiera resucitar el Tercer Reich —intervino Paul Bock—, ¿no resultaría una buena idea el explicar a todos sus agentes que deben evitar cualquier actividad política?

—La guerra terminó hace más de treinta años —protestó Stuart—. ¿Quiere decirme que iban a esperar tanto tiempo para poner en marcha la «Operación Sigfrido»? Parece altamente improbable.

—Son muy pacientes y astutos —repuso Paul Bock—. El Tercer Reich fue planeado para que durase mil años; así lo dijo el mismo Hitler. ¿Qué son treinta o cuarenta años para unas personas así?

Se levantó a dejar el plato en el fregadero. Una tabla del suelo crujió bajo su peso.

—¿Y cree que esas personas darán inicio a un Cuarto Reich? —preguntó Stuart—. ¿Y de qué forma se halla implicado mi nombre en tales planes?

—Conseguimos su nombre de la computadora —respondió Paul Bock—. Sacamos una ficha y se la confiamos a la memoria antes de destruirla. Había muchos nombres, cada uno con una palabra clave, el significado de la cual no hemos decidido todavía. El apellido de usted era el único que parecía inconfundiblemente judío. Nos parecía imposible que fuese usted partidario de sus intenciones, puesto que más bien parecía la presunta víctima.

Los dos hombres, Jimmy y Paul Bock, se miraron uno a otro. Se percataron de que no estaban convenciendo a su visitante. No lo habían planeado de aquella manera: verse con Charles Stein aquí, en aquella puerca casita, llegándoles el olor desde la puerta de al lado de los restos de la basura del día anterior. Habían planeado encontrarse con él en el vestíbulo de algún lujoso hotel del centro de Londres, o, por lo menos, llevarle a comer a un restaurante. Paul Bock echó un vistazo circular por la grasienta cocina. ¿Cómo iba a tomarles alguien en serio después de haber visitado aquella chabola?

Todo es cierto —dijo Jimmy—. Puede usted no creerlo, pero todo es verdad...

—Hemos hecho todo lo que hemos podido —explicó Paul Bock, continuando la conversación con su amigo, como si su visitante ya se hubiese marchado. Le hemos prevenido...

Boyd Stuart se acabó el huevo.

—¿Y qué me dicen de un poco más de información? —prosiguió—. ¿Qué hay de los otros nombres?

—Nos preguntamos si pudiera tratarse de alguna clase de lista mortal, Mr. Stein —le contestó educadamente Paul Bock.

—Y yo me estoy preguntando si habéis visto la tele anoche hasta demasiado tarde —repuso Stuart.

—¡Váyase a paseo! —respondió Jimmy—. Se lo hemos contado, y eso es todo...

Stuart apartó a un lado su plato y se levantó en busca de una toallita de papel para limpiarse los dedos. A través de las ventanas alcanzadas por la lluvia, divisó un lúgubre paisaje industrial y el canal Grand Union, con sus estancadas aguas sembradas de envolturas de helados y flotantes latas vacías de cerveza. Una pequeña embarcación, con su estructura oxidada, chapoteaba en el agua espumosa contigua a su muelle. Más allá del canal, unos herrumbrosos raíles y un arruinado cobertizo, constituían los restos de unos ferrocarriles que un día habían hecho jactarse de envidia al mundo. Apareció en aquel instante una locomotora diesel, que ululó y se detuvo. Stuart tiró la toallita de papel en un cubo de basura que se hallaba debajo del fregadero y dijo:

—¿Y qué me dicen de algunas pruebas más?

Paul Bock fue el que respondió:

—Ya hablaremos de ello.

Se llevó a Jimmy fuera de la habitación, y cuando regresaron Bock se había puesto ya la chaqueta de su terno de color gris.

—¿Me puede llevar en coche hasta el Metro? —le preguntó Bock, mirando más allá de la ventana—. Me parece que necesitaré ponerme el impermeable.

—Claro que sí.

Stuart se volvió hacia Jimmy cuando ya habían llegado al descansillo.

—¿Y a qué vienen esas insignias de esvástica y las condecoraciones nazis?

Jimmy sonrió.

—De esa forma no lamento el tener que mentir y engañar a mis clientes.

—Comprendo —respondió Stuart.

Siguió a Paul Bock por la estrecha escalera hasta llegar a la tenebrosa tienda y salió por la puerta principal. El verano parecía encontrarse ya muy lejos; las nubes eran aún grises y sólo se divisaba un suave resplandor solar en el horizonte. Entraron en el «Aston», y Stuart tuvo que empezar a seguir

aquella locura de laberinto de calles de una sola dirección, hasta llegar a la estación del Metro.

—Deseo que me facilite más información —le dijo Stuart cuando Paul Bock salió del coche—. Deme más detalles del Trust: ¿cuál es su dirección? ¿Sabe dónde ha sido fundado?

El alemán se inclinó junto a la ventanilla.

—Tal vez la próxima vez —le respondió.

—¿Y por qué no ahora? Si mi vida está en peligro de la forma que afirma, ¿por qué no ahora?

—Porque no creemos que usted sea Mr. Charles Stein —contestó el alemán—. Jimmy cree que es usted de la Policía. No estoy seguro de quién es usted, pero la tira de la computadora muestra que detrás de su nombre hay por lo menos un millón de dólares... He trabajado en Bancos. Usted no es un hombre que esté acostumbrado a poseer una fortuna. Los hombres que manejan mucho dinero no llaman, personalmente, a las puertas de King's Cross a primeras horas de la mañana; envían a otros para que lo hagan por ellos. Dígale a Mr. Stein que venga en persona.

Sonrió y, en un instante, se mezcló con la muchedumbre que se apresuraba hacia la estación.

Boyd Stuart no vio cada metro de aquel noticiario de cine nazi. Le hubiera llevado cinco días de trabajo visionario todo; era un hecho que resultaba evidente dadas las latas de películas almacenadas hasta el techo en las dos habitaciones a prueba de incendios en el sótano, a lo largo del corredor que llevaba hasta la «sala de visionados», como el cine era llamado oficialmente.

Dos «funcionarios de investigación» habían comenzado a visionar y elegir la cinta en cuanto tuvieron disponibles los primeros noticiarios. Éstos habían llegado al edificio Ziggurat del SIS, situado al sur del río, a través de una dirección de cobertura en la calle Wardour. La mayor parte de este material procedía de agencias y bibliotecas, pero también había cintas de propiedad particular, y parte de él era un pobre material pirata obtenido a base de un proceso de inversión de los positivos. Todas las películas remitidas lo fueron en contestación al anuncio de que una compañía cinematográfica, que compilaba un documental para la televisión, pagaba elevados derechos por las cintas. Se pedía de forma urgente, pero aquello no dejaba de ser un requisito normal en el negocio del cine y de la televisión.

Boyd Stuart había pasado todo el día viendo la película que le habían seleccionado y acortado para él. Por la tarde del lunes, 16 de julio, ya empezaba a estar mareado de ver tantas imágenes de Adolf Hitler y sus partidarios. Había observado a Hitler mirando mapas con cara muy seria, pasando a lo largo de hileras de soldados, trepando al Führerwagen del tren y descendiendo del mismo, asomándose a las bajas ventanillas de éste para estrechar manos de las Juventudes Hitlerianas o aceptando ramos de flores de muchachas de cabello tan rubio como el lino.

A las cuatro de la tarde, al fin captó el rostro que buscaba. Descolgó el teléfono y le dijo al hombre que manejaba el proyector que detuviese la película, señalase la imagen y la pasaron a la sección de montaje. Sólo quince minutos después de todo esto, encontró al mismo hombre en dos extensas secuencias de la reunión de Hitler y Benito Mussolini, al lado del tren, en Angelage Süd, en agosto de 1941. Una gran cantidad del personal inmediato a

Hitler había deseado ver juntos a los dos dictadores, lo que se comprobaba por gran número de cámaras entre los soldados alemanes, los SS y los italianos, empujándose en la elevada tribuna de madera, especialmente fabricada para que los dictadores accediesen a ella desde el tren.

Stuart llevó la bobina de la película al banco del montador. Devanó él mismo la película para encontrar la imagen que deseaba y la hizo iluminar y ampliar en la pequeña pantalla. Colocó una lupa encima de la parte de la imagen que le interesaba, pero la misma ensanchó la forma del grano del filme y la textura de la visión, por lo cual la película se convirtió en una mancha borrosa, como si se tratase de un cuadro abstracto.

Kitty King entró en la estancia y le colocó a Boyd una taza de té al lado del codo.

—¿Has encontrado algo?

—Tres secuencias diferentes, y debe de haber más...

—¿Y ésta es la foto que encontraste después de la explosión en la granja de Wever?

La chica se inclinó para estudiar la gran ampliación que estaba sujeta en el banco.

—Wever afirmó que no había empleado nunca una de esas cazadoras de camuflaje antes del viaje a Merkers. He estado mirando las fechas y las horas del avance norteamericano. Esta foto debe de haber sido tomada en la mina de sal, aproximadamente, el 2 de abril de 1945. El que está al lado de él es Breslow. Es el de paisano al que estoy tratando de identificar. En 1945, se hacía llamar Reichsbank Director Frank.

—¿Y ya lo has localizado?

—Me parece que sí, pero me gustaría hallarlo más veces para llegar a una identificación positiva.

—En ésta aparece de uniforme.

La chica señaló a la iluminada pantalla.

—Los alemanes permitían que su personal de seguridad llevase cualquier uniforme y rango que deseara cuando ejercían sus funciones. Ya he conseguido otras fotos que se le parecen. Ahora la ampliaré a un tamaño apropiado.

—Te van a maldecir los del cuarto oscuro, Boyd. Están abrumados de trabajo...

—Tengo una triple prioridad A, Kitty. No hay nada que tenga precedencia sobre lo que yo necesito.

La mujer se lo quedó mirando. Sabía lo que era la prioridad, pero no lo comprendía. Trató de encontrar una respuesta en el rostro del hombre y, tras no conseguirlo, le sonrió.

—Por lo que puedo ver, todo esto es historia, cariño —le comentó la chica—. Hay pocas personas que aún recuerden aquellos tiempos: carcamales como el DG y Mr. Britain in Plans, que ganó la Cruz Militar y se la pone el día de la conmemoración del armisticio de 1918.

La mujer se tocó el cabello y se lo apartó de la frente, de una forma mucho más narcisista que práctica. Estaba especialmente bonita a aquella media luz de la sala cinematográfica. Stuart sintió un gran deseo de ella y observó cómo la mujer arqueaba el cuerpo al darse cuenta.

—Desearía que te instalaras conmigo —le dijo.

—Estaré contigo esta noche, si me deseas —le respondió la mujer en voz baja—. Pero no me iré contigo; ni contigo ni con nadie...

—¿Y por qué no?

Esperó que la joven alzase la voz.

Ya habían tenido antes esta clase de discusión y siempre se había convertido en aquella especie de jovialidad que encubría unas recriminaciones más amargas.

—Todo lo que toco —continuó la mujer, pero en la misma voz baja—. Me siento en una silla y me pregunto si era su silla favorita... Estoy a punto de ponerme una bata y me detengo..., preguntándome si tendré la misma apariencia que ella de esa forma... Me miro en el espejo y me parece que me devuelve la mirada otra mujer. Eso no es lo que deseo, Boyd.

Había algo esencialmente femenino en su resentimiento hacia aquellos objetos inanimados, pensó Stuart. No parecía ponerse en absoluto celoso, o ni siquiera curiosa, con relación a cualquier mujer que hubiese él conocido en California.

—¿Te parece que vamos a encontrar otro piso que sea tan bueno como el que ahora tengo? —le preguntó Stuart—. Los vecinos del piso de arriba están pagando doble renta que yo. Y no creo que a tu hermana le agrade que nos vayamos a vivir con ella...

—Para ti, todo está bien —le respondió Kitty—. Los hombres siempre esperan que las mujeres se adapten a todo lo que ellos desean.

Boyd Stuart la rodeó con un brazo y la oprimió con fuerza durante un momento.

Fue algo muy parecido a un grito sincero de aquellas primerizas declaraciones de libertad sexual. Pero, al igual que todos los gritos de libertad,

Kitty King estaba más preocupada por conseguir concesiones que por otorgarlas. Boyd supuso que siempre sería así. Ella le diría que la hacía desgraciada, pero se negaría a enfrentarse con las dificultades prácticas que procedían de las cosas cambiantes.

La mujer le sonrió en contestación a su abrazo consolador.

—Bébetelo el té —le dijo—. Ya me llevaré luego las tazas. Sólo debo ir a la bóveda.

—¿Para qué? —le preguntó Stuart.

La «bóveda» era la sección más secreta de los archivos que se guardaban en la sala blindada del sótano.

—Nunca te lo imaginarías —le respondió—. Tengo que devolver el expediente personal del DG.

—¿En la bóveda?

Ambos se echaron a reír. Aquello parecía un magnífico ejemplo del mundo de Alicia en el País de las Maravillas en el que vivían, que algo tan inocuo como un expediente biográfico se guardase con un cuidado tan meticuloso.

—Se pasó en Suiza la mayor parte de la guerra, ¿no es así?

—Excepto un breve espacio de tiempo en que le permitieron servir en el Ejército, en Italia. Quedó sordo con el fuego artillero en Montecassino; por eso lleva audífonos. Regresó a Suiza a tiempo para trabajar con Alien Dulles. Estuvieron negociando la rendición de algunas unidades del Ejército alemán en Italia. Volvió a trabajar aquí en 1947.

La muchacha repitió todo esto como si se tratase de un poema que la hubiesen obligado a aprenderse en la escuela.

—Te amo, Kitty.

—No seas tonto, Boyd. Bébetelo el té. Debo regresar al trabajo.

Jugueteeó nerviosamente con el expediente del DG, aguardando a que Stuart se tomara el té.

—¿Para qué es ese papel rojo engomado? —le preguntó Stuart.

—Es un «quitamarcas». El nombre de cobertura empleado ya no debe usarse nunca más en lo futuro. Durante la guerra, el DG empleó el nombre de Elliot Castelbridge. En aquella época, era muy corriente tener un nombre ficticio. Era una orden del tiempo de guerra, para el caso de que algún empleado de elevado rango del Departamento fuese hecho prisionero por los alemanes. Nadie de los que acudieron a Suiza o Suecia fue redocumentado bajo una cobertura permanente.

—La breve y excitante carrera de Elliot Castelbridge: comer *fondue* caliente y vino frío y esperar la rendición alemana. Y eso es lo que se tapa con ese «quitamarcas»...

—Eres demasiado duro con él, Boyd.

—No es más que un bastardo bizantino —replicó Stuart sin ninguna clase de animosidad.

—No del todo. Es más bien un gótico inconfundible...

Stuart sonrió.

La chica tenía completa razón. En él no aparecía rastro de aquella sinuosa astucia oriental que caracterizaba a la mayoría de los funcionarios de elevado rango del Departamento. El DG era un hombre de franqueza brutal, y hasta su apariencia era más parecida a las toscas piedras patinadas por el tiempo del Norte de Europa que a las suaves sedas del cisma.

—No te vayas.

—Debo irme. ¿Tienes el coche aquí? —le preguntó la muchacha a continuación.

—Sí.

—¿Terminarás a tiempo para que podamos ir a cenar?

—Hay un buen restaurante nuevo en la calle Sloane.

—Será estupendo, siempre y cuando no guisen con curry.

La mujer se inclinó sobre él y le besó en la frente. Durante cinco minutos o más, Boyd permaneció allí sentado y pensando en ella; luego siguió trabajando.

Aún necesitaba una «mejor referencia» acerca del hombre de la película. Alguien debería trabajar durante toda la noche para conseguirla.

A la mañana siguiente, martes, 17 de julio, mientras Boyd Stuart y Kitty King desayunaban juntos en el cómodo apartamento de él en Londres, aquel hombre cuyo rostro había estado buscando en los viejos noticiarios del Tercer Reich, desayunaba en un elevado edificio de Hamburgo. Se llamaba Willi Kleiber, y el desayuno era una reunión de negocios, en el que ocho altos ejecutivos de empresa se encontraban bajo la presidencia del doctor Böttger. Eran los administradores del Fondo reunido para las necesidades de la «Operación Sigfrido», y la sesión tenía lugar en el comedor privado de uno de los Bancos controlados por Böttger.

Willi Kleiber estaba sentado a la derecha del doctor Böttger. Era un asiento apropiado para el hombre que había dedicado gran parte de su tiempo a la planificación inicial de la «Operación Sigfrido», y que no sólo había trabajado duro en dicho plan, sino que era el que había introducido esta idea en la mente del doctor Böttger. Si Boyd Stuart hubiese visto el rostro afilado de Willi Kleiber le hubiera llamado Reichsbank Director Frank. Y si el cajero del coronel Pitman le hubiera visto antes de que se afeitase el despuntado bigote que se había dejado crecer en las Navidades de 1978, le hubiera llamado Peter Friedman, el *beau parleur* cuyas cartas de crédito aseguraban los millones que habían arruinado al Banco.

Era temprano, y Hamburgo disfrutaba aún de un claro cielo azul. Desde la encristalada por todos lados sala de conferencias, muy por encima de la ciudad, se gozaban vistas de la iglesia de San Miguel y del monumento a Bismarck, y el sol y la brisa mañanera hacían que el agua oscura del Elba brillase como cobre forjado.

A Kleiber le gustaba Hamburgo. Le gustaba su tiempo siempre mudable, sus bares y sus restaurantes, el olor del mar y el fino y claro alemán que hablaban sus habitantes. Su breve, y nunca más repetido, intento de matrimonio había tenido lugar en esta ciudad. Aquello hubiera destrozado este lugar para todo tipo de hombres, pero Kleiber era capaz de aceptar los placeres de las pasadas experiencias sin tener que resaltar por ello sus

miserias; se sentía del mismo modo acerca de su época en la guerra. Raramente llegaba a este lugar sin visitar a su exesposa. La mujer era aún atractiva y divertida, y siempre deseaba oír hablar de las últimas conquistas sexuales de Willi Kleiber. Era como si sintiera cierto perverso en indirecto placer hacia aquellas detalladas descripciones de su lascivia. Más de una vez, en él había fantaseado respecto de llevársela a su habitación del hotel, desnudarla y... Pero Willi Kleiber sabía que eso nunca ocurriría. No porque su exmujer no pudiese disfrutar con ello, sino porque su nuevo marido era un funcionario importante del BND. Un hombre que viajaba con frecuencia a Londres para tener conferencias con oficiales importantes de la Información británica, resultaba un contacto demasiado valioso para arriesgarlo por una tarde de revolcones. Mañana almorzaría con ambos, con el marido y la mujer. Era más seguro de aquel modo.

—Las cosas no se han deslizado tan suavemente como confiábamos — admitió el doctor Böttger.

Era un hombre con aspecto de estudioso, de sesenta años, ligeramente regordete, con pelo plateado y gafas con aros de oro. Kleiber se percató de que su rostro se había ido enrojando. Aquello era señal de ansiedad, como lo era el que Böttger se metiera la mano en la chaqueta de su costoso traje con la suficiente fuerza como para romper la costura.

—Pero el plan sigue adelante. Cuando nos apoderamos de tanto dinero de su Banco en Ginebra, esperamos que nos ofreciesen esos documentos a través del hombre de Herr Kleiber en Los Ángeles. Esto demostró ser un cálculo equivocado por nuestra parte.

Böttger ladeó la cabeza lo suficiente para ver si Willi Kleiber mostraba alguna sensación de apreciación; había sido más bien un error de Kleiber. Éste asintió con un movimiento casi imperceptible, pero Böttger ya se había acostumbrado a tales signos en la sala de juntas.

—Se trataba de una cosa sensible y lógica de hacer —continuó—. Tal vez si esos hombres hubieran sido alemanes habrían reaccionado racionalmente..., pero son norteamericanos...

Böttger sonrió, confiando en extraer una respuesta de sus colegas, pero sólo Kleiber reconoció la mofa.

El doctor Böttger se apretó los labios con la punta de los dedos.

—Todos nosotros hemos otorgado una gran parte de nuestras vidas a conseguir una Alemania próspera, fuerte y un buen lugar para vivir —dijo Böttger—. ¿Ha olvidado alguien lo que sufrimos bajo Hitler y su partida de criminales? ¿Debo decirles lo que los nazis hicieron a nuestro país y a nuestro

pueblo? No sólo la destrucción física ligada a la guerra, sino también el daño moral que la propaganda nazi hizo a nuestros hijos. ¿Son conscientes de lo que nuestros compatriotas del Este sufren bajo un régimen de marionetas adiestradas en Moscú? Vivimos en Occidente y contamos con nuestras ventajas; pero la democracia alemana es una flor delicada, trasplantada de otros climas. Lo que hemos construido de las cenizas de 1945 puede verse rápidamente destruido por los locos neonazis o por los lunáticos comunistas, a quienes les gustaría ver a los soldados rusos patrullando por nuestras calles.

—Tiene usted razón, doctor Böttger —exclamó una voz desde el extremo de la mesa.

—Hitler está muerto —prosiguió Böttger—. Dejémosle continuar muerto. No deseamos unas revelaciones, esas llamadas Actas de Hitler, no queremos planes secretos para sacar a Hitler de la tumba y adornarle con las glorias de unos triunfos históricos de interés periodístico. No debemos cometer errores, puesto que existen hombres que podrían conseguir el poder político vahándose de semejante apoteosis.

Se dio un golpe en el rostro.

—Eso es lo que hace a los ingleses cuidar de la reputación de Churchill; tienen libros de Historia repletos de semejantes hombres. La democracia es el tejido del que ha sido urdida su sociedad. Es nuestra recién creada democracia la que necesita de las reputaciones de Churchill y de Roosevelt y de otros dirigentes parecidos, que han demostrado que un hombre puede estar caliente, bien alimentado y feliz, al mismo tiempo que es libre para decir lo que le plazca y votar también soberanamente. Ésa es la razón de que debemos asegurarnos a toda costa de que Moscú no consiga esos documentos. Ni tampoco deben caer en las manos de ningún periodista revelador de escándalos, que sólo piense en su carrera. Ni de aquellos hombres que nos digan que Hitler fue un Bismarck del siglo xx.

Miró a su alrededor.

—No cedamos ahora, mis queridos amigos, no nos mostremos débiles.

El doctor Böttger se sentó. No se produjo ninguna reacción a su discurso, excepción hecha de que cada uno de los hombres volvió su atención al almuerzo de estilo alemán, que les habían dispuesto encima de unos bordados manteles individuales, en tomo de la larga y pulida mesa.

Böttger tomó de forma cansina un cuchillo y cortó la parte superior de su huevo pasado por agua. Los demás siguieron su ejemplo. Las formalidades habían concluido. Ahora era el momento de las preguntas. El doctor Böttger odiaba las preguntas.

—Es la violencia lo que más me trastorna —admitió un hombre frágil y pecoso en el otro extremo de la mesa.

Se llamaba Fritz Rau.

—Nos ha dicho que varios hombres ya han muerto. ¿Podemos estar seguros de que esto será el final?

Tenía prohibido comer huevos, mantequilla o queso, y ahora se dedicaba a morder pan negro.

Böttger se apoderó de aquella crítica.

—En absoluto. No tengo la menor duda de que habrá más muertes, sencillamente a causa de que los hombres que tenemos en contra están determinados a llegar a un punto de colisión.

—No había comprendido del todo eso cuando comenzamos —prosiguió el hombrecillo—. Me pregunto cuántos de nosotros hubiéramos autorizado la formación del Trust, de habernos percatado de que ese dinero iba a emplearse para contratar asesinos.

Se produjo un momento de pesado silencio, pero no duró demasiado.

Se levantó Willi Kleiber. Era un hombre de poderosa constitución, al que le gustaba asistir a las reuniones de su regimiento de Infantería y cantar las antiguas canciones del tiempo de la guerra entre jarras de cerveza negra bávara.

Kleiber dijo:

—Yo lo comprendo, y todo el mundo con quien he hablado lo entiende también. —Sonrió—. Todo aquel que no es duro de oído lo comprende.

Se trataba de una voz muy poderosa. Kleiber era raramente contradicho.

—No creo tener defectos en el oído —respondió Rau, el hombre frágil.

—Debemos dejar a Willi el lado operacional de este asunto —comentó el doctor Böttger.

Durante un momento, había sentido una oleada de pánico al creer que Rau había descubierto algo acerca del diplomático británico que había sido asesinado por error en Los Ángeles. El intento de Kleiber por asesinar al agente secreto británico había constituido otro error. Willi Kleiber estaba inclinado a resolver los problemas por eliminación de sus oponentes. Pero Böttger se había mostrado de acuerdo en emplear a Kleiber como «jefe de operaciones» y ahora, en vez de meterse con él, debían concederle todo el apoyo que necesitaba.

—Eso del «lado operacional», ¿significa matar a personas que no nos gusten? —inquirió de nuevo Fritz Rau.

—Sí —respondió Böttger.

Miró con ansiedad en torno de la mesa, antes de sorber un poco de su café cargado. Fritz Rau había sido en otros tiempos uno de los científicos más inteligentes de la industria alemana. Incluso hoy podía vérselo, en ocasiones, con bata blanca, en el laboratorio del vasto combinado químico que, virtualmente, poseía, comprobando algunas nuevas ideas que había garrapateado en la parte posterior de un sobre. Böttger sabía que el silencio de los otros hombres presentes era debido, sobre todo, al respeto de que Rau gozaba entre ellos. Böttger comenzó a preocuparse de que las dudas de Rau acabasen minando toda la «Operación Sigfrido».

—Será mejor que comprendan esto, caballeros.

Sostuvo una taza de café en una mano, como si aquel vitalmente importante pensamiento le hubiera llegado en este preciso momento.

Miró con lentitud todos los rostros. En Böttger, había existido siempre esta debilidad por el estilo melodramático. Lo cierto era que había usado de tales manierismos en la ascensión a su actual *status* privilegiado.

—Será mejor que comprendan que todos y cada uno de nosotros ya hemos cometido un crimen. Somos cómplices de asesinato. Es una cosa así de sencilla. Creo que lo que estamos haciendo es algo que aprobaría cualquier alemán que ame a su país. Si mañana abandonamos la «Operación Sigfrido», con nuestros planes sin llevar a cabo, ¿qué ocurrirá entonces? ¿Podemos devolver a la vida a esos hombres muertos? No. ¿Y si uno de nosotros se decide a ir a la Policía o al Ministerio de Asuntos Exteriores y les cuenta nuestro plan? ¿Me permiten decirles qué ocurriría entonces? Todos los asociados con la «Operación Sigfrido» serían perseguidos sin piedad y rigurosamente castigados. Probablemente, seríamos enviados a prisión durante el resto de nuestras vidas. Y, aparte de la responsabilidad penal por lo que hemos hecho, ¿qué me dicen de nuestros colegas? Estoy seguro de que, al igual que yo, han asegurado la generosa ayuda de nuestros socios y colegas en los negocios, para falsificar libros y conseguir una enorme apropiación en metálico para que el Trust la tuviera disponible. También hemos dispersado y ocultado los fondos que robamos en el Banco de Ginebra. Muchas personas se han visto envueltas en esto. No hicieron preguntas, porque no en balde son amigos nuestros. ¿Y su pago va a constituir en una traición? Yo digo que no. Yo digo que ahora debemos resistir, como resistieron los ingleses en 1940, y como nuestro pueblo resistió, en 1944, mientras los rusos se aproximaban cada vez más y los bombarderos anglonorteamericanos reducían a fragmentos nuestras ciudades. Resistir, silenciad vuestras dudas, amigos míos. Haced lo que debe ser hecho...

Böttger sonrió cuando llegó al final de su arenga. Durante un momento temió lo peor. Aguardó hasta que vio su sonrisa reflejada en los ansiosos rostros alrededor de la mesa, pero entonces supo que los había vencido. Incluso el pobrecillo de Fritz Rau pareció, temporalmente, tranquilizado.

Willi Kleiber fue el que habló a continuación.

—No habrá violencia por el placer de la violencia, doctor Rau —le prometió—. Durante nuestra existencia ha habido ya demasiadas matanzas y ninguno de nosotros desea más cosas de este tipo.

Hizo una pausa y miró en torno de la mesa. Todos ellos eran hombres a los que había conocido durante diez o quince años. Willi Kleiber poseía y dirigía personalmente una de las mejores organizaciones de seguridad en Europa. Todos aquellos hombres habían tenido relaciones comerciales con su compañía. Algunos de ellos compartían con él sus más sombríos secretos; había ayudado a más de uno de sus hijos comprometido en asuntos de drogas y había hurgado en los secretos de dos esposas infieles. Ni siquiera su asesor fiscal conocía tanto de aquellos hombres como Willi Kleiber.

Prosiguió:

—El doctor Rau ha preguntado si el lado operacional de las cosas significa malar a las personas que no nos gustan. El doctor Böttger ha dicho que sí. Con los debidos respetos al doctor Böttger, me permito corregirlo. En esta delicada operación, no existe lugar para las animosidades personales. Las únicas personas que morirán serán aquellas cuyos conocimientos sean peligrosos para nuestra causa. La lista de ejecuciones será tan corta como me sea posible hacerla. Todos cuantos se hallan en esta estancia puede estar seguro al respecto. Yo he matado hombres durante la guerra. Los he matado en combates cuerpo a cuerpo. Fue desagradable. No es algo que ningún día cuente a mis hijos. El doctor Böttger me ha elegido para las operaciones colaterales de este plan, simplemente, porque sabe que a mí no me gusta la violencia. Soy su brazo armado, caballeros. Pueden estar seguros de que no eliminaré a ningún inocente.

—Gracias, Willi —respondió Fritz Rau.

Era uno de los hombres de más edad de los que se encontraban en la sala y, por ello, gozaba del privilegio de dirigirse a sus colegas más jóvenes de un modo informal.

Böttger lanzó un suspiro de alivio y, rápidamente, se encaró con el único asunto que quedaba.

—En Londres se necesita dinero de forma súbita, y necesitaremos alguna clase de sociedad comercial a la que remitir dichos fondos. Obviamente, no

debemos atraer la atención de los departamentos del Gobierno inglés, y he preguntado si alguno de nosotros puede proporcionarnos el conseguir medio millón de Deutschemarks mientras formamos allí la citada compañía.

—No existe ningún problema —respondió el experto en seguros marítimos—. Pero tendrá que facilitarme los detalles acerca de quién tendrá acceso a ese dinero. Muestras de firmas y cosas parecidas...

—Willi le suministrará todos esos detalles. Y tiene autorización para conseguir el dinero de la forma que le parezca más conveniente.

Miró al reloj que se encontraba encima de la puerta.

—Por esta semana, esto ha sido todo, caballeros —prosiguió Böttger—. Recibirán un télex con la clave acostumbrada para comunicarles cuándo será nuestra próxima reunión. Tengan la bondad de hacerme llegar los correspondientes poderes respecto de aquellas personas que no puedan acudir.

Una vez se hubo disuelto la reunión, fue Willi Kleiber el que se quedó para tener unas últimas palabras con el doctor Böttger.

—Me he preguntado acerca de lo que el viejo Fritz nos ha dicho hace un momento —dijo Kleiber—. Lo que más me trastorna es la violencia. —Kleiber imitó el acento sajón de Fritz Rau, y el trémolo que algunas veces se percibía en su voz.

Fue más bien una parodia cruel.

—Se está haciendo muy viejo —respondió Böttger—. Supongo que, llegado el caso, eso nos ocurrirá a todos...

—No obstante, las cosas han salido bien...

—De momento, así es —respondió Böttger—. Pero sabes tan bien como yo, que no se tratará, simplemente, de una o dos muertes...

—Será algo sucio —prosiguió Willi Kleiber—. Resulta duro de decir que deberán ser eliminadas muchas personas. Convengo con usted en esto. Pensé que la explosión en Inglaterra, cuando tuvimos que ajustar las cuentas a nuestro viejo camarada Franz Wever, se iba a convertir en un gran reportaje periodístico.

—Han estado locos al haber obrado así —repuso Böttger—. ¿Carecen de sentido las personas que tenemos allí?

—Los del Servicio Secreto británico ya conocían a Wever —explicó Willi Kleiber—. Le estaban presionando. Tuvimos que hacer algo lo más rápidamente posible.

—El Servicio Secreto británico. Si les permitimos apoderarse de las Actas de Hitler, será la peor cosa que podría ocurrirnos —siguió Böttger—. Si los periódicos se hacen con ellas, podríamos comprarles o, por lo menos,

amenazarles. Y si esto fracasara, aún cabría levantar una cortina de humo. Pero si caen en manos del Servicio Secreto británico, tal vez suceda cualquier cosa.

Willi Kleiber se rascó el mentón.

—¿Quiere decir que los británicos son peligrosos para nosotros? Sí, no había pensado en eso desde semejante punto de vista, doctor Böttger, pero estoy por completo de acuerdo con usted.

Böttger le miró y asintió.

Sabía que Willi Kleiber nunca lo había considerado de forma diferente.

Sir Sydney Ryden tenía un compromiso para almorzar, pero pudo recibir a Boyd Stuart en un resquicio entre el secretario del subcomité de presupuestos, y una copa con el coordinador antes de la comida. Boyd Stuart aguardó en un salón vacío durante media hora antes de que el DG entrase en él, se dejase caer en un sillón y se pasara una mano por el cabello.

—Todo parece presentarse a la vez, Stuart. ¿Ha encontrado eso?

—Sí, señor, así es. Siento mucho hacerle aún más difícil este atareado día.

—No tiene importancia —respondió el DG—. Fue una decisión mía el permanecer lo más de cerca posible en sus investigaciones. Se ha presentado algo, ¿verdad?

Boyd Stuart le explicó la llamada telefónica que Paul Bock había realizado a la casa de Stein, en Los Angeles. Y su visita a la casita del norte de Londres del día anterior.

—¿Son homosexuales?

Y asintió como si respondiese a su propia pregunta.

—No tengo razones para pensar así, director.

—Pues parecen más bien delincuentes —prosiguió el DG.

—Son delincuentes —convino Boyd.

—Efectivamente, Stuart.

El DG echó un vistazo al armarito de las bebidas, pero decidió que su almuerzo iba a resultar más bien difícil. Sería mejor continuar con la cabeza despejada.

—¿Debo suponer que se está tomando en serio su información?

—De momento, sí, señor...

—¿No es más bien algo extravagante? Seguramente no cree usted que un sindicato de industriales alemanes esté a punto de iniciar un movimiento nazi...

—Aún no he llegado a un estadio en que me pueda permitir el lujo de descartar algo —respondió Boyd.

—Está bien, se trata de su investigación... —respondió el DG, rascándose la cabeza—. No obstante, la Primer Ministro me está pidiendo que le haga un informe de la situación. Y no me puedo arriesgar a decirle que mi principal agente de campo cree en toda esa trama neonazi.

—Paul Bock ha logrado tener acceso a la computadora del Banco — insistió Boyd Stuart—. El otro ha trabajado en electrónica y, según las apresuradas y superficiales investigaciones que he llevado a cabo esta mañana, está bien calificado para conseguir información...

—No le contradigo en nada de todo eso —respondió con irritación el DG.

—¿Entonces cuáles pueden haber sido sus motivos? —preguntó Boyd Stuart—. ¿Por qué ponerse en contacto con Stein para prevenirle de que su vida se encuentra en peligro? Obviamente, Stein es un extraño para ellos o, en caso contrario, me hubieran reconocido en el acto como un impostor. El muchacho alemán confesó un secreto a un perfecto desconocido. Si ese extraño le traiciona, puede enfrentarse a que le despidan del Banco, y tal vez a una condena en prisión. ¿Así qué otro motivo podían tener, aparte del que me explicaron?

—Tal vez crea que es divertido —respondió el DG—. Acaso no necesite tener un empleo de ninguna clase; quizá posea unos ingresos particulares. Unos gamberros ricos. El mundo occidental está lleno de personas parecidas.

Sólo con cierta dificultad pudo Stuart eliminar su irritación ante semejantes divagaciones.

—Creo que es más seguro dar por sentado que trabajan para vivir, señor. Y prefiero presumir que son sinceros...

No tiene por qué leerme la ley de orden público, Stuart.

Boyd Stuart no contestó. El DG miró su reloj.

Veo que quiere seguir con esto, y no seré yo quien se le cruce en su camino.

Se puso en pie. La articulación de la rodilla le crujió un poco y se la masajeó durante un momento.

Supongo que no le importará que haga yo también algunas investigaciones, ¿verdad?

—No, señor respondió Boyd Stuart, en un tono que confió en que reflejara la idea de que temía el solo pensamiento de una cosa así.

Espléndido entonces... Hablaremos mañana antes de que vea a la Primer Ministro...

Sir Sydney Ryden no veía con placer la perspectiva de sus reuniones con el representante de la organización de Información de Alemania Occidental, la *Bundesnachrichtendienst*, BND. De algún modo, los dos hombres parecían incompatibles, y lo que debería ser un intercambio de valiosa información, muy a menudo se convertía en un intercambio de quejas que, en ocasiones, se acercaban bastante a una riña.

El almuerzo que compartieron en «Boodle's», el martes, 17 de julio, no fue una excepción. Hubo diferencias respecto a facilidades de adiestramiento que aún no estaban preparadas, una petición para la devolución de unos expedientes importantes que Sir Sydney sabía, en secreto, que se habían perdido en alguna parte de Whitehall, y una discusión acerca de un artículo periodístico referente a un cohete secreto que se había filtrado en un periódico alemán. Como ejercicio de cooperación europea, el almuerzo resultó un fracaso, pero, cuando los dos hombres bajaron a tomar el café, y observaron a los otros miembros del club hundidos profundamente en los desgastados sillones de cuero, la conversación volvió a la jardinería.

El descubrir que aquel difícil alemán compartía sus gustos por el cultivo de los cactus, constituyó una revelación para Sir Sydney Ryden, el cual era un muy conocido miembro de la Sociedad de Cactus y Plantas Suculentas de Gran Bretaña.

—Como regla general —estaba diciendo Sir Sydney, dejando olvidado su café—, es bastante corriente encontrar flores que son más grandes que la planta, con excepción quizá de *Mammillaria* y *Rhipsalis*. Si hubiera visto mi *Echinocactus tabularis* con tres flores —cada una mayor que la misma planta —, Dios mío, hubiera quedado usted asombrado...

Sir Sydney dio unas palmaditas en el brazo de su sillón de cuero, con la suficiente fuerza como para que un miembro del club, que se encontraba al otro extremo de la estancia, levantase la vista de su periódico.

—Lo peor son los cocos —respondió el alemán—. Lo único que los mata es la parafina, pero a menudo ocurre que también se muere la planta.

—Yo nunca recorro a la parafina —repuso Sir Sydney—. En cuanto vea a esos bichitos grises, sáquelos con un alfiler. Prefiero, a veces, eliminar un buen pedazo de la planta que emplear la parafina.

—Eso es la mar de interesante —contraatacó el alemán—. También recuerdo ahora su consejo en lo relativo a las semillas...

—Sí, no es algo tan difícil. Hay que aguardar hasta que el tallo de la flor ha muerto por completo antes de extraer las semillas... Las semillas de *Mammillaria* aparecen en la vaina; se deben guardar hasta la primavera

siguiente y no sembrarlas antes de finales de abril, a menos que se esté seguro de que la temperatura no descenderá de los 18° C.

—Lo intentaré —respondió el alemán.

—Es una lástima que no tenga tiempo libre para visitar mi casita en el campo.

—Tal vez la próxima ocasión.

—Excelente.

—Sólo deseo que exista algo que pueda hacer a cambio por usted, Sir Sydney.

Una súbita idea asaltó al DG.

—Bueno, tal vez sí lo haya, querido colega. Se trata de un asunto altamente secreto, pero desearía hacer unas comprobaciones acerca de la probabilidad de que un joven sujeto que trabaja para una sucursal londinense de un Banco de Hamburgo, tenga acceso a su computadora central. Como le he dicho, constituye algo secreto. Debería tratarse de una investigación muy discreta.

—Eso es algo muy sencillo, Sir Sydney —respondió el hombre de la BND—. Ni siquiera será necesario emplear para ello a mi Departamento. Lo llevaré yo a cabo personalmente. Mañana estaré en Bonn almorzando con mi esposa y un viejo amigo que dirige una de las mejores compañías privadas de seguridad. Lo sabe todo acerca de los Bancos alemanes.

—Excelente —respondió de nuevo Sir Sydney Ryden—. Será mejor mantenerlo en un terreno extraoficial. Ya le proporcionaré los detalles.

El alemán sacó del bolsillo su agenda y pasó unas cuantas hojas hasta que encontró el siguiente apartado diario.

Se trataba del jueves, 18 de julio.

Escribió:

«Mencionar la investigación de Sir SR.».

Su compañero de almuerzo que se hallaba allí anotado era Willi Kleiber...

Todos los esfuerzos de los empleados del Servicio Secreto británico, en la zona de Los Ángeles, por borrar el mensaje de Paul Bock en el contestador automático de Charles Stein, habían acabado en un fracaso. El propio aparato, construido en una pequeña fábrica de San Diego, era anunciado como la máquina doméstica de mayor confianza del mercado. Un aspecto de su confiabilidad, sobre el que se extendió con gran cuidado su patente, radicaba en la imposibilidad de un borrado accidental de cualquier mensaje que llegase. La «Ejecutivo Tipo II» incluso tenía una cabeza borradora que podía ser desenchufada y guardada bajo llave en cualquier otra parte. Aquello representaba una ventaja que entusiasmó a Charles Stein, quien creía que era muy probable que su hijo pudiese borrar accidentalmente algún mensaje vital.

En cuanto al intento de conseguir que un agente de campo entrase como empleado de teléfonos en la residencia de los Stein, también estaba destinado al fracaso. El ama de llaves de Stein hacía mucho tiempo que había descubierto que la mejor forma de vivir en paz con su amo era tomarse sus instrucciones al pie de la letra. Así, cuando un joven portador de alicates, pinzas y carretes de cable, habló con ella a través del micrófono de la puerta principal, la mujer le contestó que no podía entrar. Él le respondió que su teléfono no funcionaba adecuadamente y, cuando el ama de llaves se mostró indiferente a este asunto, insistió en que la avería acabaría afectando a todos los teléfonos de Cresta Ridge Drive.

—Tendrá que volver cualquier otro día —le respondió la mujer.

Charles Stein le había dicho que no dejase entrar a nadie en la casa, y aquello era exactamente lo que pretendía hacer. Cuando el falso empleado de teléfonos insistió, ella le amenazó con llamar a la compañía telefónica y quejarse de su conducta. Fue en este estadio de la operación, cuando se abandonó cualquier otro intento de interferir en el contestador automático.

Charles Stein llegó a su casa a las once de la mañana. Estaba de muy mal humor y su ama de llaves no le hizo ninguna clase de preguntas, excepto qué le gustaría comer. Sólo tras haberle servido su sopa, Stein le confió que había

sido arrestado por conducir bebido, por la patrulla de Autopistas de California, mientras se desplazaba de la forma más decorosa posible por el carril número dos de la Harbor Freeway, a no más de setenta kilómetros por hora.

El ama de llaves asintió y se quedó silenciosa, excepción hecha de algunos ruidos de simpatía que los semánticos denominan «sonidos de ronroneo».

—¡Yo borracho! —se quejó indignado Stein.

—¿Le pusieron el analizador de aliento?

—Y no registró nada. Había tomado únicamente dos vasos de vino blanco con un antiguo colega. Ya me conoce, Mrs. Svenson, ¿me ha visto alguna vez borracho? Prácticamente, nunca pruebo los licores fuertes. Ni siquiera me gusta el sabor de ninguno de ellos...

—¿Y afirmaron que iba usted a demasiada velocidad?

—Dijeron que conducir a unos cuidadosos setenta kilómetros por hora, constituye el signo más infalible de un borracho, eso es lo que afirmaron...

El ama de llaves emitió más ruidos ronroneantes.

—Conducción errática, cambio indebido de carril... Me llevaron a la cárcel del Condado, cerca de Union Station... ¿Qué le parece esto?

—Es terrible, Mr. Stein...

—Solicité una prueba sanguínea. Conozco la ley. Pedí una prueba sanguínea. Me contestaron que no podían encontrar al maldito doctor de la Policía. Tal vez también esté borracho, les contesté. Finalmente, llegó el relevo del turno y su jefe me soltó.

Stein se quedó mirando a su ama de llaves y sacudió la cabeza.

—Estoy trastornado, Mrs. Svenson. Se lo digo de verdad, estoy realmente enfermo a causa de la forma en que me han tratado.

—Coma, Mr. Stein —le contestó ella—. Inténtelo y olvídense de todo este asunto.

Stein desmigó pan en la sopa y comenzó a tomársela.

—Esos tipos de la patrulla de Carreteras nunca admiten haberse equivocado, ya lo sabe... —le contó Stein a su ama de llaves—. Me tuvieron allí toda la noche, amenazándome con toda clase de cargos por delitos de conducción. Luego, por la mañana, me soltaron. Vaya componenda. Me mandan a la cárcel por no hacer nada y son lo suficientemente amables como para dejarme libre.

Se acabó la sopa en silencio.

—¿Dónde está Billy? —preguntó, al mismo tiempo que apartaba el plato.

Stein siempre hacía a un lado los platos vacíos. Necesitaba un espacio en la mesa delante de él; encontraba que los platos y vasos —sobre todo los vacíos— eran excesivamente constreñidores.

—Se ha ido con la barca —le respondió el ama de llaves.

—¿Otra vez?

—Está haciendo prácticas para la carrera del mes próximo. Se trata del campeonato. Ya lo sabe, Mr. Stein. Billy nunca se olvida de esto.

Stein alzó la mirada, percatándose de que Billy Stein había convertido a otra mujer a su causa, fuese ésta la que fuere.

—Ya es hora de que ese chico consiga un buen empleo —comentó Stein.

—Le traeré el resto de su almuerzo —respondió el ama de llaves.

Stein acabó pronto las chuletas de cordero a la parrilla y las patatas fritas, que su ama de llaves había calculado que constituiría la comida más rápida y satisfactoria, y asimismo la forma más instantánea para que su amo volviese a su habitual conducta tranquila. Pero Stein dejó a un lado las patatas fritas, y eligió en su lugar tomar unos tomates al homo, sazonados con algunos trocitos de albahaca procedente del jardín. Pero ahora su resolución se debilitó al recordar la indignidad de haber sido esposado, desnudado, registrado, fotografiado y que le tomaran las huellas digitales. Se llevó las patatas a la boca con nerviosa rapidez.

—Y luego me arrojaron en la jaula de los borrachos como si fuese un delincuente común...

—Podía haberme telefoneado, Mr. Stein.

—No era buena idea telefonearle —gruñó Stein, mientras continuaba comiendo las patatas—. Sólo te permiten una llamada telefónica y estuve persiguiendo a mi maldito abogado de bar en restaurante, y luego en un club nocturno...

Se acabó las patatas, cogió una rebanada tostada con mantequilla y se puso de pie. Aún llevaba consigo el olor de la cárcel.

—Voy a tomar un baño —explicó Stein—. Me quitaré estas apestosas ropas.

—Debe de haber sido terrible para usted, Mr. Stein.

—¡Malditos fascistas! —se quejó Stein—. También se lo dije así. Les manifesté que había hecho una guerra para expulsar a los fascistas como ellos. Se lo dije.

—¿Y qué le contestaron?

—Se echaron a reír —respondió Stein.

Se encogió de hombros. Había comenzado a acostumbrarse a que la gente se riera acerca de la guerra. Billy Stein se había reído de ella durante años. ¿Por qué trastornarse si los hijos de otros hombres se reían también?

Una vez de pie se quitó la corbata y se aflojó el cuello de la camisa. Inquieto, se dirigió a la chimenea y movió alguno de los adornos de porcelana como si buscara algo.

—¿Está usted bien, Mr. Stein? —le preguntó el ama de llaves.

Hasta aquel momento nunca le había visto así.

—Se rieron —repitió Stein.

Su conversación con Jerry Delaney le había reavivado los recuerdos; y la noche en la cárcel del Condado le había permitido también mucho tiempo para meditar. Existía la otra parte de la historia. Recordaba haberla contado una y otra vez al desaliñado pequeño capitán del personal de juristas, que había gritado rabioso y había llamado embustero a Stein.

Naturalmente, Delaney había contado la misma historia. Delaney era su camarada, un joven larguirucho con un largo cuello y el desgarrado físico de un muchacho que no ha crecido aún lo bastante hacia la virilidad. El comandante Carson era el único veterano aquel día en la columna. Carson había luchado en Francia durante la Primera Guerra Mundial. Era un hombre gordezuelo, de pelo gris, con las narices y las mejillas rojas a causa del frío, de la instrucción a primeras horas de la mañana y de las tardes bebiendo licor barato, que era lo que había hecho durante todos aquellos años de paz en el Ejército.

—No hacen falta los prismáticos —le dijo al teniente Pitman cuando vio el humo—. Los alemanes están encima de la próxima colina zurrándole la badana a la columna de suministros.

Colocó su chicle en el casco y miró su mapa de campaña, mientras sonaba la siguiente salva. Stein le estaba mirando de cerca; ni siquiera parpadeó. La investigación había tratado de hacer pasar a Carson por un cobarde, pero un cobarde se hubiera quedado con la columna, en vez de tratar de tomar un jeep para atravesar la abierta campiña y avisar al batallón de lo que estaba sucediendo.

—Necesito un conductor —dijo el comandante Carson.

—Llévese al joven Stein —le contestó el teniente Pitman—. Ese chico es demasiado joven para el combate.

—Todos lo son —respondió Carson sin alzar la vista del mapa—. Y si los alemanes están aquí... —Y dio unos golpecitos en la brillante cubierta transparente del mapa—, todo ese maldito grupo estará rodeado, la compañía anticarros, el equipo de combate del regimiento, los ingenieros... ¡Mierda! Los jefazos no son más que unos asnos, Pitman...

—Sí, señor —respondió Pitman, que siempre había tratado de evitar entre sus hombres semejante falta de respeto.

Carson se lo quedó mirando y sonrió. Pitman era diez años mayor que la mayoría de aquellos muchachos, y había estudiado en West Point, pero su experiencia de la auténtica vida del soldado resultaba penosamente inadecuada. Su uniforme era nuevo, llevaba la corbata pulcramente metida dentro de la camisa, su chaquetón impermeable al agua aparecía sin la menor mancha. Pitman era más pequeño que el resto de ellos, y la pesada pistola automática y la cantimplora llena de agua le sobresalían del cinturón. Sus prismáticos de campaña parecían una piedra de molino en torno de su cuello. Mientras sus ojos daban la vuelta al horizonte —viendo únicamente las pétreas y negras colinas que les habían hecho perder el contacto por radio con su cuartel general—, su casco de acero tintineó contra la plancha de revestimiento del «M-3».

El comandante Carson colocó un brazo en torno de sus hombros, en un ademán que resultó, a un tiempo, paternal y confidencial.

—Debe llevar a esos chicos al barranco, teniente, y hacerles avanzar paralelamente a la carretera de Sbeitla.

Se elevó más humo seguido por el retumbar de los cañonazos.

—Tal vez los alemanes traten de atravesar por aquí hacia Kasserine.

—¿Kasserine? —respondió Pitman.

Aquello resultaba inconcebible.

Carson repasó de nuevo el mapa con el dedo. Sus uñas estaban rotas y eran cortas, y sus manos aparecían manchadas de aceite y nicotina, así como se veían en sus dedos pequeñas cicatrices. Eran las manos de un hombre al que le gusta desmontar motores.

—No se haga a la idea de ganarse la Medalla de Honor. Machacarán sin descanso esta pequeña caravana. Vuelva a través del barranco y salga de este infierno.

—Somos una unidad contracarros —repuso Pitman—. ¿Quiere que echemos a correr?

—Tráeme el jeep, chico —le gritó Carson a Aram Stein.

Luego se volvió a Pitman y le dijo:

—Saque de aquí esas piezas de museo, teniente. Y esto es una maldita orden. ¿Entendido?

—Sí, señor —respondió Pitman, brindándole al comandante un saludo ejemplar.

Carson trepó al jeep sin mirar siquiera hacia atrás.

El teniente Pitman se quitó el casco y se pasó una mano por su sudada badana, antes de volvérselo a colocar en la cabeza y ajustarse el barboquejo. Ahora era su ocasión; mandaría toda la columna frente al enemigo, como a veces había soñado hacer.

—Llega un soldado por el sendero —exclamó, pero sus palabras quedaron apagadas por otra explosión, esta vez en la parte baja de la colina.

Sólo Stein se percató de lo que había sucedido, tal vez a causa de que había pasado mucho tiempo temiendo una cosa parecida.

—¡Aram! —gritó.

Saltó del «M-3» con una poca característica agilidad y corrió por la colina como un loco.

—No te muevas, Aram. Ahora voy. Quédate donde estás. En seguida estoy ahí, Aram. ¡Aram!

Pero Aram Stein ya nunca más se movería, ni tampoco el comandante Carson. El jeep había sido alcanzado por una mina «Teller», cerca de un kilómetro más abajo del sendero, y sus restos aparecían retorcidos y los neumáticos en llamas. Los cadáveres se veían cruelmente destrozados.

—¡Aram!

—¿Puedo hacerle algo más? —le preguntó el ama de llaves.

—Tendré que hablar con Billy —le respondió Stein.

Había mimado demasiado al muchacho; debía empezar a verse implicado en auténticos problemas. Stein estaba cansado. A partir de ahora, Billy debería ayudarlo, ayudarlo de verdad.

—Sí, Mr. Stein —respondió el ama de llaves, intrigada al ver que Stein le estaba dando tantas confianzas—. No se olvide de que el teléfono está aún conectado al contestador automático...

Hacía casi ocho años desde que el joven Billy Stein estuviera en Londres. Aquella visita la había realizado con su madre y su padre: unas vacaciones especiales, para celebrar el aniversario de boda de sus padres. Le habían llevado a ver las cosas habituales de los turistas: presenciar el relevo de la guardia en el Palacio de Buckingham, una visita a un espectáculo musical, un viaje por el Támesis, un almuerzo en «Simpson's», en el Strand, sin olvidar dar una propina al hombre que cortaba la carne asada. Había sido bastante agradable como interludio, pero Londres no había atraído lo suficiente a ningún miembro de la familia Stein como para que desearan regresar allí. El frío clima, con frecuentes chaparrones que siempre parecían cogerles desprevenidos, y que les ponían perdidos, y con un hotel que no disponía de calefacción ni aire acondicionado. Según podía recordar, siempre habían estado estornudando.

Desde aquellos días, las cosas habían cambiado poco. El problema del aparcamiento resultaba horrendo, el servicio de taxis era inadecuado, los teléfonos arcaicos y la comida no se avenía con sus gustos. Billy Stein se había pasado la mayor parte de su vida en California meridional y ahora era raramente feliz en ningún otro lugar.

Aquellos factores militaban en contra del joven Stein, en su misión en Londres para descubrir, a petición del Stein padre, lo que Mr. Paul Bock tenía que contarles. Incluso en aquel lujoso hotel cerca de Park Lane, Billy Stein no encontró las cosas fáciles. El camarero del servicio de habitaciones era portugués y no comprendió la petición de Billy para el desayuno. El periódico inglés de la mañana era más bien desconcertante: se dedicaba casi exclusivamente a las actividades parroquiales de los dirigentes británicos de sindicatos, además de a un análisis apasionado de las recientes exportaciones británicas y algunos incomprensibles relatos de cricket. Los titulares decían: «Pendiente: Por 119 noes, el veredicto de la PM en el gran debate». Dejó a un lado el periódico y volvió su atención al desayuno. Jugo de naranja de lata, unos huevos revueltos aplastados y algunos trozos apergaminados de tocino

entreverado. Se vertió el café y suspiró profundamente. ¿Por qué su padre le había intimidado haciéndole venir a Londres? Podía haberse encontrado comiendo sus acostumbradas rebanadas de piña fresca, con auténtica crema y buen café, a la sombra de las palmeras, mirando el mapa, decidiendo adonde ir por la tarde, ya fuese a nadar, a hacer surf o esquí acuático. Encendió el televisor, pero sólo consiguió una tormenta de nieve y estática y un profundo silbido. Cerró los ojos y se tragó el café del hotel.

Aún no se había recuperado del viaje en reactor y de las miserias de aquel vuelo transatlántico. La temperatura de las «toallas japonesas» había sido muy poco diferente de los «Martinis» con los que había intentado borrar el recuerdo de la carne y verduras recalentadas que había constituido la cena de primera clase. La opresiva mediocridad de la película del avión sólo había quedado aliviada por el trivial charloteo de la tripulación de la aeronave, y por el ruido del parloteo de la primera hilera de pasajeros. Billy Stein llegó a Londres exhausto, y encontró un servicial conductor que le llevó a su hotel por lo que luego descubrió que había sido una tarifa cuatro veces superior a la normal. Una vez en su cómoda habitación del hotel, durmió diecinueve horas seguidas. Por todo ello, Billy no hizo nada para ponerse en contacto con Paul Bock hasta el viernes, una semana después de que el mensaje fuese depositado en el contestador automático del teléfono, y cuatro días después de la visita de Boyd Stuart a York Way.

Incluso el viernes, Billy Stein tuvo que hacer tres tentativas antes de conseguir la dirección en la agencia de secretarías. Tras un tardío desayuno, se puso el impermeable y el sombrero y se aventuró en el fresco verano londinense. Un taxi le llevó a «Jimmy's Militaría», y empezó a encontrarse más y más deprimido cuanto más cerca se encontraba de aquel lugar. Las humildes casas y las sucias calles no cuadraban con la educada y cuidadosamente modulada voz que había escuchado en la grabadora del contestador automático.

—Ya hemos llegado —le dijo el taxista.

Un reactor «Jumbo» pasó tan bajo por allí que Billy Stein tuvo ciertas dificultades para oírle. Tendió al taxista un puñado de monedas para que éste mismo las eligiera. El taxista murmuró por aquella tarea adicional, pero la llevó a cabo sin dilación.

Billy Stein hizo pantalla con las manos para avizorar más allá del letrero de «cerrado», hacia el tenebroso interior de la tienda. Apareció una inmediata incongruencia en la forma en que aquellos maniqués de delgadas caderas del escaparate, de unas formas lo más modernas posibles, aparecían embozados y

cubiertos por todos aquellos atuendos militares del pasado. Aquellos nazis formaban un grupo extraño con sus espadas y dagas de paseo, acompañando a húsares y oficiales de caballería, estropeadas series de armaduras e incluso un descabezado cabo de Infantería de Marina. Obviamente compradas de segunda mano, aquellas figuras soportaban sus rotos miembros, desaparecidos pies y tiznadas mejillas con inescrutable fortaleza. «Aquello se parecía a un depósito de cadáveres», pensó Billy, y se estremeció una vez más.

No respondieron al timbre. Observó la cerradura de la puerta de la tienda. Era más antigua aún que las antigüedades exhibidas en el escaparate. De forma furtiva, miró arriba y abajo de la calle. Fuera aquello una broma o no, no tenía la menor intención de haber realizado un viaje de nueve mil kilómetros sin adentrarse en ulteriores investigaciones. Empleó un cortaplumas para sujetar el suelto cerrojo y aplicó su fuerza formidable contra la puerta. Crujió, se oprimió contra la estructura de madera y ésta se rompió con un chasquido de madera podrida.

Billy Stein entró y cerró la puerta, apoyando contra ella una enorme bomba de agua para mantenerla cerrada. Furtivamente, se adentró entre las banderas con esvásticas y las hileras de petos de armaduras, espadas y fusiles. Oyó música procedente del piso de arriba: Bach tocado en un solo de guitarra. Echó un vistazo al interior de la habitación trasera que estaba casi llena por completo de cajas de cartón. Más allá se encontraba un patio adoquinado, no mayor que una cabina telefónica, y en su extremo más alejado aparecía a la puerta de un retrete al aire libre. También se veía un sucio fregadero salpicado de manchas rojas.

Billy Stein regresó a través de la tienda y subió las escaleras tan silenciosamente como le fue posible. La música parecía provenir del piso de arriba. Se paró en el descansillo. La música se detuvo mientras escuchaba desde la parte de afuera de la puerta.

Una voz masculina dijo:

—Les hemos ofrecido la Suite de Bach para Laúd núm. 2, en Do menor, interpretada por Carlos Bonell...

Se dio cuenta entonces de que se trataba de un locutor de la «BBC», a través de la radio. Entonces giró el pomo con cuidado para abrir la puerta.

Era una estancia amplia, con vistas sobre el tejado de pizarra del lavabo del piso de abajo, hasta donde un atrofiado árbol luchaba por la luz del sol en un patio que tenía exactamente el tamaño y la forma adecuada para una ejecución. En aquella habitación se veían muchos muebles: varios sillones

antiguos y un amplio sofá con un muelle visible a través de su desgastada estructura.

Apoyados en la chimenea, se hallaban media docena de grandes marcos dorados y una desgastada sombrilla anunciadora de la «Coca-Cola». Todo ello olía a excrementos de gatos y a col cocida.

Atravesó la estancia hasta la puerta de la siguiente. Se trataba de una pesada puerta, escondida bajo capa tras capa de pintura barata. Alguien con ansias respecto de las artes creativas había trazado líneas onduladas empleando un peine con la pintura húmeda, en un intento de disimular las vetas de la madera. Se apoyó en la puerta de pesados paneles. Estaba cerrada, pero la llave se encontraba en el suelo. La recogió y la introdujo en la cerradura. A través de la puerta escuchó cómo comenzaba de nuevo la música de guitarra.

Esperara lo que esperase encontrar en la habitación, de ningún modo era dos hombres derrumbados en la cama. Casi todo lo que se hallaba en la habitación estaba cubierto de sangre, incluyendo dos monos de trabajo que habían sido atados formando un bulto y empujados hasta la chimenea con los atizadores metálicos del hogar.

Los hombres tendidos en la cama estaban muertos. Uno de ellos era Paul Bock y el otro Jimmy. Billy Stein no tenía modo de saber de quiénes se trataba, puesto que sus asesinos habían ocultado su identificación por medio del procedimiento de cortarles a los dos hombres tanto las manos como las cabezas.

Billy se quedó de pie sin palabra en el umbral. No estuvo seguro de cuánto tiempo permaneció contemplando a los dos hombres descabezados y al edredón empapado en sangre, pero de repente escuchó al locutor de la radio manifestar que la pieza siguiente de música de guitarra pertenecía a Albéniz. Salió de la estancia y cerró la puerta con mayor fuerza de la que pretendía. Se sentó en el sillón antiguo y sintió que el corazón le latía como si todo su cuerpo se hallase a punto de estallar. Dominando su pánico, rehízo todo el recorrido antes efectuado, cerrando cada puerta detrás de sí. Aún siguió escuchando música de guitarra.

Billy se percató de hasta qué punto se vería imposibilitada una investigación a causa de la ausencia de pruebas dentarias, o de las huellas digitales de las víctimas, pero había algo realmente diabólico en unos hombres que habían sido capaces de cortarles a sus víctimas las cabezas y las manos.

Una hora después, mientras Billy Stein seguía andando sin rumbo a través de las sucias calles traseras de King's Cross, fue cuando se percató de que sus huellas dactilares sí habían quedado liberalmente distribuidas por el escenario del crimen. Pero no tenía la menor intención de regresar allí. Preguntó a un transeúnte que le indicara la forma de volver a Park Lane. Anduvo hasta la estación de Metro de «Warren Street» bajo una ligera lluvia antes de que fuera lo suficientemente afortunado como para encontrar un taxi. Resultaba difícil de creer que, sólo hasta ayer, no le hubieran acuciado unos problemas más importantes que el tener que cambiar el filtro del aceite del motor de su avioneta...

El controlador de campo de servicio en Londres telefoneó a Boyd Stuart a las 14,23 horas del viernes, 20 de julio. Estaba en una línea de interferencia interior por lo que pudo hablar con completa libertad:

—Stein estuvo allí —explicó el controlador de guardia.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—Ha regresado al hotel. Iba más blanco que una sábana. Andaba por las calles como si no supiera adonde se dirigía. Luego vio un taxi desocupado, lo detuvo y regresó a su hotel hace irnos cuarenta minutos. Está conmocionado...

—Yo también lo estaría —replicó Stuart—. ¿Aún no hay indicios de haberse presentado por allí la Policía?

—El tipo alemán le pidió a su Banco que necesitaba unos días de permiso. Probablemente, no informarán de su desaparición hasta el lunes. El otro muchacho no tenía amigos íntimos o parientes, por lo menos hasta donde llegan nuestros conocimientos al respecto...

—¿Cuánto tiempo estuvo dentro?

—Unos veinte minutos, tal vez menos.

Se produjo un largo silencio durante el cual Boyd Stuart esbozó una serie de cajas en su bloc de notas. Luego, de forma cuidadosa, dibujó unas cruces en cada cuadrado hasta que el diseño quedó completado.

—¿Está usted ahí? —le preguntó el controlador de guardia.

—Sí, estoy aquí...

—Sería ya tiempo de hacerlo, señor. Nuestro hombre, que le ha seguido, afirma que, al parecer, Stein se encuentra en un estado terrible.

—Gracias —respondió Stuart—. Manténgame informado.

Colgó el teléfono y buscó su sombrero. Al igual que Billy Stein, decidió que el tiempo no era lo suficientemente bueno como para salir a la calle sin impermeable.

—Busco a Mr. Stein —le explicó Boyd Stuart al recepcionista del hotel —. Me gustaría darle una sorpresa...

—Lo siento, señor, pero...

Boyd Stuart alargó la mano y agarró la muñeca del hombre del pupitre antes de que éste alcanzase el teléfono.

—Deseo darle una sorpresa —repitió Stuart, aunque esta vez exhibiendo la placa de identificación de la Policía Metropolitana que acostumbraba llevar para situaciones como aquélla.

El empleado se quedó mirando la identificación.

—Le pondré en comunicación con el director...

—No es necesario —respondió Boyd Stuart—, o le acusaré de obstrucción a un oficial de Policía en el desempeño de su deber.

Hablaba en voz muy baja, pero durante todo aquel rato sujetó con tal fuerza la muñeca del hombre que éste gimió de dolor.

—Sólo iré al piso de arriba para tener una conversación... ¿Lo entiende?

—Lo entiendo —respondió el hombre.

Boyd Stuart liberó su presa y atravesó con rapidez el vestíbulo para llegar a las puertas del ascensor. Para cuando el recepcionista alzó la vista después de haberse frotado su dolorida muñeca, Stuart ya se había ido.

La habitación 301 estaba cerca de los ascensores. Las habitaciones terminadas en 01 siempre se encuentran cerca del ascensor, y los viajeros experimentados suelen evitarlas. Stuart se preguntó por qué Stein no habría tomado una *suite*. Según los resultados de la investigación que habían realizado en el crédito y nivel de gastos de la familia, podría muy bien habérselo permitido. Stuart apagó la luz del corredor y luego llamó a la puerta.

—Sí...

Se trataba de la voz de Billy Stein.

—Servicio de habitaciones...

—¿Qué desea?

—Tengo un paquete para usted..., de alguien del extranjero... Lleva sellos extranjeros.

—Métalo por debajo de la puerta...

Stuart sonrió. Recordó que aquello ya le había sucedido otra vez.

—Ya le he dicho que se trata de un paquete. No cabe por debajo de la puerta...

Entonces se produjo otro prolongado silencio y luego Stuart oyó que la cerradura empezaba a correrse. Sabía que debía actuar de prisa y deseó

fervientemente que Stein no hubiera puesto la cadena de seguridad.

Billy Stein abrió la puerta una pequeña fracción y Stuart bajó los hombros y cargó contra ella con todo su peso. Stein estaba preparado, pero no lo suficiente. Retrocedió hacia atrás en la habitación; Stuart le siguió, tropezando con el equipaje de Stein y salvándose por un pelo de caer gracias a que se apoyó en el borde de la cama. Para cuando al fin Stein quedó sentado en el suelo, Stuart se le enfrentó ya con una «Smith & Wesson Magnum» colocada a unos centímetros de sus narices.

—Estate quieto —le dijo Stuart y el joven se quedó inmóvil.

No era la primera vez que Stuart seleccionaba de su armero aquella gran pistola, que sólo podía llevar en la pistolera debajo del hombro y que casi le hacía inclinarse hacia un lado. Pero ya había visto la forma en que las balas de su «Magnum 357» atravesaban las carrocerías de los coches, y también había observado cómo su simple visión inmovilizaba a la gente, como ahora había dejado inmóvil a Billy Stein tirado en el suelo del dormitorio.

—Aquí no hay dinero en efectivo —le dijo Billy Stein, mirando todavía la enorme pistola—. No hay cámaras ni cheques de viajeros...

Intentó un toque humorístico.

—Has llamado a un número equivocado, compañero. Estoy agotando mis últimos dólares en espera de conseguir un empleo.

Stuart sonrió.

—Me decepcionas, Billy.

Stein alzó la vista y frunció el ceño.

—¿Cómo diablos sabes mi nombre?

Stuart no replicó. Lanzó una mirada en tomo de la habitación. Stein llevaba una bata y había estado tumbado en la cama intentando dormir. Su reloj de oro de pulsera se encontraba en la mesilla de noche, junto con un *Geographias' London Atlas* y sus gafas de cristales amarillos.

—La próxima vez que respondas a una llamada en la puerta de la habitación de un hotel, ponte las gafas. A lo mejor tienes que firmar algo...

—¿La próxima vez, mocoso? —respondió Billy Stein.

Se estaba recobrando lo suficiente de su sorpresa como para mostrar enfado.

—La próxima vez te haré pedazos sólo con las manos...

Stein trató de ponerse en pie.

—Quédate donde estás —le ordenó Stuart—. Sé cómo emplear este cacharro y te haré lo que has hecho a aquellos pobres chicos de King's Cross esta mañana, si me proporcionas la menor excusa...

—Un momento —respondió Billy—. Espera un momento. ¿Qué chicos? ¿De qué estás hablando?

—No me hagas ese numerito, Stein. Sé lo que hiciste esta mañana antes de volver a tu precioso hotel para echarte una siestecita. Mataste a aquellos dos muchachos y les cortaste la cabeza. ¿Qué te habían hecho? ¿Tratabas de venderles alguno de los documentos de postín de Hitler de tu papá, o estaban atrasados en el pago del alquiler?

—Oh, ahora lo comprendo —respondió Billy Stein—. Tú eres uno de esos ingleses que hablaron con mi padre acerca de los documentos. Lo sabes todo respecto de ese material...

—Sé de qué va eso de los papeles —replicó Stuart—. Lo que no sé es lo lejos que queréis llegar tu papá y tú para negociar con ellos. ¿Qué empleaste, Billy? ¿Una sierra para metales o un hacha?

—No me hables así, bastardo —repuso Billy—. Yo no maté a esas personas, o a esos muchachos como tú les llamas. No sé si eran chicos o qué eran... Yo sólo proyectaba...

—¿Qué proyectabas? ¿Qué proyectabas y para quién? Viniste en avión a Londres —en primera clase y todas las demás zarandajas—, y te registraste en este lujoso hotel. Te levantaste esta mañana y te dirigiste en seguida a una dirección en King's Cross —no se trata de algo normal en el itinerario de los turistas, convendrás en ello—, y permaneciste allí dentro irnos veinte minutos. ¿Es ése todo el tiempo que necesitaste para realizar tu proeza, Stein? ¿Para llevar a cabo tu plan? ¿De qué diablos estás hablando?

—Éste es tu territorio. Yo estoy aquí fuera de lugar; soy vulnerable. Muy bien... Pero yo no maté a aquellas personas en aquel podrido lugar... Juro ante Dios que no lo hice...

—¿Entonces quién los mató, desgraciado?

Stein se movió.

—Estate quieto o te vuelo la cabeza...

Stein describió trabajosamente la detención de su padre por la patrulla de carreteras, y la llamada telefónica de parte de Paul Bock que le aguardaba cuando al fin regresó a su casa de Cresta Ridge Drive. Stuart sabía que aquel lento recital de los acontecimientos estaba calculado para proporcionar a Stein una posibilidad de recuperar sus fuerzas y procurar salir de aquel apuro, pero no hizo nada para que se apresurase o le interrumpió lo más mínimo. Se limitó a aguardar a que Stein fuese desahogándose, y cuando Stein alzó la mirada para comprobar su reacción, Stuart seguía allí de pie, con la pistola en la mano, sonriéndole educadamente.

—¿Qué es eso tan divertido? —preguntó Stein.

—¿Crees que me voy a tragar todo eso? —respondió Stuart—. ¿Me estás diciendo que un hombre telefoneó a tu padre, en Los Ángeles, un hombre del que antes nunca habíais oído hablar, y con sólo la fuerza de esa llamada telefónica, saltaste a bordo de un avión y te presentaste en Londres? Tómale el pelo a otro, Stein...

—Afirmó que se trataba de los documentos...

—Oh, dijo que era algo referente a los documentos —replicó en son de mofa Stuart—. Muy bien, eso lo explica todo... Naturalmente, si alguien nos telefonea y nos dice...

—Vete al infierno —respondió Stein.

Ahora que había escuchado a Stuart mofarse de sus explicaciones, se percató de lo improbables que les sonarían al jurado.

—¿Quieres que te cuente qué les hacen a la gente como tú que se mete en las casas de las personas respetuosas de la ley, del norte de Londres, y les cortan las cabezas y las manos? Por lo menos, les ponen a la sombra durante una larga temporada. ¿Has visto una prisión inglesa, Stein? O bien, lo que es más pertinente, ¿has oído alguna vez una? ¿Has oído la primera cosa por la mañana cuando están retirando la porquería? Amigo mío, allí no hay retretes con agua de cisterna. Ni tampoco puedes estar en el salón viendo la televisión en color, como ocurre en esas bonitas prisiones del Estado, en California. Aquí somos mucho más primitivos. Los titulares de esta mañana reflejan que, al parecer, estás llamando a gritos al verdugo, Billy. Pero, de todos modos, te pasarás el resto de tu vida natural en un sucio, maloliente y Victoriano tugurio, que parecerá más bien una ilustración para una novela de Charles Dickens.

Billy Stein golpeó la alfombra con un puño.

—Yo no he matado a nadie...

—¿Qué te hicieron? ¿Te robaron alguno de tus documentos nazis? Ya me he percatado de que la tienda estaba llena de espadas y dagas nazis y toda esa clase de basura. ¿Es eso lo que hicieron?

—Si me vas a fichar, fíchame...

Stuart se apoyó en la mesita del vestidor y hurgó con rapidez en el pasaporte estadounidense de Stein, en los billetes de avión, llaves y monedas y en una cartera que contenía algunos billetes de Banco, el permiso de conducir de California, el documento de la Seguridad Social y diversas tarjetas de crédito.

—¿Por qué no te preguntas a ti mismo en qué clase de lío te encuentras?
—le sugirió Stuart.

Billy no respondió.

—Dejaste tus huellas digitales por todas partes en esa casa de King's Cross. La Policía aún las toma, Stein. Sé que esos chicos botarates de las películas de detectives afirman que es algo pasado de moda, pero los «polis» consiguen todos los años un motón de pruebas gracias a la dactiloscopia.

Stuart puso encima de la cama una «Samsonite» para llevar dos trajes.

—En la actualidad, las huellas digitales están registradas en las computadoras, Stein. Ya no hay que perder tiempo con un funcionario comparando arcos, espiras y espirales; en la actualidad, todo eso se hace en un cerrar y abrir de ojos.

Deslizó los cierres y registró con rapidez las prendas que estaban dentro del maletín.

—E incluso suponiendo que seas inocente, ¿quién se lo va a creer?

—No encontrarás ahí los documentos de Hitler, tío...

—¿Y por qué no? Esto puede llegar a ser muy malo, pero no en vano conseguí sobresalientes por mis esfuerzos, ¿entendido?

Stuart le encañonó de nuevo con la pistola.

—Quédate ahí quieto hasta que te diga que te muevas.

—¿Sabes lo que realmente creo? Creo que *tú* mataste a aquellas personas. O, si no lo hiciste personalmente, lo hizo alguien al servicio de ese condenado servicio británico de espías. Luego hiciste llegar ese mensaje telefónico a mi grabadora y vigilaste la casa hasta que me viste entrar en tu trampa. Se trata de la maquinación más clara que haya visto nunca. Y un día acabaré contigo, aunque eso me lleve un millón de años.

—No te preocupes por hacer el histrión —le respondió Stuart—. Inclínate hacia delante y coloca las manos detrás para que te coloque las esposas. Si intentas agarrar la pistola tendré que golpearte la cabeza con la culata, ¿entendido?

—Está bien —respondió Billy—. Me estás acusando ahora formalmente, ¿verdad?

—¿Te refieres a algo parecido a las películas de Hitchcock?

Colocó una esposa en la muñeca de Stein y forcejeó luego con la otra hasta que, finalmente, la cerró. Al hacerlo, pellizcó la piel de Billy que emitió un gruñido de dolor.

—No, no vas a ser acusado por un apuesto inspector de Policía, con uniforme completo. Necesitas un inspector por una acusación de asesinato,

Stein, no puede ser algo de rango inferior. Habrá que escribir algo a tu padre al respecto. Yo sólo he venido a recogerte. Ahora haremos el camino de regreso. Puedes ponerte de pie... ¿Vamos?

—Sí.

Stuart lo había dispuesto todo con sumo cuidado. Había traído a dos cursillistas del Foreign Office para que le ayudasen con el coche y tranquilizasen al personal del hotel. Sacaron a Stein por la puerta de los equipajes y le hicieron subir a un sedán negro «Rover», al que habían hecho pasar más de una vez por un vehículo de la Policía.

A continuación llevaron a Billy Stein a una casa segura en Pentoville Road. Un hombre llamado Benson, vestido como inspector de Policía, realizó todas las formalidades con Stein, y, ciertamente, las celdas del sótano resultaron también sumamente convincentes. Las habían construido en mayo de 1945, para albergar a nazis de alto rango que habían sido traídos a Londres para interrogarlos. Desde entonces las empleaban para aguardar objetos de escritorio, excepto cuando se llevaban todas las cajas y papeles al piso de arriba para realizar aquí charadas como ésta.

—Todo ha ido muy bien —dijo uno de los aprendices.

Era exactamente la clase de tarea que habían previsto cuando fueron seleccionados por primera vez para una misión del MI6.

—Esperemos hasta estar seguros de que nadie ha tomado la matrícula del «Rover» y compruebe que está registrado a nombre del viejo Tom Morris, del departamento de contabilidad. ¿Les metió el miedo en el cuerpo al personal de hotel? No queremos que nadie telefonee al pupitre de recepción de noticias del *Evening Standard*...

—He hecho exactamente todo lo que me dijo, señor —respondió obsequiosamente uno de los cursillistas...

—Usted llegará lejos, Parsons —respondió Stuart—. ¿Pagó la factura y registró con cuidado la habitación?

—Lo hice de la forma que nos han indicado en la escuela de adiestramiento...

Stuart arrugó el ceño.

—Nadie es perfecto —comentó—. Ahora me voy a casa. Dedíquese, durante las siguientes dos horas, a interrogarle con amabilidad. Cuando regrese, me volveré a encargar de él...

—¿Cuál es el objetivo principal? —preguntó el primer hombre de las prácticas.

Stuart reconoció aquella terminología. Habían estado hablando de objetivos principales y secundarios en los interrogatorios desde hacía décadas, cuando él mismo pasó por las aulas de aquella escuela.

—Simplemente, hágale preguntas —respondió Stuart—. Cualquier pregunta. No intente resolver los asesinatos, sólo manténgalo despierto para mí. Quiero que se encuentre cansado y preocupado en el momento en que vuelva a hacer cargo de él.

—¿Estamos seguros de que no mató a aquellas personas de King's Cross?

Stuart se lo quedó mirando. Sólo aquellos jóvenes aprendices hacían semejante tipo de preguntas directas, pero no se quejó por ello.

—Los dos hombres fueron descubiertos muertos por uno de nuestros operarios, mientras Billy Stein se encontraba aún en Estados Unidos.

—Supongo que eso lo resuelve todo definitivamente —contestó el de las prácticas.

—Digamos que necesitaremos de los servicios de un fiscal muy persuasivo —repuso Stuart.

Y se marchó a su casa.

Los dos pisos superiores de la casa de seguridad, en una parte lastimosa del norte de Londres, habían sido convertidas en un apartamento aparte. Algunas veces tenían lugar aquí reuniones, aunque las mismas no fueran nunca «reuniones políticas» de alto nivel, ni las mensuales llamadas «soviéticas», o tampoco las reuniones de tipo financiero. Todas estas últimas tenían lugar en un medio ambiente más lujoso: la casa con vistas al Támesis, en Marlow, o la igualmente bella mansión de Abingdon. Lugares en que, o por lo menos se insistía en esto, los amplios parques circundantes proveían de mejor protección.

La casa de seguridad de Pentoville Roan era donde los hombres se reunían para discutir algunos asuntos mundanos, como un viaje o subsidios de gasolina, pagas extras y destinos, toda esa clase de decisiones que no afectaban las vidas de los hombres de la cumbre. Pero Pentoville Road era también cómoda desde un punto de vista burgués. Los oficiales de guardia podían estar seguros de que, en el aparador, encontrarían una botella de *riesling* yugoslavo o un clarete bastante bueno, junto con «Schweppes» calientes y botellines de agua «Perrier». Incluso había una llave, debajo de las escaleras, del armario en que se guardaba el whisky y la ginebra al lado de medidores eléctricos y mecha y espoletas. Había también una muy temperamental cocina de gas y un, al parecer, inacabable suministro de huevos y rebanadas de «Wonderloaf». Los más aventureros de los empleados del Departamento lo habían encontrado un lugar conveniente para entretener a damas jóvenes —y no tan jóvenes—, cuando los compromisos de sus maridos les habían hecho asistir a unas reuniones sociales más convencionales.

No resultaba fácil de decidir si Sir Sydney Ryden conocía todo esto, pero él velaba por sí mismo con ojos críticos, y la desesperada búsqueda por parte del oficial de guardia de una botella de oporto para el DG no sólo había tenido éxito, sino que también sacó a la luz un poco de salsa Worcestershire, media botella de whisky de malta y un peine rosado de plástico para el cabello.

Al principio, el DG no se sentó. Deambuló por el amplio salón, levantando ceniceros y plumas estilográficas rotas, con aquella forma agitada con que se sabía que reaccionaba ante las malas noticias del Departamento. Aún no se había quitado el abrigo cuando Stuart penetró en la estancia. Llevaba subida la parte posterior del cuello del impermeable y su cabello se inclinaba en todas direcciones. Bajo el largo abrigo, el director iba vestido con traje de etiqueta, incluido un anticuado cuello de pajarita y unos botones de perlas en la camisa. Eran altas horas de la noche del sábado y hacía el frío suficiente como para que el oficial de guardia tuviese encendida la chimenea de carbón. El DG se calentó allí las manos.

—Estaba celebrándolo —explicó el DG.

—¿Algo de lo que yo me pueda congratular con usted, director?

El DG sonrió.

—Un querido amigo ha sido recompensado con una medalla por la «Real Sociedad del Asia Central». Representa un gran honor...

—Sí, señor.

El DG se volvió hacia el armarito.

—¿Un trago, Stuart?

—No, gracias, señor.

Stuart se miró el reloj. Eran las tres de la madrugada.

—Me han encontrado algo de oporto. Probaré un poco... ¿Seguro que no cambiaré de pensamiento? Tenemos... —lo cogió, rompió la envoltura de papel y leyó con cuidado el marbete—, un whisky de malta, según la etiqueta...

—Muy bien, señor. Un whisky solo...

—Así que mandó a su hijo, ¿verdad?

—Aparentemente, señor. Billy Stein. Esperábamos que hiciese algún movimiento. Fue esta mañana a la casa de King's Cross. Bueno, más bien diría ayer por la mañana...

—¿Y entró allí?

—No es muy difícil, señor. Cualquiera con una navajita de juguete podría haberlo hecho.

—Y eso es lo que hizo el joven Stein, ¿eh? Excelente...

El DG sirvió las bebidas y entregó el whisky de malta a Stuart.

—¿Y entonces qué?

Tiró el papel de envolver encima del fuego, pero no ardió.

—Gracias, señor. El hombre que seguía a Stein me telefoneó. Coordinación, dijo el oficial de campo de servicio, y yo me dirigí a ver a Stein

a su hotel.

—¿Y qué dijo?

—Estaba conmocionado. Le acusé de haber asesinado a aquellos hombres. Le dije que debería enfrentarse con un juicio si no cooperaba eficazmente.

—¿Y quiere cooperar... eficazmente?

—Ha dicho que sí quiere —respondió Stuart—. Pero se encuentra aún en un estado de shock. Un hombre en esas condiciones puede decir cualquier cosa. Stein está en un país extranjero, sin amigos ni socios. Sí, afirma que cooperará...

Stuart se bebió un poco de su whisky. Olió aquel fuerte y ahumado aroma y lo paladeó con satisfacción. Eso de que el DG actuara como su controlador personal constituía un hecho sin precedentes, y era algo con lo que, en absoluto, podía disfrutar. Era imposible discutir con el DG de la forma que a veces se hace necesario en dichas operaciones. Para empeorar las cosas, más de uno del personal permanente de Londres pensaría que estaba empleando aquella oportunidad, y a su regreso, para prosperar en su carrera.

—¿Qué propone que hagamos? —le preguntó el DG.

—Permitir que el joven Stein hable con su padre...

—Y liberar al hijo si su papá nos entrega las Actas de Hitler —contestó el DG, completando lo que Stuart estaba a punto de decir.

—Sí, señor.

El DG frunció el ceño, como si de repente hubiese mordido un limón particularmente ácido.

—Eso es muy crudo, ¿verdad, Stuart?

—Lo es, señor. Muy crudo. ¿Tiene una sugerencia mejor?

El DG alzó la vista con rapidez y estudió de cerca el rostro de Stuart, en busca de alguna señal de intencionada grosería. Tras fracasar en ello, respondió:

—No, Stuart. En el momento actual, no.

—Padre e hijo se quieren mucho, señor.

—¿No ha asistido nunca a una cacería de tigres, Stuart?

El DG descansó una mano en la repisa de la chimenea y se quedó mirando el fuego, como un echador de la buenaventura contemplaría su bola de cristal.

—No, señor.

—Se coloca una línea de batidores delante, a primeras horas de la mañana, y éstos avanzan armando un jaleo de todos los demonios. Los que llevan las armas se adelantan hacia ellos, montados en elefantes, como es natural...

—Es natural...

El DG volvió el rostro hacia él.

—Los batidores han de conseguir que las criaturas se muevan a un paso ajustado. Uno no desea que los tigres empiecen a galopar.

El DG se bebió un poco del oporto que habían encontrado para él debajo de la escalera. Llevaba la etiqueta de «Marks & Spencer» y no era la clase de cosecha favorita del DG, pero lo sorbió sin formular quejas.

—Por lo general, siempre hay algún loco que dispara demasiado pronto. Como comprenderá, dispara hacia los batidores. Ésta no es, en realidad, la idea. Has de conseguir que pase el tigre; disparar mientras pasa, o un poco después de que haya pasado. Pero nunca mientras está viniendo hacia ti...

—Sí, señor.

—En caso contrario, el «Señor Tigre» retrocede y hiere gravemente a alguno de tus batidores, Stuart. Sabe lo que quiero decir, ¿verdad?

—Se refiere a Stein.

—Eso es, Stuart. Me refiero a Mr. Stein, nuestro «Señor Tigre».

El DG se sentó en el amplio sofá, alargó los pies y pasó una mano a través de su enmarañado cabello.

—Será mejor que me diga lo que tiene en la cabeza, muchacho. Me parece que algo le trastorna.

Stuart se sentó cuidadosamente en el sillón y balanceó su bebida en el brazo del mueble.

—Me gustaría que me trasladaran a otra operación, señor.

—¿Trasladar?

No había la menor duda de que el DG estaba sorprendido.

—Ésta es la operación más importante de las que tenemos en marcha en el momento actual. ¿No se percata de que la razón de que no pueda apartar la vista de ese maldito reloj que hay en la repisa de la chimenea, es a causa de que la PM me esperará en la antecámara de la oficina del Gabinete mañana, a las 8,30, dispuesta a que le cuente las últimas noticias? Se marcha a África el día 30. Insiste en que hay que dejar aclarado este asunto antes de que se vaya. Estoy bajo presión, Stuart.

—Sí, comprendo eso, señor. Pero creo que encontrará a alguien que se preste mejor a este trabajo. Yo tengo una desventaja; Stein y Breslow saben que trabajo para este Departamento.

—Usted no es enteramente franco conmigo, Stuart. ¿Tiene algo que ver con usted y con Jennifer? Ya sabe que nunca me he interferido. No he tomado nunca partido. Me parece que puedo alegar esto con toda honradez.

Stuart no replicó. Su suegro había interferido directamente en su matrimonio desde el mismo principio, y en cuanto a su alegación de que nunca tomaba partido... Stuart estaba desorientado.

—No tiene nada que ver conmigo y Jennifer, señor.

—Ha tratado muy mal a mi hija, Stuart. Estoy hablando de hombre a hombre, naturalmente. Su conducta ha sido imperdonable y nunca olvidaré lo que Jennifer nos dijo la noche en que la hicimos regresar a su casa. Ha rodado por todo el mundo, Stuart, y me atrevo a decir que un hombre no es peor por eso. Pero se casó con una chiquilla y la hizo sufrir. Cuanto antes se decida el divorcio, mejor será.

—No tiene nada que ver con Jennifer o con nuestro matrimonio —siguió Stuart—. Se trata de esta operación. Esta tarde Stein se encontraba en un estado cercano al colapso. Estuvo en aquella casa y vio a los dos hombres decapitados. Por lo que sé, también les habían cortado las manos...

—Perfectamente correcto, Stuart.

—Según el último informe de que dispongo, la Policía aún no ha sido informada del crimen. Nuestra gente ha entrado y salido de allí, incluso ha tomado fotos. Stein me ha acusado de preparar estos asesinatos. Ya no estoy seguro de que no haya sido así, y no me gusta esto...

El DG asintió y sorbió un poco más de su bebida.

—Usted ya ha estado en algunos apuros, Stuart. Miré su expediente cuando Jennifer le conoció a usted. Fue la época en que tuvimos que sacarle aprisa y corriendo de Turín. Y en su expediente figura la prohibición de visitar dos o tres países, donde aún debe enfrentarse con algunas acusaciones. ¿Me explico?

—Pero nunca me he dedicado a cortar cabezas, si es eso lo que está sugiriendo, director.

—No sugiero nada, Stuart —respondió con calma el DG—. Me limito a declarar unos hechos. Si desea impugnar lo que se encuentra en su expediente, ésta es una excelente oportunidad para hacerlo.

—No estoy impugnando nada.

—No le hemos elegido para hacer de capitán del equipo de una escuela de tenis, Stuart. Ya sabía que esto podría ser duro. Se lo dije yo mismo, si no lo recuerdo mal...

—Así fue, señor.

Se produjo un prolongado silencio.

Luego, el DG prosiguió:

—¿Cuándo se enteró por primera vez del asesinato de esos dos hombres?

—El miércoles por la noche, el 18 de julio, eso es, a las once en punto de la noche. Estaba en casa. Un correo acudió a verme con un mensaje verbal.

—Yo fui informado al mismo tiempo —replicó el DG, y se rascó una oreja—. Estaba en una cena de gala, en Hampstead. Regresé aquí a la oficina. Pensé mandar a buscarle, pero no estaba seguro de que fuese necesario.

Stuart no hizo nada, aguardando a que el DG se pusiera nervioso, tratando de decidir cuánta información secreta habría recibido.

—¿Cree usted que el Departamento ha asesinado a esos hombres?

—No sería la primera vez que hubiese sucedido una cosa así...

—No, no sería la primera vez —convino el DG.

Se envolvió con el abrigo bien las piernas, como si de repente sintiese frío.

—Yo los vi vivos —prosiguió Stuart—. El lunes pasado. No eran más que unos chiquillos... Me gustaron mucho...

—Usted me informó que se trataba de unos delincuentes.

—Era una forma de hablar —repuso Stuart—. No tenían más que verborrea. No eran peligrosos.

—Uno de ellos estaba consiguiendo una información muy valiosa a través de una computadora alemana. ¿Y dice que eran inofensivos?

El DG mantuvo unos modales tranquilos y casi joviales. Stuart sintió que estaba siendo cogido en alguna clase de trampa verbal, pero no comprendió exactamente de qué se trataba.

—El conseguir información de una computadora no es un delito capital —respondió Stuart con imparcialidad.

—Depende de dónde se encuentre uno —respondió el DG.

Olfateó ruidosamente y se bebió su oporto.

—Yo no daría mucho por la suerte de nadie que intentase ese tipo de cosas en Rusia. Incluso me parece que allí sí es un delito que lleva aparejada la pena capital.

—En cualquier caso, señor, me gustaría que me destinasen a una tarea diferente.

—Petición denegada —respondió sin titubear el DG.

Era como si estuviese preparado de antemano para aquella solicitud.

—¿Denegada, señor?

—No podemos tener a agentes de campo cambiando sus misiones, porque comiencen a imaginar que su departamento no lleva a cabo los asuntos con aquella especie de deferencia y decoro que ellos consideren necesario. Acábase la bebida, Stuart, y tómese otro trago. Debo darme prisa. No, no

podemos empezar a cambiar así las cosas. En muy poco tiempo, tendría a una serie de colegas quejándose de que no les gusta el clima de Darwin, o que desean huir de un airado marido en Río.

El DG sonrió y se tocó su corbata de lazo para asegurarse de que no estaba torcida.

—¿Ordenó usted que matasen a aquellos hombres, señor?

—Ciertamente no, Stuart. Ése no es mi estilo. Pensé que, en la actualidad, ya sabría una cosa así. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando aquí conmigo? Cerca de diez años, según puedo recordar.

—Once, señor.

—Uno de esos días debo probar esa cosa de la que está tan orgulloso; malta pura, ¿verdad? A mí, siempre me huele como si se tratase de una medicina.

El DG levantó la botella y sirvió una nueva medida en el vaso de Stuart.

—Once años, ¿es así? El tiempo pasa volando. Recuerdo cuando vino usted aquí. Según puedo recordar, tenía algunos problemas con MI5... Una discusión con un policía, ¿verdad?

—Golpeé y dejé inconsciente a un superintendente de la Policía —repuso Stuart.

El DG le brindó una fría sonrisa.

—Sí —manifestó—. Así fue. Ya sabía que era alguna tontería de ese tipo... En aquel tiempo había un montón de expolicías que dirigían los despachos del Home Office. Nunca comprendí por qué el DG de allí no arregló la cosa entre ustedes.

—Me negué a pedir disculpas —respondió Stuart.

Pero ambos sabían que Sir Sydney había investigado su expediente con meticuloso cuidado, no en abstracto, sino todo el asunto en sí: cuentas bancarias, gráficas médicas y dentarias, informes confidenciales, expedientes psiquiátrico y escolar; Sir Sydney, probablemente, conocía más acerca de aquel gancho que había derribado al superintendente de la Policía que el superintendente que lo había sufrido.

—Se negó a disculparse. —Asintió—. Sí, naturalmente. Una cuestión de principios, ¿verdad? Siempre he dicho que las cuestiones de principios son las últimas cosas que deberían provocar que un hombre tuviese que recurrir a los tribunales de justicia. Lo mismo podría decirse de recurrir a la violencia.

Pasó un camión de reparto de leche, con el motor rugiendo y las botellas tintineando, al poner las marchas según cambiaban las luces de tráfico.

—Ocurrió hace mucho tiempo.

—Y los hombres cambian —prosiguió el DG—. Todos cometemos tonterías cuando somos jóvenes. ¿Le he contado aquella vez en que desarmé todas las bicicletas de Winchester?

Miró su reloj.

—De todos modos, no quiero aburrirle.

Stuart no repitió su petición de cambio de misión. Su disgusto ante este tipo de tiranías le hizo pensar de nuevo en dimitir, alternativamente.

El DG pareció leer su mente.

—No piense en dimitir. Stuart. Aún le queda mucho dinero que devolver del reenganche.

Stuart recordó la suma que había recibido hacía dos años cuando decidió firmar el contrato por otros diez años de alistamiento. En aquel tiempo le había parecido una enorme cantidad de dinero, pero la mayor parte del mismo ya había desaparecido. Resultaría extremadamente difícil devolverlo.

—Sí, señor.

—Tendría que vender su bonita casita de los fines de semana y muchas otras cosas más. No lo haga, muchacho. Mi esposa vendió irnos terrenos cercanos a donde vivimos en el campo, y después se arrepintió mucho. Tal y como está el mercado, es mejor conservar la propiedad.

El DG sonrió de nuevo. Deseaba que Stuart supiera que había examinado cuidadosamente todas las piezas disponibles acerca de sus asuntos financieros. Deseaba que Stuart se percatase en seguida de que no tenía más alternativa que conservar su empleo. La última cosa que quería decirle a la Primer Ministro era que acababa de perder a su mejor —o, por lo menos, al más aconsejable— operador de campo.

—Y pueden surgir responsabilidades suscitadas por el divorcio.

El silencio pareció prolongarse indefinidamente.

—Lo conservaré —respondió Stuart.

—Buen chico —repuso el DG.

Ahora que había vencido, se podía permitir el ser generoso.

—Nos causaría muchos trastornos si quisiera abandonar ahora. Las reuniones de la Primer Ministro, en Lusaka, con los jefes de Gobierno de la Commonwealth le darán una oportunidad de conseguir algo en lo que todos los Primeros Ministros anteriores fracasaron.

—¿Se refiere a un acuerdo..., a cambios en la constitución de Zimbabwe-Rhodesia?

—Exactamente, Stuart.

El DG pareció sorprendido de que Stuart conociese este asunto, del que habían hablado interminablemente todos los periódicos y revistas de información general.

—Y creo que lo logrará, Stuart.

—Ya ha conseguido algunos otros éxitos asombrosos, señor.

—Así es... Y, entre usted y yo, viejo amigo, trabajar con ella es como hacerlo con el diablo. Las nuevas personas siempre hacen reformas y todo eso... Tengo la sensación que si no limpiamos la reputación del viejo Winnie de la forma en que siempre han querido hacerlo Mrs. Thatcher y el Partido Conservador... Creo que debemos estar allí para cuando se hagan esas nuevas reformas. ¿Comprende lo que quiero decir?

El fuego se avivó cuando la bola de papeles se calentó hasta el punto de combustión. Luego la bola de ceniza derivó suavemente desde el carbón encendido y cayó en el hogar.

—Yo también soy un admirador de Sir Winston, señor —replicó Stuart mientras se acababa la copa.

—Claro que sí... ¡Todos lo somos! Ésta es la esencia de la cuestión. Tenemos que hacer un buen trabajo con ello, puesto que es algo en lo que todos creemos. Afortunadamente, puedo asegurarle que esas Actas de Hitler no son más que meras falsificaciones. Debemos asegurarnos de que todo el mundo se entere de eso.

Stuart no dijo nada. Sabía que los documentos no eran falsificados. No se levanta tanto jaleo por unas cosas falsas. Tal vez el DG leyó los pensamientos de Stuart, puesto que le tocó el brazo y le volvió hacia la puerta, como se apunta un torpedo hacia un crucero enemigo. Stuart se dirigió hacia la puerta y se dio la vuelta un momento antes de abrirla. El DG alzó la mirada y enarcó las cejas. Eran unas cejas muy pobladas que velaban la guardia encima de un rostro ancho y peñascoso.

—¿Sí, Stuart?

—Si, en el cumplimiento del deber, tuviera que dar la orden para el expediente de defunción de dos hombres, no necesariamente sentiría que debía comunicármelo, ¿verdad?

La casa estaba silenciosa y no se oían ahora sonidos de tráfico. El DG se quedó allí de pie un momento y ponderó la pregunta, como si estuviera en juego un profundo principio filosófico.

Giró sobre la punta de los pies, al igual que un maestro de baile que va a demostrar un paso particularmente difícil.

—Emplearía mi mejor juicio, Stuart...

29

El lunes, 23 de julio, resultó cada vez más evidente para Sir Sydney Ryden el creer que el destino estaba trabajando en su contra. Cenó aquella noche en el «Beefsteak», un club de caballeros de antigua fundación, consistente en poco más que una pequeña antecámara, un despacho, unos cuantos sillones —desde los que se veían unos retretes públicos y un monumento de guerra—, y una estrecha habitación en la que los miembros y sus invitados cenaban en la misma mesa alargada.

La fortuna colocó a Sir Sydney cerca de un barbudo guionista de la Televisión, que optó por mostrarse de acuerdo con las prometidas reducciones de la Administración del Estado.

—Tomemos, por ejemplo, el Home Office —dijo el guionista, alcanzando una vaca plateada que habían vaciado de leche—. La mitad de las personas se encontraban haciéndose el té mientras permanecí en el interior del edificio. Usted no está en el Home Office, ¿verdad?

—No, no lo estoy —replicó con seriedad Sir Sydney.

El guionista inclinó la vaca de plata para poder emplear su morro para trazar unos bosquejos en el mantel.

—El año pasado hice un documental. Un auténtico despilfarro... Naturalmente, lo dijimos así en el programa.

—Muy interesante —replicó Sir Sydney.

Lanzó un vistazo alrededor para ver si su huésped había eludido ya al hombre que le había retenido para hacerle la petición de entrar en el comité del club.

—¿En qué parte de la Administración trabaja usted? —le preguntó el guionista, tras haber fracasado al respecto a través de observaciones indirectas.

—En el Foreign Office —respondió Sir Sydney Ryden.

—Nos están ayudando en un programa que se emitirá el próximo mes de abril —explicó el guionista.

Confidencialmente, daba por sentado que todo el mundo quedaba fascinado por la entrevisión de los bastidores de la Televisión. Sir Sydney sorbió su oporto y confió en que aquel joven se dedicase a hablar con su invitado y le dejase en paz. Lo hubiera rehuido ya, pero quedaba aún el pequeño asunto del pago de su participación en el coste de los cigarros.

—... y los alemanes habían colocado todo su oro en aquella mina de sal... —escuchó de repente decir al guionista—. Una gran proporción de todas las reservas alemanas de oro, y Dios sabe cuántos documentos y otras cosas...

El estómago de Sir Sydney se endureció y, de repente, el oporto se le convirtió en vinagre en la boca.

Se volvió hacia el hombre barbudo y asintió.

—Vaya..., ¿y qué opina al respecto? —le preguntó Sir Sydney de forma alentadora.

—Algún chiflado historiador de una de esas incapaces Universidades de los Midlands. Se trataba de un profesor...

El hombre barbudo se echó a reír.

—Debería haberle visto. No le hubiera dado un empleo ni como barrendero. Pero tenía todo su material en orden. Sin uso posible, no se preocupe. El escribir guiones para la Televisión constituye una técnica muy especializada. El pobre viejo loco estaba furioso, pero no pude hacer nada. «Diríjase a la “BBC” —le dije—, y vea qué pueden hacer por usted». Uno de los nuestros se hizo cargo del proyecto y empezó a rodar el mismo, con objeto de que podamos estar con él en el aire en el aniversario de la terminación de la guerra. Fue entonces cuando los yanquis llegaron a la mina y encontraron allí todo el botín.

Sir Sydney volvió a encender su puro, percatándose con cierta satisfacción que el encendedor no le temblaba en la mano.

—Explíqueme cómo comienza su guión —le dijo, puesto que aquélla era la forma más simple de que le contaran otra vez toda la historia y pudiese prestar entonces su atención a la misma.

Ahora, el guionista había comenzado a mover la vaca de plata y derramar su contenido de sal y pimienta, por lo que comenzaron a aparecer unos rastros en el mantel.

—No es un guión mío —explicó—. Yo soy más bien lo que se llama un montador de guiones. Telefono a los escritores que considero que pueden hacerse cargo de un asunto. Tenemos sólo un bosquejo de cuatro páginas. Según puedo recordar, ese guión no estará terminado hasta el mes próximo.

—Debe de tratarse de un trabajo realmente interesante —replicó Sir Sydney.

Y permaneció atentamente sentado, escuchando durante media hora todos los puntos más interesantes del montaje de guiones, hasta que el tema de la mina de sal quedó por completo olvidado.

Al día siguiente, Sir Sydney preparó una reunión urgente con el director ayudante de la oficina del Director de la Fiscalía pública. Éste es el departamento oficial que aconseja a las agencias que aplican la ley acerca de los aspectos legales de los procedimientos de un asunto criminal. El director ayudante prometió a Sir Sydney que apoyaría una acción contra la «BBC», o cualquiera de sus empleados, y otras personas implicadas, aunque no cooperarían con el MI6 en su intención de suprimir la publicación de material que estaba protegida por la ley de Secretos Oficiales, que resultaba tan obvia.

El mismo día, Sir Sydney Ryden dispuso una reunión con el presidente de la junta de gobernadores de la «BBC». Sin entrar en detalles, les explicó que las revelaciones de ciertos aspectos de la recuperación del tesoro en la mina de sal no sería de interés público.

En ausencia del director general de la «BBC», que estaba indispuesto, el presidente dio a Sir Sydney Ryden permiso para que acudiera también a la reunión el jefe de los servicio externos (que tenía asimismo rango ejecutivo).

Sir Sydney sacó un mapa que uno de los cartógrafos del MI6 había preparado la noche anterior. Mostraba la ciudad de Frankfurt, y la autopista norte que atravesaba Alsfeld y Bad Hersfeld, y la ruta del convoy por la pequeña carretera secundaria hasta la autopista. Mostraba asimismo la actual frontera, con su alambre espinoso, trampas explosivas, campos de minas, reflectores y puestos de ametralladoras.

—El director Janecke y el director Thoms, del Reichsbank, eran dos hombres que cuidaban de todo el oro de la Alemania nazi —explicó Sir Sydney Ryden—. Tengo aquí algunos de los documentos que muestran los embarques efectuados en los pozos de la mina de Kaiseroda, en Merkers, durante las últimas semanas de la guerra. Pueden ver las firmas.

Los dos hombres de la «BBC» miraron el mapa y la frontera de la Alemania Oriental, que incluía la pequeña ciudad de Merkers.

—Éste es un documento del *Reichswirtschaftsministerium*, que asigna espacio en algunas minas elegidas para la protección de los tesoros que

consideraban más valiosos —siguió Sir Sydney, haciéndolo circular por el escritorio.

SECRETO

Lista de dinero, oro en monedas y oro en lingotes encontrado en la cueva de la mina de sal, Merkers (H-6850), Alemania, el 8 de abril de 1945

Reichsmarks de oro: 446 bolsas.
Coronas austríacas: 271 bolsas.
Libras turcas: 73 bolsas.
Oro holandés: 514 bolsas.
Oro italiano: 62 bolsas.
Monedas británicas (variadas): 3 bolsas (núms. 2, 15, 96).
Monedas británicas (variadas): 3 bolsas (núms. 12, 17, 15).
Oro en barras: 8198 lingotes.
20 piezas de oro norteamericanas: 711 bolsas (25 000 dólares en cada bolsa).
Monedas variadas: 37 bolsas.
Francos oro: 80 bolsas (10 000 francos por bolsa).
Monedas y dinero variado: Bolsa núm. 1C.
Monedas de oro italianas: 5 bolsas (20 000 por bolsa).
Libras británicas de oro: 280 bolsas.
Billetes extranjeros, variados: 80 bolsas.

Reichmarks

Billetes de 1000 marcos: 130 bolsas	650 000 000 marcos
Billetes de 100 marcos: 1650 bolsas	1 650 000 000 marcos
Billetes de 50 marcos: 600 bolsas	300 000 marcos
Billetes de 20 marcos: 500 bolsas	100 000 marcos
Billetes de 5 marcos: 800 cajas	60 000 marcos
TOTAL	2 300 460 000 marcos

Barra de oro: 1.
Barras de plata: 20.
Platos de plata: 63 cajas y 55 bolsas.
Oro: 138 piezas en 49 bolsas.
Oro, piezas variadas: 1 bolsa.
Oro, francos franceses: 635 bolsas.
Oro suizo: 55 bolsas.
Lingotes de oro embalados: 53 cajas.
Lingotes de oro embalados: 2 cajas alargadas.
Monedas valiosas: 9 bolsas.
Monedas (sin marcar): 5 bolsas.
Monedas de oro turcas: 1 bolsa.

Monedas de oro mezcladas: 1 bolsa.
Dólares norteamericanos: 1 bolsa (12 470 dólares).
Oro austríaco (marcado GA «V»): 13 bolsas.
Oro variado de diversos países: 13 bolsas.
Monedas danesas de oro: 32 bolsas.
Barras de platino: 1 bolsa conteniendo 6 barras.
Rublos: 4 bolsas.
Barras de plata: 40 bolsas.
Lingotes de oro: 11 bolsas.
Libras británicas: 1 bolsa.
Documentos (cajas metálicas marcadas FHQu): 82.

Los dos funcionarios de la «BBC» estudiaron los documentos y miraron el mapa. Muy pronto intercambiaron entre sí miradas significativas.

Uno de ellos preguntó:

—¿No quiere que se haga público toda la lista del oro y materiales valiosos, Sir Sydney?

El DG les brindó una de sus melancólicas sonrisas.

—No me gustaría definir exactamente nuestras prioridades.

Aquella respuesta evasiva fue suficiente para convencerles de que los rusos les habían privado de su justa parte en el tesoro de una mina, que, en la actualidad, se había convertido en parte de la zona rusa. Ahora, creyendo comprender todas las implicaciones de la misión de Sir Sydney, estaban dispuestos por completo a prestar su ayuda. El productor del documental sería informado de que había un litigio pendiente por parte de un demandante sin especificar. Fotocopias de todo el material relevante elegido por el departamento legal serían enviadas a la dirección de la casa de Sir Sydney Ryden dentro de las siguientes veinticuatro horas.

El DG expresó su gratitud y quedó complacido al no tener que mencionar su visita a la oficina de la Fiscalía. Era mucho mejor manejar estas cosas en la auténtica cumbre, donde la gente implicada sabía siempre en qué consistía su deber.

A las once de la mañana del día siguiente, Sir Sydney había leído, personalmente, todo el material que la «BBC» había remitido a su despacho.

—Sólo un montón de sandeces —exclamó Sir Sydney.

La fatiga enmudeció el alivio y deleite que, en otro caso, hubiera traslucido.

—Un aburrido guioncillo acerca del Ejército norteamericano que encontró el oro en barras en la mina; los documentos y archivos apenas se mencionan. Entrevistas con algunos oficiales de alta graduación que estuvieron cerca de la

mina, y algunas fotografías, del Cuerpo de Transmisiones del Ejército norteamericano, de los sacos de oro.

Alzó la mirada a Boyd Stuart.

—Me he pasado una noche en vela por nada, Stuart.

—Sí, señor —respondió Stuart—. En realidad, la oficina de investigaciones está recogiendo todas las referencias acerca de la mina de Merkers, a nivel mundial y en todos los idiomas...

—¿Está tratando de decirme que ya teníamos registrado este maldito material del programa televisivo?

—No del todo, señor. Investigación lo recogió de su escrutinio rutinario del permiso policial para la filmación. La «BBC» deseaba enviar un equipo de cámaras para obtener una filmación del exterior e interior del Foreign Office, para iniciar su documental. Pedimos al Foreign Office que exigiera una copia de todo el tratamiento antes de conceder el permiso. También tendrán una copia del guión, tan pronto como esté terminado. Eso ha de constituir una condición para conceder los permisos a la «BBC».

—Oh, bien —respondió Sir Sydney filosóficamente—. Supongo que es mejor qué lo cojamos dos veces, y veamos que es inofensivo, en vez de omitir algo y encontrarnos con un desastre en las manos.

—Precisamente, señor. Tal vez subestima la organización que usted mismo ha creado.

—No me haga la pelotilla, Stuart. No puedo soportarlo.

—Muy bueno, señor.

—¿Y cómo va el interrogatorio del joven Stein?

—No parece conocer mucho, señor. Probablemente, su padre no le confió demasiadas cosas.

El DG asintió. Tal sigilo paterno no le producía la menor sorpresa. Él no había descubierto los nombres de los clubes de su padre hasta que el viejo estaba casi en su lecho de muerte. Qué hombre podía confiar en su hijo, se preguntó.

—Nada entonces, ¿verdad?

—Conjeturas, señor. Creo que podemos descartar la casa en la que vive el coronel Pitman. Stein afirma que su padre le dijo que él se llevó los documentos de allí hace ya algún tiempo, y lo creo. Stein padre adopta una actitud protectora respecto del coronel Pitman. Creo que se llevó dichos documentos, simplemente, para que el coronel quedase a salvo.

—Eso me suena a algo extraordinario —admitió el DG, que no podía imaginar a ninguno de los jóvenes de su Departamento adoptando semejante

actitud de protección hacia él.

—Lo creo, señor —prosiguió Stuart—. Dondequiera que estén esos documentos, opino que debe ser eliminada la casa del coronel Pitman.

El DG miró a Stuart de arriba abajo.

—¿Ha sucedido algo?

—Tenemos una identificación positiva acerca de la foto, director.

—Empiece desde el principio —le urgió el DG.

Se sentó en el sofá, ahogando un suspiro, para que Stuart se percatara de las complejidades de su trabajo.

—La fotografía de tres hombres que fue encontrada en la caja de seguridad que pertenecía a Franz Wever —explicó Stuart—. Fue tomada en tiempos de guerra. Uno de los hombres era el mismo Franz Wever, el segundo hombre era Max Breslow. Ahora hemos identificado a la tercera persona de la foto.

—¿Y...?

—Su nombre es Wilhelm Hans Kleiber. Se hizo un hombre muy importante durante la guerra. Tenemos referencias de él desde el centro de documentos de Berlín. También aparece en la serie de microfilmes RFSS T-175, en los Archivos Nacionales de Washington, y le he encontrado en la «Institución Hoover», colección de documentos de la Universidad de Stanford. Nació en un pueblo cercano a Königsberg, Prusia Oriental. Kleiber se unió al Ejército en 1938, llegó a oficial de la Abwehr, y luego la SS se lo llevó a la RSHA, cuando se hicieron cargo de todos los servicios de espionaje. Entró en la organización Gehlen, cuando se formó de nuevo después de la guerra.

—Un tipo muy aplicado —respondió amargamente el DG, pero se percibió un vestigio de respeto en aquella ironía.

—Tal vez un cínico —repuso Stuart—. Un mercenario.

—Un convencido anticomunista, ¿verdad? —preguntó el DG.

Antes de que Stuart pudiese contestar, preguntó de nuevo:

—¿Así que vive aún?

—Ya lo creo —respondió Stuart—. Reside en Munich, por lo menos allí es donde paga sus impuestos. Es uno de los socios principales de una compañía de seguridad. Poseen una pequeña flota de vehículos blindados que emplean para el transporte de lingotes de oro y billetes de Banco..., tanto para los Bancos como para el pago de nóminas por parte de empresas.

—¿Qué más?

Resultaba imposible conjeturar lo mucho que, realmente sabía el DG.

—Eso es todo lo que tenemos oficialmente, señor.

El DG sonrió.

—¿Y extraoficialmente, Stuart? ¿No soy digno de su confianza para que me cuente aquello de lo que se ha enterado extraoficialmente?

El DG era capaz de imbuir, incluso a las palabras más amistosas, un tono de mordaz sarcasmo.

—Debe de ser un operario del Centro de Moscú —replicó Stuart.

—¿Y quién nos ha proporcionado ese alarmante escenario?

—El «colador», señor.

El DG fue tomado por sorpresa. Había esperado que Stuart le nombrase algún insignificante funcionario del Departamento de Identidad, o algún agente de campo jubilado hacía ya mucho tiempo, al cual Stuart hubiese, indiscretamente, mencionado su búsqueda.

—¿Así que el «colador» afirma que pertenece al Centro de Moscú? —preguntó pensativo el DG.

Se tocó las narices.

—De modo que no es anticomunista como yo pensé, ¿eh, Stuart?

—Si existía alguna clase de acusación por crímenes de guerra que pendiese sobre la cabeza de Kleiber, los rusos pueden haberla empleado para hacerle chantaje y obligarle a trabajar para ellos.

—Lee mi mente, Stuart. Ya hemos visto una cosa así antes, ¿verdad?

—Así es, señor. Muchas veces.

—Es todo un truco —admitió el DG.

—Aún estamos con «bandera roja» —respondió Stuart—. No tenemos lectura de computadora, ni archivos policiales, ni extranjeros.

—¿Se está quejando, Stuart?

Lo dijo con gran suavidad.

—Una decisión así era, obviamente, necesaria, señor. Pero estamos siendo desbordados por los acontecimientos. A menos de que tengamos una probabilidad de emplear los canales y procedimientos normales, existe el peligro de que esa gente haga lo que ha planeado realizar antes de que tengamos una oportunidad de impedirselo...

—Expone su caso de una forma muy juiciosa —repuso el DG, pero no dio señales de estar convencido de ello.

—¿No deberíamos contarle a Washington lo de Kleiber, señor? Nos podrían ayudar mucho en el lado alemán.

—¿Cómo lo haría?

—A través de un requerimiento de intercambio de información. Darles detalles de los asesinatos de King's Cross, la explosión de la granja de Wever y la foto de Kleiber. Preguntarles si pueden relacionar algo de todo esto con Max Breslow, y cosas parecidas.

—Muy bien, Stuart. Redacte un télex y déjeme echarle un vistazo antes del almuerzo. No me gusta la idea de que esté implicado en todo esto el Centro de Moscú.

—No, señor.

—No me gusta el aspecto de todo esto, Stuart. Piense en lo que el Kremlin puede hacer con las Actas de Hitler, si todo ese material es vertido en su máquina propagandística.

—Exactamente, señor.

La reunión de Boyd Stuart con su número oponente en la delegación de la CIA en Londres fue extraoficial.

—¿Y el viejo se ha mostrado de acuerdo? —preguntó el hombre de la CIA.

Stuart se tragó un poco de ginebra y agua tónica antes de contestar.

—Lo hará oficial esta tarde.

—¿Le ha dicho lo que pensamos de Kleiber?

—Le he dicho que nuestro «colador» opinaba que Kleiber era un agente del Centro de Moscú —repuso Stuart.

—¿Y si suponemos que lo comprueba?

—Eso carece de importancia. He hablado con el «colador». El «colador» vacilará y dirá que tal vez. Ya sabes cómo es Leslie. Ha estado aquí demasiado tiempo como para cometer el error de dar a alguien una opinión definida.

El hombre de la CIA se echó a reír.

—Especialmente cuando esa opinión le puede estallar en plena cara y resbalarle por su corbata de Eton.

—De Harrow —explicó Stuart—. Leslie acudió a Harrow y su corbata es la de la División de la Guardia Blindada...

El hombre de la CIA dio unos puñetazos a Stuart en plan de broma.

—Eres un condenado bromista, Boyd...

—Es verdad —respondió Stuart—. Me limito a declarar cómo son los hechos.

—Y a mí me gusta la forma en que los cuentas —replicó el de la CIA.

Levantó la mano y encargó más bebida al camarero. Se encontraban en el «Salisbury», un viejo *pub* de St. Martin's Lane, que brillaba de espejos, relucía de latones y relumbraba de personas del mundo del espectáculo, que acudirían a una matinal de mediados de semana en el escenario de los cercanos teatros. Una dama con pelo rosa y maquillaje teatral retrocedió hacia Stuart y se le vertió su bebida.

—No se preocupe por eso, querido —le dijo—, no ha pasado nada...

Stuart se dio unos golpecitos a las gotas de whisky que le habían caído en las mangas.

—Ni siquiera mi jefe de delegación podría mejorar eso —comentó el hombre de la CIA admirado—. Tropieza contigo y te dice que no es preciso disculparse.

Stuart se alejó hacia un rincón y se llevó consigo a su compañero.

—Lo que necesito saber —siguió Stuart— es si Max Breslow forma parte de la red del Centro de Moscú. Y necesito saberlo lo antes posible.

—Ya te he prometido la ficha de la computadora —le respondió el hombre de la CIA—. Y la tendrás tan pronto como salga de la terminal. Pero tendré que escribirla de nuevo. No me puedo arriesgar a que el original salga del edificio.

Se produjeron unos grititos al otro extremo de la taberna, en el momento en que llegaba una de las personas habituales, una bonita chica rubia con un conjunto con pantalones.

—Para ti solo, Boyd. Ése es el trato, ¿lo recuerdas? Nadie con quien trabajes debe saber de dónde procede esa información.

—¿Era ése el trato? —preguntó Stuart, como si tratara de recordarlo.

—Bueno, Boyd, debo disculparme. Ambos debemos vivir con nuestra propia gente. Ya sé que tú eres OK. Vas a necesitar la continuación de todo esto. Yo estaré en Washington el viernes, pero me pondré en contacto contigo, en tu casa, el domingo por la noche. En un caso normal, no trates de buscarme en el despacho...

—La compañía de seguridad de Kleiber —explicó Stuart—. Hazme saber esto...

—Estás tratando de tomarle la medida a través de los asesinatos, ¿no es verdad? No hay problema en esto, compañero. Es un tipo muy duro. Su organización lleva a cabo algunos trabajos muy arriesgados: la recolección de deudas en clubes, bares y burdeles, a los que yo no iría, aunque estuviese dentro de un tanque «Tiger». Investigación de créditos, asuntos antiterroristas y misiones antidisturbios. Esa decapitación es algo que ha podido ser capaz de

llevar a cabo, Boyd. Es el sospechoso número uno por lo que a nosotros se refiere. ¿Ya te he contado que tuvimos, en Los Ángeles, un caso semejante de decapitación?

—Me lo contaste...

—¿Crees que estará relacionado?

Stuart se quedó mirando al hombre de la CIA, preguntándose cuánto sabía y cuánto, simplemente, conjeturaba.

—Es posible —respondió al fin.

Lo que el hombre de la CIA no reveló a Stuart fue que la investigación preliminar ya estaba realizada, y que la misma había mostrado que Kleiber había sido, en tiempos, empleado de la CIA.

—Si alguien quiere «Coca-Cola» o «Seven-up», que se las sirvan ahora —explicó el director de proyectos—. No queremos un montón de gente levantada y dando vueltas por ahí, de la forma en que sucedió la semana pasada. ¿Conforme?

Levantó la vista por encima de sus gafas, que llevaba colocadas muy bajas en la nariz. Era un hombre de rostro rojo, con una camisa con el bolsillo lleno de bolígrafos. En tiempos, había realizado misiones para la Casa Blanca, y se vanagloriaba de ello siempre que se presentaba la oportunidad. En la actualidad, trabajaba para la División de Operaciones Domésticas de la CIA. Éste era uno de los destinos más solicitados de toda la agencia, puesto que llevaba a cabo operaciones de cobertura dentro de los propios Estados Unidos, lo cual, a menudo, les colocaba en puntillosos conflictos con el FBI.

Se escuchó de repente el silbido producido por un refresco que acababan de abrir y, en respuesta a un levantamiento de cejas, una lata fría fue mandada deslizándose a través de la pulida mesa hacia alguien que la atrapó hábilmente en el extremo más alejado. Hacía un día muy caluroso. Incluso a través de los oscurecidos cristales, el paisaje de Virginia brillaba de forma deslumbradora. El acondicionador de aire hacía que la temperatura casi fuese fresca, pero los hombres de la CIA iban con camisas de manga corta y el cuello sin abrochar.

—El subdirector nos ha dado instrucciones para que abramos un nuevo expediente. Tienen la agenda en la mesa delante de ustedes. Al fin, los británicos nos han facilitado algo realmente útil. Es una cosa «caliente» y creo que nos llevará directamente al mismo interior de la Embajada soviética, para declarar algunas nuevas personas *non gratas*.

El director de proyectos tomó la tarjeta de datos rosa, inclinó la cabeza bastante hacia atrás y la miró, cuidadosamente, a través de sus gafas. Nadie habló.

—Muy bien, Sam. ¿Por qué no nos dan la conexión, ya que la cosa ha llegado tan lejos?

Se quedó mirando un reloj-calendario eléctrico: señalaba las 10,48 de la mañana, viernes, 27 de julio de 1979.

Sam Seymour era un hombrecillo de pelo gris, con gafas sin montura y un incipiente bigote. Su voz era baja y suave, más apropiada para contar chistes largos y pesados, de los que era muy famoso, que para dirigirse a un grupo de hombres que tenían aguardándoles asuntos acuciantes en las cerradas cajas de sus despachos. Seymour era el «montador de expedientes»; su tarea consistía en reunir los hechos y las cifras y evaluarlos para los hombres que debían tomar las decisiones.

—Muy bien, tíos.

Dio unos golpecitos en los bordes de sus documentos colocados encima de la brillante mesa de conferencias y aguardó hasta que todos le miraron.

—Debéis recordar que, a principios del año actual, no teníamos —repito, no teníamos— ninguna prueba de que Yuri Greshko fuera otra cosa que un consejero militar agregado a la Embajada en Washington.

—Sospechábamos que pertenecía a la KGB —le interrumpió el director de proyectos.

Al inclinar la cabeza hacia atrás, casi tocó la litografía de Currier e Ives de una carrera al trote: unos neumáticos que parecían caballos con larguiruchas y veloces patas, pasaban a la altura de la cabeza de los espectadores. En el piso de abajo había también otro cuadro de este tipo popular del siglo XIX, pero aquí, en el piso ejecutivo del edificio de la CIA, las litografías eran originales.

—Nos imaginamos que era de la KGB el mismo día en que bajó del avión —siguió diciendo el director de proyectos.

Volvió la cabeza para poder ver al funcionario que estaba al cuidado de la grabación en cinta, para preparar las actas de la reunión. El funcionario asintió: quería asegurarse que había quedado sentado que Greshko había sido identificado como miembro de la KGB. El director de proyectos hizo otra indicación a Sam Seymour para que continuase.

—Nuestra principal revelación nos llegó en abril, cuando Greshko almorzó con un hombre al que nunca habíamos visto con anterioridad. Este hombre se llama Parker, y le hemos hecho la prueba de los tres dígitos a través de la computadora de la Policía y pasamos su nombre al Departamentos de Identificación del FBI. Luego, en junio, Greshko hizo un viaje a la Embajada de la URSS en la ciudad de México. Como protagonista importante hasta hoy, no hemos conseguido más que al general Shumuk —el famoso, fabuloso, y estamos empezando a pensar que mítico, general Stanislav Shumuk—, el subdirector de la Primera División Operativa del

Directorio. ¿Y qué otra persona acude a la Embajada y permanece, aproximadamente, allí el mismo tiempo que los otros dos? Nada menos que nuestro misterioso colega, Edward Parker, de Chicago...

—¿Y los asesinatos de Los Angeles? —interrumpió el director de proyectos, al que le gustaba que los acontecimientos se presentasen en orden estrictamente cronológico.

—Mientras tanto, de vuelta al rancho —prosiguió Sam Seymour—, tenemos a un tipo al que han hecho una carnicería en Los Ángeles, y los «polis» de allí preguntan a Chicago por el coche de Parker, que es el que está aparcado cerca de la oficina de la víctima, en el momento de su asesinato.

—Un momento, Sam —le interrumpió Melvin Kalkhoven, un hombre alto y delgado, de unos treinta y cinco años.

Estaba prematuramente calvo y su pelo pajizo y su pálida cara, hacía que sus ojos oscuros y vivaces pareciesen muy grandes de una forma poco natural.

—Has dicho que tenemos un tipo hecho picadillo. ¿Te refieres a que fue uno de los nuestros?

Melvin Kalkhoven era un agente de campo, y se tomaba la muerte de sus colegas muy a pecho. En momentos de tensión como aquél, resultaba posible descubrir su acento tejano.

—Su nombre era... —Sam Seymour miró sus papeles—, su nombre era Bernard Lustig. Era una especie de ejecutivo cinematográfico. No tiene nada que ver con nuestros asuntos. Le metimos en la computadora de todas las formas posibles. En resumen, ninguna conexión con la Agencia.

Alzó la mirada.

—No, de veras; no tenía ninguna conexión con la CIA, el FBI o cualquiera otra agencia gubernamental.

Hizo un ademán hacia el representante del FBI.

—¿No es así, Ben?

—Sí, señor.

—¿Entonces por qué fue asesinado? —preguntó Kalkhoven.

—Bien, dejemos esto aparte, de momento —dijo el director de proyectos—. Sam es el montador de expedientes; sólo él puede decirles lo que sabemos. No le hagan realizar conjeturas. Si desean que yo haga, realmente, suposiciones, diría que ese Lustig debía de ser un operario de la KGB que se les estropeó. Cualquiera sabe lo que sucedió... Sam...

Sam Seymour prosiguió:

—Los británicos han tenido una doble matanza en Londres, hace sólo nueve días, con el mismo *modus operandi* que en el asesinato de Lustig. Nos

han pedido que metamos en la computadora a un hombre llamado Wilhelm Kleiber. Bien, caballeros, Kleiber ha estado en la computadora desde hace casi tres años. Consta en los expedientes de la antigua Oficina de Servicios Estratégicos ya en 1945. Apareció en el despacho de la OSS, del Cuartel General del Tercer Ejército, y se ofreció a mostrarnos dónde escondían los nazis el dinero extranjero y cosas parecidas, a cambio de un empleo con nosotros. Ya teníamos ese dinero, pero ofrecimos a Kleiber un empleo de cobertura. Lo hizo muy bien. Empezó a trabajar en el restablecido Gehlen, en los buenos viejos tiempos, cuando era la «Compañía de Utilización de las Industrias de Alemania del Sur»...

Al escuchar esto, estalló una carcajada general. Parecía improbable que la cobertura que Gehlen había empleado para montar operaciones de espionaje contra Rusia resultara en verdad convincente; según los estándares de hoy, aquello era poco más que un juego de niños.

—Cuando Gehlen montó su organización de cobertura —e hizo dinero—, en toda clase de cosas, desde ventas al por mayor de vinos hasta relaciones públicas, Kleiber fundó una compañía de seguridad para ellos. En 1958, Kleiber fue jubilado y se le permitió comprar la compañía de seguridad, haciéndole un precio de favor.

—Pobre contribuyente norteamericano... —comentó Kalkhoven.

—Es verdad —respondió Sam Seymour—. Fue un acuerdo de ese tipo. La compañía de seguridad constituyó su «pensión» de Gehlen, pero fuimos nosotros los que pagamos la cuenta. En realidad, trabajaba para nosotros...

Se quitó las gafas.

—Pero aquello no fue lo bastante bueno para Kleiber. A mediados de los años sesenta se encontró, en dos o tres ocasiones, en dificultades financieras. Pero, de una forma u otra, ha conseguido salir a flote.

—¿Lo enroló Moscú? —preguntó Kalkhoven, que odiaba las conversaciones de doble sentido de Seymour—. ¿Es eso lo que estás diciendo entre líneas?

—Es precisamente lo que trato de evitar decir —siguió Seymour, alzando las manos en señal de rendición, ante el tono crítico de Kalkhoven—. Nos costó bastante tiempo comprender el mensaje. Pero no nos lancemos a establecer conclusiones hasta que tengamos las correspondientes pruebas. Y que quede claro que Kleiber fue borrado de la nómina de la Agencia en 1969.

—No atropelles, Malvin —le aconsejó el director de proyectos a Kalkhoven—. Sam, aquí presente, es un individuo muy cauteloso, ya lo sabes. Pero dejadme a mí que os explique lo que Seymour quiere soslayar. Como es

natural, Kleiber se puso a buscar dinero; eso está claro como la luz del día. De todos modos, no hay pruebas, pero os diré lo que sucedió. Kleiber es un agente del Centro de Moscú, y uno condenadamente peligroso. Existen excelentes indicaciones de que Kleiber fue el hombre que ayudó, materialmente, a Parker a poner fuera de la circulación a Lustig, en Los Ángeles, el pasado mes de mayo. Es probable que los británicos tengan razón al pensar que Kleiber realizó también el doble asesinato, de Londres, de la semana anterior.

Hizo un ademán a Sam Seymour, que tomó de nuevo el hilo de su relato.

Tenemos algo referente a él en el asesinato de Los Ángeles. Sabemos que llegó al aeropuerto internacional de Los Ángeles dos días antes del asesinato, y abandonó la ciudad en un vuelo intercontinental sólo tres días después. Una azafata de tierra, y un contador de vuelo, lo reconocieron como pasajero en el vuelo de Frankfurt. Dejó sus gafas de leer en el salón de primera clase. Resulta algo chapucero cuando eres un hombre de acción de la KGB, pero la gente es así, como todos sabemos muy bien.

—Y demos gracias a Dios —comentó el director de proyectos.

—Sí, claro que sí —reanudó su turno Sam Seymour. Miró de nuevo sus documentos—. Sólo tenemos este material desde el miércoles, por lo que aún nos quedan muchas cosas que hacer. La «TWA» está comprobando los billetes de ese vuelo; a ver si tenemos suerte. Pero lo que hemos conseguido es suficiente para relacionar a Greshko, a través del misterioso Mr. Parker, con Kleiber y los tres homicidios.

Hizo crujir sus papeles encima de la mesa.

—Hemos avisado de lo de Kleiber a Aduanas e Inmigración. Si continúa viajando con el mismo pasaporte, lo agarraremos.

Echó un vistazo circular en torno de la mesa para comprobar las reacciones.

—Al parecer, viaja a todas partes solo.

—«Ay de los que estén solos cuando caigan, puesto que no tendrán a nadie que les ayude» —recitó Kalkhoven, el padre del cual había sido predicador laico.

—Creemos que Parker debe de ser el ilegal —explicó el director de proyectos—. El residente ilegal —añadió, por si había algún malentendido.

Se produjeron murmullos de sorpresa y felicitaciones en torno de la mesa.

El director sonrió.

—Pero deseamos algo mejor que tener que intercambiar a Parker por algún chico norteamericano, al que agarren en el mercado negro de goma de

mascar de la Plaza Roja. Y quiero algo mejor que tener que declarar a Greshko persona *non grata* y que regrese a casa con una medalla. Lo de persona *non grata* no significa, realmente, nada. Quiero sorprender a Greshko con los pantalones bajados. Quiero unas pruebas sólidas, que muestren que esos asesinatos con decapitación fueron planeados aquí, en la maldita Embajada rusa. Quiero que todo esto aparezca en grandes titulares. Los británicos nos han facilitado lo de Kleiber, pero los objetivos importantes son Greshko y Parker. No lo olviden.

—¿Y qué quieren los británicos a cambio de eso? —preguntó Ben Krupnic, el representante del FBI, que se encontraba en el extremo más alejado de la mesa.

—Los del SIS están interesados en un tipo de la Costa llamado Stein, y en un ciudadano estadounidense, nacido en Alemania, llamado Max Breslow. Tenemos que ofrecerles seguridades de no intervención para ambos. Y, a su vez, ellos nos darán el mismo tipo de seguridades en lo referente a Kleiber.

—Eso parece un trato justo —comentó Krupnic.

—Sí —respondió el director de proyectos—. Suena como un acuerdo de buena ley. Veremos si alguien se mete en este asunto.

El hombre del FBI sonrió. Se preguntó si aquella cáustica observación iría dirigida a su propia Oficina.

Westlake Village era una residencia que se acomodaba muy bien con Max Breslow. Estaba lo bastante lejos de la niebla y el ruido de Los Angeles, y al mismo tiempo no lo suficientemente lejos como para que no pudiera encontrarse en Beverly Hills en el plazo de una hora. Además, tenía el lago y sus botes de vela y la piscina climatizada que compartía con algunos de sus vecinos más próximos. Y si existían algunos toques de pretensión y mezquindad, no resultaba una cosa peor que lo que ya había conocido en tal tipo de pequeñas ciudades en otras partes del mundo. Y, para compensarlo todo, aquí brillaba casi siempre el sol.

Max Breslow estaba sentado al lado de la piscina, observando cómo su hija nadaba sus veinte largos. La chica tenía la misma clase de determinación que él se había encontrado a sí mismo cuando tenía su edad. Algunas veces le asustaba el reconocer aquella fija expresión de su cara; podía verla ahora cuando la chica tocaba el borde de la piscina, se daba la vuelta a través del agua, sin apenas una salpicadura o un oleaje que señalase el lugar. Nadó debajo del agua durante un largo trecho. Max podía hacer esto cuando era joven; recordaba la disciplina de Bad Tölz. El grande y nuevo lugar de adiestramiento de la SS se había abierto hacía sólo unos cuantos meses. Recordaba aún el fuerte olor del cemento húmedo, mezclado con el de pintura todavía fresca. Días y más días de boxear, remar, correr, saltar y nadar. Días muy largos también; la diana sonaba a las cuatro de la mañana y tino caía en la cama rendido. Aquello estaba muy bien para los demás —muchachos granjeros en su mayor parte—, que difícilmente se atrevían a creer que, al final del cursillo, serían capaces de regresar con sus familias y amigos, vistiendo el uniforme de oficial alemán. Max se preguntaba, a veces, qué les habría sucedido a todos ellos; supuso que haría mucho tiempo que estarían muertos. Recordó haber leído, en una de las revistas de los viejos camaradas, que *ninguno* de los que habían asistido a la Junkerschule Bad Tölz, en 1934, había sobrevivido más allá de 1942. ¿Habría alguien, se preguntó Max, que realmente lamentara la desaparición del Tercer Reich? Aunque deploraba

aquella estúpida autoindulgencia que mostraban los jóvenes, no desearía exponer a ninguno de ellos a todas las cosas por las que él había tenido que pasar. Ni siquiera a Billy Stein. Max Breslow hizo una pausa momentánea: tal vez era llegar muy lejos el incluir también en esto a Billy Stein; unas cuantas semanas en Bad Tölz no le sentaría mal a aquel tipo.

—¡Despierta, papá!

Breslow se encogió cuando el agua fría goteó encima de él, y sintió la húmeda cara de su hija y sus mojados cabellos cuando ésta se inclinó encima de él y le besó.

—El agua está estupenda. ¿No quieres nadar un poco?

Breslow sonrió y meneó la cabeza. Había dejado varios dedos de los pies en las extensiones nevadas de las afueras de Jarkov. Resultaba ridículo, pero le avergonzaba mostrar aquella deformidad delante de su propia hija.

—Han montado los platós en los estudios. Tengo que ir a inspeccionarlos a las tres de la tarde.

—Tengo que inspeccionarlos a las tres de la tarde —remedó su hija con voz nasal—. Todo eso suena muy teutónico, papá.

—Debo seguir el plan —respondió él, intentando no parecer irritado, aunque, en realidad, lo estaba—. El coste del espacio de los estudios no es nada comparado con lo que se paga una vez se levantan los platós y los decorados. Tengo que asegurarme de que todo está bien.

—Ya sabes que he leído el guión. —La chica se frotó el cabello con una gruesa toalla—. ¿Has encontrado algún actor para que interprete el papel de Hitler?

La muchacha era muy hermosa. Incluso teniendo en cuenta su natural orgullo paterno, no se podía negar esto.

—Tenemos más de trescientos entre los que elegir —respondió Breslow—. Todos los agentes de la ciudad parecen tener a alguien que se pirra por ese papel.

—En realidad, no es un papel, ¿verdad?

—Es lo que en la industria se llama un «camafeo». Cualquiera que interprete a Hitler llamará la atención de la Prensa, en una proporción que no guardará relación con la importancia de su papel. A todos los actores les chifla la publicidad; les puede llevar a algo mucho más importante.

—La secuencia de Hitler es muy sensiblera, ¿verdad, papá?

—Debemos encontrar una forma rápida para explicar al auditorio por qué se recogieron todos los tesoros y se ocultaron en la mina de Kaiseroda. Las secuencias de Hitler son la forma más rápida de lograrlo.

—Y esto atraerá una buena cobertura de Prensa —comentó Mary Breslow.

—Y esto atraerá una buena cobertura de Prensa —repitió él.

Y se sonrieron mutuamente como dos conspiradores.

—Ahora me voy a la sauna. ¿Puedo acompañarte a los estudios?

—Creí que no estabas interesada por las películas.

Ella se inclinó de nuevo y le besó en la mejilla.

—Sólo estoy interesada en *tus* películas, papá —le comentó.

Él sonrió. Deseaba decir a su hija que no se trajera a Billy Stein, pero eso sólo precipitaría un intercambio de opiniones sobre un tema que, por ahora, prefería evitar.

—Me gustaría irme inmediatamente, después de la comida.

—Sí, papá —respondió la chica.

En casa de los Breslow, el almuerzo siempre se servía a la una en punto, y Max Breslow se levantaba de la mesa a las dos, hubiera acabado o no su café. Las mujeres Breslow, en la actualidad, ya se habían acostumbrado a ello.

—A las dos exactamente...

El plató era mucho mayor de lo que Max Breslow esperaba. Sabía que los directores artísticos siempre bosquejan las figuras humanas fuera de escala, cuando preparan la transformación, embellecida al pastel, de sus ideas. Pero aquella vez la realidad fue incluso más abrumadora que la que los dibujos de perspectiva habían sugerido.

Max Breslow permaneció allí de pie mucho tiempo sin hablar. El estudio era bastante alto; a pesar de las enormes lámparas, su techo se perdía en la oscuridad. Se percibía el olor de madera recién aserrada, un aroma que retrotrajo a Breslow a su hogar familiar de vacaciones en el Eifel. Cuando era pequeño, había acudido a ver a los madereros y cómo abatían los grandes árboles y los reducían a trozos. Ahora olía todo aquello una vez más. Y aquí, en el estudio, flotaba también aquel acre olor de la pintura de secado rápido y de las colas plásticas.

—¿Pueden poner en marcha los ventiladores? —gritó Breslow.

Se produjo un ronroneo distante y luego comenzó a sonar con estrépito el aire acondicionado. Max Breslow inclinó hacia atrás la cabeza y trató de ver la zona en que la parte superior recién construida desaparecía en las tinieblas.

—Son grandes —dijo Breslow—. Realmente grandes...

—En este estudio ha conseguido un montón de altura —le explicó el director artístico—. He hablado con el director y desea emplear una enorme grúa y empezar con una toma que agrande una de esas águilas nazis de allí, y luego una vista panorámica en tomo al escritorio de Hitler.

—La toma de la conferencia —respondió Max Breslow.

—Sí, la toma de la conferencia —repitió el director artístico—. Hitler y todos sus generales agrupados en tomo de su escritorio mirando mapas. Hemos construido el plató con cuatro paredes, para que el director tome todas las vueltas que desee. Como es natural, las dos paredes del extremo son flotantes.

—Naturalmente —convino Max Breslow, aunque no estaba muy seguro de si aquello de paredes flotantes significaba que podían moverse, abrirse para el carrito de una cámara o que se desmontaban con rapidez.

—Es como una casa —comentó la hija de Breslow desde el otro extremo del plató.

Su voz levantó ecos en el techo.

—Aún tendrá más espacio en el estudio —explicó el director artístico—. Lo han puesto aquí todo un poco más cerca para facilitar la construcción.

—¿Era realmente así la Cancillería de Hitler? —preguntó Mary Breslow. Max Breslow no respondió.

Al cabo de un rato, el director artístico prosiguió:

—Hemos trabajado según fotografías de los lugares reales, Miss Breslow. Se volvió hacia el padre de Mary.

—Esto es lo que ya se ha hecho del plató. Sólo son las partes esenciales, pero me parece que funciona muy bien.

El director artístico no pudo ocultar su orgullo.

Max Breslow cruzó hasta la pared y pegó con los nudillos contra el mármol. Hizo el inconfundible sonido del plástico hueco.

El director artístico sonrió.

—Es muy bueno, ¿verdad? Aguarde hasta ver el busto en poliestireno de Hitler y el piso de plástico. Cuando coloquemos la banda sonora a la película, cuando se oigan los tacones metálicos resonando contra el mármol al desfilar los actores, nadie supondrá que no se trata del lugar auténtico.

—El lugar auténtico fue destruido por la artillería del Ejército Rojo en 1945 —respondió con sequedad Max Breslow.

—Pues nunca llegaría a decirlo —respondió el director artístico.

Max Breslow cruzó hasta donde su hija estaba examinando las puertas, y miró hacia atrás para ver el efecto de toda aquella gigantesca estancia.

—Esto debe de costar muchísimo, papá.

—Sólo un loco gasta el mismo dinero en toda la producción —respondió Max Breslow—. Estuve mirando aquel guión y me di cuenta, al instante, de que las escenas en el interior de la mina de Kaiseroda pueden filmarse por, prácticamente, nada. Es muy poco más que un túnel oscuro. He estado negociando para ir a filmar las tomas exteriores en Solvang, un pueblo cercano a Santa Bárbara.

—Papá, eso es danés.

—He estado allí para verlo, Mary. El director y yo creemos que, con unas tomas cuidadosas, podemos conseguir que Solvang se parezca al pueblo de Merkers, en Turingia. Y, como es natural, pediremos permiso para desmontar la antena de televisión y quitar los letreros y cosas parecidas. Y también pondremos auténticos rótulos en las calles y carteles, y pintaremos lemas nazis en las paredes. Asimismo, arreglaremos un par de edificios para que parezcan dañados por las bombas —sólo las fachadas, como es natural—, entre otras cosas. Esos pueblos norteamericanos están más dispersos de como lo estaban los pueblos alemanes. Y otras fachadas también aparecerán dañadas, y así sucesivamente.

—Eres muy inteligente, papá.

—Mis escenas de Hitler se tomarán en este plató, y lo veremos al aire libre, en un pequeño convoy de vehículos, empleando algunos de aquellos grandes «Mercedes» de tres ejes que he conseguido alquilar.

—¿Así que este plató es el más grande?

—No, si todo va bien, dispondré uno mayor aún que éste. Quiero recrear el tren privado de Hitler, para la secuencia en la que Hitler discute con Göring acerca de si la lucha debería continuar. Si persuadimos al museo de Chicago para que me alquile los dos coches «Pullman» que poseen, los convertiré en el *Führersonderzug*. Luego solicitaré a la compañía ferroviaria que me deje filmar cinco días en Union Station, aquí mismo en la ciudad.

—¿En Union Station?

—Es un edificio estupendo, Mary. ¿Le has hecho alguna vez una visita detenida? ¿Te imaginas el aspecto que tendría adornado con banderas con esvástica de casi veinte metros de altura, con hileras de soldados alemanes del *Führer Begleit Bataillon* y atiborrado de extras chillando y gritando los viejos lemas nazis, mientras Hitler deambula lentamente ante ellos en dirección a su tren? ¿Te puedes imaginar qué gran secuencia saldría de todo esto?

—Me imagino cuántos centímetros de columnas conseguirás en los periódicos locales y en los noticiarios de televisión...

Max Breslow se permitió una leve sonrisa.

—Eso también sucederá, Mary, como es natural.

Atravesó el plató principal hasta las habitaciones más pequeñas. En todas ellas se encontraban muebles contruidos a toda prisa para la escena de la Cancillería de Hitler. Su inmenso escritorio estaba recibiendo una capa de plástico que lo haría parecer, al ojo de la cámara, una pieza maestra de la ebanistería francesa. Sólo estaban fabricadas por completo dos sillas, entre montones de patas adornadas y asientos.

—Todo esto es de un tamaño superior al normal. ¿Es así como eran las cosas?

—Han trabajado según fotos —respondió Max Breslow—. Todos los muebles originales fueron hechos, deliberadamente, demasiado grandes. Decían que era para intimidar al visitante y hacerle sentir insignificante en presencia del Führer.

Mary Breslow se dirigió hacia la parte del estudio donde los diseños de trabajo estaban pegados a las paredes, junto con docenas de grandes y lustrosas fotos de la Cancillería del Reich en sus días de mayor gloria.

—¡Vaya lugar! —comentó la chica—. Aquí puede olerse la megalomanía. —Se volvió hacia su padre—. ¿Estuviste alguna vez allí papá? Dímelo de verdad. Deseo saberlo.

—Lo vi —admitió Max Breslow—. Más de una vez. Y vi también al monstruo.

—¿Era un monstruo, papá?

—Dejemos que la historia haga de juez —respondió Breslow—. Es demasiado pronto para hablar de las reputaciones de unas personas que han muerto recientemente.

—Hace ya treinta y cinco años, papá —repuso Mary.

Se quedó mirando de cerca a su padre y éste supo que estaba siendo observado, aunque no se dio la vuelta, y ni siquiera movió la cabeza.

—Para algunos de nosotros, parece que fue ayer —prosiguió Breslow.

¿Cómo se había metido en aquella absurda situación? El dinero siempre era bien recibido, como es natural, pero aquella espantosa película acerca de Hitler, con la que él nunca había deseado tener nada que ver, podría ser un asunto que le hiciera tener problemas con los norteamericanos. Si los periódicos descubrían que él había servido con las Waffen SS, podría ser suficiente para que le deportaran. ¡Maldito Kleiber! ¡Maldito y mil veces maldito!

—¡Ánimo, papá! —le dijo Mary.

Desde principios de julio, Max Breslow había alquilado una oficina en la misma manzana donde habían construido los platós. Era aún más destartada que su oficina anterior en Melrose, y, en efecto, no era la clase de lugar al que hubiera deseado llevar a sus clientes, pero estaba limpio y era lo suficientemente adecuado hasta que comenzasen a filmar. Entonces se mudaría a una serie apropiada de oficinas para albergar en un solo edificio a todo el personal de producción. Se metió la mano en el bolsillo para sacar la desgastada llave; sólo Dios sabía cuántos productores más la habrían utilizado: grandes éxitos, grandes fracasos, hombres la mayoría como él mismo, supuso, productores desde hacía poco tiempo y lo bastante agobiados como para planear dirigirse hacia un modesto beneficio, en vez de arriesgarlo todo en la esperanza de conseguir un auténtico filón. Pero, seguramente, ningún otro productor habría sido chantajeado y obligado a hacer una película.

Max Breslow salió afuera, a través del aparcamiento, y subió un tramo de escalones de madera. Anduvo a lo largo de una abierta balconada hasta una puerta con el letrero «Número Catorce», en unas elaboradas letras pintadas a mano. Al entrar, sonó uno de los teléfonos. En esta manzana, la recepcionista hacía también las veces de telefonista. Debía de haberle visto entrar.

—Breslow.

—Hay un mensaje para usted, Mr. Breslow. Le espera un visitante en el centro de la ciudad.

Breslow suspiró.

—¿En qué parte del centro de la ciudad?

—En una pizzería en La Ciénaga, en el cruce de los bulevares de Pico y Venice. Se llama «Buster's». Es uno de comedores donde proyectan durante todo el día películas antiguas.

La mujer tenía un chillón acento de Nueva York que fascinaba a Breslow. Se preguntó si en algún tiempo habría sido actriz.

—¿Quién? —preguntó Breslow—. No es de la Prensa, ¿verdad, Lucy?

—¿Ha oído alguna vez de que un periodista almuerce en «Buster's»? Todos esos tipos acuden al «Polo Lounge». No, se trata de un mensaje de alguien llamado Kleiber. ¿Quiere que se lo deletree?

—No, no deseo que lo deletree, Lucy. ¿A qué hora ha llamado?

—Hace como media hora. Ha dicho que acababa de llegar en avión. Ésa es la razón de que desee verle a usted cerca del aeropuerto. Por lo menos, eso supongo.

—¿Algo más?

—Su mujer ha preguntado si le recogerá sus zapatos y estará de vuelta en Westlake antes de las seis. Me ha dicho que usted ya sabía dónde y que se los darán sin ningún tipo de contraseña...

—Gracias, Lucy. Consígale un coche a mi hija y dígame que la veré para cenar en «Tony Roma's Rib Place», en Beverly Hills, y que la llevaré a casa en automóvil. Explíqueme que he tenido que acudir a una entrevista inesperada. ¿Lo hará, Lucy?

—Claro que sí, Mr. Breslow.

Max Breslow nunca había tenido el menor problema para localizar a su amigo. Willi Kleiber nunca cambiaba mucho. Aparte de un poco de grasa en las caderas y un poco más de cabello gris, había cambiado muy poco desde los días en que había estado con Max en la guerra. Siempre le había gustado llevar el cabello casi cortado a cepillo y sus dientes aún destellaban cuando sonreía. Incluso el color de los lujosos trajes que llevaba nunca variaba mucho de aquel tono pardo de Feldgrau del tiempo de guerra, y le gustaba mucho llevar botas altas de estilo anticuado, muy parecidas a las que el Ejército le había proporcionado.

Estaba sentado en la parte trasera de la pizzería. Era muy típico de Willi elegir un lugar así para una reunión, un «*Treff*» lo habría llamado; realmente parecía que nunca había dejado de luchar en la guerra. Max Breslow lanzó una mirada a su alrededor con un estremecimiento. Las mesas de madera desbastada, así como los incómodos bancos, estaban cubiertas con platos de papel, los restos de una pizza y ensalada y algunos vasos de «Coca-Cola». No era la clase de lugar que Max Breslow hubiera elegido para una reunión. En los lados del comedor se encontraban irnos aparatos de monedas, la mayor parte de ellos con pantallas de video y temas de tipo bélico. «Comandante U-boat», «Blitzkrieg», «Bombardero», o «Choque de Panzers» funcionaban en cada una de las máquinas encendidas, y de las mismas llegaban los

zumbidos electrónicos del eco de las balas y el continuo ra-ta-tá del fuego simulado de ametralladoras. «Ésa ha sido la guerra que ganamos —pensó Max Breslow—, esta guerra que se presentó después de la guerra».

—Max, me alegra mucho verte de nuevo.

Willi Kleiber estaba sentado detrás de una pila de platos, y resultaba obvio que había disfrutado ya con su comida. «Era todo lo más que podía conseguir al cenar en un tugurio como aquél», pensó Max Breslow.

—Hola, Willi. Tienes muy buen aspecto.

En una gran pantalla de un rincón se exhibía una muy deteriorada película muda. Un hombre gordo, con traje oscuro y sombrero hongo, estaba sentado a una mesa, mientras un obsequioso camarero ponía ante él una opípara comida. Max Breslow apartó la mirada. Odiaba las comedias mudas.

—He venido directamente del aeropuerto. No puedo dormir muy bien en estos vuelos de largas distancias...

Se escuchó el rugido de unas risas infantiles. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Max Breslow se percató de que el otro lado del restaurante estaba atestado de niños pequeños.

—Tómate un poco de café —le invitó Willi.

Max tomó un vaso de papel del mostrador y un ayudante muy joven le vertió en él un café muy poco cargado. Breslow regresó a la mesa y se sentó, evitando con cuidado los restos de lechuga y el zumo de tomate derramado. Willi Kleiber buscó en su bolsillo trasero y sacó un frasquito de plata. De una forma furtiva que, al parecer, le encantaba, Willi Kleiber sirvió una medida de coñac en el café de Max Breslow. Siempre ocurría así. Cada vez que se encontraban, actuaban con idéntico ritual. «Era algo parecido a reunirse con un desconocido —pensó Breslow— en vez de con alguien al que había visto hacía pocas semanas». Tal vez fuese esto lo que eran: no amigos ni antiguos camaradas, sino, simplemente, dos extraños que se encontraban a menudo.

—¿Está bien tu familia? —le preguntó Kleiber.

—A Marie-Louise le encanta California —explicó Breslow con automática educación—. Y lo mismo le sucede a mi hija Mary...

—¿Y tú, Max?

—Hay cosas que echo de menos, Willi, pero el calor del sol va muy bien para mis articulaciones. ¿Y qué hay de tu familia? ¿Sigue bien?

—Mi padre es muy viejo, Max. Está muy cansado y con grandes dolores.

—Lo siento —replicó Breslow—. Recuerdo muy bien a tu padre. Era un anciano muy simpático.

—La vida de mi padre acabó en 1945, Max. La guerra es la única cosa de la que desea hablar. Y ahora está olvidando incluso eso.

Max Breslow veía la pantalla de cine con el rabillo del ojo. A pesar de su opinión respecto de las películas antiguas, modificó un poco su posición para ver mejor. La posición de la cámara había cambiado para mostrar que el hombre del hongo que estaba sentado para comer, se encontraba ahora en una vía de tren que se extendía hasta el horizonte.

Breslow comentó:

—¿Pero tu madre está bien?

Había aparecido una locomotora en plano medio, vista desde abajo para que pareciese que el tren avanzaba a más de trescientos kilómetros por hora.

—Gracias a Dios —respondió Willi.

Estaba de espaldas a la pantalla. Siempre se hallaba de cara a la puerta, según pudo recordar Max ahora. Durante la guerra, había resultado herido en un restaurante de Atenas. Un transeúnte les había arrojado una granada.

—Tenemos muchas cosas por las que dar las gracias —le animó Breslow.

Kleiber vertió un poco más de coñac en ambos vasos de café. Era como un rito. Sólo después de aquellos preliminares sería posible empezar una auténtica conversación.

—Ha sucedido un montón de cosas —le explicó Kleiber—. Pensé que era mejor que viniese personalmente.

—Me ha sorprendido que me encontrases en los estudios —respondió Breslow—. No has perdido ninguna de tus antiguas habilidades, Willi.

Kleiber había sido oficial de la Abwehr. Se había hecho un nombre infiltrándose en la red francesa clandestina, en 1942. Más tarde, la Abwehr había sido puesta a cargo del servicio de espionaje SS, y la subsiguiente carrera de Willi incluía numerosos incidentes de los que nunca hablaba.

—Se ha producido un desagradable fracaso en la seguridad —explicó Kleiber—. Un jovencuelo consiguió tener acceso a la nueva gran computadora FRÜHLING, que el Banco del doctor Böttger ha instalado en Hannover. Burló todas las medidas de seguridad y comenzó a obtener datos de *zweiter Fall*, algo que los expertos afirman que es imposible.

—¡Expertos! —respondió Breslow—. Un par de años en la industria cinematográfica y ya no escucharías para nada a los expertos...

—Afirmaron que resultaba imposible para nadie en Alemania —prosiguió Kleiber—, pero un loco pidió a los programadores que insertasen una serie simplificada de «claves» para hacer una conexión con el extranjero. ¡Era para ahorrar dinero al Banco, Max! ¿Qué te parece esto? Cuarenta millones de

Deutschemarks que le ha costado al Banco esa maldita computadora, y un idiota simplifica la seguridad, a fin de ahorrar unos pocos pfennigs en la cuenta del teléfono...

—¿Y qué descubrieron?

—Se trataba de un alemán —un empleado de la oficina de Londres—, que decidió intentar llegar tan lejos como pudiera en los secretos.

—¿Y qué consiguió?

Kleiber asintió para que se diera cuenta de que se enteraba de la repetición de la pregunta.

—Se abrió camino a través de la «Operación Sigfrido».

—¡Dios santo, Willi!

—Ya les dije que no usaran ese nombre en clave.

—«Operación Sigfrido» —dijo Breslow—. Fue una tonta elección. Ese nombre huele por completo a Tercer Reich.

—Son hombres viejos —continuó diciendo Kleiber—. Y los hombres viejos se vuelven románticos. No pueden enfrentarse con rapidez con las realidades como lo hacemos nosotros.

Intuitivamente, Max Breslow comenzó a percatarse de lo que Kleiber estaba a punto de decirle.

—¿Has matado a ese muchacho?

—¿Y qué otra alternativa había, Max? Tenía todos los nombres y direcciones. Sabía la forma en que trabajan todos los Bancos y nuestras compañías unidos. Poseía los detalles del fondo del Trust con el que estamos financiando el trabajo.

—A veces, un hombre puede leer un material así sin comprender su significado...

Willi Kleiber estudió el fondo de su vaso de café y luego, sin replicar, se dirigió a la máquina del mostrador y cogió la cafetera que se hallaba en el calentador. Se vertió más para sí mismo, mientras pensaba la respuesta:

—Es muy fácil ser crítico después, Max. Pero el muchacho ya había efectuado una llamada telefónica a larga distancia, desde Londres, a la casa de los Stein, aquí, en Los Ángeles. No pudo conseguirla de persona a persona, por lo que, finalmente, dejó un breve mensaje en el contestador automático de Stein.

—Ya sabía todo eso —contestó Breslow—. Empleé el tono musical para interceptar las llamadas almacenadas. Ya sé de qué se trata.

—¿De veras? —le dijo Kleiber con fingida sorpresa—. Te has estado comportando como si lo hubieras olvidado.

Kleiber se dio la vuelta de forma que pudiera ver la película. Había demasiada luz en la estancia y las imágenes de la pantalla aparecían borrosas y confusas.

Una locomotora corría por la película y recogía a hombres del sombrero hongo, pero, en el siguiente primer plano, estaba aún comiendo. El enfoque de la cámara se amplió para mostrar que seguía sentado en el recogedor del tren, con la mesa y el mantel aún en posición y todos sus elaborados manjares intactos.

—Dijiste que el asesinato del británico de Washington sería el final de todo —le dijo Breslow—. Trataste de matar al inglés Stuart, y quitaste de en medio a una persona distinta. Fue un mal asunto, Willi. Y el matar a Stuart tampoco hubiera resuelto nada. Confío en que te convenzas de ello.

—Es muy fácil ser listo *a posteriori* —prosiguió Kleiber—. No me digas que te estás poniendo nervioso, Max. Ya sabía que los otros graznarían como palominos desde el momento en que comenzó este asunto, pero dependía de ti para que me prestases tu ayuda.

—Y luego nuestro antiguo camarada Franz Wever. ¿Por qué tuvo que ser asesinado?

—Nuestro viejo camarada Franz —declaró con amargura Kleiber—, sólo deseaba descubrir lo que estábamos haciendo. Si lo hubiera logrado, habría informado de todo al Servicio Secreto británico. Era *su* hombre. Franz Wever nos hubiera traicionado.

Breslow no dijo nada. Franz Wever había tenido siempre envidia de él y lo había admitido de buen grado. Franz había permanecido siempre en el puesto de comunicaciones, mientras Breslow había sido enviado a la línea del frente durante la guerra. Tal vez había sido aquella frustración la que le hizo a Franz Wever lanzarse sin pensárselo al Danubio, aquella fría noche en Linz, donde habían pasado jímios su permiso. El niño que se estaba ahogando no hubiera sobrevivido a la corriente. Por un momento, había pensado que tanto Wever como el chiquillo serían arrastrados. Pasaron una noche desdichada en la comisaría local de la Policía, aguardando a que el uniforme de Franz se secase. Sólo unos meses después, recibiría Franz una carta del padre del chico: «Lleve esta foto para que le recuerde la vida que ha salvado; ojalá crezca mi hijo para que resulte valioso tan valeroso acto». Y en la carta se incluía una instantánea del muchacho, de pie delante de un fantasmalmente pintado decorado de paisajes montañosos. Franz la había llevado a partir de entonces a todas partes.

Kleiber se oprimió los labios para demostrar que desaprobaba el silencio de Breslow. «¿Qué le había sucedido a su amigo? —se preguntó—. ¿Tendría algo que ver con el hecho de vivir en California?».

—Hay más personas que resultarán perjudicadas, Max.

Dio unos golpecitos silenciosos en la mesa con la punta de los dedos.

—Stein debe ser quitado de en medio, te percatas de ello, ¿verdad? Conoce demasiado para continuar vivo. Y cualquiera que lea el material será tratado del mismo modo. Es lamentable... No disfruto con ello... Pero es un hecho...

—¿Dónde está Stein ahora?

—¿Mi gente aquí, en Los Angeles, no te tiene informado?

—Lo último que supe fue que envió a su hijo Billy a Londres.

—Sí. Billy se fue a Londres. El Servicio Secreto inglés mandó un hombre a visitarle. No hubo tiempo para colocar un micrófono en la habitación, por lo que no sabemos lo que se dijo. Personalmente, creo que encontraron los cadáveres antes de que lo hiciera la Policía. Creo incluso que los encontraron antes que el joven Stein. Son muy astutos, Max, tenemos que adoptar las mayores precauciones.

—¿Cadáveres? ¿Había más de uno?

—Un inglés, un amigo suyo. Creemos que había sido el que le contó cómo actuar en la memoria de la computadora. Fue mejor eliminarlos a los dos. Es seguro que contaría a su amigo inglés todo lo que había conseguido.

—¿Cómo descubriste la filtración?

—Sólo gracias a la suerte hemos llegado tan lejos en este asunto. Un amigo íntimo mío del BND almorzó con el director general del Servicio Secreto británico. La información me llegó poco después de que tomases el mensaje del contestador automático del teléfono de Stein. Fue algo muy inteligente por tu parte, Max.

—En todo esto no hay nada inteligente —respondió Breslow—. Tengo el mismo modelo de contestador automático. Stein lo compró a indicación mía. Y pude conseguir un silbato con el mismo tono musical que el aparato de Stein.

—Bien hecho —alabó Kleiber.

Breslow no replicó. No tenía la misma experiencia que Kleiber en el trabajo de espionaje; el asunto del contestador automático le había hecho sentirse avergonzado y deshonorado.

Tal vez Kleiber se dio cuenta de esto.

Le dijo:

—Nos fue de inmensa ayuda. Al saber lo que significaba el mensaje, pude dirigirme inmediatamente a Londres en avión. Ya no tuve que aguardar a oír lo que ese tal Paul Bock quería decirle a Stein: ya lo sabíamos de antemano.

Sonrió y dio unos golpecitos en el brazo de Breslow como si le felicitara. Breslow se estremeció. Nunca se había podido acostumbrar a semejante clase de contactos. Los abrazos masculinos podían ser *de rigueur* para restauradores, futbolistas y estrellas de cine, pero no para antiguos camaradas.

—No subestimes a Stein —le previno Breslow—. Puede parecer un palurdo, pero tras su obeso y poco atractivo exterior es un hombre de gran energía física y considerables recursos intelectuales.

Kleiber hizo un ademán con la mano, como si quisiera alejar aquellos elogios a Stein.

—Dentro de poco, Stein estará en mis rodillas, suplicándome dinero...

—Sí, así es —respondió Breslow.

Levantó el vaso de papel y se bebió las últimas gotas. El café era claro y tibio, pero el gusto del buen coñac alemán fue muy bien recibido.

—Se está volviendo muy evasivo.

—Constituye un buen plan —respondió Kleiber—. Hemos calculado que la quiebra del Banco le obligará a disponer de los documentos dentro de pocos días. Tú crees que desean conseguir algún dinero tan pronto les sea posible. Crees que su Banco tendrá la mayor prioridad...

Kleiber se frotó la cara con fuerza.

—¿Te parece que Stein se ha creído esa historia acerca de los británicos que trataron de matarte en la autopista?

—Lo improvisé en un momento, Willi, y estaba más bien trastornado por el accidente... Pero sí, creo que se lo creyó. Mi «Mercedes» estaba muy destrozado. Resultó sencillo persuadirle de que lo habían hecho de forma deliberada.

—Resultó algo afortunado. Apartó a Stein de la pista y, probablemente, le ha hecho creer que los británicos intentaron asesinarle...

—Sí, así se lo dije.

—Lo hiciste muy bien, Max. ¿Cuándo lo has visto por última vez?

—¿A Charles Stein? Anteayer. ¿Por qué?

—Lo cierto es... —comenzó Kleiber.

Bostezó. Aquello era una señal de ansiedad mucho más que de falta de sueño.

—La verdad es que nos hemos equivocado un poco en Londres. Hemos perdido el contacto con el joven Stein.

—Estoy seguro de que no ha regresado aquí, a Los Angeles.

—¿Y cómo puedes estar seguro?

—Porque está en contacto con mi hija Mary.

—Con tu hija... ¿Mary y el hijo de Stein?

—Mejor él —contestó Breslow— que el ayudante mexicano de la estación de servicio que la persiguió por todas partes el año pasado. Al fin tuve que enviarla a Europa durante un mes...

—El chico de Stein se ha desvanecido —prosiguió Kleiber—. Yo tenía a uno de mis mejores hombres en el asunto de Londres. No puedo comprenderlo; Stein abandonó el hotel, pagó la cuenta y se llevó su equipaje. Y mi gente no vio nada de todo eso...

—¿Crees que el Servicio de Información británico lo tiene en su poder?

—Sí, así es. Creo que aguardaron a que Stein fuese a aquella casa, lo arrestaron y ahora le están interrogando.

—Vaya lío —replicó Max Breslow.

Si algo le sucedía a Billy Stein, su padre le haría a él responsable. Max Breslow no era propenso a ponerse nervioso, y su expediente en la guerra lo demostraba, pero sabía que la furia de Charles Stein sería terrible de soportar. ¿Y qué sucedería si Stein se vengaba en la hija de Breslow? Apartó aquella espantosa idea.

—¿Y ahora qué?

Kleiber cruzó los brazos y pareció muy pagado de sí mismo.

—Hemos tenido una racha asombrosa de suerte, Max.

Aquél era el momento, según sospechó Breslow, que Kleiber había estado buscando.

Estaba en lo cierto. Kleiber prosiguió:

—Como acabo de decirte, estamos en contacto con un nivel muy alto del Servicio de Información británico —lo llaman MI6—; un buen amigo mío sirve de enlace entre Londres y nuestro propio BND, en Bonn. Almuerzan juntos y hablan de horticultura...

Kleiber sonrió al ver la expresión perpleja de Max Breslow.

—Es su pasión mutua: plantas de cactus. Esta pasión nos ha proporcionado estupendas ventajas, Max.

—¿Y aún no sabes si los británicos están reteniendo a Stein?

Kleiber no pasó por alto la nota de sarcasmo en la pregunta de su amigo. Sonrió.

—Creo que podemos dejar bien sentado que Billy Stein está bajo custodia y que le han estado interrogando con bastante éxito...

Apareció algo en el rostro de Kleiber que le dijo a Breslow que aquélla era la parte más importante de las noticias.

—¿Y cuál es nuestro mayor problema, Max? Encontrar el paradero de las Actas de Hitler. Pues bien, ahora ya sabemos dónde están. Los británicos han descubierto que las Actas de Hitler, y todo el resto de los documentos, se encuentran en la casa del coronel Pitman, en Suiza. Incluso conocemos la cámara acorazada en que están guardados.

—Esto se aviene muy bien con todo —respondió Breslow—. Deben de haber conseguido esa información del joven Billy.

—Los ingleses están reuniendo catálogos de «Schiff», la conocida empresa de cerrajería suiza, y en la actualidad han pedido a mi amigo que les preste alguna ayuda para ciertas traducciones del idioma alemán. Así que sabemos la marca, el modelo y el año.

—¿Estás pensando en realizar una incursión en la casa? —le preguntó Breslow.

—Un ladrón no tendría bastante tiempo, o la clase de equipo necesario para abrir la puerta de una cámara acorazada —replicó Kleiber.

—Te ruego que lo reconsideres, Willi —le dijo Breslow—. Un robo es una cosa y una incursión armada representa llegar demasiado lejos. Puedes abrir lo que sea con un soplete de oxiacetileno o con uno de esos nuevos arpones térmicos. Contratar a un buen revientacajas y permitirle que haga el trabajo de la forma en que lo realizan los ladrones profesionales.

—¿Es esto lo que has aprendido de tus escritores de guiones cinematográficos?

Willi Kleiber hizo un ruido de menosprecio.

—Estás atrasado en muchos años, amigo mío. Los sopletes de oxiacetileno y los arpones térmicos generan demasiado calor. Los ladrones encuentran cenizas y escorias dentro de una caja fuerte cuando la abren con semejantes métodos. Yo suministro cajas de caudales así a mis clientes, Max. Sé lo que se debe hacer para que una puerta resulte inexpugnable. Existe un cubículo interior de cristal; en cuanto lo calientas, se dispara una gran cantidad de cerrojos y la puerta se empotra de forma tan sólida, que incluso los constructores tardan dos o tres días en poder abrirla.

Willi Kleiber rió sofocadamente y se frotó las manos.

—Ni siquiera sé dónde podría encontrar a un experto en arpón térmico en estos días... Tal vez jubilado en Italia, tomando el sol... Los ladrones de cajas de caudales han desaparecido, Max. Han sido remplazados por hombres que llevan escopetas y armas automáticas y que toman un Banco por asalto.

—Eso es terrible —musitó Max Breslow.

—¿Terrible? —replicó Kleiber—. Maravilloso querrás decir. ¿Cómo crees que he conseguido llevar mi compañía a su volumen actual sin esos dedicados pistoleros? La mejora en cajas fuertes, que les ha dado a los bandidos armados su oportunidad, me ha concedido también la mía, Max.

Se echó a reír.

—¿Y no te preocupa la posibilidad de que la caja de caudales del coronel Pitman tenga una alarma conectada con la comisaría local de Policía?

—Sí, claro que sí, Max. Y por ello no proyecto este plan al modo de un ladrón. Debemos conseguir entrar en la casa y hablar con Pitman. Tenemos que convencerle de que, en su propio interés, nos debe abrir la caja.

Max Breslow alzó su vacío vaso de café en un ademán automático de alarma y desaliento. Sabía con exactitud qué métodos emplearía Willi Kleiber para «convencer» al coronel Pitman a abrir su caja de caudales. Se estremeció.

—¿Qué ocurre contigo, Max?

—El café era horrible —contestó Breslow.

—Vamos, Max. Será maravilloso. Será como en los viejos tiempos...

—Estás loco, Willi —replicó Max, pero su voz careció de convicción—. Sólo conseguirás que te maten.

Ningún comentario hubiera podido ser más alentador para Kleiber. Se hinchó de orgullo.

—No tengo miedo a morir —repuso—. Perdimos algunos camaradas muy buenos en la guerra. No será algo tan horrible reunirse de nuevo con ellos.

Max Breslow quedó entristecido por la respuesta, pero sonrió. Fue más que nada una reacción nerviosa.

—¿De qué sonríes, Max? ¿He dicho algo divertido?

—No, amigo mío. Me río porque la semana pasada escuché a Stein expresar la misma idea, virtualmente, con idénticas palabras.

—Tú estarás también en Suiza, Max.

—Aquí hay muchas cosas que hacer...

—Esto es mucho más importante que tu película —dijo Kleiber—. Quiero que estés a mi lado.

Sacó del bolsillo un recorte reciente de periódico. Era de un diario de Washington; los titulares decían: «El Gobierno norteamericano asigna 2,3 millones de dólares para los cazadores de nazis». El artículo continuaba: «Tras seis años de cabildeos, la congresista Elizabeth Holtzman, de Nueva York, ha conseguido que el Departamento de Justicia norteamericano

establezca una Oficina de Investigaciones especiales acerca de los crímenes de guerra nazis». Breslow lo leyó y devolvió el recorte plegado a Kleiber.

—Deberías cambiarte el nombre, Max —le aconsejó Kleiber.

Max Breslow sacudió la cabeza.

—No quiero verme con mis antiguos amigos en Alemania y tener que explicarles por qué mi pasaporte estadounidense lleva un apellido diferente.

—Suspiró—. ¿Y quién más iría?

—Prepárate para la semana próxima, Max. Esto es una orden del Trust.

—Muy bien, Willi. Estaré dispuesto...

—El Trust tiene dinero, Max, y abogados. Los procedimientos de desnaturalización y deportación se llevan a cabo en un tribunal civil. Unos buenos abogados y un buen asesoramiento legal —y una palabra adecuada en el lugar oportuno— pueden producir maravillas en este país.

—Ya te he dicho que iría —contestó Max Breslow.

Estaba encolerizado y un poco asustado.

La asombrosa «racha de suerte» de Willi Kleiber tuvo sus orígenes en la tarde del viernes, 27 de julio, después de la difícil reunión de Sir Sydney Ryden con la Primer Ministro. El DG regresó a su oficina, se sirvió generosamente tónica con ginebra y miró de nuevo la pequeña agenda negra llena de iniciales crípticas y jeroglíficos, que no tenía significado para nadie, excepto para sí mismo. A veces, la necesitaba para responder a las preguntas de la Primer Ministro. Nunca la había necesitado más que aquella tarde cuando le habían sometido, a él y a su Departamento, a algunas críticas particularmente acerbas. Cuando terminó su bebida, se dirigió a la ventana para observar su colección de cactus, metiendo el dedo en la reseca tierra y empleando las pinzas para arreglar las plantas. Durante un momento, sus manos quedaron inmóviles. Miró por la ventana hacia el puente de Westminster, encima del cual hileras de hombres y mujeres se apresuraban bajo la lluvia hacia la estación de Waterloo y los servicios de trenes suburbanos. Pronto aquellas corrientes se convertirían en torrentes y, finalmente, cuando llegase la hora punta a su ápice, hordas de aquellas figuras vestidas de negro llenarían las aceras y se verterían en las calles y congestionarían el tráfico rodado.

De repente, las manos del DG se movieron una vez más, tocando las plantas con briosa destreza, la clase de sustitución de actividad que, a menudo, señalaba el final de un difícil día de trabajo. La Primer Ministro tenía razón, concluyó a su pesar Sir Sydney: su Departamento no había producido unos resultados tangibles desde que le dio su último informe. Carecía de cualquier utilidad recordarle que no había ocurrido nada desastroso, que «Stein and Co.» no habían publicado las Actas de Hitler y provocado un escándalo internacional. Mientras que los Servicios Secretos opinaban que el evitar un desastre ya era una considerable proeza, los políticos siempre deseaban resultados tangibles. Los políticos no estaban interesados en el *statu quo*, sino que deseaban resultados: expedientes cerrados, miedos eliminados y cuentas rendidas. Virtualmente, la Primer

Ministro había dicho todo esto, y Sir Sydney sabía que tenía razón al hacerlo así. Tocó la más frágil de sus nuevas plantas. Estuvo tentado de echarle unas gotas de agua, pero resistió la tentación: era mejor forzarla a ajustarse a su nuevo medio ambiente. Demasiado cuidado y atención podrían arruinarla: aquélla era una característica que los cactus compartían con los agentes de campo.

—Resultaba evidente que se ha producido una filtración, Sir Sydney —le había dicho la Primer Ministro.

Su primera reacción fue la de encolerizarse, pero había aprendido a ocultar sus emociones. Lo había aprendido durante las primeras semanas en la escuela preparatoria. Los bravucones pronto le enseñaron a llorar por dentro sin permitirse que ningún signo lo delatase. Aguanta, le había escrito su padre en aquellas cartas desde Simia, en las colinas de la India, y Sydney había resistido. Durante años, su única visitante en la escuela había sido su querida y vieja niñera. No fue culpa suya que un año le defraudara, cuando la mujer se puso a llorar al decirle adiós. Cuán crueles pueden ser los niños unos contra otros; los demás muchachos nunca le habían permitido olvidar a la anciana con su acento de la clase trabajadora, que le había avergonzado con sus lágrimas. Su único consuelo fue, como ahora, el trabajar de firme.

—Obviamente, una filtración...

La perspicaz deducción de la Primer Ministro no podía haberse basado en los escasos hechos que la había proporcionado; ¿se trataría de su famosa intuición? ¿O era, simplemente, la natural hostilidad que todos los políticos mostraban hacia los funcionarios, a fin de mantenerlos a la defensiva?

El DG levantó otra planta. No estaba en muy buenas condiciones. Durante semanas, había estado tratando de persuadirse a sí mismo de que recuperaría las fuerzas, pero había escasas posibilidades de que esto ocurriese así. Era una lástima, porque, en tiempos, había sido un bonito espécimen, una de sus plantas favoritas. En la actualidad, sabía exactamente cómo la Primer Ministro había llegado a la conclusión de que se había producido una fuga en su Departamento, y esto le había llevado a los asesinatos de King's Cross. La verdad era que la Primer Ministro había declarado lo que viera claramente reflejado en el turbado rostro de Sir Sydney Ryden. Si buscaba profundamente en sus más íntimos pensamientos, tenía que admitir cierta incomodidad acerca del almuerzo que había tenido con su colega del BND. Ahora, cada vez que trasteaba y cuidaba a aquellas plantas en macetas, recordaba la conversación. Si se hubiera tratado de uno de sus subordinados, Sir Sydney le habría tachado de indiscreto, o incluso de inseguro.

Miró el reloj. Era casi hora de ir al piso de abajo. Su coche había sido ya avisado y su chófer llegaba siempre un poco pronto. Esta noche tenía que cenar con el funcionario alemán del BND. Había ensayado cuidadosamente y con exactitud lo que pretendía decir, pero ahora, en el último momento, cambió de pensamiento. Sydney Ryden nunca había trabajado como agente de campo. No había nada desacostumbrado en esto, puesto que, difícilmente, los funcionarios importantes del Departamento habían nunca espiado algo más secreto que las cuentas de gastos de sus colegas. Al igual que ellos, Sydney Ryden era un hombre de despacho, hábil en administración, pero ignorante del galimatías del espionaje. Era muy consciente de sus limitaciones, y resultaba evidente que las vidas de unos hombres excelentes se encontrarían comprometidas si esta noche manejaba mal las cosas. Si, por otra parte, podía conseguir que el alemán creyese que las Actas de Hitler se encontraban en la casa de Pitman, en Ginebra, podría remediar parte del daño que ya se había hecho. Y con un poco de suerte adicional, sería capaz de echar el guante a aquel Kleiber a pesar de las seguridades de «manos libres» que les había dado a los norteamericanos. Levantó el teléfono y marcó el número de Operaciones.

—Aquí el director. ¿Hay algo nuevo en el asunto Stein?

Se produjo una pausa mientras el funcionario de guardia comprobaba no sólo el cerrado archivo «al día», sino también las casillas y el bloc de mensajes.

—Nada, desde que el expediente llegó a su despacho a las cinco de la tarde, director.

—Muchas gracias.

Colgó el teléfono. Así que ya estaba. Parecía resuelto. Cogió el pesado e ilustrado catálogo «Schiff» de cerraduras, cerrojos y cámaras acorazadas. En la cubierta se veía a un ladrón con un antifaz y una bolsa de botín encima de los hombros. Plegó el catálogo y se lo metió en el bolsillo.

Desde el East River hasta el Hudson, la Calle 10 cruza en línea recta Manhattan en su espacio más abierto. Unos especuladores de la propiedad habían intentado llamar a este lado, «el East Village», pero no había muchos clientes entre los emigrantes rusos, camareros italianos o delincuentes puertorriqueños que vivían aquí. Mucho menos interés mostraba el borracho tumbado cerca de los baños rusos, no muy lejos del cruce con la Primera Avenida. Era la mañana del lunes, 30 de julio, y el cálido verano había convertido a la ciudad en un homo pétreo, y ni siquiera por la noche refrescaba. Dos ancianos habían puesto una mesa en la acera para continuar su partida de ajedrez, que habían comenzado dentro de la vieja casa de parda piedra arenisca. Los niños se esforzaban para abrir las bocas de riego de los bomberos, alentados por algunas adolescentes que tomaban el sol en una oxidada escalera de incendios.

Tres hombres salieron de la azotea de la propiedad cercana a la abacería. Saltaron sin dificultad el bajo muro que separaba la azotea de la de la puerta siguiente, esquivando la ropa puesta a secar en los tendederos. Sus sudadas camisas estaban sucias y con manchas, sus vaqueros se habían desgastado hasta ponerse blancos en las rodillas y estaban deshilachados en los bolsillos. El primer hombre era de tez oscura, pelo cortado a estilo afro y un bigote a lo Zapata. Los otros dos hombres eran blancos. Uno de ellos, un esbelto joven con brazos tatuados, se esforzaba bajo el peso de una caja de herramientas metálica. El tercer hombre de aquel trío era Melvin Kalkhoven, cuyo limpio rostro y pelo muy corto no se amoldaba a sus sucias prendas. Se desvió para mirar a la calle de abajo.

Los tres hombres se detuvieron en el deteriorado cobertizo que daba acceso a la escalera interior del edificio. Una vez se encontraron dentro, el aplastante calor de aquel viejo edificio les alcanzó como si se tratase de una toalla caliente. El hombre negro —Pete— se puso un equipo de mono «Con Edison» que había estado llevando debajo del brazo. Los otros dos le aguardaron y escucharon los ruidos de la calle, observando cualquier

movimiento que se produjese en el interior del edificio. Por algún lugar del lado occidental, se escuchó un autobomba de los bomberos, y debajo de ellos, el portero estaba discutiendo con un inquilino borracho; sus roncas voces despertaban ecos en el hueco de las escaleras.

—Estas casas viejas huelen muy mal —comentó Pete.

Se movieron con rapidez en el descansillo superior. Pete se dirigió a la ventana y, con ciertas dificultades, logró abrirla. Miró hacia la calle. Los otros dos hombres se pusieron guantes de algodón blancos.

Melvin Kalkhoven miró su reloj.

—¿Estás listo, Pete?

Pete asintió. El más jovencito y tatuado depositó la caja de herramientas y comenzó a trabajar con la cerradura de la puerta del apartamento núm. 8. La cerradura ya había sido examinada por un equipo de la CIA el día anterior. Las llaves maestras que les habían proporcionado eran las correctas. No pasaron ni treinta segundos antes de que la puerta se abriese.

—Todo despejado —dijo Pete.

Él también se miró el reloj.

Kalkhoven y su ayudante entraron con rapidez en el apartamento y cerraron la puerta detrás de ellos.

—¡Qué cerradura más mala! —comentó el joven—. ¿Estás seguro de que éste es el sitio?

—Las cerraduras de lujo en un distrito como éste llamarían ese tipo de atención que esas personas están tratando de evitar —comentó Kalkhoven—. Es una casa segura..., aquí no hay nada de secreto o valioso..., sólo un lugar para entrevistarse...

Echó un rápido vistazo a las pequeñas habitaciones. Había dos teléfonos; uno en el dormitorio y un teléfono de pared en el salón. No, los teléfonos, no, decidió; los enchufes supletorios eléctricos serían más aconsejables. Hacía mucho calor y había muy poca ventilación en el interior del apartamento, puesto que las ventanas llevaban semanas sin abrirse; estaban aseguradas con unos cierres. Los dos lechos gemelos que se encontraban en la habitación más pequeña estaban muy correctamente hechos, con la ropa de cama y las colchas de nilón verde haciendo juego dobladas como en los hospitales.

—Hace meses que no han dormido en estas camas —explicó Melvin Kalkhoven—. Es sólo un lugar de reuniones.

Ya se encontraba trabajando y quitando la cubierta de plástico de color crema de la toma de electricidad que había al lado de la cama. Su ayudante empezó a trabajar en otro punto detrás del frigorífico. Se llamaba Todd

Wynn, y era un hombre delgado, de veinticinco años, aunque no aparentaba más de dieciocho.

—Vigila el destornillador —le dijo Kalkhoven—. No queremos que queden marcas en el recubrimiento de plástico.

—¿Por qué empleamos un equipo tan anticuado, Melvin?

—«No seas curioso en asuntos innecesarios», como se dice en la Biblia. «Se te han mostrado más cosas de las que pueden entender los hombres».

—No bromees, Melvin. ¿Por qué no colocamos unos micros que se activen al hablar o alguna cosa aún más sofisticada?

Kalkhoven fue el que respondió:

—Porque los tipos que usan este lugar son profesionales. Como ya te he dicho, no dejes marcas en el plástico. Son del tipo de personas que comprueban primero el sitio.

—No me has respondido a la pregunta.

—Muy bien —respondió Kalkhoven.

Trabajando con rapidez, desenroscó los tornillos que sujetaban la placa de apoyo a la pared y quitó la tapa. Luego sacó del bolsillo un pequeño transmisor, no mayor que un paquete de hojas de afeitar. Lo colocó en posición, sujetó los cables y substituyó la tapa de plástico.

—Porque si ponemos unos aparatos que se activen con la voz, cualquiera podría localizarlos empleando un detector de bolsillo. En cuanto se produce un ruido potente, el activador de voz se pondrá a cantar por ti. Son condenadamente fáciles de localizar.

El joven fue más lento en colocar en posición el transmisor.

—¿Habrá alguien fuera para comprobar este trasto?

—Exactamente —respondió Kalkhoven—. Pero, por lo menos no podrán transmitir hasta que lo enchufemos. Son unos aparatos muy buenos. Son pequeños a causa de que toman la corriente de la conducción general, y emplean el cable hasta la próxima caja de conexión, como si se tratase de una antena. Son antiguos, pero muy buenos. No he tenido tiempo de estudiar esos trastos de guerra especial que ha desarrollado la División de Servicios Técnicos; se estropean muy a menudo. ¿Ya has terminado con éste? Pues entonces dedícate al de la otra habitación. Y no te pongas nervioso. Tenemos todo el tiempo del mundo. Nos ocuparemos si entra alguien aquí y Pete está afuera. Es un tipo muy bueno.

En el descansillo exterior, Pete estaba observando la calle donde un sargento de la Policía se dirigía a la abacería, se servía él mismo una manzana y se quedaba allí de pie comiéndosela, mientras observaba el tráfico. No era

uno de los «polis» fijos del barrio, sino un enviado del Cuartel General de la Policía para que observara las travesuras que se cometían por allí.

Los chicos habían abandonado sus esfuerzos por hacer funcionar la boca de riego. El «poli» estudió durante un momento la partida de ajedrez.

—Está a punto de soplarle este alfil —avisó.

El anciano que había recibido este buen consejo, no brindó al agente ninguna palabra de agradecimiento.

—¿Por qué no te dedicas a buscar a Dillinger? —le respondió.

—Vamos, hombre —repuso el sargento de Policía con buenos modales—. El FBI ya atrapó a Dillinger allá por los años treinta. Eres lo suficiente listo como para saber eso.

—¿Entonces por qué no voy a saber jugar mi alfil? —respondió el anciano.

La baja del dólar USA en los mercados monetarios mundiales durante 1979, causó estragos en los presupuestos y planes de Edward Parker. Los abastecedores en Taiwan y Corea del Sur tenían contratos que especificaban que sus pagos debían efectuarse en yens japoneses, pero, virtualmente, todas las compañías que compraban los componentes de radio de Parker se encontraban en Estados Unidos y Canadá. Ahora, Parker empezaba a estar acogotado por los movimientos de la economía mundial. Su margen de beneficios empezó a hacerse más escaso cada día que pasaba y sabía que, a menos que sucediera algún milagro, en el plazo de un año, debería empezar a despedir trabajadores de su fábrica de montaje. Si había de verse obligado a cerrar, sabía que era mejor enfrentarse con este hecho lo más pronto posible. Conocía lo que les había ocurrido a otros negocios cuando la dirección se había negado a enfrentarse con la realidad; los resultados habían constituido una tragedia total para todas las personas implicadas. Un hombre que conocía, que hasta hacía poco era un socio importante en una pequeña, pero provechosa compañía radiofónica de Michigan, estaba trabajando como gerente de una estación de servicio en Ohio y, además, las estaciones de servicio tampoco eran una industria en crecimiento. Pobre hombre...

—Se queja continuamente. Siempre ha sido así. En el Ejército ya actuaba de la misma forma —dijo Kleiber.

Parker alejó su mente de los problemas capitalistas y que le atormentaban en sus negocios. A decir verdad, había empezado a sentirse obsesionado con las fatigas técnicas del capitalismo. Debía recordarse a sí mismo que era el

residente ilegal de la URSS y, sucediera lo que sucediese a su compañía de componentes electrónicos, el Centro de Moscú le exigiría que su trabajo de espionaje resultase ejemplar. Concentró su mente en el hombre que se encontraba sentado delante de él en su sórdido apartamento de Nueva York. Era un hombre rollizo y engreído, con cabeza pequeña y rápida sonrisa. Willi Kleiber no era alguien a quien Edward Parker hubiera elegido como compañero de cena, pero era uno de sus mejores agentes, y estaban a punto de conseguir un éxito que permitiría a Parker regresar a Moscú entre vapores de vodka y acompañado del sonido del tintineo de medallas.

—¿Quién se queja continuamente? —preguntó Parker.

La luz era anaranjada. Estaban a últimas horas de la tarde y el mortecino sol aparecía enorme y atenazado entre los elevados edificios. Afuera en la calle, algunos muchachos jugaban al béisbol en un campo marcado con tiza. Podían oír sus gritos.

Max Breslow se queja continuamente —explicó Kleiber, mirando a Parker con los ojos entrecerrados y preguntándose por qué su jefe era tan lento de comprensión—. Lo divertido de este asunto es que los de Böttger le han alentado a que continúe haciendo la película. Una vez vieron el guión, y decidieron que resultaba inofensivo, le dijeron que debían continuar adelante y *hacer* esa maldita película.

Kleiber se echó a reír. Mientras lo hacía, frunció el ceño. «El ruido de su risa parecía una risita, en vez de la risa abierta que uno esperaría de aquel alemán ruidoso y con botas altas —pensó Parker—, pero también se permitió una sonrisa».

—¿Existe alguna posibilidad de que Breslow suponga que estás trabajando para la Unión Soviética?

Parker miró su reloj. Eran las 6,10 de la tarde. Debía tomar un avión para regresar a Chicago a tiempo de hacer ciertos trabajos de papeleo antes de meterse en la cama. En un tiempo, el residente ilegal había vivido siempre en Canadá, pero Parker había presionado al Centro de Moscú para que le permitiera residir en Estados Unidos. Dado que se pasaba viajando la mayor parte del tiempo, habían convenido en ello de mala gana.

Kleiber se echó a reír de nuevo.

—Mi viejo camarada Max te desafiaría a un duelo si le sugirieses una cosa así.

Estaban hablando en inglés. El inglés de Kleiber tenía mucho acento en comparación del de Parker, pero Kleiber estaba orgulloso de su dominio de

los idiomas y Parker era lo suficientemente inteligente como para ser indulgente con el ego de su agente.

—¿Y qué hay de Böttger y todos esos otros locos? ¿Estás seguro de que no sospechan que trabajas para la Unión Soviética?

Sus pulmones borboteaban el húmedo aire. Parker se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata. Detestaba los veranos de Nueva York. Los edificios atrapaban aquel sofocante y viciado aire y hacían que los lamentables ruidos de las calles resultasen desacostumbradamente altos.

Kleiber sonrió.

—Eddie, Eddie, Eddie... —dijo en un tono melodioso, que parecía burlarse de las precauciones de Parker—. Böttger, Rau y todos los demás son viejos, amigo mío. ¡Unos locos! *Meschugge*...! ¡Unos melones! ¡Unos locos rematados! Te lo he dicho una y otra vez, pero aún sigues sin creerme... Oye, Eddie, esos viejos locos están atravesando por su segunda infancia. Son liberales, creen que yo soy liberal, y no sospechan de mí en absoluto. ¿Quieres no preocuparte más, por favor?

Pero no es que Parker estuviese preocupado. Le preocupaba todo por naturaleza, y sentía una mezcla de sentimientos hacia Kleiber. La lealtad de Kleiber al Centro de Moscú no se había puesto nunca en duda, pero igualmente hubiera prestado lealtad a cualquier otra organización que le hubiera proporcionado una oportunidad real de resucitar, en parte, su vida de la guerra. Era duro y capacitado como muchos hombres de su edad, y tan desapasionado como una máquina. Era inteligente y, a juzgar por lo que Parker conocía de la organización de seguridad de Kleiber, un astuto hombre de negocios. Pese a sus debilidades —las mujeres y el juego—, debería ser ahora inmensamente rico. Pero Kleiber no deseaba ser rico. Kleiber estaba enamorado de las dificultades.

—Y Breslow hará dinero con esa película —explicó Kleiber.

Se echó a reír de nuevo. Al parecer, pensaba que aquello era realmente divertido. Obviamente, no sentía el menor resentimiento por el dinero que Breslow pudiese ganar. Parker sí notó esto, que resultaba desacostumbrado en un hombre.

Parker contestó:

—El general Zhadov ha ordenado que los documentos Stein merecen la más alta prioridad. Nada se debe interponer en el camino de conseguirlos.

Parker empleaba siempre el nombre Zhadov —su viejo comandante en el V Ejército— para personificar todo el imperio burocrático del Centro de

Moscú, y cuando cualesquiera clase de órdenes o instrucciones que emanasen del mismo. Pero ahora tenía *in mente* al general Shumuk cuando prosiguió:

—Y el general Zhadov —añadió Parker— tiene muy malas pulgas cuando no consigue sus prioridades...

Kleiber sonrió.

—Puedes decirle al general Zhadov que se va a atiborrar de ellos —añadió—. Conseguiré los documentos Stein, y los lograré a mi manera. Y no será a causa de que unos viejos caducos que se tiran pedos del Centro de Moscú me digan que les dé alta prioridad.

El aire era pesado e inmóvil. En algún lugar del otro lado de la ciudad, escucharon el ulular de una sirena de la Policía.

Parker no respondió nada, aunque, por un momento, se deleitó con la visión de Kleiber enfrentándose al general Shumuk. Parker sabía que Shumuk, en su época, había liquidado a centenares de millares de Kleiber. Le hubiera atrapado sin pausa debajo de sus pies.

—Algún día llegarás a general, Willi —le dijo Parker—, y entonces cambiarás de tono.

Aquella era la conducta normal de Moscú respecto de los agentes destacados. Se les concedía medallas y rangos militares. Una vez, Parker había pasado por todos los apuros de conseguir un uniforme de coronel ruso, completo con sus órdenes, medallas y demás zarandajas, sólo para mostrarlo a un necio programador de computadoras de Kansas City, que robaba material que precisaba el Centro de Moscú. El uniforme había hecho su efecto; el programador se colocó delante de un espejo con él puesto. Al año siguiente, Parker le ascendió de nuevo y el empleado le respondió queriendo ir de visita a Moscú. Menudo fracaso que hubiera sido aquello. Por suerte, el dueño de aquel fulano perdió su contrato con el Departamento de Guerra, por lo que ya no manejaron más el material que Moscú deseaba; aquello acarreó repentina pérdida de rango... Parker sonrió al recordar todo esto.

—¿Yo general? —respondió Kleiber—. No, gracias. Nunca me llevarás a Moscú, Eddie. Olvida esa idea ahora mismo.

—Todos dicen eso al principio, Willi —siguió Parker.

Resultaba divertido alentar la egomanía de aquel hombre, comprobar lo lejos que podía llegar.

—Sabes que están en Ginebra —dijo Willi Kleiber—. Sabes que los documentos de Stein se encuentran en aquella gran casa situada frente al lago.

Ya había contado a Parker aquellas importantes noticias, pero deseaba disfrutar de nuevo con ellas.

—Sí —repuso Parker—. Es un paquete pequeño. Tráelo. Allí no tendrás problemas.

—¿Traerlo a Estados Unidos desde Ginebra? —replicó Kleiber.

Arrugó la nariz como si detectase un mal olor.

—En Ginebra hay más gente viviendo allí del Centro de Moscú que la que encontrarías en el mismo Moscú. Es la capital del espionaje europeo, y tú lo sabes, Eddie. ¿Por qué traer los documentos aquí, cuando puedo enviarlos desde Ginebra por valija diplomática y que estén en Moscú aquella misma noche?

Parker se percató de que no debía de haberle puesto a Kleiber aquel cebo, dado que era un hombre inteligente. Aquél era su desquite. Kleiber sabía que si los documentos eran entregados a un agente ruso en Ginebra, Parker compartiría muy poco del crédito del golpe. Tal vez conjeturó lo desesperadamente que Parker necesitaba conseguir un poco más de credibilidad en el Centro de Moscú.

—Preferiría que trajeras los documentos aquí —le explicó Parker.

Su voz resultó fría y un poco más alta que antes. Su frecuente estado de tensión nerviosa habían hecho endurecer los músculos de su garganta. Kleiber tenía un ojo clínico para observar las debilidades de los otros hombres; sonrió.

Parker añadió:

—¿Cómo sabemos que debemos tratar esto en Ginebra, Willi? Puedes dejar en manos de un estúpido empleado el resultado de tantos esfuerzos y azares, para que lo archive, lo pierda o pase cualquier cosa de este tipo. Ya sabes que esas cosas suceden...

—¿Es una orden, Eddie?

De hecho, Edward Parker no tenía autoridad para hacer del transporte de aquellos documentos a Estados Unidos una orden directa. No sólo resultaba una contravención de las instrucciones recibidas por parte de los agentes en las misiones en ultramar, sino que excedía también de su autoridad territorial. El libro de instrucciones decía que Kleiber debía ser provisto de un «aprovisionamiento» y «un buzón», e incluso de una estructura apropiada y «escape libre». Aquello era especialmente cierto en «Misión Pogoni», la misión de alta prioridad para la que el Centro había enviado al general Shumuk a la ciudad de México.

Pero también constituía una posibilidad para que Edward Parker redimiese su reputación ante sus superiores rusos. Tal vez le proporcionase una oportunidad de ver una vez más a su mujer y a su lujo ya mayorcito, a los que

a veces echaba de menos con un ansia que lindaba el dolor físico, y que aún resultaba más atormentador porque no podía hablar de aquello con nadie.

—Tráelos aquí, Willi. Es una orden.

Miró de nuevo el reloj y comenzó a calcular cuánto tiempo le llevaría llegar al aeropuerto. Aquella noche, antes de irse a la cama, debería repasar de nuevo las cuentas de su fábrica.

El ingeniero de sonido del FBI y su ayudante quedaron complacidos de que la reunión llegase a su final. Encerrados en una escasamente ventilada camioneta de reparto junto con un fotógrafo, el conductor y un funcionario, estaban verdaderamente empapados de sudor. Hacía mucho tiempo que dejaban vacío el pequeño frigorífico de toda clase de bebidas frías. El ingeniero de sonido se quitó los auriculares.

—Ya está —dijo.

Afuera, en la calle, alguien comenzó a gritar a los chicos que jugaban al béisbol. Una radio de transistores tocaba *Hello, Dolly*, y el que la llevaba dio un golpe en la camioneta al pasar. Resultaba una acción normalmente extrovertida en aquel lugar, pero los hombres sabían que era la señal para que se alejasen.

—¡Hijo de perra! —exclamó el ingeniero de sonido—. Quiere que traiga los documentos a Estados Unidos... ¡Qué bueno...! Los muchachos lo atraparán cuando vuelva a entrar en el país. Ese pobre bastardo se pasará un centenar de años en la penitenciaría.

Todd Wynn, el joven ayudante de Kalkhoven, comprobó sus notas taquigráficas y luego sacó el carrete de la máquina y se lo metió en el bolsillo, antes de firmarle un recibo al chófer.

—¿Qué les pasa a esos tipos? —dijo el conductor con amargura—. No tienen lealtad a sus amigos ni a las personas con quienes trabajan. ¿Cómo pueden conseguir placer al traicionar a la gente?

—Deberían mandarles a la silla eléctrica —comentó Melvin Kalkhoven—. Esos dos rufianes fueron los que mataron a aquel productor de cine en Los Ángeles y le cortaron luego la cabeza. Y Scotland Yard los está buscando por un trabajo del mismo tipo que hicieron en Londres.

—Salgamos de aquí —dijo el conductor mientras trepaba con cuidado por encima del equipo de grabación—. Tengo a una amante esposa esperándome en la cama.

Los demás hombres se echaron a reír. Sabían que quería decir la mujer de otro hombre.

Todd Wynn lanzó una mirada a Kalkhoven, el cual, suponiendo que tuviese una cita bíblica para semejante hipocresía, se la guardó para sí.

Mientras Willi Kleiber y Parker sufrían la húmeda languidez de aquella noche en Manhattan, en Londres, Boyd Stuart observaba cómo las manecillas del reloj se acercaban hacia la medianoche y al primer día de agosto. Su habitación en el sótano sin ventanas, en el Ziggurat, era muy desapacible y se encontraba demasiado honda en el suelo para que pudiese escuchar las campanadas del Big Ben, y ni tan siquiera el tráfico que se movía incesantemente por encima del puente de Westminster. El brillante interior de obra de ladrillos estaba acabado con el mismo verde ácido que Whitehall había especificado para los edificios oficiales, desde estafetas de Correos a prisiones, ya desde el reinado de la reina Victoria, y tal vez incluso con anterioridad. Dos mesas de caballete habían sido acercadas junto a la pared, en un intento de reforzar el precario montón de libros y documentos que ahora alcanzaban hasta casi el bajo techo, los extintores y los fluorescentes azules que zumbaban.

Stuart se movió incómodo en la dura silla de madera. Había sido reparada por el Departamento del Medio Ambiente, y ahora había quedado relegada a aquella «Habitación de Seguridad núm. 4» porque cojeaba sobre sus desiguales patas. Había poco más en aquella estancia, excepción hecha de un extintor de incendios de color rojo y de un letrero con marco y lleno de cagadas de moscas, en el cual se especificaban considerables detalles sobre las normas que la Ley de Secretos Oficiales establecía respecto a los documentos oficiales. Estaba fechado en 1962, pero las cosas habían cambiado poco desde entonces.

Las horas pasaron rápidamente mientras Stuart se dedicaba a aquellos datos de los acontecimientos del verano de 1940. Todos los relatos publicados estaban allí: montones de polvorientos informes escritos a máquina, Diarios y Memorias, que detallaban los días de unos hombres hacía mucho tiempo muertos y olvidados.

Stuart había sido escéptico al principio. ¿Había llegado a estar Winston Churchill tan deprimido y desmoralizado, mientras las Divisiones Panzer

alemanas atravesaban sin ningún esfuerzo Francia, que habría ido él mismo a ver a Hitler, el hombre al que tanto aborrecía? ¿Había ido realmente a visitar al Führer alemán, con la gorra en la mano, y le habría ofrecido abandonar a sus aliados a unos hombres a los que llamaba «gángsters»? Boyd Stuart se había preparado una larga hoja de papel y había anotado allí los movimientos de ambos hombres durante aquellos días de mayo y junio.

Cuando el reloj dio las campanadas de medianoche, Stuart se percató de que no podía albergar dudas al respecto. Los Diarios mostraban con claridad que Churchill había realizado un viaje secreto para entrevistarse con Hitler. Resultaba obvio para cualquiera, una vez se reunían todos aquellos hechos.

La visita de Churchill a París el 16 de mayo, ocurrió demasiado pronto, puesto que el avance alemán sólo había comenzado seis días antes y los Aliados mantenían esperanzas de una completa recuperación. La visita al castillo de Vincennes —Cuartel General del Mando Supremo francés—, el 22 de mayo, resultaba igualmente imposible. Llevaba aparejada todas las complicaciones de otra visita a París y todas las implicaciones de los movimientos del Primer Ministro.

El 31 de mayo, Churchill acudió en avión a París por tercera vez. Le acompañaban el general Dill, el general Ismay y Clement Attlee. Aquella vez, en vez de ir al Quai d'Orsay, Churchill fue a visitar a Paul Reynaud, el presidente del Consejo de Ministros francés. Se encontraron en una estancia del Ministerio de la Guerra, en la Rue St. Dominique. Al igual que en todas sus visitas a Francia en mayo, Churchill durmió en la Embajada británica y regresó a Inglaterra a la mañana siguiente.

Ninguna de las visitas de Churchill en mayo le proporcionaron la menor posibilidad de conferenciar con los plenipotenciarios alemanes, y mucho menos con el propio Hitler. Pero la siguiente visita de Churchill a Francia, el 11 y el 12 de junio, resultaba curiosa en cierto modo. Aunque las puntas de lanza alemanas se encontraban a las puertas de París, y ocuparían la ciudad tres días después, el avión particular de Churchill voló más allá de las columnas alemanas y aterrizó en un pequeño aeródromo cerca de la pequeña ciudad de Briare. En el volumen II de sus Memorias, Churchill admitió que aquella cita no fue fijada hasta el día de la salida. Aquello fue porque aguardaba un mensaje de Hitler, enviado a Londres a través de la Embajada española.

La clave del viaje secreto en avión de Winston Churchill se encerraba en el hecho de que el Primer Ministro británico no se quedó con los otros miembros de la comisión británica. El general Dill, el general Ismay, Anthony

Eden, el ministro de Asuntos Exteriores, e incluso el traductor de Churchill, Rieron todos acomodados en un cercano tren militar. Tan pronto como el avión aterrizó, Churchill salió otra vez, ahora sin compañía.

Boyd Stuart volvió de nuevo a las Memorias de Sir Edward Spears^[3], puesto que nadie había estado tan cerca de Churchill durante aquellos terribles días. En la mañana del 12 de junio de 1940, que siguió a la noche pasada en Francia, con los Ejércitos alemanes precipitándose tan cerca, Spears escribió: «No alcé la mirada durante un rato, y cuando lo hice, quedé asombrado al ver al detective del Primer Ministro, Thompson». Thompson era una figura característica de la casa familiar de Churchill, y lo había sido durante muchos años. Resultaba asombroso que se hubiera separado del hombre al que protegía. Spears continúa: «Sorprendido por aquella falta de tacto pregunté: ¿Qué hace aquí, Thompson? ¿Por qué no se encuentra con el Primer Ministro? Es muy probable que le necesite. “Tengo que dormir aquí y los franceses no se han percatado de que necesitaba un coche”».

Así ocurrieron las cosas. Ni siquiera el propio guardaespaldas de Winston Churchill había permanecido con él. ¿Había sido una condición impuesta por Adolf Hitler, o había decidido Churchill que su vuelo secreto no debería constituir un azar excepto para sí mismo?

Por aquel tiempo, el 14 de junio de 1940, Winston Churchill estaba solo, alejado de su personal, de su intérprete, de su guardaespaldas y de sus consejeros. Ya había celebrado dos largas conversaciones con Adolf Hitler.

Si los movimientos de Churchill resultaban significativos, los de Hitler lo eran aún más. El 6 de junio de 1940, después de una frenética obra llevada a cabo a toda prisa, se improvisó un lugar de reuniones en Bélgica, en la pequeña aldea fronteriza de Brûly de Pesche. El refugio antiaéreo aún tenía el cemento fresco y Hitler se negó a entrar en él. Aquí la pista para el aterrizaje no era más que un prado lo suficientemente grande como para que aterrizara un pequeño avión de comunicaciones, por lo que el «Havilland Flamingo», de dos motores, de Churchill, tuvo que tomar tierra cerca del «Junkers» de Hitler, en Rocroi, más allá de la frontera de Francia. El «Fieseler Storch» ya se había calentado cuando aterrizó Churchill, y en el momento en que el pequeño aparato se encontraba en el aire, el «Flamingo» de Churchill fue cubierto con redes de enmascaramiento en el lado más alejado del aeródromo.

También resultaba significativo el hecho de que los Cuarteles Generales, en Brûly de Pesche, fueran usados sólo una vez, para esta reunión con Winston Churchill. Todo aquel elaborado lugar fue construido únicamente

para celebrar aquella reunión secreta en la cumbre y, tras estos importantes días, se dejó que se arruinara.

El 17 de junio, una vez desvanecidas las esperanzas de una petición británica de cese del fuego, Adolf Hitler viajó a Munich donde, en el palacio Príncipe Carlos, Benito Mussolini estaba confiando en oír que los británicos ya no ofrecerían más resistencia con sus Ejércitos de África. El 21 de junio, la lucha en Francia terminó. Hitler cruzó el bosque de Compiègne en su «Mercedes» descubierto, disponiendo que los ingenieros del Ejército alemán sacasen del museo el vagón de ferrocarril, en el cual los alemanes habían firmado la paz en Francia al final de la Primera Guerra Mundial. El 22 de junio, el armisticio francés fue firmado en aquel mismo coche «Pullman». La breve oportunidad de una paz temprana entre Gran Bretaña y Alemania se había desvanecido para siempre.

Stuart repasó los documentos una y otra vez. Miró los Diarios de guerra de las unidades Waffen SS y del Ejército, que el War Office le había facilitado de sus archivos. Hojeó la larga serie de biografías que describían la vida de Hitler minuto a minuto. Estudió también las xerocopias de los documentos del Centro de Berlín y de los archivos de Alemania Occidental. Revisó, una vez más, las Memorias publicadas. En cuanto la verdad fuese conocida, muchos otros misterios quedarían resueltos. Por ejemplo; ¿por qué los doce «Hawker Hurricane» que habían escoltado al avión de Churchill hasta Briare, el 11 de junio, no habían sido enviados para escoltarle en el viaje de regreso del día siguiente?^[4] Aquello era especialmente intrigante teniendo en cuenta el diario de combate de la RAF, que mostraba que seis escuadrillas de «Hurricane» tuvieron su base, en Francia, hasta el 17 de junio. Los cazas ni siquiera tenían que cruzar el Canal de la Mancha para llegar a Briare.

La respuesta auténtica resultaba ahora evidente, pero la razón oficial dada fue el mal tiempo. (Que difícilmente concuerda con el hecho de que, el mismo día, los aviones de la RAF habían encontrado que el tiempo y la visibilidad eran lo suficientemente buenos como para realizar bombardeos a baja altura sobre los puentes del Canal Alberto, en la cercana Bélgica, sin decir nada de los bombarderos de más largo alcance que volaron desde Inglaterra a Turín). El hecho de que los pilotos de los «Hawker Hurricane» se hubieran eclipsado, por algún error o fallo en los planes, resulta inconcebible.

Habían visto un Staffel de «Messerschmitt Bf 109Es» que daba escolta de cerca al «Fleming» desarmado de Churchill. Los aviones, de Jagdgeschwader 51, habían recibido las órdenes para aquella misión directamente desde el Cuartel General de la Luftflotte 2, en el

Führerhauptquartier. Aquellos cazas alemanes dieron vueltas encima del aeródromo hasta que el aparato de Churchill estuvo en el aire, y luego le protegieron a través de las líneas alemanas hasta el espacio aéreo francés.

Resultaba significativo que el Alto Mando de la Luftwaffe, en Berlín (Ob. d. L.), fuera el que emitiera estas instrucciones especiales para esta pequeña misión táctica. Stuart dio vueltas entre las manos al mensaje en teletipo. El lenguaje críptico de la unidad de transmisiones de la Luftflotte 2, que pasó el mensaje secreto al CG de la IX Fliegerdivision, hizo muy poco para ocultar la naturaleza de la instrucción. No se mencionaba ninguna ruta, pero el Cuartel General insistía en que todos los pilotos debían ser especialmente instruidos en que el *Sonderflug* debía ser mantenido a salvo a toda costa. Ningún piloto de caza debía abandonar la formación de escolta para atacar objetivos enemigos, por muy tentador que esto pudiera resultar. El *Geschwaderkommodore*, continuaba el mensaje, debía dirigir la misión en persona. El no cumplir al pie de la letra los términos de esta «orden del comandante en jefe» acarrearía el consejo de guerra para todos los implicados.

Adolf Hitler había hecho cuanto estaba en su mano para asegurarse que ninguna calamidad imprevista, echase a perder la posibilidad de que la Mancomunidad Británica cesara en la lucha y pudiera convertirse en dueño indisputado de Europa.

Boyd Stuart cerró el expediente y oprimió el llamador para que acudiese el funcionario de guardia del archivo. De repente, se sintió cansado y muy viejo.

Aquel verano se veían en el lago de Ginebra muchas embarcaciones, pero *Die Zitrone* era un yate de veinte metros, con motores diesel recién instalados, moderno radar y una poderosa lancha motora remolcada desde un enganche en la popa. *Die Zitrone* cruzó con gran lentitud el lado sur del lago, manteniéndose cerca de la orilla, pero no de una forma peligrosa. Dos hombres estaban sentados en la cubierta de popa, con un «Campari» en una mano y unos prismáticos «Zeiss» en la otra. De vez en cuando, alzaban los prismáticos para observar la línea de la costa.

Hacía un día caluroso, el primer sábado de agosto. Uno de los hombres llevaba unos pantalones oscuros y una camisa blanca, con un nítido monograma bordado en el bolsillo, como se suele hacer para indicar que son prendas hechas a la medida. Una gorra azul de *yachting* completaba aquel conjunto informal, que es el favorito de los propietarios que alquilan y hacen navegar sus propios yates para los clientes, y calculado para indicar unas habilidades superiores, al mismo tiempo que mantienen un rango social similar.

El segundo hombre llevaba una camisa a rayas y unos pantalones cortos grises. Tenía calor y estaba sudando. De vez en cuando, se pasaba la mano a través de su cabello cortado casi al cepillo. En la mesa delante de él se encontraba un magnetófono. De él salía un hilo negro que terminaba en el cuello de su camisa, donde tenía fijado un micrófono cerca de la boca.

—La primera expedición de hombres debe permanecer en la orilla del lago hasta que todos los botes estén asegurados —dijo Willi Kleiber por el micrófono—. La casa de Pitman se encuentra a unos ciento cincuenta metros del lugar de desembarco. Todos los botes que se encuentren en el desembarcadero deben ser totalmente desmontados por la partida de desembarco del bote uno. Nadie se moverá de su posición hasta que todas las embarcaciones estén amarradas y se entre en contacto con la partida que llegue por carretera. Los dos hombres adelantados de la partida por carretera

emplearán linternas rojas para identificarse a sí mismos. Los dos hombres adelantados de la embarcación número uno emplearán sólo linternas verdes.

Desenchufó la grabadora y lanzó una última mirada a la gran casa, al borde del lago, del coronel John Elroy Pitman, Tercero, antes de que *Die Zitrone* se alejase hacia el Norte para cruzar el lago.

El día era cálido y sin nubes. Las montañas se recortaban con nitidez contra el cielo azul y parecían estar muy cerca del mismo. Los dos hombres bajaron los prismáticos y se pusieron sus gafas de sol. Permanecieron sentados durante un momento, aún deslumbrados por el reflejo del sol en el agua inmóvil.

—Será fácil —afirmó Willi Kleiber.

—No me gusta esto —replicó Max Breslow—. Aún no sabemos cómo son los documentos. Si están dentro de esos archivadores metálicos, nos llevará toda la noche sacarlos de la casa y embarcarlos en los camiones.

—Claro que será así —siguió Kleiber—. O, por lo menos, debería ser de este modo... Eso es lo que intentamos hacer.

—¿Entonces qué?

—Nos apoderaremos de la casa. Ya te lo he dicho. ¿Crees que he cambiado de idea? —dijo Kleiber—. La conservaremos durante dos o tres días —Kleiber observó que Max estaba a punto de discutirle esto—... una semana si es necesario. Nos quedaremos allí todo el tiempo que tengamos que hacerlo.

—¡Dios mío, Willi! No sabes lo que estás diciendo.

—Soy un jugador, Max. Siempre lo he sido.

—¿Permanecer allí? ¿Mantener prisioneros a esos americanos?

—Ya has visto cómo están las cosas, Max. No habrá dificultades en embarcar a nuestra gente desde el borde del lago. Será algo silencioso y discreto. Sólo tendrán que llegar desde Coppet, en el otro extremo del lago. Un grupo de nuestra mejor gente llegará a la casa de Pitman por carretera. Nadie del pueblo debe oír disparos ni ver luces.

Ya he oído antes semejantes planes —respondió con sequedad Breslow—. ¿Ya has dicho a los norteamericanos que estén allí que no deben disparar, que ni deben gritar... y qué otras cosas más les ha prohibido hacer?

Deberías conocerme mejor que todo eso, amigo mío —replicó Kleiber—. Los de los botes vestirán todos traje de etiqueta. Si los norteamericanos arman jaleo y los vecinos oyen el ruido, los que estén allí con traje de noche les explicarán toda aquella conmoción y les pedirán disculpas por las molestias.

—¿Cuántos?

—Unos quince hombres serán suficientes —repuso Kleiber—. Todos son personas muy bien entrenadas de mi propia compañía de seguridad. Son tipos que sólo empleo en las misiones más peligrosas: amenazas de secuestro, amenazas de muerte y cosas así. Saben lo que deben hacer.

—¿Y cómo les mantendrás cerrada la boca?

Willi se frotó un lado de la nariz con un dedo.

—Son hombres que dependen de *mí*, para que sea *yo* el que tenga la boca cerrada —explicó, y sonrió—. Son buenos hombres, Max. Son hombres como nosotros.

Cuando *Die Zitrone* llegó a Coppet, en el lado suizo, continuó por la costa hasta que alcanzó una mansión de curioso aspecto, con un césped muy bien cuidado que llegaba hasta un adornado cobertizo de madera.

El edificio principal se encontraba a unos cincuenta metros. Con un acabado de un amarillo horroroso y con su estucado manchado y descascarillándose, sus balconadas de madera se veían alabeadas y desgastadas por la intemperie. Pero el interior de la casa había sido limpiado y redecorado en colores claros. La mayor parte de las luces eran bombillas desnudas y los asientos nuevos y de tipo plegable, como se encuentran, por lo general, en las escuelas y bibliotecas. Max Breslow se estremeció. No cabía la menor duda de que todo aquello había sido hecho al gusto de Willi Kleiber. Éste tenía a gran orgullo el escoger las cosas que él describía como prácticas y sin adornos.

—Aquí está todo lo que podamos necesitar —explicó Kleiber, con su voz alzando escasos ecos contra las desnudas paredes—. Pistolas, ametralladoras incluso, esposas, otros tipos de trabas, herramientas para cortar y un arpón térmico, que puede abrirse camino a través del acero más resistente. —Se quedó mirando a Breslow y sonrió—. Tú mismo mencionaste estos chismes. En el piso de abajo tengo unos botes hinchables y suficiente comida para alimentar una compañía de soldados durante un mes.

Max Breslow no respondió. Siguió a Kleiber a través de la primera habitación y luego al piso de abajo. Un hombre estaba sentado en el vestíbulo en una silla dura. Kleiber le hizo un ademán, abrió la puerta de una bodega y les mostró el interior. Kleiber hizo un ademán con el brazo:

—¡Mira!

En el interior se veía un gran despliegue de armas. Colocadas en unas estanterías contra la pared, había un par de docenas de metralletas «HK 54», del tipo empleado por la Policía alemana de fronteras. También había alguna ametralladora «Cario Gustav» sueca, de 9 mm, y dos fusiles de francotirador

con mira telescópica y luces infrarrojas. Unas cajas con tapas de vidrio contenían pistolas y también había un cajón con granadas de conmoción.

—«MACE» —explicó Kleiber, dando unos golpecitos a otra caja—. Sigue siendo la mejor arma incapacitadora que conozco. Y no contiene ningún tóxico, aparte de gas lacrimógeno.

Su voz baja resonaba en aquella pequeña cámara acorazada sin ventanas.

—*Estás loco, Willi.*

—¿Dónde has estado viviendo durante los últimos años? ¿En Venus? ¿En Saturno? ¿En Marte? —preguntó Kleiber—. Soy el virtual poseedor de la mejor compañía de seguridad de Alemania Occidental, si no somos en realidad los primeros... Todo este material lo poseo legítimamente y lo maneja nuestro socio suizo, de cuya compañía soy vicepresidente. Dicha compañía tiene permiso para poseer todas las armas que estás mirando, Max. Nuestro único compromiso con el Gobierno es tenerla bajo las apropiadas medidas de seguridad, para que no sean robadas por los terroristas.

—¿Tener todo este material es legal para ti?

—La Policía cierra un poco los ojos. Mi empresa lleva a cabo algunos trabajos muy peligrosos, Max. Tengo contratos para proporcionar protección a muchos miembros del Gobierno, así como a ricos hombres de negocios. He ayudado a planear la seguridad de algunas conferencias internacionales. Confiamos en que nos asignen la tarea de la protección de la próxima reunión de la OPEP en Europa.

Willi Kleiber regresó de nuevo al corredor y Max Breslow quedó aliviado al seguirle. Cuando se fueron, Kleiber observó cómo el guardia cerraba con doble llave el armero, y luego cogió una tablilla y firmó la hoja del día con una rúbrica.

—Debemos golpearles de improviso y con fuerza —explicó Kleiber—. Eso es una cosa que aprendí en la guerra, Max. Debemos entrar en casa de Pitman y dejarles ver que tenemos un montón de hombres y una gran fuerza de fuego. De esta forma, salvaremos vidas y nos ahorraremos un sinfín de problemas.

—Supongo que es así —contestó Max.

—Me gustaría que perdieras esa actitud tan negativa, Max. Quiero que me digas que te sientes confiado.

—He leído, en los periódicos de Los Angeles, que han sido deportados más alemanes —dijo Breslow.

—Yo también lo leí —repuso Kleiber.

Aquello no era una cosa que quisiera discutir.

—¿Sabías que los norteamericanos deportan a esos hombres al lugar donde se supone que fueron cometidos los crímenes?

—¿Te estás preocupando otra vez por aquella anciana de Boston? —inquirió Kleiber.

—Estuve en Liuboni, Willi. No estaba allí cuando tuvo lugar la matanza, pero sí fui allí. Me pregunto si sería en ese sitio donde me vio. He estado despierto noche tras noche pensando en eso.

—¿Polonia?

—Esa ciudad se encuentra, en la actualidad, en el interior de la frontera de la URSS, Willi. Sería deportado a Rusia. Ya sabes lo que hacen con cualquiera que perteneciera a la SS.

Kleiber trazó un mapa, empleando su rechoncho dedo, en la cubierta de plástico de la mesa.

—¿Quieres llegar a la puerta con la partida procedente de la carretera, Max?

—Sí —respondió Max, casi como si hubiera estado aguardando aquella pregunta.

Kleiber quedó desequilibrado por un momento; había estado preparando toda clase de argumentos para persuadir a Breslow.

—Eso es excelente. Necesito a alguien que conozca la verdadera situación en ese lado. Yo, naturalmente, iré con los botes. Si algo sale mal, deseo a alguien que pueda salir de este problema y librar también al camión y a la partida de la carretera. Para nosotros, en los botes, sería más fácil desaparecer.

—¿Estará armada la partida de la carretera?

—No puedo decidirlo. Hay razones para confiar en que podremos entrar directamente en la casa, y necesitamos algo más letal que un dedo introducido en el chaleco. Pero debemos recordar que los americanos son exsoldados, lo mismo que nosotros. Pueden ser la clase de hombres que llevan a cabo sus asuntos en un apropiado estilo militar. Tal vez tengan centinelas apostados. Quizás estén armados hasta los dientes, Max.

—Lo dudo —respondió Max Breslow.

No podía pensar en alguien menos militar que Charles Stein.

—Y yo también. Lo dudo muchísimo. Vayamos al piso de arriba. Necesito tomar una ducha y cambiarme de ropa.

—Y cuando consigamos los documentos, ¿qué sucederá entonces, Willi? ¿Se los llevarás al doctor Böttger?

—Yo me encargaré de esto —repuso Kleiber—. Todo está arreglado.

—Supongamos que resultas herido, Willi, o incluso que te matan...

Kleiber se detuvo de repente y volvió el rostro hacia su amigo. Al igual que todos los soldados valientes, nunca se había enfrentado de verdad con aquella perspectiva. Constituiría una catástrofe si Max entregaba las actas a Böttger. Kleiber no tenía dudas de que, en ese caso, Moscú cumpliría la amenaza de mandar todas las pruebas de los crímenes de guerra cometidos por él a Occidente. Esto mataría a su madre de vergüenza y, ciertamente, significaría el fin de su padre.

—No, Max —repuso—. Si algo me sucediera, debes telefonar a Chicago a un hombre llamado Edward Parker.

Kleiber garrapateó el número de teléfono en una página de su agenda de notas y se la pasó a Max Breslow.

—¿Sabe lo de Charles Stein?

—Lo sabe todo, Max. Lo sabe todo...

—Lo siento por Stein —se confió Max—. No es tan malo como en un tiempo pensé de él.

—Has cambiado de actitud —se mofó Kleiber—. Recuerdo que me dijiste que no podías soportarle.

Se dirigieron al piso de arriba, abriendo el camino Kleiber, quien subió los escalones de dos en dos para demostrar que se encontraba en forma.

—¿Qué clase de hombre es ese Stein?

Kleiber no jadeaba lo más mínimo.

—Más o menos hemos acabado con su Banco. Han perdido cien millones de dólares... El plan de Böttger resultó impecable.

—O lo harán funcionar —explicó Breslow.

—Pero ¿por qué no te ofreció los documentos por lo que pudiera conseguir por ellos? ¿Crees que entendió bien la oferta?

—Lo entendió todo muy bien —repuso Breslow—. Le dije que arreglaría la venta de los documentos a una empresa importante, que le pagaría una gran suma en metálico y también un porcentaje de participación en los beneficios.

—¿Y por qué no aprovecha la oportunidad para salvar sus negocios? ¿No se da cuenta de que su vida está en peligro?

—Aún puede darle la vuelta —respondió Breslow—. Ya te dije que no lo subestimaras. Sabe que no le sucederá nada hasta que nos apoderemos de las Actas de Hitler. Después de esto, como ya me contaste, su vida estará en juego. No es un loco, Willi. Está asustado, pero no tan asustado para no tener a buen recaudo esos malditos documentos.

—Bueno, pues ahora ya sabemos dónde están los documentos —dijo Kleiber—. Ha perdido su oportunidad.

—¡Pobre Stein! —replicó Max Breslow, pero si Kleiber le oyó no dio la menor señal de ello.

Aquel mismo sábado del mes de agosto, el director general llegó a su oficina a las 9,25 de la mañana. Mandó a buscar a Stuart. Había hecho lo mismo las tres mañanas precedentes, por lo que Stuart ya estaba preparado para la llamada. El DG estaba sentado en su despacho leyendo el *Daily Telegraph*, donde se publicaba la relación del discurso de la Primer Ministro en la conferencia de Lusaka. Dejó a un lado el periódico cuando entró Stuart y se puso en pie.

—¿Nada nuevo, Stuart?

El DG no llevaba su habitual chaqueta negra y pantalones a rayas, sino un traje de pata de gallo. Aquello resultaba una transformación sorprendente, que hacía que el director tuviese el aspecto de un próspero corredor de apuestas, según pensó Stuart.

—Acabamos de tener contacto con Ginebra —explicó Stuart.

—¿Es un buen hombre?

—Sí, señor. Excelente.

—Se llama Koch, ¿verdad?

—Sí, señor.

El viejo nunca perdía su capacidad de dar sorpresas.

—Pasé un tiempo en Suiza —dijo el DG—. Como probablemente sabrás a través de Jennifer, mi esposa y yo vamos allí cada año, aunque, en la actualidad, estoy ya un poco viejo para trepar. Sufrí una caída, cuando media docena de los nuestros intentamos probar suerte en la cumbre Zmutt del Matterhorn. Eso sucedió hace diez años. Me dije, Ryden, viejo compañero, ya estás demasiado chocho para esa clase de cosas. A pesar de todos esos modernos artefactos —clavijas de escalar, uniones rápidas y estribos—, la verdad es que el hecho de dormir una sola noche a esas altitudes puede matar a un anciano...

—¿Se cayó, señor?

—Cerca de veinte metros, Stuart. Gracias a Dios, caí en nieve blanda. Pero fue una lección. Un hombre suele ignorar semejantes signos, para su

desgracia.

El DG se movió por la estancia con una impaciencia que Stuart encontró perturbadora.

—Sí, señor —dijo Stuart, preguntándose si el DG estaba tratando de decirle algo.

El director se mostraba orgulloso de impartir sugerencias a través de tales parábolas.

—Voy allí con regularidad y huelo el aire, Stuart. ¿Sabe qué quiero decir? El DG no aguardó a oír si Stuart lo sabía.

—Los suizos son muy buena gente. Temerosos de Dios, industriosos y lógicos. Me gustan mucho y han prestado su ayuda al Departamento muchísimo, de vez en cuando. ¿Y qué es lo que uno ha oído hablar del Servicio Secreto suizo? ¡Nada...! Por eso me gustan tanto, Stuart...

Stuart lo tuvo en cuenta. Coligió que el temor de Dios, la industriosidad y la lógica eran, probablemente, las virtudes que el DG se hubiera achacado a sí mismo, de no haber estado impregnado de aquella reticencia del viejo mundo de la que tanto uso hacía.

—Al parecer, han picado su cebo, señor —respondió Stuart—. Ginebra informa de una gran actividad junto a la casa del lago, enfrente de la que posee el coronel norteamericano. Uno de los vecinos afirma que los coches de la compañía de seguridad han llegado allí con cajas de armas...

—¿Cajas de armas?

El DG pareció divertido.

—¿Se refiere a cajas que llevan en el exterior la inscripción «armas»? Stuart no hizo caso de aquella provocación.

—Se trata de un informe sin confirmar, señor. De un vecino..., y ya sabemos lo poco de fiar que pueden llegar a ser los vecinos...

—¿Armas ha dicho?

El DG se dio una palmadita en alguna invisible mota de polvo de sus pantalones nuevos.

—Los coches de una compañía de seguridad, coches blindados al parecer, que llevan redes de tela metálica en las ventanillas y cosas así... No es la clase de camionetas que se dedican al reparto de comestibles, señor. Y aparcaron en la parte trasera de la casa para descargar... cajones pesados...

—Muy bien, Stuart. No se crea en la obligación de dar más vueltas a esta cosa... Sí, eso tiene todo el aspecto de ser armas. ¿Y Stein está enterado de lo de su hijo? Debemos liberarle pronto. Empiezo a estar sujeto a considerable presión por parte del Home Office.

—El controlador de Los Angeles se lo comunicó todo ayer por la mañana a Stein padre... Claro que su reloj lleva ocho horas de retraso respecto del nuestro...

Sí, ocho horas de retraso, Stuart. Aún no estoy tan caduco...

—No, señor. Pues bien, Stein se dirigió en coche a Sunset Boulevard y compró un pasaje de avión, aunque aún no sabemos para dónde.

—¿Y por qué no?

Stuart reprimió un suspiro.

—Debemos averiguarlo de la computadora de la línea aérea, y eso significa diversas líneas aéreas. Una aproximación directa a la agencia de viajes equivale casi a preguntárselo a Stein.

—¿Y eso qué nos importa?

—Los agentes de campo deben vivir en esa ciudad —replicó Stuart—. Es muy fácil, estando en Londres, criticar todo lo que hacen los agentes de campo, y estar impacientes por cerrar el expediente, pero nuestro hombre que ha ido a la agencia de viajes tiene considerables problemas, más bien diría peligrosos problemas...

—Esto es vitalmente importante, Stuart.

—Todo es importante —respondió Stuart de mal humor—. ¿Cuándo fue la última vez que se instruyó a un agente de campo para que se tomase su tiempo? Todas las órdenes de día de la sala de tráfico están en rojo. ¿Dónde se encuentran los letreros que digan: «Tómeselo con calma» o «Vigile a sus espaldas; esto puede ser sólo algo que consiga un ascenso para algún hombre-despacho de Londres»? ¿Dónde están?

El DG pareció divertido por aquella salida intemperante de Stuart... ¿O sería su fija sonrisa únicamente una reacción nerviosa y encolerizada ante todo aquello?

—No hay letreros de ese tipo, Stuart. Tal vez debamos pedir a la oficina de objetos de escritorio que nos traiga algunos...

—Tal vez deberíamos hacerlo, señor.

El DG dejó de pasear. Durante un momento, pareció a punto de reprender a Stuart, pero se tragó su enfado. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones e hizo tintinear las monedas sueltas que guardaba allí.

—¿Y si suponemos que estamos equivocados, Stuart? ¿Y si suponemos que Stein ha guardado las Actas de Hitler en esa casa del lago de Ginebra?

Stuart no dijo nada.

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—En ese caso, habríamos mandado a Kleiber y a sus gamberros al lugar que menos deseáramos que fuesen. Conseguirían esos malditos documentos, Stuart. Y les habríamos prestado nuestra mejor ayuda. ¿Y cómo explicaría esto a la Primer Ministro?

En passant, dio un golpe con el dorso de la mano al artículo del periódico que recogía el discurso de Mrs. Thatcher.

—Estoy muy ocupado en el piso de abajo, señor, sin tener que añadir la tarea de recopilar explicaciones respecto de errores que aún no hemos cometido...

El DG se humedeció los labios y se quedó mirando a través de la ventana. Sabía que su yerno tenía una especie de lío —tal vez aventura fuese la palabra más apropiada— con la secretaria rubia que trabajaba para el subjefe de Operaciones (Región Tres). Se lo había mencionado a su hija Jennifer, pero ella insistió en que no le importaba. Su matrimonio ya había terminado, le había dicho, y Sir Sydney quedó complacido por su determinación.

La gente joven era hoy muy diferente, lo cual era una lástima, pero esto no le impediría despedir a aquella secretaria rubia. Se sentía incómodo con esta relación: Boyd Stuart era el «agente encargado» de una de las operaciones más delicadas que habían montado, y la muchacha era la secretaria de uno de sus funcionarios clave. Aquello era malo para la seguridad; debería hacer algo al respecto. Recordó que la chica había llevado a la bóveda su expediente personal. Esto era algo que no le gustaba manejar más que a él mismo. No deseaba que cualquier miembro de segunda fila del personal del SIS supiera que, en un tiempo, había sido Elliot Castelbridge.

—¿Se refiere a que no hemos de buscamos más problemas? —preguntó el DG.

Asintió, mientras seguía aún mirando por la ventana.

—Muy bien, muy bien...

Luego se enfrentó de nuevo con Stuart.

Stuart aguardó, sabiendo que el DG estaba a punto de decir algo más. El viejo tenía la desconcertante costumbre de hacer una pausa antes de hablar.

Probablemente, estaba ensayando las palabras exactas que debería usar, para asegurarse de que no revelaría nada más que lo absolutamente necesario.

—No se preocupe por ese Kleiber y por su casa atiborrada de armas, Stuart. Nuestros amigos suizos se cuidarán de esas cosas...

Stuart esperó recibir más información, pero no llegó ninguna más. Así que se trataba de esto. El DG había dejado a los norteamericanos «manos libres» para hacerse cargo de Kleiber. Y ahora estaba disponiendo que los de la

seguridad suiza agarrasen a Kleiber. Aquello resultaba muy conveniente; la computadora suiza no estaba disponible para los norteamericanos y el DG sabía esto muy bien.

Resultaría interesante oír al DG protestando, con inocente sorpresa, cuando el hombre de enlace de la CIA llegase con la noticia del arresto de Kleiber en Suiza...

El DG observó con cuidado a Stuart. Siempre resultaba instructivo comprobar cuánto tardaba uno de los empleados de su Departamento en averiguar lo que estaba sucediendo, si se le facilitaban los datos necesarios.

Se acarició el cabello y se tocó, de paso, el audífono.

—¿Le parece que lloverá, Stuart?

—Cuando amaine el viento...

—Bueno, confiemos en que tenga razón. Y no me refiero a la lluvia, como es natural...

Le brindó una de sus más inexpresivas sonrisas.

—Me refiero a que Stein y Pitman no guarden esos documentos en la casa al borde del lago de Ginebra...

Charles Stein llegó también a Ginebra aquel primer sábado de agosto. Estaba preocupado. Su telegrama al coronel Pitman decía que deberían verse en el «manicomio». Se preguntó si Pitman se habría olvidado de que, cuando el Banco se encontraba en sus primitivos locales cerca de la catedral —un caos de desorden y excitación—, lo habían llamado siempre el «manicomio», y cuando Madame Mauring se hizo cargo del edificio, llenando el nuevo escaparate con pasteles de almendras, el nombre pareció de nuevo el más apropiado posible.

—Necesito algo de la caja de seguridad.

El reloj de la catedral dio unas campanadas y Stein se miró su reloj.

—Aquí está la llave, Mr. Stein. Lo encontrará todo en buen orden. Lo siento, pero no creo que haya demasiado en efectivo.

—No quiero tocar nada que sea de usted, Madame Mauring —replicó Stein—. Sólo deseo aquel paquete que dejé aquí hace algún tiempo...

—Está todo tal y como lo dejé, Mr. Stein. Haga lo que le parezca conveniente.

La caja de caudales era de lo más absurdo: una sola llave que accionaba cuatro pestillos de golpe. No hubiera impresionado a nadie, excepto tal vez a algún orgulloso propietario. Por otra parte, ¿quién hubiera buscado algo realmente valioso en la caja de una pequeña sala de té? Y había otras muchas cosas que hacer. Stein se inclinó para dirigir la tamizada luz verde del escritorio hacia el oscuro interior de la caja de caudales. Empleando ambas manos, insertó sus gordezuelos dedos índices en unos pequeños huecos. Resultó algo difícil y Stein comenzó a respirar pesadamente a causa del esfuerzo que realizaba, hasta que se escuchó un suave clic metálico y toda la parte posterior del interior de la caja de caudales se desplazó hacia delante, para poner al descubierto las manecillas de una caja de caudales muchísimo más moderna.

Stein había confiado a la memoria la combinación y ahora movió con rapidez los botones, antes de abrir la portezuela interior. Allí encontró un

sobre. No era mucho más grande que un libro de tamaño mediano y tenía, tal vez, un centímetro de grosor. Stein lo abrió para comprobar el contenido. Se trataba de unas acciones al portador de «Hoffmann-La-Roche». Cada hoja tenía un valor nominal de 3,3 francos suizos y, según su cotización actual, valían 25 000 libras esterlinas. El contenido de aquel paquete alcanzaba a dos millones y cuarto de dólares para quien lo hiciera llegar al mostrador de un Banco en cualquier lugar del mundo. Entonces, reverentemente, sacó de la caja de caudales otro paquete aún más valioso: las Actas de Hitler. No tenían una apariencia demasiado impresionante: una carpeta barata de oficina, del grosor de un paquete de cigarrillos.

Stein había traído consigo la pequeña bolsa de color castaño que, por lo general, siempre llevaba en sus viajes. Ahora la vació en la mesa para hacer sitio al paquete de acciones nominativas. El bolsillo interior contenía un cepillo de dientes, útiles de afeitar, tabletas «Bufferin», cortaúñas y una cajita de plástico cerrada que contenía una pastilla de jabón «Roger & Gallet». Charles Stein tenía mucha manía con el jabón y empleaba éste en particular —perfumado a la madera de sándalo— desde hacía veinte años. El bolsillo mayor de la bolsa contenía camisas, ropa interior, calcetines y pañuelos. Tanteó en la envoltura de plástico de las camisas para asegurarse de que seguían allí los documentos de identidad que le había entregado Delaney. Miró una vez más el pasaporte brasileño. La foto de Stein no era muy reciente, pero podría pasar perfectamente.

—El coronel ha llegado —le dijo Madame Muring, echando un vistazo circular por la habitación—. ¿Más café y pastelillos?

La mujer pareció sentir que alguna cosa terrible estaba a punto de suceder.

—Sí, por favor, Madame Muring.

—Al coronel no le sienta bien el café.

—Tal vez hoy no le preocupe —contestó Stein.

La mujer sonrió y abrió la puerta para que el coronel Pitman entrase en la estancia.

—Le he dicho que hoy tal vez no le importe tomar café —dijo Stein hablando un poco más alto para que Pitman pudiera oírlo.

—Sí, por favor, Madame Muring.

Aguardó hasta que ella se hubo ido.

—Así que aquí es donde escondía las Actas de Hitler.

—Aquí han estado bien guardadas —repuso Stein—. ¿Quiere verlas?

El coronel Pitman asintió. Stein le señaló el paquete de la mesa y, en aquel momento, regresó Madame Muring con una bandeja con el café.

Empujó a un lado las Actas de Hitler para hacer sitio a las tazas y platillos. Pitman las recogió. La carpeta había sido originariamente azul, pero ahora el color se había desvanecido y era casi gris claro. Había pasado mucho tiempo desde que algún empleado del Grupo de Asuntos de Gobierno del Ejército de Estados Unidos, Sección G-5, había mecanografiado a toda prisa la etiqueta de inventario: «Merkers H-6750. Documentos mecanografiados, en idioma alemán, aprox. 300 páginas». Había unos sellos metálicos norteamericanos y los primitivos alemanes de lacre aún colocados, pero las cintas y los cordeles habían sido cortados. Las iniciales del especialista en archivos del MFA&A eran aún débilmente legibles en la marca en forma de caja del tampón de goma. Pitman ordenó los bordes de los documentos como un fullero que se prepara para una buena noche.

Madame Mauring se atareó con las cosas del café, miró a los dos hombres y luego salió de la habitación sin pronunciar una sola palabra.

—Ella tenía razón —comentó Stein en respuesta a una pregunta no formulada con palabras de Pitman—. Siempre nos ha estado agradecida por permitimos conservar el arrendamiento.

—¿Qué debemos hacer, Charles?

A veces era cabo, pero ahora era Charles.

—Sacar todo esto, a continuación salir de la ciudad y luego abandonar el país.

—Aborrezco dejar mi casa —replicó el coronel.

Aquello era fácil para Stein, comparativamente más joven y animoso, y que aún tenía todo cuanto necesitaba para adaptarse a un nuevo medio ambiente y comenzar una nueva vida. Pero el coronel Pitman no deseaba abandonar aquel lugar. Le agradaba estar cerca del doctor en quien confiaba, con los criados que le gustaban y en una casa que se había acostumbrado a amar.

—¿Debo ir yo también, Charles?

—Creo que debería hacerlo, coronel.

—¿Y qué hay de su hijo Billy? —preguntó Pitman.

Jugeteó con los papeles mientras se quedaba mirándolos. Resultaba una maldición cuando un hombre necesitaba un buen cigarro y una generosa copa de coñac y no podía conseguirlos.

—Ya le conté lo del tipo que los británicos enviaron a verme en Los Angeles —respondió Stein—. El que tengan a Billy no me importa gran cosa. Si les doy esos documentos, no tendremos nada con qué tratar. Les dije que conseguiría abogados y que lucharía por Billy a través del Departamento de

Estado. Ése es el único lenguaje que comprenden esos bastardos del Gobierno. Les he dicho que si no liberan a Billy, proporcionaré fotocopias de todo ese material a la revista *Stern* y al *Washington Post*, haciéndolo a condición de que emprendan una campaña por la liberación de Billy.

—¡Dios mío, es usted un hombre muy duro! —replicó Pitman.

—Es lógico —comentó Stein.

Pitman asintió. Resultaba lógico. ¿Pero cuántos hombres soportarían tomar una decisión así acerca de su hijo? Tal vez en esto consistía el liderazgo. Tal vez la jefatura consistiese en pedir a las personas que hiciesen cosas tan difíciles, simplemente porque era la forma en que estabas preparado para actuar tú mismo. Pitman se reprendió por no haber estado nunca dispuesto a hacer algo de aquella forma tan difícil.

—Me ha estado siguiendo un hombre —prosiguió Stein—. Me imagino que de parte de los británicos. ¿Qué le parece...? Esos hijos de perra tienen un hombre siguiéndome... Incluso estaba en el avión...

—¿Y le ha seguido hasta aquí? —preguntó Pitman con nerviosismo.

—¡Qué va...! Cambie de avión en París. Conseguí librarme de él en el aeropuerto. Si permaneces el tiempo suficiente en los lavabos, el tipo que te sigue acaba, inevitablemente, por entrar allí para comprobar cómo van las cosas. Un chico muy rudo, con el que solía relacionarme en Nueva York, me contó esto. Le aguardé y luego le dejé sin sentido.

—¿Hizo usted eso?

—Le pegué un porrazo. Le metí dentro de un lavabo y eché el pestillo para que creyeran que estaba ocupado. Las limpiadoras lo encontrarán.

Pitman se estremeció.

—Le llevaré al aeropuerto, Chuck.

Luego Pitman dijo:

—¿Y cómo sabe que era alguien enviado por los británicos?

—¿Y quién más podía mandarle?

Pitman asintió.

—Le llevaré en coche al aeropuerto, Charles. Luego cruzaré con el automóvil la frontera de Francia. Hay un hotel en el lago Annecy donde voy a menudo. Me quedaré allí unos cuantos días hasta que se calmen un poco las cosas.

—Esto no acabará así como así, coronel. Estamos peleando contra todos, ¿no se da cuenta de eso? Los ingleses y los «boches» quieren las Actas de Hitler. Y si no se las damos, nos quitarán de en medio. Pero si permitimos que las consigan, nos eliminarán igualmente.

—Soy demasiado viejo para empezar a huir, Charles —replicó el coronel—. Demasiado viejo y demasiado cansado también. Cuando llegue a mi edad, ya nada le importará; todo el maldito mundo se convierte en algo aburrido, como una película que has visto muchísimas veces.

—¿Dónde está su coche? —le preguntó Stein—. Nos iremos en él...

Para cuando Kleiber le hubo mostrado a su amigo la casa, las armas y el equipo, Breslow se encontraba ya hambriento. Los hombres no habían almorzado. Breslow olió el aire confiando en que les hubieran preparado una comida, pero no había la menor señal de ello. Kleiber parecía ser capaz de olvidarse de la comida sin percatarse de ello, pero a Max Breslow le gustaba que le fueran servidos puntualmente unos buenos manjares, como ocurría en su casa. Decidió que debería salir a comer, preferiblemente, sin su amigo Kleiber.

Breslow respetaba a Willi Kleiber. Había sido un rudo y honesto soldado, que podía pasarse días sin comer, sin dormir y al que nunca se le había oído quejarse. Y, sin embargo, el respeto de Breslow hacia Kleiber no rayaba en la admiración. La reconocida afición de Kleiber por la vida del Ejército, había sido sustituida, en tiempos de paz, por su placer por la caza y los viajes de acampadas, siempre en el medio ambiente más duro y difícil. A Kleiber le gustaba afeitarse con agua fría, a la luz de una lámpara de gas, a las cuatro de la madrugada, en el interior de una tienda helada plantada en algún lugar del mundo dejado de la mano de Dios, con la perspectiva de vadear durante horas en un frío pantano para dispararle a unos desgraciados patos. Esa esforzada persecución de la incomodidad le parecía a Breslow algo infantil, y él estaba seguro de que no se uniría nunca a semejantes expediciones.

Por todas estas razones, Breslow estaba decidido a no aceptar el espartano alojamiento que Kleiber había preparado en la casa de la orilla del lago. Breslow había inspeccionado la semivacía habitacioncita sin alfombrar de la parte superior de la casa. El lecho plegable, cubierto con dos delgadas mantas y un andrajoso cojín que hacía las veces de almohada, no se acomodaba con los gustos de Breslow, ni tampoco el helado cuarto de baño al que se daba acceso por un tramo de escaleras y situado en un ventoso pasillo.

Kleiber quedó decepcionado cuando Breslow le dijo que había visto ya una lujosa *suite* en un céntrico hotel. Había previsto una noche fumando cigarros y bebiendo *schnapps*, mientras contaban historias acerca de la vida

en el *Fiihrerhauptquartier* o discutían detalles íntimos acerca de las últimas queridas de Kleiber. Incluso había puesto una botella a enfriar y traído una caja de puros habanos hechos a mano, comprados en la tienda exenta de impuestos del aeropuerto.

Max Breslow se ablandó un poco.

—Me daré un baño, cenaré algo y regresaré a tomar una copa —ofreció, al fin, a su amigo.

—Eso está bien —respondió Kleiber, cambiando su decepción, de repente, en un manifiesto placer—. Conseguiré que te derrumbes debajo de la mesa. Quedas avisado.

Breslow intentó una valiente sonrisa, aunque temía la perspectiva de una noche así.

—No debo irme a la cama demasiado tarde —musitó.

—¡Qué tonterías...! —respondió Kleiber, dándole a su amigo unos golpecitos en la espalda—. Una noche de sábado, en agosto, con toda la ciudad esperándonos... ¿Y cómo puedes meterte en la cama temprano? Probablemente, acabaremos en ese nuevo club de *striptease* del que te he hablado, o cruzaremos la frontera hasta Evian y probaremos suerte en el casino. O si es una chica lo que te apetece...

Resultaba difícil contraatacar la exaltada persuasión de Kleiber.

—No sé cómo puedes hacer todo eso, Willi. Realmente no lo comprendo...

Kleiber se enderezó en toda su estatura y sonrió para mostrar su placer. «Resultaba fácil hacerle cumplidos», pensó Max Breslow: sólo había que insinuar que era un libertino o un pícaro para ganarse su eterna aprobación.

—Nos encontraremos aquí a las ocho y media —sugirió Kleiber—. Eso te dará tiempo para arreglarte, y yo tendré un rato para conseguir un nuevo cliente. Si el nuevo trabajo es lo que creo que es, Max, la noche es mía...

—¿Algo bueno?

—Cuando un hombre llama por teléfono a larga distancia cada treinta minutos, y dice que necesita hablar conmigo respecto de un asunto de la mayor importancia, por lo general resulta ser que la mujer se acuesta con su chófer...

—¿De veras, Willi?

—O bien resulta que es su amante la que se está acostando con su chófer... —prosiguió Kleiber—. Cuanto más parece el asunto propio de la diplomacia internacional, más seguro resulta que no se trata nada más que de un pequeño drama doméstico.

—Pues no sé cómo tu compañía puede hacerse cargo de semejantes líos domésticos...

Willy sonrió de nuevo.

—Mi personal está muy bien pagado. No les preocupa si tienen que custodiar al presidente o grabar los murmullos de una mujer insaciable... ¿Y por qué tendría que importarles? Les digo a esos clientes que emplear mi organización les costará diez veces más de lo que les cobraría una pequeña compañía especializada en divorcios. Pero no se preocupan, Max. Quieren pagar más. La furia elemental de la venganza es la que motiva a esas personas; quieren hacer daño, desean humillar, asaltar a aquella persona que les ha causado dolor. Al faltarles fuerzas físicas, o habilidades, o temperamento para ir directamente al grano, emplean la única arma que poseen: ¡el dinero! Pagan, Max, porque desean pagar.

Dio un golpe con el puño en su otra mano abierta, para ilustrar la semejanza entre el acto de violencia y el acto de pagar.

—Sí, por eso me hago cargo de esos dramas domésticos...

Max Breslow sonrió, pero su sonrisa era más bien falsa. Recordaba las terribles discusiones entre sus padres, que le despertaban cuando era niño. Incapaz de escuchar aquellas voces, había comprendido el odio por la cadencia de las voces. Aquellos dúos llegaban a su clímax en una armónica histeria y con un portazo de la puerta principal, cuando uno u otro de sus padres salía bufando de casa.

—Concederé a ese tipo treinta minutos —continuó Willy Kleiber—. Es un hombre muy rico, ha venido desde Dortmund a verme. Eso me ahorrará tener que entrevistarme con él mañana por la mañana.

—Si eso llega a ser algo importante —le dijo Max Breslow—, telefonéame al hotel y comunícamelo.

Intentó ocultar en su voz cualquier sugerencia de que preferiría, infinitamente, pasar la noche por su cuenta.

—Treinta minutos es todo lo que conseguirá de mí —contestó Kleiber—. Te veré aquí a las ocho y media de esta noche, y esto es una promesa...

Max Breslow aprovechó su permiso. Suspiró. Con una persona como Willy Kleiber, uno tenía que estar agradecido por disponer de un par de horas fuera de servicio. Una vez de regreso al hotel, hizo unas llamadas telefónicas a California. En Los Angeles era sábado por la mañana y su director de producción empezaría su jornada laboral.

El plató de la Cancillería ya estaba terminado y se lo llevarían al estudio para almacenarlo y tenerlo preparado para montarlo. La entrada de la mina de

Kaiseroda estaba siendo construida, los enlucidores habían comenzado a trabajar el martes por la mañana y estaría terminada el viernes. El director de localizaciones estaba excitado por un edificio de oficinas cercano al Centro Musical. Había afirmado que sería muy apropiado para la escena en que el general Patton le cuenta a Eisenhower el descubrimiento de los tesoros en la mina. Breslow escuchó todos los detalles de la producción y encontró pocas cosas que criticar o cambiar.

Tranquilizado por este lado, Breslow se tomó un baño y encargó una botella pequeña de borgoña y un filete a la parrilla al servicio de habitaciones. Telefonó a su mujer y le dijo que todo iba bien. A su mujer le ponían nerviosa los viajes en avión y Breslow había adquirido la costumbre de telefonarle después de cada viaje, y también telefonarle cada día que permanecía ausente. Resultaba una extravagancia, pero todo ello iba a parar a la cuenta de producción de la película. Hablaron del tiempo, del precio de la gasolina, de la enorme factura de la reparación del «Mercedes». Max escuchó atentamente. Nunca le había contado a su mujer gran cosa del accidente en la autopista, y ciertamente no le había dicho que había hecho ver que se trataba de un atentado contra su vida. Mrs. Breslow también realizó algunas menciones de paso acerca de Billy Stein. Dijo que aún estaba fuera de la ciudad. Mary había empezado a mostrarse pesada y malhumorada porque no tenía noticias de él. El padre de Billy contó, simplemente, que su hijo estaba en Europa encargándose de irnos negocios; Mary había sollozado un poco.

En la actualidad, Max Breslow había confiado en que el capricho de su hija se hubiera desvanecido, pero su mujer no le contó nada que confirmara esta esperanza. Por el contrario, Mrs. Breslow habló más bien calurosamente del hijo de Stein. Así, pues, ni su propia esposa estaba inmune al natural encanto del hijo de Stein y a su buena apariencia. Tal vez esto motivó que Breslow dejara la ensalada de patatas, el pan, la mantequilla y la crema sin tocar en la bandeja. Esto le influyó también cuando, más tarde, eligió su traje favorito de estambre, de color azul oscuro, y su corbata de punto. «Maldita sea —pensó Breslow—, tal vez debería ir con Kleiber hasta el casino de Evian. Podría hacer frente a algunas pequeñas apuestas en las mesas de juego. ¿Y por qué no podría también ganar?».

Ginebra no era una ciudad que Breslow conociera muy bien. Eligió la ruta más sencilla, dirigiéndose al centro de la ciudad y mirando las indicaciones de la *autoroute*. El lago estaba maravilloso en aquella hora de la noche. Los turistas atestaban los paseos. Detuvo el coche ante un paso de peatones donde tres muchachas aguardaban para cruzar.

Una de ellas, con una blusa transparente, le sonrió. Llevaba el cabello muy largo y tenía una redonda cara de bebé con grandes ojos, y de repente le recordó a una muchacha que había conocido una vez en Dresde, antes de la guerra. Resultaba extraño que tales recuerdos saliesen a la superficie después de haber sido olvidados desde hacía tanto tiempo... ¿Estarían acuellas hermosas muchachas esperando que las llevaran en *autostop* hasta Lausana... para cenar... para meterse en la cama? Cuando puso el coche de nuevo en marcha, éste hizo unas falsas explosiones. Aquellos malditos coches de alquiler eran todos iguales: con brillantes y limpios interiores, pero, mecánicamente, dejaban mucho que desear.

Una vez en la *autoroute*, aquel bloqueo en el combustible pareció resolverse y el coche fue de nuevo bien. Condujo con cuidado, disfrutando de aquel oscurecido firmamento y de las montañas que parecían el telón de fondo adecuado para una ópera.

Se metió por las callejuelas de Coppet muy despacio y estaba buscando las elevadas puertas de la casa cuando se dio cuenta de la presencia de dos furgonetas «Mercedes» de color gris. Dos policías de uniforme salían por la puerta cuando él llegó. Uno de ellos se tambaleaba bajo el peso de algunas metralletas «H & K» y el segundo hombre, un oficial, llevaba una caja de granadas de humo. Dos de los empleados de Kleiber estaban esposados y aguardaban a entrar dentro de la segunda camioneta.

Breslow decidió pasar delante de la casa. Los policías le miraron sorprendidos y se detuvieron por un momento para ver qué camino tomaba. Breslow decidió que lo mejor sería mostrarse igualmente sorprendido. Disminuyó la marcha hasta casi detenerse, se dio la vuelta en su asiento y miró a los policías antes de continuar despacio calle abajo.

Sin apresurarse, Breslow torció hacia la carretera principal. No era la primera vez que había llegado muy cerca de un desastre, puesto que había conocido situaciones apuradas peores durante la guerra, y había aprendido a dominar cualquier tentación de echar a correr. Fue una precaución muy prudente. En el cruce con la carretera principal, se encontraba aguardando otro coche de la Policía. Breslow decidió girar a la derecha y continuar a lo largo de la orilla del lago en dirección a Lausana. Se dirigió a Nyon antes de salir a la *autoroute* y volver de nuevo en dirección a Ginebra. Sólo entonces, cuando se encontró de regreso en el concurrido anonimato del centro de la ciudad, fue capaz de pensar apropiadamente. Decidió no telefonar ni al doctor Böttger ni a su contacto en Ginebra. ¿Quién sabía hasta qué extensión había llegado la «Operación Sigfrido», teniendo en cuenta que los suizos

estaban deteniendo a los hombres de Willy Kleiber? Telefonaría sólo a Edward Parker, tal y como le había pedido Kleiber.

Cuando Max Breslow vio los letreros que indicaban la dirección del aeropuerto de Ginebra, se desplazó hacia una de las salidas de la autopista. Había decidido regresar a su casa de California.

El coronel Pitman se puso al volante del coche después de salir de la pastelería de Madame Muring en compañía de Stein. Al coronel Pitman no le gustaba mucho conducir, y ésa era la razón de que hubiese contratado a un chófer. El conducir le hacía sentirse tenso y los viajes largos le afectaban la espalda. Un joven en un «Audi» rojo comenzó a zigzaguear a través del pesado tráfico sin demasiada atención, y el coronel Pitman tuvo que frenar bruscamente. Sintió que la bilis le subía a la garganta e hizo una mueca de dolor a causa de la indigestión. Las ansiedades de los últimos días habían causado estragos en su ordenado horario de trabajo y habían abierto fisuras en sus horas habituales de comer. Ahora no había nada que le hubiera agradado más que un «Alka-Seltzer» y una buena siesta en su sillón favorito. Se frotó el pecho, confiando en que esto aliviase su incomodidad. Observó que Stein le miraba; le sonrió, pero no le sirvió de ninguna ayuda preguntarse por qué estaba haciendo de chófer de su excabo. Debería haberle pedido a Stein que condujera él el coche. En vez de ello, Stein se había metido en el asiento del pasajero y le dijo que arrancase. Siempre había ocurrido así: Stein era el que daba las órdenes y Pitman el que se veía impulsado por su energía y determinación. También había ocurrido del mismo modo el día en que conoció a Stein, el día en que Pitman llegó al Cuartel General del batallón, tras un incómodo viaje en un polvoriento camión desde Casablanca. El teniente Pitman había llegado procedente directamente de Estados Unidos, recién destinado a las unidades contracarro, que todo el mundo estaba prometiendo que vapulearían a los Panzers del Deutsche Afrika Korps.

Pitman fue recibido con un rápido saludo por el centinela que estaba en la puerta. Se sentía importante mientras llevaba su equipo colina arriba, hasta una tienda con la inscripción «Preséntese aquí». Era un día muy caluroso. La tienda olía a lona nueva y a la resina que se usaba para conservarla. El sol conseguía que el interior de la tienda fuese de un amarillo brillante, y allí dentro se escuchaba el zumbido de las moscas. Un sargento mayor de mediana edad estaba sentado a la mesa, con un teléfono de campaña y un

periódico norteamericano. Estaba leyendo en voz alta los resultados de la página deportiva, y muy despacio. El soldado Stein —rechoncho, de cara roja y sudando— se sentaba en un cajón vuelto del revés y coreaba los resultados con risas burlonas, abucheos y bufidos. El teniente Pitman les concedió un instante para que se dieran cuenta de su presencia, pero como no fuera así tuvo que decir:

—Sargento, soy el teniente Pitman. Busco al comandante del batallón.

El sargento mayor Vanelli alzó la mirada y asintió. Plegó el periódico estadounidense y lo dejó encima de la mesa, con aquella clase de reverencia que, durante aquel tiempo, se daba a semejantes raros documentos, pero no se puso en pie. Stein, sin moverse de su posición en el invertido cajón, miró de arriba abajo al oficial, desde el casco de acero recién salido de la fábrica, y la pálida piel que no estaba acostumbrada al sol africano, hasta las botas marrones nuevas de trinca.

—Un consejo, mi teniente —le dijo Stein—. Póngase las polainas y la correa de la pistola, y píntese una barra delante de su casco *antes* de acudir a ver al comandante...

—¿Ése es su consejo? —le respondió Pitman con frialdad.

—Ésta es la orden del general Patton: veinticinco dólares de multa para los oficiales que no lleven su pistola; y los oficiales sin polainas pagarán otros quince «pavos».

Stein sonrió y dirigió un manotazo a una mosca que se había posado en su brazo, pero ésta escapó incólume.

—¿Cuál es la tienda del coronel? —preguntó Stein, dirigiéndose intencionadamente al sargento en vez de a Stein.

—La que tiene enrollados los laterales —respondió Stein—. Al coronel le gusta la corriente y no le importa la arena.

—¿Es este hombre un portavoz, sargento? —le preguntó Pitman.

—Me parece que sí —respondió el sargento, como si no lo hubiera considerado antes—. Charlie Stein es quien dirige para nosotros las cosas aquí...

El teniente Pitman se quedó mirando a los dos hombres, preguntándose si debía quejarse a causa de sus modales tan poco castrenses, pero decidió que aquélla sería una muy poca prudente actitud en un oficial con su primer destino. Agachó la cabeza para salir de la tienda en el mismo instante en que Stein se dirigía de nuevo a él:

—Y otros diez «pavos» por no llevar corbata.

Pitman le ignoró.

—Disminuya un poco la velocidad —le dijo Stein—. No es el momento más oportuno para que nos pongan una multa por exceso de velocidad.

Pitman lanzó una mirada a aquel hombre gordo y calvo que estaba sentado a su lado. ¿Quién hubiera supuesto que sus vidas y fortunas llegarían a hacerse tan interdependientes? Stein se había girado mientras colocaba su bolsa marrón de bandolera en el asiento trasero. Los documentos los puso en el suelo detrás de él y, de vez en cuando, alargaba la mano hacia atrás para tocarlos y tranquilizarse al ver que todavía continuaban allí.

—Al parecer, todo ha terminado para el Banco —dijo Stein, confiando en ser contradicho.

No obstante, el coronel Pitman no discutió aquel asunto.

—Al parecer, desean despellejarnos vivos —añadió Stein desanimadamente. No querrá pasarse los próximos diez años pleiteando, ¿verdad?

Oprimió el botón de la luz del salpicadero, únicamente para comprobar si funcionaba.

—Éste es un buen coche —siguió Stein, con tono aprobador y dando unos golpecitos en el cuero.

—He intentado conseguir unos préstamos interbancarios —le respondió Pitman—. Pero ninguno de los grandes Bancos quiere respaldarnos. Tal vez tienen miedo del Creditanstalt. Quizá están dolidos porque no sindicamos el acuerdo con ellos.

—Y tal vez han sido prevenidos por ese bastardo que nos la jugó. O Friedman o el doctor Böttger, o cualquiera de esas otras personas, están detrás de esta estafa.

—El desaparecer no me va a servir de ninguna ayuda —respondió con tristeza Pitman.

Se detuvo en el cruce, a partir del cual una carretera conducía a la frontera francesa y al lado sur del lago. En vez de ello, siguió por el otro camino.

—¿Se acuerda de Petrucci? ¿Un pequeño chico italiano..., un ametrallador de uno de los vehículos de la columna B que fue alcanzado delante de nosotros?

El coronel Pitman se frotó la cara reflexivamente. No podía recordarlo.

—Delaney lo ve aún. Me ha preparado una documentación falsa: pasaporte brasileño, permiso de conducir y todo lo demás. Haría lo mismo por usted y tenemos suficiente dinero aquí para los dos, coronel. Nos lo partiremos, usted y yo...

—Son sus ahorros, Charles. No, no puedo...

—¿Para qué quiero los ahorros? —replicó Stein—. ¿Cuánto tiempo tengo por delante? Diez años... O, si pierdo veinticinco kilos y me dedico a los frutos secos y al yogurt natural, tal vez veinte... ¿Cuánto podemos necesitar? Tengo más de dos millones de dólares aquí, coronel. Deje de pensar en que pongan mala cara los del batallón. Todos están muy bien y desean que diga que sí...

Pero Pitman estaba perdido en sus propios recuerdos.

—No lo siento —respondió al fin el coronel—. Si pudiéramos volver a aquella noche alrededor de la estufa, cuando hablamos por primera vez de ello... Haría lo mismo una vez más...

—¿Alemania? ¿Se refiere a 1945? ¿A la noche en que volvía de ver a aquella rubia que trabajaba en la oficina del general?

Pitman asintió.

—¿Se acuerda de la lluvia? Creía que nunca acabaría. Aquella noche tenía el peor jeep del batallón y tuve que cuidarlo durante todo el tiempo, a través de media Alemania.

—Usted dijo que estaba en el apartamento de la chica —respondió Stein—. Que se encontraba a sólo tres manzanas de distancia del Ayuntamiento. ¿De qué está hablando de cruzar media Alemania?

Pitman continuó conduciendo en silencio, mientras recordaba aquella noche en los días finales de la guerra en Europa. No había ninguna rubia; sólo estaba el general. Nunca contaría a Stein la verdad; nunca se la contaría a nadie.

—Sé que es una gran decepción para usted, Pitman —le había dicho el general—, pero así es la forma como funciona esta maldita guerra.

El general de una estrella había modelado su apariencia y conducta según la del general Patton, su comandante. No llevaba un par de pistolas con cachas de nácar en la culata a la cintura —puesto que habría sido, demasiado obviamente, una imitación de su mentor—, pero sí llevaba su «45» atado al muslo durante todo el tiempo, e incluso aquí, a muchos kilómetros de la contienda, seguía llevando el casco de acero y una bomba de mano colgando del hombro.

Afuera llovía, el cielo tenía unas rayas rosadas y malvas y casi habían desaparecido las últimas claridades del día. Los interminables convoyes de camiones de suministros salpicaban a través del barro, en aquellas calles oscuras llenas de cráteres y delimitadas por montones de ladrillos y escombros, el resultado de los bombardeos durante las veinticuatro horas del

día, que habían sepultado a la mitad de los habitantes de Alemania en sus sótanos.

—La guerra está a punto de terminar —respondió Pitman—. Ya desde el Rin me estuvo usted prometiendo una oportunidad de combatir.

—¿Ve esos camiones de ahí afuera? —le dijo el general, señalando hacia ellos con su cigarro—. Estoy tratando de poner en posición medio millón de toneladas de material, con ayuda de unas unidades de Intendencia que están a punto de quedarse dormidos de pie. Alguno de esos conductores de camiones no han cerrado los ojos desde hace cincuenta y seis horas, Pitman.

Con violencia, el general empujó algunos papeles a través de su escritorio.

—Tengo oficiales médicos gritándome por teléfono, y estoy intercambiando tan de prisa las piezas de los camiones entre sí, que he perdido ya compañías enteras. Mis subordinados están tratando de elegir entre «Carga peligrosa» de «Carga valiosa» y «Carga inmediatamente vital» de «Carga esencial...». ¡Puede mirarlo en esta basura de papeles! Y ahora me está diciendo que le deje jugar a soldaditos en la línea del frente. Muy bien, pues le digo que no, Pitman. ¿Lo ha captado bien?

—Soy un oficial de carrera, general. Necesito tener experiencia de batalla si he de conseguir algún ascenso en el Ejército de posguerra. Ya discutimos esto y usted me prometió su ayuda.

—Lo ha realizado todo muy bien, Pitman —respondió el general dando unas chupadas a su cigarro—. Le he hecho coronel y ahora manda un batallón. No está nada mal...

—Quiero luchar, general. Usted dijo que se aseguraría de que tuviese mi oportunidad.

El general se lo quedó mirando y expulsó el humo. En voz baja añadió:

—Ha tenido su oportunidad, coronel. Tuvo su oportunidad en Kasserine, mucho antes de que tuviese la suerte de llegar aquí. Fue un gran embrollo, por lo que he leído; sus muchachos pusieron pies en polvorosa y los «boches» avanzaron hasta nuestra zona de suministros. Eso no es la clase de airosos cometidos que me hagan desear mandarles hacia delante.

Las luces de las lámparas del escritorio oscilaron y se pusieron amarillentas y borrosas, mientras los ingenieros del Ejército reparaban los deteriorados grupos eléctricos alemanes. En la oscuridad, el cigarro del general brilló con gran fuerza, antes de que añadiese:

—¿Sabe que algunas veces aún recibo chirigotas de esos mierdas de británicos? ¿Se acuerda de Kasserine? —me dijo un tal comandante Limey el otro día—. Nos tuvieron que llevar a primera línea cuando ustedes, los

yanquis, se rajaron. Lo dijo como un pequeño chiste, claro está. Los británicos siempre instilan el veneno de esa forma. Un chiste..., por lo que tuve que reírme con aquel bastardo. Pero no me gusta eso, Pitman, y cuando oigo hablar de Kasserine no me gusta usted...

Pitman no respondió. No había nada que decir.

—Vuelva al Cuartel General de su batallón y mantenga sus camiones en movimiento. Dentro de dos horas tengo una conferencia, y para entonces deseo que hasta el último de esos piojosos camiones esté cargado y funcionando.

El coronel Pitman regresó a medianoche al Cuartel General de su batallón. La fuerte lluvia se abría paso a través del techo de lona y de los laterales mal encajados de su jeep, por lo que su abrigo corto estaba empapado cuando se inclinó sobre la barriguda estufa y se calentó un poco.

—¿Y se supone que soy el oficial al mando de este asqueroso batallón? —se quejó retóricamente a su cabo ordenanza de la compañía—. ¿Por qué tengo el peor jeep de este batallón?

—¿Ha tenido problemas, coronel? —le preguntó Stein.

—Se trata de uno de los jeeps de la compañía destacada de los que nos hicimos cargo —repuso Pitman—. Todos esos vehículos son muy poco de fiar. Asegúrese de que no me den de nuevo uno igual. ¿Comprendido?

—¿Ha estado con el general, señor?

—He estado en la cama con aquella gachí rubia que vimos esta mañana en la oficina del general. ¿Por qué cree que le pedí que me consiguiera una botella de escocés?

—Para el general quizá —respondió Stein.

Estaba vertiendo agua caliente sobre las zurrapas de café y, de repente, emergió su aroma.

—Se llevó una botella para el general la semana pasada cuando fue a verlo. Pensé que estaría tratando de hablar un rato con aquellos tipos de la División blindada a los que dimos suministros extras de gasolina y de raciones.

—¿Se dedica a leer mi correspondencia privada, cabo Stein?

—Claro que sí, coronel. Me imaginaba que me necesitaba para eso. ¿Quiere un poco de este café?

—Sí..., claro, con azúcar y crema.

Stein puso el ardiente café delante de su coronel. Se trataba de una antigua taza de porcelana descubierta entre los escombros. El coronel Pitman olió el café y bebió un poco. Stein le contempló con interés.

—¿Así que no ha estado esta noche con el general?

—He estado jodiendo con aquella pequeña rubia en una habitación trasera de las casas de apartamentos cerca del centro de despiojamiento.

—Esto no se aviene con usted, coronel —le dijo Stein con educado interés.

—Pues a partir de ahora me va a gustar —repuso el coronel Pitman—. A partir de ahora, voy a considerar el Ejército con mayor perspectiva y empezaré a contar los días, como hace usted mismo, cabo.

—¿No se quedará en el Ejército, coronel?

—Si me muestra esta noche una forma de abandonar el Ejército, cabo, la seguiré...

—Me parece que seré capaz de hacer algo parecido a eso —respondió Stein—. Y le mostraré la forma de cómo puede retirarse con suficiente «pasta»...

—¿De qué está hablando, Stein?

—No se trata de dinero del Tío Sam, coronel; es oro nazi, almacenado no muy lejos de aquí. Al parecer, nos van a mandar transportarlo a Frankfurt.

—¿Oro?

—Millones y millones de dólares, coronel. Esta piojosa guerra está a punto de acabar. He estado sentado aquí toda la noche, y he pensado en Aram y en los viejos tiempos en el Norte de África..., y he comenzado a preguntarme acerca de algo. ¿Puedo compartir esta idea con usted, coronel? Es algo estrictamente confidencial...

El coronel Pitman se sentó sobre una caja de embalar cerca de la estufa. Su chaqueta humeaba mientras el calor iba penetrando en su húmedo uniforme.

—Claro que sí, cabo. Nunca me he encontrado de mejor humor para escuchar cualquier proposición que me convenga.

—Los muchachos siempre han confiado en usted, coronel —empezó Stein.

Los recuerdos del coronel Pitman se desvanecieron, mientras se recordaba a sí mismo que se encontraba en 1979, y que había pasado toda una vida desde el día en que tomaron aquella crucial decisión.

—Nadie deseó nunca que se marchara del Ejército...

—Estoy orgulloso de eso —admitió Pitman—. El año 1952 fue el peor de todos... Tres de los muchachos murieron en el transcurso de pocos meses...

—Tricky Richards, el cabo Arbenz, que murió en accidente de coche, y Moose Menzies. Sí, lo recuerdo —dijo Stein—. Realmente fue un año muy

malo.

—Yo pagué a las familias sin tener una autoridad apropiada del sindicato —dijo el coronel Pitman—. Resultó algo complicado. Estábamos demasiado comprometidos en unas inversiones a interés fijo.

—Hizo maravillas, coronel.

—Siempre he tratado de ser justo —prosiguió Pitman. Se detuvo ante un semáforo—. Nunca he sido un gran cerebro financiero, o muy buen administrador. Y ya sabe que tampoco fui un gran soldado...

—Vamos, coronel... ¡Usted!

—No. Nos hemos hecho ya muy viejos para engañarnos a nosotros mismos. Yo no era gran cosa como oficial. Fue usted y el sargento mayor Vanelli quienes lo hacían funcionar todo. ¿Ya le he dicho que Vanelli murió?

—Sí, coronel, claro que sí...

—Usted nos hacía funcionar. Usted comprendía a los hombres mucho mejor que lo hiciera yo nunca.

—Todos éramos muy entusiastas —replicó Stein.

—Fui muy impulsivo al tratar de conseguir la Medalla al Honor del Congreso en mi primera hora de combate. El comandante Carson se dio cuenta de ello y me previno al respecto.

—Casi estuvo a punto de conseguirla, coronel.

Pitman se permitió una débil sonrisa.

—Sí, casi lo conseguí, Chuck. El problema fue que barrí media compañía en el intento.

—Ya es hora de que olvide todo eso, coronel. Usted hizo lo que pareció mejor en aquel instante.

—Aquel día murieron algunos hombres muy buenos, cabo. —El coronel Pitman tenía los ojos semicerrados, como si reviviera los peores y los mejores momentos de su vida—. Su hermano y el comandante Carson. Arias, que trató de volver a la ametralladora. Kaplan y Klein, que eran vecinos, que se enrolaron juntos y que permanecieron unidos hasta el final. El sargento Scott, que no sabía cómo conducir aquel maldito camión, pero que no quiso salir del asiento del conductor. El sargento Parker, que decía que dispararía contra el último hombre en lanzarse hacia delante...

—Y que saltó en pedazos en una mina «S» —concluyó Stein.

—Héroes —dijo Pitman.

—No eran héroes —respondió con calma Stein—. Y tampoco eran cobardes, coronel. No eran cobardes de la forma en que los periódicos, los

ingleses y los jefazos dijeron que eran. Pero tampoco héroes. Ya es hora de enfrentarse también con eso, coronel.

—No éramos unas tropas aguerridas. Ni siquiera durante nuestro entrenamiento de combate tuvimos a más de media docena de hombres, entre nuestros instructores, que hubieran escuchado nunca un tiro de verdad. ¿Qué posibilidades teníamos de resistir a aquellos veteranos alemanes?

—Corrimos —afirmó Stein en voz baja—. Echamos a correr, coronel.

—Fue cosa de los políticos. Washington deseaba que hubiera americanos en acción y deseaba ponerlos al mando de Eisenhower. Todo fue parte del plan político de ascender a Eisenhower al empleo de Comandante en jefe en Europa, a tiempo para el día D. Sin una parte de sangre norteamericana derramada, los ingleses hubieran conseguido que Montgomery asumiera el Mando Supremo.

—Ike hizo un buen trabajo —repuso Stein.

No podía compartir la amargura del coronel.

—Con ese hijo de perra de Monty en el Mando Supremo, aún estaríamos esperando que comenzase la invasión.

—¿Por qué tuvieron que esperar tanto antes de llevar a Georgie Patton al mando del Cuerpo? —preguntó el coronel—. La vergüenza de aquella maldita semana aún sigue en mí. Recuerdo cada día. ¿Puede comprender esto, cabo?

Ahora era otra vez cabo, y la voz de Pitman había alcanzado aquel sonido estridente que Stein no había escuchado durante cerca de cuatro décadas.

—Los jefazos tuvieron razón —prosiguió el coronel Pitman—. Los he maldecido cada día durante muchos años, pero tuvieron razón. Nunca hubiéramos tenido arrestos de volver a entrar de nuevo en combate. Estábamos ya amortizados...

—Acabados —le corrigió Stein—. Muy bien, fuimos humillados, los tanques llevados a un depósito para cambio de frente, y luego nos destinaron al Cuerpo de Intendencia. Pero hicimos lo que había que hacer. Dimos unos cuantos años de nuestras vidas y luchamos en una guerra que dejó fuera de combate a los nazis...

—Era todo lo que siempre había deseado —dijo Pitman en voz baja. Ese destino en una unidad de primera clase, con hombres que me gustaban y a los que respetaba. Se me rompió el corazón al verlos conducir aquellos malditos camiones.

—¿Y qué me dice de después de la guerra? —añadió Stein en tono consolador—. No hubiéramos conseguido unos cuantos millones de dólares

en oro en lingotes, si hubiéramos permanecido en aquella unidad contracarros.

—No tenía nada que perder, ésa fue la razón —prosiguió Pitman, como si le hubiesen forzado a dar una explicación—. ¿Cómo podía haber acudido a almorzar al Club Universitario y devolver aquellas miradas que me habrían asestado después de lo que mis amigos habían leído acerca de Kasserine?

—Me siento no culpable —respondió Stein estoicamente—. Nos enfrentamos del mejor modo posible contra los «boches», y luego echamos a correr. Pero les detuvimos un poco, coronel, no debe olvidar esto.

—No se engañe a sí mismo, Charles. Nos barrieron a un lado como chinches en una casa de putas.

Pitman ajustó un poco el espejo retrovisor.

Durante un rato, los dos hombres continuaron sentados en silencio, Pitman conduciendo con exagerado cuidado, mientras Stein contemplaba los suburbios de Ginebra con unos ojos que no veían nada. Aquella cálida noche de sábado, en el mes de agosto, todo el mundo que se lo podía permitir pasaba el fin de semana en el campo o en tomo del lago. Aquellas calles suburbanas aparecían silenciosas y desiertas.

—Usted oyó que el comandante Carson me ordenó que retrocediera... —dijo Pitman de pronto—. Le oyó decirlo, ¿verdad?

—Usted fue absuelto, coronel. Yo suministré las pruebas al pequeño capitán de pelo ensortijado del equipo de abogados fiscales, que vino en avión desde Argel. Delaney le dijo lo mismo. Debe recordarlo.

—¡Maldita sea, cabo! —exclamó Pitman, en una poco característica muestra de intemperancia—. No estoy preguntando si usted me libró del anzuelo. Responda a mi pregunta: ¿Escuchó o no lo que dijo el comandante Carson? Necesito saberlo.

Ahora casi gritaba.

Stein miró por la ventanilla. Hacía muchísimo tiempo. ¿Y qué maldita diferencia significaba aquello? En el mundo de Stein, cuando se presentaban los problemas, les hacía frente y los olvidaba lo más de prisa posible. ¿Por qué viajar en el pasado para hurgar en antiguas preocupaciones, cuando había tantas otras nuevas, aquí y ahora, que gritaban para que se les prestase atención? Stein se quedó mirando al coronel —su calva cabeza quedaba ridícula con los rizados cabellos alrededor de sus orejas— y luego miró de nuevo las anchas y poco atractivas calles de la ciudad. Nadie había oído a Carson hablando con Pitman. Los dos oficiales se habían alejado, de forma deliberada, lo bastante lejos a fin de evitar ser oídos. Pitman lo sabía.

Stein respondió:

—Claro que lo oí, coronel. Usted no quería retroceder, pero él insistió.

—Eso es —profirió Pitman triunfalmente—. Eso es exactamente lo que sucedió. Estaba obedeciendo órdenes.

Stein asintió. Tenía otras cosas más acuciantes en su mente que la batalla del coronel con su conciencia.

—Tal vez podamos largarnos los dos —explicó Stein—. Iremos a México o Canadá. Usted me aguardará aquí mientras me dirijo a Nueva Jersey, empleando mi pasaporte brasileño. Me llevaré conmigo fotos de pasaporte, veré a Petrucci y volveré con el pasaporte y otra documentación para usted.

—¿Debo seguir la carretera al aeropuerto? —preguntó Pitman.

Se mordió los labios. ¿Por qué siempre preguntaba a Stein lo que debía hacer?

Stein se tomó su tiempo para responder. Cada una de las malditas carreteras que salían de Ginebra, excepto la carretera del lado norte del lago y la *autoroute* a lo largo del mismo, conducían hacia Francia. Stein se preguntó si los hombres franceses del CRS, que custodiaban el cruce de fronteras, habrían recibido órdenes de detenerlos. ¿Trabajarían los franceses en estrecha relación con los británicos? ¿Y de qué podían acusarles? Quizá, simplemente, los franceses les confiscarían las Actas de Hitler como contrabando y luego los deportarían; había escuchado que cosas así sucedían a la gente de vez en cuando. Las *Compagnies Républicaines de Sécurité* eran una ley dentro de la ley.

—La *autoroute* —respondió Stein.

—Creo que nos están siguiendo —comentó el coronel Pitman, tras mirar por el retrovisor—. Desde que salimos de Rollins tenemos el mismo coche detrás de nosotros. Es un «Mini» blanco.

—Pise a fondo. Este «Jaguar» es muy veloz, ¿no es verdad?

—Dudo que podamos alejarnos mucho de él —respondió Pitman—. Yo no soy ningún as del volante. Supongo que nos ha visto.

Dio a la palanca del intermitente del lado derecho del coche y observó, ansiosamente, hasta que el intermitente del coche que estaba detrás comenzó también a destellar.

—Nos sigue —concluyó Pitman—. Ahora no hay ninguna duda.

Sintió una nueva acometida de dolor y se frotó el pecho. Si pudiera vomitar con la misma facilidad que Stein...

—Deténgase en la *autoroute* —dijo Stein—. Yo me haré cargo de él. Después regresaremos al aeropuerto.

—Veamos si nos podemos distanciar un poco —dijo Pitman.

Disminuyó la marcha para la salida a la *autoroute* de Lausana y giró el volante. Se escuchó un suave crujir de frenos y el coche de detrás los siguió de cerca. Una vez en la gran autopista, Pitman pisó el acelerador a fondo; se le desvanecieron todos los pensamientos de dolores por mala digestión. Su «Jaguar» era un modelo nuevo y potente, con sólo 5000 kilómetros de rodaje. Conservado en perfecto estado, el coche respondió ante la libre inyección de carburante y saltó hacia delante como un caballo de carreras. El coche que les seguía era igualmente nuevo, pero había sido usado por casi un centenar de conductores, con muy pocas cosas en común, excepto una descuidada indiferencia hacia las cosas prestadas. El «Mini» comenzó a emitir explosiones y puso objeciones en cuanto el conductor llevó la aguja del cuentakilómetros más allá de los noventa. Sólo con muchas dificultades pudo mantenerse detrás del «Jaguar».

Los coches iban a casi ciento treinta kilómetros por hora cuando el coronel John Elroy Pitman, Tercero, sufrió su tercer, y definitivo infarto de miocardio.

Willi Kleiber aborrecía estar solo. Después de que su amigo Max Breslow regresara a su hotel, Kleiber se fue al piso de arriba, a la habitacioncita que empleaba como oficina, y llamó al número telefónico que le había dejado su nuevo cliente.

A pesar de las observaciones desenvueltas de Willi Kleiber a Breslow, estaba en extremo complacido ante la perspectiva de trabajar para Helmut Krebs, que era uno de los hombres más ricos de Alemania Occidental. Poseía la mayor participación en una cadena de supermercados que eran el orgullo de toda Europa. En los últimos años, había comenzado a fabricar y empaquetar muchos de los productos que se vendían allí. Sus propias marcas de café instantáneo, yogures y bebidas suaves eran tan buenas como cualquiera de las marcas mejor conocidas, y siempre resultaban unos cuantos pfennigs más baratos.

Eran los antecedentes familiares de Krebs lo que más atraía a Kleiber, ante la idea de tenerle como cliente. El hermano de Krebs era embajador, y su mujer y su hermana eran ambas muy bien conocidas como patrocinadoras del teatro. Algún miembro de la familia Krebs estaba, por lo general, presente en cualquier reunión social chic. Como cliente —que se codeaba con un mundo en que en todas las mentes había una gran preocupación por los secuestros, los asesinatos y los chantajes—, podría abrir ilimitadas oportunidades comerciales a una compañía que comerciaba con su capacidad para tranquilizar a las potenciales víctimas.

Por ello, Kleiber no quedó sorprendido al ver que el secretario de confianza de Krebs fuera más bien discreto en su respuesta a la sugerencia de Kleiber, de que podría ver a Mr. Krebs en seguida, en vez de aguardar hasta la cita que habían concertado para la mañana siguiente.

—Mr. Krebs tiene un compromiso para cenar —le dijo el secretario.

—Yo también —respondió Kleiber—. Debo quedar libre a las ocho en punto.

—Mr. Krebs tiene que cenar en Venecia —le manifestó con gran frialdad el secretario—. Venecia, Italia —añadió para que no pudiese quedar ninguna duda—. Empleará su reactor particular.

Nada podía estar mejor calculado para despertar el interés de Kleiber.

Le dijo a Kleiber que no colgase y pasaron varios minutos antes de que regresase y dijera:

—Muy bien. Mr. Krebs le verá esta noche. Preséntese en el aeropuerto de Ginebra a las seis en punto. Podrá hablar con Mr. Krebs en el avión, que le traerá de regreso a Ginebra a las siete y media. Si usted lo desea, dispondré que un coche le lleve a su cita.

—No es necesario —repuso Kleiber—. Emplearé mi propio coche.

—Le pediré al piloto que envíe alguien a recogerle. Espere en el bar del ala de salidas, y un miembro del personal cumplirá por usted las formalidades necesarias. Será mejor que se traiga, de todos modos, el pasaporte. Naturalmente, no tendrá la menor dificultad en Aduanas e Inmigración.

—Comprendo —repuso Kleiber, aunque la autoimportancia que se daba el hombre que se encontraba al otro extremo resultaba intolerable para él.

«Siempre había secretarios, funcionarios y porteros que se comportaban demasiado rudamente —pensó Kleiber—; resultaba muy probable que Mr. Krebs fuese simpático y encantador».

—Una cosa más, Mr. Kleiber —dijo la voz en el otro extremo de la línea—. Soy responsable de la seguridad personal de Mr. Krebs. Debe usted asegurarse de que no lleve nada que pueda, posiblemente, emplearse como arma. En eso incluyo incluso navajas pequeñas, o cajas de rapé o cosas de este estilo. Deberá someterse a un registro corporal. Usted es un profesional, según creo... Estoy seguro de que comprende las razones para semejantes precauciones...

La voz del hombre dejó claro que no le preocupaba gran cosa el que Kleiber lo entendiera o no.

—Lo haré —contestó Kleiber.

Se forzó a sofocar al máximo sus nervios. Supuso que Krebs debía de haber sido amenazado por algún lunático perteneciente a algún estudiantil izquierdista. Tal vez se trataba de algo aún más importante que aquello.

—A las seis en punto en el bar del ala de salidas, aeropuerto de Ginebra. Los miembros de la tripulación llevarán uniforme completo con gorra con visera.

—Allí estaré —respondió Kleiber, y trató de colgar antes de que el secretario lo hiciera, pero perdió la carrera.

Se sonrió para sí. Sería divertido poder decirle a Max que había estado en Venecia, Italia, desde que se habían visto aquella tarde. Consultó el reloj. Le quedaba suficiente tiempo para jugar un partido de tenis antes de ducharse y estar preparado para la reunión. Se preguntó qué miembro de su personal elegiría para el partido. Willi Kleiber sólo disfrutaba del tenis cuando conseguía una resonante victoria.

Exactamente a las seis, Kleiber llegó a la cita. Llevaba un traje liviano de color gris, de lana y poliéster, camisa blanca, corbata de club inglés y unas lustrosas botas hasta los tobillos con cremallera lateral. El hombre uniformado que se encontraba con él, asintió con deferencia y le escoltó a través de la zona especial de Aduanas e Inmigración, destinada a los movimientos de los aviones particulares. Un «Ford Escort» azul le aguardaba para llevarle hasta el otro lado del aeropuerto.

Kleiber se miró el reloj y asintió admirado ante semejante eficiencia. Sólo habían pasado quince minutos de las seis cuando subió al «Jet Commander». Este avión de ocho asientos era uno de los tipos más antiguos de aviones para ejecutivos, con dos reactores gemelos, pero su impecable diseño y sus emblemas azul y gris, le hicieron decidir a Kleiber que se trataba de uno de los aviones más bonitos que nunca hubiera visto. Una vez dentro, vio que la tapicería de los asientos era azul, con enmoquetado gris para hacer juego con los colores exteriores. También se percibía el fugitivo olor de las cosas genuinas, el de pulimento de metales, aceite ácido y algún otro indefinible aroma más, que distingue a los coches caros deportivos de las imitaciones producidas en masa, aparte del sonido de los cubitos de hielo que se entrechocaban débilmente en cristal de Waterford.

—Tome asiento en la primera fila, Mr. Kleiber —le dijo el hombre que le había escoltado a través de la Inmigración y demás formalidades—. Mr. Krebs está ya a bordo. Se reunirá allí con usted en unos minutos.

Kleiber tocó el tapizado de cuero con sensual apreciación. El avión había sido diseñado para proveer a los pasajeros la mejor visión posible; los extremos de las alas estaban más atrás que las últimas ventanillas. Desde aquí podía conseguirse una inmejorable vista del paisaje.

—¿Un cóctel de champaña, señor?

Apareció un camarero con unos vasos en una bandeja de plata. Kleiber asintió y le colocaron en el reposabrazos un vaso alto de cristal tallado, junto con una servilleta de lino y un platito con biscuits. Kleiber se volvió en el asiento en busca de Mr. Krebs, pero la parte posterior de la cabina de pasajeros estaba oculta por unas cortinas.

—Sujétese el cinturón, por favor, señor. Estamos a punto de despegar...

Kleiber asintió y se echó de nuevo hacia atrás en su asiento. Aquélla era la vida que deseaba. Cerró los ojos; durante un momento, aquél fue su reactor privado, y a su lado se encontraba alguna muchacha de buena delantera que le acompañaba para pasar un fin de semana de fuerte sol, frío océano y frescas ropas des cama recién lavadas. Sin abrir los ojos sorbió un poco más de su cóctel de champaña.

Los motores del avión empezaron a rugir con fuerza y luego, tras soltar los frenos, el reactor se puso en movimiento y corrió por su pista perimetral. Kleiber se inclinó hacia atrás y bebió más champaña. Podía ver al piloto hablar por su micrófono para disponer el despegue con la torre de control. En el extremo de la pista de despegue, el avión se balanceó durante un momento sobre sus ruedas frenadas. Luego, con los motores a plena revolución, comenzó a correr por la pista, ganando velocidad hasta que se precipitó en el aire.

Kleiber miró a su alrededor. El ayudante de la cabina, y el hombre que le había saludado por su nombre, se encontraban atados en sus asientos dos hileras detrás de él. No se veía a nadie más. Descansó hacia atrás la cabeza y miró por la ventanilla. El paisaje se fue alejando más y más, mientras el reactor inclinaba su morro en una fuerte subida, a fin de ganar altura para el vuelo por encima de los Alpes.

El sol hacía brillar de deslumbrante color amarillo los picos de las montañas, mientras los valles escarpados se hundían en límpidas fosas de sombras azules. «No había nada confortante en semejante belleza», pensó Kleiber; más bien resultaba intimidante. Durante incontables años, los glaciares de lento avance habían esculpido las montañas; ahora sólo quedaba de ellas la más dura subestructura cristalina. Era sólo un ejemplo más de la forma en que la Naturaleza favorece a los más fuertes, o más adaptables. El cóctel contenía demasiado coñac y no suficientes amargantes para su gusto, pero aquello no importaba. Contempló el espectáculo que tenían debajo de ellos. Una ruta directa a Venecia les llevaría por encima de las cumbres más elevadas de los Alpes. Localizó el Matterhorn, con su feroz y angular filo parecido a un hambriento mendigo entre sus rechonchos y nevados hermanos.

Kleiber se pasó una mano por los ojos y halló un poco de sudor febril en su frente. Incluso el vaso de champaña acercado contra la misma, no logró enfriar su cerebro. Se sintió mareado y trató de sostener su vaso con mayor fuerza, pero a pesar de su presión el recipiente se le escapó de sus engarfiados dedos y se estrelló contra el mamparo metálico. Vio cómo el burbujeante

champaña corría por las puntas de sus botas y sintió náuseas y la curiosa sensación de una interminable caída, que sólo había conocido con anterioridad después de beber con imprudencia. Se pasó una mano por la boca en cuanto sintió el vómito; no pudo desabrocharse la hebilla. La corbata parecía estarle ahogando y sintió cómo el sudor le inundaba la cara. Se inclinó hacia delante para... se inclinó hacia delante... y luego ya no hubo más que caída y negrura y, al fin, sólo una oscuridad total.

—Ya está inconsciente, Melvin. ¿Dónde diablos consigues esos «Mickey Finns»?

—En Nueva York. De un barman de la Tercera Avenida. Solía ser una mezcla simple, pero últimamente se ha convertido en algo demasiado fuerte.

—Recuérdame que no vaya por allí.

—No te dejaría entrar, Todd. Debes tener más de dieciocho años.

El ayudante de Kalkhoven le alzó el pulgar y el piloto comenzó a hablar con tierra, pidiendo un cambio de ruta hacia Frankfurt del Main.

Todd Wynn se dedicó a recoger los pedazos rotos de cristal del destrozado vaso alto de champaña. Kalkhoven se dirigió en busca de las mantas del Ejército de Estados Unidos y de la camilla. Para cuando llegaron a Frankfurt, el inconsciente Wilhelm Kleiber estaba preparado para ser trasladado a un transporte aéreo médico de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. La documentación ya estaba dispuesta. Kleiber se había convertido en el capitán Martín Moore, un oficial de Infantería destinado en Berlín, que ahora sufría de una enfermedad vírica inidentificada y que era trasladado a un hospital especializado, en Estados Unidos, para ser sometido a las correspondientes pruebas.

La decisión de secuestrar a Wilhelm Kleiber había sido tomada al mayor nivel de la Información norteamericana. El miércoles, 1 de agosto, el subdirector de la Central de Inteligencia se había hecho cargo de lo que ahora se denominaba «Expediente Parker», y lo había llevado al despacho del director, en el piso séptimo del edificio de la CIA en las afueras de Langley, en Virginia. La transcripción de la conversación de Kleiber con Parker, grabada la tarde anterior, constituyó un factor importante en esta decisión.

El subdirector pidió libertad para manejar este caso de la forma en que el director de proyectos había propuesto, pero la implicación de Yuri Greshko —un funcionario de la Embajada soviética— en las actividades de espionaje de Edward Parker, significaba que la decisión debía ser tomada por los

consejeros más próximos al presidente. El director discutió el expediente con su ayudante durante noventa minutos. Al final de lo que se convirtió en una reunión instructoria, el director salió, empleando su ascensor privado manejado en clave, y un «Lincoln» negro con chófer, hacia una reunión de prealmuerzo con el secretario de Defensa y el consejero de Seguridad Nacional del presidente. Al final, se decidió que los, ampliamente aireados éxitos del presidente Carter con los dirigentes soviéticos, en las conversaciones SALT, en junio, no constituían una buena razón para modificar de ningún modo las acciones de la CIA para limitar el espionaje ruso contra Estados Unidos. La CIA recibió permiso para actuar contra los espías «con el máximo vigor».

La nueva importancia que se le había concedido al proyecto en la actualidad, y la necesidad de abordarlo sobre unas bases a nivel mundial, significaban sacarlo de la División de Operaciones Domésticas y concederle un nuevo número de expediente. No obstante, el director de proyectos y Sam Seymour, el montador de expedientes, conservaron sus actuaciones. Y lo mismo sucedió con Melvin Kalkhoven, el agente de campo.

Fue Kalkhoven el que planeó apoderarse de Wilhelm Hans Kleiber. Kalkhoven voló desde Washington a Frankfurt la noche del miércoles, 1 de agosto, a fin de conseguir la plena cooperación del Servicio de Seguridad alemán. El oficial del BND, en Hamburgo (que era responsable del contacto directo con Londres y enlace con el Servicio Secreto británico), no fue puesto al corriente de esta nueva evolución. Tampoco se informó al SIS británico. Como en otros asuntos de alta prioridad, se trató bajo unas bases de «comunicar lo estrictamente necesario».

Melvin Kalkhoven se puso en contacto urgente con un muy conocido hombre de negocios alemán —Helmut Krebs—, y le preguntó si se podía emplear su nombre en conexión con una operación de seguridad. Krebs, un hombre de impecables credenciales, bien conocido en Washington, dio en seguida su consentimiento. Unidos, Krebs y Kalkhoven dispusieron cómo debían ser efectuadas las llamadas telefónicas para conocer el paradero de Wilhelm Kleiber. Los repetidos mensajes dejados en la oficina de Kleiber y en su domicilio, al fin produjeron los correspondientes resultados.

Existen treinta y seis enlaces telefónicos entre Alemania y Suiza. Cada enlace tiene quinientas líneas telefónicas. Así, fue necesario interceptar —o, por lo menos, registrar las llamadas— unas dieciocho mil líneas telefónicas diferentes durante el período en el que el personal de la oficina de Kleiber o

su familia, se suponía que podrían transmitirle los ficticios mensajes de parte de Krebs.

La llamada telefónica que Kleiber recibió de su oficina de Munich, permitió al departamento de vigilancia telefónica —Am 3—, del Servicio de Espionaje federal de Alemania Occidental, facilitar al agente de campo de la CIA, Kalkhoven, una transcripción de la conversación de Kleiber y de la dirección de la casa junto al lago de Ginebra, donde éste recibió la llamada. Esto confirmó que Kleiber se había tragado la historia de Krebs. La oficina de la CIA, en Frankfurt, tras haberse asegurado un lujosamente equipado «Jet Commander», lo había hecho volar hasta Ginebra y situado una tripulación de la CIA en el mismo.

Las instrucciones de Kalkhoven incluían la observación estricta de que, la fase final de la operación, debería recibir una aprobación al más alto nivel. Por ello, a las cinco de la madrugada, del 3 de agosto, el oficial de servicio de la planta de operaciones de Langley, recibió el télex en clave de Kalkhoven, con el código NIACT (para entrar en acción antes de la mañana siguiente). Una vez descifrado, el mensaje decía: «El que debe ser bendecido es bendecido y el que debe ser maldecido es maldecido».

La seriedad del secuestro de un ciudadano alemán en Suiza, y las repercusiones que podría llevar aparejadas, acarreó otra larga reunión con el subdirector y el director de proyectos. La respuesta no llegó a Ginebra hasta el día siguiente. Kleiber telefoneó pidiendo una reunión inmediata, cuando la respuesta de Washington alcanzó a Kalkhoven. El texto del cable de Langley aprobaba el plan del secuestro de Kleiber y revelaba la nueva dimensión del director de proyectos. «Quienquiera que le obligue a marchar una legua, debe ir con él dos». No obstante, Kalkhoven señaló que aquello era del Nuevo Testamento.

Para cuando el inerte cuerpo de Wilhelm Kleiber fue cargado en el «Boeing C-135», del Servicio de Transporte Aéreo Militar, en Frankfurt, Melvin Kalkhoven llevaba en la mano un puñado de mensajes e instrucciones. La CIA se había enterado de la incursión que la Policía suiza había realizado en la casa de Kleiber junto al lago, y su contacto en el interior de la oficina del Servicio de Espionaje suizo, en Berna, creía que aquella información había llegado procedente de Londres.

Kalkhoven se sentó al escritorio del sobrecargo, en la parte trasera del gran transporte «Boeing». La cabina que tenía ante él se encontraba oscura, excepto las tenues lámparas rojas de seguridad y un cerco de luz amarilla alrededor de la puerta del compartimiento de la dotación, en la parte

delantera. Su ayudante regresó de comprobar que Kleiber seguía aún inconsciente. Le habían administrado un anestésico que debería ser renovado antes de que alcanzasen la «Andrews Air Force Base», en Maryland.

—¿Qué harán con ese tipo, Melvin?

—Al parecer, existen las suficientes pruebas como para atribuirle el asesinato de California.

—No bromees conmigo, Melvin. No hemos atrapado a ese fulano a fin de entregarle al Departamento de Justicia. Y si acude ante el tribunal acusado de un secuestro con asesinato, se quejará acerbamente de los arreglos para el viaje que hemos hecho con él. La Agencia recibirá un montón de huevos en la cara, Melvin, y esto no va conmigo...

—Yo no soy el que dirige la compañía —respondió Kalkhoven—. Sólo trabajo para ella. Esta operación se ha hecho muy importante. Tengo que pedir permiso por escrito a Langley cada vez que voy a defecar.

—¿Crees que le harán cambiar de idea?

—¿Te refieres a darle un trabajo con nosotros? Confío, terriblemente, en que no, Todd. No deseo trabajar al lado de un mortífero bastardo como ese de ahí...

—Las nuevas políticas significan nuevos aliados, los nuevos aliados nuevos amigos. Así es cómo está el juego, Melvin, sólo tienes que leer los periódicos para enterarte.

Todd miró a su alrededor para ver el rostro de Melvin Kalkhoven. Aparecía iluminado por abajo por la luz de escaso voltaje que se encontraba en el escritorio. «Encorvado encima del inclinado escritorio, parecía más que nunca algún fanático de la Biblia del siglo XIX», pensó Wynn.

—«El no abandonar a un viejo amigo por uno nuevo, no equivale a compararle con él; un nuevo amigo es como un vino nuevo, cuando sea viejo, lo beberás con placer».

Todd Wynn sonrió nerviosamente y se preguntó si Melvin Kalkhoven sabía que la gente le llamaba «el pesado de la Biblia». Probablemente, sí; siempre parecía saber mucho más de lo que revelaba.

El hombre de Londres en Ginebra era un expolicía de aspecto desecado llamado Hugo Koch. Se había hecho de una reputación en la Policía de Zurich hasta que, en 1965, quedó envuelto en un escándalo con la hija de diecisiete años de un alto oficial de la Policía. Koch tuvo que dimitir del Cuerpo. Ahora, a los cuarenta y nueve años, vivía y trabajaba en un pequeño apartamento de una zona suburbana de Ginebra, cobrando deudas, entregando citaciones legales a demandados reacios y siguiendo a esposas descarriadas. No era un trabajo del que Hugo Koch disfrutase mucho, pero, en realidad, nunca había disfrutado con ningún tipo de trabajo, puesto que Koch era, por naturaleza, un melancólico. No bebía, no fumaba y, desde aquel ignominioso asunto en Zurich, sus relaciones con las mujeres se habían hecho mucho más desapasionadas.

Koch quedó complacido cuando, en 1969, un hombre que se describió a sí mismo como agente de la CIA, le ofreció un contrato. Koch se mostró de acuerdo y sirvió muy bien a sus amos. No le habían requerido mucho más que para recoger o entregar paquetes, observar e informar sobre individuos seleccionados, o proporcionar direcciones como buzón. Aquella tarea no le proporcionaba el menor escrúpulo moral ni comprometía su fidelidad a Suiza, a la que amaba con una constancia por la que habían suspirado muchas de las mujeres de su vida, fracasando en conseguirlo. A veces, se preguntaba si para sus amos extranjeros en realidad se ganaba su sueldo, pero los pagos llegaban de una forma regular a su cuenta bancaria y no tenían en absoluto quejas de él. Al paso de los años, Koch se había llegado a dar cuenta de que no estaba empleado por los norteamericanos sino por el Servicio Secreto británico; pero dada la clase de discreción que albergaba el alma suiza de Koch, éste encontró muy fácil comprenderlo.

Una vez le dijeron que siguiera e informase acerca de los movimientos del coronel Pitman, Hugo Koch valió con creces cada penique que le pagaban en Londres. Cualesquiera que fuesen las deficiencias que hubiese mostrado en la investigación criminal científica, quedaban más que compensadas por su

destreza en las calles. Era un policía instintivo que encontraría un bolso robado en un campo de fútbol, o conjeturaría la forma de lograr una confesión a través del aspecto de los sospechosos. Pero nunca había disfrutado siendo conductor de la Policía, y el «Mini» que había alquilado para esta vigilancia, tampoco era de su agrado. Koch vio cómo el coronel Pitman indicaba que iba a girar a la derecha e hizo avanzar su propio coche para seguirle. Los dos coches doblaron por la esquina de la Rue de Monthoux en rápida sucesión, y luego giraron de nuevo en el muelle que bordeaba al lago.

Pitman le proporcionó una buena carrera y casi disfrutó con ella. El «Mini» alquilado resultó sorprendentemente rápido y cuanto más corría más mejoraba en su funcionamiento. Muchos conductores de ciudad habrían calentado las válvulas y ensuciado las bujías. Ahora, con el pie pisando a fondo, Koch mantuvo el paso con el «Jaguar», dejando el suficiente espacio entre ambos.

Cuando el coronel John Elroy Pitman sufrió su ataque cardíaco, sus manos se soltaron del volante y el coche se subió a la barandilla de protección central, lanzando a ambos hombres del «Jaguar» contra el techo del mismo. El coche chocó contra la valla y se abrió paso a través de los blancos postes indicadores como una sierra de cinta por en medio de una hilera de fósforos, lanzándoles muy hacia arriba y arrojándolos más allá del tráfico contrario.

El «Jaguar» saltó por la mediana de hierba hasta que, marchando aún a noventa kilómetros por hora, se estrelló contra las vigas de acero que constituyen las medidas estándar de seguridad colocadas en todas las *autoroutes* suizas. Se produjo entonces un ensordecedor estrépito, mientras el «Jaguar» levantaba un montón de chispas blancas de la barrera y rebotaba de nuevo contra la autopista. Los cristales comenzaron a romperse mientras se retorció la estructura del automóvil. Al retroceder hacia la autopista, la sacudida de la alta barandilla fue suficiente para reventar el neumático delantero y el coche se ladeó por segunda vez para comenzar a dar vueltas. Cruzado en el centro de la autopista, aun avanzando muy de prisa, se inclinó sobre un lado y, con otro surtidor de chispas y un chirrido terrible, se deslizó descansando en el techo, arrojando las manecillas de las puertas, limpiaparabrisas y tapacubos en su estela. Como un enorme cohete, el destrozado «Jaguar» chocó contra el arcén. Aún continuó su avance, arrojando al aire un cañonazo de césped arrancado, hasta que se paró definitivamente entre una nube de vapor del radiador hirviendo y el claxon aullando como un torturado babuino.

Detrás del «Jaguar», Hugo Koch forcejeó con el volante mientras fragmentos de restos llegaban volando hacia él. Un tapacubos se estrelló contra la parte delantera del coche y golpeó el parabrisas con terrible ruido. Koch alzó una mano enfrente de la cara, pero, por un milagro, el cristal no se rompió y el tapacubos plateado destelló a la luz y rebotó encima del techo, con un estrépito parecido al repiqueteo de las campanas de una iglesia.

Delante de él, el «Jaguar» atravesaba la autopista a pocos centímetros de sus ruedas delanteras. Mientras sus parabrisas se hacían pedazos, una lluvia de cristales rotos resonó encima de él cual una ráfaga de nieve. Los coches se dieron un topetazo mutuo. Pisó a fondo el freno.

Koch echó un vistazo para observar el caos de la autopista sembrada de cosas. Mientras lo hacía, un camión articulado alcanzó a un «Ford Cortina». Éste se deslizó por la carretera fuera de control, con los neumáticos reventados. Cuando las llantas metálicas entraron en contacto con la superficie de la carretera, comenzó a girar sobre sí mismo. El camión articulado coleó.

Koch casi se puso en pie al proyectar todo su peso sobre el pedal de los frenos. Con un enorme chirrido y un olor a goma quemada, su «Mini» se detuvo a un lado de la carretera. Detrás de él, el camión articulado chocó contra la barrera con un estrépito que le ensordeció, y luego pasó a su lado fuera de control, como un enorme edificio que se desplazara por la autopista con el rugido de un reactor en vuelo bajo.

Koch corrió hacia el «Jaguar». Pitman estaba sujeto por el cinturón de seguridad, pero sus brazos aparecían retorcidos e inertes y tenía el rostro ensangrentado. El peso de Stein y su corpulencia le habían lanzado contra el suelo del coche. Esto consiguió salvarle sin nada más grave que un golpe en la cabeza que le dejó inconsciente. Koch abrió las puertas y arrastró las dos inerte figuras hasta la calzada. Se quedó mirando a Pitman; aquel tipo viejo estaba muerto, pero el pulso de Stein era aún lo suficientemente firme, y aunque su respiración era rápida y profunda, con todo resultaba regular. Stein gimió; al parecer estaba recuperando el conocimiento. Koch le volvió hacia un lado para que no hubiera peligro de que se tragase su propia lengua y se ahogara con ella; luego regresó a los restos del «Jaguar» y empezó a mirar su contenido. Estuvo escasos momentos en el coche antes de que éste se incendiase.

La noche del sábado, 4 de agosto, la banda de circulación de Ginebra a Lausana de la *autoroute* quedó cerrada durante cuatro horas, mientras la Policía despejaba la confusión de restos. Hugo Koch ayudó todo lo que pudo.

Reconoció a dos de los policías y contribuyó, como excelente testigo ocular, a la descripción de la colisión, aunque omitió mencionar que él se encontraba en cierto modo conectado con los ocupantes del coche siniestrado. Tampoco hizo mención de la bolsa marrón de lona o del paquete que había sacado del «Jaguar» de Pitman antes de que ardiese.

Hugo Koch abrió los paquetes que había cogido del coche de Pitman y luego telefoneó a Londres desde una cabina telefónica. Le habían dicho que aquél era el mejor procedimiento para un caso de emergencia. El operador del SIS llamó a la casa de Boyd Stuart y le conectó la línea. Koch explicó brevemente todo lo que había visto.

—Mis órdenes se referían sólo al coronel Pitman —explicó Koch—. Pues bien, ha muerto. Su «Jaguar» blanco es una completa ruina. Ha estallado en llamas, pero conseguí sacar a Pitman antes de que esto sucediese. Había un pasajero con él, un hombre gordo, al parecer, se trata del Charles Stein según su descripción.

—¿Qué le ha sucedido a Stein?

Koch perdió un poco de su estólida compostura suiza.

—Me he encontrado en una colisión múltiple, señor mío. Había cadáveres por todas partes, incluso he visto a una familia entera inerte en la carretera. No he podido hacer un recuento de cadáveres, y tampoco hubo demasiado tiempo para realizar una labor de detective... No sé qué le ha sucedido a Stein. Ya había desaparecido cuando regresé para registrarle.

—Muy bien, muy bien. ¿Registró usted a Pitman?

—Tarjetas de crédito, un poco de dinero, pasaportes. Nada fuera de lo corriente. Lo dejé todo en su sitio.

—Ha hecho un magnífico trabajo, Hugo. Váyase a casa y duerma un poco...

—Muy bien —respondió Koch con una completa falta de entusiasmo—. Y tengo también aquí un paquete. El coche se incendió y el maletero estaba cerrado, por lo que no pude introducirme en su interior como puede comprender...

—¿Un paquete?

—Se encontraba debajo del asiento del coronel Pitman en el «Jaguar» blanco. Pensé que tal vez fuese algo que pudiese interesarle. Una bolsa de plástico cerrada que contenía un viejo expediente de la época de la guerra. Tiene sellos de inventario del Ejército norteamericano. En una etiqueta puede leerse: «Documentos mecanografiados, en idioma alemán, aprox. 300

páginas. Caja 4001». Es muy viejo. El coche se incendió después, así que nadie ha podido echarlo en falta. Supongo que obré correctamente.

—¿Lo encontró en el «Jaguar» blanco de Pitman?

—Se necesita tener instinto acerca de las cosas que pueden ser de valor. Estaba al alcance, pero oculto, lo cual, por lo general, es un signo de que la gente le concede importancia. Si se hubiera encontrado en el estante trasero, no me hubiera quemado la mano para sacarlo. —Koch bostezó—. ¿Quiere que se lo envíe? Aún no lo he abierto.

—Déjelo cerrado y no lo pierda de vista, Koch. Tomaré el primer vuelo de mañana y me dirigiré directamente a su casa. Mientras tanto, no salga, ni siquiera a comprar cigarrillos, ¿entendido?

—No fumo —respondió Koch.

Boyd Stuart tomó la hora de la llamada, hizo un informe del mensaje en términos criptográficos para el funcionario de servicio y le dijo que avisara a la sección del SIS de Los Angeles que el Departamento había perdido el contacto con Stein. Siempre existía la posibilidad de que, más pronto o más tarde, apareciese por el Aeropuerto Internacional de Los Angeles. También pidió al oficial de guardia que le comprase un billete para el primer vuelo a Ginebra. Tras todo esto, colocó de nuevo la alarma en el reloj despertador y regresó a la cama con Kitty King.

—¿De qué se trataba? —le preguntó la chica.

Le tendió los brazos medio dormida.

—Era un número equivocado.

—Eres un condenado mentiroso —le dijo Kitty.

—Era la chica del piso de arriba que tenía problemas con su cremallera.

—Eres un bastardo —bromeó la chica mientras se abrazaban—. ¡Para! ¡Tienes las manos demasiado frías!

Aunque tomase el primer vuelo de la mañana, desde Londres, era casi mediodía del domingo, 5 de agosto, cuando Stuart llegó al apartamento de Hugo Koch en Ginebra. Se encontraba en el segundo piso de un bloque que albergaba, principalmente, dentistas y abogados. Eran unos apartamentos muy amplios, diseñados para que los ocupantes viviesen y trabajasen en los mismos locales. La calle aparecía vacía, excepción hecha de algunas personas que se dirigían a la iglesia.

La puerta exterior, que llevaba el nombre de Hugo Koch escrito sobre un nítido rectángulo negro de plástico, estaba sin cerrar. Cuando Stuart la empujó, se abrió y sonó un zumbador en el vestíbulo, y Hugo Koch salió secándose las manos con un trapo de cocina.

—Me llamo Stuart..., de Londres.

—Koch. Hugo Koch. Recibí el mensaje. Tengo café preparado. ¿Quiere un poco?

En la estancia que Koch empleaba como despacho, se veía una bandeja ya dispuesta con unas grandes servilletas de lino y una jarra de crema con biscuits de chocolate, dispuestos geométricamente a un lado de un plato con tapete. Era como si todos los esfuerzos de Koch se hubieran agotado en la cuidadosa preparación de estos alimentos, puesto que el resto de la habitación era muy austera, por no decir pobre. Las sillas tubulares de oficina necesitaban reparar su tapizado, y el papel de las paredes era viejo y había perdido el color. En la pared se encontraba un cuadro a la acuarela enmarcado de los Alpes y un calendario de anuncio de una compañía relojera. En lo alto de los archivadores metálicos, que se alineaban a un lado de la amplia habitación de oficina, aparecían pilas de documentos y periódicos antiguos. Un viejo reloj de péndulo en la pared estaba parado y sus manecillas señalaban las doce. Koch regresó de la cocina con una jarra de porcelana con café.

—¿No resultó herido en el accidente? —preguntó Stuart educadamente, mientras aceptaba el café y se servía un poco de crema.

—Pasé un año conduciendo un coche de la Policía —respondió Koch—. Siempre mantengo un buen espacio de carretera entre mi coche y los de delante.

—¿Puedo examinar los documentos? Hum, qué café más bueno...

—Ya se los han llevado a Londres...

—¿Ya...?

—Llegó aquí antes de las siete. Por fortuna, soy muy madrugador. Me estaba haciendo el desayuno.

—Yo he venido en el primer avión.

Koch se encogió de hombros.

—Existen otros medios..., aviones privados, aviones militares...

—¿Quién? —preguntó Stuart.

—Un hombre viejo, muy alto, con el cabello largo encima de las orejas. Ryden, ése dijo que era su nombre, aunque esto para mí no significa gran cosa en esta clase de negocios.

Koch sonrió para demostrar que también sospechaba que el de Boyd Stuart era un nombre falso.

—Lo confirmé con Londres y me respondieron que todo estaba en orden. Me firmó un recibo. Era auténtico, se lo aseguro.

—¿Ryden?

—Llevaba un audífono en el oído derecho. No se le ajustaba de modo adecuado y siempre se estaba tocando las orejas. Demasiado viejo para este tipo de trabajo, si quiere mi opinión, pero supongo que un viejo así puede efectuar trabajos de correo.

—Sí —respondió Stuart, registrando el hecho de que Koch le consideraba a él como un correo más.

Las campanas de la iglesia cercana sonaron muy altas a través de la tranquila ciudad sin tráfico.

—¿Así no hay nada más?

—Nada más —respondió Koch—. Siento lo que ha pasado, pero cuando llegó aquel viejo fulano ya sabía que usted habría partido. Tómese un biscuit de chocolate...

—Gracias —respondió Stuart.

Así que su suegro había visto la transcripción de su llamada telefónica departamental y había actuado de inmediato. Era muy astuto aquel viejo bastardo, que se deleitaba con las mentiras y engaños en su trabajo. Koch no tenía la menor idea de que el «correo» era un «supercorreo», el DG en persona.

Stuart echó un vistazo a la habitación. Sabía la clase de vida que los operarios residentes disfrutaban y no envidió a Koch lo más mínimo. Detrás del escritorio de Koch, la puerta de la cocina había quedado abierta y Stuart pudo ver su interior. Había un fregadero lleno de cacerolas sucias y platos. También divisó las tazas de dibujos de flores con las que el DG no cabía duda que se habría tomado su primer café de la mañana. En la mesa de la cocina se veía también un paquete de «Bircher Muesli» y una gran lata, de formato económico, de «Nescafé», que habían sido empujados a un lado para hacer sitio a la bolsa de bandolera de lona marrón y a su contenido. Había también dos camisas aún con su envoltura de fábrica y ropa interior de hombre, un par de gafas de sol y un paquete de jabón «Roger & Gallet», perfumado a la madera de sándalo. Stuart se preguntó si Koch se estaría preparando para un viaje de la noche a la mañana; encontró extraño que sólo se hubiera comprado ropa nueva blanca y bastante extravagante su elección del jabón, pero Stuart

hacía mucho tiempo ya que había descubierto que, hasta los más ordinarios mortales, desplegaban sorprendentes debilidades.

Naturalmente, no había modo de que Stuart supiera que aquel hombre inescrutable había entrado en posesión de más de dos millones de dólares en acciones al portador de «Hoffmann-La-Roche», por no decir nada de un muy útil pasaporte brasileño el cual, después de un trabajito de una persona que conocía, le serviría bastante bien para proporcionarle una nueva identidad.

—¿Un poco más de café? —preguntó solícito Hugo Koch—. A veces pienso que me estoy haciendo demasiado viejo para esta clase de trabajo. ¿No ha tenido nunca una sensación semejante?

—Casi cada día —respondió Boyd Stuart.

Aunque las lesiones de Stein debidas al accidente automovilístico no parecían más que superficiales, nunca se recuperó del todo de la conmoción cerebral causada por el golpe en su cabeza. Sus ojos continuaron viendo el mundo de 1979, pero su mente sólo reconoció los recuerdos, los temores y los sueños de mucho tiempo atrás.

Comenzó a volver a la conciencia en el mismo instante en que Koch se alejó de él. Miró los humeantes restos del «Jaguar» del coronel Pitman y el cadáver del coronel, pero vio el jeep ardiendo bajo el firmamento africano.

—Aram —llamó Stein—. El comandante Carson está muerto. Quédate donde estás, ahora voy, Aram.

Con gran lentitud, se puso en pie. Ahora la Policía ya se encontraba en el escenario de los hechos, pero se hallaban demasiado atareados apartando los restos e intentando enlentecer el tráfico. No tuvieron tiempo para atender a Stein.

Conmocionado y confuso, Stein se abrió paso por la *autoroute*, mirando sin comprenderlo el tráfico que pasaba y llamando a su hermano de vez en cuando. Un automovilista, que había pasado por el lugar del accidente, disminuyó la velocidad y retrocedió para recoger a Stein.

—Aeropuerto —dijo Stein, no una vez sino media docena de veces.

La *autoroute* Ginebra-Lausana pasa por el aeropuerto de Ginebra, y aquel buen samaritano tomó a Stein y le llevó hasta la zona de salidas.

Stein se tambaleó al bajar del coche y murmuró:

—Gracias, coronel.

Constituyó una prueba del vigor de Stein —y de la apática indiferencia con la que las líneas aéreas tratan a sus pasajeros— que fuese capaz de pasar todos los trámites de conseguir comprar un billete de primera clase para Los Ángeles. Tal vez hubiese atraído más la atención en la sección turista del «Jumbo», pero el personal aéreo ya se ha acostumbrado, en la actualidad, a encontrar viajeros sucios y despeinados en la zona más lujosa de los aviones.

La tarde del sábado el aeropuerto de Ginebra estaba atestado de grupos turísticos, y la apariencia de Stein no fue observada por el personal del aeropuerto. Pero sí se fijó en él Max Breslow, que estaba haciendo cola en el mostrador del Banco. Inmediatamente telefoneó a Chicago.

—¿Es usted Edward Parker? —preguntó Breslow al hombre que se puso al aparato.

Hizo a un lado la pregunta de Parker de quién le llamaba. Si se trataba de uno de los amigos o colegas de Kleiber, cuanto menos supiera acerca de Breslow mejor sería.

—Mi nombre no importa gran cosa, pero le estoy telefoneando desde Ginebra, Suiza, de parte de un amigo mutuo llamado Wilhelm. ¿Me comprende?

—Le comprendo... —respondió Parker.

—Aquí todo ha salido mal. Ha sido una catástrofe... Dudo que vea a su amigo Wilhelm durante bastante tiempo, puesto que tiene problemas con la Policía. Acabo de divisar a Mr. Stein en la zona de inmigración y seguridad, dirigiéndose a la sala de tránsito. Seguramente, está a punto de subir al vuelo directo a Los Ángeles. Tal vez lleve los documentos consigo, pero no le veo ninguna bolsa. ¿Comprende lo que le digo, Mr. Parker?

En Chicago era poco después de mediodía de aquel sábado. Parker estaba sentado a su despacho comiendo lo que quedaba de un emparedado de jamón y queso, a la plancha, que hacía ya bastante tiempo que estaba frío. Supuso inmediatamente que quien llamaba era Breslow y manipuló en el reloj de su escritorio para calcular los horarios de vuelo entre Chicago y Los Ángeles, al mismo tiempo que entre California y Suiza.

—Sí, le entiendo —repitió—. Asegúrese que Stein sube a bordo... Yo dispondré que alguien se vea con él en el otro lado. Llámeme de nuevo si *no* toma ese vuelo. ¿Hará esto por mí?

Parker había adoptado el hábito norteamericano de hacer que sus peticiones pareciesen educados ruegos.

—Sí —respondió Breslow con desgana.

Edward Parker se sentía también incómodo. Se bebió un poco más de su café sin saborearlo, mientras sus ojos seguían aún fijos en el reloj dorado y plateado de encima del escritorio. Necesitaría ayuda en Los Ángeles. El único hombre que podría emplear allí sería *Rocky* Ramón Paz, un ya mayor luchador de lucha libre, el cual —con cierta ayuda financiera por parte de Parker— había hecho algún dinero en el negocio de automóviles de segunda mano. Paz conseguiría gente de músculo local en un abrir y cerrar de ojos.

Pero *Rocky Paz* no era demasiado brillante, y Parker sabía que los vuelos directos a Los Ángeles llamaban mucho la atención de los de Aduanas e Inmigración, lo cual, inevitablemente, significaba también la presencia del FBI, y a menudo incluso de la CIA.

Parker se acabó el café y luego marcó el número de teléfono de Paz. De repente, antes de terminarlo, colgó. Recordó que los últimos informes recibidos le habían permitido saber que se había advertido la presencia de los británicos en el aeropuerto internacional de Los Ángeles. ¡Maldita sea! Aquello constituía un riesgo, pero si Stein andaba por ahí con las Actas de Hitler debajo del brazo, el apoderarse de él valía cualquier riesgo. Y allí estaba la nueva casa segura en Beverly Hills. Aquél sería un lugar perfecto para retener a Stein, mientras Paz y sus muchachos «trabajaban» con él. Parker miró el reloj por centésima vez y luego llamó de nuevo a Paz.

En verano, Los Ángeles se vuelve tan seco y polvoriento como las pequeñas ciudades del desierto de tierra adentro. Y no obstante, como un oasis en esta gris extensión urbana, Beverly Hills se encuentra medio escondida bajo una jungla de verdor, con sus árboles tan robustos y copudos, sus céspedes tan brillantes y tan verdes, que ir hasta allí equivale a entrar en el mundo de bordes afilados de los pintores hiperrealistas.

Bronwyn es una enorme mansión con un muro de cinco metros, que rodea su gran extensión de jardines. Su piscina climatizada es de un azul brillante, con trampolines, escaleras y unos azulejos tan limpios y nuevos que parece, en conjunto, una pieza de un equipo quirúrgico. A pesar de la piscina nueva, Bronwyn fue construida a principios de los años treinta, lo cual hace de ella una de las casas más antiguas de los alrededores. Siguiendo la anglofilia entonces en boga, fue modelada según fotos de una mansión de estructura de madera de estilo isabelino, en Essex. Desgraciadamente, el arquitecto no visitó Inglaterra, y al no haber fotografías de los laterales o de la parte trasera de la casa original, la parte de Bronwyn que daba a la piscina era de estilo «Hollywood español». Los claustros de estuco habían sido decorados con azulejos de un rojo chillón. Grandes macetas de cerámica rebosaban de camelias rosadas en flor y también de buganvillas de doble floración, de color rojo sangre, así como de crisantemos amarillos.

Todo esto se reflejaba en las tranquilas aguas de la piscina y reinaba allí un total silencio hasta que, desde el lado más alejado de la casa, empezaron a oírse los ladridos del perro guardián y unas maldiciones en rápido español,

mientras un hombre trataba de tranquilizar a la indócil criatura. Los sentimientos de Boyd Stuart de confianza se trocaron en otros de incomodidad. Estaba observando la parte trasera de la casa a través de una pequeña abertura entre el muro y la alabeada madera de la puerta de servicio, que tenía un letrero muy bien dibujado en el que se decía que las entregas sólo se aceptaban entre las ocho y las once, de lunes a viernes. Stuart iba vestido con el mismo mono azul que llevaban los jardineros contratados, y se movía a lo largo del muro del jardín de Bronwyn cortando el ya perfectamente arreglado seto con un largo par de tijeras. Una inspección de cerca habría revelado que aquel par de tijeras no eran del tipo normalmente empleado para jardinería, sino un instrumento de bastante peso y buen acero que los ingenieros de combate emplean para romper las protecciones de alambre espinoso. Inclinado como si inspeccionase las raíces del seto, Boyd Stuart aplicó las mandíbulas de la herramienta a la cadena de la valla. Éstas quedaron cortadas de un satisfactorio tijeretazo. Con rapidez, continuó el proceso hasta que hubo abierto un hueco en la valla.

Se escuchó un grito desde el interior de la casa y una muchacha, con un sumario traje de baño de dos piezas, salió de la puerta de la cocina. Era una chica baja y muy nerviosa, con negro y brillante cabello y una piel de color bronceado, con la cual su traje de baño de color amarillo formaba un perfecto contraste. Dio a los mandos del caliente y humeante *jacuzzi* y éste comenzó a hervir y burbujear, como si se tratara de un caldero de brujas. Se produjo otra llamada del hombre del interior de la casa, preguntando por el *jacuzzi*.

La muchacha no respondió. El hombre salió de la mansión y se quedó casi oculto en los floreados claustros. Era un hombre fornido y de pecho en forma de barril; incluso a aquella distancia resultaba fácil ver que tenía más de un metro ochenta de estatura, con brazos velludos, así como el pecho, y un aceitoso cabello negro, lo suficientemente largo como para crecer en bucles.

—Alguien debe de estar en el piso de arriba —exclamó *Rocky Paz* de mal humor.

—Entonces ve tú —le respondió la chica—. Siempre te encuentras en la piscina. No somos tus criados.

—¡Putá...! —le gritó el hombre.

—¡Cornudo! —le respondió a gritos la chica, pero cogió una chaqueta de toalla y se la puso.

—Sólo por una hora —le dijo la muchacha—. Luego debo ir a Rodeo Drive. Tengo cita en la peluquería.

—Cita en la peluquería —repitió el hombre, pasándose la mano por el pecho y echando hacia atrás la cabeza en un ademán de desprecio—. ¿Te crees que esto es una jodida fiesta en el jardín?

La muchacha se abrió paso delante de él y entró enfadada en la casa. El hombre suspiró y la siguió.

—Y ahora que no te dé por uno de tus cambios de humor —le oyó decir Stuart mientras desaparecía adentro.

Stuart empujó la valla de alambre espinoso para que se abriese una buena abertura lo suficientemente grande para permitirle el paso. Luego, con una rápida mirada por encima del hombro a las vacías calles de Beverly Hills, y una fugaz inspección de las ventanas superiores de Bronwyn, atravesó la valla y corrió, con la cabeza agachada, entre los arbustos.

Boyd Stuart se escondió detrás de un nicho de madera empotrado en un espacio para comer al aire libre. Allí se encontraba una amplia mesa, con el tablero de cristal, y una docena de sillas de comedor metálicas, con sus brillantes almohadillas de plástico para asiento amontonadas en un rincón. Se quitó su mono azul y lo ocultó de la vista. Ahora sólo podía oír su propia respiración; la casa estaba silenciosa. El nicho en el comedor se hallaba lo bastante cerca de una cocina en el primer piso, con otra puerta que conducía directamente a la estructura principal de la casa. Stuart entró en ella. El acondicionador de aire estaba en funcionamiento y el aire era frío, y la casa, cerrada y oscura. La caja de la escalera de nogal era amplia y muy elaborada, con grandes rosas talladas en cada descansillo.

Stuart se precipitó al piso de arriba donde vio que estaba encendida una luz, pero cuando llegó al final de la escalera, una voz masculina le dijo en voz baja:

—Detente, compañero, o te hago pedazos.

Stuart se dio la vuelta para ver a alguien que no había observado antes. Era tan fornido como el hombre que ya había divisado en la piscina, pero diez años mayor: un hombre musculoso, de pómulos pronunciados y ondulado cabello gris. Iba vestido por completo con un traje de franela de chaqueta recta. En su mano empuñaba con gran firmeza un revólver del 38. Se trataba de la primera confrontación de Boyd Stuart con Edward Parker, el residente ilegal de la URSS.

—¿Quién eres? —le preguntó ahora Parker.

—Ya le diré quién soy —respondió Stuart fingiendo cólera—. Soy su maldito patrón, eso es lo que soy...

Se trataba de una imprudente improvisación, pero pareció funcionar. Lo vio en el rostro de Parker.

—Así que aparte esa condenada pistola o tendré que derribarle.

Fue el acento británico de Stuart lo que ayudó al engaño, al mismo tiempo que la confianza de Stuart y su carencia de temor.

—¿Patrón?

«Era absurdo —pensó Stuart—, que pudiera mostrarse tan tranquilo y calculador cuando había alguien que le estaba apuntando con un arma». Había ocurrido algo así en el tiroteo en el depósito de autobuses de Turín, y cuando los húngaros le localizaron trepando por el alambre espinoso de su frontera, por no decir nada de cuando atravesó las líneas policiales en Rostock.

—Sí, *patrón* —repitió Stuart—. No he firmado el contrato, ya lo sabe; tal vez su abogado no le ha dicho que...

Parker frunció el ceño y trató de recordar con quién le habían dicho que concertase el alquiler de aquella casa de seguridad y de qué detalles había tratado.

Stuart gesticuló malhumoradamente, manoteando y sacudiendo la cabeza. Se trataba de un asunto de tiempo, como era natural. Stuart estaba observando el revólver con el rabillo del ojo. Apenas había oscilado, pero Stuart se había acercado un poco más. Cuanto más cerca de un hombre se está con semejante arma, más seguro era él, dada su destreza y buen entrenamiento, puesto que con un arma que casi toca el cuerpo, incluso una persona en su primer mes de adiestramiento puede ser capaz de apartarla a un lado con mayor rapidez que el apretar, simplemente, el gatillo.

—¿Me oye? —repitió Stuart, manteniendo su presión y acercándose aún más—. Soy el dueño, no un ladrón. Y ahora, aparte esa maldita pistola.

Aquello era probablemente lo máximo que podía conseguir, decidió Stuart. En cualquier momento a partir de entonces, Parker se agarrotaría, se haría más suspicaz y de este modo él habría perdido su momentánea ventaja.

Stuart eligió bien el momento. Un ademán con su mano derecha, levemente más frenético que los anteriores, se convirtió en un hachazo de la mano que aterrizó en la muñeca de Parker, mientras la mano izquierda de Stuart agarraba el cañón de la pistola y lo retorció con fuerza. Los dedos de Parker quedaron atrapados en el guardamontes del gatillo y la muñeca se torció hacia atrás lo suficiente como para infligirle un fuerte dolor y retorcerle los músculos. Parker lanzó un chillido. En aquel momento, Stuart ya tenía la pistola en la mano izquierda. Cuando Parker estaba aún inhalando aire con que alimentar sus gritos, Stuart bajó la culata de la pistola sobre su cabeza.

Resbaló por el cráneo de Parker y se llevó un pedazo de carne de la oreja. Aquel golpe hubiera hecho caer a la mayoría de los hombres, pero Parker tenía una resistencia excepcional. A pesar del dolor que sentía continuó luchando. Con la mano herida, bajó la cabeza y se lanzó contra el pecho de Stuart. Aquello resultó algo parecido a encontrarse con la pala de un bulldozer. Fue el turno de Stuart para que éste gruñese de dolor, pero conservó el anua, y aún la sostenía en la mano cuando Parker cerró sus brazos en torno de él en un abrazo de oso, que le quitó el aire de los pulmones.

Los dos hombres tropezaron por el descansillo como si se tratara de un roto juguete mecánico. Stuart sintió que perdía fuerzas y se esforzó por respirar. Lanzó puntapiés con mala intención. Ahora había perdido su calma fría y sus acciones fueron generadas por un creciente pánico, mientras hacía oscilar su peso hacia atrás y hacia delante, tratando de liberarse del terrible apretón de oso que le nublabla el cerebro. Sus fuerzas se habían casi debilitado por completo cuando Parker perdió pie en el borde del descansillo y los dos hombres, aún férreamente abrazos, rodaron por las escaleras, una y otra vez, con brazos y piernas revolviéndose en el aire, y los codos, rodillas y cabezas traqueteando contra los barrotes, rebotando los cuerpos contra los enmoquetados escalones.

Constituyó una suerte para Stuart que la cabeza de Parker golpease contra las rosas labradas, con la suficiente fuerza como para mellar los pétalos de madera y dejar al propio Parker inconsciente. Stuart tardó unos momentos en recuperarse; luego, arrastrándose como pudo, llegó otra vez al descansillo superior.

—¿Quién es?

Era la voz de Stein. Había escuchado aquel barullo.

—Soy Stuart, el inglés —respondió Stuart—. Apártese de la puerta.

Adelantó el pie y, apoyándose con la mano plana contra la pared que se encontraba detrás de él, dio una patada en la cerradura. La puerta reventó y dejó los restos de la cerradura colgando del marco.

Charles Stein se encontraba en el interior. Iba en paños menores y estaba atado a una silla con unos cordeles de nilón, pero había conseguido quitarse la mordaza de la boca. Una bombilla de pocos vatios proporcionaba una escasa luz.

Stuart sacó del bolsillo el cuchillo del Ejército suizo que formaba parte de su equipo normal. Aserró el nilón hasta que se quebró.

Stein siguió en la silla y comenzó a frotarse los tobillos entumecidos por las ligaduras.

—¿Quiénes son esos bastardos? —dijo Stein.

—Trabajan para los rusos —explicó Stuart—. ¿Puede andar? Tenemos que salir de aquí, pues aún hay más...

Stein siguió frotándose los tobillos y las muñecas hasta que la sangre volvió, gradualmente, a circular. Miró a la pistola que Stuart empuñaba aún.

—¿No ha disparado contra ninguno de ellos?

—Aún no —repuso Stuart, ayudando al hombre gordo a ponerse en pie.

—Yo puedo hacerlo —explicó Stein.

—Siga adelante. Tenemos un coche en la puerta de entrada.

Stuart miró su reloj.

—Por lo menos, estará allí dentro de dos minutos; un «Cadillac» de color verde claro. Entre y espéreme en él.

Stein bajó penosamente por las escaleras, apoyándose en el pasamanos y encogiéndose de dolor. Cuando llegó junto a la inconsciente forma de Parker, al pie de las escaleras, se inclinó sobre él cautelosamente.

—Siga adelante —le dijo Stuart.

Una por una, miró en las habitaciones y las registró. Estaban vacías por completo, hasta que llegó al vestíbulo principal y abrió la puerta que conducía al salón y a la cocina más allá del mismo. Dentro del salón halló a su oficial de control y a la muchacha, en albornoz. La chica estaba desconsolada en medio de la habitación, mientras el controlador la apuntaba con una pistola.

—¿Está todo despejado en el piso de arriba? —le preguntó su controlador a Stuart.

—Al parecer, todo está bien —respondió Stuart—. Stein está semiinconsciente, pero puede andar. El gran tipo de pelo gris se halla fuera de combate.

—Me ha parecido oír que ha bajado las escaleras con él.

—Gracias por su ayuda —le dijo con amargura Stuart.

—Usted lo estaba haciendo todo muy bien.

Stuart se frotó su cara llena de magulladuras.

—Salgamos de aquí.

La chica se apretó bien el albornoz en torno del cuerpo y se ajustó el cinturón de cuerda.

—¿Dónde está el otro tipo? —inquirió Stuart.

—Uno de mis muchachos se está haciendo cargo de él en la cocina —respondió el controlador.

—Un trabajo muy limpio —comentó Stuart.

Había sido una perfecta operación de rescate en el plazo de las veinticuatro horas transcurridas desde que en el aeropuerto vieran a *Rocky Paz* secuestrar a Stein cuando salió a la calle desde la sala de equipajes, todo había ocurrido de un modo ejemplar. Pero tal vez Stuart estaba tentando a la providencia por definirlo así, puesto que en cuanto tales palabras estuvieron a punto de salir de su boca, se escuchó el ruido de dos disparos y un grito de dolor. Como si se tratase de una indicación, la muchacha se dirigió hacia la puerta. El controlador disparó, pero la bala salió alta y se incrustó en el techo de roble que estaba más allá del recibidor.

Stuart echó a correr hacia la puerta principal, para asegurarse de que Stein se encontraba en el coche, pero no se le veía por ninguna parte y Parker ya no estaba derrumbado en el suelo; dos balas más pasaron por encima de la cabeza de Stuart. Se dio la vuelta y, empleando la pistola de Parker, disparó contra el descansillo superior del que habían partido los fogonazos.

Alguien había apagado las luces fluorescentes de la cocina. El interior de la cerrada casa se encontraba a oscuras. Se oyeron dos disparos más y el ruido de unos pies que bajaban muy de prisa la escalera. El hombre grueso con rizos pasó por allí metiendo un cartucho en una escopeta. Dio una patada a la puerta interior, que salió despedida y golpeó contra la pared. La luz del día del umbral iluminó el vestíbulo como si se tratara del *flash* de una foto. Allí, en el rectángulo del umbral, Stuart vio toda la escena. Se vio la sobrenatural agua azul de la piscina, un gran cubo transparente contra el oscuro verdor, con el marco de una orla de flores. El controlador había acudido a la cocina y ahora corría por el borde de la piscina mientras el hombre levantaba la escopeta.

No hubo tiempo para pensar. Stuart apuntó y disparó de forma automática. La silueta del hombre del umbral estaba demasiado próxima para fallar. La bala se aplastó contra su hombro, como Stuart había pretendido, y la escopeta se le escapó y cubrió la superficie de la piscina de miles de pequeñas salpicaduras. El hombre empezó a gritar, y siguió gritando incluso después de caer hacia delante en el agua caliente y burbujeante del *jacuzzi*.

Stuart corrió hasta el patio. El controlador se había vuelto hacia el ruido del disparo.

—Llévese el coche —le dijo a Stuart.

Y se puso a dar puntapiés a la decorativa casa de té del extremo del jardín para asegurarse de que Stein no se encontraba allí.

Desde la parte delantera de la casa, Stuart escuchó el motor del «Cadillac» al llegar el coche. Echó a correr por el lado de la casa y saltó al interior del

vehículo. El conductor estaba apretando nerviosamente el pedal del gas. Stuart le empujó a un lado y se puso al volante.

—¡Dios mío, vaya lío! —dijo el conductor—. De todos los lugares... Beverly Hills, donde hay más «polis». Están ya encima nuestro.

Cuando el coche se lanzó hacia delante, las dobles puertas estaban cerrándose. Stuart las habían estudiado con atención, desde el exterior, durante su media hora de jardinería. Se controlaban eléctricamente, estaban reforzadas con unas barras de acero y en la parte superior tenían una zona de alambre espinoso.

—¡Sujétese fuerte! —le gritó Stuart por encima del ruido del motor—. Tendremos que hacer una buena carrera...

Puso la marcha atrás en el coche y pisó el acelerador. El «Cadillac» saltó hacia atrás. Antes de que pudiera apretar los frenos, la parte trasera del coche se aplastó contra el invernadero. Se produjo un ruido como una pesada rompiente martillando contra la playa, cuando los cristales rotos y las macetas de plantas y estantes cayeron sobre ellos. Una maceta se estrelló encima del techo del coche, desparramando tierra y una docena de plantas por el parabrisas. Stuart revolucionó el motor cuando el parachoques trasero quedó atrapado en la retorcida estructura metálica. Quedó libre con un gran estallido y el coche adquirió velocidad hacia delante, cada vez más de prisa, hasta que alcanzó las puertas con un estrépito de toque de campanas. Rompió las bisagras y abrió el alambre espinoso. Con un terrible chillido de neumáticos, se liberó y Stuart giró el volante, mientras el coche patinaba a través de la hierba hasta la carretera. Algo cayó sobre un lado del coche, tintineó con fuerza y luego se soltaron. Habían salido.

—Hemos perdido a su padre —le dijo Stuart a Billy Stein.

—¿Qué diablos significa eso de que le han perdido?

Los tres hombres se encontraban en la sala de estar de la casa de Stein. El oficial controlador estaba sentado en un sillón cerca de la ventana, pretendiendo encontrarse muy ocupado por la vista a través de la ciudad de Los Angeles.

Sin darse la vuelta, dijo:

—Su padre estaba en paños menores, unos calzoncillos cortos de un azul brillante y camiseta, y salió de la casa con una toalla en torno del cuello. Pensamos que estaba haciendo *jogging*.

—¡Pensaba que estaba haciendo *jogging*! —exclamó Billy Stein—. Le he oído hablar de armas disparando y de muchachas gritando. Destrozó el coche y se cargó las puertas. ¡Y pensaba que mi padre estaba haciendo *jogging*! Me contó que iban a rescatarle.

—Le rescatamos —dijo el oficial controlador—. Pero trepó por la valla y atravesó el césped delantero de la casa de al lado.

—¡Dios santo! —exclamó Billy Stein—. Iban a ayudar al viejo. Conmocionado en un accidente de coche, secuestrado por los rusos, mantenido prisionero hasta que le rescataron y luego se escapa a la calle en calzoncillos...

—Estamos de acuerdo en todo con usted —intervino Stuart—, pero necesitamos saber dónde suele ir.

Billy Stein sonrió.

—No ha venido por aquí. No es tan tonto como para regresar a su casa, donde sabe que le están aguardando.

—¿Tiene un apartamento en alguna parte?

—Lo que los periódicos escandalosos llaman un nido de amor... ¿A eso se refieren?

Billy Stein sonrió y luego prosiguió:

—No, eso no va con él. Mi padre nunca ha sido tan sutil o extravagante. Si tuviese alguna clase de lío, hubiera traído directamente a la muchacha aquí, a casa. Pueden olvidarse de eso.

—¿Clubes?

Billy Stein sacudió la cabeza.

—Sólo juega algunas partidas regulares de póquer.

—Vamos a dejar a uno de los nuestros en esta casa —dijo Stuart.

—Muy bien —respondió Billy Stein—. Hay montones de comida y todo lo demás.

Miró a Stuart durante un momento antes de continuar:

—¿No están bromeando acerca de los rusos? ¿Realmente secuestraron al viejo?

—Su padre se lo contará todo al respecto, una vez le hayamos encontrado —explicó Stuart.

Alentado por el tono amistoso de la voz de Stuart, Billy Stein comentó:

—Lo de Londres fue una trampa, ¿verdad, Mr. Stuart? ¿Verdad que su gente sabía que yo no había matado a nadie?

El oficial de control volvió la cabeza para ver cómo Stuart se hacía cargo de aquella pregunta.

—Fue una conspiración —replicó Stuart—. Pero no se pararán en barras si usted no coopera con nosotros.

—Cooperaré —respondió Billy—, pero quiero que las cosas queden claras entre usted y yo.

Se miró el reloj.

—¿Hay algún problema en que telefonee a Mary Breslow?

—Ya le ha telefoneado esta mañana —respondió el controlador por encima del hombro.

Stuart asintió en señal de aprobación.

—Pero Billy..., nada respecto a su padre, o de la acusación de asesinato en Londres. Sólo cosas dulces, ¿de acuerdo?

—Claro que nada de nada —respondió Billy.

—¿Ya sabía que Max Breslow fue nazi? —preguntó el controlador.

—Habla usted como mi padre —le dijo Billy—. ¿Es usted otro de esos tipos que no pueden dejar de luchar en la guerra?

—Vaya a hacer su llamada —intervino Stuart—. Pero recuerde que el tipo del vestíbulo estará escuchando por el supletorio...

—Es usted condenadamente suave con ese chico —le dijo su oficial cuando salió Billy.

—Creo que es un buen tipo —le respondió Stuart—. No tiene resentimientos, ni berrinches, ni observaciones desagradables... Diablos, cuando le dije que realmente todo esto había sido una trampa de Londres casi me dio las gracias...

—Niños ricos —respondió el controlador—. Todos son iguales...

—¿De veras? —replicó Stuart—. Entonces confío en conocer a más como él.

El controlador se levantó del sillón favorito de Charles Stein, cogió uno de sus cigarrillos y lo encendió con la colilla anterior que aún tenía en los dedos.

—Cadena de humo —manifestó una vez estuvo encendido—. ¿Le disgusta a usted?

Stuart no respondió.

—A mí sí me disgusta. —Aplastó el anterior cigarrillo con una energía innecesaria—. Muy bien, soy muy duro con el chico. Tiene usted razón, es una buena persona...

El controlador se sentó de nuevo y observó el sol muriente. Finalmente, cuando la estancia se hubo oscurecido, preguntó:

—¿Era usted uno de los que sacó a aquellos dos agentes de Rostock hace dos años o así?

Constituía una infracción de los reglamentos hablar de tales cosas, pero los dos hombres se conocían ahora ya muy bien.

—Vaya una tontería —replicó Stuart.

Podía recordar sólo su regreso a Londres para descubrir que Jennifer tenía compañía en su lecho.

—Tal y como fueron las cosas, hubiera merecido usted una medalla —explicó el controlador.

—Ni siquiera me concedieron un permiso —replicó Stuart.

Conocía a uno de ellos —prosiguió el controlador—. Un pequeño berlinés, con una risa muy estridente..., al que le gustaba llevar un cuchillo en el sombrero. Escapó de una prisión de Leipzig allá por los años cincuenta, cuando inutilizaron una de nuestras redes.

—Le recuerdo —repuso Stuart.

Los hombres que había rescatado habían trabajado para Londres durante muchos años. Si hubieran sido más jóvenes y fuertes, les habría dejado que se salvaran por sí mismos; pero había regresado por aquellos dos hombres a través de carreteras bloqueadas y los había traído de nuevo consigo. Al considerar todo esto, se preguntó si había sido una locura.

—En aquel tiempo era usted el gran héroe del Departamento —comentó el controlador—. Había tipos en Alemania Oriental que le hubieran canonizado.

Stuart se echó a reír.

—Uno tiene que estar muerto para que lo canonicen.

—No lo sabía antes —replicó el controlador, en tono de disculpa—. No hubiera bromeado con usted, de haber sabido que fue el agente que sacó a aquellos dos tipos de Rostock. ¡Fue algo realmente soberbio!

Los dos hombres permanecieron sentados en silencio durante un rato.

Al cabo, el controlador manifestó:

—He escuchado un rumor respecto de que esas Actas de Hitler, o como quiera que se llamen, han sido destruidas...

—Yo también he oído lo mismo —repuso Stuart.

—¿Pero el Departamento mantendrá el expediente abierto?

—El Departamento desea mantener el expediente sin cerrar —explicó Stuart—. Eso es una cosa de la que puede estar seguro. Mis órdenes no han cambiado. Tengo que localizar a Stein y a Kleiber, y luego pedir instrucciones a Londres. Kleiber se encuentra ahora en el centro de todas las investigaciones de Londres.

—Encontraremos a Stein —dijo el oficial de control, como si leyese en el pensamiento de Stuart—. Pondré en este asunto hasta el último hombre del que pueda prescindir. Lo localizaré, se lo prometo. Anoche no constituyó un fracaso. Por lo menos, hicimos correr a los rusos en busca de una nueva cobertura, y tal vez se lo piensen de nuevo antes de secuestrar a nadie más en el aeropuerto. Cuando Stein aparezca, tendremos las manos libres para trabajar sobre él.

—Me gusta Stein —explicó Stuart.

—Es un timador —dijo el controlador—. Y, por lo que he oído, esa conmoción le ha dejado un poco loco.

—Pero me gusta —concluyó Stuart—. Y éste no es una clase de asuntos en que se pueda ser demasiado quisquilloso acerca de los locos...

Para un observador casual, Charles Stein debía de haber parecido un poco borracho, pero el policía del estudio apenas le echó una mirada. El traje que llevaba era viejo; había estado en su armario del club en Roscoe desde que jugaba a *squash* allí hacía ya muchos años. Aquella mañana, habían atravesado las puertas del estudio tipos de todos los tamaños y colores. Sólo Dios sabía cuántos actores debían de haber acudido a aquellas tempranas pruebas en el centro de la ciudad, se preguntó, cuando tantos habían sido seleccionados para aquellas pruebas de pantalla con maquillaje y trajes.

La conmoción de Charles Stein le había producido muchos de los síntomas de la embriaguez y, no obstante, como aquellas personas que se ganan una reputación por pretender ser capaces de aguantar la bebida, Stein aprendió a disfrazar y encubrir semejantes síntomas. Pero no pudo quitarse de encima la creencia de que Aram estaba aún vivo y bien, y los acontecimientos que siguieron a su accidente en la *autoroute* resultaron confusos y embarullados para su mente.

Encontrar a Max Breslow. Aquél era uno de las más coherentes, racionales y apremiantes motivaciones para todo lo que Charles Stein hizo. Se encontraba ya en su mente cuando regresó a la conciencia después del choque del coche. Había turbado los sueños que tuvo en la cabina superior del «Jumbo» y le había gritado en la voz de sus motores. Ahora sus labios se movieron mientras se daba a sí mismo aquellas instrucciones, y se aferró a su mente con tanta fuerza y energías mientras acunaba el arma entre sus brazos.

—¿Breslow?

El corredor se extendía hasta el infinito y las puertas se encontraban unas junto a otras. Endebles puertas sobre débiles bisagras que, con un pequeño esfuerzo adicional, Charles Stein hubiera podido echar abajo.

—No.

Adolf Hitler, vestido con una bien cortada chaqueta gris y pantalones negros a rayas, sacudió la cabeza.

—No —repitió de nuevo.

La puerta siguiente era poco diferente. Adolf Hitler se estaba admirando a sí mismo en un espejo de cuerpo entero. Alejó a Stein con un imperioso ademán de la mano.

—¡Breslow! —gritó Stein, con su voz levantando ecos en el estrecho pasillo.

En la puerta siguiente, un tercer Adolf Hitler se estaba atando los lazos del zapato. Charles Stein cerró la puerta con fuerza. Alguien se quejaba en voz alta desde alguna parte, en el otro extremo del edificio.

El cuarto Adolf Hitler estaba desplomado en su silla. No respondió ante el nombre de Breslow. El quinto estaba inclinado encima de una mesa, mirando atentamente a un espejo mientras se peinaba el pelo encima de la frente, y se lo dejaba en posición con una larga aplicación de laca para el cabello. El sexto Adolf Hitler se maquillaba dándose toques en las mejillas y frotádoselas cuidadosamente. Docenas de lámparas desnudas silueteaban su reflejo, por lo que otro Führer se tocaba la frente con éste. Y las imágenes —reflejadas de un espejo a otro— formaban un largo túnel dorado poblado con muchos Adolf Hitler, con sus ademanes de ballet sincronizados a la perfección.

—¡Breslow!

Un millar de Hitler se levantaron y se quedaron mirando a Stein, alzándole las manos en un burlón saludo.

—¡Breslow!

La voz de Stein era tan alta que conseguía que las delgadas paredes de contraplacado de los camerinos vibrasen al repetir el sonido de sus gritos.

—¡Breslow!

Era algo más parecido a un grito pidiendo ayuda que una amenaza.

—¡Breslow! —gritó Stein una vez más.

Estaba comenzando a percatarse de que Max Breslow controlaba a un millar de Führer. Debía acabar con Breslow. Breslow se había convertido en el punto focal de la rabia de Stein, de su tristeza y de su frustración. A través de la penosa neblina de su conmoción, echaba la culpa a Breslow de todo, desde la muerte de Aram a la del coronel Pitman.

—¡He venido a por ti, Breslow! —gritó una vez más Stein.

—¡Cierre la puerta! —le gritó el ayudante de maquillaje—. Hasta el último chalado de la ciudad está haciendo una prueba para este papel de Hitler —musitó—. Y ese tipo gordo que acarrea esa vieja arma se ha convertido en el comicastro más ruidoso de todo el edificio.

—El bigote se me ha caído de nuevo —le dijo Hitler en voz baja—. ¿Me puede dar un poco más de goma?

Max Breslow había contado los días hasta que pudiese entrar por primera vez en el estudio y ver el plató de la Cancillería del Reich. Ante todo, estaba preocupado por la película en sí. Aquél era el plató más caro y resultaba importante que, según la jerga del oficio, «su valor de producción» llegase intacto a la pantalla. Pasó las manos por el umbral de siete metros de altura de falso mármol verde. En la entrada, se habían grabado las iniciales de Adolf Hitler en un gigantesco escudo. Max Breslow abrió las puertas de caoba del estudio del Führer, recordando a los dos guardias de la SS con uniforme negro, con sus guantes blancos e impecables botas altas, que solían aparecer allí en posición de firmes.

Sí, aquí estaba. Con casi cuarenta metros de anchura y veinte de longitud, con sus paredes de mármol negro de casi quince metros de altura. Max Breslow había estado a menudo en el despacho del Führer. Recordaba el gran techo artesonado de palisandro y el retrato de Bismarck, de cuerpo entero, de Lenbach, encima de la repisa de la chimenea. Enfrente de él se abrían las ventanas que daban a la columnata y al jardín de la Cancillería. Una vez se encendiesen los grandes focos, los árboles, los arbustos y el fondo pintado cobrarían vida. Todas las baterías de iluminación fotográfica estaban apagadas y paradas, y durante algún tiempo sólo funcionaría la débil iluminación del estudio que permitía a los técnicos abrirse paso en torno del plató. Y, sin embargo, incluso esto también ayudaba a que aquello cobrase vida para Breslow, puesto que lo otro sólo era una iluminación artificial para la película, un efecto para encubrir fallos del que no podía prescindir ni siquiera el plató mejor diseñado. Este oscurecido lugar era mucho más parecido al que conociera en un tiempo. Breslow alargó la mano hasta la lámpara con pantalla de seda, encima del escritorio del Führer, y la encendió. Resultaba «práctica» y su luz brilló más allá de la tapicería gobelina de la pared. Breslow nunca había perdido su admiración hacia aquellos técnicos que eran capaces de producir tan convincentes imitaciones de maderas y metales. Miró al escritorio del Führer tapizado de cuero. El director del plató lo había preparado todo para el día siguiente, que sería el primero de filmación. El papel secante verde, el teléfono, algunos libros de referencia y el juego de plumas habían sido fielmente copiados de las antiguas fotografías tomadas por el Servicio de Propaganda, poco después de que se construyese la nueva Cancillería. Breslow dio la vuelta al escritorio y se sentó para inspeccionar el plató desde la silla de Hitler, con alto respaldo de cuero castaño. A menudo, cuando traían mensajes al Führer, una vez más en

aquellos excitantes días de la guerra, se había preguntado qué tal sería sentarse aquí y ver las cosas del mundo según el punto de vista del hombre que tanto lo había cambiado y convertido en irreconocible. Pues bien, ahora lo sabía. Desde el punto de visión de Hitler, el mundo consistía, ante todo, en aquel gran cuadro de Bismarck del otro extremo de la estancia. ¿Había sido la diaria visión de Otto von Bismarck lo que indujo a Hitler a tantos excesos? ¿Habría llevado a este hombre loco a la catástrofe final?

Max Breslow permaneció sentado durante un gran espacio de tiempo, perdido en la contemplación de los acontecimientos que le habían alejado de la Cancillería del Reich y llevado de nuevo a ella, tras trazar un círculo completo. Mirando hacia la oscuridad de aquel imponente plato, los ojos de Breslow se desplazaron desde el retrato de Bismarck hasta los sillones agrupados alrededor de la chimenea situada debajo del cuadro. Se inclinó hacia delante para mirar en la oscuridad.

—Soy yo —dijo la voz de Charles Stein—. Soy yo, Breslow. Sabía que vendrías.

Breslow se puso en pie. Sintió que su corazón comenzaba a latir con una enorme velocidad.

—¿Qué demonios quieres? Pensé que habías muerto.

—Voy a matarte, Max. Hace mucho tiempo que te estoy esperando aquí. Eso es lo que me mantiene con vida, Max.

Breslow alargó la mano hacia el reposabrazos de madera labrada para sostenerse a sí mismo. Estaba asustado por el tono de la voz de Stein. Había cierta cualidad en aquella voz que persuadió a Breslow inmediatamente de que hablaba en serio. Breslow se apoyó con fuerza en el brazo de la silla, y sintió bajo su presión que la palma de la mano se le inundaba de sudor. No había mucha luz allí. Sólo podía ver la gruesa forma de Stein derrumbado en el gran sillón, con su arrugado traje blanco visible contra la pared de mármol rojo oscuro que se hallaba detrás de él. Breslow había confundido a aquella forma blanca por una sábana llena de polvo, que alguien había tirado encima de una genuina pieza de mobiliario antiguo.

—Ahora es ya demasiado tarde —respondió Breslow—. Los documentos han sido destruidos. El «Jaguar» se incendió.

—Lo sé —respondió Stein—. He perdido hasta el último céntimo que poseía en aquel auto... Acciones al portador por valor de más de dos millones de dólares.

Breslow se desplazó con lentitud por el filo del escritorio del Führer. Siempre había pensado que aquel escritorio estaba absurdamente más allá de

la escala de las proporciones humanas y ahora, mientras avanzaba a lo largo de él, le pareció tan grande como un campo de fútbol.

—Quédate exactamente donde estás —le gritó Stein.

En este instante, cuando los ojos de Breslow se habían acostumbrado a la oscuridad, comprobó que Stein no estaba derrumbado en el sillón, sino agazapado hacia delante. Breslow continuó avanzando sólo una fracción de cada vez. Sabía que el lado izquierdo del escritorio se encontraba en línea recta con las dobles puertas que se hallaban detrás. Recordó esto en la disposición original, y por las fotografías que había entregado al director del plato. Rogó a Dios que los técnicos lo hubieran colocado todo con la misma exactitud que habían indicado las investigaciones al respecto. Al fin, vio que su mano izquierda había llegado a la biselada esquina donde se apoyaba la maciza pata del escritorio.

—Te estás moviendo —gritó Stein.

Se trataba de una queja de buena fe, como las que empleaban los niños cuando jugaban a las «estatuas». Breslow aguzó los oídos y fantaseó con que había escuchado el distante ulular de la sirena de un coche de la Policía. No era más que un apagado quejido, pues a veces sólo empleaban la sirena para atravesar los cruces y la apagaban hasta que llegaban al siguiente.

—He conseguido un arma —dijo Stein.

Aún no se había movido del sillón.

—Y sé cómo emplearla.

Breslow se quedó muy quieto. No tenía el menor sentido que le mataran si la Policía estaba ya en camino. Le reconfortó el hecho de que ahora no pudiese escuchar la sirena. Los despachadores de la Policía autorizaban únicamente el que un solo coche de la Policía usara la sirena a la vez: de ese modo, se podían diferenciar las sirenas de la Policía de las de los bomberos, puesto que todos los vehículos de éstos las empleaban al mismo tiempo.

—¡Quédate ahí, maldita sea!

De repente, Breslow recordó de que éste era un escenario insonorizado. Todas aquellas puertas acolchadas por las que había pasado no permitían que ni siquiera el rugido de un avión, en su vuelo bajo de aproximación al aeropuerto internacional de Los Angeles, pudiesen echar a perder las grabaciones. No existía la menor posibilidad de que hubiera oído una sirena de cualquier clase. Aquí no podía entrar ningún sonido, y tampoco ninguno, ni siquiera el disparo de una pistola, podía salir de allí. Ésa era la razón de que Stein hubiese elegido este lugar. Podía jugar con él como un gato con un ratón.

Breslow notó que sudaba y supo que tendría el rostro enrojecido y brillante. Se preguntó si Stein lo vería desde aquella distancia. Quizá lo había planeado con el suficiente cuidado como para haberse traído gafas para la noche. Debía echar a correr; una vez Stein se acercase a él, no tendría la menor oportunidad. Se dio la vuelta y se precipitó hacia las puertas. ¡Crac! Se produjo un destello cuando Stein disparó, pero la bala zumbó por encima de su cabeza, hizo saltar un trozo de «mármol» y arrojó encima de él un montón de astillas. En aquel momento, Breslow había alcanzado las grandes puertas de caoba y forcejeaba con ellas para salir. El pánico pareció darle la agilidad y la fuerza de dos hombres, pero, por fuerte que agarrase los pomos de las puertas, éstas no se abrieron ni un ápice.

—¡Dios mío!

Aquellas puertas no podían abrirse; dichas puertas falsas eran tan sólidas e inamovibles como el resto de la pared. Breslow se dio la vuelta en otra dirección y echó a correr, en el instante en que destelló otro disparo y zumbó a través de la oscuridad. Breslow sintió de repente un golpe en el abdomen y un dolor en las rodillas. Estuvo a punto de gritar, pero una parte de aquella vieja disciplina que aún quedaba en él, le hizo reprimir sus emociones hasta sólo emitir un gruñido. Se había estrellado contra el bargueño de caoba que estaba situado bajo la tapicería gobelina del siglo XVII. Sus brazos extendidos chocaron contra los adornos de la parte de encima del bargueño. Se produjo un estrépito cuando algunas estatuillas y un hermoso reloj de repisa Jorge II cayeron al suelo, con un agónico ruido de repiqueteo de sonería. Escuchó cómo Stein se reía en voz baja.

Breslow había llegado ya al siguiente plató de puertas. Forcejeó con ellas y permaneció todo el rato aguardando el ruido del siguiente disparo y el golpe inevitable que le destrozaría la espina dorsal. Al principio, pensó que aquellas puertas también debían de ser falsas, pero luego sintió que se morían bajo su peso. Su hombro se apoyaba contra la caoba tallada, y apretó con tanta fuerza que pensó que se fracturaría los huesos. Pero las puertas tenían más de cuatro metros de altura, e incluso la versión de los carpinteros del estudio las hacía parecer tan pesadas como el plomo. Se introdujo entre ellas en cuanto quedaron parcialmente abiertas. Detrás de él escuchó otro disparo. Pareció mucho más cercano y el fognazo del arma también mucho más próximo. Stein se encontraba detrás de él.

Breslow miró a derecha e izquierda. En un lado aparecían las gigantescas puertas del estudio por donde habían hecho entrar las grandes piezas del escenario. Aquello resultaba imposible. A su derecha —por el largo pasillo

indicado únicamente por las azules luces de seguridad—, se encontraba la puerta que empleaban, normalmente, los técnicos de sonido para introducirse en sus cabinas encristaladas. Breslow se echó a un lado y se precipitó debajo del brazo de un micrófono y detrás de uno de los grandes reflectores que, en la jerga del oficio, denominaban «brutos». Aquí reinaba la oscuridad y aguardó un momento con la esperanza de que Stein echase a correr por el pasillo, y le diese una oportunidad de volver a cruzar el estudio y escapar a través de la vegetación de los «jardines», en el exterior de las ventanas de la Cancillería.

Pero Stein se había detenido ante el letrero de «grabación en marcha» enmarcado por unas luces rojas de aviso que ahora estaban apagadas. Al parecer, se dio cuenta de que Breslow no se había ido por aquel lado, dio la vuelta y registró cuidadosamente el espacio de detrás de las altas paredes del plató de la Cancillería. La gran águila nazi proyectaba una densa sombra más allá de los complejos dibujos del simulado piso de mármol. Se escuchó un estrépito y una ahogada maldición, cuando la pistola de Stein dio contra una lámpara y sus pies quedaron atrapados entre unos cables. Pero Stein no dio un traspiés; siguió avanzando despacio hacia Breslow mientras escudriñaba y eliminaba cada parte del estudio.

—Te veo, Max. Sal, que te estoy viendo.

Breslow no se movió. Contuvo la respiración. Veía la desgarrada figura de Stein mientras andaba sin prisa, desplomado y desaliñado como un imperturbable gorila.

—Te veo, bastardo... —gritó en voz alta Stein cuando se encontró a dos o tres metros de distancia, pero Breslow continuó inmóvil, sintiendo que el corazón le palpitaba con tanta fuerza que creyó que se desmayaría del esfuerzo.

Pero, en el mismo instante en que Breslow iba a hablar, Stein se apartó de él y se dirigió hacia la grúa de la cámara que estaba situada contra la pared.

—Te veo —repitió.

Breslow maldijo su locura al no haberse traído consigo su pequeña pistola de bolsillo. Retrocedió con lentitud hacia la almohadillada pared del estudio. Su pie tropezó con uno de los cables eléctricos, pero se lo desenganchó con cuidado y salió de su lazo. Stein se encontraba ahora en el interior del despacho del Führer y Breslow regresó al umbral, el cual, con una fotografía adecuada, parecería formar parte del largo vestíbulo de la Cancillería. Se acercó a unos trabajados candelabros de pared de bronce, que estaban

situados en el suelo del estudio, dispuestos para ser situados en posición una vez que la plataforma rodante de la cámara se hubiera abierto paso por allí.

—¡Breslow!

El grito de Stein le reveló que el hombre gordo se encontraba en aquel momento en el extremo más alejado del plató. Breslow se agarró al pie de la fija escalera metálica y, moviéndose muy de prisa para un hombre de su edad, trepó por ella hacia el carril de iluminación, una galería que corría a lo largo de todo el estudio. Oyó cómo Stein le llamaba otra vez. Desde este caballete, Breslow vio a Stein avanzar con cuidado entre las macetas de plantas y ramas de imitación, suspendidas afuera de las ventanas. «Nunca miran hacia arriba», pensó Breslow; recordó que el instructor le había dicho esto cuando asistió a un cursillo de asalto en Bad Tölz. Sólo los niños miran hacia arriba; los adultos jamás lo hacen.

—¡Breslow!

Ahora la voz de Stein resultaba casi imperceptible desde aquí arriba, dado que pensaba que Breslow debía haberse escapado del estudio por alguna salida que él no conociera. Breslow se agazapó contra el raíl. Resultaría difícil verle aquí, puesto que todo el puente transversal se encontraba atestado de focos fotográficos de todas las formas y tamaños. Se sentía seguro ahora y sintió el casi histérico deseo de echarse a reír en voz alta, mofarse y gritarle a Stein, así como insultarle. Stein avanzó de nuevo. Se encontraba debajo de una de las pequeñas luces y Breslow lo veía con claridad. Llevaba una pistola «Máuser» de la Primera Guerra Mundial, de aquella clase cuya caja de madera para el transporte se podía convertir en un apoyo para los hombros. Se trataba de una pieza de museo. Sólo en California podía aún verse un chisme tan pintoresco. Y, sin embargo, seguía siendo una soberbia arma antigua y, en manos de un hombre que supiera manejarla, resultaba mortífera. Tal vez la elección del arma fue deliberada. Ciertamente, en cualquiera de los estudios de filmación podría confundirse con un accesorio para alguna película antigua, en vez de considerarla un arma mortífera. Observó a Stein llevarse el arma al hombro y apuntar con ella.

—Breslow, te veo... Breslow...

Apuntaba hacia el espacio oscuro donde el «jardín» formaba una esquina hacia el despacho. Aquí se encontraban amontonados algunos muebles sobrantes. Filmarían por segunda vez en este rincón del plato, y debía hacerse hincapié en el paso del tiempo con unas sillas «envejecidas».

—¡Breslow!

La voz de Breslow quedó distorsionada por la forma en que su rostro se encontraba apoyado contra la empuñadura de madera, mientras seguía apuntando con el arma.

Disparó. ¡Crac! En el puente elevado, el sonido alzó ecos contra el metal.

—¡Ya te tengo! —gritó.

Pero no se escuchó ningún grito de dolor y Stein se percató de que allí no había nada.

—¡Dispongo de toda la noche, Breslow! Nunca conseguirás atravesar esas puertas lo suficientemente de prisa para escapar con vida. Ya te he dicho que voy a matarte, Breslow, y voy a hacerlo... será mejor que me creas...

Breslow se inclinó sobre el raíl para observar cómo Stein avanzaba por debajo de él. Para su horror, divisó un destello de oro en el momento en que se le caía su pluma del bolsillo. Brilló mientras caía y luego resonó en el suelo a los pies de Stein.

—¡Ah! —rugió Stein—. Desgraciado astuto... Te has subido a esa plataforma, ¿verdad?

Disparó tres veces al aire. Los disparos pasaron incómodamente cerca de Breslow y éste se hizo atrás, apoyándose contra la pared mientras las balas alcanzaban los barrotes metálicos y rebotaban contra el estudio.

Breslow corrió por la balconada de los focos mientras Stein volvía a cargar su arma. La plataforma emitió crujidos ante aquellos violentos movimientos. Breslow se preguntó si sería capaz de trepar encima del raíl y saltar a la grúa de la cámara. Era una distancia de unos dos metros. En los viejos tiempos, aquello no hubiera significado nada para él, pero ahora resultaba algo que le intimidaba. Miró por encima del carril. Sólo había una escalera metálica hasta el pórtico y ahora, para espanto de Breslow, Stein comenzaba a trepar por ella. Breslow se encontraba en el otro extremo del plató, por encima del escritorio del Führer. Allí, en las taraceas de cuero, vio la forma de la famosa espada semidesenvainada, que el mismo Führer pensaba que resultaba tan apropiada para la parte superior de su escritorio.

—Ahora voy, Breslow...

Stein se encontraba ya a medio camino de la escalera y el esfuerzo estaba causando sus efectos. Una vez Stein estuviese arriba, tendría una buena visión de toda la balconada. Entonces, ya no habría ningún lugar donde esconderse. Si Stein pensaba, verdaderamente, en matarlo, no tendría escapatoria posible.

—¡Stein! —gritó Breslow—. Permíteme hablarte. Es una locura que nos peleemos.

—Tú mataste al coronel, a mi mejor amigo... ¡Engañaste a mis compañeros!

Era todo lo que pudo decir para seguir teniendo aliento para trepar. Resultó una tarea complicada.

—No he matado a nadie.

—¡Maldito nazi! ¡Mataste a mi hermano!

Stein se encontraba ahora al final de la escalera. Forcejeó para alcanzar la galería de los focos. Sujetaba la gran «Máuser» con una mano y se sostenía con la otra.

—¡Cuidado, Stein!

Quizá constituyese una locura lanzar una advertencia de peligro a un hombre que está tratando de matarte, pero el grito de Breslow resultó espontáneo. Stein había apoyado todo su peso contra el brazo del foco, una abrazadera que no estaba diseñada para soportar semejante peso. Normalmente, sólo los electricistas trepaban a esta balconada y conocían la fragilidad de la estructura metálica y del raíl de protección. Pero Stein no. Tal vez si Stein hubiera soltado el arma, aún habría podido recuperar el equilibrio y sujetarse con fuerza contra el carril, pero no quiso perder el arma.

—¡Ah!

Stein sintió que comenzaba a caerse cuando la abrazadera de la iluminación se inclinó y cayó. Ahora se encontraba arqueado hacia atrás, mientras su sombrero de ancha cinta blanca se le había caído y precipitado hacia el estudio. Tenía abierta la boca y su pistola se agitaba en el aire mientras realizaba un esfuerzo frenético por afianzarse en la oscuridad.

—¡Socorro!

Pero ya estaba cayendo. El enorme bulto de desordenadas ropas blancas dio un salto mortal muy despacio desde el final de la escalera, con los brazos abiertos y la pistola extendida. Con la cabeza hacia abajo, ganó velocidad mientras pasaba ante las extendidas alas del águila de mármol rojo y las insignias y, con un terrible estrépito, se estrellaba en el suelo del estudio.

—¡Stein!

Breslow corrió por la galería y bajó los escalones metálicos lo más de prisa posible.

—¡Stein! —gritó de nuevo, al tiempo que se inclinaba sobre la derrumbada figura.

Había caído de cabeza y tenía aplastado el cráneo y el rostro ensangrentado. Existían pocas posibilidades de error. Breslow había visto suficientes muertos como para reconocer uno.

—¿Por qué? —le preguntó Breslow acercándose más a él—. ¿Por qué deseabas matarme? Es ya muy tarde para eso...

Boyd Stuart llegó al antepatio de «Big O Do-nut Shop», donde la autopista de Santa Mónica pasa por encima de La Brea. Los neumáticos del coche chillaron con la suficiente fuerza como para que los agentes de Policía, que se encontraban allí tomando café, se asomaran por la ventana para mirar qué ocurría.

Billy Stein y Mary Breslow se encontraban en el coche con él. Se había puesto en contacto con ellos tan pronto como le llegaron noticias de que Stein había sido visto. Boyd observó mientras Billy Stein corría al interior de la cafetería para hablar con los policías. Era mejor que estuviese presente un pariente; los policías serían más comprensivos con un allegado. Fuera lo que fuese lo que Billy manifestase a los dos policías, tuvo como resultado que dejaran su café, cogieran sus buñuelos y se precipitaran hacia su coche. Éste dio la vuelta y empezó a subir la rampa de la autopista, mientras Boyd Stuart les seguía de cerca.

—No llegarán a tiempo —dijo Mary, más porque deseaba oír que Stuart la contradijese que porque calculase que su padre se encontraba en peligro. No se atrevía a ello. Si el padre de Billy realmente quería llevar a cabo su amenaza, en aquel momento ya habría tenido tiempo suficiente.

—Todo saldrá bien, Miss Breslow —replicó Stuart.

Apretó el acelerador. No resultaba sencillo seguir al coche de la Policía. El coche blanco y negro se precipitó por el carril uno haciendo destellar sus luces. Un viejo «Buick» aceleró y se metió entre ambos. Stuart maldijo por lo bajo. La gente hacía aquello a veces: seguir a los coches de la Policía, simplemente, para buscar excitaciones.

Cuando el coche de la Policía llegó a la entrada de los estudios, su radio le había hecho preceder las noticias. Un guardia del estudio, con una elegante cazadora de cuero negro con cremallera, se encontraba en la puerta.

—Estudio número cuatro —gritó—. El jefe se encontrará con ustedes en la puerta principal —le dijo al conductor.

El coche avanzó de nuevo, gruñendo y haciendo ruidos por los baches y socavones de la muy mal conservada carretera del estudio. El coche de Stuart atravesó las puertas detrás del coche de la Policía. El portero decidió que debía tratarse de un coche policial sin identificar, y también les permitió el acceso.

Aparcaron junto al coche blanco y negro, y salieron. El agente, al que le daban el apodo de *Cooper*, sacó la pistola.

—Es mi padre —se apresuró a decir Billy.

El poli se dio la vuelta para mirarlos a ambos.

—Tómenselo con calma, chicos —les dijo—. Y quédense aquí.

El agente acompañante ya había sacado la escopeta que escondía debajo de los asientos delanteros. Ahora estaba metiendo un cartucho en la recámara.

El jefe de los guardias de seguridad del estudio les llevó a través de la serie de puertas macizas a prueba de ruidos. Reinaba un opresivo silencio. Sin hablar, el agente *Cooper* puso la mano en el pecho del hombre de los servicios de seguridad para indicarle que se quedase en la puerta. El agente ayudante, llevando aún la escopeta en la posición que ordenaban los reglamentos, avanzó en silencio por encima de la vegetación, manteniéndose apartado de las ventanas. Desde el otro lado del plato, podía percatarse de lo falso que resultaba todo: las pesadas ventanas abiertas y sus bordes de mármol no eran más que yeso y listones, con extremos de papeles doblados que salían entre los tornillos.

—Somos de la Policía.

La voz sonó muy alta, de modo poco natural. No hubo contestación. El policía entró en el plato, manteniéndose detrás de la puerta medio abierta.

—¡Dios mío! —exclamó en voz baja, cuando captó la visión de la suntuosa estancia y vio la gran águila nazi encima de la puerta.

Breslow soltó la mano con la que estaba tomándole el pulso a Stein. Aquello no había sido otra cosa que una formalidad: Stein estaba muerto. Desde algún lugar alejado, Breslow podía oír unas voces, pero estaba demasiado absorto para escucharlas de forma apropiada. Recogió la ridícula «Máuser» que portaba Stein y la mantuvo en el aire. Pobre viejo Stein...

El agente *Cooper* vio el súbito movimiento y gritó:

—¡No se mueva!

Al mismo tiempo levantó la pistola y la sujetó con ambas manos, preparado para disparar.

—¡Papá!

Fue un grito más que una llamada. Mary Breslow llegó corriendo desde la línea de fuego y se abrazó a su padre.

—¡Papá, papá, papá!

Le besó y le apretó con fuerza, sin ver nada ni preocuparse por nada, incluso cuando su pie tocó, accidentalmente, el cadáver de Stein.

Breslow pareció ver a los policías y a Billy Stein por primera vez. Parpadeó.

—Se cayó, Billy. Se cayó desde esa galería de ahí...

Billy Stein miró hacia abajo y al cuerpo, y se retorció las manos. No quería tocar aquella ensangrentada figura que tan poco parecido tenía con su padre. Se volvió hacia los otros. Esperaban que hiciera algo, por lo que Billy se arrodilló y, reprimiendo un estremecimiento, puso una mano encima del hombro de su padre muerto. Tal vez esperaban que llorase o que gimoteara, pero todo eso llegaría después. Sería algo sólo entre él y su padre; Billy Stein no se permitiría una exhibición pública de sus sentimientos.

—Mi padre no pudo subir hasta allí, Mr. Breslow.

—Podía y lo hizo, Billy. Tenía esa pistola y trataba de matarme. Me dijo que yo había matado a su hermano...

El agente *Cooper* se volvió hacia el jefe de los guardias de seguridad.

—¿Dónde está el teléfono?

Luego habló con su compañero.

—Les diremos que está mal herido, ¿conforme?

El detective asintió. Siempre era mejor decir que el cuerpo mostraba aún signos de vida. De ese modo, no deberían esperar hasta que el Juzgado enviase a alguien para levantar el cadáver. Resultaba mejor conducirlo hasta el hospital y declararlo entonces «muerto al llegar», con lo que podrían volver a su trabajo.

—Me haré cargo de usted para que le suministren un tratamiento y luego iremos al Cuartel General, Mr. Breslow. Lo arreglaremos todo en el centro de la ciudad.

El agente *Cooper* se había pasado nueve años en los coches patrulla. Hacía mucho tiempo que había aprendido que resultaba mucho más fácil custodiar a un prisionero que pensase que todo se iba a resolver de modo sencillo y conveniente.

—No son necesarias las esposas —dijo Mary Breslow.

—Lo siento, pero son los reglamentos, señorita. Los sospechosos de un crimen deben ser esposados.

Colocó las esposas en las muñecas de Breslow con una agilidad que demostraba mucha práctica. La última vez que Mary vio a su padre en aquel terrible día, se encontraba en el asiento de atrás del coche blanco y negro, inclinándose hacia delante con las manos sujetas a la espalda, mientras el agente del lado del pasajero le leía sus derechos constitucionales.

—Bueno... Supongo que ahora estará contento, ¿verdad? —le preguntó Billy Stein a Stuart.

—¿De qué me está hablando?

—Le ha acosado y dado caza. Me amenazó y me encerró. Ahora él está muerto y usted conseguirá su medalla...

—¡No, Billy! —le dijo Mary Breslow—. No hables de esa manera.

—Lo han matado —insistió Billy—. Tu padre no ha matado al mío. Lo han hecho estos bastardos.

—Sube al coche, Billy —le dijo Boyd Stuart—. Te llevaré a casa.

—¿Y qué voy a hacer? —respondió Billy—. Yo y papá..., siempre hemos estado juntos... Siempre lo ha hecho todo por mí.

Stuart cogió a Mary Breslow por el brazo y la llevó junto a Billy Stein, inclinado en el techo del coche con el rostro hundido entre sus brazos doblados.

Willi Kleiber recuperó el conocimiento en una cabaña de madera en Carolina del Sur. Aquellas lujuriantemente verdes marismas, a través de las cuales las lluvias de los Montes Apalaches iban a desembocar en el Atlántico a través de millares de ríos, proporcionaban un lugar ideal para ocultarse. Unas sendas sinuosas y llenas de baches cruzaban entre los árboles hasta un desgastado malecón. Desde allí, le llevaron a una de las pequeñas islas que se extendían frente a la línea de la costa, como filamentos de hierro frente a un imán.

No había electricidad y la única comunicación con el continente era la radio de onda corta. Los hombres que se encontraban con Kleiber llevaban pantalones de algodón y sudadas camisas, con botas altas para protegerles de las serpientes.

Hacía calor y una humedad casi insoportable. Los únicos sonidos eran los de los insectos y el océano, y el único movimiento el de las embarcaciones que se adentraban en el mar a la pesca del camarón.

También había allí un médico, un hombre joven con una piel tan negra y brillante como una limusina recién pulida. Había llegado de Charleston en una moto y ahora, cuando estaba a punto de anochecer, se disponía a marcharse.

Declaró que Kleiber se encontraba en muy buen estado y firmó los correspondientes documentos; después escucharon el petardeo de su motocicleta al acercarse a donde le esperaba una motora para transportarle al continente.

Melvin Kalkhoven llevó a cabo el interrogatorio primario, pero fue el director de proyectos quien, a últimas horas de aquella tarde, consiguió lo que se esperaba de Kleiber. Éste escuchó, lo mismo que había escuchado a Kalkhoven, sin decir gran cosa. Se quedó mirando el mosquitero, que se movía y vibraba bajo el peso de las mariposas, que no deseaban otra cosa que la oportunidad de estrellarse contra las llamas de la lámpara de queroseno, encendida en la mesa delante de él.

—Pero ¿por qué tendría que hacer un contacto directo con la Embajada soviética en Washington? —dijo Kleiber finalmente—. Ningún agente con experiencia haría una cosa así. Es condenadamente peligroso y va contra todo lo que enseña el Centro de Moscú...

El director de proyectos se inclinó hacia atrás e hizo crujir su silla. Descansó los codos en los brazos de la silla y unió las puntas de los dedos. Aunque pretendía ser una actitud propia de un estudioso o de un filósofo, parecía más bien el ademán de un hombre al que le gustaba sobre todo escucharse a sí mismo.

—Le asustarás —le prometió—. Asustarás a Yuri Greshko hasta medio matarlo. Cuando te oiga contarle lo que le está sucediendo a su red —que Parker ya está en el saco y que vamos atrapando a todos los demás—, quedará aterrado.

»El Centro de Moscú aborrece esta clase de fallos. Le llamarán. Se asustará, se asustará realmente...

El director de proyectos intervino cuando recordó otro aspecto del caso.

—¿Es ruso Parker?

—Nunca lo ha admitido —respondió Kleiber—. Pero sí, lo es.

—¿Cómo lo sabes?

—Nací en una casa con vistas al Báltico. Reconozco a un ruso en cuanto lo veo.

El director de proyectos asintió contento y golpeó sus dedos entre sí.

—Así que Greshko se preocupará si también desenterramos eso. Le dirás que empezará el vapuleo, Willi. Greshko no estará dispuesto a leerte el libro de instrucciones y comunicarte que no debieras haberle llamado; se pondrá enfermo de miedo.

Kleiber respondió:

—Greshko me preguntará dónde están las Actas de Hitler.

El director de proyectos se dio la vuelta para alcanzar su taza de café. Se habían producido diferentes menciones a algo que llamaban las Actas de Hitler, pero aquello no era de su incumbencia o de la de la CIA. Estaba decidido a que no se presentasen pretextos para desviar la atención de la satisfactoria pauta de sus investigaciones.

—Le dirás que te quitaron los documentos los empleados de Aduanas del aeropuerto Kennedy. Te proporcionaremos una falsificación del tipo de recibos que entregan los aduaneros. Dáselo a Greshko. Deja que también se preocupe por eso...

Se pondrá furioso —replicó Kleiber—. Se pondrá furioso con Parker por haberme ordenado traer ese material a Estados Unidos.

—Exactamente —replicó el director de proyectos limpiándose el café de los labios con un pañuelo de papel—. Ahora ya verás adonde quiero ir a parar, Willi. Le crearemos un problema a Greshko..., y el único medio de salir de él será hacerte a ti residente ilegal.

—¡Residente ilegal! —exclamó Kleiber—. Pues mira...

El director de proyectos se lo quedó mirando con rostro impenetrable. Kleiber se pasó un dedo por el interior de su cuello, y luego se vieron gotas de sudor en su frente y en una línea por encima de su labio superior.

¿Te creías, Willi, que íbamos a pasar por tantos líos a menos de poder conseguir algo realmente grande?

El director de proyectos movió muy poco la cabeza para señalar la puerta contigua a aquélla en que se encontraban sentados. Allí se exhibían todas las pruebas reunidas de los asesinatos que Willi Kleiber había cometido.

Había fotos en color de los cadáveres de Bernard Lustig y MacIver, y algunas instantáneas en blanco y negro de los dos hombres asesinados en Londres.

Y también había otra prueba: el destrozado reloj de pulsera que proporcionaba la hora calculada de la muerte, el boleto de aparcamiento y los mensajes en teletipo, así como diverso papeleo de la Policía. Incluso temen huellas digitales; Kleiber había arrojado sus guantes de algodón en el maletero del coche, con el cadáver de Lustig, y luego había cerrado la tapa con las manos desnudas. También existía una declaración firmada de alguien que había sido testigo ocular del tiroteo de MacIver, que tuvo lugar la misma noche.

La descripción del asesino encajaba exactamente con Kleiber. Kleiber había tardado quince minutos en estudiar el material y luego había declarado que no había suficientes pruebas para conseguir una acusación en regla.

El director de proyectos se había encogido de hombros. Dime lo que haga falta y lo fabricaremos, fue lo que le contestó. Kleiber le creyó.

—¿Residente ilegal para los rusos? ¿Y controlado en esta ocasión por la CIA?

—Haz a los rusos felices y, en ese caso, no soltaran tu expediente de crímenes de guerra, Willi.

Sonrió y dio un papirotazo a una mosca que tenía en el brazo. Fue un súbito movimiento que cogió por sorpresa a Kleiber.

—Tenemos intereses comunes, Willi, viejo compañero. Los dos deseamos que esos rusos continúen sonriendo...

—Sospecharán de mí.

Willi había comenzado a titubear, como ellos sabían que haría.

—Te proporcionaremos unas filtraciones realmente buenas, Willi. No te preocupes por eso. Mantendremos contentos a los de Moscú. Sabemos la clase de cosas que necesitan desesperadamente: tecnología para la guerra submarina, computadoras avanzadas, datos de trayectorias de cohetes. No te mantendremos escaso de todo ese material para que se lo entregues. Haremos de ti un pez gordo, Willi.

Kleiber meneó la cabeza.

—Estamos hablando de suministrarle cosas a Parker, en ningún modo de sustituirle...

—Tal vez fuese esto de lo que tú estuvieses hablando —repuso el director de proyectos—. Pero yo estoy hablando en esta ocasión de lo más importante...

—Es algo acerca de lo cual tendría que pensar mucho —repuso Willi Kleiber.

—Si. Piensa en ello, Willi —respondió el director de proyectos con una voz pastosa y familiar, la cual resultaba sumamente preocupante a causa de la tranquila confianza que rezumaba.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Kleiber, tal vez por centésima vez.

Fue el sonido de un reactor de líneas aéreas que pasó sobre ellos, lo que le hizo acordarse una vez más de esta pregunta.

Le sacaba de quicio el no saber dónde se encontraba, que era, exactamente, lo que se pretendía.

El director de proyectos no hizo caso de aquella pregunta, lo mismo que la había ignorado las veces anteriores. Se acercó al lugar en que un panel de plástico listado disimulaba una estufa. El carcomido suelo de la choza se movió ligeramente bajo su peso.

Vertió un poco de café instantáneo y de leche en polvo en un grueso tazón blanco que sacó del armario.

—Deje de preocuparse, Kleiber. Le digo que todo saldrá bien.

—¿Y cómo sabe que todo saldrá bien? —gruñó Kleiber—. ¿Ha sido usted alguna vez agente de campo?

—Saldrá todo muy bien, en comparación con la alternativa —dijo en tono ominoso el director de proyectos.

Levantó la tapa del termo y, tras decidir que el agua seguía estando lo suficiente caliente, vertió un poco en la taza.

—¿Café?

—¿Cuándo tendremos una bebida apropiada?

—El doctor ha dicho que no. —El director de proyectos no sentía ningún aprecio hacia aquel arrogante rufián—. Será mejor que sepa esto, Kleiber. Hay unas cuantas personas que trabajan en este proyecto, a las que les agradaría verle acusado de asesinato.

—El hombre Biblia, por ejemplo —respondió Kleiber—. Sí, me lo dijo así.

El director de proyectos asintió. Melvin Kalkhoven se había opuesto vociferante a cualquier trato que permitiera que Kleiber escapase a su castigo.

Kalkhoven le había manifestado al director de proyectos:

—Te pedí que maldijeras a mis enemigos y, en vez de eso, les has bendecido hasta por tres veces...

Su indignación se avivó aún más al enterarse de que le pagarían a Kleiber más que a él.

—Pero yo no —añadió el director de proyectos—. Yo le formularía un expediente de defunción (XPD), si estuviera en mi mano...

En las dos últimas décadas, la KGB se había vuelto menos paranoica con su enorme bloque de oficinas en Moscú, que incluía su infame cárcel de la Lubyanka y el patio para ejercicios en el tejado. Se había arrestado a menos rusos por callejear en la plaza Dzerzhinski, y hacía mucho tiempo desde que un turista había visto confiscada su cámara por encontrarse en sus proximidades.

Esto no era debido a ningún cambio en la política de los escalones superiores de la mayor y más poderosa Policía política del mundo. El gran edificio de piedra, que antes de la Revolución pertenecía a la «Compañía de Seguros de Toda Rusia», alberga, en la actualidad, sólo los escalones menos importantes de la Policía secreta. Una gran computadora y una red de teletipos especialmente construida habían hecho posible dispersar las oficinas de la KGB a través de toda la ciudad. La Sección 13, del Primer Directorio Principal, junto con la oficina de personal, ocupa ahora seis pisos en el edificio SEV, de treinta y un pisos. Este bien diseñado bloque moderno se encuentra en la calle Chaikovski, y en uno de los más espaciosos y modernos bulevares de Moscú, Kalinina Prospekt, no lejos de los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Comercio Exterior.

El edificio SEV está situado en un lugar donde el perezoso Moscova traza un meandro hacia la ciudad y retrocede de nuevo. Desde sus pisos más elevados se goza de magníficas vistas de la ciudad y hacia el sur, donde se extiende la gigantesca —y espantosamente fea— Universidad, a través de las colinas de Lenin. Pero no gran parte del personal del general Shumuk, formado por casi cuatrocientas personas, pierde mucho tiempo admirando el panorama. Esos pisos, ocupados por empleados de la KGB especialmente seleccionados, destacan por su pulcritud, laboriosidad y silencio. Incluso los teléfonos están provistos de una sordina especial.

El despacho del general Shumuk era amplio con su tamaño aumentado aún más por la carencia de muebles. Había sólo un escritorio metálico, una silla giratoria y una silla de respaldo alto de madera para el visitante, con

patas desiguales, la cual, según los rumores que corrían, la había diseñado el propio Shumuk para provocar preocupación e incomodidad a cualquiera que se sentase en ella. El nuevo linóleo ya se había agrietado en tomo de los lugares donde los radiadores de agua caliente estaban empotrados en el suelo. En el escritorio aparecían dos bandejas, tres teléfonos y un botón escondido para llamar a su secretario. El único cuadro en las paredes era una barata litografía de Pedro *el Grande*. Shumuk había sido siempre muy cuidadoso de no identificarse con ninguno de los residentes más modernos del Kremlin; resultaba demasiado peligroso. Detrás del cuadro se encontraba la corriente caja de seguridad de acero, de la que se proveía a todos los funcionarios importantes de la KGB. Cada noche, era ceremoniosamente sellada con lacre rojo.

Se produjo una llamada en la puerta y entró el funcionario de cifrado de guardia. Sin decir una palabra, el empleado dejó una carpeta roja encima del escritorio del general Shumuk y le pasó el correspondiente recibo. Shumuk puso en el mismo sus iniciales, sin levantar la vista, y comenzó a leer el télex ya descifrado. Fue el procedente de la Embajada soviética, en Washington, el que le hizo perder su tradicional ecuanimidad. Era un largo mensaje: cuatro páginas de texto, que se extendía prolijamente en trivialidades de segunda mano, que no deberían haber sido enviados con la firma de Yuri Greshko, el hombre principal de la KGB en la Embajada. Más bien debería haberse relegado al resumen semanal. Shumuk lo leyó muy de prisa. En un tiempo, también había sido residente legal en una Embajada; también había aprendido cómo encubrir las malas noticias.

Cuando llegó al párrafo en que Greshko informaba que Wilhelm Kleiber había telefoneado a la Embajada solicitando una reunión urgente, Shumuk soltó las hojas del télex. Se quitó sus gafas de montura de acero y las depositó encima del escritorio, mientras se colocaba las palmas de ambas manos encima de la cara. Hacía mucho mucho tiempo, semejantes ademanes podían haber sido confundidos con preocupación, alarma o ansiedad, pero ahora ya sabían todos que se trataba sólo de un medio con el que Shumuk era capaz de concentrar sus pensamientos. Si existía una forma a través de la cual manifestase su preocupación, alarma o ansiedad —o cualquier otra emoción intensa que no fuera la ira—, nadie que trabajase con él lo había descubierto aún.

Kleiber había fracasado en conseguir las Actas de Hitler, eso resultaba evidente. Un agente no se ponía en contacto de esta forma tan descuidada y poco profesional para informar de un éxito. Si Kleiber se hubiese asegurado

las Actas de Hitler de la forma en que el *popiniái* Greshko y su amigo Parker, de ojos adormilados, había prometido, entonces ahora se hubieran encontrado en el despacho de Shumuk, en vez de en este largo télex, no atiborrado de nada mejor que de chismes recogidos en *Aviation Week*.

Leyó de nuevo el párrafo:

PARA OCHO MISIÓN POGONI 982 (el numeral de presentación de Greshko)
SUGIERE REUNIÓN KLEIBER EN MOTEL PLAYA «R0USILL» VERNON CONDADO FAIRFAX
+ + 22 00 HORAS MARTES VEINTIUNO AGOSTO PUNTO SE REQUIERE CONSENTIMIENTO
PARA

El general Stanislav Shumuk no podía pensar en «Misión Pogoni» sin ver con los ojos de la mente a los dos hombres de los que había dependido para este éxito. Shumuk no tenía confianza ni en Parker ni en Greshko. Había sido miembro de la junta de ascensos que había seleccionado a Greshko para su actual destino de la KGB en la Embajada en Washington. Resultaba innecesario decir que Shumuk se había opuesto con todas sus fuerzas a conceder a Greshko semejante responsabilidad, pero se había visto desatendido. Shumuk medía más de un metro ochenta de estatura y no podía nunca reconciliarse con el hecho de que Greshko, habitualmente, llevaba zapatos ortopédicos que concederían a aquel confiado hombrecillo su tan precisa necesidad de mayor talla. Shumuk creía que aquellos zapatos para dar más altura revelaban el rasgo fundamental de la personalidad de Greshko: su deseo por la elevación —literal y figuradamente—, caracterizaban su actitud hacia su trabajo. Muchas veces, Shumuk se había quejado formalmente acerca de la cualidad de mujeriego de Greshko, pero, en cada ocasión, Greshko había sido capaz de «probar» que las damas en cuestión —que incluían esposas de diplomáticos extranjeros— resultaban una valiosa fuente de material de información.

Shumuk se puso las gafas, alzó la vista y miró a través de la ventana. Al otro lado de la calle, el edificio anexo del COMECON se encontraba en curso de construcción; en la obra se trabajaba durante las veinticuatro horas del día; los obreros del turno de noche trabajaban a la luz de los focos. Muchos de los obreros eran mujeres. Una cola de gente que aguardaba el autobús observaba cómo una mujer, de aspecto campesino, se dedicaba a mezclar cemento. Había diversas líneas de autobuses. Un miliciano y miembros de las Juventudes Pioneras, con sus uniformes grises, esperaban el autobús especial que los llevaría por la Ruta Minsk hasta el campo de batalla de Borodinó. Aquélla era una peregrinación necesaria para todos los adeptos al Partido. Aquí verían el lugar en que Napoleón quedó destrozado y donde, en la última

guerra, los Guardias Soviéticos detuvieron a los nazis y resistieron, sobrepasados en número, durante cinco largos días con sus noches. Borodinó nunca fallaba en inspirar nueva fe en los espectadores. Tal vez Shumuk necesitara ahora semejante infusión de fervor para ayudarse a sí mismo a soportar la maquinación de sus colegas en el Politburó. Existían escasas dudas de que preparaban su entusiástico informe acerca del valor propagandístico de las Actas de Hitler como un medio de poner a Shumuk en la picota. Ahora llegaban cada día expedientes, informes e investigaciones, algunos de ellos del Secretariado Central. Todos ellos podían resumirse en la frase: «¿Hasta cuándo...?». Shumuk suspiró. Ya era momento, decidió con desgana, de pasar a una acción más drástica.

Esencialmente, Parker debía de ser puesto fuera de peligro, tal era el código del Centro de Moscú. Ninguno de sus agentes profesionales nacidos en Rusia debería ser abandonado a su destino. Resultaba una imbecilidad, por parte de Parker, el haberse comprometido con el hombre que había cometido los asesinatos en Los Angeles y Londres, pero aquello no cambiaba la naturaleza de las cosas. Por el contrario, resultaba incluso más vital el hacer regresar a Parker a la patria, puesto que, si era retenido por los norteamericanos, se podía enfrentar con unas acusaciones de asesinato en primer grado.

Pero el salvar a Parker significaría también que Greshko regresaría a Moscú con su reputación incólume. Greshko achacaría el fracaso de la «Misión Pogoni» a la decisión de Moscú de trasladar a Parker. Conociendo la forma en que Greshko se atraía siempre el apoyo y la simpatía de ciertos enemigos de Shumuk muy bien situados, se podía prever con facilidad que el propio Shumuk sería acusado del fracaso de la «Misión Pogoni». Y aquello era algo que estaba decidido a evitar.

Shumuk siempre guardaba un par de potentes prismáticos en el antepecho de la ventana. Encontraba interesante e instructivo estudiar a la gente de las calles de abajo.

Llegó el autobús de la Plaza Roja y la cola de pasajeros comenzó a subir al vehículo. No había sitio bastante para todos. Una mujer bajó para detener a un taxi que pasaba y un hombre con un sombrero azul brillante le gritó al chófer del autobús cuando éste se alejó. Aquello no era apropiado ni digno de un ruso, y los demás, aunque estaban igualmente encolerizados, se apartaron para hacer ver que aquello no había sucedido. Pero una vez que el autobús se hubo alejado, la ira de los que se quedaban desapareció. Con los hombros hundidos, volvieron la espalda al viento y observaron a la enorme muchacha

rubia que mezclaba el cemento. Shumuk bajó los prismáticos. El autobús para Borodinó aún no había llegado.

Shumuk tocó el télex descodificado de Washington con la punta de sus huesudos dedos. Podía casi sentirlo: toda una vida de trabajo de espionaje — trucos infames y complejas mentiras, semiverdades y traiciones—, le habían concedido un instinto que raramente le fallaba. El asunto de Kleiber formaba parte de alguna maniobra de la CIA, y él no quería tomar parte de la misma. Se sentó a su escritorio y garrapateó un mensaje para su oficial de la KGB, en Washington, en el bloc de codificación especial, escribiendo laboriosamente una letra en mayúsculas en cada cuadrícula impresa en gris, para que el empleado de claves insertase el mensaje codificado en los espacios vacíos debajo de cada línea:

PARA UNO CONFIRMACIÓN CENTRO DE MOSCÚ PERMISO CONCEDIDO PARA REUNIÓN 982 PUNTO LOCALIZACIÓN SU PARA OCHO MENSAJE NÚMERO 907372-KLT HORA 22 00 HORAS VEINTIUNO AGOSTO PUNTO PROCEDA CAUTELOSAMENTE PUNTO COMUNIQUE RESULTADO INMEDIATAMENTE PUNTO CESE TODO CONTACTO CON 907 (Número de contacto de Parker) REPITO CESE TODO CONTACTO 907 CON EFECTOS INMEDIATOS PUNTO FIN PARA FIN MENSAJE CENTRO MOSCÚ

Shumuk terminó de escribir el mensaje y lo alisó encima de su escritorio para leerlo otra vez. Tal vez aquellos nuevos acontecimientos constituyesen una bendición encubierta. Aquel «adelante» para Greshko podría proporcionar una posibilidad de terminar con la sinuosa carrera de Greshko. Shumuk leyó el mensaje de nuevo. Aquello de «proceda cautelosamente» le libraba del anzuelo, pero forzaba a Greshko a asistir a la reunión clandestina. Si aquella entrevista era una trampa de la CIA, en ese caso Greshko quedaría comprometido por completo con las agencias de espionaje occidentales. Eso significaría, ciertamente, el fin de las posibilidades de Greshko de conseguir un asiento en cualquiera de los comités del Directorio.

Existía otro aspecto de la presente situación que le daba cierto consuelo a Shumuk. Si la reunión Kleiber-Greshko, el 21 de agosto, era una trampa de la CIA, los americanos serían más cuidadosos en no alertar a la KGB del inminente peligro. Ciertamente, no actuarían contra Parker hasta que la trampa estuviese cerrada. Esto le proporcionaría a Shumuk tiempo para lograr que Parker regresara a Moscú. Apretó los labios y se asintió a sí mismo. Tal escenificación la concedería un triunfo con Parker, en el preciso instante en que Greshko quedase atrapado en las redes de la CIA. Sonrió. Después de todo, Parker era el factor más importante; Greshko, por muy mal que le fueran las cosas, podría apelar a su inmunidad diplomática. Shumuk se imaginó a sí

mismo explicando todo esto, modestamente, a un comité de investigación, poco antes de que le recomendaran por su brillantez.

Cuando Shumuk oprimió el botón para llamar al empleado de claves, se le ocurrió otra idea. ¿Por qué no asegurarse de que la reunión con Kleiber fuese un fracaso? No era un secreto muy grande que el Servicio Secreto británico estaba buscando a Kleiber... ¿Entonces por qué no decirle dónde iba a estar el 21 de agosto? Podría suministrar detalles de la reunión a Londres, dando por sentado que le harían a Kleiber un XPD. Era más seguro de esta forma; las indiscreciones de Kleiber podrían dejar en situación embarazosa tanto a Londres como a Moscú.

Al principio, aquella noción no fue nada más que algo con lo que jugar; como un dolor que puede activarse por el cuidadoso movimiento de un diente flojo. Pero, al cabo de media hora, Shumuk había aprendido a vivir con una noción así. Como la racionalización en el ser humano es el único genio natural, al cabo de muy poco tiempo pudo convencerse a sí mismo de que revelar el esperado paradero de Kleiber a los británicos, era el método con el que mejor podía dejar en una situación comprometida a la CIA.

Tomó los prismáticos y se hizo un ademán a sí mismo. El autobús para Borodinó ya había llegado; aparecía muy desvencijado y lleno de barro. Mientras observaba, las puertas se abrieron con un silbido y los jóvenes uniformados lo llenaron en seguida. Un muchacho empleó su gorra para limpiar un trozo de la ventanilla.

«Las prioridades de Jennifer Ryden resultaban difíciles de comprender», pensó Boyd Stuart. Había insistido en que debía verle urgentemente, pero ahora, en una tienda de modas de la calle Sloane, parecía poco interesada en nada más que no fuese el vestido que necesitaba para una fiesta durante el fin de semana.

—Gracias a Dios no te encontrabas en California.

Su voz llegó a través de la cortina de terciopelo rojo de la cabina del probador.

—¿Por qué? —preguntó Boyd Stuart.

Estaba sentado en una pequeña silla dorada, observándose reflejado en los espejos de cuerpo entero.

—¡Querido! —exclamó Jennifer Ryden, que era capaz de imbuir a esta palabra de más de mil significados—. ¡Que-ri-do!

Era la madre hablando a un niño pequeño, o la estrella de cine asaltada por las secretarías de un club de admiradoras.

Su cabeza asomó por las cortinas, mientras sus manos sujetaban la prenda fuertemente contra su cuello con una decorosa precisión.

—Porque, al fin, has encontrado mis tesoros.

—Estaban en el baúl de camarote.

—Gracias sean dadas a Dios.

Su cabeza volvió a introducirse en la cabina del probador.

—Deme de nuevo el vestido rosa —le pidió a la vendedora.

—Lo pusiste allí, Jennifer. Dijiste que lo dejabas en la sala de las cajas y no lo tocaste —le dijo Boyd Stuart hacia la cortina.

—Pero tú lo abriste.

La vendedora pasó un vestido rosa largo a través de las cortinas.

—Y encontré todas las cosas que me habías pedido —respondió Stuart—. Y te quejas porque yo las encuentro. ¿Qué es lo que te hace feliz?

La mujer salió del probador y pasó delante de él, componiéndose la falda con el borde de la mano y paseando arriba y abajo de los espejos, mientras

volvía la cabeza por si captaba algún reflejo inconveniente.

—Tú no, querido. Eres demasiado inteligente para mí.

Miró para comprobar si la vendedora la había oído, pero la mujer no dio la menor señal de haberlo hecho. Se encontraba de pie, con los brazos cruzados, la cabeza ladeada y ojos sin expresión: la clase de postura que sólo adoptan las mujeres que trabajan en tiendas de modas femeninas. Jennifer se dio una vuelta sobre los tacones para hacer ondear la delgada seda del vestido, y después puso los brazos en jarras. Sus brazos y piernas eran largos y esbeltos, con unas manos tan elegantes que siempre hacía ostentación de ellas, manteniéndolas contra las mejillas y desplegándolas por las caderas.

—Probaré otra vez con el verde —le dijo en voz alta a la vendedora, que cogió un brazado de vestidos de una silla y se dirigió al piso de abajo.

Jennifer se miró a sí misma cuidadosamente, sonriendo de forma distante como si lo hiciera ante alguna broma que jamás revelaría.

—¿Se lo has dicho a papá? —le preguntó en voz baja ahora que estaba a solas.

—¿Decirle qué?

Así que se trataba de eso. Ella siempre deseaba asegurarse de que Boyd no le había contado a su padre lo de la noche en que él llegó a casa, inesperadamente, procedente de Rostock, en Alemania Oriental. La había encontrado en la cama con el marido de una muchacha que había sido su condiscípula en la escuela.

—¿Decirle qué?

—Ese lío tonto con Johnny.

Se metió otra vez en el probador, se quitó el vestido y lo tiró al suelo.

—¿Qué lío tonto?

—¿Quiere la señora probarse el de rayitas?

La vendedora había reaparecido. Aún seguía de pie, con los brazos cruzados, pero ahora colgaban de ellos media docena de vestidos largos.

—Sólo el de seda verde —respondió Jennifer.

Pero la chica buscó dentro del probador, colgó todos los vestidos en la percha y luego regresó al almacén.

—Yo y Johnny... Aquella noche... —siguió Jennifer con un susurro en voz alta—. ¿Le hablaste a papá de eso? Ha estado de un humor de perros durante los pasados últimos días —terminó, tocándose el cabello con las puntas de los dedos.

—No le he contado a tu padre que regresé, inesperadamente, de un fracaso del Departamento en Alemania, y te encontré probando el colchón

con nuestro querido amigo Johnny —respondió Boyd Stuart—. Lo estoy reservando para el día en que dimita del servicio...

Ella sonrió. Era la misma triste sonrisa que su padre empleaba para puntuar su diálogo.

—Estupendo —respondió, mirándose en el espejo y apretándose el cinturón para dar énfasis a sus caderas—. Pero papá ha estado de muy mal humor últimamente. Y eso no puede deberse, simplemente, a que yo haya perdido su maldito reloj de bolsillo, ¿verdad?

Se miró en el espejo, captó sus ojos y sonrió maliciosamente, moviendo un poco los labios, como si le recordase lo que se había perdido. Luego regresó al probador y se puso su propio vestido de lanilla.

—¿El reloj con la inscripción a Elliot?

—Pensé que *debía* ser algo que tú le hubieras dicho.

Luego llamó a la muchacha que se encontraba en algún lugar del almacén.

—Voy a la peluquería y volveré luego. Simplemente, no puedo decidirme por un vestido si no tengo una buena apariencia.

La vendedora contestó:

—Sí, señora —con una voz que se parecía algo a un contestador automático.

Se dirigió al piso de arriba y comenzó a recoger los vestidos.

Jennifer Ryden salió del probador con dos bolsas de «Harrods» y otros varios paquetes envueltos en los coloreados papeles de los almacenes de Knightbridge. Se lo entregó todo a Boyd Stuart, que pudo hacerse cargo de ellos con ciertas dificultades. Salieron juntos de la tienda y se detuvieron un momento en la acera, mientras Jennifer se ajustaba su pañuelo de seda «Liberty» que llevaba en la cabeza.

—Hay un mensaje para ti, Boyd —le dijo ella.

La mujer le contempló, desapasionadamente, mientras Boyd hacía señas a los taxis que pasaban.

Boyd Stuart respondió:

—¿Qué clase de mensaje? ¿Te refieres a una factura?

Pasó frente a ellos un taxi con la inscripción de «Libre» encendida, pero el taxista no los vio porque se encontraba demasiado ocupado gritándole cosas al conductor de un autobús de dos pisos.

—Si esos tipos de «Barclaycard» han manifestado que la computadora ha vuelto a equivocarse...

—Era un mensaje telefónico referente a tu trabajo.

La mujer había crecido en una casa familiar donde las entradas y salidas de tenebrosos visitantes resultaban una cosa frecuente. Estaba acostumbrada a encontrar pistolas en los armarios y bolsas con soberanos de oro en la repisa de la chimenea, y a oír suaves voces extranjeras y portazos de coches en mitad de la noche. Encontraba fácil de aceptar aquel aspecto de la vida de Boyd Stuart.

—Un hombre que se atribuyó el nombre de Shumuk desea verse contigo en Widewater, Sollerod, cerca de Copenhague, el domingo. Ya le he hablado a papá de ello.

—¿Y qué ha dicho tu papaíto?

La mujer lo miró con calma y prefirió ignorar el sarcasmo de su tono.

—Papá me dijo que te transmitiese el mensaje.

Boyd Stuart asintió. Los Shumuk. Los Shumuk y los Ryden de este mundo eran muy cuidadosos en no comprometerse personalmente en ninguna acción que pudiera resultar errónea. Y también eran muy cuidadosos en que no quedase nada por escrito.

—Mr. Shumuk estaba muy seguro de que papá quería que tú fueras. ¡Y Boyd! ¿Cómo diablos suponía ese tipo que te vería hoy?

—Shumuk es un general de la KGB. Me imagino que conoce mucho acerca de todos nosotros. Su trabajo, en Moscú, corresponde a la posición de tu padre aquí.

—Hablas como si le admiraras...

—Odio a ese diabólico viejo bastardo —respondió Boyd Stuart.

Jennifer se estremeció y se apartó; ya se había olvidado de aquellas espantosas entrevisiones de fría violencia por parte de él.

—No debes ir, Boyd. Eso parece muy peligroso —manifestó ella muy rápidamente, de manera demasiado automática para que pudiese parecer una medida de su amor.

—Papá desea que vaya, Jennifer. Y lo que papá quiere, papá lo consigue.

—Ése va libre, Boyd.

La mujer hizo señas con la mano a un taxi que doblaba la esquina por la calle Pont, que, inmediatamente, hizo funcionar el intermitente para demostrar que se había dado cuenta de la llamada de ella.

Sollerod es un pueblo en la isla danesa de Sjaelland. La vieja carretera de la costa pasa muy cerca de la gran casa que es conocida con el nombre de

«Widewater». Aquí, el mar Báltico se estrecha en el Kattegat y, desde el jardín de la enorme casona, se tiene una vista de la costa sueca.

En intento del general Shumuk por parecer discreto había acabado en una levemente absurda mezcla de prendas occidentales. Una camisa de color verde claro colgaba laciamente de su delgado tórax, y de sus cortas mangas emergían sus brazos como dos garrotes. Vestía pantalones de pana y calzaba zapatos con hebillas doradas. El efecto de todo esto era el de un hombre rescatado de un desastre en el mar y vestido abusando de la caridad.

La casa era amplia y de diseño moderno, con grandes cristalerías desde el suelo al techo y paredes interiores de ladrillos pintadas de blanco. Los muebles eran de liviana teca de colores, de aquella clase de incómodo diseño escandinavo que aspira a convertirse en arte. Y de las paredes colgaban grandes cuadros abstractos, de colores primarios e iluminados por pulimentadas lámparas de acero. Para aliviar el desolado interior, había unas alfombras orientales de colores esparcidas entre el pulido suelo blanco de bloques de madera. Desde la ventana se tenía una nítida visión del agua y de las nubes peinadas apenas a través del azul cuero cabelludo del firmamento.

—Los norteamericanos han secuestrado a Kleiber —dijo el general Shumuk, sin que su voz revelase su actitud ante aquel acontecimiento.

Su mano ondeó impaciente delante de su cara para dispersar el fuerte olor del tabaco ruso.

—Pero Londres ha dictado un XPD contra Kleiber. ¿Sabía usted eso?

—¿Y dónde está Kleiber ahora? —respondió Stuart.

Estaba asombrado de que las noticias de algo tan secreto hubiesen llegado ya hasta Shumuk. La orden XPD para Kleiber había sido firmada hacía sólo unos días. Se preguntó si la llamada telefónica de Shumuk habría tenido lugar con el mismo Sir Sydney Ryden.

Shumuk estiró las piernas con lo que sus huesos crujieron. Tenía la cabeza apoyada contra un cojín tejido a mano y su larga mano tenía enjaulado al cigarrillo, por lo que el humo del mismo surgía entre sus huesudos dedos.

Se estaría muriendo Breznev, se preguntó Boyd Stuart. ¿Habría alguna nueva crisis con el Ejército o problemas con las cosechas? ¿Era aquél un nuevo paso en el interminable juego del Kremlin de las sillas vacías? ¿O quería llegar a un acuerdo respecto de la vida de Kleiber? Una criada les trajo café, y la conversación enmudeció mientras la mujer disponía las tazas y los platillos y una bandeja con pastelillos.

A través de la amplia ventana se veían barcos de vela. Unos balandristas domingueros, embarcaciones, una de ellas con una vela balón de color

naranja, corriendo delante del viento. Más allá de ellos, borroso entre la neblina del agua, se encontraba la silueta gris de un barco de guerra patrullero. Boyd Stuart recordó el día en que había zarpado de Rostock, en Alemania Oriental. La advertencia le había llegado aquella mañana: una frase musitada, ahogada, a través de un pañuelo. El acento era polaco, una voz de muchacha: alguna hija, novia o esposa había corrido un terrible riesgo por aquel inglés. Los coches de la Policía pasaron ante él camino del puerto. ¡Dios mío, nunca se había encontrado tan cerca...! Y había sido una condenada travesía hasta la costa danesa. Desde entonces, nunca había oído hablar de Dinamarca sin proferir una oración de acción de gracias.

—No tengo necesidad de decirle que mi participación en esto no es oficial —aclaró Shumuk.

«Olvida toda esperanza de chantaje o soborno», se dijo Boyd Stuart. Un reptil semejante no se movía antes de que su guarida estuviese plenamente protegida.

—Naturalmente —respondió Stuart.

Devolvió la mirada de aquel diabólico viejo; enjuto y arrugado, con una constante sonrisa de desprecio, como los Tío Sam trazados en los dibujos políticos de *Krokodil*.

—Kleiber debe reunirse con una persona de nuestra Embajada en un hotel, en Mount Vernon, más allá de la línea del Estado desde Washington, la tarde del martes, 21 de agosto.

—¿Tan pronto?

—Tendrá que moverse con rapidez, Mr. Stuart. Pero eso le concede más de una semana.

—¿Me está pidiendo que se proteja al hombre de su Embajada?

—Tanto como ello sea posible —replicó el general Shumuk.

—¿Y Kleiber no ha de ser protegido en absoluto?

Boyd Stuart se dedicó a mirar al anciano. No podía leerse nada en sus ojos o en sus impasibles rasgos. Deseaba el expediente de defunción de Kleiber, y que el funcionario de su Embajada fuera arrestado, y el rango de Shumuk, en los elevados escalones de la KGB, era lo suficientemente seguro como para que no tuviera que preocuparse de las acusaciones que se presentasen después. Ésta era la única forma segura de preparar semejante traición, como era natural. Nada de correos, ni mensajeros, ni confidencias; simplemente, Shumuk hablando con un agente enemigo que no guardaría ningún registro de lo que allí se tratara.

—Está arrojando a su hombre a los lobos, ¿no es así, general?

Detrás del general Shumuk, una enorme pintura abstracta llenaba la pared de ladrillos blancos, entre las brillantes luces de acero allí colocadas. Su dibujo era parecido a una cuchilla de plata sobre la cual se interpenetraba una forma alada, y el general estaba sentado en la empuñadura de la hoja.

—Los norteamericanos no tendrán otra alternativa que permitirle encontrarse allí —prosiguió el general—. Ahora que usted se ha enterado, de todo, deberán cooperar.

Se llevó el cigarrillo a la boca e inhaló con gran cuidado.

—¿Y qué ha hecho ese hombre de Washington? —insistió Stuart—. ¿Y por qué debe morir Kleiber?

—No llore por él, Mr. Stuart —replicó Shumuk.

Depositó la ceniza en la maceta de una planta que tenía a su lado.

—Nadie llorará por *nosotros*.

Se pasó la mano delante de la cara como un chiquillo que dice adiós desde la ventanilla de un vagón de tren, pero se trataba sólo de una forma de dispersar el humo del cigarrillo.

Resultó sorprendente, escribió Boyd Stuart en su informe posterior, que la CIA resistiese la tentación de someter el «Rousillon Beach Motel» a los acostumbrados artilugios electrónicos. Fue el director de proyectos quien lo impuso así en contra del consejero de la División de Servicios Técnicos, el cual había llegado a su oficina cargado con una extraordinaria cantidad de equipo, desde cámaras ligeras y micrófonos parabólicos hasta grabadores de video miniaturizados, lo suficientemente pequeños como para ser escondidos dentro de cualquier minúsculo artilugio, aunque desafió todos los intentos del demostrador por hacerlo funcionar.

La CIA envió a Kleiber a esta reunión «desnudo», aparte de Kalkhoven, que permanecía sentado en la oficina trasera del local del general, junto con Boyd Stuart. No hubo medio de impedir que los británicos participasen en esto: incluso hubo cierto entusiasmo por permitirles ser testigos de lo que, no cabía duda, constituiría un golpe memorable.

Yuri Greshko se presentó directamente desde la Embajada de la URSS en Washington. Llegó en un «Ford Failane», de alquiler, a las siete y media de aquella tarde, tras haber encargado una habitación doble, con salón, enfrente de la piscina, cama de agua y televisor en color, empleando el nombre de Lewis. Pagó la habitación a su llegada y preguntó si había algún mensaje para él; no lo había. Unos cinco minutos antes de las ocho, Greshko llamó a la oficina y se quejó de que no había hielo en su frigorífico y de que necesitaría más latas de «Seven-up». La camarera de la cafetería, que entregó este encargo, informó de que estaba bebiendo mucho de una botella que había traído consigo.

Willi Kleiber se presentó, exactamente, en el lugar de su cita a las diez de la noche. Kalkhoven se encontraba detrás del pupitre de recepción. Le entregó la llave de la unidad número 12 y le dijo que «Mr. Lewis» se encontraba ya allí. Kleiber telefoneó a Kalkhoven, tres minutos después, y se reía tanto que apenas podía hablar.

—Será mejor que se pase por aquí, Mr. Muller —le dijo.

(Muller era el nombre falso por el que él conocía a Kalkhoven).

—Será mejor que se pase por aquí —repitió. Reía histéricamente—. Necesitará un nuevo escenario, Mr. Muller. Pero no se apresure, no se dé prisa. ¿Sabía usted que Yuri Greshko se llama a sí mismo «Yu-yú»?

Lanzó un alarido en forma de carcajada al sólo pensar en esto.

El general Stanislav Shumuk había organizado su trama con encomiable habilidad, pero había fallado al nivel humano. Su desapego hacia Yuri Greshko, y la debilidad de Greshko por las mujeres bonitas, había convencido a Shumuk de que Greshko era un notario libertino. De hecho, en amores, era alocado, tristón y melancólico. Estaba enamorado con una desesperación que sólo los desafortunados conocen. Greshko tuvo la fatalidad de enamorarse de Fusako Parker, la «esposa» de su agente más importante. Por ella, según proclamaba con regularidad, daría con gusto la vida. Y esto era lo que acababa de hacer ahora.

Fue el mensaje formal de Shumuk —pasado por un agente de la División de Comunicaciones de Moscú—, en el que se decía a Parker que abandonase, inmediatamente, su casa en Chicago, junto con su «mujer», lo que indujo a Greshko a realizar aquel frenético acto final. Parker y su «esposa», Fusako, fueron trasladados inmediatamente a una casa segura en Toronto. El jueves, 16 de agosto, los Parker salieron en avión hacia Moscú. En los seis días que mediaron hasta su suicidio, Greshko agotó todos los métodos de comunicación con Fusako Parker: todos fracasaron. La noche del domingo, 19 de agosto, tras haber, al fin, descubierto que los Parker se habían marchado a Toronto, incluso envió un equipo para forzar la casa. Se trató de una acción más bien desesperada; el acto fue pobremente planeado, los hombres no estaban bien entrenados y se les instruyó al respecto a toda prisa. Fueron arrestados por la Policía local.

Tras llegar al hotel con habla gangosa y con olor a whisky en el aliento, Greshko se bebió una botella entera de «Cutty Sark» e ingirió una cantidad desconocida de barbitúricos. (El hombre de la Embajada de la URSS que reclamó el cadáver, no permitió que le hicieran la autopsia). Cuando murió, Greshko sujetaba fuertemente en la mano una hoja de papel de cartas del «Rousillon Beach Motel» en la que había un mensaje: «Querida Fusako: No puedo vivir sin ti. Te amo, idolatrada mía. Siempre seré tu querido Yu-yú».

—¿Puedo hablar con Mr. Kleiber, Melvin? —le preguntó Boyd Stuart.

—¡Habla con él! —respondió Kalkhoven, sin apartar los ojos de Kleiber—. Puedes llevártelo de aquí y alimenta con él a los caimanes por lo que a mí respecta. ¡Aplica un XPD a ese bastardo!

—Escúchenme —les interpeló Kleiber.

Estaba de pie y tenía los ojos muy brillantes.

—Habíamos hecho un trato...

—Siéntese, Kleiber —le contestó Kalkhoven. Sacó una caja de cerillas del bolsillo—. Ya lo ha agotado todo, y los estantes están vacíos, señor mío. Greshko era su última oportunidad para cenar... Ya ha hablado con este hombre guapito aquí presente, o más bien...

Impasiblemente, Kalkhoven tomó el mensaje de suicidio de Greshko y empezó a quemarlo por una esquina.

Londres y Washington habían convenido que semejante evidencia debía ser destruida *in situ*, y que todo debería quedar en perfecto orden.

—¡Váyase al diablo! —replicó Kleiber.

Pero no había ninguna convicción en sus palabras.

—«He puesto ante ti la vida y la muerte —empezó Kalkhoven—, bendiciendo y maldiciendo; pero se ha elegido la vida, porque tanto tú como tu semilla debéis vivir».

Kleiber se quedó mirando a Boyd Stuart.

—¿Me puede encontrar una botella de escocés?

—Probablemente —respondió Boyd Stuart—. Vamos a buscar algún lugar más tranquilo donde sentarnos. Este sitio será una casa de locos cuando venga toda la pandilla de Langley, y nos muestren que el manual de entrenamiento es el único remedio...

Alguien había aparcado un gran camión, de una forma que tapaba la vista de las ventanas que daban al patio. Kleiber no creía que aquel camión estuviese detenido allí por casualidad. Todo cuanto podía ver desde la ventana de la cocina era la parte inferior de una K gigantesca, por «Kleenex», o tal vez se tratase de «Kelloggs»; no podía ver lo suficiente del camión para decidir al respecto, puesto que se encontraba demasiado cerca de la pared.

Desde la ventana delantera se tenía una vista de la piscina, artificialmente azul, iluminada con focos debajo del agua, y los otros tres lados de los cubículos que constituían el motel. Detrás de los bajos e inclinados tejados, se veían unas cuantas palmeras llenas de polvo y una chimenea elevada, la cual, por la noche, se iluminaba con una luz de peligro de color rojo. Kleiber se preguntó si aquello significaría que se encontraban junto a un aeropuerto, pero no se oía demasiado ruido de aviones. Sabía que se hallaban cerca de Washington.

Había sido siempre así desde que abandonaron Ginebra. Los norteamericanos le habían arrastrado por todo el país como si se tratase de una mercancía, sin divulgar nunca dónde se encontraban, dónde habían estado o dónde iban a ir. No confiaban en él y él, difícilmente, podía culparles de ello. Se preguntó si, finalmente, acabarían matándole. ¿Sería este proceso sólo un medio de asegurarse de que no habría papeleo, no quedarían rastros, ni testigos de su llegada a Estados Unidos?

—¿Afirma usted que las Actas de Hitler nunca existieron? —le preguntó al inglés.

Sin embargo, no esperó una respuesta.

—Muy bien, yo sí sé que existieron.

—En realidad... —intervino Stuart sin mostrar demasiado interés—. ¿Cómo puede saberlo?

—Estaba en la mina de Meskers cuando Wever y Breslow hicieron allí la entrega.

—¿Así que es usted el misterioso Reichsbank Director Frank?

Kleiber asintió sonriente.

—¿Es ésa la razón de que el doctor Böttger y los demás le eligiesen para recuperarlas?

—¿Puedo beber un trago? —preguntó Kleiber.

Stuart abrió el tapón sellado de una botella de whisky y le sirvió un poco, en los cubiletes de plástico transparente que facilitaba el motel. Había observado a Kleiber moverse inquieto, pero ahora, con la bebida en su mano, estaba tranquilo y no se apresuró a consumirla.

—No, fue todo lo contrario. Yo los elegí *a ellos*.

Se llevó el whisky a la boca y bebió un poco.

—Yo los seleccioné a ellos. Me dirigí a ellos y les dije que una persona llamada Lustig estaba recogiendo material para hacer una película. Les conté que estaba ahondando mucho en la historia de la mina Kaiseroda. Les informé que había encontrado a un oficial llamado MacIver, quien ya había divulgado muchas cosas, y que saldría a la superficie el asunto de las Actas de Hitler. Ya había conseguido antes dinero de Böttger por misiones semejantes y sabía que compraría este proyecto.

—Bueno, pues ya no conseguirá más dinero de él, Kleiber. Ahora sabe que ha estado usted trabajando para Moscú.

Kleiber endureció la boca, pero consiguió dejar traslucir una forzada sonrisa.

—¿Y qué contestó él?

—No estaba allí —replicó Stuart—. Pero han devuelto un centenar de millones de dólares al Banco de Ginebra. Su explicación oficial afirma que se trató de un error de la computadora. No se ha mencionado el nombre de Friedman.

—El joven Stein se beneficiará —explicó Kleiber—. Se quedará con el dinero y se casará con Mary Breslow..., ésa es la burla final, ¿eh?

—Se beneficiará un montón de gente —repuso Stuart, el cual sabía que la broma final aún estaba por llegar—. Por ejemplo, Delaney, el propietario de un club nocturno, un exgángster llamado Petrucci, el sobrino de Pitman, en Arkansas... Todos ellos se beneficiarán, pero los auténticos beneficiarios serán los clientes del Banco, puesto que son las personas que usted estafó, Kleiber.

—A otro perro con ese hueso —replicó Kleiber.

—¿Y cómo se enteró de que Lustig iba a realizar una película?

—Estaba cenando una noche con Max Breslow en Frankfurt. Mencionó lo de la película casi por casualidad. Me preguntó si creía que podría resultar

algo peligroso para nosotros. Yo le contesté que no sería peligroso si la producción se encontraba en nuestras manos. Le dije que podría recoger suficiente dinero para comprar la parte de Lustig.

—¿Sabía Breslow que el dinero procedía de Böttger?

Kleiber se echó hacia atrás en su silla y quedó sentado en silencio un momento antes de contestar:

—Max Breslow fue una víctima de la guerra. Cuando era un joven soldado tenía agallas. En un tiempo, hace ya mucho, era una persona resistente. Mr. Stuart, de la forma en que lo somos usted y yo.

—¿Tenemos nosotros algo en común?

—No se burle de mí con su voz suave y su acento preciosista, su corbata de una vieja Universidad y sus vagas sonrisas y modales deferentes; reconozco en usted a un asesino, Mr. Stuart. He tenido a demasiados como usted en mi nómina para cometer un error al respecto.

—¿Y Max Breslow?

—Creía en toda aquella basura de propaganda que nos endiñaban los nazis. No podía comprender que los chupatintas que escribían toda aquella mierda acerca de los arios, del destino histórico de la Madre Patria y lo de *ein Volk, ein Reich, ein Führer*, lo realizaban porque les pagábamos mejor que por hacer traducciones de Karl Marx.

—¿Pero es que hubo un tiempo en que se pagaba bien eso de hacer traducciones de Karl Marx?

—Usted toca la música, pero yo canto la letra, Mr. Stuart. El pobre Max no era demasiado adaptable. Cuando se percató de que los nazis no eran más que otra clase de políticos poco limpios, aquello le quebrantó el ánimo. Ya nunca más volvió a ser el mismo. ¿Qué es ahora? ¡Nada!

—Pero se hizo cargo de la película de Lustig cuando usted se lo pidió...

Kleiber se echó a reír.

—¿Usted cree que me ganó de la mano? Max está acabado, al borde de la bancarrota. ¿Quién invertía dinero en una de las peliculitas de pacotilla de Breslow? Su casa está hipotecada al máximo, no tiene dinero ahorrado y sólo pudo conseguir que su hija asistiera a la Universidad a base de vender, una tras otra, las joyas de su esposa. Como es natural, saltó de alegría ante la posibilidad de hacerse cargo de la película de Lustig con la financiación asegurada, y unos buenos honorarios como productor. No se podía permitir otra cosa.

—¿Y durante todo este tiempo ha estado informando a Moscú?

—Los rusos me amenazaban con hacer salir a la superficie algunas falsas pruebas acerca de mí, y que me implicaban en crímenes de guerra.

Stuart pasó por alto la palabra «falsas».

—¿Y la KGB aprobó su idea de comprometer a Böttger y a su Trust?

—El Trust proporcionaba una perfecta cobertura, y a través de ellos conseguí la ayuda de personas que nunca hubieran echado una mano a los rusos. ¡Y qué habilidad! Nunca hubiese podido preparar ese golpe de cien millones de dólares contra el Banco de Pitman sin tener detrás de mi todos los recursos del Trust...

—¿Y qué le dijo exactamente al doctor Böttger?

—No necesitaban que les persuadieran demasiado. Esos gordos hombres de negocios vieron las consecuencias económicas de volver a escribir los libros de Historia, convirtiendo a Hitler en un héroe. No deseaban que nadie dijera que había sido lo suficiente inteligente como para conseguir que Winston Churchill se rebajara.

—Pero Churchill cambió de idea; Churchill mudó los términos para una paz.

—Así, Churchill se convirtió en el belicista que continuó una guerra que originó veinte millones de muertos. De cualquier forma que presente usted los hechos, es Hitler el que sale mejor parado.

—¿Y eso hubiera perjudicado la economía de Alemania Occidental?

—La publicidad y la controversia originan discursos y manifestaciones. Los neonazis hubieran luchado contra los izquierdistas por las calles. Una vez comenzado todo eso, nunca se sabe cómo podía finalizar.

—Especialmente, con el general Shumuk moviendo los hilos —comentó Stuart, pero Kleiber no había oído nunca hablar de Shumuk y no respondió a esta observación.

—Nosotros, los alemanes, somos así —prosiguió Kleiber—. Estamos siempre demasiado ansiosos por complacer a la gente que nos conquista. Les halagamos y les imitamos. Partidos por la mitad, tenemos ahora dos mitades cada una de las cuales trata servilmente de adoptar el sistema, los mitos y la metodología de nuestros amos. Pero Böttger sabía que Alemania Occidental necesita el recuerdo sin mancillar de Churchill y de Roosevelt de una forma en que no los precisan los otros países occidentales. El Centro de Moscú creyó que Böttger podía estar en lo cierto y, a juzgar por el esfuerzo desplegado por su gente, Londres también lo creyó así.

Sonrió y bebió un poco más de whisky.

Stuart intervino:

—Creyeron que podría ser un golpe para el valor de la libra esterlina en los mercados internacionales. No se necesita mucho para iniciar una estampida. Se preocuparon por los efectos psicológicos que la idea de un Churchill pidiendo la paz tendría en la opinión pública norteamericana. Aquí, en Estados Unidos, la mayoría de la anglofilia se basa en la reputación de Churchill, en la época de la guerra, como un hombre que nunca consideró el abandonar la lucha. Mi gente se preocupa demasiado por la opinión pública de aquellos países que Churchill estaba preparado para entregar al imperio nazi. Alguno de esos países venden ahora a Gran Bretaña petróleo y materias primas vitales. Había demasiadas cosas de las que preocuparse...

Ante el ruido de una conversación afuera, Kleiber se puso de pie y se acercó a la ventana. Miró, a través de la piscina, hacia los cubículos, a los que dos hombres con chaquetilla blanca, se habían dirigido para examinar el cadáver de Greshko. Los vio entrar por la puerta y entonces se volvió hacia Stuart:

—Yo estaba allí —dijo de repente—. Usted sabe eso, ¿verdad?

—Supongo replicó Stuart que he conseguido su expediente en el Ejército. Usted se hallaba destinado en el *Führerhauptquartier*, durante el período de la visita de Churchill. Usted era un oficial de los servicios de espionaje; imagino que se trataba de un destino, por razones de seguridad, para dicha reunión en la cumbre.

Kleiber se lo quedó mirando. Los británicos eran así. Nunca sabía, exactamente, en qué condiciones se encontraba con ellos, pero no le asustaban del mismo modo como lo hacían los hombres de la CIA.

—Acudí a aquel lugar con el doctor Todd y el equipo de vigilancia. Incluso antes de que empezaran.

—¿Fue construido, especialmente, para las reuniones de Churchill?

—Claro que sí. No era un lugar muy grande. Aún existe. Hace un par de años me detuve en aquel lugar y tomé café en el hotel. No ha cambiado mucho: una iglesia, un hotel y unas cuantas casas... un búnker de cemento, más algunas cabañas de madera. *Wolfschlucht*, lo denominaba Hitler.

—¿Así que usted se encontraba allí antes de que llegara Churchill?

—Ayudé a disponer los nuevos pases y su perímetro, y cosas parecidas. Se presentó un grupo pequeño. No había agregados militares ni corresponsales de guerra, por lo menos nadie con ropa de paisano. Obviamente, resultaba algo fuera de lo corriente. Nos dijeron que se trataba de una conferencia, y yo pensé que Mussolini iba a venir al Norte. Supongo que eso es lo que se pretendió que creyésemos.

—Pero se trataba de Churchill.

—Era el único con traje de paisano. Llevaba un inconfundible sombrero gris con el ala enrollada, una corbata de pajarita manchada y un abrigo abultado. Recuerdo que su avión no tenía ninguna clase de marcas. Vimos diez cazas «Messerschmitt», en formación abierta, por encima del «De Havilland» de Churchill, cuando llegó. Continuaron volando en círculo mientras él aterrizaba en Le Gros Caillou, cerca de Rocroi, en Francia, a unos diez kilómetros de nosotros. Lo llevaron hasta Brûly en un avión de comunicaciones «Fieseler Storch». En el campo, al lado del hotel, había el terreno justo para aterrizar.

—¿Churchill iba solo?

—Le acompañaba otra persona, un coronel británico vestido de paisano. El Führer tenía una pequeña guardia de honor, formada por el SS Begleit Kommando y el FBB del Ejército. Churchill fue invitado a pasarles revista, pero alejó con un ademán de la mano al comandante de la guardia. Los dos dirigentes se encaminaron, directamente, a la cabaña de madera donde ya les aguardaban los secretarios e intérpretes. El Führer saludó a Churchill en la puerta; los dos hombres no se estrecharon las manos. Me imagino que Churchill quería asegurarse de que no hubiera fotógrafos por allí. Lo había estipulado así de antemano. Teníamos unas instrucciones especiales de confiscar todas las cámaras pertenecientes a cualquier persona, y corrió la noticia, en el cuartel de las cabañas, de que se dictaría sentencia de muerte contra cualquiera que no entregase su cámara al Servicio de Seguridad.

—¿Y quién estuvo presente en la reunión?...

—Hitler, Churchill, el coronel inglés, nuestro intérprete del Ministerio de Asuntos Exteriores...

Kleiber se rascó la cabeza.

—Me parece que éstos eran todos. Muy cerca se hallaban más secretarios y dos intérpretes más esperando, para el caso de que se precisara de sus servicios.

—¿Y quién escribió las Actas de Hitler?

Kleiber sonrió.

—El *Reichsführer* Himmler tenía una mente burocrática. Persuadió a Hitler de que se debía conservar un registro apropiado de las sesiones. El Führer estaba muy nervioso respecto de que esto pudiese comprometer las conversaciones, y, al fin, fue el propio Himmler el que se encargó de instalar una línea subterránea y un micrófono oculto, para que uno de nuestros taquígrafos del Ejército pudiese llevar unas actas de lo que se decía.

—¿Y quién era?

—Supongo que ya lo ha supuesto, ¿verdad? —respondió Kleiber—. Fue Franz Wever. El Führer le había empleado en numerosas ocasiones para registrar por escrito algunas reuniones importantes. Era uno de los mejores taquígrafos de que disponía.

—Franz Wever...

Así que Wever había sabido quién era, realmente, el Reichsbank Director Frank.

—Él me lo negó... Esto resulta divertido, ¿verdad? Me lo negó: el hombre que ayudó a tender el cable subterráneo hasta la cabaña donde él se sentaría. Franz estaba aterrado de que alguien lo descubriese. Le espantaba que pudiesen asesinarlo debido a su secreto.

—Y, al fin, fue asesinado a causa de ello...

Kleiber frunció el ceño y pareció decidido a discutir aquellos hechos, pero luego cambió de idea. La muerte de Franz Wever no era un tema que quisiese discutir con un miembro del Servicio Secreto británico.

—Hitler era inteligente —prosiguió—. Sabía cómo dárselas de modesto y magnánimo. En vez de adoptar los modales de un conquistador, habló con Churchill de manera muy tranquila y educada. Debe saber que era un estupendo juez de los caracteres. Sabía que conseguiría más de Churchill si se comportaba como un caballero inglés, en presencia de otro «señor» parecido...

—Pero los términos de Hitler fueron muy fuertes. Supongo que ha leído la transcripción.

—Considerando la situación, no. Admiraba el Imperio británico, pero también le tenía envidia. Su principal preocupación radicaba en lograr que la máquina bélica alemana fuese por completo independiente, en lo que se refiere a materias primas: caucho, petróleo, tungsteno, cromo, etcétera. Obviamente, ya estaba planeando el ataque a la URSS, dado que lo de Occidente ya estaba resuelto.

—¿Se refiere a que podría haberse apoderado de las colonias británicas?

—Afirmó que la Union Jack continuaría ondeando en todas partes, desde Vancouver hasta Calcuta y Hong Kong, pero deseaba asegurarse sus vínculos comerciales. Una amplia proporción de la flota mercante británica quedaría bajo control alemán. Hitler tenía algunas ideas a este respecto. Luego, naturalmente, estaba lo de la Royal Navy. Alemania no hubiese permitido que Gran Bretaña siguiera conservando el control de las rutas marítimas del

Atlántico; sería como haber ofrecido a Churchill la oportunidad de seguir manteniendo las manos en tomo de su garganta.

—¿Ocupación de Gran Bretaña?

No. Sólo unos cuantos alemanes en los puestos clave. Himmler vetaría todos los nombramientos en los cargos superiores de la Policía. Eso nos hubiera permitido el suficiente control o, por lo menos, una advertencia a tiempo para contraatacar si se presentaban problemas.

—¿No hubo gritos?

—No, no hubo gritos. La reunión en la cumbre se desarrolló notablemente bien. La segunda entrevista se llevó a cabo muy tarde —después de medianoche—, y luego hubo una sesión final en la mañana del miércoles, 12 de junio. Fue la más prometedora de todas. Churchill y el Führer hasta se estrecharon la mano. Incluso hubo alguna felicitación en voz baja. Churchill fumaba un cigarro y sonreía... El que se permitiera fumar un puro en presencia del Führer... Aquello era algo sin precedentes... Todos estábamos seguros de que se había logrado la paz; por lo menos hasta el domingo siguiente...

—¿Y qué sucedió el domingo?

—Empezó muy caluroso. Pasé frente a la iglesia y vi a cuatro oficiales del Ejército arrodillados y rezando. Ofrecían oraciones por la paz, según decían. El chófer de Hitler trajo el gran «Mercedes» negro de tres ejes, a través de los árboles. Estaba con el techo descubierto como en los grandes desfiles... El Führer se dirigió a Schloss Acoz, cerca de Charleroi, en Bélgica. Yo fui uno de los de la escolta que le acompañaron.

—¿Schloss Acoz?

—Para reunirse con el joven coronel que había acompañado a Churchill. Había venido para retirar el ofrecimiento de Churchill. Era un tipo alto, más alto que el militar español, de Estado Mayor, que iba con él. Naturalmente, España era neutral. El jefe español se presentó para garantizar la seguridad del inglés. Ambos vestían de paisano. La reunión tuvo lugar al aire libre. Asistieron sólo ellos tres, de pie, debajo de los árboles, con el sol llegando hasta el suelo, mientras paseaban. Hitler estaba muy envarado. Se le veía el rostro endurecido. Todos sabíamos que aquello era una indicación de peligro. El coronel inglés fue el que habló primero. Estuvo hablando durante dos o tres minutos. No llevaba notas de las que valerse, pero resultaba obvio que había preparado un mensaje y se lo había aprendido de memoria. Luego Hitler hizo algunas preguntas y se produjo una conversación entre todos. El general

español dijo muy poco; sólo estaba allí para acompañar al inglés y ser responsable de su seguridad.

—¿No se levantó acta de aquella conversación?

—Todos nos encontrábamos apartados de la zona de posible audición...

—¿Y qué es lo que salió mal?

—Al cabo de cuarenta y ocho horas de la conferencia Churchill-Hitler, nuestro Ejército había ocupado París. A la hora del almuerzo del viernes, Hitler dictó unas condiciones muy duras. Y Churchill había hablado con Roosevelt por el cable transatlántico. Roosevelt le dijo que, si era reelegido en noviembre, Estados Unidos entraría en la guerra.

—¿Y cómo sabe eso?

—La Oficina de Investigaciones de los Correos del Reich intervino el cable transatlántico; se trataba de un enlace por radio, provisto de mecanismo antiperturbador muy simple. Roosevelt prometió su ayuda, y aquello fue suficiente para que Churchill cambiara de opinión. Hitler tuvo la correspondiente transcripción al cabo de tres horas. Sabía la respuesta que iba a conseguir. Kleiber se rascó la nariz.

—Churchill telefoneó al presidente del Consejo de Ministros francés la noche anterior, antes de despachar un correo. El francés reaccionó inmediatamente. El mismo domingo en que el Führer se dirigió a Schloss Acoz, el Gobierno francés dimitió. El mariscal Pétain se hizo cargo del poder y pidió la paz. Churchill acudió ante la «BBC» aquel lunes por la noche y pronunció un discurso en el que dijo «combatiremos de forma invencible, hasta que la maldición de Hitler desaparezca de las frentes de los hombres». El viernes, Hitler estaba sentado en el sillón de Foch, en el vagón de ferrocarril, y dictó los términos de paz que los franceses deberían aceptar.

—¿Y qué me dice del inglés que llevó el mensaje a Hitler?

—Regresó con el general español —contestó Kleiber.

—Me refiero a la «Operación Sigfrido». ¿Es también otro de los que conocen los secretos?

—Está muerto —respondió Kleiber—. Fue una de las primeras personas que tuvimos que eliminar. Debía de haber gozado por completo de la confianza de Churchill. Probablemente, sabía más acerca de aquellas reuniones secretas que ningún otro hombre, con excepción de Hitler y Churchill. Le mantuvimos vigilado hace varios años. Su nombre era Elliot Castelbridge, de los Coldstream Guards. Fue condecorado con la Orden de Servicios Distinguidos, por combatir en Italia, quedando parcialmente sordo a causa de un obús que estalló en Montecassino. Consiguió otra medalla en el

norte de Europa, en 1944. No puedo recordar el resto de su carrera. Conseguimos todo el expediente a través del War Office británico. Lo sabemos todo acerca de Elliot Castelbridge.

—¿Y dice que ha muerto?

—Murió hace mucho tiempo —respondió Kleiber—. Murió en la mesa de operaciones después de un accidente automovilístico, en 1959. Los suyos intervinieron en esto, por cuanto yo sé. Tomaron parte en todos los detalles y documentación de la existencia de ese hombre. Certificado de defunción, informe del cirujano que lo operó, declaraciones del administrador del hospital, transfusiones sanguíneas, radiografías. Todo cuanto uno desearía conseguir en una investigación...

—Sí, intervinieron en ello —respondió Stuart.

«Aquello era auténticamente un XPD», pensó. Oyó al primero de los coches que llegaban desde Langley.

Stuart alargó de repente una mano y agarró a Kleiber por las solapas de la chaqueta.

—¿Dónde está, Kleiber?

Le zarandó contra la pared con la fuerza suficiente para que se estremeciera el tabique de partición.

—Vino aquí para dárselo a Greshko. Greshko está muerto; démelo entonces a mí.

El sonido levantó ecos.

—¡Démelo a mi!

Stuart le abofeteó. La cabeza de Kleiber se estrelló de nuevo contra el yeso de la pared, y una lámpara que se hallaba en una mesa grande cayó al suelo y se hizo añicos.

Kleiber sacudió la cabeza lentamente y parpadeó; sus ojos se volvieron acuosos a causa del dolor y de la sorpresa.

Boyd Stuart le dijo con más suavidad:

—Deme la foto que Franz Wever le envió a usted al apartado de Correos de Los Angeles.

Con lentitud, Kleiber se desabrochó el cinturón y lo hizo salir a través de las trabillas de sus pantalones. Abrió el interior del cinturón para liberar el compartimiento del dinero y sacó una instantánea, en muy mal estado, y un negativo formato treinta y cinco milímetros.

—¿Cómo lo sabía?

—Usted recogió las cámaras; acaba de decírmelo. Usted era el único que se encontraba en situación de conseguir una foto de Hitler y Churchill

estrechándose las manos...

Stuart alisó la foto para verla mejor.

—Y consiguió un buen lugar para esconder la fotografía, el escondite que se hubiera esperado de un guardia de seguridad.

Kleiber asintió.

Era una foto muy borrosa; Hitler, con los ojos cerrados a causa de la luz, y Churchill —con el puro en la boca— con el ceño fruncido, como perplejo. Pero los dos hombres tenían firmemente trabadas las manos en un inconfundible ademán de solidaridad.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kleiber.

Se secó el rostro con el pañuelo, observando muy serio a Stuart, y aún sorprendido de que su suposición de la violenta naturaleza de aquel escocés se hubiera confirmado tan pronto.

Stuart había averiguado todo cuanto deseaba saber. Ya había comenzado a decidir lo que de todo esto debería figurar en su informe a Sir Sydney Ryden.

Miró su reloj y se preguntó si el cajero se quejaría si regresaba en el «Concorde».

—¿Y ahora qué? Ahora nada, Kleiber...

Aquel hombre era una criatura repugnante, pero aquello sólo hacía su trabajo marginalmente más soportable.

Stuart se dio unos golpecitos en los bolsillos como si buscara cigarrillos. Notó la caja con la jeringuilla hipodérmica que llevaba envuelta en algodón hidrófilo, con una ampolla de repuesto en el interior de su cigarrera de plata, donde no era probable que se rompiera. Odiaba aquellos trabajos de XPD que preparaban los expertos del laboratorio. Ya era de por sí bastante horrible quitar la vida a los hombres con pistolas, cuchillos o explosivos, pero aquellos productos tóxicos eran de lo más repugnante.

—Lo siento, Kleiber —declaró—. Pero éste es el final de la historia.

—Soy un soldado —replicó Kleiber.

Era casi como si considerase afortunada la posibilidad de morir como un héroe.



LEONARD CYRIL DEIGHTON (Marylebone, Londres, Reino Unido, 18 de febrero de 1929), escritor, artista gráfico, periodista, historiador militar y ocasional productor de cine británico, especializado en la novela de espías.

Tuvo un éxito considerable con su primera novela, *Ipcress: peligro de muerte*, que se prolongó con las otras tres que tenían al mismo espía anónimo como protagonista. Asimismo, escribió tres trilogías de espías con Bernard Sampson, agente de inteligencia británico, como protagonista. También incursionó en el teatro, publicó libros de cocina y aviones y escribió relatos históricos sobre eventos de la Segunda Guerra Mundial.

Notas

[1] Los documentos constituyeron una interesante adición al material disponible. Los Archivos Nacionales, en Washington DC, tienen los expedientes de Morell registrados bajo la referencia NA Microcopia T253, pero no aparece en ellos nada acerca de Adolf Hitler. El Bundersarchiv, en Coblenza y Friburgo, no tienen, virtualmente, nada al respecto. <<

[2] Equivalente a nuestro «martes y trece». (*N. del T.*) <<

[3] *Assignment to Catastrophe*, vol. 2. *The Fall of France*, página 159 (Heinemann, Londres, 1954). <<

[4] Spears, vol. 2, página 172. <<